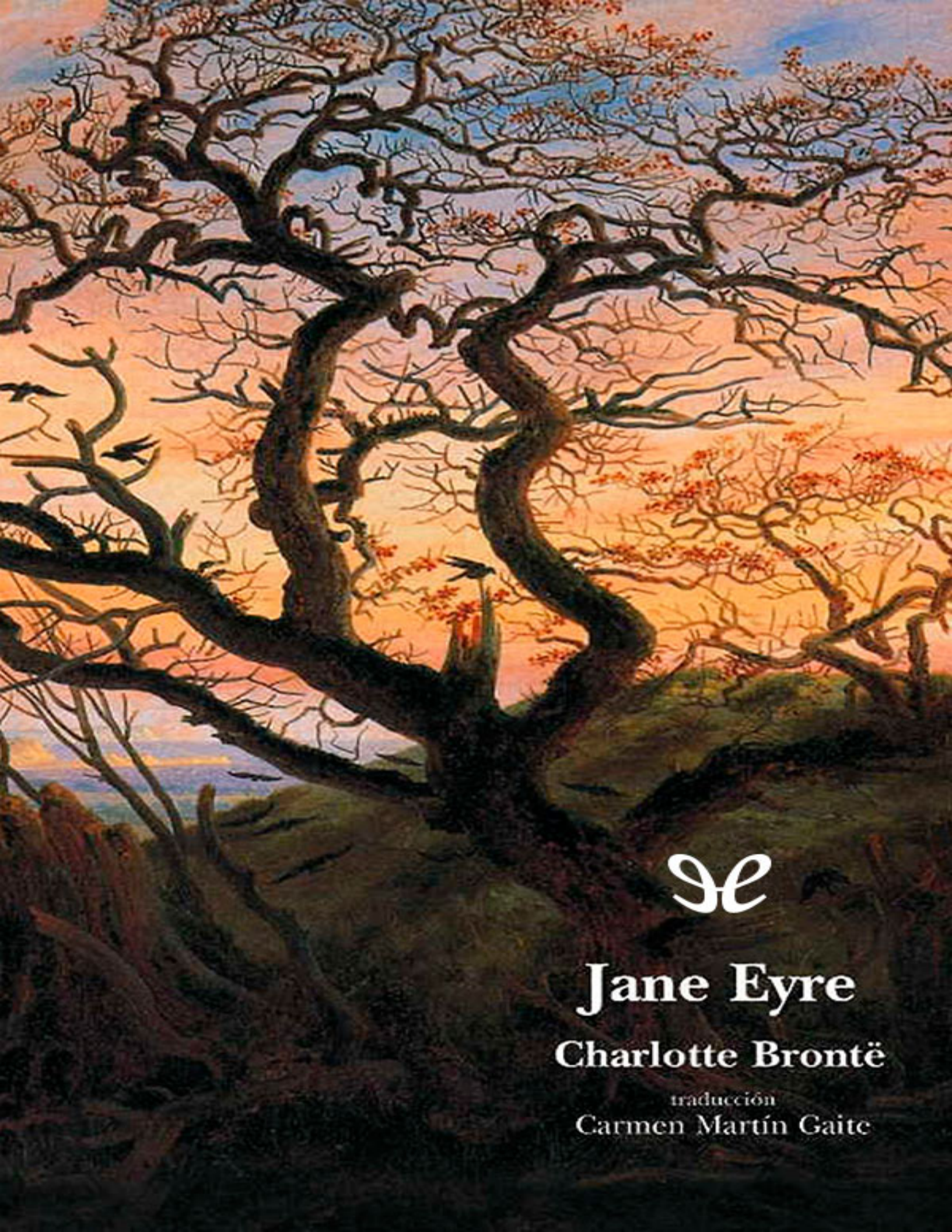

Jane Eyre

Charlotte Brontë

traducción
Carmen Martín Gaite

De *Jane Eyre* (1847), ciertamente una de las novelas más famosas de estos dos últimos siglos, solemos conservar la imagen ultrarromántica de una azarosa historia de amor entre una institutriz pobre y su rico e imponente patrón, todo en el marco truculento de una fantasmagoría gótica. Y olvidamos que, antes y después de la relación central con el volcánico señor Rochester, la heroína tiene otras relaciones, otras historias: episodios escalofriantes de una infancia tan maltratada como rebelde, años de enfermedad y aprendizaje en un tétrico internado, inesperados golpes de fortuna, e incluso remansos de paz familiar y nuevas aunque engañosas proposiciones de matrimonio. Olvidamos, en fin, que la novela es todo un libro de la vida, una confesión certera de un completo itinerario espiritual, y una exhaustiva ilustración de la lucha entre conciencia y sentimiento, entre principios y deseos, entre legitimidad y carácter, de una mujer que es la «llama cautiva» entre los extremos que forman su naturaleza.

Carmen Martín Gaite ha rescatado el vigor, la riqueza y la naturalidad expresiva de un texto un tanto desvirtuado por la popularidad de sus múltiples versiones. Gracias a su traducción, hecha ex profeso para esta edición, quien creyera conocer esta novela, al leerla de nuevo, más que recordarla, la descubrirá.

Charlotte Brontë

Jane Eyre

ePub r1.2
Titivillus 08.10.16

Título original: *Jane Eyre*
Charlotte Brontë, 1847
Traducción: Carmen Martín Gaite

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A
W. M. Thackeray, Esq.
Dedica respetuosamente
Esta obra

EL AUTOR

Nota al texto

Jane Eyre, firmada por Currer Bell, fue publicada por primera vez en Londres por Smith, Elder en 1847. Era la acostumbrada edición en tres volúmenes (correspondientes a las tres «partes» de la nuestra), a la que siguieron una segunda y una tercera en 1848, y una cuarta en un solo volumen en 1850. Charlotte Brontë revisó personalmente la segunda y la tercera edición, aunque en esta última solo introdujo cambios menores. La traducción que aquí presentamos se basa en el texto de la segunda edición.

Prefacio a la segunda edición

Como no era necesario un prefacio a la primera edición de *Jane Eyre*, no puse ninguno: esta segunda exige unas pocas palabras de agradecimiento así como algunas observaciones misceláneas.

Mi gratitud va dirigida a tres frentes.

Al Público, por el oído indulgente que ha prestado a un relato sencillo y sin pretensiones.

A la Prensa, por el amplio campo que su sincero sufragio ha abierto a un oscuro aspirante.

A mis Editores, por la ayuda que su tacto, su energía, su sentido práctico y su sincera generosidad han dispensado a un autor desconocido y sin recomendación.

La Prensa y el Público no son para mí sino vagas personificaciones, y debo darles las gracias con vaguedad; pero mis Editores son concretos: como lo son algunos críticos generosos que me han infundido ánimos como solo los hombres de altas miras y gran corazón saben infundir en un esforzado forastero; a ellos, *i. e.*, a mis Editores y a los selectos Críticos, les digo cordialmente: gracias, caballeros, de todo corazón.

Después de haber reconocido de este modo lo que debo a quienes me han prestado su ayuda y aprobación, me dirijo ahora a otro grupo; un grupo pequeño, por lo que sé, pero que no por ello debo pasar por alto. Me refiero a unos cuantos criticones y timoratos que tienen sus dudas sobre las inclinaciones de libros como *Jane Eyre*: en cuyos ojos lo que es desacostumbrado es malo; cuyos oídos detectan en cada protesta contra los prejuicios —esos padres del crimen— un insulto a la piedad, esa regente

de Dios en la tierra. Yo sugeriría a quienes albergan tales dudas ciertas diferencias evidentes; les recordaría ciertas verdades sencillas.

Los convencionalismos no son la moral. La santurronería no es la religión. Atacar lo primero no es asaltar lo segundo. Arrancar la máscara del rostro de los fariseos no es alzar una mano impía contra la Corona de Espinas.

Estas cosas y estos hechos son diametralmente opuestos; son tan diferentes como el vicio de la virtud. Los hombres los confunden a menudo; no deberían confundirlos: la apariencia no tendría que pasar por verdad; las estrechas doctrinas humanas, que solo unos pocos tienden a agrandar y celebrar, no tendrían que tomarse por el credo redentor de Cristo. Hay —repito— una diferencia; y es una buena, no una mala, acción definir clara y espaciosamente la línea que divide una cosa de otra.

Tal vez al mundo le desagrade ver diferenciadas estas ideas, porque se ha acostumbrado a mezclarlas; le ha parecido conveniente que las manifestaciones externas se revistan de auténtico valor: que muros mal blanqueados respondan de la limpieza del templo. Tal vez el mundo deteste a quien ose examinar las cosas y sacarlas a la luz, a quien rasque el brillo y enseñe el vil metal que aparece debajo de él, a quien entre en el sepulcro y descubra las reliquias del osario. Pero, aunque deteste a quien haga esto, está en deuda con él.

A Ajab no le gustaba Miqueas, porque nunca profetizaba nada bueno para él, sino solo cosas malas: probablemente prefería al sicofante del hijo de Canaán; y sin embargo Ajab habría podido escapar a una muerte sangrienta, con solo haber cerrado los oídos a la adulación, y haberlos abierto a un consejo fidedigno[1].

Hay en nuestros días un hombre cuyas palabras no están concebidas para halagar oídos delicados: un hombre que, a mi entender, se adelanta a los grandes de la sociedad como el hijo de Yimlá se adelantó a los reyes entronizados de Judá y de Israel; y que dice la verdad de un modo igual de profundo, con un poder igual de profético y vital… y con un porte tan impávido como audaz. ¿Se admira al satírico de *La feria de las vanidades*[2] en las altas esferas? No lo sé; pero creo que, si algunos de aquellos entre los que arroja el fuego griego de su sarcasmo, y sobre los

que prende la bengala de su denuncia, siguieran sus advertencias a tiempo, tal vez escaparan, y si no ellos su semilla, a la suerte fatal de Ramot de Galaad.

¿Por qué he mencionado a este hombre? Lo he mencionado, lector, porque creo ver en él un intelecto más profundo y singular de lo que aún tienen que reconocer sus contemporáneos; porque le considero el primer regenerador social de esta época: el maestro de esa cuadrilla de trabajadores capaz de devolver a la rectitud el torcido estado de cosas; porque creo que ningún comentarista de sus obras ha encontrado todavía la comparación que mejor le sienta, las palabras que definen con exactitud su talento. Dicen que es como Fielding: hablan de su ingenio, de su humor, de sus facultades cómicas. Se parece a Fielding como un águila se parece a un buitre: Fielding podía rebajarse a la carroña, pero Thackeray nunca. Su ingenio es brillante, su humor llamativo, pero ambas cualidades tienen con la seriedad de su genio la misma relación que tiene el débil y puro relámpago que juguetea bajo el contorno de una nube de verano con la mortal chispa eléctrica que se esconde en su seno. He mencionado, por último, al señor Thackeray porque a él —si acepta el tributo que le ofrece un completo desconocido— he dedicado esta segunda edición de *Jane Eyre*.

CURRER BELL

21 de diciembre de 1847

Primera parte

Capítulo I

Aquel día no hubo manera de dar un paseo. El caso es que por la mañana anduvimos deambulando una hora entre los pelados arbustos; pero después de comer —y la señora Reed, cuando no había invitados, comía pronto—, el helado viento invernal había acarreado unas nubes tan sombrías y una lluvia tan penetrante que volver a poner el pie fuera de casa era algo que a nadie se le pasaba por la cabeza.

Yo me alegré. Nunca había sido aficionada a las caminatas largas y menos si la tarde estaba fría. Me resultaba horrible volver a casa a la cruda puesta del sol con los dedos de los pies y manos entumecidos, el corazón contrito por las regañinas de Bessie, la niñera, y apesadumbrada bajo la conciencia de mi inferioridad física con respecto a Eliza, John y Georgina Reed.

Ahora Eliza, John y Georgina se encontraban en el salón apiñados en torno a su madre, la cual, reclinada en un sofá junto a la chimenea y flanqueada por su amada prole (de momento ni lloriqueante ni en pie de guerra) tenía un aire de absoluta felicidad. A mí me había dispensado de engrosar el grupo argumentando que «sentía mucho verse en la obligación de mantenerme a distancia, pero que mientras Bessie no le asegurara y ella no viera con sus propios ojos que me había propuesto en serio cambiar mis modales encogidos por otros más atractivos y animosos, portarme, en fin, como una criatura sociable que rezuma franqueza, naturalidad y ganas de divertirse, la señora Reed no podía por menos que negarme los privilegios que solo merecen los niños conformes y felices».

—¿De qué me está acusando, Bessie? —pregunté.

—Mira, Jane, no me gusta la gente quisquillosa ni cotilla —dijo ella —. Además un niño no tiene derecho a discutir lo que dicen los mayores. Siéntate por ahí, y hasta que no tengas algo agradable que decir, estás mejor callada.

El salón comunicaba con un comedorcito. Me refugié en él sigilosamente. Tenía una biblioteca. Enseguida agarré un libro, tras haber comprobado que era de los que traen viñetas. Me encaramé al asiento de la ventana, crucé las piernas y me senté al estilo turco. En cuanto se corría la cortina roja, quedaba aislada casi por completo y me sentía doblemente amparada en aquel refugio.

Por la derecha, pliegues de tapicería color escarlata me ocultaban del resto de la habitación; por la izquierda, las transparentes cristaleras me protegían, aunque no me separasen del helado día de noviembre. De vez en cuando, mientras pasaba las páginas del libro, observaba el aspecto de aquella tarde invernal. A lo lejos se vislumbraba una pálida manta de nubes y niebla; más cerca, la escena del césped empapado y de los arbustos azotados por la tormenta, mientras la lluvia pertinaz parecía barrerlos salvajemente a rachas lúgubres y continuadas.

Volví a mi libro: una historia sobre las aves inglesas escrita por Bewick. En general, del texto hacía más bien poco caso; pero había algunas páginas introductorias a las que mi curiosidad infantil no pudo dejar de atender. Eran aquellas que trataban de las guaridas de las aves marinas, «los solitarios promontorios y peñascos» solamente habitados por ellas. De la costa noruega, sembrada de islas por la parte meridional, desde Lindeness Naze hasta el Cabo Norte.

Allí donde el Mar del Norte en amplios remolinos
está a punto de romperse contra las desnudas y melancólicas islas
del lejano Thule y el Atlántico
surge a borbotones entre las borrascosas Hébridas.

Tampoco podía dejar de impresionarme la mención a las inhóspitas playas de Laponia, Siberia, Spizbergen, Nueva Zembla, Islandia y Groenlandia, «con la amplia extensión de la zona ártica, y aquellas desamparadas

regiones de monótono paisaje, almacenes de nieve y escarcha, donde sólidas explanadas de hielo y un cúmulo de siglos invernales pulimentando las cumbres alpinas circundan el polo e intensifican los multiplicados rigores del crudísimo frío». Estos reinos de una cadavérica blancura yo me los había imaginado a mi manera, los veía plagados de sombras como todas las nociones captadas solo a medias que vagan por la mente infantil, turbias pero extrañamente conmovedoras. Las palabras de aquel prólogo iban conectando con las sucesivas viñetas y dotaban de sentido a la roca solitaria que emergía entre oleadas y espumarajos de marea, al barco hecho pedazos varado en una costa desoladora, a la fría y espectral luna que escudriñaba entre rachas de nubes un navío a punto de naufragar.

No soy capaz de describir la sensación de embrujamiento que producía el desierto cementerio con sus lápidas grabadas, su verja, los dos árboles, el horizonte agachado, ceñido todo por una tapia rosa, y la luna asomando en cuarto creciente, para anunciar el momento del ocaso.

Los dos barcos inmóviles sobre un mar apático me daban la impresión de fantasmas marinos.

Pasé aprisa la página donde el demonio ayudaba a un ladrón a sujetar el fardo que llevaba a sus espaldas, me daba mucho miedo. Igual que aquella solitaria silueta negra y cornuda aposentada sobre una roca, espiando de lejos a una multitud de gente que se apiñaba en torno de una horca.

Cada imagen narraba una historia, muchas veces enigmática para mi escasamente desarrollada capacidad de entendimiento, pero no por ello menos interesante. Tanto como los cuentos que algunas noches de invierno nos contaba Bessie, cuando le tocaba estar de buen humor. En ese caso trasladaba la tabla de planchar junto a la chimenea del cuarto de jugar, nos dejaba sentarnos a su alrededor, y mientras iba planchando los adornos de encaje de la señora Reed y encañonando los volantes de sus gorros de dormir, alimentaba nuestra ávida atención con escenas de amor y aventuras sacadas de viejos cuentos de hadas y romances antiguos, o —como vine a descubrir más tarde— de ciertas páginas de *Pamela* o *Henry Conde de Moreland*[3].

—¿Qué haces, señora vinagre? —gritó la voz de John Reed.

Luego hubo una pausa porque debió de darse cuenta de que no parecía haber nadie en la habitación.

—¿Dónde diablos está? —continuó.

Y luego llamando a sus hermanas, añadió:

—¡Lizzy, Georgy! Jane no está aquí. Decidle a mamá que la muy salvaje se ha escapado a vagabundear bajo la lluvia.

«Menos mal que se me ocurrió correr las cortinas», pensé. Y deseé fervientemente que no descubriera mi escondite. Seguro que por sí mismo no hubiera sido capaz de hacerlo, porque no era muy agudo de vista ni espabilado de ingenio. Pero Eliza asomó la cabeza por la abertura de la puerta y dijo inmediatamente:

—Seguro que está en el asiento de la ventana, Jack.

Salí sin tardanza, porque me espantaba la idea de que Jack me sacara de allí a viva fuerza.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté con tensa desconfianza.

—Tienes que decir: «¿Qué quiere usted, señorito Reed?» —contestó—. Quiero que vengas aquí.

Se sentó en una butaca e hizo un ademán intimidatorio, indicándome que me acercara y me quedara en pie delante de él.

John Reed, un escolar de catorce años, cuatro mayor que yo, que solo tenía diez, era grande y fornido para su edad, de cutis enfermizo y deslucido, facciones desdibujadas en una cara de pan, miembros pesados y manos y pies grandes. Era extremadamente glotón, y por consiguiente padecía trastornos biliares; tenía las mejillas fofas y la mirada legañosa e inexpresiva. En aquel momento le habría correspondido estar en el colegio, pero su madre había decidido retenerlo en casa durante un par de meses «a causa de su delicada salud». El señor Milles, que así se llamaba el maestro, opinaba que se encontraría perfectamente si le mandaran al colegio menos pasteles y golosinas; pero el corazón de su madre disentía de tan tajante opinión, y prefería inclinarse hacia la idea más sutil de que el mal color del chico se debía atribuir al exceso de estudio e incluso tal vez a que echaba de menos su casa.

John no quería mucho a su madre ni a sus hermanas, y a mí me profesaba abierta antipatía. Me hacía rabiar y me maltrataba; no dos o tres veces a la semana ni siquiera al día, sino de manera incesante. Cada uno de mis nervios le tenía miedo y cada fragmento de carne sobre mis huesos se estremecía cuando lo sentía llegar. Había veces en que me trastornaba albergar tanto terror ante su presencia, pero es que no encontraba manera de defenderme contra sus amenazas y agresiones; los criados no se atrevían a ofender a su señorito ni a tomar partido por mí, y la señora Reed cerraba los ojos y hacía oídos sordos. Nunca le vio pegarme ni escuchó los insultos que me dirigía, y eso que las dos cosas ocurrieron más de una vez delante de ella, aunque casi siempre a sus espaldas.

Habituada como estaba a obedecer a John, me acerqué al sillón donde se había sentado. Se pasó unos tres minutos sacándome la lengua lo más que podía sin herirse el frenillo; yo sabía que no iba a tardar mucho en pegarme y, al mismo tiempo que temblaba pensando en el golpe, no dejaba de considerar la desagradable y asquerosa presencia de quien me lo iba a propinar. Me imagino que debió de leer aquella sensación en mi rostro porque de repente, sin que mediara palabra alguna, se puso a golpearme con todas sus fuerzas. Perdí el equilibrio y, al recobrarlo, retrocedí unos pasos, alejándome de su sillón.

—Eso es para que aprendas a no contestar a mamá de forma impertinente, como lo hiciste antes —dijo—. Y por escabullirte detrás de las cortinas y por la manera con que me acabas de mirar, ¡rata inmunda!

Acostumbrada a los insultos de John, no se me pasó por la cabeza la idea de contestarle. Bastante tenía con prepararme para aguantar el golpe que seguramente vendría detrás del insulto.

—¿Qué estabas haciendo detrás de las cortinas? —preguntó.

—Estaba leyendo.

—Enséñame el libro.

Me acerqué a la ventana a recogerlo.

—No tienes derecho a coger nuestros libros, eres una subordinada nuestra, mamá siempre lo dice, no tienes dinero; tu padre no te dejó ni un penique, tendrías que estar mendigando en vez de vivir aquí con niños de buena familia como nosotros, comer nuestros mismos manjares y llevar

los vestidos que te compra mamá. Ya te enseñaré yo a no andar hurgando en los estantes de mi biblioteca, porque es mía, toda la casa me pertenece o me pertenecerá dentro de poco tiempo. Anda, ponte junto a la puerta, lejos del espejo y de las ventanas.

Así lo hice, sin darme cuenta al principio de sus intenciones, pero cuando vi cómo alzaba el libro, apuntaba con él hacia mí y se levantaba para tirármelo, me hice a un lado de manera instintiva, lanzando un grito de miedo; pero ya era tarde. Me tiró el libro, me acertó y me pegué con la cabeza en la puerta. Me había abierto una brecha, la herida sangraba y sentí un dolor muy agudo. El auge del terror había amainado para dar paso a otros sentimientos que vinieron a sustituirlo.

—¡Maldito canalla! —le increpé—. Eres un asesino, un déspota, como los emperadores romanos.

Había leído la *Historia de Roma* de Goldsmith, y tenía formada mi propia opinión sobre Nerón, Calígula y toda esa gente. Ya le había comparado con ellos para mis adentros, pero nunca creí que iba a atreverme a decírselo a la cara.

—¿Cómo? ¿Cómo? —gritó—. ¡Serás capaz de decirme eso! ¿Lo habéis oído, Eliza y Georgina? Se lo voy a contar a mamá. Pero antes, espera…

Se echó encima de mí. Sentí cómo me agarraba por el pelo y me zarandeaba los hombros; se estaba enfrentando con un ser desesperado. Estaba viendo realmente en él a un tirano y a un asesino. Noté que me goteaba la sangre desde la cabeza hasta el cuello, constatación acompañada de un dolor punzante. En ese momento tales sensaciones predominaron sobre el miedo, y me defendí con ademanes frenéticos. No sé muy bien lo que llegué a hacer con las manos, pero él me llamaba ¡rata, rata, rata! Y chillaba estrepitosamente. No tardó en recibir ayuda. Eliza y Georgina habían salido corriendo en busca de su madre, que estaba en el piso de arriba. Y ya entraba en escena seguida por Bessie y su doncella Abbot. Lograron separarnos, y escuché sus palabras.

—¡Dios mío! ¡Qué fiera!, ¡atreverse a pegar al señorito John!

—¡Habrase visto alguna vez tal imagen de furor!

En aquel punto, intervino la señora Reed.

—Llevadla al cuarto rojo y dejadla encerrada allí.

Cuatro manos hicieron presa en mí inmediatamente y me arrastraron escaleras arriba.

Capítulo II

Contra mi costumbre, opuse resistencia durante todo el camino, y aquello contribuyó a reforzar aún más la mala opinión que Bessie y la señorita Abbot se hallaban predispuestas a tener de mi persona. De hecho estaba rabiosa o mejor dicho fuera de mí. Me daba cuenta de que unos instantes de rebelión ya me habían hecho acreedora de extrañas penitencias y, como cualquier esclavo rebelde en mi caso, decidí, llevada por la desesperación, llegar todo lo lejos que hiciera falta.

—Sujétele bien los brazos, señorita Abbot; está igual que un gato furioso.

—¡Qué bochorno! —gritaba la doncella—. ¿No le parece una conducta bochornosa, señorita Eyre, atacar a un muchacho que además es hijo de su bienhechora? ¡A su joven amo!

—¿Amo? ¿Por qué va a ser él mi amo? Yo no soy ninguna criada.

—No, es usted menos que una criada, porque no hace nada para ganarse el sustento. Vamos, siéntese, y recapacite un poco sobre su perfidia.

A todo esto, ya me habían metido en la habitación que les indicó la señora Reed, y me habían obligado a sentarme en una banqueta: mi primer impulso fue el de levantarme inmediatamente, pero sus cuatro manos frenaron tal intento apenas surgido.

—Si no se queda quieta —dijo Bessie— nos veremos obligadas a atarla. Présteme sus ligas, señorita Abbot, las mías las rompería enseguida.

La señorita Abbot se dio la vuelta para liberar su robusta pierna de la atadura requerida. Pero aquellos preparativos para inmovilizarme y la consiguiente humillación que supondría, apaciguaron un poco mi excitación.

—No se quite las ligas —grité—. No voy a moverme.

Y como garantía de mis palabras, me agarré a la banqueta con ambas manos.

—Será mejor para usted —dictaminó Bessie.

Y al comprobar que de verdad cumplía mi promesa, me soltó. Luego, tanto ella como la señorita Abbot se quedaron de pie con los brazos cruzados, mirándome a la cara desconfiadas y de mal través, como si no acabaran de convencerse de que yo estaba en mis cabales.

—Es la primera vez que hace esto —dijo por fin Bessie, volviéndose hacia Abigail.

—Pero lo andaba rumiando por dentro —replicó esta—. Yo ya he comentado muchas veces con la señora lo que pienso de esta niña, y las dos estamos de acuerdo. Es una criatura muy doble, yo nunca he visto a nadie de su edad con tantas conchas, más que un galápago.

Bessie no contestó. Al poco rato dijo, dirigiéndose a mí:

—Tendría que pensar mejor las cosas, señorita. Dese cuenta de lo mucho que le debe a la señora Reed: vive usted a su costa. Si la pusiera en la calle, iría a dar con sus huesos al hospicio.

No tenía nada que contestar a aquello, ni se trataba de un discurso nuevo para mí. Los recuerdos más lejanos de mi existencia estaban esmaltados de insinuaciones de este tipo. Aquel echarme en cara mi dependencia había llegado a convertirse en una confusa cantinela resonando dolorosa y aglomeradamente en mis oídos, que solo la captaban a medias.

—Y no se le ocurra —prosiguió Abbot— compararse con las señoritas Reed o con su hermano simplemente porque la señora haya tenido la amabilidad de permitir que se críen juntos. Ellos heredarán una gran fortuna, y a usted le conviene, por lo tanto, ser humilde e intentar congraciarse con ellos.

—Todo esto se lo decimos por su bien —añadió Bessie en un tono menos áspero—, procure ser útil y mostrarse agradable, porque es la única manera de que tal vez pueda usted seguir teniendo un albergue perenne aquí. Si, por el contrario, se muestra ruda y agresiva, la señora acabará por echarla, no le quepa la menor duda.

—Y además —dijo la señorita Abbot— Dios la puede castigar, puede fulminarla de muerte en mitad de una de sus rabietas, ¿y adónde iría a parar entonces? En fin, Bessie, vamos a dejarla sola; a mí no me gustaría por nada del mundo tener un corazón como el suyo. Rece sus oraciones, señorita Eyre, cuando vuelva a estar en sus cabales, porque si no se arrepiente, algún espíritu maligno puede bajar por la chimenea y llevársela.

Se marcharon dando un portazo y echando el cerrojo al salir. El cuarto rojo estaba destinado para huéspedes, pero pocas veces se usaba. De hecho, mejor sería decir nunca, excepto cuando una afluencia inesperada de visitantes a Gateshead Hall hacía necesario habilitar todos los cuartos disponibles. A pesar de todo, era uno de los aposentos más grandes e imponentes de toda la mansión. Una cama apuntalada por macizas columnas de caoba se erguía en el centro a modo de tabernáculo resguardada por cortinas de damasco rojo; los dos amplios ventanales, con las persianas siempre echadas, aparecían medio cubiertos por pliegues y adornos de la misma tapicería; la alfombra era roja y una mesa que había a los pies de la cama estaba protegida por un tapete de terciopelo carmesí, las paredes eran de un ocre claro con cierto toque de color rosa, mientras el armario, el tocador y las sillas, de caoba antigua, despedían un brillo oscuro. En el seno de aquel ambiente sombrío destacaban con su luminosa pincelada los altos colchones y almohadas de la cama cubierta por una colcha de Marsella blanca como la nieve. No menos llamativo era el abultado butacón, también blanco, que se veía a la cabecera de la cama con sus grandes cojines y el reposapiés delante; a mí se me antojaba un trono fantasma.

La habitación estaba helada, porque casi nunca se encendía la chimenea, y silenciosa por lo lejos que quedaba de la cocina y del cuarto de jugar; además, como sabíamos que pocas veces se entraba allí, esa

circunstancia la hacía aparecer como un lugar solemne. Solamente la criada entraba los sábados para frotar los espejos y quitarles a los muebles el polvo almacenado durante la semana. También la señora Reed, de tarde en tarde, visitaba la estancia para revisar el contenido de cierto cajón secreto del armario; allí guardaba diversas escrituras, su caja de joyas y una miniatura de su difunto esposo. Y en lo que acabo de decir estriba el secreto de aquel dormitorio, el maleficio que contribuía a acentuar su soledad, a despecho de la grandiosidad de su aspecto.

El señor Reed había muerto hacía nueve años; fue en aquella habitación donde entregó su último suspiro, en ella había permanecido de cuerpo presente y de allí sacaron su féretro los empleados de la funeraria. Desde aquel día, cierta sensación de terror sagrado presidía el rechazo a entrar en la estancia.

El asiento en el que Bessie y la retorcida señorita Abbot me habían dejado clavada era una banqueta baja situada junto a la chimenea de mármol. El alto lecho se perfilaba ante mis ojos; a mi derecha se alzaba el gran armario oscuro con sus amortiguados reflejos que se quebraban imprimiendo variaciones al fulgor de sus paneles; a mi izquierda estaban los ventanales medio ocultos, y el gran espejo que había entre ellas intensificaba el majestuoso vacío del dormitorio. No estaba completamente segura de que hubieran echado el cerrojo al salir, así que, en cuanto me atreví a levantarme, me acerqué para comprobarlo. Y por desgracia estaba echado, no podría imaginarse una prisión más segura que aquella. Al volver a mi sitio tuve que cruzar por delante del espejo y mis ojos hipnotizados exploraron sin querer la profundidad que su superficie hacía aflorar. Todo en aquella fantástica caverna se revelaba más helado y oscuro que la misma realidad, y aquella extraña y minúscula figura que fijaba sus ojos en los míos daba la impresión de un alma en pena con el rostro y los brazos pálidos difuminados en la oscuridad, y aquellos ojos fulgurantes de miedo, lo único que se movía entre tanta quietud. Me parecía estar ante uno de esos minúsculos fantasmas mezcla de hada y diablillo que en los cuentos nocturnos de Bessie surgían de los solitarios valles cuajados de helechos en mitad del páramo, como una fantasmagoría ante los ojos del viajero rezagado. Volví a tomar asiento en mi banqueta.

En aquel momento, un temor supersticioso empezaba a apoderarse de mí, pero aún no había ganado completamente la batalla. Todavía la sangre me ardía, y mi rebelión frente a la esclavitud reforzaba mi ánimo con amargo vigor. Necesitaba contener el alud de imágenes retrospectivas antes de dejarme amedrentar por la fatalidad presente.

Todas las tiranías violentas de John Reed, toda la indiferente soberbia de sus hermanas, toda la aversión de su madre y la injusticia de las sirvientas se agitaron en mi mente como si revolvieran en ella el turbio sedimento posado en lo más hondo de un oscuro pozo. ¿Por qué tenía que sentirme siempre amenazada, acusada, víctima de una perpetua condena? ¿Por qué no le caía bien a nadie? ¿Por qué mis intentos de agradar estaban abocados al fracaso? Eliza, a pesar de su terquedad y su egoísmo, imponía respeto. A Georgiana todos le perdonaban sus caprichos de niña mimada, su talante rencoroso, sus calumnias y sus insolencias. Su belleza, sus mejillas sonrosadas y sus tirabuzones de oro parecían deleitar a cuantos ponían sus ojos en ella, y eso suponía una bula para todos sus defectos. A John nadie le llevaba la contraria y mucho menos se atrevían a castigarle. Ya podía retorcerle el cuello a una paloma, matar a los polluelos o azuzar a los perros contra un rebaño, robar racimos de los viñedos o destruir los brotes de las plantas más escogidas del invernadero, que no pasaba nada. A su madre la llamaba vejestorio y a veces la vilipendiaba por tener una tez oscura (que, por cierto, él había heredado). La desobedecía con el mayor descaro, y no era infrecuente que le destrozara sus vestidos de seda. Y sin embargo seguía siendo para ella «mi adorado niño». Yo no me atrevía a cometer ninguna infracción; ponía de mi parte todo lo posible por cumplir con mis deberes y se me tachaba de antipática, arisca, molesta y víbora de la noche a la mañana.

Todavía me dolía la cabeza y me sangraba a causa del golpe y la caída que acababa de padecer; nadie le había reprochado a John aquel arbitrario ataque contra mí, y en cambio yo, solo por haberme enfrentado a él para evitar nuevos brotes de irracional agresividad, cargaba con el general oprobio.

«¡No hay derecho, no hay derecho!», clamaba mi razón impulsada por el agónico acicate de saborear un poderío precoz, aunque efímero. Y por

otra parte, la resolución, igualmente férrea, me aconsejaba buscar alguna treta especial para acabar con una opresión tan insoportable; por ejemplo, escaparme o, caso de que esto no fuera posible, negarme a comer y a beber nunca más: dejarme morir.

¡Qué hondamente consternada se sintió mi alma en aquella tarde funesta! ¡Qué alboroto en mi cerebro y qué desgobierno en mi corazón! Y sin embargo era una batalla mental que se estaba librando a oscuras y a ciegas, en el seno de la más densa ignorancia. No encontraba respuesta a aquella insistente pregunta larvada en mi interior: ¿por qué tengo que sufrir de esta manera? Ahora, al cabo de no sé cuántos años, lo comprendo con nitidez.

Yo desafinaba en Gateshead Hall; no me parecía a nadie de los que vivían allí, no existía afinidad alguna entre mi vida y la de la señora Reed o sus hijos, presididas por normas avasalladoras. Si no me querían, yo les pagaba con la misma moneda. No estaban obligados a tratar con cariño a alguien que no simpatizaba con ninguno de ellos; alguien tan heterogéneo y opuesto a ellos por temperamento, inteligencia y aficiones; una criatura inútil y sin provecho para sus fines, incapaz de proporcionarles placer, antipática, que fomentaba gérmenes de rechazo a su trato y de desdén ante sus criterios. Si yo hubiera sido optimista, brillante, desdolida, aplicada, guapa y graciosa, estoy segura de que, a pesar de mi desvalimiento y dependencia económica, la señora Reed habría soportado mi presencia con mucho mayor agrado; sus hijos me habrían tratado más cordialmente y las criadas no estarían predispuestas a hacer siempre de mí la oveja negra del cuarto de jugar.

La luz del día empezó a desamparar el cuarto rojo; eran más de las cuatro, y la tarde anubarrada desembocaba en monótono crepúsculo. Seguía oyendo el batir de la lluvia contra el alféizar de la ventana y el viento aullando en la arboleda trasera de la casa. Poco a poco me iba quedando fría como una piedra y mis arrestos naufragaban. La habitual conciencia de mi humillación, aquella inseguridad y desazón olvidadas llovieron sobre las brasas de mi ira en declive. Todos decían que yo era malísima y tal vez fuera verdad. ¿No acababa de abrigar el propósito de dejarme morir? Pues eso bien pecado que era. ¿Y estaba preparada para

morir? ¿Era la cripta del presbiterio de Gateshead un retiro atrayente? Había oído decir que en esa cripta estaba enterrado el señor Reed; aquel recuerdo me lo trajo a las mientes y me puse a pensar en él con creciente terror. No conseguía acordarme de él, pero sabía que fue tío mío, hermano de mi madre, que me había recogido al quedarme huérfana, y que cuando estaba a punto de morir le hizo prometer a su esposa que me trataría y educaría como a sus propios hijos. Probablemente la señora Reed creyese que estaba cumpliendo la promesa hecha a su marido, y no digo que no fuera cierto, dentro de lo que ella era capaz de dar de sí. Pero una vez muerto mi tío, ¿cómo iba a querer de verdad a una intrusa, a alguien que no llevaba su sangre, no relacionada con ella por vínculo alguno? Debió de ser una carga insoportable verse obligada por juramento a mantener la tutoría de una niña rara a quien no conseguía querer, y mantener perpetuamente entrometida en su grupo familiar aquella incómoda excrecencia.

Me asaltó un pensamiento extraño. No me cabía duda —nunca me ha cabido— de que si mi tío Reed hubiera vivido me habría tratado con cariño. De repente, allí sentada contemplando la cama blanca y las paredes ensombrecidas, con alguna obsesiva mirada de reojo al tenue fulgor del espejo, me puse a recordar cosas que había oído contar acerca de los muertos inquietos en su sepultura cuando no se ha respetado su última voluntad, de cómo reaparecen en el mundo para castigar a los perjuros y vengar a los reos de injusticia. Y se me ocurrió pensar que el alma del señor Reed, atormentada por el daño infligido a su sobrina carnal, pudiera abandonar su morada —ya fuera esta la cripta de la iglesia o el desconocido universo de los ausentes— y presentarse ante mí en aquella habitación. Me sequé las lágrimas y moderé mis sollozos, ante el temor de que las muestras de dolor demasiado violentas pudieran hallar eco en una voz sobrenatural que viniese a consolarme o sacar de las tinieblas un rostro aureolado inclinándose hacia mí con una mezcla de piedad y extrañeza. Esta idea, aunque en teoría pudiera resultar consoladora, se me antojó terrible, caso de que tomara cuerpo. Con todas mis fuerzas intenté sofocarla y mantener la cabeza firme. Me eché para atrás el pelo que cubría mis ojos, erguí la cabeza y me atreví a mirar por toda la habitación.

En ese momento una luz destelló sobre la pared. «¿Será —me pregunté— un rayo de luna que se cuela por alguna ranura de la persiana?». Pero no; la luz de luna no se mueve y esta se movía. Mientras la estaba mirando trepó hacia el techo y se quedó temblando sobre mi cabeza. Ahora soy capaz de suponer tan tranquila que aquel golpe de luz procedería seguramente del fulgor de una linterna esgrimida por alguien que estaba atravesando el jardín; pero en aquel momento, predispuesta al horror como estaba mi mente y con los nervios a flor de piel, consideré que aquel resplandor súbito y veloz era heraldo de una visión del más allá. Mi corazón latía furiosamente, la cabeza me ardía y un zumbido que interpreté como batir de alas aturdió mis oídos. Sentí algo cerca, no podía respirar, me ahogaba y mi resistencia se hizo añicos. Me precipité hacia la puerta y sacudí la cerradura con desesperado ímpetu. Se oyeron pasos rápidos por el pasillo, la llave giró y entraron en la habitación Bessie y Abbot.

—Señorita Eyre, ¿se encuentra mal? —preguntó Bessie.

—¡Qué ruido tan horroroso! —exclamó Abbot—. ¡Casi me taladra los oídos!

—¡Sacadme de aquí! ¡Quiero ir al cuarto de jugar! —grité por toda respuesta.

—Pero ¿por qué? ¿Se ha hecho daño? ¿Ha visto algo? —preguntó Bessie.

—¡Ay, sí! He visto una luz y creo que era un fantasma.

—Ha gritado para llamar la atención —dijo Abbot enfadada—. ¡Y qué grito! Si le doliera algo, tendría excusa. Pero lo único que quería era hacernos venir. Conozco bien sus triquiñuelas.

—¿Qué pasa? —interrogó otra voz perentoria.

Por el pasillo venía la señora Reed con el gorro mal puesto y las ropas crujiendo alborotadamente.

—Abbot y Bessie —añadió al llegar—, creí haber dejado claro que no quería ver a Jane Eyre fuera del cuarto rojo hasta que yo viniera a buscarla.

—Pero es que, señora, no sabe lo fuerte que ha chillado la señorita Eyre —respondió Bessie con voz suplicante.

—Pues que chille —fue la contestación—. Y tú, niña, suelta la mano de Bessie. Puedes estar segura de que por esos procedimientos no te vas a ver libre. Aborrezco las farsas, y más cuando el farsante es un niño. Es mi deber enseñarte que esos trucos no van a hallar eco; al contrario, ahora te quedarás encerrada una hora más, y solo saldrás cuando alcances un total equilibrio y te muestres sumisa.

—¡Por favor, tía, por lo que más quiera! Tenga compasión de mí y perdóneme. No puedo soportar el encierro, castígueme de otra manera, me moriré si…

—¡A callar! Lo que más me repugna son los chillidos.

Seguramente la señora Reed estaba convencida de lo que decía, veía en mí una precoz inclinación a las actitudes teatrales y creía sinceramente en la mezcla de pasión virulenta y peligrosa doblez que ennegrecían mi alma. Y así, una vez que se retiraron Bessie y Abbot, ella, harta de mi angustiado frenesí y mis sollozos incontrolados, me empujó bruscamente y volvió a cerrar con llave la puerta del cuarto rojo, sin más contemplaciones. Oí sus pasos furtivos alejándose, y cuando se marchó del todo supongo que debí de sufrir una especie de síncope. La pérdida del conocimiento fue el telón que cayó sobre la escena.

Capítulo III

De lo primero que me acuerdo después de aquello es de haberme despertado como si saliera de una pesadilla. Veía ante mí una espantosa claridad roja cruzada por gruesos barrotes negros. También oía voces resonando en el vacío, palabras como amortiguadas por corrientes de viento o de agua. La agitación, la incertidumbre y una sensación preponderante de terror ofuscaban mis facultades mentales. Luego noté que alguien me estaba tocando, que me incorporaba y me cogía en brazos con una delicadeza desconocida por mí hasta entonces. Descansé la cabeza no sé si contra una almohada o un brazo, y me encontré a gusto.

Cinco minutos después aquella nube de desconcierto se esfumó. Supe con toda certeza que estaba acostada en mi cama de siempre y que el resplandor rojo procedía de la chimenea encendida en el cuarto de jugar. Era de noche. Una vela ardía sobre la mesa. Bessie estaba de pie junto a la cama con una jofaina en la mano, y a la cabecera, sentado en una silla, había un caballero que inclinaba su rostro hacia el mío. Cuando me di cuenta de que había venido un extraño, alguien que no pertenecía al clan de Gateshead ni estaba vinculado a la señora Reed, experimenté un consuelo inefable, la convicción de sentirme protegida y a salvo. Y aunque la presencia de Bessie era mucho menos odiosa para mí que la de Abbot, por ejemplo, aparté los ojos de ella para escudriñar el rostro de aquel hombre. Lo conocía: era el señor Lloyd, un boticario a quien mi tía Reed llamaba a veces cuando se ponía enfermo alguien del servicio; para ella y sus hijos siempre hacía venir al médico.

—¿Qué pasa? ¿Sabes quién soy?

Pronuncié su nombre al tiempo que le alargaba la mano. La estrechó sonriendo y dijo:

—Ya verás cómo enseguida nos vamos a poner bien.

Luego me recostó y, dirigiéndose a Bessie, le encareció que estuviera atenta a que nadie me molestara en toda la noche. Hizo algunas advertencias más, insinuó que volvería al día siguiente y se marchó, dejándome como sin sombra.

Me había sentido tan arropada y querida mientras estuvo a la cabecera de mi cama que, cuando la puerta se cerró tras él, toda la habitación se ensombreció y mi corazón volvió a derrumbarse hundido por el peso de una tristeza inexpresable.

—¿Cree que podrá dormir, señorita? —me preguntó Bessie en un tono más bien dulce.

Casi no me atrevía a contestarle, ante el temor de provocar más asperezas posteriores.

—Lo intentaré.

—¿Tiene ganas de beber o de comer algo?

—No, Bessie, muchas gracias.

—Pues entonces creo que me voy a acostar, porque son más de las doce. Pero si necesita algo durante la noche, no tiene más que llamarme.

Aquella amabilidad tan sorprendente me dio alas para hacerle una pregunta.

—¿Qué me ha pasado, Bessie? ¿Estoy enferma?

—Se sintió mal, probablemente de tanto llorar en el cuarto rojo. Pero seguro que enseguida se va a encontrar mejor.

Bessie entró en el dormitorio de la doncella, que estaba al lado. Le oí decir:

—Sarah, vente a dormir conmigo al cuarto de jugar. Por nada del mundo me atrevería a quedarme sola toda la noche con esa pobre niña, igual se muere. Fue tan raro el síncope que le dio… me pregunto qué es lo que pudo ver. La señora ha estado demasiado dura con ella.

Volvieron juntas Bessie y Sarah, se acostaron y se quedaron cuchicheando todavía durante una media hora antes de que las venciera el sueño. Yo captaba solamente jirones de su conversación, pero a través de

ellos me enteraba con suficiente claridad de cuál seguía siendo el tema central.

—Algo se cruzó ante ella, una figura vestida de blanco, y desapareció…

—Y un perro detrás, era un perro negro, enorme…

—Tres aldabonazos a la puerta…

—Una luz en la cripta del presbiterio, justo sobre su tumba…

Y cosas por el estilo. Hasta que por fin las dos cayeron dormidas. El fuego y la vela se apagaron. Para mí las horas de aquella larga noche transcurrieron en fantasmal vigilia, con los ojos, los oídos y el entendimiento sacudidos al unísono por el terror, un tipo de terror que solo los niños pueden padecer.

El incidente del cuarto rojo no desembocó en ninguna dolencia física grave ni prolongada; pero la conmoción que habían sufrido mis nervios dejó unas secuelas que aún hoy siguen reverberando. ¡Ay, sí, señora Reed! A usted le debo ciertas punzadas de desarreglo cerebral. Pero tengo que perdonarla, porque no era consciente del daño que hacía. Usted, mientras hostigaba mi corazón, creía estar enderezando una naturaleza proclive al mal.

Al día siguiente, muy de mañana, ya estaba yo levantada, vestida y envuelta en una toquilla. Me senté junto a la chimenea encendida del cuarto de jugar. Lo peor no es que me encontrara débil y abatida; la perturbación más grave arrancaba de una insoportable noción de miseria; tan miserable me sentía que las lágrimas no cesaban de fluir silenciosamente por mis mejillas. Apenas había enjugado una cuando ya estaba asomando la siguiente. Y sin embargo me daba cuenta de que tenía suerte porque no estaba en casa ninguno de los Reed, habían salido con la madre en el coche. Tampoco apareció Abbot, que estaba cosiendo en otro cuarto, y, en cuanto a Bessie, que iba de acá para allá recogiendo juguetes y ordenando cajones, de vez en cuando me dirigía la palabra con una amabilidad inusitada. Acostumbrada como estaba a una vida sembrada de incesantes reprimendas y penosas faenas nunca agradecidas, aquella situación tendría que habérseme antojado un paraíso de paz. Pero lo cierto es que mis nervios destrozados habían llegado a tal tensión que no había

calma capaz de servirles de lenitivo ni placer que pudieran recibir con grata excitación.

Bessie había bajado a la cocina y vino con un trozo de pastel sobre un plato. El plato era de porcelana china y, estampada en brillantes colores, se veía un ave del paraíso recién salida del nido rodeada por una guirnalda de espirales y capullos de rosa; siempre me había suscitado una mezcla de entusiasmo y fascinación aquel plato y alguna vez pedí que me lo dejaran tener en la mano para poder contemplarlo de cerca, pero hasta aquel momento no se me había considerado digna de tal privilegio. Ahora tenía sobre las rodillas el codiciado recipiente y además estaba invitada a comer la tartaleta de hojaldre que contenía. Una concesión inútil que, como tantos otros favores codiciados y diferidos durante mucho tiempo, llegaba demasiado tarde. No tenía ganas de comer el pastel, y tanto el plumaje del ave como el tono de las flores se me antojaban extrañamente marchitos. Aparté el plato y dejé el pastel intacto. Bessie me preguntó que si quería un libro, y la palabra «libro» actuó sobre mí como un estímulo fugaz. Le rogué que me trajera de la biblioteca *Los viajes de Gulliver*. Es un libro que lo tenía gastado de tanto leerlo con deleite. Me parecía una historia veraz y había descubierto dentro de ella una veta de interés más profunda que la contenida en los cuentos de hadas. Porque con respecto a los duendes, tras haberlos buscado inútilmente entre las hojas y campánulas de dedalera, bajo las setas y la yedra que cubría tantos viejos escondites del muro exterior, había llegado finalmente a la amarga conclusión de que habían emigrado en masa de Inglaterra hacia algún país salvaje y menos populoso, de bosques más espesos e intrincados. En cambio Lilliput y Brobdignac, como para mí formaban parte del mundo real, estaba segura de llegar a toparme con ellos algún día tras un largo viaje, de poder contemplar con mis propios ojos aquellas casas, campos y árboles diminutos, gente enana, minúsculos rebaños de ovejas, vacas y pájaros del primer reino, y los maizales tan altos como bosques, los enormes mastines, los gatos monstruosos y los hombres y mujeres descomunales cual torres que poblaban el segundo. Y a pesar de todo, cuando tuve en la mano el añorado libro y empecé a pasar aquellas páginas en busca del encanto que sus maravillosos grabados jamás habían dejado de regalarme,

todo se volvió lóbrego y espectral. Los gigantes eran trasgos escuálidos, los pigmeos inquietantes y pérfidos diablillos y Gulliver un patético vagabundo perdido por regiones peligrosas y desoladas. Cerré el libro, sin atreverme a leerlo de nuevo, y lo dejé sobre la mesa junto al pastel intacto.

Bessie, cuando acabó de arreglar y limpiar el cuarto, se lavó las manos, abrió un pequeño cajón lleno de estupendos retales de raso y seda y se puso a coser un sombrerito nuevo para la muñeca de Georgina, mientras entonaba una canción que decía:

En aquellos días de vida bohemia
camino adelante
que el tiempo borró.

Yo había escuchado muchas veces esa canción y siempre con vivo deleite porque Bessie tenía una voz muy bonita, o por lo menos a mí me lo parecía. Pero ahora, aunque la voz seguía siendo la misma, hallé que entonaba la melodía con una tristeza indescriptible. A veces, cuando estaba absorta en su tarea, el estribillo le salía atenuado, prolongándose mucho. Aquellos días «que el tiempo borró» se sucedían con la triste cadencia de un himno funeral.

Bessie acometió luego otra balada, y esta sí que era realmente plañidera.

Traigo heridos los pies, no puedo con mi alma,
queda mucho camino, y salvaje es el monte,
pronto se pondrá el sol
y una espantosa noche sin atisbos de luna
caerá sobre los pasos de la niña huérfana.

¿Quién me mandó tan lejos y tan sola
a donde el páramo se extiende
y se amontonan roquedales grises?
Los hombres sin entrañas. Solamente los ángeles
vigilarán los pasos de la niña huérfana.

Aunque remota y leve, sopla brisa en la noche,
nubes no hay y las estrellas brillan,
Dios misericordioso manda su protección,
consuelo y esperanza para la niña huérfana.

Aunque al pasar por el puente quebrado me cayese,
o me hundiese en el pantano, alucinada por los fuegos fatuos,
siempre el celestial Padre de promesa infalible y bendición amiga
acogerá en su seno a la niña huérfana.

Incluso privada de familia y hogar
una idea me ampara y fortalece, a modo de caricia.
Tengo casa en el cielo y allí descansaré indefectiblemente.
Dios es amigo de la niña huérfana.

—Por favor, señorita Jane, no llore —dijo Bessie cuando acabó de cantar.

Era como si le hubiera advertido al fuego «¡no quemes!». ¿Cómo podía ella imaginar el tormento enfermizo que me tenía cautiva?

En el curso de la mañana, el señor Lloyd volvió a hacer acto de presencia.

—¿Qué? ¿Ya levantada? —dijo, al entrar en el cuarto—. Vamos a ver, niñera, ¿cómo se encuentra la enferma?

Bessie contestó que me encontraba muy bien.

—Pues si fuera verdad, digo yo que tendría una cara más alegre. Ven acá, señorita Jane. Te llamas así, ¿no?

—Sí, señor. Jane Eyre me llamo.

—De acuerdo. Y has estado llorando, Jane Eyre. ¿Se puede saber por qué? ¿Te duele algo?

—No, señor.

—Bueno —intervino Bessie—, yo creo que llora porque no ha podido salir con la señora y los niños en el coche.

—¡Seguro que no! Es demasiado mayor para disgustarse por una tontería como esa.

Yo era de su misma opinión y, como el falso testimonio de Bessie había herido mi amor propio, me apresuré a desmentirlo.

—Jamás se me ocurriría llorar por semejante cosa. Salir en el coche me resulta odioso. Lloro porque soy muy desgraciada.

—¡Qué horror, señorita! —exclamó Bessie.

El bueno del boticario se quedó un poco desorientado. Yo estaba de pie ante él y me exploraba con ojos fijos y penetrantes. Eran unos ojos pequeños, de color gris, no demasiado refulgentes, pero, pensándolo ahora, creo que perspicaces. Tenía un rostro de facciones toscas y sin embargo su expresión reflejaba bondad. Después de haberme contemplado un rato a sus anchas, dijo:

—¿Por qué te pusiste mala ayer?

—Se cayó —volvió a interrumpir Bessie.

—¿Que se cayó? ¿Otra vez habla de ella como de un niño chico? ¿Es que no sabe andar con ocho o nueve años que tendrá?

—Me tiraron al suelo —aclaré bruscamente, ante aquel nuevo ataque a mi amor propio.

Y enseguida añadí, mientras el señor Lloyd tomaba una pizca de rapé:

—Pero no fue por eso por lo que me puse mala.

En ese momento, cuando el señor Lloyd estaba guardándose en el bolsillo del chaleco la cajita de rapé, se oyó una campanada que anunciaba la hora de comer del servicio. Él lo comprendió y se dirigió a Bessie.

—Es para usted, niñera. Baje tranquila. Yo me quedo con la señorita Jane y le daré un buen repaso hasta que vuelva usted.

Bessie hubiera preferido quedarse, pero no tuvo más remedio que obedecer, porque en Gateshead Hall la puntualidad en las comidas era una norma incondicionalmente respetada.

—Si no fue la caída la causa de tu mal —prosiguió el señor Lloyd cuando Bessie hubo desaparecido—, ¿me puedes decir cuál fue?

—Me encerraron con llave en un cuarto donde vive un fantasma, y así hasta que se hizo de noche cerrada.

En el rostro del boticario se leía una expresión preocupada y sonriente a la par.

—¿Un fantasma? Ahora va a resultar que en el fondo eres una niña chica. ¿Te dan miedo los fantasmas?

—Me da miedo el fantasma del señor Reed, que no es lo mismo. Murió en esa habitación y allí estuvo de cuerpo presente. Tampoco Bessie, ni nadie, se atreve a entrar allí por la noche a no ser que no tengan más remedio. Encerrarme a mí allí sola sin una vela siquiera, fue algo tan cruel y tan horrible que no creo que pueda olvidarlo jamás en mi vida.

—¡No digas bobadas, mujer! ¿Y por eso te sientes desgraciada? ¿Sigue dándote miedo ahora, de día?

—No, ahora no. Pero la noche volverá dentro de poco. Y además estoy triste, tristísima, por otras cosas.

—¿Otras cosas? ¿Cuáles? ¿Puedes contarme alguna?

¡Cómo me hubiera gustado contestar cumplidamente a aquella petición! ¡Pero era tan difícil acertar a construir cada frase! Los niños, a pesar de que son muy capaces de tener sentimientos, no son aptos para analizar aquello que sienten. Y aun en el caso de lograrlo parcialmente dentro de su cabeza, lo que no saben es cómo convertir en palabras el resultado de tal proceso. A pesar de todo, como me espantaba la idea de perder aquella primera y única ocasión de aliviar mi pena intentando compartirla, tras unos instantes de turbación, me las ingenié para amañar una respuesta lo más veraz posible, por precaria que fuese.

—Para empezar, no tengo padre ni madre, ni hermanos.

—Pero tu tía es muy buena y tienes a tus primos.

Volví a guardar un corto silencio. Luego prorrumpí desmañadamente:

—Pero John Reed me tiró al suelo y su madre me encerró con llave en el cuarto rojo.

El señor Lloyd volvió a sacar su cajita de rapé.

—¿Y Gateshead Hall no te parece una casa preciosa? —preguntó—. ¿No agradeces el privilegio de poder vivir en este sitio tan espléndido?

—No es mi casa, señor. Y Abbot dice que tengo menos derecho a estar aquí que una criada.

—¡Vaya por Dios! No se te pasará por la cabeza la tontería de abandonar este palacio, ¿verdad?

—Si tuviera a donde ir, fuera donde fuese, me marcharía sin dudarlo. Pero por desgracia, hasta que sea mayor de edad no podré escaparme de Gateshead.

—Tal vez puedas, quién sabe. ¿No tienes más parientes que la señora Reed?

—Creo que no, señor.

—¿Por la rama paterna no te queda nadie?

—No lo sé. Una vez se lo pregunté a mi tía y me contestó que probablemente quedase por ahí algún Eyre, gente pobre y de baja estofa, pero que no tenía noticia de ellos ni los trataba.

—Y si existieran, ¿te gustaría irte a vivir con ellos?

Me quedé pensando. A los adultos la miseria les da grima, pero a los niños más todavía, porque ignoran que el concepto de pobreza no está reñido con el de trabajo, honradez e ingenio. Para ellos decir pobre es decir andrajos, comida escasa, chimeneas sin leña, modales groseros y vicios humillantes. Para mí la pobreza era sinónimo de degradación.

—No, no me gustaría vivir con gente pobre —contesté.

—¿Aunque te trataran bien?

Moví la cabeza negativamente. No concebía que alguien sumido en la miseria pudiera tratarme bien. Eso sin contar con que yo tendría que aprender su lenguaje, adaptarme a sus costumbres, ser inculta, e ir creciendo, en fin, condenada a convertirme en una de aquellas pobres mujeres que veía a veces en la aldea de Gateshead dando de mamar a sus hijos o lavando la ropa a la puerta de sus casuchas. No, no me consideraba tan heroica como para comprar la libertad al precio de un cambio de raza.

—¿Pero tan pobres son tus parientes por la rama paterna? ¿Son obreros?

—No sé decirle. La tía Reed dijo que, caso de quedar alguno, se dedicarán a la mendicidad. Y a mí, la verdad, ponerme a pedir no me gustaría.

—¿Y te gustaría ir a la escuela?

Me quedé reflexionando de nuevo. No sabía lo que era una escuela más que de oídas. Bessie se refería a ella a veces como un sitio donde las jóvenes se sentaban en bancos, usaban pizarras y se les exigía un refinamiento y corrección absolutos. John Reed odiaba su escuela y echaba pestes del maestro. Claro que el criterio de John Reed no tenía por qué servirme de referencia y, en cuanto a los comentarios de Bessie sobre la disciplina escolar (recogidos a través de ciertas señoritas en cuya casa sirvió antes de venir a la nuestra), por lo general me resultaban detestables. Pero me atraían, en cambio, algunos detalles de las habilidades adquiridas en la escuela por esas mismas señoritas. Alababa Bessie las preciosas acuarelas de paisajes y flores que pintaban, las canciones que aprendían y las piezas que llegaban a tocar, las bolsas bordadas que lograban rematar, o los libros que podían traducir del francés. Al escucharla, mi alma se inclinaba ante el deseo de parecerme a aquellas chicas. Además la escuela podía representar para mí un cambio de vida fulminante, sería como hacer un largo viaje, marcar una frontera entre Gateshead y yo, ingresar en una nueva etapa.

—Pues sí que me gustaría ir a la escuela —dije tras aquella demorada reflexión—. ¡Ya lo creo!

—Bueno, hija, bueno. ¡Pues quién sabe! —resumió el señor Lloyd.

Luego se levantó, y seguramente se estaba diciendo que aquella niña necesitaba perentoriamente un cambio de aires y de decorado, que tenía los nervios hechos polvo.

Volvió Bessie y su entrada coincidió con el ruido que anunciaba el regreso del coche cuyas ruedas resonaban sobre la gravilla del sendero.

—¿Será su señora? —preguntó el señor Lloyd a Bessie—. Lo digo porque me gustaría hablar con ella antes de irme.

Bessie lo invitó a bajar con ella al comedor y le precedió por el camino.

Me imagino, por lo que pasó luego, que durante la entrevista que mantuvieron el boticario y mi tía, él debió de atreverse a recomendar que me mandasen a un colegio. Tal recomendación debió hallar eco de forma bastante inmediata, porque a la noche siguiente, estando yo ya en la cama, el tema salió a relucir entre Bessie y Abbot, que me creían dormida y

charlaban en el cuarto de jugar, mientras se entregaban a sus labores de aguja.

—Para la señora —dijo Abbot— yo creo que ha sido un alivio pensar en deshacerse de una criatura tan cargante y arisca, que siempre te mira como espiándote o como si estuviera urdiendo alguna conspiración a tus espaldas.

Abbot, por lo visto, debía de tenerme por una especie de Guy Fawkes[4] infantil.

También me enteré por primera vez, a través de aquellas confidencias hechas por Abbot a Bessie, de que mi padre había sido un clérigo sin fortuna al que mi madre se unió en contra de la voluntad de mis abuelos Reed, que lo consideraban inferior a ella. A mi abuelo le irritó tanto su desobediencia que no quiso volver a saber nada de su hija, y la desheredó. Al cabo de un año de aquella boda, mi padre contrajo unas fiebres tifoideas durante su visita a los pobres de un poblado industrial que pertenecía a su parroquia, donde esa enfermedad se estaba propagando mucho en aquellos días. Contagió a mi madre y murieron uno detrás del otro, con un mes de diferencia.

Bessie, cuando acabó de escuchar aquella historia, lanzó un suspiro.

—Pues también la pobre señorita Jane —dijo— es bastante digna de lástima.

—Ya —concedió Abbot—. A todos nos conmovería su desamparo si fuera guapa y tuviera buen carácter, pero un escuerzo así ¿a quién le va a dar pena?

—A muchos no, desde luego —concedió Bessie—. Un encanto como la señorita Georgiana, si se viera en tal caso, movería a general compasión.

—Sí, sí, es verdad. Yo a la señorita Georgiana la adoro —exclamó Abbot con fervor—. Parece talmente un ángel, con esos tirabuzones, ese color de tez y esos ojos tan azules, como si saliera de un cuadro. Oye, Bessie, ¿por qué no haces tostadas con queso para cenar? Me encantaría.

—A mí también. Pondré además unas cebollas al horno. Venga, vámonos abajo.

Y se marcharon.

Capítulo IV

De lo que hablé con el señor Lloyd unido a las noticias que me llegaron a través de la charla de Abbot y Bessie, recogí suficiente dosis de esperanza para alentar en mí el deseo de ponerme buena. Un cambio parecía avecinarse, lo anhelaba y esperaba en silencio. Pero tardaba en llegar. Los días y las semanas se sucedían y yo me iba encontrando cada vez mejor de salud; nadie, sin embargo, hacía ninguna alusión al tema que yo rumiaba a solas. Notaba a veces que la señora Reed me vigilaba con mirada adusta, pero casi nunca me dirigía la palabra. A partir de mi enfermedad es como si se hubiera acentuado la línea fronteriza que separaba palmariamente mi territorio del ocupado por ella y sus hijos. Me adjudicó un cuartito minúsculo para dormir y comer yo sola, y el resto del día me lo pasaba en el cuarto de jugar, mientras mis primos campaban a sus anchas por el salón. No dejaba escapar, a pesar de todo, el menor indicio de que estuviera pensando mandarme al colegio. Y, sin embargo, yo abrigaba la instintiva certeza de que no me aguantaría mucho más tiempo viviendo bajo su mismo techo, porque sus miradas de reojo, cuando caían fugazmente sobre mí, revelaban más que nunca la arraigada e insuperable aversión que le producía mi presencia.

Eliza y Georgina, sin duda obedientes a consignas maternas, hablaban conmigo lo menos posible, John me sacaba la lengua e incluso una vez intentó agredirme. Pero como yo inmediatamente me tiré a él, llevada por el mismo impulso iracundo y desesperado que acarreó mi castigo, prefirió desistir y se escapó corriendo soltando insultos y jurando que le había torcido la nariz. Es verdad que había asestado el golpe más fuerte de que

eran capaces mis puños contra aquel prominente apéndice de su rostro y, cuando comprobé que se había achantado no sé si por el golpe o por mi mirada, me dieron unas ganas locas de seguirle y darle su merecido, pero ya había buscado refugio junto a su mamá. Y le oí desgranar en cuchicheo el sempiterno cuento de lo malvada que era Jane Eyre y de cómo se había arrojado sobre él como un gato furioso. Pero su madre cortó bruscamente aquella retahíla.

—No me la nombres, John. Te he prohibido acercarte a ella, no le hagas ni caso, no se lo merece, ni tú ni tus hermanas quiero que tengáis tratos con ella, ¿entendido?

Al llegar a este punto, me asomé a la barandilla de la escalera, y sin controlar mis palabras exclamé airadamente:

—¡Son ellos los que no merecen tratarse conmigo!

Aunque la señora Reed era una mujer bastante voluminosa, al oír aquella inesperada y audaz declaración, subió ágilmente las escaleras, me levantó en brazos, entró como un torbellino en el cuarto y me dejó caer de mala manera sobre la cama, mientras me prohibía, enfatizando la voz, que volviera a moverme y que pronunciara una sola palabra durante todo el día.

—¿Qué le diría a usted el tío Reed si viviera? —fue la pregunta que se escapó de mis labios con escasa intervención de la voluntad. Y digo esto porque era como si la boca no me hubiera pedido permiso para pronunciar aquellas palabras: surgían de una zona interior de mi ser sobre la que yo evidentemente no tenía mando.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó la señora Reed con la respiración alterada.

Sus ojos grises generalmente fríos y asépticos estaban recorridos por una ráfaga que me pareció de miedo. Soltó la mano que me oprimía el brazo y me examinó con mirada penetrante, como si no supiera en realidad si tenía delante a una niña o al demonio en persona. Ya no podía volverme atrás.

—Mi tío Reed está en el cielo y puede ver todo lo que hace usted y también lo que piensa, igual que mi padre y mi madre, que en paz

descansen. Ellos saben que me tuvo encerrada un día entero y que me desea la muerte.

La señora Reed se recuperó inmediatamente, me sacudió y me propinó dos sonoras bofetadas cerca de los oídos. Luego se fue sin decir una palabra más. Pero Bessie suplió luego ese silencio con un sermón de casi una hora, donde quedaba atestiguado sin vuelta de hoja que yo era la niña más pérfida y dejada de la mano de Dios que pudiera crecer bajo techado. Casi me convenció, porque realmente me di cuenta de que mi pecho solo albergaba deseos de mal.

Transcurrieron noviembre, diciembre y la mitad de enero. Las Navidades y el Año Nuevo se celebraron en Gateshead con la festiva solemnidad de siempre. Se intercambiaron regalos y se dieron cenas y fiestas. De todas aquellas diversiones yo estaba excluida, como es natural. Mi participación en el regocijo general se reducía a espiar un día tras otro cómo se emperifollaban Eliza y Georgina. Y verlas bajar al salón con sus trajes de delicada muselina, sus cinturones color escarlata y aquellos trabajosos peinados de tirabuzones. Luego me distraía escuchando los acordes del piano o del arpa, que me llegaban de abajo, las idas y venidas del mayordomo y los lacayos, el tintineo de copas y tazas cuando se servían los refrescos y el rumor de las conversaciones cada vez que se abría la puerta del comedor. Cuando me cansaba de ese entretenimiento, abandonaba el rellano alto de la escalera y me metía en el cuarto de jugar silencioso y desierto. Allí me sentía un poco triste, pero no desgraciada. A decir verdad, no añoraba lo más mínimo la compañía, porque cuando estaba con gente casi nunca nadie se fijaba en mí. Y si Bessie se hubiera mostrado amable y con ganas de acompañarme, me habría parecido un regalo pasar las tardes con ella apaciblemente, y no bajo la formidable mirada de la tía Reed en una habitación llena de señores y señoras. Pero Bessie, en cuanto arreglaba a sus señoritas, solía desaparecer hacia las animadas zonas de la cocina o el cuarto del ama de llaves, y se llevaba la vela consigo. Así que yo me quedaba sentada con mi muñeca sobre las rodillas hasta que el fuego de la chimenea empezaba a apagarse, lanzando en torno de vez en cuando miradas de reojo para asegurarme de que nada ni nadie peor que yo misma rondaba por el cuarto ensombrecido. Y cuando

las brasas se volvían de un rojo opaco, me desnudaba a toda prisa, tirando como Dios me daba a entender de lazadas y cordones, y me refugiaba en la cama huyendo del frío y de la oscuridad. Siempre metía a la muñeca conmigo. Todos los seres humanos necesitan querer a alguien y yo, ante la escasez de personas merecedoras de mi amor, me las había ingeniado para encontrar placer en mimar y acariciar aquella imagen fantasmal y marchita, andrajosa como un minúsculo espantapájaros. Me asombra ahora recordar la absurda sinceridad de que dotaba mis sentimientos hacia aquel juguete, hasta el punto de creer casi que estaba viva y era capaz de corresponderme. No podía dormirme si no la envolvía en mi camisón y, al sentirla allí calentita y resguardada, experimentaba una relativa felicidad, imaginando que ella también era feliz.

Las horas se me hacían muy largas esperando que se disolviera la reunión de abajo o un ruido de pasos anunciara que Bessie subía la escalera. A veces venía a buscar su dedal o sus tijeras, o a traerme algún sucedáneo de cena, un bollo o un pastel de queso. En este caso solía sentarse en la cama mientras yo comía, y cuando terminaba, me recogía la ropa, me daba dos besos y decía: «Buenas noches, señorita Jane». Entonces Bessie me parecía la persona más dulce, más guapa y mejor de este mundo. Y deseaba con toda el alma que estuviera siempre conmigo así de cariñosa y amable, que no me rechazara nunca, que no me riñera ni se enfadara sin motivo, como hacía tan a menudo. Bessie Lee creo que debió de ser una niña con notable inteligencia natural, porque todo lo hacía bien y además estaba muy dotada para la narración oral, o por lo menos es lo que me parecía a mí cuando la oía contar cuentos. Además era guapa, si no me engaña el recuerdo de su rostro y su figura. Guardo de ella una imagen de chica joven y esbelta, pelo y ojos negros, rasgos delicados y cutis claro. Tenía, sin embargo, un carácter impaciente y tornadizo. Y una escasa sensibilidad con respecto a la noción de justicia. Pero, con todo, yo la prefería tal como era a ninguno de los otros habitantes de Gateshead Hall.

Llegó el día quince de diciembre. Eran aproximadamente las nueve de la mañana, Bessie había bajado a preparar el desayuno y a mis primos aún no los había avisado nadie. Eliza se estaba poniendo el sombrero y un

abrigo grueso para salir a echar comida a las gallinas, cosa que le gustaba mucho. Y todavía le gustaba más vender los huevos al ama de llaves e ir acumulando el dinero que ganaba por ese procedimiento. Tenía madera de comerciante y una marcada tendencia al ahorro, que quedaba de manifiesto no solo en la ganancia de los huevos sino también en los tratos y regateos que llevaba a cabo con el jardinero, cuando le vendía semillas y esquejes de plantas. Aquel hombre, siguiendo órdenes de la señora Reed, se veía obligado a comprar todo lo que le ofrecía Eliza, y ella hubiera sido capaz de vender su propio pelo si se lo pagaban bien. Al principio guardaba aquellas ganancias envueltas en un trapo viejo o en papel de bigudíes, pero como quiera que una criada descubriese alguno de sus escondrijos, Eliza, temerosa de perder su preciado tesoro, consintió en prestárselo a su madre, al interés abusivo de un cincuenta o sesenta por ciento. Aquellos intereses los recogía puntualmente cada trimestre, y las cuentas las apuntaba con obsesivo rigor en una pequeña agenda.

Georgina estaba sentada en un taburete arreglándose el peinado ante el espejo y entretejiendo sus rizos con flores artificiales y plumas descoloridas que había encontrado en gran cantidad dentro de un cajón del ático. Yo estaba haciéndome la cama porque Bessie necesitaba tenerme disponible cuando volviera; a veces me consideraba como una empleada suya y tenía que ayudarla a recoger el cuarto, quitarle el polvo a los muebles y otras tareas por el estilo. Después de estirar la colcha y doblar el camisón, me acerqué a la ventana y me puse a ordenar algunos libros y mueblecitos de la casa de muñecas que estaban diseminados sobre la repisa. Pero una brusca orden de Georgiana me detuvo en seco: que no tocara sus juguetes, aquellas sillitas y espejos y platos y tazas diminutos eran suyos y solo suyos. Total que, como no tenía otra cosa mejor que hacer, me puse a echar el aliento sobre las flores de escarcha que se habían formado en el cristal de la ventana con ánimo de dejar libre un cachito para mirar a través de ella el parque, donde todo aparecía inmóvil y como petrificado bajo el efecto de la rigurosa helada.

Desde aquella ventana se veía la vivienda del portero y el camino de entrada para los coches. Y precisamente cuando acababa de fundir en parte el plateado follaje que velaba el cristal, logrando un hueco suficiente para

servirme de mirilla, vi que se abrían las puertas para dar paso a un carruaje. Vi con indiferencia cómo subía la cuesta. De vez en cuando venían coches a Gateshead, pero ninguno traía visita alguna que me pudiera interesar. Se paró ante la fachada, se oyó sonar bien fuerte el timbre y el recién llegado entró en casa. Como todo aquello no tenía que ver nada conmigo, mi desocupada atención halló pronto un argumento más atractivo en el espectáculo de un gorrioncillo hambriento, que piaba posado en las ramitas desnudas de un cerezo pegadas a la pared exterior del edificio. Todavía quedaban sobre la mesa algunos restos de mi desayuno de pan y leche, así que desmigajé un trozo de panecillo, y estaba tratando de abrir la ventana para echar las migas al alféizar, cuando Bessie irrumpió en el cuarto atropelladamente.

—Señorita Jane, ¿qué hace? Quítese enseguida el delantal. ¿Se ha lavado ya la cara y las manos?

Tiré más fuerte de la ventana antes de contestar, porque quería asegurar el desayuno del gorrión. La contraventana cedió al fin y dispersé las migas, que fueron a parar parte al alféizar y parte al cerezo. Luego cerré la ventana y contesté:

—No, Bessie. No he acabado de limpiar el polvo hasta ahora mismo.

—¡Ay qué niña tan pesada y tan incapaz! ¿Y ahora qué estaba haciendo? Se ha puesto tan colorada como si estuviera maquinando una de las suyas. ¿Se puede saber para qué abría la ventana?

Bessie me ahorró la molestia de contestar, porque parecía tener demasiada prisa para atender a mis explicaciones. Me arrastró al lavabo y me sometió a una serie de restregones en cara y manos con agua, jabón y áspera toalla despiadados aunque afortunadamente breves. Me peinó a tirones con un cepillo de púa dura, me quitó el delantal, me llevó a todo correr al rellano alto de la escalera y me mandó bajar inmediatamente porque me estaban esperando en el comedor.

Tendría que haberle preguntado que quién me esperaba y que si la señora Reed estaba allí, pero cuando quise reaccionar, Bessie había desaparecido y había cerrado la puerta. Bajé despacio las escaleras. A lo largo de aquellos tres meses la señora Reed nunca había reclamado mi presencia; así que para mí, después de tanto tiempo encerrada en el cuarto

de jugar, el salón y el comedor se habían convertido en regiones amenazadoras por las que no me atrevía a aventurarme.

Me quedé de pie en el vestíbulo vacío, mirando encogida y temblorosa la puerta del comedor, justo enfrente. ¡Qué cobarde y asustadiza me había vuelto por culpa de los injustos castigos recientemente padecidos! Me daba tanto miedo volver al cuarto de jugar como entrar a ver a mi tía. Estuve por lo menos diez minutos zarandeada por la duda hasta que un exigente timbrazo procedente del comedor me decidió: no tengo más remedio que entrar.

«¿Quién querrá verme? —me pregunté para mis adentros mientras agarraba con ambas manos el picaporte, que durante unos segundos se resistió a mis esfuerzos por hacerlo girar—. ¿Quién estará con la señora Reed: una mujer o un hombre?».

El picaporte cedió, se abrió la puerta, entré y, tras hacer una reverencia, levanté los ojos hacia lo que a primera vista se me antojó ¡una columna negra! Esa impresión daba la figura alta, recta y angosta con abrigo de piel negra, en cuya cumbre un rostro adusto, a modo de capitel, parecía esculpido como una carátula.

La señora Reed estaba en su sitio de siempre junto a la chimenea. Me hizo señas para que me acercase y obedecí. Luego me presentó al visitante de piedra con estas palabras:

—Esta es la niña de que le he hablado.

Él, porque resultó ser un hombre, volvió lentamente la cabeza hacia donde yo estaba, y tras examinarme con unos ojos inquisidores que refulgían bajo las espesas cejas, dijo solemnemente y con voz apagada:

—Es pequeña. ¿Cuántos años tiene?

—Diez años.

—¿Tantos? —preguntó reticente, mientras seguía escrutándome con insistencia.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó al fin, dirigiéndose a mí.

—Jane Eyre, señor.

Y al decirlo alcé los ojos. Me pareció un hombre muy alto, yo a su lado me empequeñecía. Tenía las facciones abultadas, y tanto su rostro como todo su cuerpo exhalaban una mezcla de rigidez y afectación.

—¿Y qué hay, Jane Eyre? ¿Eres una niña buena?

No fui capaz de contestarle que sí. El pequeño mundo que me rodeaba sostenía la opinión contraria, así que me quedé callada. La señora Reed, con una elocuente sacudida de cabeza, respondió en mi lugar y dijo:

—Cuanto menos se toque ese asunto, mejor para todos, señor Brocklehurst.

—Me disgusta de veras oír eso. Tenemos que hablar un poco ella y yo. Ven acá, niña.

Había abandonado la postura vertical y se había acomodado en un sillón enfrente de la señora Reed. Me acerqué a pasitos por la alfombra, y me hizo colocarme ante él. Ahora que estábamos más o menos al mismo nivel, ¡qué nariz tan enorme, qué bocaza toda dientes, qué cara tan fea!

—No hay nada más lamentable que un niño malo —comenzó—, y no digamos ya una niña. ¿Sabes adónde van los niños perversos cuando se mueren?

—Van al infierno —contesté con toda prontitud y ortodoxia.

—¿Y qué es el infierno? ¿Me lo puedes explicar?

—Un pozo repleto de fuego.

—¿Te gustaría caer en ese pozo? ¿Y arder allí por los siglos de los siglos?

—No, señor.

—¿Y qué tienes que hacer para evitarlo?

Me quedé cavilando unos instantes, y mi respuesta, cuando la encontré, resultó discutible.

—Tengo que procurar no ponerme mala para no morirme.

—¿Y cómo vas a lograr no ponerte enferma? Niños más pequeños que tú se están muriendo a diario. Hace dos días enterré a un niñito que solo tenía cinco años, un niño muy bueno, cuya alma seguramente ya ha subido al cielo. Y me temo que no se habría podido asegurar lo mismo de la tuya, si hubiera llegado tu hora.

Como no me consideraba capacitada para disipar sus dudas respecto a aquel asunto, me limité a bajar los ojos y a fijarlos en el enorme par de pies plantados sobre la alfombra. Suspiré. Mi mayor deseo era el de encontrarme lejos de allí.

—Espero que ese suspiro te haya salido del alma y que te arrepientas de todos los disgustos y malos ratos que le hayas podido dar a tu excelente bienhechora.

«¡Bienhechora, bienhechora! —dije para mis adentros—. Siempre me vienen todos con lo mismo. Pues si es así, ¡vaya cruz cargar con una bienhechora!».

—¿Rezas tus oraciones al despertarte y al dormirte? —prosiguió mi fiscal.

—Sí, señor.

—¿Y lees la Biblia?

—Algunas veces.

—¿Te gusta? ¿Encuentras placer en ello?

—Me gustan las Profecías, el libro de Daniel, y el de Samuel, el Génesis, parte del Éxodo y algunos fragmentos de los Reyes. También las Crónicas. Y Job. Y Jonás.

—¿Y los Salmos? Espero que también te gusten los Salmos.

—No, señor.

—¿No? Pues me parece fatal. Yo tengo un niño más pequeño que tú y se sabe de memoria seis salmos. Y cuando le preguntas que si prefiere un pastel de jengibre o aprender otro salmo, siempre contesta: «¡otro salmo!». Y dice que los ángeles cantan salmos y que a él le gustaría ser un querubín en la tierra. Y le damos dos pasteles para recompensar su infantil devoción.

—Los Salmos no son interesantes —remaché.

—Eso indica la perfidia de tu corazón. Debes pedir a Dios que te lo cambie por otro más inocente y puro. Que te quite ese de piedra y te conceda uno por el que corra la sangre.

Estaba a punto de pedirle detalles sobre el método a seguir para operarme el corazón, cuando la señora Reed intervino y me mandó sentar, dispuesta desde entonces a ser ella quien tomara las riendas de la conversación.

—Mire usted, señor Brocklehurst, creo haberle advertido ya en la carta que le escribí hace tres semanas que esta niña no tiene ni el carácter ni las inclinaciones que serían de desear. Si me la admiten interna en Lowood, le

agradecería que rogase a la directora y a las maestras que la vigilen atentamente y monten guardia contra su defecto más grave: la tendencia a mentir. Ya lo sabes, Jane, si digo estas cosas delante de ti es para que no se te ocurra abusar de la buena fe del señor Brocklehurst.

Razón tenía yo en desconfiar de la señora Reed y en no quererla, porque en cuanto podía ya me estaba asestando una puñalada, nunca me había sentido a gusto en su presencia. Por muy atenta que estuviera a obedecerla y mucho que me esforzara en contentarla, mis intentos chocaban contra su repulsa y solo obtenían en pago una frase como la que acababa de escuchar de sus labios. Una acusación semejante, pronunciada como había sido ante un extraño, llegó derecha a clavárseme en el corazón. Me di cuenta confusamente de que en ese momento la señora Reed estaba cerrándole el paso a cualquier esperanza que pudiera abrigar sobre aquella nueva etapa de mi vida, designada por ella misma. Intuí, aunque habría sido incapaz de convertir tal intuición en palabras, que estaba sembrando el odio y la malquerencia en las sendas de mi futuro; y ante los ojos del señor Brocklehurst me vi transformada en una criatura pérfida y artera. ¿Pero qué podía hacer para enderezar aquel entuerto? «Nada, no puedo hacer nada», dije para mis adentros, mientras a duras penas intentaba sofocar un sollozo y me sorbía las lágrimas, inútil testimonio de mi angustia.

—La mentira es verdaderamente un defecto nefasto en un niño —aseveró el señor Brocklehurst—, es índice de doblez, y a todos los embusteros les están haciendo sitio en el lago hirviendo de fuego y azufre. Pero no se preocupe, señora Reed, que la vigilaremos. Hablaré con la señorita Temple y las demás profesoras.

—Lo que quiero —prosiguió mi bienhechora— es que se la eduque con arreglo a su idiosincrasia, procurando hacer de ella un ser humilde y útil al mismo tiempo. En cuanto a las vacaciones, si no le parece mal, las pasará también en Lowood.

—Me parecen muy razonables sus decisiones, señora —respondió el señor Brocklehurst—. La humildad es una virtud predicada por Jesucristo, y a todas las alumnas de Lowood, siguiendo mis instrucciones, se les fomenta con especial interés. He meditado mucho sobre los métodos más

eficaces para mortificar en ellas el ampuloso germen del orgullo, y hace pocos días tuve una prueba muy gratificante de mis aciertos. Augusta, la segunda de mis hijas, fue a visitar la escuela con su madre, y al volver comentó: «¡Qué discretas y recatadas, papá, son las alumnas de Lowood, con el pelo recogido por detrás de las orejas y esos delantales tan largos con faltriquera de hilo, casi parecen pobres! Miraron mi vestido y el de mamá como si no hubieran visto en su vida una falda de seda».

—Así me gusta —replicó ella—. Ni buscándolo por toda Inglaterra habría podido encontrar un sitio más apropiado para meter en cintura a una niña como Jane Eyre y enseñarle resignación. Yo, querido señor Brocklehurst, defiendo la resignación por encima de todas las cosas.

—Efectivamente, señora, es el astro de los deberes cristianos, y todas las reglas de nuestra institución están presididas por la resignación y la conformidad. Comida sencilla, ropa austera, alojamiento sin lujos, costumbres disciplinadas y activas. Ese es el régimen de vida de Lowood y sus habitantes.

—De acuerdo, señor. Entonces quedamos en eso, en que puedo contar con mandar a la niña a Lowood, donde será educada con arreglo a su posición y a sus características, ¿no es así?

—Así es, señora. Será recibida en el colegio como interna y confío en que algún día sabrá agradecer el privilegio inestimable que supone esta admisión.

—La mandaré sin pérdida de tiempo, señor Brocklehurst, porque puede creerme que estoy deseando verme libre de una responsabilidad que empezaba a hacérseme muy ardua.

—No lo pongo en duda, señora. Y ahora, con su permiso, tengo que irme. Volveré a Lowood dentro de una o dos semanas. Mi buen amigo el archidiácono no me va a permitir que lo deje antes. Mandaré recado a la señorita Temple de que va a llegar una niña nueva para que se preparen a recibirla y no haya problema. Adiós, señora.

—Adiós. Dele muchos recuerdos de mi parte a la señora y señorita Brocklehurst, y besos para Augusta, Theodore y Broughton.

—De su parte. Y adiós, niña. Aquí tienes un libro titulado *La guía de los pequeños*. Léelo con toda unción y sobre todo la parte donde se narra

«la historia de la muerte espantosa y repentina de Martha G., una niña perversa adicta a la doblez y el embuste».

Diciendo estas palabras, el señor Brocklehurst puso en mis manos un pequeño panfleto encuadernado a mano; luego pidió el coche y se marchó.

Nos quedamos solas la señora Reed y yo. Transcurrieron algunos minutos en silencio, ella entregada a la costura y yo sin quitarle los ojos de encima. Por aquel tiempo calculo que tendría unos treinta y seis o treinta y siete años, era una mujer robusta, de hombros anchos, brazos y piernas consistentes, no demasiado alta y sin llegar a la obesidad a pesar de ser fornida. Tenía una cara grandota con mandíbula desarrollada y sólida, la frente estrecha, la barbilla saliente, la boca y la nariz normales. Bajo las cejas rubias resplandecían unos ojos exentos de piedad, el pelo era rubio también, pero el cutis oscuro y opaco. Tenía una salud de hierro, nunca guardaba cama. Como administradora era excelente y llevaba un control riguroso sobre las cuestiones domésticas, sus bienes y sus inquilinos. Solamente sus hijos en alguna ocasión desafiaban su autoridad y se atrevían a burlarse de ella. Se vestía con esmero y la elegancia de sus ropas contribuía deliberadamente a realzar su presencia imponente.

Sentada en una banqueta, a pocos metros de su sillón, la observaba yo aquella mañana, detallando su aspecto y sus facciones. Seguía teniendo en la mano el librito donde se narraba la muerte fulminante de la niña embustera y que me fue entregado como diciendo: «aplícate el cuento». Todo lo que acababa de pasar, lo que le dijo mi tía al señor Brocklehurst y el tono de la reciente conversación tan descarnado, me repiqueteaba en el cerebro. Cada palabra de las que pronunciaron era una herida abierta, y un estallido de resentimiento me sacudió.

La señora Reed levantó la cabeza de la labor y sus ojos se quedaron prendidos en los míos, al tiempo que cesaba el tenue movimiento de sus dedos.

—Sal de aquí y vuelve inmediatamente al cuarto de jugar —ordenó.

Algo debía de haber visto en mi mirada o en mi actitud que la irritó, porque sus palabras estaban traspasadas por una ira que a duras penas lograba disimular. Me levanté y me dirigí hacia la puerta, pero luego volví sobre mis pasos, crucé la habitación, cerré la ventana y me acerqué a la

señora Reed. Necesitaba hablar, me habían afrentado y tenía que devolver el agravio. ¿Pero de qué manera? ¿Con qué fuerzas contaba para herir a mi enemiga en el desquite? Hice acopio de energía y emprendí el ataque sin rodeos.

—No soy una embustera —afirmé—. Si lo fuese diría que la quiero a usted. Pero no, digo y repito que no la quiero nada. A nadie en el mundo, quitando a John Reed, le tengo tanta manía, así que este libro con el cuento de la niña mentirosa, mejor que se lo dé usted a su hija Georgiana, porque ella sí que dice mentiras, yo no digo ninguna.

—¿Tienes algo más que exponer? —preguntó en un tono más parecido al que usan los adultos para hablar entre sí que al que habitualmente emplean para dirigirse a un niño.

Aquella voz y aquellos ojos suyos me producían tal aversión que, dominada por una excitación incontrolable, continué, aunque estaba temblando:

—Sí, que me alegro de no tener ningún parentesco con usted. Jamás, por muchos años que viva, volveré a llamarla tía. Nunca vendré a visitarla cuando me haga mayor y, si alguien me pregunta si la quise o cómo me sentí tratada por usted, diré que solo de acordarme me pongo enferma y que me trató usted con una crueldad mezquina.

—¿Cómo te atreves a decirme una cosa así, Jane Eyre?

—¿Que cómo me atrevo? Porque es la verdad, señora Reed, ¿cómo no voy a atreverme a decir la verdad? Usted supone que no tengo sentimientos y que puedo vivir sin una pizca de amor o de ternura; pero yo no puedo vivir así, y usted la compasión no la conoce. Le puedo recordar cómo volvió a encerrarme a empujones en el cuarto rojo aquella noche nefasta y echó el cerrojo aunque yo me sentía morir y le suplicaba a gritos: «¡tenga piedad, tía Reed, tenga piedad de mí!»; y todo el castigo fue por culpa de su hijo, que el muy pérfido me pegó y me abrió una brecha sin motivo alguno. Y a todo el que me pregunte se lo pienso contar con detalles. La gente cree que es usted muy buena, pero es malísima y no tiene corazón. ¡Usted sí que es mentirosa, usted!

En cuanto acabé mi perorata, mi alma empezó a ensancharse y me sentí exultante de libertad, poseída por una extraña sensación de triunfo

jamás experimentada hasta entonces. Me pareció como si se hubiera roto una ligadura invisible y que tras la batalla ingresaba inesperadamente en un terreno independiente. Y tenía mis razones para pensarlo. La señora Reed tenía cara de susto. La labor se le había escurrido rodillas abajo, levantó las manos, se balanceaba y se le notaba un gesto contraído como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Jane, estás equivocada. ¿Qué te pasa, Jane? ¿Por qué tiemblas así? ¿Quieres un vaso de agua?

—No, señora Reed.

—¿Hay alguna otra cosa que te apetezca? Yo quiero que seamos amigas, te lo aseguro.

—¡Mentira! Le acaba de decir usted al señor Brocklehurst que tengo mal carácter y una tendencia innata a mentir. Pues ya contaré yo en Lowood qué tipo de persona es usted y lo que me ha hecho.

—Jane, tú no entiendes de esas cosas. A los niños hay que darles alguna lección para que corrijan sus defectos.

—¡La mentira no se cuenta entre mis defectos! —grité fuera de mí.

—Pero eres irascible, Jane, eso no me lo negarás. Vamos, querida, vuelve ahora al cuarto de jugar y échate a descansar un rato.

—No me llame «querida», y además no tengo ganas de descansar. Mándeme al colegio cuanto antes, señora Reed, porque no aguanto vivir aquí.

«Ya lo creo que la mandaré cuanto antes», murmuró para sus adentros la señora Reed. Y luego recogió la labor que se le había caído y abandonó bruscamente la habitación.

Me quedé sola allí, dueña y señora del campo conquistado. Era la batalla más dura que había librado nunca y también mi primera victoria. Me quedé quieta un rato sobre la misma alfombra hollada por el señor Brocklehurst, y disfrutaba de la soledad del vencedor. Al principio sonreía por dentro y me sentía orgullosa, pero este vehemente placer fue perdiendo intensidad a medida que se apaciguaba el acelerado ritmo de mis palpitaciones. Un niño no puede enfrentarse a sus mayores ni dar rienda suelta a sus alborotados sentimientos —como había hecho yo— sin padecer luego el malestar de los remordimientos y el temblor de la

reacción. Una cordillera de incendios vivos, deslumbrantes y devoradores podría ser la metáfora idónea para describir mi pensamiento cuando estaba acusando y amenazando a la señora Reed. La misma cordillera, pero de carbones negros y apagados al morir la llama, podría representar con igual acierto mi estado de ánimo posterior cuando, tras media hora de silencio y reflexión, consideré la demencia de mi conducta y lo desairado de mi abominable postura.

Era la primera vez que degustaba unos sorbos de venganza, y me supo, al tragarla, a vino aromático picante y templado. Pero el sabor que dejó luego, corrosivo y herrumbroso, me hizo pensar que había bebido un veneno. Me daban ganas de irle a pedir perdón a la señora Reed, aunque sabía, mitad por experiencia y mitad por instinto, que por ese camino solo lograría que me rechazara con redoblado desdén, lo cual habría servido a su vez de incentivo para resucitar las impulsivas turbulencias de mi carácter.

Más me valdría estimular en mí facultades más nobles que la de dar pábulo a la palabra airada, cultivar sentimientos menos diabólicos que la sombría indignación. Cogí un libro de cuentos árabes, me senté y procuré sumirme en su lectura. Pero no me enteraba de nada. Entre yo y las páginas que otras veces me habían fascinado cruzaban a nado mis propias cavilaciones. Abrí el ventanal del comedor, los arbustos estaban inmóviles, reinaba la escarcha y ni un solo rayo de sol o soplo de brisa se colaban a través de las nubes. Me tapé la cabeza y los brazos con la falda del vestido, y salí a pasear por una zona retirada del jardín. Pero no encontré distracción entre el silencio de los árboles, las piñas caídas o los helados restos del otoño: una hojarasca rojiza barrida por los recientes vendavales y amontonada ahora en pilas. Me apoyé contra la verja dejando vagar la mirada por una pradera desierta donde no pastaba rebaño alguno y la hierba rala se veía aplastada y blanquecina. Era un día gris de nubes opacas, y aquel cielo encapotado presagiaba nieve. De hecho algunos copos flotaban de vez en cuando, y bajaban a posarse sobre la rigidez del camino y el campo encanecido, sin llegar a derretirse. Y la niña desgraciada que contemplaba todo aquello, allí quieta, murmuraba una y otra vez para sus adentros: «¿Y yo? ¿Qué va a ser de mí?».

De repente una voz alta y nítida resonó, llamándome:

—¡Señorita Jane! ¿Dónde se mete? ¡Venga a comer!

Era Bessie; la reconocí enseguida, pero no me moví. Oí sus pasos ligeros que bajaban por el camino.

—¡Qué calamidad de niña! —dijo—. ¿Por qué no acude cuando se la llama?

La presencia de Bessie, en contraste con las cavilaciones que había estado rumiando, me animó, a pesar de que viniera, como siempre, un poco enfadada. La verdad es que, después de haber salido victoriosa en la batalla con la señora Reed, no estaba dispuesta a dejar que hiciera mucha mella en mí el efímero mal humor de la niñera, y sí, en cambio, a recibir el calor de su alma juvenil y alegre. Le eché los brazos al cuello y le dije:

—Anda, Bessie, por favor, no me riñas.

Aquella actitud era más espontánea y confiada que la que yo solía adoptar; pero noté que le gustaba.

—¡Qué rara es usted, señorita Jane! —dijo, inclinándose hacia mí—. ¡Qué alma la suya tan errabunda y solitaria! ¿Y qué? Por fin la llevan al colegio, según creo.

Asentí con la cabeza.

—¿Y no le da pena dejar a la pobre Bessie?

—¿Y qué le importo yo a Bessie, si siempre me está riñendo?

—Porque no me gusta que sea tan huraña, tan asustadiza y tan reservada. Debía mostrarse más audaz.

—¿Para qué? ¿Para ganarme más palizas?

—No diga eso. Pero es verdad que abusan un poco de usted. Mi madre, cuando vino a visitarme la semana pasada, dijo que no le gustaría ver a un hijo suyo en su lugar. Pero venga, le voy a dar una buena noticia.

—No me lo puedo creer, Bessie.

—¿Y eso a qué viene? Pero, criatura, no me mire con esos ojos tan tristes. Pues verá, la señora Reed y sus hijos van a salir esta tarde a tomar el té por ahí, así que usted y yo merendaremos juntas aquí. Le pediré a la cocinera que nos haga un pastel y luego me ayudará usted a revisar sus cajones, porque dentro de poco habrá que prepararle el equipaje. La señora

Reed tiene la intención de mandarla al colegio dentro de un par de días, así que tendrá que seleccionar los juguetes que quiere llevarse.

—Bessie, prométeme que hasta que me vaya no vas a volver a reñirme por nada.

—Prometido. Pero también usted procure ser buena y no tenerme miedo. Si le levanto un poco la voz, no se ponga a la defensiva, eso me pone nerviosa.

—Creo, Bessie, que nunca volveré a tenerte miedo. Me he acostumbrado a tu manera de ser. Enseguida voy a encontrarme con un montón de gente nueva para desconfiar de ella.

—Si desconfía de ellos, no la querrán.

—¿Como tú, Bessie?

—Yo la quiero, señorita, más que a ninguno de aquí.

—Pues no lo parece.

—¡Ya estamos clavando el aguijón! Se le ha puesto otra voz. ¿Qué le ha pasado? ¿Por qué se ha vuelto tan dura y osada?

—Pues porque me voy a ir pronto, y además…

Estuve a punto de contarle lo que había pasado entre la señora Reed y yo, pero lo pensé mejor y decidí guardar el secreto.

—¿Y está contenta de dejarme?

—No, Bessie, para nada. Precisamente ahora estoy más bien triste solo de pensarlo.

—«¡Precisamente ahora, y más bien!». ¡Qué poco calor pone mi niña en lo que dice! Me apuesto lo que sea a que precisamente ahora, si le pidiera un beso, más bien no me lo daría.

—Me encanta darte un beso. Agacha la cabeza.

Bessie obedeció y nos fundimos en un abrazo. Luego la acompañé al interior de la casa y me sentía muy consolada. La tarde transcurrió pacífica y armoniosa, y Bessie me contó los cuentos más bonitos y entonó para mí las más dulces canciones. Hasta para mí la vida podía ofrecer a veces ráfagas de sol.

Capítulo V

Acababan de dar las cinco de la mañana del 19 de enero, cuando Bessie entró en mi cuarto con una vela encendida y me encontró ya levantada y casi arreglada del todo. Había saltado de la cama media hora antes, me había lavado y me había vestido a la luz de una media luna a punto de ocultarse, cuyos rayos se colaban a través del ventanuco que había junto a mi cama. Aquel día iba a irme de Gateshead en una diligencia que pasaba a las seis por delante de casa del portero. Bessie era la única que se había levantado; había encendido la chimenea del cuarto de jugar y ahora estaba preparándome el desayuno. Los niños casi siempre se ponen nerviosos y pierden el apetito ante la inminencia de un viaje; y a mí me pasó lo mismo. Bessie, tras insistirme infructuosamente para que tomase algunas cucharadas de las gachas que me hizo con pan y leche hervida, acabó envolviendo en un papel unas cuantas galletas y me las metió en la bolsa. Luego me ayudó a ponerme el chaquetón y el sombrero, se arropó con una toquilla y salimos del cuarto. Cuando pasamos por el dormitorio de la señora Reed, me preguntó:

—¿No entra a despedirse de la señora?

—No, Bessie —le contesté—. Vino a mi cuarto anoche después de que bajaste tú a cenar y me advirtió de que no la molestara hoy, ni a mis primos tampoco. También dijo que nunca olvidara que había sido mi mejor amiga, y que tenía que hablar bien de ella y estarle agradecida.

—¿Y usted, señorita, qué le contestó?

—Nada. Me tapé la cara con las sábanas y me volví hacia la pared.

—Pues hizo mal, señorita Jane.

—Hice bien, Bessie, más que bien. Tu ama no ha sido amiga mía, ha sido mi enemiga.

—¡Jesús, señorita Jane, no diga eso!

—¡Queda con Dios, Gateshead! —grité al cruzar por el vestíbulo y traspasar la puerta principal.

La luna ya se había puesto y estaba muy oscuro. Bessie llevaba una linterna cuya luz parpadeaba sobre los escalones mojados y la grava del camino resbaladiza por la reciente helada. La mañana de invierno se presentaba cruda y glacial, y según iba bajando aprisa por el camino me castañeteaban los dientes. Había luz en el refugio del portero, y al llegar vimos que su mujer estaba encendiendo la lumbre. Mi baúl, que habían bajado la tarde anterior, estaba allí a la entrada atado con unos cordeles. Ya faltaban pocos minutos para las seis, y en cuanto sonó esa hora, un lejano crujir de ruedas anunció que la diligencia se avecinaba. Desde la puerta vislumbré el resplandor de sus faroles abriéndose camino en la penumbra cada vez más aprisa.

—¿Viaja sola? —preguntó la mujer del portero.

—Sí.

—¿Y va muy lejos?

—A más de cincuenta millas.

—¡Qué viaje tan largo! No sé cómo a la señora Reed no le asusta dejarla ir sola hasta tan lejos.

La diligencia se paró. Estaba allí a la puerta con sus cuatro caballos y la parte de arriba llena de pasajeros. El cochero y el mozo dieron voces para meternos prisa y mi baúl fue izado. Sentí que me separaban de Bessie, a cuyo cuello me había abrazado mientras la cubría de besos.

—Vayan con cuidado y atiéndanla bien —le gritó Bessie al mozo, que me había cogido en brazos para subirme.

—Que sí, que sí —contestó él.

Sonó un portazo, una voz dijo: «En marcha», y la diligencia arrancó. Así fui desgajada de Bessie y de Gateshead, así salí arrebatada hacia regiones desconocidas que imaginaba misteriosas y remotas.

Recuerdo pocas cosas de aquel viaje, solo puedo decir que el día se me antojó sobrenatural de puro largo como si nos separaran del final cientos

de millas. Pasamos por muchos pueblos, y en uno de ellos, que era bastante grande, el coche se detuvo, para desenganchar un rato los caballos y para que los viajeros pudieran cenar. El mozo me llevó a una taberna con intención de que tomara algo pero, como yo no tenía hambre, me dejó en una habitación inmensa con dos chimeneas, una en cada extremo, una lámpara colgada del techo y una pequeña galería coronando la pared. Era de color rojo y estaba llena de instrumentos musicales. Estuve dando vueltas un rato largo por allí y me sentía rara, con un miedo horrible, además, a que entrara alguien a secuestrarme, porque en los cuentos que nos contaba Bessie junto al fuego se narraban a veces fechorías de secuestradores y yo creía en su existencia. Por fin volvió el mozo, me vi metida de nuevo en la diligencia y mi guardián volvió a su asiento. Hacía sonar un cuerno hueco mientras nos alejábamos por las calles empedradas de L.

La tarde se presentó lluviosa y con niebla. A medida que iba oscureciendo, empecé a darme cuenta realmente de lo lejos que estábamos de Gateshead. Dejaron de verse pueblos y el paisaje cambió; dibujados contra el horizonte se alzaban grandes macizos de colinas grises. Cuando ya casi no se veía, enfilamos la bajada a un valle oscurecido de bosques y, mucho después de que la noche hubiera anegado por completo el paisaje, solo se oía un viento salvaje silbando entre los árboles.

Acunada por aquel rumor, me acabó venciendo el sueño; pero no debía de llevar mucho tiempo adormilada cuando una parada brusca me despertó. La portezuela del coche estaba abierta, y había una persona allí fuera de pie. Vi su rostro y sus ropas a la luz de los faroles y por el aspecto me pareció una criada.

—¿Viene aquí una niña llamada Jane Eyre? —preguntó.

Yo contesté que sí. Me ayudaron a salir, bajaron también mi baúl, y el coche reemprendió la marcha inmediatamente.

Estaba entumecida de llevar tanto rato en la misma postura y un poco mareada del ruido y el bamboleo del coche. Traté de recuperarme y miré a mi alrededor. Aunque la lluvia, el viento y la oscuridad congestionaban el aire, percibí borrosamente una pared ante mis ojos y una puerta en medio. Estaba abierta y la atravesé acompañada por mi nueva guía, que la cerró

con llave después de entrar. Ahora se hicieron visibles una o más bien varias casas, porque se trataba de un edificio muy grande con muchas ventanas, algunas de las cuales estaban iluminadas. Subimos por un camino ancho y pedregoso lleno de charcos hasta llegar a otra puerta. La traspusimos también y la criada me precedió por un pasillo, me hizo pasar a una habitación con una chimenea encendida y me dejó sola allí.

Estuve un rato de pie calentándome los dedos agarrotados al amor de la lumbre. Y luego me volví para echar una mirada al cuarto. No había velas, pero la vacilante luz de la chimenea iba posándose a rachas sobre las paredes empapeladas, la alfombra, las cortinas y unos muebles lustrosos de caoba. Era un salón, no tan amplio ni lujoso como el de Gateshead pero bastante acogedor. Estaba entretenida tratando de descifrar el argumento de un cuadro que había colgado en la pared, cuando la puerta se abrió y entró una persona con una vela en la mano. Tras ella venía otra.

La primera era una señora alta de pelo oscuro, ojos negros y una frente ancha y pálida. Su expresión era grave, caminaba muy derecha y se abrigaba con un chal.

—Esta niña es muy pequeña para que la hayan dejado viajar sola —dijo, mientras posaba la vela en la mesa.

Me miró atentamente unos instantes y añadió:

—Lo mejor será que se acueste cuanto antes; debe de estar muy cansada. ¿Estás cansada?

—Un poco, señora.

—Y seguramente también traerás hambre. Que le den algo de cenar antes de meterse en la cama, señorita Miller. ¿Es la primera vez, niña, que dejas a tus padres para ingresar en un colegio?

Le conté que no tenía padres. Me preguntó que desde cuándo era huérfana, cuántos años tenía, cómo me llamaba y si sabía leer, escribir y manejar la aguja de coser. Luego me acarició ligeramente la mejilla con el dedo índice.

—Espero que te portes bien —dijo.

Y se despidió, dejándome a cargo de la señorita Miller.

La señora que se despidió tendría unos veintinueve años; la que echó a andar conmigo parecía algo más joven. La primera me había impresionado

por la voz, el aspecto y el aire que tenía. La señorita Miller era más vulgar, de tez coloradota y expresión intranquila, atolondrada de movimientos, como alguien que tiene que atender a demasiadas cosas a la vez. Me pareció una profesora auxiliar y más tarde supe que no me había equivocado. Siguiendo sus pasos, fui pasando de una habitación a otra atravesando por sucesivos pasillos interiores de un edificio enorme e irregular. Finalmente, dejando atrás el silencio absoluto y algo agobiante que destilaba aquella zona del establecimiento, salimos a otra salpicada por un murmullo de voces diversas. Entramos en una estancia amplia y alargada con grandes mesas de madera de pino, dos en cada extremo, y alumbradas cada una de ellas por un par de velas. Sentadas alrededor en los bancos correspondientes, había un conjunto de chicas de diferentes edades, entre los nueve o diez años y los veinte. Contempladas allí a la luz tenue de las velas, me parecieron tantas que no se podían contar, aunque luego resultó que no pasaban de ochenta. Llevaban todas unos uniformes tableados de paño marrón y corte pasado de moda, así como largos delantales de holanda. Era la hora del estudio, así que estaban preparando sus deberes para el día siguiente, y el murmullo que percibí a la llegada era el resultado de sus entrecruzados susurros para aprenderse la lección de memoria.

La señorita Miller me indicó un banco junto a la puerta para que tomara asiento. Luego, acercándose al fondo de la larga estancia, gritó:

—¡Jefas de grupo, recojan los libros de texto y guárdenlos!

Se levantaron cuatro chicas altas procedentes de diferentes mesas, fueron de una a otra recogiendo los libros y los guardaron.

Luego volvió a resonar el nuevo mandato de la señorita Miller.

—¡Jefas de grupo, traigan las bandejas con la cena!

Salieron de la estancia las mismas chicas y regresaron al poco rato trayendo cada cual una bandeja grande con raciones de algo que no logré reconocer y una jarra de agua con un vaso grande a manera de cubilete en el centro. Repartieron las raciones. Las que tenían sed bebían un sorbo del vaso y lo dejaban, porque era común para todas. Cuando me tocó la vez bebí agua, porque estaba sedienta, pero la comida no la toqué. Los nervios

y el cansancio me impedían tragar bocado, aunque pude ver que se trataba de una delgada torta de avena partida en pedazos.

Una vez acabada la cena, la señorita Miller leyó en voz alta unas oraciones y las alumnas desfilaron de dos en dos en dirección al piso de arriba.

Ya a aquellas horas y aplastada como estaba por el cansancio, casi ni me fijé en cómo era el cuarto donde me llevaron a dormir; solo me di cuenta de que era larguísimo, como el otro. Aquella noche me tocó dormir con la señorita Miller, y fue ella quien me ayudó a desnudarme. Cuando ya estaba acostada, eché una ojeada a las largas hileras de camas que me rodeaban, en cada una de las cuales se estaban metiendo dos niñas a toda prisa. A los diez minutos, la única luz que alumbraba el dormitorio se apagó y en el seno del silencio y la oscuridad más absolutos me venció el sueño.

La noche se me hizo un soplo, estaba demasiado agotada para soñar siquiera. Solamente una vez me despertó el ruido del viento que bramaba en ráfagas furiosas y de la lluvia cayendo a cántaros. Fue cuando me di cuenta de que la señorita Miller se había acostado conmigo. Al abrir los ojos, porque había oído el sonido estridente de una campana, muchas chicas ya se habían levantado y estaban vistiéndose. Aún no había llegado el resplandor del alba, y solo la precaria luz de una o dos velas alumbraba el dormitorio. Yo también me levanté, aunque a regañadientes, porque hacía un frío horrible, y me vestí como Dios me dio a entender, entre escalofríos. Luego tuve que esperar a que quedara libre el lavabo para asearme, cosa que no ocurrió pronto, porque había solo un lavabo para cada seis alumnas. Estaban empotrados en el centro de la habitación. Volvió a sonar la campana, nos colocamos en filas de dos y fuimos bajando la escalera por orden hasta entrar todas en el aula, tan fría como mal iluminada. Allí la señorita Miller dio lectura a las correspondientes oraciones y luego exclamó:

—¡Que se formen las clases!

Durante unos minutos se produjo bastante barullo y la señorita Miller no cesaba de repetir a voces «¡Silencio!» y «¡Orden!» alternativamente. Cuando el tumulto se apaciguó, vi que las chicas se agrupaban en

semicírculos, cuatro delante de cada cuatro sillas situadas en las cuatro mesas. Llevaban sus libros en las manos, y otro libro mayor, una especie de Biblia, descansaba en la mesa ante cada silla vacía. Siguió luego una breve pausa traspasada por un quedo rumor de números bisbisados entre dientes. La señorita Miller iba de clase en clase tratando de acallar aquel vago murmullo.

Se oyó un campanilleo a lo lejos y entraron tres señoras en el aula. Cada una se dirigió a su pupitre y tomaron asiento. La señorita Miller ocupó la cuarta silla vacía, la que estaba más cerca de la puerta donde se aglomeraban las pequeñas. Aquel grupo de principiantes era el que me había tocado en suerte, y me fue asignado el último puesto de la clase.

Ahora ya empezaba la tarea. Se repitió la oración del día, se recitaron algunos fragmentos de la Sagrada Escritura y como postre una lectura detallada de capítulos de la Biblia que se prolongó durante una hora. Para entonces, al final de aquel ejercicio, ya había amanecido completamente. La infatigable campana sonó por cuarta vez, las alumnas de todas las clases volvieron a ordenarse en hileras de a dos y desfilamos hacia otra habitación donde iban a servirnos el desayuno. ¡Cómo me apetecía la idea de meter algo en el cuerpo! Me sentía casi enferma de hambre, en ayunas como estaba desde el día anterior.

El refectorio era una estancia enorme y sombría, de techo bajo, y encima de dos mesas alargadas humeaban unas fuentes hondas que contenían algo caliente, aunque comprobé consternada que despedía un olor bien lejos de lo apetecible. Asistí a una protesta colectiva cuando los vapores del guiso llegaron a la nariz de las destinatarias y provocaron su rechazo. Desde la cabeza de aquella especie de manifestación, se alzó un rumor protagonizado por cuatro chicas altas de las primeras clases.

—¡Qué asco! ¡El potaje de avena se ha vuelto a quemar!

—¡A callar! —exclamó una voz que no era la de la señorita Miller, sino de una profesora titular.

Se trataba de una mujer menuda y morena, bien vestida pero de aspecto algo torvo, que se colocó en la cabecera de una mesa, mientras que otra señora más jovial presidía la otra. Busqué en vano con los ojos a la que me había recibido la noche de mi llegada; no la veía por ninguna

parte. La señorita Miller ocupaba el extremo inferior de la mesa donde yo tenía designado sitio, y al otro lado tomó asiento una señora mayor algo rara, de aspecto extranjero y que, según supe luego, era la profesora de francés. Se rezó una larga oración para bendecir la mesa y se entonó un himno. Luego una criada trajo el té para las profesoras y se inició el desayuno.

Muerta de hambre y un poco mareada, engullí dos o tres cucharadas de mi ración, sin fijarme en el sabor; pero una vez aplacado el primer brote de ansia, me di cuenta de que tenía delante una bazofia nauseabunda. Comer avena quemada es como comer patatas podridas, hasta al más famélico le darían ganas de vomitar. Las cucharas se movían muy despacio, y vi cómo todas las chicas paladeaban aquello y hacían esfuerzos para tragarlo, pero muchas acababan desistiendo de su empeño. Total, que el desayuno tocó a su fin y nadie había desayunado. Volvieron a darse las gracias por lo que no se había recibido, se entonó un segundo himno y el refectorio se vació. Yo fui la última en salir y, según iba pasando por las mesas, vi que una de las profesoras cogía la fuente de potaje para probarlo. Luego miró a las demás y en todos los rostros se leía un profundo desagrado. Una de ellas, la más gorda, murmuró:

—¡Qué porquería! Es una bazofia incomible.

Durante el cuarto de hora transcurrido en el aula antes de iniciarse las clases, todas las alumnas andaban alborotadas. Era un rato en que se permitía hablar más alto y sin tanta ceremonia, un privilegio que se disfrutaba de buena gana. Todas las conversaciones versaron sobre el desayuno, que fue denostado sin excepción. Era el único desahogo que les cabía a aquellas pobrecitas. La señorita Miller era la única profesora que había en aquellos momentos en el aula y un grupo de chicas mayores arremolinadas a su alrededor se dirigían a ella con gestos torvos y expresión grave. Oí cómo de algunos labios brotaba el nombre del señor Brocklehurst, y cómo la señorita Miller, al escucharlo, movía la cabeza con desaprobación. Pero no se esforzó mucho por aplacar la indignación general, que seguramente compartía.

Un reloj dio las nueve y la señorita Miller, saliendo de aquel corro de alumnas, se plantó en medio del aula y exclamó:

—¡Silencio! ¡Todas a sus asientos!

La disciplina se restableció, y en cinco minutos el confuso tumulto había desembocado en orden, sustituyendo por un relativo silencio aquel clamor de Torre de Babel. Las profesoras titulares ya estaban tomando asiento, pero gravitaba, a pesar de todo, una sensación de expectativa. Repartidas en bancos a los lados del aula, quietas y erguidas, estaban las ochenta alumnas. Formaban un grupo peculiar, todas con el pelo muy tirante y retirado de la cara sin que se escapara ni un solo rizo, vestidas de marrón con uniformes abotonados hasta el cuello y rematados por una pañoleta, con sus faltriqueras de lino a modo de bolsas escocesas atadas a la cintura para meter los útiles de coser; todas con medias de lana y zapatos bastos con hebilla de latón. Unas veinte de ellas eran jovencitas, casi mujeres, y aquel atuendo no le sentaba bien a ninguna, hasta las más guapas parecían adefesios.

Yo seguía mirándolas y también a ratos a las profesoras, ninguna de las cuales salía aprobada de mi examen: la más gorda era un poco ordinaria, la morena bastante torva, la extranjera un poco grotesca en su austeridad. ¿Y qué decir de la pobre señorita Miller, tan rubicunda y curtida por el sol, con aquel aire de perpetuo agobio? Y de pronto, cuando mis ojos viajaban errabundos de un rostro a otro, toda la clase se puso en pie al mismo tiempo, como obedeciendo a idéntico impulso.

¿Qué pasaba? No había oído formular ninguna orden, así que estaba desconcertada. Pero antes de que pudiera recuperarme de la sorpresa, las alumnas se habían vuelto a sentar. Sin embargo, como todos los ojos estaban vueltos ahora hacia un punto determinado, los míos siguieron la dirección general, y se vinieron a topar con el personaje que me había recibido la noche anterior. Estaba de pie en el extremo del aula alargada, junto a la chimenea de aquel lado, porque había dos. Pasó revista en silencio y con gesto grave a las filas de alumnas y luego pareció contestar a una pregunta formulada por la señorita Miller, que se había aproximado a ella.

—¡Encargada de la primera clase! —gritó la señorita Miller, tras volver a su sitio—. ¡Traiga las esferas!

Mientras se cumplimentaba su encargo, la señora a quien consultó se paseaba lentamente por el aula. Debo de ser bastante proclive a la veneración porque aún hoy recuerdo la intensidad con que mis ojos fascinados seguían el rumbo de sus pasos. Contemplada así, a plena luz del día, me pareció alta, guapa y de buena planta. Los ojos los tenía oscuros, iluminados por un resplandor sereno y rodeados de largas y primorosas pestañas, contrastando con la blancura de su amplia frente. El pelo, muy oscuro también, se lo peinaba recogido en rizos sobre las sienes, según la moda de esos años, porque ni los tirabuzones ni las ondas suaves se llevaban. Su traje, también muy de moda, era de color púrpura, recamado por un galón de terciopelo, al estilo español, y en el cinturón llevaba sujeto un reloj de oro, cosa bastante llamativa porque entonces los relojes no eran tan corrientes como ahora. Que el lector añada, si quiere completar el cuadro, unas facciones refinadas, un cutis transparente y un aire majestuoso y podrá imaginarse con una claridad que las palabras no aciertan a transferir el aspecto exterior de la señorita Temple; Maria Temple, porque más tarde supe su nombre de pila, al verlo escrito en un libro de rezos que me encargaron llevarle a la iglesia. Y también supe que era la directora de Lowood.

Pues bien, la directora se sentó ante las dos esferas del mundo que habían traído y depositado en una de las mesas, congregó a todas las alumnas mayores en torno a ella y empezó a dar clase de geografía. Mientras tanto, también las pequeñas fuimos convocadas por otras profesoras y durante una hora se explicaron nociones de historia, gramática, aritmética y caligrafía. Las clases de música las recibían las mayores y su profesora era también la señorita Temple. La duración de las clases se iba rigiendo por el reloj que, por fin, dio las doce. Entonces la directora se levantó y dijo:

—Tengo que decirle unas palabras al alumnado.

El alboroto recién iniciado al acabar las clases se aplacó ante aquel anuncio.

—Esta mañana —continuó— os han servido un desayuno incomible, lo habéis dejado en el plato y debéis de estar hambrientas. De manera que he mandado que traigan pan y queso para todas.

Las profesoras la miraban sin salir de su asombro.

—Se va a hacer bajo mi responsabilidad —añadió, a manera de explicación para ellas.

Trajeron el queso y el pan, que se distribuyó en raciones para todas, y fue saboreado con general deleite y alivio. Enseguida se nos ordenó salir al jardín. Cada cual cogió su sombrero y su capa y se los puso; eran sombreros de paja burda con cintas de percal de colores y las capas de paño gris. Yo me equipé igual que todas y salí con ellas al recreo. Era la primera vez que me aventuraba al aire libre.

El jardín era un recinto ancho, rodeado de tapias tan altas que ninguna mirada de exploración podía colarse desde fuera. Una galería cubierta abarcaba una de ellas a todo lo largo, y en el centro unas veredas anchas dividían y limitaban diversas parcelitas, asignadas cada cual a una alumna para que las cultivaran como su jardín. Cuando estuvieran cubiertas de flores seguramente resultarían bonitas, pero entonces, a finales de enero, todo presentaba un aspecto marchito y desolador. Me estremecí al mirar en torno a mí; era un día inclemente para correr o jugar fuera. No propiamente lluvioso, pero oscurecido por una neblina amarillenta que todo lo penetraba, y el suelo seguía empapado a causa de los chaparrones del día anterior. Las chicas más fuertes salieron corriendo e iniciaron juegos que requerían mucho ejercicio, pero la mayoría, una grey flacucha y anémica, se congregó en la galería en busca de refugio y tibieza. A medida que la densa niebla se les metía hasta los huesos y provocaba tiritonas, pude oír a rachas el eco cavernoso de alguna tos insistente.

Hasta entonces no había hablado con ninguna alumna, ni ellas parecían haberse enterado de mi existencia, así que estaba sola y bien sola. Pero no era una situación que me agobiara, porque estaba acostumbrada de sobra al aislamiento. Me apoyé contra una columna de la galería, me arropé bien con la capa y me entregué a la tarea de observar y reflexionar sobre lo observado, dando al olvido los mordiscos exteriores del frío y los interiores del hambre insatisfecha. Mis reflexiones eran tan vagas y fragmentarias que no vale la pena intentar revivirlas: casi no me daba cuenta ni de dónde estaba. Gateshead y mi vida pasada eran como puntos flotando a inconmensurable distancia, el presente era incierto y extraño y

con respecto al futuro era incapaz de aventurar conjetura alguna. Miré aquel jardín como de convento y luego el amplio edificio del colegio con una parte nueva y otra vieja y gris. La parte nueva, donde estaban el aula y los dormitorios, tenía ventanas de celosía, que imprimían a la fachada un aire frailuno. Encima de la puerta había una placa donde podía leerse la siguiente leyenda: «Institución Lowood. Esta parte fue reconstruida en el año… por Naomi Brocklehurst, de Brocklehurst Hall, de este condado. Resplandezca ante los hombres vuestra luz para que puedan apreciar vuestras buenas obras y alaben a vuestro Padre, que está en los Cielos (San Mateo, versículo 16)».

Leí aquellas palabras una vez y otra; me daba cuenta de que encerraban un mensaje oculto cuya importancia era incapaz de descifrar. Me estaba preguntando qué querría decir «institución» y tratando de relacionar la primera frase con el versículo de san Mateo, cuando el ruido seco de una tos junto a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Vi a una chica sentada muy cerca en un banco de piedra y con la cabeza inclinada hacia un libro en cuya lectura parecía totalmente embebida. Desde donde estaba alcancé a leer el título: *Rasselas*[5], que me llamó la atención por raro, y en eso mismo residía su atractivo. Al volver una de las páginas, la chica aquella levantó la cabeza y yo me dirigí a ella sin rodeos.

—¿Es bonito ese libro? —le pregunté, mientras abrigaba la intención de pedírselo prestado algún día.

—A mí me gusta —contestó, tras una breve pausa durante la cual me miró atentamente.

—¿De qué trata? —seguí preguntando.

A mí misma me extraña la audacia que desplegué para entablar conversación con una desconocida, no sé de dónde la sacaría, porque era algo totalmente contrario a mi manera de ser y a mis costumbres. Creo que debió de ser su actitud ensimismada lo que logró que vibrase en mi interior alguna cuerda de simpatía, porque también a mí me encantaba leer, aunque fueran libros infantiles e inconsistentes. No estaba preparada para entender ni digerir temas de mayor sustancia.

—Puedes echarle un vistazo —replicó ella, tendiéndome el libro.

Así lo hice, y un rápido examen me bastó para convencerme de que el texto era menos arrebatador que el título. *Rasselas* resultaba insípido para un gusto como el mío, hecho a historias más baratas y frívolas. No me pareció que tratase de hadas ni de gnomos y tampoco daba la impresión de que el resplandor de la amenidad iluminase aquellas páginas de letra apretada. Se lo devolví y ella lo cogió tranquilamente, sin decir nada. Estaba a punto de volver a entregarse a la lectura, pero yo me atrevía a seguir interrumpiéndola.

—Oye, ¿sabes tú lo que quiere decir esa frase de la placa que hay encima de la puerta? ¿Qué es la Institución Lowood?

—Pues esta casa donde has venido a vivir.

—Ya. Pero ¿por qué la llaman institución? ¿Se diferencia en algo de otros colegios?

—Bueno, en parte es un colegio benéfico. Tú y yo, y todas las alumnas que hay aquí, dependemos de la caridad. Supongo que serás huérfana, ¿no? ¿No se han muerto tu padre o tu madre?

—Los dos, hace mucho, antes de que yo tuviera memoria.

—Pues eso. Aquí todas las chicas son huérfanas de padre, o de madre, o de padre y madre. Y esta institución ha nacido con el propósito de educar a niñas huérfanas.

—¿No pagamos nada? ¿Nos tienen gratis?

—Casi. Pagamos, o pagan nuestros parientes, quince libras anuales por cada una.

—Pues entonces no vivimos de la caridad.

—Sí, porque quince libras son poco para la manutención y los gastos de enseñanza, o sea que una gran parte se suple con donaciones.

—¿Donaciones de quién?

—De señoras y caballeros caritativos de estos alrededores, y también de Londres.

—¿Quién era Naomi Brocklehurst?

—La señora que mandó edificar el ala nueva del edificio, lo dice en la placa. Su hijo es el que ahora lo supervisa todo aquí, el que manda.

—¿Y por qué?

—Porque es el administrador de la institución, y el tesorero.

—¿Entonces este colegio no es de la señora alta que lleva un reloj en el cinturón y que ha mandado que nos dieran pan y queso?

—¿De la señorita Temple? ¡Ojalá! Nada de eso; ella le tiene que rendir cuentas de todo al señor Brocklehurst. Es él quien se encarga de comprar la comida y todos los vestidos que llevamos.

—¿Vive aquí?

—No, a más de dos millas. En una casa grandísima.

—¿Y es buena persona?

—Es un clérigo, y tiene fama de hacer muchas obras de caridad.

—¿Has dicho que se llama Temple la señora alta?

—Sí.

—¿Y las otras?

—La de la cara coloradota se llama señorita Smith; organiza el trabajo y enseña corte y confección, porque nuestros uniformes y chaquetones nos los hacemos nosotras. La más bajita de pelo negro es la señorita Scatcherd; da historia y gramática, y repasa las lecciones a las de la segunda clase. Y la que lleva un chal y un pañuelo atado a la cintura con cintas amarillas, esa es *madame* Pierrot, la de francés; viene de Lisle, una ciudad de Francia.

—¿Te gustan las profesoras?

—Bastante.

—¿La pequeñita morena te gusta? ¿Y la *madame* esa que no sé pronunciar su apellido?

—Bueno, la señorita Scatcherd es viva de genio y no se te ocurra llevarle la contraria. *Madame* Pierrot no es mala persona.

—Pero la señorita Temple es la mejor. ¿A que sí?

—La señorita Temple es buenísima y muy inteligente. Está francamente por encima de las demás, porque sabe mucho más que ninguna.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Dos años.

—¿Eres huérfana?

—Sí, de madre.

—¿Y te encuentras a gusto aquí?

—Oye, me estás preguntando demasiadas cosas. Yo creo que por hoy ya te he contestado a bastantes. Ahora déjame leer un rato.

Pero en aquel momento llamaron para la comida y tuvimos que volver a entrar todas. El aroma que impregnaba el refectorio era casi tan poco apetitoso como el que se coló por nuestras narices a la hora de desayunar. La comida se sirvió en dos fuentes muy grandes de hojalata, de las cuales surgía un vapor que olía a rancio de forma penetrante. Me di cuenta de que el guiso consistía en una mezcla de patatas sin condimento y unos extraños trozos alargados de carne mohosa. Una ración relativamente abundante de dicho condimento se nos puso delante a cada una. Comí lo que pude, mientras me preguntaba mentalmente si todos los días iba a ocurrir lo mismo.

Después de comer, pasamos enseguida al aula, otra vez se reanudaron las lecciones y así hasta las cinco.

El único acontecimiento digno de mención a lo largo de aquella tarde es que vi cómo la chica que me había dado conversación en la galería era expulsada de clase de historia por aquella tal señorita Scatcherd, que la castigó a permanecer de pie en el centro de la gran aula. Me pareció un castigo sumamente humillante, sobre todo tratándose de una chica tan mayor, porque calculé que podría tener trece años o más. Esperaba que hubiera dado muestras de congoja o de vergüenza, pero me sorprendió mucho comprobar que ni lloraba ni el rubor coloreaba sus mejillas. Se mantuvo allí en pie, inalterable y seria, convertida en el blanco de todas las miradas. «¿Cómo podrá aguantarlo tan tranquila y con tanta entereza? —me preguntaba—. Si yo estuviera en su lugar, mi único deseo sería el de que se abriera la tierra y me tragara. Y ella en cambio parece como si estuviera pensando, situada más allá del castigo y de la situación que padece, en algo que no está delante de ella ni a su alrededor. He oído hablar de las ensoñaciones de algunas personas despiertas; ¿estará ahora soñando despierta? La mirada la tiene clavada en el suelo, pero seguramente no ve el suelo, sus ojos parecen vueltos hacia adentro, hacia su corazón; creo que mira a lo que tal vez recuerda, no a lo que tiene de verdad delante. Me pregunto qué clase de chica es, si será buena o mala».

Poco después de las cinco nos sirvieron otra colación que consistió en una taza de café y media rebanada de pan moreno. Devoré el pan y bebí el café con deleite, pero me pareció poco, habría necesitado mucho más y seguía teniendo hambre. Luego tuvimos media hora de recreo, otro rato de estudio y a continuación un vaso de agua, un trozo de torta de avena, los rezos y a la cama.

Así fue como se desarrolló mi primer día de estancia en Lowood.

Capítulo VI

El día siguiente empezó igual, con el consabido salto fuera de la cama para vestirnos a la luz indecisa de las velas. Pero esta vez tuvimos que prescindir del ritual de lavarnos, porque el agua se había helado. El tiempo había empeorado y aquel afilado viento del noroeste que se oyó silbar toda la noche colándose por las ranuras de las ventanas y nos hizo tiritar debajo de la manta había convertido el agua de las aguamaniles y de las jarras en terrones de hielo.

Antes de que concluyese la larga hora y media que duraron el recitado de oraciones y la lectura de la Biblia, de verdad creí que me moría de frío. Por fin la hora del desayuno acabó llegando, y aquella mañana no estaba quemada la avena; como calidad podía pasar, pero la cantidad era escasa. A mí me pareció pequeñísima la ración que me tocó, hubiera necesitado el doble.

En el curso del día, fui destinada a la cuarta clase y me encomendaron las mismas tareas y deberes que a las demás. Hasta entonces me había limitado a ser un espectador de la vida de Lowood, pero ahora me había convertido en actriz de la trama. Al principio, poco acostumbrada como estaba a aprender nada de memoria, las lecciones se me hicieron pesadas y duras de pelar. Además me aturdía bastante el constante cambio de una materia a otra. Total, que me sentí aliviada cuando a eso de las tres de la tarde la señorita Smith me puso en las manos una banda de muselina azul como de dos yardas, una aguja, un dedal y tijeras y me mandó sentarme en un rincón del aula para hacerle un dobladillo. A esas horas la mayor parte de las alumnas también se habían sentado a coser, pero aún quedaban unas

cuantas agrupadas en torno a la silla de la señorita Scatcherd, leyendo. Como todo estaba en silencio, se podía escuchar distintamente el tema de las lecciones, enterarse de la manera en que cada una lo había interpretado y los reproches o consejos de la señorita Scatcherd durante la actuación. Se trataba de una clase sobre historia de Inglaterra y entre las lectoras descubrí a mi amiga de la galería. Al empezar la clase, había descollado sobre todas las demás, pero a causa de no sé qué error de pronunciación o de cierta desatención a las pausas fue enviada a la cola sin más ni más. Incluso en tan ingrato puesto siguió siendo blanco de la constante vigilancia de la profesora y hasta allí le llegaban como dardos sus censuras: que pusiera bien el pie, que tenía el zapato torcido, que no sacara la barbilla de esa manera tan fea, que se mantuviera erguida. «No te quiero ver delante de mí con esas trazas, Burns». La llamaba Burns, por el apellido. A todas nos llamaban por el apellido, y creo que en los colegios de chicos pasaba igual.

Cuando ya habían leído por segunda vez el capítulo, las chicas cerraron sus respectivos libros y se prepararon para el examen. La lección había abarcado parte del reinado de Carlos I y las diversas preguntas versaron sobre tonelajes, impuestos y coste de los barcos, y muchas chicas no sabían contestar. Pero cualquier duda quedaba inmediatamente despejada cuando le tocaba el turno a Burns, cuya memoria parecía haber retenido la esencia de lo leído y capacitarla para responder a cada una de ellas punto por punto con toda prontitud. Yo esperaba que la señorita Scatcherd encomiase sus dotes de atención, pero en lugar de hacer eso exclamó intempestivamente:

—¡Habrase visto una niña más sucia e inconveniente! Todavía no se ha limpiado las uñas hoy.

Burns no dijo nada y su silencio me chocó. ¿Por qué no se justificaba diciendo que el agua estaba helada y que por eso no había podido lavarse ni limpiarse las uñas?

La señorita Smith requirió mi ayuda para que le sujetara entre los dedos una madeja de lana al tiempo que ella iba ovillándola. Mientras la ayudaba, me daba conversación de vez en cuando. Me preguntó, por ejemplo, que si había ido antes a algún otro colegio, que si sabía bordar,

coser y hacer punto, y cosas por el estilo. Total, que no pude seguir atendiendo a la señorita Scatcherd ni a lo que hacía hasta que la otra me dejó libre. Cuando volví a mi asiento, la primera acababa de formular una orden cuyo contenido se me escapó. Pero el caso es que Burns abandonó acto seguido el aula, se dirigió a un cuartito interior donde solían guardarse los libros y volvió a aparecer al medio minuto trayendo en la mano un vergajo hecho de ramas atadas. Entregó tan humillante utensilio a la señorita Scatcherd con una reverencia y luego tranquilamente, sin que nadie se lo mandara, se desabrochó el uniforme y dejó su cuello a merced de la profesora, que inmediatamente le suministró doce enérgicos latigazos. De los ojos de Burns no brotó ni una lágrima, y mientras a mí los dedos me temblaban de rabia e impotencia ante el espectáculo y tenía que interrumpir la labor de costura, la expresión de su rostro, en cambio, permanecía impasible.

—¡Obstinada criatura! —exclamó la señorita Scatcherd—. ¿Es que no va a haber manera de corregir esa tendencia tuya al desaliño? Llévate el vergajo, anda.

Burns obedeció. Cuando volvía a salir del cuartito de los libros, me fijé en ella más detenidamente, y pude ver cómo se estaba guardando el pañuelo en el bolsillo y atisbar el rastro de una lágrima recién enjugada.

La hora del recreo de por la tarde era el rato más placentero que ofrecía la vida en Lowood. La rebanada de pan y la taza de café que nos servían a las cinco, aunque no saciaban el apetito, reanimaban e inyectaban vitalidad; se aminoraba la tensión diurna y el aula no estaba tan fría como por la mañana porque, para sustituir las velas que todavía no era hora de encender, se atizaba el fuego de las chimeneas más generosamente. El rojizo crepúsculo, la tolerada barahúnda y el confuso rumor de tantas voces daban una bienaventurada sensación de libertad.

Esa tarde en que fui testigo de los azotes infligidos por la señorita Scatcherd a su alumna deambulé sola como de costumbre entre los bancos y las mesas, escuchando las risotadas de las demás chicas, pero, a pesar de no llevar compañía, no la echaba de menos. Al pasar por delante de las ventanas descorría de cuando en cuando las cortinas para lanzar una ojeada al exterior. La nieve caía muy espesa y empezaba a cuajar en el alféizar.

Acercando el oído a los cristales podía distinguir, en contraste con el alboroto de dentro, el desolador aullido del viento.

Si acabara de abandonar un hogar acogedor y de decir adiós a unos padres cariñosos, probablemente aquella habría sido la hora en que los añorase con mayor intensidad; el viento habría aumentado la tristeza de mi corazón y todo aquel oscuro caos habría desbaratado la paz que sentía. Pero siendo las cosas como eran, ambos tumultos me causaban una curiosa excitación. Anhelaba con febril osadía que el viento soplase con acentos aún más salvajes, que el ocaso se precipitase en total negrura y que la confusión de las voces alcanzase cotas de algarabía.

Saltando por encima de los bancos y reptando por debajo de las mesas, me abrí camino hacia una de las chimeneas. Allí encontré a Burns. Estaba arrodillada junto al alto guardafuegos de latón, absorta, silenciosa y totalmente ausente de cuanto ocurría en torno a ella, entregada en cuerpo y alma a la compañía de un libro que leía al fulgor de las brasas.

—¿Sigue siendo *Rasselas*? —pregunté a sus espaldas.

—Sí, estoy a punto de terminarlo —contestó.

Y a los cinco minutos lo cerró, cosa que me llenó de contento. «Ahora —pensé— tal vez consiga arrancarle un poco de conversación». Y me senté a su lado en el suelo.

—¿Cómo te llamas, además de Burns?

—Helen.

—¿Y vives muy lejos de aquí?

—En un sitio muy al norte, casi lindando con Escocia.

—¿Piensas volver allí?

—Eso espero. Pero nadie debe hacer planes para el futuro, porque nunca se sabe.

—¿Tienes ganas de dejar Lowood?

—No, ¿por qué? Me mandaron aquí para que me educara, y sería un desperdicio de tiempo volver antes de haber logrado tal propósito.

—Pero la profesora Scatcherd te trata de una forma inhumana.

—¿Inhumana? No, mujer. Lo que pasa es que es muy estricta, y mis defectos no los aguanta.

—A la que no aguantaría yo sería a ella, si estuviera en tu caso, y le plantaría cara. Si me quisiera azotar con ese vergajo, se lo arrancaría de las manos y lo rompería en dos ante sus propias narices.

—Seguramente no lo harías. Pero si lo hicieras, el señor Brocklehurst te expulsaría del colegio y les darías un disgusto a tus parientes. Trae más cuenta soportar con paciencia un dolor que solamente sufres tú, que emprender atolondradamente una decisión cuyas perjudiciales consecuencias alcanzarían también a gente vinculada contigo. Aparte de eso, la Biblia nos aconseja devolver bien por mal.

—Pues a mí me parece horroroso que te peguen y que te obliguen a quedarte de pie en medio de una habitación llena de gente, con lo mayor que eres. Yo soy mucho más pequeña y no lo podría soportar.

—Y sin embargo tendrías el deber de soportarlo, si no lo pudieras evitar. Es una tontería y un síntoma de debilidad decir que no puedes soportar algo que el destino te manda para que lo soportes.

Yo la escuchaba con asombro. No alcanzaba a comprender esta doctrina de la resignación ante lo insoportable, y aún menos capaz era de entender o compartir la clemencia manifestada hacia la autora del castigo. No obstante, empezaba a darme cuenta de que Helen Burns consideraba las cosas bajo un prisma invisible a mis ojos, y a sospechar que pudiera ser ella quien tenía razón y yo la equivocada. Pero no quise hurgar más en aquel asunto. Decidí posponer el análisis para un mejor momento, como hizo Félix[6].

—Antes has hablado de tus defectos. ¿Qué defectos, Helen? Yo no los veo, a mí me pareces buenísima.

—Pues si es así, aprende de mí a no juzgar por las apariencias. Soy negligente y desaliñada, en eso la señorita Scatcherd tiene razón. Pocas veces pongo en orden mis cosas y menos aún soy capaz de mantener ese orden, no pongo cuidado, se me olvida seguir las normas, me pongo a leer cuando toca estudiar, no tengo método. Algunas veces digo, como tú, que no puedo soportar la obediencia a reglas sistemáticas. Todo eso la señorita Scatcherd lo toma como una provocación, porque ella es por naturaleza ordenada, exacta y puntual.

—Y también iracunda y cruel —añadí.

Pero Helen Burns fingió no haber escuchado mi comentario y guardó silencio.

—¿Y la señorita Temple —pregunté— es tan severa contigo como la señorita Scatcherd?

Al oír pronunciar el nombre de la señorita Temple, una dulce sonrisa revoloteó por el rostro serio de Helen.

—La señorita Temple es encantadora —dijo—, tan buena que le duele tener que reñir a alguien, aunque se trate de la alumna más mala del colegio. También ella ve mis defectos y me los señala con cariño, pero si hago algo que le parece digno de alabanza, lo elogia sin tacañería. Precisamente una prueba bien clara de mi condenada naturaleza es que ni siquiera sus reconvenciones tan lógicas como veniales influyan decisivamente en la corrección de mis defectos. Y sus alabanzas, aunque las aprecio muchísimo, tampoco me sirven de aliciente para prestar más atención y ser previsora.

—¡Qué raro que no puedas! —dije—. Es tan fácil prestar atención.

—Para ti sin duda lo es. Te estaba mirando en clase esta mañana y hay que ver con qué reconcentrada atención escuchabas. Tus pensamientos no parecían darse al vagabundeo mientras la señorita Miller explicaba la lección y hacía luego preguntas sobre ella. Los míos, en cambio, se fugan continuamente. A veces, cuando está hablando la señorita Scatcherd, aunque mi deber sería atender a lo que dice, hasta el sonido de su voz se me desvanece y caigo en una especie de ensoñación. Suelo imaginar que estoy en Northumberland, y que los ruidos que se escuchan a mi alrededor proceden del gorgoteo de un riachuelo que atraviesa Deepden, cerca de casa. Así que, cuando me toca el turno de contestar, necesito que me despierten y, como lo real no ha existido para mí y solo he visto el riachuelo, tengo la mente en blanco y no sé qué contestar.

—Pues esta tarde te explicaste maravillosamente.

—Bueno, por casualidad, porque el tema me interesaba. Esta tarde, en vez de soñar que estaba en Deepden, me estaba preguntando cómo un hombre con tendencia a la rectitud como era Carlos I pudo comportarse a veces de forma tan necia e injusta. Y pensaba que qué pena, porque fue una pena que los privilegios de la corona le nublaran hasta tal punto la

integridad y la conciencia. Ojalá hubiera tenido mayor amplitud de miras para ver hacia dónde tendía lo que llaman el espíritu de la época. Y sin embargo me gusta Carlos I, lo respeto y me da lástima; al pobre lo asesinaron sus enemigos, se atrevieron a derramar una sangre que no tenían derecho a derramar, los peores fueron ellos.

Ahora Helen estaba hablando como para sí misma; no se daba cuenta de que yo no la seguía del todo porque el tema en cuestión me pillaba casi de nuevas. Procuré hacerla bajar a mi nivel.

—Oye; y cuando es la señorita Temple la que da la clase, ¿también se te va la cabeza a otro lado?

—No, casi nunca, esa es la verdad. Porque en lo que dice la señorita Temple siempre hay algo nuevo y más original que mis propias cavilaciones. Su forma de expresarse me resulta particularmente atractiva y la información que suministra coincide muchas veces exactamente con lo que mi curiosidad requería.

—¿A que con la señorita Temple eres buena?

—Sí, pero por inercia, no me cuesta esfuerzo serlo, simplemente me dejo llevar por el gusto. Esta clase de bondad no tiene mérito.

—Sí lo tiene, y mucho. Tú eres buena con los que te tratan bien, yo no pido otra cosa. Si la gente fuera siempre cariñosa y obediente con quienes no tienen piedad ni son justos, los malos no encontrarían trabas en su camino, no tendrían miedo ni se les ocurriría nunca rectificar; al contrario, irían a peor. Cuando nos pegan sin motivo, tenemos que reaccionar enérgicamente, claro que sí, y devolver el golpe, para que aprenda y escarmiente el que nos ha pegado.

—Ya cambiarás de opinión cuando seas mayor, por ahora eres una niña y no te han educado mucho.

—Pues yo, Helen, lo que te he dicho es lo que siento. No tengo por qué querer a los que se empeñan en no quererme a mí, haga lo que haga para caerles en gracia, y me resistiré a sus castigos injustos. Me sale tan natural como querer a quien me demuestra cariño, o aceptar un castigo cuando creo merecerlo.

—Esa es la doctrina de los paganos y de los salvajes. Pero los cristianos y las naciones civilizadas no la aceptan.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Quiero decir que no es a base de violencia como se vence al odio, ni la venganza sirve de antídoto a la injuria.

—¿Y qué se hace entonces?

—Lee el Nuevo Testamento y fíjate en lo que dice Jesucristo y en cómo se comporta. Toma por modelo sus palabras y sigue el ejemplo de su conducta.

—¿Qué dice?

—Ama a tus enemigos, bendice a quien te maldiga. Haz el bien a los que te escupan desprecio o te aborrezcan.

—Entonces, tendría que querer a la señora Reed y bendecir a su hijo John, y eso sí que no.

Ahora era a Helen a quien le tocaba pedirme explicaciones, así que me puse a soltarle sin preámbulos y a mi manera el cuento de mis desdichas y ofensas. Con la acritud y la truculencia que me eran habituales en trances de excitación, di rienda suelta a mis sentimientos sin paliativos ni medias tintas.

Helen me escuchó con toda paciencia hasta que acabé de desahogarme. Esperaba que hiciera algún comentario, pero no dijo nada.

—Bueno —le pregunté impaciente—, ¿no te parece que la señora Reed es malísima y tiene un corazón de piedra?

—Cariñosa contigo no cabe duda de que no lo es. Pero, compréndelo, es que no le gusta tu carácter, le pasa lo mismo que a la señorita Scatcherd con el mío. Pero también tú recuerdas con demasiado detalle todo lo que te hizo y lo que dijo. ¡Qué huella tan profunda parece haber dejado en tu alma! A mí ningún mal trato me ha marcado tan a fuego. ¿No serías más feliz intentando olvidar el rigor de tu tía y las emociones tan exaltadas que te despertó? Creo que la vida es demasiado corta para desperdiciarla en cultivar el rencor y en llevar minuciosamente la cuenta de los agravios. Todos llevamos a cuestas en este mundo, como es natural, el fardo de nuestros defectos; pero pronto llegará el día, estoy segura, en que nos libraremos de ellos, cuando nos libremos del cuerpo sometido a corrupción, cuando la vileza y el pecado se descuelguen del pesado marco de la carne. Y entonces solamente quedará el fulgor del espíritu, ese

impalpable principio de vida y pensamiento tan puro como cuando brotó del creador para alumbrar a la criatura. Volverá al lugar de donde salió, quién sabe si para ser trasladado a un ser de mayor elevación que el humano, tal vez para pasar desde nuestra pálida alma a fundirse con los serafines a través de escaleras de gloria. ¿Crees que podría soportarse lo contrario: que el hombre degenerara en demonio? Seguro que no, yo no lo puedo concebir. Mi credo es otro, nadie me lo ha enseñado y lo menciono pocas veces, pero me deleito aferrándome a él porque derrama esperanza sobre todo lo que toca: la eternidad es un remanso, un dulce hogar y no un aterrador abismo. Además, gracias a este credo, me es posible distinguir entre criminal y crimen y perdonar sinceramente al primero aunque aborrezca el segundo. De esta manera, la tentación de venganza nunca fatiga mi corazón, consigo tolerar la humillación y la injusticia no me degrada. Vivo, pues, serenamente, en espera del final.

La cabeza de Helen, siempre inclinada, se abatió un poco más al pronunciar la última frase. Comprendí, por su gesto, que ya no tenía ganas de seguir hablando conmigo y que prefería quedarse sola, en diálogo con sus propias cavilaciones. Pero no se pudo permitir por mucho tiempo el lujo de entregarse a la meditación. Una de las jefas de clase, una chica grandota y vulgar que hablaba con un marcado acento de Cumberland, vino a decirle:

—Helen Burns, si no vas ahora mismo a ordenar tu cajón y a guardar la labor bien doblada, se lo digo a la señorita Scatcherd para que venga y lo vea.

Helen suspiró y su ensoñación se desvaneció en el aire. Luego se levantó y, sin réplica ni demora, obedeció a la chica.

Capítulo VII

Mi primer trimestre en Lowood se me hizo largo como un siglo, y desde luego no el Siglo de Oro. Se redujo a una agobiante lucha con las dificultades de adaptación a nuevas normas e insólitas tareas. El miedo a fracasar me atormentaba más que las fatigas y privaciones que me tocó sufrir, aunque tampoco fueran ninguna bagatela.

A lo largo de todo enero, febrero y parte de marzo, las intensas nevadas seguidas por el consiguiente deshielo nos impidieron rebasar los límites del jardín, excepto para ir a la iglesia, porque los caminos se habían vuelto casi impracticables. Pero a pesar de todo, dentro del límite de aquellos muros estaba prescrita la obligación de pasar al aire libre una hora diaria. Nuestras ropas se revelaban insuficientes para preservarnos de un frío tan riguroso. No teníamos botas y la nieve se nos metía en los zapatos, se derretía allí y nos salían sabañones en los pies, como también en las manos, entumecidas y desnudas de guantes. Me acuerdo muy bien del picor rabioso de los pies inflamados cuando me acostaba y el tormento renovado de calzarme por las mañanas, tratando de meter a la fuerza aquellos dedos agarrotados y casi en carne viva dentro del zapato. También se había convertido en perpetua congoja la escasez de comida, cuyas precarias raciones no hubieran bastado ni para mantener con vida a un triste inválido, cuanto menos a un grupo de chicas con buen apetito y en edad de crecer. Aquellas deficiencias fomentaban el abuso por parte de las mayores, que ejercían mediante lisonjas o amenazas su coacción sobre las pequeñas y les birlaban algo del plato en cuanto se presentaba la ocasión. Más de una vez me vi obligada a repartir entre dos demandantes mi

preciada ración de pan moreno de la merienda y a ceder a una tercera la mitad de mi taza de café. El resto me lo tragaba mojado de lágrimas, porque lloraba de pura hambre.

Los domingos eran días lúgubres en aquella despiadada época del año. Había que andar las dos millas que nos separaban de la iglesia de Brocklebridge, donde oficiaba la misa nuestro patrón. Si con frío salíamos, con mucho más llegábamos allí, y durante la ceremonia nos quedábamos lo que se dice heladas. Estaba demasiado lejos para que nos diera tiempo de volver a comer al colegio, así que entre un sermón y otro nos daban a cada una un poco de carne fría con pan en raciones tan precarias como de costumbre.

Al concluir el servicio religioso de la tarde regresábamos por un camino escarpado y peligroso, expuestas al crudo viento del norte, que soplaba desde una cordillera de cimas nevadas y casi nos despellejaba el cutis.

Parece que estoy viendo a la señorita Temple caminando animosa y ligera al costado de nuestras desmoralizadas filas, envuelta en su capa ondeando a impulsos del mismo viento que la azotaba también a ella, infundiéndonos coraje con su palabra y su ejemplo para no decaer y seguir adelante «cual tenaces soldados» como ella decía. Las demás profesoras, pobrecillas, bastante tenían con superar su abatimiento como para ponerse a darle ánimos a nadie.

¡Qué ganas teníamos de llegar, de arrimarnos a la luz y el calor del fuego llameante! Pero era un placer que a las pequeñas nos estaba vedado, porque las dos chimeneas del aula se veían inmediatamente copadas por una doble fila de mayores, y nosotras quedábamos agachadas detrás, formando grupitos, con los brazos ateridos buscando refugio bajo el delantal.

La hora de la merienda aportaba un pequeño solaz materializado en doble ración de pan (una rebanada en lugar de media) con la delicia añadida de una fina capa de mantequilla. Era un regalo semanal por el que suspirábamos de domingo a domingo. Yo solía ingeniármelas para guardar parte de tan generosa colación, pero el resto siempre estaba obligada a compartirlo.

El domingo por la noche había repaso de catecismo, que teníamos que sabernos de memoria, igual que los capítulos cinco y seis de san Mateo. Luego nos tocaba escuchar un tedioso sermón leído por la señorita Miller, cuyos bostezos incontrolables daban fe de su agotamiento. A veces, a modo de entreacto, nos tocaba asistir a la representación involuntaria del papel de Etico por parte de unas pocas párvulas[7], que solían caerse vencidas por el sueño, si no de un tercer piso sí de un cuarto banco, y las tenían que poner de pie en estado casi comatoso. Por todo remedio, se las empujaba al centro del aula y se las obligaba a quedarse allí de pie hasta que la señorita Miller acabara su sermón. Muchas veces las piernas no lograban sostenerlas y volvían a caerse en montón, pero las levantaban otra vez y las tenían allí apuntaladas por los taburetes altos de las jefas de clase.

Todavía no he hablado de las visitas al colegio del señor Brocklehurst. La verdad es que cuando yo llegué estaba fuera y prolongó su ausencia durante casi todo el mes, probablemente retenido por aquel amigo archidiácono, y para mí era un alivio saber que no había vuelto. Tenía motivos de sobra para temer su regreso, como es natural. Pero acabó viniendo.

Ya llevaría yo tres semanas en Lowood cuando una tarde en que estaba luchando, pizarra en mano, con una división de varias cifras, se me ocurrió levantar distraídamente los ojos hacia la ventana y atisbé, cruzando el jardín, una silueta flaca que reconocí inmediatamente, casi más por instinto que otra cosa. Cuando pocos minutos más tarde toda el aula en pleno, profesoras incluidas, se puso en pie al unísono no necesité que me dijeran quién acababa de entrar ni mirar siquiera para enterarme de por qué le saludaban así. Atravesó el aula a largas zancadas y se situó junto a la señorita Temple, a modo de columna, la misma columna negra que había posado sobre mí desde lo alto su mirada amenazadora y fatal, con los pies plantados sobre la alfombra junto a la chimenea de Gateshead. Ahora era yo quien lanzaba una mirada de reojo a aquella pieza arquitectónica. Sí, no me había equivocado, era el señor Brocklehurst en persona con un abrigo abotonado hasta el cuello, más enteco, larguirucho y rígido que nunca.

Tenía mis razones para sentirme desazonada ante semejante aparición. Recordaba de sobra los pérfidos informes que sobre mi carácter le había proporcionado la señora Reed y la promesa que él le hizo de poner en guardia a la señorita Temple y al resto de las profesoras sobre mis tendencias pecaminosas. Llevaba mucho tiempo atemorizada ante la idea de que tal promesa se cumpliese, esperando a diario la visita del «hombre que va a venir», porque los datos que recogió acerca de mi vida y conducta anteriores contribuirían a hacerme cargar para siempre con el sambenito de los réprobos. Y ahora había llegado por fin. Estaba de pie junto a la señorita Temple y le decía algo al oído. No dudé de que le estaría revelando detalles de mi vil condición y le espiaba con dolorosa ansiedad, esperando que de un momento a otro volviera hacia mí sus negras pupilas cargadas de aversión y desdén. También procuraba aguzar el oído y, como estaba sentada cerca de ellos, cazaba bastante de una conversación cuyo contenido, de momento, disipó mis temores.

—Supongo, señorita Temple, que serviría el hilo que compré en Lowton, a mí me parece muy apropiado para las camisetas de percal, y también las agujas que elegí. Dígale a la señorita Smith que las de zurcir se me han olvidado, porque no lo apunté, pero que la semana que viene le mandaré algunos paquetes. Bajo ningún pretexto debe darle más de una aguja a cada alumna, porque si tienen muchas no ponen cuidado y las pierden. Ah, y otra cosa es lo de las medias de lana; la última vez que vine por aquí, salí a la huerta para ver la ropa tendida y había bastantes medias negras sin zurcir, y por el tamaño de los agujeros deduje que aquí se zurce poco y mal.

Hizo una pausa.

—Se atenderán sus sugerencias, señor —dijo la señorita Temple.

—Y además, según me ha dicho la lavandera, a algunas chicas se les proporcionan dos cuellos por semana, ¿por qué? Con arreglo a las normas basta con uno.

—Bueno, se lo voy a explicar, fue un caso aislado, señor. A Agnes y Catherine Johnstone las invitaron a Lowton a tomar el té el jueves pasado en casa de unos amigos, y yo les di permiso para que se pusieran cuellos limpios ese día.

—Por una vez, pase —asintió el señor Brocklehurst—, pero por favor no deje que se produzcan muy a menudo tales excepciones. Y también me ha llamado la atención otra cosa. Haciendo cuentas con el ama de llaves, me he enterado de que últimamente se les ha servido a las alumnas por dos veces un refrigerio extra de pan y queso. ¿Qué explicación tiene eso? He repasado las normas y no se menciona esa innovación para nada. ¿A quién se le ha ocurrido introducirla? ¿Y con qué autoridad?

—La única responsable he sido yo, señor —contestó la señorita Temple—. El desayuno fue tal bazofia que las alumnas no lo pudieron tragar; y no me atreví a dejarlas en ayunas hasta la hora de comer.

—¡Me va usted a perdonar un instante, señorita! Sabe usted de sobra que mis planes de educación para estas chicas están reñidos con el exceso. No conviene que se acostumbren al lujo y a la manga ancha; se trata, por el contrario, de que se vuelvan cada día más resistentes y abnegadas. Aviados estaríamos si ante un incidente como el de que la comida esté mejor o peor sazonada se trate de paliar reemplazando el guiso por otro más exquisito al paladar; eso redunda en molicie para el cuerpo y en una tergiversación de los objetivos de esta escuela, consistentes en la edificación moral de las alumnas, llamadas a redoblar su fortaleza para hacer frente a efímeras privaciones. En casos así lo que vendría bien sería un breve sermón por parte de una profesora sensata, donde se relataran las penalidades de los primeros cristianos, los tormentos de los mártires y las prédicas del mismo Jesucristo a sus discípulos, exhortándolos a tomar su cruz y a seguirle, advirtiéndoles de que no solo de pan vive el hombre sino también de las palabras que salen de boca de Dios. «Bienaventurados aquellos que padezcan hambre o sed en mi nombre», ¡qué divino consuelo, señorita! Cuando puso usted pan y queso en la boca de estas chicas para sustituir una comida en malas condiciones, no dudo que estuviera alimentando sus viles cuerpos, pero poco pensó usted en que dejaba languidecer de hambre sus almas inmortales.

Volvió a hacer una pausa el señor Brocklehurst, tal vez agobiado por su propia retórica. Cuando empezó a hablar, la señorita Temple había inclinado la cabeza, pero ahora miraba de frente con ojos penetrantes y su rostro, ya habitualmente pálido como el mármol, parecía haberse

contagiado también de la frialdad y dureza de ese material. Se notaba sobre todo en la boca, tan cerrada que habría necesitado del cincel de un escultor para abrirse, y en el gesto cada vez más marcado de pétrea severidad que iba adquiriendo su ceño.

Entretanto, el señor Brocklehurst, inmóvil junto a la chimenea y con las manos a la espalda, vigilaba la clase con altivez soberana. De pronto sus ojos acusaron un parpadeo, como si algo los hubiese ofendido o deslumbrado. Se volvió hacia la profesora, y en un tono más atolondrado que el usado hasta entonces preguntó:

—Señorita, señorita Temple, ¿qué significa… qué hace aquí, quién es esa niña llena de rizos? ¿Pelirroja y con rizos, señorita, con todo el pelo hecho un puro rizo?

Y apuntaba con el bastón, empuñado con mano temblorosa, hacia el objeto de su escándalo.

—Es Julia Severn —respondió la señorita Temple con voz serena.

—¡Julia Severn! ¿Y por qué lleva, ella o cualquier otra, el pelo rizado? ¿Por qué, desafiando todas las normas y preceptos de esta casa, se muestra tan descaradamente acorde con los usos mundanales (¡aquí en medio de esta caritativa y evangélica institución!) y convierte su pelo en una amalgama de rizos?

—Julia tiene el pelo rizado natural —contestó, aún más serena, la señorita Temple.

—¡Natural! Pues bueno, no estamos dispuestos a ceder ante lo natural. ¿A qué viene semejante exceso? Lo que deseo para estas muchachas es que sean hijas de la divina Gracia. He dicho cientos de veces que quiero verlas peinadas con modestia y sencillez, con el pelo bien recogido. A esa chica, señorita Temple, hay que raparla al cero, mañana mismo mandaré venir al barbero. Y por ahí veo a otras que no le van a la zaga en tal exceso. Dígale a aquella chica que se dé la vuelta, y a todas las de la primera clase, a todas, que se levanten y se pongan de cara a la pared.

La señorita Temple se pasó el pañuelo por los labios como si quisiera borrar la involuntaria sonrisa que los ondulaba. No obstante dio la orden, y cuando las alumnas de la primera clase captaron su significado, obedecieron. Inclinándome un poco hacia atrás, podía ver desde mi banco

las muecas y el cruce de miradas que servían de mudo comentario a aquel chantaje. Era una pena que el señor Brocklehurst no pudiera verlas también; tal vez hubiera entendido que, por mucho que manipulase el exterior de aquellos recipientes, su contenido estaba mucho más lejos de lo que imaginaba del radio de su influencia.

Tras escrutar durante cinco minutos el envés de aquellas medallas vivientes, emitió una sentencia cuyas palabras resonaron cual toque de difuntos.

—¡Fuera con toda esa maraña de bucles!

La señorita Temple intentó objetar algo, pero él la interrumpió.

—Mire, señorita, yo me he empleado al servicio de un Amo cuyo reino no es de este mundo, así que mi misión es la de mortificar en estas chicas la codicia de la carne, enseñarlas a vestirse con recato y austeridad, no con atuendos caros y peinados aparatosos. Cada una de las jóvenes que tenemos ante los ojos lleva una ristra de trenzas que la misma vanidad podría haber entretejido, ¡fuera con ellas, repito!, piense usted en el tiempo que desperdician, piense en…

Al llegar a este punto, la perorata del señor Brocklehurst se vio interrumpida por la llegada de otros visitantes que ahora entraron en el aula. Se trataba de tres señoras, y no hubiera estado mal que llegaran un poco antes para escuchar aquel sermón sobre los atavíos femeninos, porque venían espléndidamente cubiertas de terciopelo, seda y pieles. Las más jóvenes, dos chicas muy monas como de dieciséis y diecisiete años, llevaban sombreros de castor gris, que entonces estaba de moda, adornados con plumas de avestruz, y bajo el ala de tan favorecedor tocado brotaba una cascada de tirabuzones primorosamente rizados. La señora mayor venía arropada por un lujoso chal de terciopelo ribeteado de armiño y ostentaba un tupé de bucles al estilo francés.

Aquellas tres damiselas fueron saludadas con respeto por la señorita Temple, que se dirigió a ellas llamándolas señora y señoritas Brocklehurst, al tiempo que las invitaba a sentarse en un lugar de honor, en el extremo del aula. Se ve que habían venido en el coche con su reverendo pariente y que se habían estado dedicando a examinar las habitaciones de arriba mientras él se ocupaba de hacer cuentas con el ama de llaves, interrogar a

la lavandera y leerle la cartilla a la directora. Ahora la habían tomado con la señorita Smith, encargada de la ropa blanca y de inspeccionar los dormitorios, y le estaban dirigiendo una serie de advertencias y reproches, pero no me entretuve mucho en atender a lo que decían, distraída por otros asuntos que requirieron mi atención.

Hasta aquel momento, aunque atenta a la conversación del señor Brocklehurst con la señorita Temple, no había dejado de tomar precauciones para sentirme a salvo, calculando que solo surtirían efecto si lograba pasar desapercibida. Por eso me había echado hacia atrás en el banco y, fingiendo que estaba embebida en una suma, había colocado la pizarra de tal manera que mi cara quedaba oculta por completo. Y hubiera seguido evitando ser reconocida de no haberme jugado mi traidora pizarra la mala pasada de escurrírseme de las manos y estrellarse contra el suelo, estrépito que atrajo hacia mí todas las miradas. Fui consciente de que no había nada que hacer y mientras me agachaba para recoger los dos trozos de la pizarra procuré darme ánimos para enfrentarme a lo peor. Y lo peor llegó.

—¡Qué niña tan manazas! —exclamó el señor Brocklehurst.

Y enseguida, sin darme tiempo a recuperar aliento:

—Es la nueva alumna, me parece. Por cierto, que no se me olvide, tengo que decir unas palabras con respecto a ella.

Luego, en voz alta, ¡qué alta resonó en mis oídos aquella voz!, añadió:

—¡La niña que ha roto la pizarra que venga aquí!

Por mí misma no hubiera podido dar un paso, estaba paralizada. Pero las dos chicas mayores que tenía a los lados me pusieron de pie y me empujaron hacia el tremebundo juez. La señorita Temple me acompañó hasta dejarme junto a él.

—No tengas miedo, Jane —me aconsejó en un susurro—. Yo he sido testigo de que fue un accidente. No te van a castigar.

Pero aquel dulce cuchicheo se me clavó en el corazón como un puñal.

«Dentro de un minuto me despreciará por hipócrita», pensaba. Y un brote de ira contra los Reed, Brocklehurst y compañía navegaba desafortunadamente por dentro de mis pulsos como una condena. Yo no era Helen Burns.

—Que traigan ese taburete —dijo el señor Brocklehurst, señalando uno muy alto que una de las jefas de estudio acababa de abandonar.

Lo trajeron.

—Que suban a la niña en él.

Me subieron. Quién, no lo sé. No estaba yo para fijarme en esos detalles. Solamente sabía que me habían aupado hasta quedar al nivel de las narices del señor Brocklehurst, como a una yarda de ellas, y que una extensión de chaquetones naranja y sedas malva ondeaba a mis pies entre nubes de plumaje plateado.

El señor Brocklehurst carraspeó.

—Señoras —dijo dirigiéndose a su familia—, señorita Temple, profesoras y alumnas, ¿ven ustedes a esta niña?

Claro que me estaban viendo, y la prueba es que yo sentía sus ojos como espejos cóncavos enfocando mi piel, abrasándola.

—Podrán comprobar que todavía es muy pequeña y que presenta los rasgos habituales de la infancia. Dios ha sido tan misericordioso como para dar a su cuerpo la misma forma que nos ha concedido a todos; observen que no está marcado por ningún signo de deformidad. ¿Quién podría sospechar que el Rey del Infierno ya la hubiera elegido como sierva e intermediaria de sus designios? Pues bien, me duele tener que decirlo: eso mismo es lo que ha ocurrido.

Hizo una pausa que aproveché para empezar a apaciguar mis nervios; me daba cuenta de que ya había cruzado el Rubicón y de que el desafío, en vista de que no podía esquivarse, habría que aguantarlo con firmeza.

—Mis queridas niñas —continuó con énfasis el clérigo de negro mármol—, estamos ante un caso muy triste. Porque cargo con el deber de poneros sobre aviso acerca de esta niña que, pudiendo haber sido uno de los corderos del rebaño de Dios, no pertenece a él, es una verdadera intrusa, una pequeña oveja negra y descarriada. Guardaos de ella, no sigáis su ejemplo; y si es preciso, evitad su compañía, excluidla de vuestros juegos y conversaciones. Y en cuanto a ustedes, profesoras, deben vigilarla, no perder de vista ninguno de sus movimientos, ponderar sus palabras y fiscalizar sus actos. Han de castigar su cuerpo para salvar su alma, caso de que tal salvación cupiera dentro de lo posible. Porque esta

niña (mi lengua desfallece al decirlo), esta criatura nacida en tierra de cristianos, peor que muchas paganas que rezan a Brahma y se arrodillan ante Juggernaut… esta niña, digo, ¡es una embustera!

Siguió una pausa de diez minutos, tiempo suficiente para que yo, ya en mis cabales, pudiera observar cómo la rama femenina de los Brocklehurst sacaba sus pañuelos y se los llevaba a los ojos. La señora mayor se balanceaba, mientras que las dos jóvenes murmuraban: «¡Qué escándalo!».

—Su benefactora me puso en antecedentes —continuó luego el señor Brocklehurst—. Se trataba de una señora piadosa y caritativa que adoptó a esta niña cuando se quedó huérfana y la trató como a una hija; pero ella dio un pago tan ingrato y horrible a su bondad y generosidad, que por fin la excelente señora se vio obligada a separarla de sus retoños ante el temor de que su nefasto ejemplo contaminara la pureza de ellos, y la ha mandado aquí para ver si se cura, como los antiguos judíos mandaban a sus enfermos al turbio lago de Betzata. Les encarezco, pues, directora y profesorado que no permitan que a su alrededor se estanquen las aguas.

Con tan sublime conclusión, el señor Brocklehurst se abrochó el abrigo hasta el botón de arriba, dijo algo en voz baja a su familia, que se levantó e inclinó ante la señorita Temple, y luego aquellos importantes personajes salieron pomposamente del aula. Cuando estaban llegando a la puerta, mi implacable juez se volvió y dijo:

—Que se quede media hora más subida en el taburete y no permitan que nadie le dirija la palabra en lo que resta de día.

Allí me quedé, pues, encaramada en lo alto. Yo, que me había declarado incapaz de soportar una afrenta como la de estar de pie en el centro de una habitación, ahora estaba expuesta sobre un pedestal infamante, y era el blanco de todas las miradas. Lo que sentí no hay palabras capaces de describirlo. Pero cuando aquellas emociones, que estallaron de golpe, empezaban a quitarme el aliento y a ponerme un nudo en la garganta, pasó a mi lado una chica y alzó sus ojos hacia mí. La luz que los traspasaba era tan extraña como extraordinaria la sensación que esa mirada me comunicó. ¡Y cómo me hacía renacer aquella sensación nueva! Era como si un mártir o un héroe hubiera pasado junto a un esclavo o una víctima, inyectándole fuerza al pasar. Dominé mi histeria creciente y

me afiancé en el taburete con la cabeza alta. Helen Burns dirigió una pregunta trivial sobre su labor a la señorita Smith, quien la reprendió por molestarla con tal menudencia, volvió a ocupar su puesto y me sonrió al pasar de nuevo cerca de mí. ¡Qué sonrisa aquella! Cuando la recuerdo ahora, comprendo que era una manifestación de aguda inteligencia y de declarada valentía. Iluminó sus facciones precisas, su rostro demacrado y sus ojos hundidos de color gris, como si estuviera recibiendo el reflejo de un ángel.

Y no obstante, en aquel momento Helen Burns llevaba un brazalete con la divisa de «chica sucia», y hacía escasamente una hora que yo había oído a la señorita Scatcherd adjudicarle el castigo de pasarse todo el día siguiente a pan y agua por haber manchado de tinta un ejercicio cuando lo estaba pasando a limpio. ¡Así es de imperfecta la naturaleza humana! Esas manchas existen hasta en la faz de los planetas más luminosos, pero ojos como los de la señorita Scatcherd, solamente atentos a tan minúsculos defectos, son ciegos para apreciar el resplandor total del orbe.

Capítulo VIII

Antes de concluir la media hora, dieron las cinco de la tarde; las alumnas rompieron filas y se dirigieron en masa al refectorio para tomar el té. Me atreví entonces a bajar del taburete; estaba ya muy oscuro. Me retiré a un rincón y me senté en el suelo. Aquella especie de conjuro que me había dado fuerzas para soportar durante tanto rato lo insoportable empezó a fallar, dando paso a la consiguiente reacción. Y casi enseguida el dolor que hizo presa en mí fue tan abrumador que me dejé caer cuan larga era con la cara contra el suelo, dando rienda suelta al llanto. Helen Burns no estaba a mi lado, nada podía servirme de sostén. Dejada de la mano de Dios, me abandoné a mí misma y el entarimado se fue humedeciendo con mis lágrimas. ¡Me había propuesto ser tan buena y hacer tantos progresos en Lowood, tener amigas, ganarme su consideración y su cariño! Ya había adelantado bastante. Aquella misma mañana había conseguido el primer puesto de mi clase y la señorita Miller me había felicitado cordialmente. La señorita Temple había mostrado su complacencia con una sonrisa y había prometido darme clases de dibujo y dejarme aprender francés si seguía durante dos meses por el mismo camino. Las otras alumnas me habían acogido bien y las de mi clase me trataban de igual a igual, no había notado animadversión por parte de nadie. Y ahora, vuelta a lo mismo de siempre, a sentirme humillada y pisoteada; ¿lograría alguna vez levantar cabeza?

«Nunca», me dije. Y sentía unas ganas desaforadas de morirme. Pero cuando estaba formulando este deseo entre sollozos, oí unos pasos que se acercaban. Me incorporé sobresaltada y Helen Burns estaba atravesando el

aula vacía para llegar a mi lado; se la veía avanzar a la luz agonizante de las brasas de la chimenea. Me traía café y un trozo de pan.

—Anda, come un poco —me dijo.

Pero yo aparté ambos alimentos porque me consideraba incapaz de tragar una sola miga de pan o gota de café en el estado en que me hallaba. Helen me estaba mirando, y parecía asombrada. Yo, por mucho que lo intentaba, no era capaz de aplacar mi agitación y seguía llorando sin parar. Ella se sentó a mi lado en el suelo, se abrazó las rodillas y dejó, descansando, la cabeza entre sus brazos. Así permaneció un rato, en total silencio, como una india. Fui yo la primera en romper aquel silencio.

—Helen, ¿por qué te juntas con una niña a quien todo el mundo tiene por falsa y embustera?

—¿Todo el mundo? Piensa, Jane, que solamente ochenta personas han oído esa acusación, y en el mundo existen miles de millones.

—¿Y a mí qué me importan esos cientos de millones? Las ochenta personas que yo conozco me desprecian.

—Te equivocas, Jane. Seguramente ni una en todo el colegio te desprecia o siente antipatía hacia ti. Hasta habrá muchas, créeme, que te compadezcan.

—¿Cómo puede ser eso, después de lo que le han oído decir al señor Brocklehurst?

—El señor Brocklehurst no es Dios; ni siquiera tiene la talla de los grandes hombres a quienes se admira. Aquí no gusta mucho, no ha hecho nada para ganarse simpatías. Si te hubiera tratado con especial favoritismo, entonces sí que te encontrarías con enemistades, más o menos disimuladas, como un cerco en torno a ti. En cambio, así, la mayoría de las profesoras y las alumnas te ofrecerían su amistad, si se atrevieran; puede que algunas te traten con frialdad durante un par de días, pero en el fondo de su corazón ocultan un brote de cariño. Si te empecinas en seguir haciendo bien las cosas, esos sentimientos no tardarán en salir a flote, incluso con mayor sinceridad y evidencia por haberse visto reprimidos temporalmente. Y además, Jane…

Al llegar aquí se interrumpió.

—¿Además qué, Helen? —pregunté, mientras ponía mi mano en las suyas.

Ella frotó mis dedos suavemente, como para calentarlos, y prosiguió:

—Además, aunque todo el mundo te odiase y te tratase como a una apestada, mientras tu propia conciencia te diera la aprobación y te absolviera de toda culpa, no estarías sin amigos.

—Ya sé que mi conciencia podría aprobarme, pero eso no me basta, Helen. Si los demás no me quieren, me siento morir, no soporto vivir aislada y rodeada de odio. Fíjate, para ganarme tu cariño sincero, el de la señorita Temple o el de cualquier persona a quien yo pueda querer de verdad, no me importaría dejarme romper un brazo, me prestaría gustosa a que me embistiera un toro o a ponerme detrás de un caballo encabritado para que me coceara el pecho…

—¡No digas esas cosas, Jane! No tengas en tanto el amor de los seres humanos. ¡Qué impulsiva y qué vehemente eres! La mano soberana que cinceló tu cuerpo y le insufló vida te ha dotado de otros recursos mejores que el de tu propio ser o el de las demás criaturas tan frágiles como tú. Por encima de esta tierra y de la raza humana que la puebla, existe un reino de espíritus, un mundo invisible, pero que nos rodea y está en todas partes. Y los tales espíritus nos vigilan, porque su cometido es precisamente ese: cuidar de nosotros. Aunque nos estuviéramos muriendo de humillación o de pena, aunque el desprecio nos golpeara por todos los flancos y el odio intentara aplastarnos, los ángeles, testigos de nuestro tormento, proclamarían la inocencia de quienes seamos inocentes. Yo creo, Jane, que tú lo eres de la culpa que el señor Brocklehurst te imputa de forma tan insistente y ampulosa como infundada, ya que no se trata de una versión directa sino de segunda mano, recogida de labios de la señora Reed; y yo vislumbro una naturaleza sincera en tus ardientes ojos y tu clara frente. Dios solamente espera la hora en que el espíritu haya de separarse de la carne para coronarnos con una plena recompensa. ¿Por qué, entonces, vamos a permitir que nos abrume la desazón, cuando la vida dura tan poco y la muerte supone una puerta infalible para entrar en la gloria?

Yo guardaba silencio. Helen había logrado aplacarme, pero la serenidad que impartía estaba mezclada de una increíble tristeza. Tuve

como un presentimiento de desdicha, según la oía hablar, aunque no pude precisar de dónde venía. Y cuando, tras haber acabado su discurso, respiró un poco más aprisa y le sobrevino una tos seca, olvidé completamente mis penas, desplazadas ahora por una vaga preocupación acerca de su persona.

Apoyé la cabeza en el hombro de Helen y rodeé con mis brazos su cintura. Ella me estrechó en silencio y nos quedamos así relajadas un rato, aunque no demasiado largo porque oímos entrar a alguien. Un viento repentino había barrido los oscuros nubarrones dando paso a la desnuda luna. Y su luz, que se coló por la ventana más próxima, alumbró nuestras dos figuras y la de la persona que se acercaba, a quien enseguida reconocimos. Era la señorita Temple.

—Venía a propósito para buscarte, Jane —dijo—, porque quiero que me acompañes a mi cuarto. Y ya que Helen Burns está contigo, puede venir también, si quiere.

Seguimos, pues, a la directora, que nos guio por complicados pasillos hasta unas escaleras que había que subir para acceder a su apartamento. Era muy acogedor y tenía la chimenea encendida. La señorita Temple indicó a Helen una butaca junto a la chimenea, ella se sentó en la de enfrente y me llamó a su lado.

—¿Ya se pasó todo? —me preguntó con los ojos fijos en mi rostro—. ¿Has llorado ya lo bastante para espantar tus penas?

—Me temo que nunca será bastante.

—¿Por qué?

—Pues porque he sido acusada de modo injusto; y usted, señorita, y todo el mundo a partir de ahora me tendrán por un ser inicuo.

—Te tendremos por lo que demuestres ser, hija mía, a través de tu conducta. A mí me basta con que sigas siendo, como hasta ahora, una chica buena.

—¿De verdad, señorita Temple?

—Pues claro —dijo ella, mientras pasaba un brazo por mis hombros—. Y ahora dime quién es esa señora Reed a la que llama tu benefactora el señor Brocklehurst.

—Es la viuda de un tío mío. Cuando mi tío murió, me dejó encomendada a sus cuidados.

—¿Quieres decir que no te adoptó por decisión propia?

—No, señorita, todo lo contrario. Fue una carga para ella tener que hacerlo. Pero mi tío, según he oído decir a veces a las criadas, antes de morir le arrancó la promesa de que siempre cuidaría de mí.

—Pues bueno, Jane, ya sabes (y si no lo sabes, te lo digo yo) que a todos los acusados de un crimen se les permite alegar algo en su defensa. De manera que también tú, que has sido acusada de mentir, debes defenderte ante mí lo mejor que puedas y sepas. Di todo aquello que tu memoria te sugiera como verdadero, sin añadir nada ni cargar las tintas.

Apelando a lo más hondo de mi corazón, decidí ser lo más moderada y precisa posible; y así, tras unos minutos de reflexión para poner orden y coherencia en lo que había de decir, empecé a contarle a la señorita Temple la cabal historia de mi desgraciada infancia. Pero agotada por la emoción como estaba, mi lenguaje fue más templado de lo que solía ser cuando acometía tan triste asunto; y aún vivas, por otra parte, en mi memoria las recientes advertencias de Helen sobre la conveniencia de aplacar el odio, mi relato resultó más exento de bilis y amargura que de costumbre. Y así, simplificado y resumido, adquiría acentos de mayor credibilidad. A medida que avanzaba en él me daba cuenta de que la señorita Temple se fiaba de mi versión por completo.

A lo largo de aquella narración, salió a relucir el señor Lloyd y conté que había ido a visitarme a raíz de mi ataque de nervios, porque aquel horrible episodio del cuarto rojo seguía marcado a fuego en mi memoria, y al detallarlo fue de todo punto imposible que la marea de emoción no rompiera sus diques. Porque en nada había logrado suavizarse el recuerdo de aquel espasmo, cual mordedura de agonía en el corazón, padecido cuando la señora Reed rechazó mis súplicas y volvió a encerrarme por segunda vez en el endemoniado cuarto rojo.

Ya había terminado. La señorita Temple me miró durante unos minutos en silencio, y luego dijo:

—He oído hablar del señor Lloyd, y le pienso escribir. Si su respuesta coincide con tu versión de los hechos, serás públicamente absuelta de toda culpa. Jane, ya puedes contar desde ahora mismo con mi absolución.

Me besó y siguió reteniéndome a su lado, donde yo me encontraba tan a gusto. Aquella vecindad que me permitía contemplar su rostro, sus vestidos, sus dos o tres adornos, su frente despejada, sus rizos apretados y lustrosos y sus radiantes ojos oscuros me proporcionaba un placer infantil. Ahora se estaba dirigiendo a Helen Burns.

—¿Cómo te encuentras esta noche, Helen? ¿Te ha molestado mucho la tos?

—No mucho, señorita.

—¿Y el pecho?

—Me duele un poco menos.

La señorita Temple se levantó, cogió una de sus manos y le tomó el pulso. Luego volvió a su sitio y, cuando se estaba sentando, la oí suspirar quedamente. Se quedó pensativa unos instantes, pero luego se recuperó y dijo con voz animosa:

—Bueno, esta noche sois mis invitadas y debo trataros como a tales. —Tiró del cordón de la campanilla y acudió una criada—. Bárbara —le dijo—, todavía no he tomado el té; tráeme la bandeja y pon tazas para estas dos jovencitas.

¡Qué bonitas me parecieron, cuando llegó la bandeja, las tazas de porcelana china y la brillante tetera, todo ello colocado sobre una mesita junto a la chimenea encendida! Aspiré el fragante vapor de la infusión y el rico aroma de las tostadas, aunque comprobé con decepción —porque empezaba a tener hambre— que venían en ración escasa. La señorita Temple también se había dado cuenta.

—Bárbara —dijo—, ¿puedes traer un poco más de pan y mantequilla? No hay suficiente cantidad para tres.

Bárbara desapareció y volvió enseguida.

—Dice la señora Harden, señorita, que ha puesto la misma cantidad de todos los días.

Conviene decir que la señora Harden era el ama de llaves, una mujer muy afecta al señor Brocklehurst, una mezcla a partes iguales de ballenas y de hierro.

—Está bien, Bárbara —respondió ella—, supongo que ya nos las arreglaremos. —Y cuando la criada se marchó, añadió con una sonrisa—:

Menos mal que por esta vez voy a ser capaz de suplir tales deficiencias.

Dichas estas palabras, nos invitó a acercarnos a la mesa y nos puso delante sendas tazas de té con su correspondiente porción de tostada tan deliciosa como precaria. Luego se levantó, abrió un cajón y sacó un paquete de papel que, una vez desenvuelto, mostró ante nuestros ojos: una tarta de semillas de buen tamaño.

—Pensaba haberos dado un trozo para que os lo llevarais —dijo—, pero en vista de que las tostadas han escaseado, mejor será que os lo comáis ahora.

Y se puso a cortarla en trozos, sin andarse con tacañerías.

Saboreamos aquella tarde como si nos hubieran dado a probar néctar y ambrosía. Y no se quedaba a la zaga de tales delicias la sonrisa satisfecha con que nuestra anfitriona nos contemplaba mientras saciábamos nuestro maltrecho apetito con la exquisita propina que tan generosamente nos había ofrecido. Una vez terminada la merienda y retirada la bandeja, volvió a reunirnos ante el fuego, una a cada lado suyo, y se inició una conversación entre Helen y ella a la que consideré un privilegio poder asistir.

La señorita Temple siempre parecía irradiar serenidad, y la propiedad de su exquisito lenguaje unida a la dignidad de su porte cerraban la puerta a cualquier desviación hacia la vehemencia, la excitación o el atropello de los conceptos; de tal manera que el placer por escucharla y mirarla se veía refrenado por un sentimiento de respeto, como me pasaba a mí aquella tarde. Pero la que realmente me dejó muda de asombro fue Helen Burns.

La reconfortante merienda, el resplandeciente fuego y la amable presencia de su adorada profesora (unido tal vez a algo más, a algo propio de su mente incomparable) habían avivado en Helen una poderosa fuerza interior que la encendía y animaba, tiñendo sus mejillas, siempre pálidas y anémicas, de ardiente resplandor y asomando como un fulgor en sus ojos líquidos que adquirían de repente una belleza aún más peculiar que la de la señorita Temple; una belleza que no radicaba tanto en la delicadeza de los colores, las largas pestañas o las cejas finamente perfiladas como en la expresión, en el ritmo, en el halo que desprendía. Se le subió el alma a los labios, y sus palabras fluían de un manantial ignoto. ¿Cómo era posible

que en el corazón de una chica de catorce años hubiera sitio y vigor bastantes para contener una fuente como aquella de donde manaba plena y ferviente la elocuencia en su estado más puro? Y sin embargo, de esa manera brotaba el discurso de Helen aquella tarde, para mí inolvidable. Su alma parecía impaciente por vivir en aquel breve plazo de tiempo todo lo que otros distribuyen a lo largo de existencias prolongadas.

Hablaron de cosas que yo nunca había oído, de naciones y épocas fenecidas, de países lejanos, de secretos de la naturaleza descubiertos o simplemente adivinados. Hablaron de libros y me admiró comprobar lo muchísimo que las dos habían leído, la cantidad de conocimientos que almacenaban. Además parecían totalmente familiarizadas con la lengua y la literatura francesas, sabían los nombres de muchos autores. Pero lo que ya colmó mi asombro fue la respuesta que dio Helen a la señorita Temple cuando esta le preguntó si sacaba algo de tiempo para repasar el latín que le había enseñado su padre y le tendió un libro que cogió de la estantería con el ruego de que tradujera una página. Se trataba de una obra de Virgilio y mi amiga, por toda respuesta, abrió el libro y obedeció sin dificultad alguna. Mi capacidad de veneración iba alcanzando cotas cada vez más altas a medida que Helen leía e iba traduciendo en voz alta aquellos renglones.

Justamente cuando acababa de terminar, oímos sonar la campana anunciando que había llegado la hora de acostarse. No cabían demoras. La señorita Temple nos abrazó a las dos.

—¡Que Dios os bendiga, hijas mías! —nos dijo con una voz que parecía salirle directamente del corazón.

A Helen la retuvo entre sus brazos un poco más que a mí y la soltó con pena. Fue a Helen a quien siguieron sus ojos desde la puerta, por ella se le escapó luego un triste suspiro, por ella se enjugó una lágrima que humedecía su mejilla.

Al llegar al dormitorio, oímos la voz de la señorita Scatcherd. Estaba registrando cajones y acababa de abrir el de Helen Burns, a quien saludó con una incisiva reprimenda en cuanto la vio entrar. Al día siguiente, según le dijo, estaba castigada a llevar media docena de prendas mal planchadas apiladas sobre uno de sus hombros.

—Realmente tenía mi cajón hecho una pena —me susurró Helen al oído—. Pensaba haber puesto orden en mis cosas, pero se me fue el santo al cielo.

A la mañana siguiente, con letra bien clara, la señorita Scatcherd había escrito en un trozo de cartulina el adjetivo «Desaliñada» y lo fijó a modo de amuleto[8] sobre la frente dócil, amplia, inteligente y benévola de Helen. Lo llevó hasta la noche, paciente y sin quejarse, como si lo considerase un merecido castigo. Cuando por fin, al finalizar las clases, la señorita Scatcherd se lo quitó, corrí junto a mi amiga, rompí la cartulina infamante y tiré los trozos al fuego. El furor de que ella era incapaz había ido incendiando progresivamente mi alma a lo largo del día, y de vez en cuando me habían corrido por la cara ardientes lagrimones, porque el espectáculo de su melancólica conformidad colmaba mi corazón de un dolor insoportable.

Alrededor de una semana después de los acontecimientos que quedan reseñados, la señorita Temple recibió respuesta a una carta que le había escrito al señor Lloyd pidiéndole informes sobre mí. Estos informes, al parecer, corroboraban plenamente mi versión de los hechos. La señorita Temple reunió a todo el colegio y manifestó que, habiéndose investigado las acusaciones formuladas contra Jane Eyre, se sentía muy feliz al poder declararla inocente de tales cargos. Las profesoras me dieron la mano y un murmullo de complacencia recorrió las filas formadas por mis compañeras.

Liberada, pues, de tan agobiante peso, me apliqué desde ese día a trabajar como partiendo de cero, resuelta a vencer cualquier dificultad que pretendiera estorbar mi camino. Trabajé de firme y mis esfuerzos corrieron parejos con los logros. Mi memoria, no demasiado tenaz por naturaleza, mejoró a base de ejercitarse y como consecuencia mi inteligencia se agudizó. Al cabo de pocas semanas, ya me habían ascendido de clase, y en menos de dos meses se me consideró apta para recibir lecciones de dibujo y de francés. Aprendí las dos primeras conjugaciones del verbo *être*, y en el mismo día esbocé mi primer dibujo, una casita cuyas paredes, por cierto, aventajaban en inclinación a las de la Torre de Pisa. Aquella noche, al meterme en la cama, no necesité que mi

imaginación se preparase la cena de Barmecida[9] que solía entretener mi hambre mal saciada soñando con patatas guisadas, leche recién ordeñada y pan candeal. Me deleité, por el contrario, contemplando el espectáculo de ideales dibujos que poblaban la oscuridad, todos ellos obra de mis manos: casas y árboles ágilmente perfilados, ruinas y peñascos pintorescos, rebaños de ganado al estilo de Cuyp[10], delicados óleos de mariposas revoloteando sobre capullos de rosa, de pájaros picoteando guindas maduras, de nidos de abadejo con huevos como perlas, rodeados por guirnaldas de hiedra joven. También contemplaba, al mismo tiempo, la posibilidad de llegar a traducir con fluidez cierto libro de cuentos franceses que *madame* Pierrot me había enseñado aquel día. Pero aquel problema no tuve tiempo de verlo satisfactoriamente solucionado, porque antes me quedé dulcemente dormida.

Gran acierto tuvo Salomón cuando dejó dicho: «Más vale comer hierbas donde reina el amor, que un buey bien cebado en el seno del odio».

No hubiera cambiado Lowood, con todas sus carencias, por Gateshead y su lujo renovado a diario.

Capítulo IX

Pero las carencias, o mejor dicho las fatigas, de Lowood amainaron. La primavera se iba acercando, hasta que por fin llegó: ya estaba allí. Cesaron las escarchas invernales, se derritió la nieve y se dulcificaron los afilados vientos. Mis pobres pies, despellejados y cojos por la hinchazón a la que los sometió el despiadado clima de enero, empezaron a mejorar con la llegada de las suaves brisas de abril. Las mañanas y las noches ya no nos inyectaban hielo en las venas con aquellas temperaturas propias de Canadá. La hora del recreo en el jardín no solo se hizo soportable, sino que empezó a resultar incluso grata y maravillosa a medida que se sucedían las mañanas soleadas. El color marrón de los arriates se fue tornando en verdor que se avivaba día a día, sugiriendo la idea de que la Esperanza se paseaba por el jardín durante la noche y dejaba cada amanecer luminosa huella de su paso. Las flores asomaban su cabeza entre las hojas: un conjunto de campanillas, azaleas, prímulas moradas y pensamientos con manchas de oro. Los jueves por la tarde, en que se nos concedía fiesta, ya podíamos dar paseos y buscar flores aún más primorosas en el borde de los caminos, bajo los setos.

Además descubrí, más allá de los altos y erizados muros de nuestro jardín, un placer desconocido e inmenso, un goce al que solamente ponía fronteras el horizonte; este placer lo proporcionaba el panorama de egregias cimas que coronaban el amplio valle, abundante en sombras y verdor, regado por un limpio arroyo cuyos remolinos centelleaban sobre un lecho de piedras oscuras. ¡Qué distinto me había parecido aquel escenario cuando yacía bajo el acerado cielo invernal, entumecido por la

escarcha y amortajado por la nieve! Entonces las nieblas con su helada guadaña vagabundeaban a impulsos del vendaval por aquellos riscos morados y rodaban cuesta abajo hasta fundirse con el vaho gélido que despedía el arroyo. Entonces este arroyo era una furiosa y turbia torrentera que con su rugido disperso por el aire acuchillaba el bosque, muchas veces azotado por salvajes lluvias y rachas de granizo. Y el bosque crecido a sus orillas solamente ofrecía entonces a la contemplación una serie de esqueletos alineados.

Al mes de abril siguió el de mayo, un mayo esplendoroso y sereno cuyos días se sucedieron bajo un cielo azul, un sol benigno y aquellas dulces brisas del oeste o del sur. Ahora la vegetación maduraba con empuje. Lowood se había soltado el pelo y todo se volvió verde y se tapizó de flores. Los grandes esqueletos de álamos, fresnos y robles resucitaron gloriosamente a la vida; las plantas silvestres brotaban profusamente de cualquier recoveco, variedades innombrables de musgo cubrían cualquier oquedad del terreno, y el sol arrancaba extraños reflejos de las silvestres prímulas en flor. Yo contemplaba sus destellos de oro iluminando dispersos las zonas más sombrías como estallidos de dulcísimo brillo. Disfrutaba de todo esto sin cortapisas, ni vigilancia, libre y casi siempre sola. Porque aquella inusitada independencia y aquel placer obedecían a un motivo que ya es hora de mencionar.

¿Verdad que mi descripción de tan placentero lugar rodeado de colinas y bosques y cruzado por un arroyo parece presentarlo como ideal para habitar allí? Placentero sí, eso sin duda, pero que resultara sano vivir en él, eso ya es otra cuestión.

La hondonada donde yacía Lowood era un foco de nieblas y una cuna de pestilencia; de tal manera que a medida que se iba extendiendo fulminante la primavera, no de forma menos fulminante se propagó por nuestro orfanato una epidemia de tifus que asoló las aulas y los dormitorios, convirtiendo lo que era escuela en un hospital.

El hambre y los catarros mal curados habían abonado entre las muchachas un campo propicio al contagio. Cuarenta y cinco de las ochenta alumnas que éramos cayeron enfermas al mismo tiempo. Las clases se interrumpieron y se rebajó la disciplina. Las pocas que seguíamos bien

gozábamos de una libertad casi ilimitada. En primer lugar porque las enfermeras habían dicho que el ejercicio al aire libre nos vendría bien para preservar el contagio, y además porque nadie tenía tiempo para vigilarnos o prohibirnos cosas.

Toda la atención de la señorita Temple estaba volcada en la enfermería, una habitación que se habilitó para las pacientes y que ella solo abandonaba para dormir unas pocas horas por la noche. Las profesoras tenían ocupación de sobra con hacer las maletas y organizar los preparativos del viaje para las chicas que tenían la suerte de contar con algún pariente o amigo dispuesto a darles albergue y a alejarlas temporalmente de aquel foco de infección. Muchas de ellas, ya contagiadas, volvieron a su casa simplemente para morir; otras murieron en el colegio y fueron enterradas discretamente y a toda prisa. La naturaleza del mal estaba reñida con las demoras.

Total, que mientras la epidemia se había convertido en inquilina de Lowood y la muerte en asidua visitante, mientras la pesadumbre y el miedo habitaban entre sus muros, mientras las habitaciones y los corredores despedían olor a hospital y los efluvios de la mortandad a duras penas cedían a las medicinas y píldoras que en vano pugnaban por detenerlos, aquel mes de mayo resplandeciente y despejado de nubes campaba por sus fueros sobre las atrevidas colinas y hermosos bosques del exterior. El jardín también era una fiesta de flores: las malvarrosas habían abierto sus corolas y se esponjaban por doquier rosas y tulipanes. Los macizos estaban alegremente recamados de dentelarias rosa y dalias carmesí; las eglantinas exhalaban noche y día un aroma a especias y manzana. Y todos aquellos fragantes tesoros no les servían de nada a la mayor parte de las alumnas de Lowood, como no fuera para depositar de vez en cuando sobre sus ataúdes un ramillete de hierbas y capullos silvestres.

Pero yo y las otras chicas que no habían caído enfermas disfrutábamos a pleno pulmón de las delicias ofrecidas por el paisaje y la estación. Nos dejaban deambular como si fuéramos gitanas por el bosque de la mañana a la noche, hacer lo que nos viniera en gana e ir a donde se nos antojase, y por consiguiente vivíamos mucho mejor. Ni el señor Brocklehurst ni nadie

de su familia asomaron por Lowood durante aquel periodo, así que nos vimos libres de su intervención en los asuntos domésticos. El ama de llaves, que era una cascarrabias, se había ido por miedo al contagio, y su sucesora, una antigua matrona del Dispensario de Lowton, ignorante de las costumbres de aquella institución, nueva para ella, nos alimentaba con relativa prodigalidad. Además había menos bocas que saciar, porque las enfermas apenas comían. Los cuencos del desayuno nos los servía siempre más llenos y, cuando no tenía tiempo de cocinar una comida caliente, cosa que ocurría con frecuencia, nos daba un buen trozo de pudín o una generosa rebanada de pan con queso, y nos lo llevábamos al campo, donde cada cual elegía el sitio que más le gustase para comer como una reina.

Mi lugar predilecto era una peña ancha y plana que se alzaba blanquecina en mitad del arroyo. Para llegar a ella había que vadear su corriente, aventura que yo emprendía con los zapatos en la mano. La piedra, siempre seca, era lo suficientemente amplia como para acoger holgadamente a dos personas. Y yo, que por aquellos días tenía una amiga nueva, pasaba allí con ella mis ratos de ocio. Se llamaba Mary Ann Wilson, era aguda y observadora y me gustaba su compañía, no solo porque me parecía lista y original, sino porque era de esas personas que te hacen sentir cómoda. Algo mayor que yo, Mary Ann había vivido también más y sabía cosas del mundo, que me contaba y a mí me encantaba oír. Junto a ella mi curiosidad encontraba gratificación y además era muy indulgente con mis defectos; nunca ponía trabas a mi charla ni la refrenaba. Ella estaba dotada para la narración, yo para el análisis, a ella le gustaba dar informes y a mí hacer preguntas, total que nos llevábamos muy bien y nos divertía mucho estar juntas, aunque no fueran, las nuestras, conversaciones de mucho provecho.

Y a todas estas, ¿qué había sido de Helen Burns? ¿Por qué no compartía con ella aquellos dulces momentos de libertad? ¿Es que la había olvidado o era tan inconsecuente como para haberme hartado de la pureza de su compañía? Era evidente que esta Mary Ann Wilson no le llegaba a mi antigua amiga ni a la suela del zapato; solo contaba cosas divertidas e intercambiaba conmigo salpimentados cotilleos que yo fomentaba. En cambio Helen, si he acertado a describirla fielmente, estaba dotada para

hacernos probar, a quienes tuvimos el privilegio de tratarla, el sabor de otros temas que rayaban a mucha más altura.

Esa es, lector, la pura verdad. Yo lo sabía y, a pesar de considerarme un ser imperfecto, con más defectos que redentoras virtudes, nunca me aburrí de Helen Burns ni dejé de abrigar con respecto a ella los sentimientos más hondos, dulces y respetuosos que jamás han hecho revivir mi corazón. ¿Cómo no iba a ser así, si Helen en todo tiempo y circunstancia me había demostrado una amistad tan equilibrada y fiel, jamás obnubilada por la ira ni amargada por los malos humores?

Pero es que Helen estaba enferma. Llevaba varios días ausente de nuestra vista, confinada en no sé qué habitación del piso de arriba. Según me dijeron, no la habían llevado a la enfermería destinada para las afectadas por el tifus porque lo que ella tenía no era tifus: estaba tuberculosa. Yo, que sabía poco de esas cosas, creí que la tuberculosis era un mal sin importancia y que, con el tiempo y a base de cuidados, Helen se curaría.

Me reafirmaba en esta opinión porque una o dos veces, cuando la tarde era soleada, la había visto salir al jardín con la señorita Temple. Bien es verdad que no me habían dejado acercarme a hablar con ella, solo la había atisbado a través de la ventana del aula y tampoco con mucho detalle, porque la sacaban envuelta en mantas y se sentaba a cierta distancia, bajo el techo de la galería.

Una tarde, a principios de junio, me entretuve mucho en el bosque con Mary Ann y volvimos tarde. Nos habíamos apartado de las otras chicas, como siempre, y llegamos tan lejos en nuestro vagabundeo que nos perdimos y para encontrar el camino de vuelta tuvimos que preguntar en una choza solitaria habitada por un matrimonio que guardaba una piara de cerdos salvajes y los alimentaba con bellotas. Cuando regresamos al colegio, la luna ya había salido, y un caballo, que reconocimos como el del médico, estaba atado a la puerta del jardín. Mary Ann dijo que seguramente había empeorado alguien, porque si no al señor Bates no le habrían llamado a aquellas horas. Ella se metió en la casa, pero yo me quedé afuera todavía un ratito para plantar en mi parcela un puñado de raíces que traía recién arrancadas del bosque y que temía ver marchitarse

si esperaba al día siguiente. Después de cumplir aquel cometido, todavía remoloneé un poco más. ¡Hacía una noche tan templada y serena y olían tan bien las flores a medida que empezaba a caer el relente! A poniente un residuo de resplandor prometía para mañana otro día magnífico, y la luna ascendía majestuosa y solemne por oriente. Estaba disfrutando de aquella contemplación con infantil deleite, cuando me dio por pensar algo que nunca hasta entonces había encontrado cabida en mi mente.

«¡Qué triste —me dije— debe de ser estar tumbada en la cama de una enfermería, cercada por el peligro de una muerte inmediata! ¡Qué espanto verse obligada a abandonar este mundo tan hermoso y ponerse en camino hacia sabe Dios dónde!».

Y por primera vez en la vida, mi mente se esforzó con toda serenidad para tratar de entender aquellas confusas nociones sobre el cielo y el infierno que le habían sido inculcadas y también por primera vez retrocedió como ante una trampa; porque, al mirar hacia atrás, de frente o a los lados, por todas partes veía una sima impenetrable. Solo era capaz de pisar firme en el presente: el resto era una niebla informe, una oquedad profunda, y toda mi inteligencia se estremecía ante la idea de tropezar y hundirse en aquel caos que la rodeaba.

Cuando más estaba sumida en aquellas cavilaciones, nuevas para mí, oí abrirse la puerta principal y vi salir al doctor Bates con una enfermera, que le acompañó y le ayudó a montar en el caballo. Una vez que el médico se fue y la enfermera estaba a punto de entrar otra vez en casa y cerrar la puerta, corrí hacia ella.

—¿Cómo está Helen Burns?

—Muy mal —me contestó.

—¿Es a ella a quien ha venido a ver el doctor Bates?

—A ella, sí. Dice que ya no la tendremos por mucho tiempo con nosotros.

Si hubiera escuchado aquella frase el día anterior, tal vez solo me habría transmitido la noción de que Helen estaba a punto de volver a su casa de Northumberland. No se me habría ocurrido atribuirle el significado de que mi amiga se estaba muriendo. Pero en cambio ahora lo entendí casi inmediatamente. Se abrió camino en mi pensamiento con toda

nitidez el aviso de que los días de permanencia en este mundo estaban contados para Helen Burns, y supe que estaba tomando rumbo hacia la región de los espíritus, caso de que existiera semejante lugar. Sentí un trallazo de horror seguido por una conmoción dolorosa y por el urgente deseo de verla. Y entonces pregunté en qué habitación estaba.

—En la de la señorita Temple —me contestó la enfermera.

—¿Puedo ir a verla y a hablar con ella?

—¡Qué cosas se te ocurren, niña! De ninguna manera. Lo que tienes que hacer es entrar, que ya son horas. Como te quedes más rato aquí, con el relente que está cayendo, te pones mala seguro.

La enfermera cerró la puerta principal y yo entré por una lateral que conducía al aula. Llegué por los pelos. Estaban dando las nueve y la señorita Miller llamaba a las alumnas para que se fueran a la cama.

No habrían pasado ni dos horas cuando a eso de las once, incapaz de conciliar el sueño y suponiendo, por el total silencio que me rodeaba, que mis compañeras estaban profundamente dormidas, me levanté furtivamente, me puse el uniforme encima del camisón y me escurrí del dormitorio descalza y de puntillas, decidida a buscar el cuarto de la señorita Temple. Se encontraba al otro extremo del edificio, pero yo sabía ir. Y además la luna estival, cuya luz despejada de nubes se colaba por las ventanas a mi paso por los corredores, se alió conmigo y me facilitó el propósito.

Un olor a alcanfor y vinagre quemado me avisó de que estaba acercándome a la enfermería, y apreté el paso, temerosa de que la enfermera de noche pudiera oírme, me descubriera y me obligara a desandar lo andado. Y eso no. Tenía que ver a Helen, despedirme de ella, abrazarla y recoger sus últimas palabras antes de que muriese.

Después de haber bajado unas escaleras, recorrido un tramo de aquella parte inferior y haber logrado abrir y cerrar dos puertas sin hacer ruido, me hallé ante otros cuantos escalones. Los subí. Y allí, coronándolos, estaba ante mis ojos la puerta que daba acceso al cuarto de la señorita Temple. Una luz se colaba por el ojo de la cerradura y por la rendija inferior de la puerta, todo en torno estaba penetrado por el mayor silencio. Al acercarme, pude comprobar que la puerta no estaba cerrada del todo,

seguramente para facilitar la ventilación de aquel ambiente cargado. Consciente de que el tiempo apremiaba y dominada por la impaciencia, con el alma atribulada y los sentidos en vilo, empujé la puerta y me asomé a mirar. Mis ojos buscaban a Helen con el terror de encontrarla muerta.

Cerca de la cama de la señorita Temple, y medio escondida por las blancas cortinas que la rodeaban, habían habilitado una yacija. Vi la silueta de un cuerpo bajo las mantas, pero el rostro, tapado por las cortinas, no se distinguía. La enfermera con la que hablé en el jardín se había quedado dormida en una butaca y una vela sin despabilar ardía con llama oscilante posada sobre la mesa. A la señorita Temple no se la veía por ninguna parte. Luego me enteré de que la habían llamado para atender a una chica que estaba delirando en la enfermería. Avancé y me detuve junto a la camita. Agarré la cortina, pero antes de descorrerla, prefería decir algo. Mi alma retrocedía aún ante el horror de toparse con un cadáver.

—Helen, ¿estás despierta? —pregunté bajito.

Se estremeció, descorrió la cortina ella misma y pude ver su rostro pálido y agotado, pero sereno. Al reconocer aquella expresión, que había cambiado tan poco, mis temores se disiparon de inmediato.

—¿De verdad eres tú, Jane? —preguntó con la dulzura de siempre.

«No se va a morir —me dije—, no puede ser, seguro que se han equivocado. Si estuviera a punto de morirse no podría hablar con esa serenidad ni se la notaría tan apacible».

Me senté en la cama y le di un beso. Tenía la frente fría, igual que las manos y las demacradas mejillas. Pero sonreía, y su sonrisa era la misma de antes.

—¿Por qué has venido, Jane? Son más de las once, hace un rato las he oído sonar en el reloj.

—He venido a verte, Helen. Oí decir que estabas muy enferma, y no me podía dormir sin hablar antes contigo.

—O sea, que has venido a despedirte. Menos mal que has llegado a tiempo.

—¿Te vas de viaje a algún sitio, Helen? ¿Te vas a tu casa?

—A mi casa, sí. A mi casa añorada, a mi último refugio.

—No digas eso, Helen —la interrumpí angustiada.

Guardé silencio y mientras me estaba esforzando por reprimir el llanto, un golpe de tos muy fuerte sacudió el cuerpo de Helen. Se quedó agotada, pero al cabo de un rato susurró:

—Jane, traes los piececitos descalzos; acuéstate conmigo y tápate con la manta.

La obedecí, me rodeó con sus brazos y yo me acurruqué contra ella. Al cabo de un largo silencio, volvió a hablarme con su dulce susurro.

—¿Sabes, Jane? Soy muy feliz. Y cuando te digan que me he muerto, quédate tranquila y no llores, porque no hay motivo. A todos nos tiene que tocar morirnos algún día, pero la enfermedad que se ha apoderado de mí no es dolorosa sino lenta y suave, y mi pensamiento reposa. No dejo aquí a nadie que me vaya a echar demasiado de menos. Solo tengo a mi padre, pero se ha casado hace poco y apenas notará mi falta. Además, muriendo joven, me evito muchas penas. Ni mi manera de ser ni mi inteligencia sirven para adaptarse a este mundo y abrirse camino en él. Me habría visto continuamente metida en atolladeros.

—¿Pero adónde vas, Helen? ¿Lo puedes ver? ¿Lo sabes?

—Claro. Me voy con Dios. Lo creo, tengo fe.

—¿Pero Dios dónde está? ¿Qué significa Dios?

—Es mi creador y el tuyo. Y nunca destruirá lo que ha creado. Yo me abandono incondicionalmente en sus manos y confío sin trabas en su bondad. Cuento las horas que faltan hasta que llegue aquella bienaventurada que ha de devolverme a Él y revelarme su presencia.

—Entonces, Helen, ¿estás segura de que existe ese sitio llamado cielo y de que puede dar albergue a nuestras almas cuando nos muramos?

—Creo que ese reino existe y nos espera. Creo que Dios es bueno y le entrego sin recelo alguno mi mitad inmortal. Es mi padre y mi amigo. Le quiero, y creo que también él me quiere.

—Pero bueno, Helen, ¿yo te volveré a ver cuando me muera?

—Claro, Jane, no lo dudes. Vendrás a vivir a la misma región de bienaventuranza y serás recibida por el mismo padre cuyo poder todo lo abarca.

Volví a insistir en las preguntas planteadas, pero ahora ya para mi fuero interno. «¿Dónde está esa región? ¿Existe de verdad?». Y me

abrazaba estrechamente contra el cuerpo de Helen, y la quería más que nunca. Sentía que no podía dejarla irse y hundía mi cara en su cuello.

—¡Qué a gusto estoy! —dijo ella dulcemente, al cabo de un rato—. Este último golpe de tos me ha fatigado un poco, y creo que me voy a dormir. Pero no te vayas, Jane. Me gusta tenerte cerca.

—No me voy, querida Helen. Me quedo contigo, nadie será capaz de arrancarme de aquí.

—¿Estás bien arropada, verdad?

—Sí, muy bien.

—Pues buenas noches, Jane.

—Buenas noches, Helen.

Nos dimos un beso y enseguida caímos dormidas las dos.

Cuando abrí los ojos era de día, y me di cuenta de que una actividad inusitada bullía alrededor mío. Era eso lo que me había despertado. Alcé la vista y alguien me estaba cogiendo en brazos. Era la enfermera, y enseguida me llevaba por los pasillos, de vuelta al dormitorio. Nadie me riñó por haber abandonado mi cama; tenían algo más importante en que ocuparse. Ninguna explicación vino a ofrecérseme de momento para saciar mis numerosas preguntas. Pero dos días más tarde me enteré de que la señorita Temple, cuando volvió a su cuarto al amanecer, me había encontrado acostada junto a Helen Burns, con la cara apoyada en su hombro y los brazos alrededor de su cuello. Yo estaba dormida. Y Helen muerta.

Ahora está enterrada en el cementerio de Brocklehurst. Durante quince años después de su muerte, solo un montón de hierba cubrió su tumba. Ahora el lugar está señalado por una lápida de mármol gris. No lleva más inscripción que su nombre. Y debajo una sola palabra: *Resurgam*.

Capítulo X

Hasta aquí he relatado con todo detalle los acontecimientos de mi anodina existencia. He dedicado a los primeros diez años de ella casi el mismo número de capítulos. Pero no se trata de escribir una biografía metódica, solo pretendo invocar a la memoria cuando crea que sus respuestas van a tener un mínimo de interés. Por eso ahora voy a sobrevolar casi en silencio un espacio de ocho años; con unas pocas líneas habrá bastante para establecer la conexión y no perder el hilo.

Una vez cumplida su misión devastadora, el tifus fue desapareciendo gradualmente de Lowood, pero no tanto como para que su virulencia y el número de víctimas dejaran de llamar la atención pública hacia aquella escuela. Se investigó el origen de la epidemia y poco a poco salieron a relucir detalles que escandalizaron e indignaron a la gente. La naturaleza insalubre del lugar, la precariedad y las malas condiciones de la comida, el agua fétida y salobre con que se condimentaba, las deficiencias en la ropa y el alojamiento de las alumnas, todo se destapó. Y aquel descubrimiento, si bien acarreó un mortificante desprestigio para el señor Brocklehurst, para la institución misma tuvo consecuencias muy beneficiosas.

Diversos individuos ricos y caritativos del condado aportaron donaciones para que se construyera un edifico mejor acondicionado y se variaron muchas normas del viejo reglamento, se mejoraron el vestuario y el régimen de comidas, y un comité de gestión se encargó de administrar los fondos. El señor Brocklehurst, a quien no se podía apartar de la institución dada su posición social y su riqueza, siguió ostentando el cargo de tesorero, pero frenado y ayudado en el desempeño de sus funciones por

otros caballeros de mentalidad más abierta y mayor amplitud de miras. También en su labor de inspección venía a ser respaldado por personas capaces de combinar la lógica con el rigor, el bienestar con la economía y la compasión con la severidad. El colegio, pues, a partir de estas mejoras se fue convirtiendo con el paso del tiempo en una digna institución de verdadera utilidad. Yo seguí interna en ella otros ocho años después de la reforma, seis todavía como alumna y dos ya como profesora. Y tanto en un aspecto como en otro puedo atestiguar la importancia y valía que tuvo para mí.

A lo largo de esos ocho años mi vida transcurrió uniforme; pero no me sentía desgraciada porque nunca me mantuve ociosa. Contaba con muchos medios a mi alcance para adquirir una esmerada educación, y me animó a aprovecharlos tanto el entusiasmo que me despertaban algunas asignaturas como el afán por destacar en todas ellas. Esto sin contar con el placer que me proporcionaba darles gusto a mis profesoras, especialmente a aquellas por quienes sentía predilección. Total, que no desperdicié ninguno de los privilegios que se me brindaron. Andando el tiempo llegué a ser la primera de la clase y luego me convertí en profesora. Fue un cargo que desempeñé con todo celo durante dos años. Al cabo de ellos, las cosas cambiaron.

A lo largo de toda esta evolución, la señorita Temple siguió siendo directora del colegio, y a sus enseñanzas debo la parte más sólida de mi bagaje mental. Su amistad y compañía me sirvieron continuamente de solaz, y a los papeles de madre y maestra que desempeñó se unió el de colega en la etapa final. Una etapa breve, porque ella poco después se casó con un clérigo, tan excelente persona como digno de tal esposa, y se fueron a vivir a un condado lejano. Ese fue el final, no volví a saber nada de ellos.

Desde el día en que perdí a la señorita Temple, ya no pude seguir siendo la misma. Con ella se desvaneció mi sensación de arraigo y aquella identificación que hasta cierto punto identificaba para mí a Lowood con un hogar. Me había contagiado algo de su carácter y muchas de sus costumbres. Pensamientos más armoniosos y sentimientos menos exaltados se hospedaron en mi cabeza. Había jurado fidelidad al orden y al deber, estaba tranquila y me consideraba feliz. Ante los ojos de los demás,

y muchas veces también ante los míos, aparecía como una persona de carácter sumiso y atenido a disciplina.

Pero entre la señorita Temple y yo se interpuso el destino bajo la forma del reverendo señor Nasmyth. Los vi subir a un coche de posta poco después de su boda. Iban vestidos con ropa de viaje, y yo me quedé mirando cómo el coche remontaba una colina y luego desaparecía cuesta abajo. Me retiré a mi cuarto, y allí consumí en soledad el medio día de fiesta que nos habían concedido para festejar el acontecimiento.

Me pasé casi todo el tiempo paseando entre aquellas cuatro paredes. Ya solo podía imaginarme a mí misma obsesionada por aquella pérdida y dándole vueltas al modo de subsanarla. Pero cuando, después de mucho pensar, me di cuenta de cómo había desperdiciado la tarde y de que ya había entrado la noche, otro hallazgo alboreó sobre mí: supe que en aquel rato había sufrido un proceso de transformación, que mi mente estaba desprendiéndose de cuanto tomó en préstamo de la señorita Temple, o mejor dicho que ella se había llevado al marcharse la serena atmósfera que respiré junto a ella, que ahora yo volvía a moverme en mi elemento natural, y que empezaba a sentir la agitación de olvidadas emociones. No me parecía que me hubieran quitado un puntal, sino más bien un motivo. No era la capacidad de sosiego lo que me fallaba, sino haber perdido las razones para seguir cultivando ese sosiego. Mi mundo durante muchos años se había reducido a Lowood; mi experiencia no iba más allá de sus reglas y normas. Y de pronto me acordé de lo ancho que era el mundo, y del abanico de esperanzas y miedos, de sensaciones y aventuras que aguardaban a quien tuviera el coraje de lanzarse a su espesura, desafiando peligros, en busca de vida y conocimientos verdaderos.

Me acerqué a la ventana, la abrí y me asomé a mirar. Allí seguían las dos alas del edificio, allí estaba el jardín y los límites de Lowood, y más allá el horizonte montañoso.

Mis ojos pasaron por encima de todo aquello para quedar descansando en lo más remoto: las colinas azules. Me moría de ganas de coronar su cima; sentí que eran las fronteras de mi destierro, y cimiento de una cárcel, todo lo que quedaba dentro de aquel cerco de rocas y brezo. Escudriñé el blanco camino que, desde la base de una montaña, subía

serpenteando hasta desaparecer en un desfiladero. ¡Cómo anhelaba seguirlo y llegar más allá! Me acordé de cuando vine en coche al colegio por ese mismo camino y de cómo emprendimos la bajada hacia el valle a la hora del ocaso. Me pareció que había transcurrido un siglo desde que pisé Lowood. Y nunca había vuelto a salir de allí. Las vacaciones las pasaba siempre en el colegio, ni la señora Reed ni nadie de su familia me invitaron a Gateshead ni vinieron siquiera a visitarme. Ni por carta ni de palabra había tenido contacto alguno con el mundo exterior; todo mi conocimiento de la vida me llegó a través de las normas del colegio, los deberes del colegio, las costumbres, nociones, voces, rostros, frases, ropas, preferencias y antipatías del colegio. Y de pronto ya no me bastaba con eso. En una sola tarde aborrecí la rutina de ocho años. Estaba ansiosa de libertad, rabiaba por conseguirla y se me ocurrió pedirla rezando, pero parecía huir deshilachada en brazos del suave viento. Desistí y formulé una súplica más modesta, simplemente un cambio, un estímulo. Pero noté que también esa petición se desvanecía en el espacio sin dejar huella.

—¡Entonces —grité, ya entregada casi del todo a la desesperación— concededme al menos una nueva servidumbre!

En aquel momento sonó la campana que avisaba la hora de la cena.

No pude verme libre para reanudar el hilo roto de mis cavilaciones hasta que me metí en la cama. Pero incluso entonces una profesora que compartía el cuarto conmigo obstaculizó con su incoherente y profusa conversación el regreso a aquel tema que tanto interés tenía en repescar. No veía el momento en que el sueño la hiciera enmudecer. Tenía la impresión de que si fuera capaz de ahondar en aquellas ideas que colmaron mi pensamiento cuando me puse a mirar por la ventana, alguna sugerencia original brotaría para venir en mi auxilio.

Por fin escuché los ronquidos de la señorita Gryce. Era una mujer gruesa, oriunda de Gales, y hasta esa noche sus habituales contratiempos respiratorios no habían significado para mí otra cosa que una molestia, pero en aquel momento saludé con entusiasmo el incipiente murmullo de notas graves. Estaba libre de interferencias e inmediatamente resucitaron mis cavilaciones, solo borradas a medias.

«¡Una nueva servidumbre! ¡La cosa tiene miga! —exclamé (para mis adentros, claro, porque no hablaba en voz alta)—. Y sé que tiene miga precisamente porque no suena a dulzura ilusoria. No es una palabra como Libertad, Estímulo o Placer, cuyos ecos sumen en la delicia, aunque para mí son tan vacíos y fugaces que atender a ellos supone una pérdida de tiempo. ¡Pero en cambio Servidumbre! Eso es algo de fuste. Capaces de servir lo somos todos; yo he servido aquí ocho años, ahora no pretendo más que irme a servir a otro sitio. ¿Podré conseguirlo a base de voluntad? ¿Es algo factible? Pues sí, claro que sí, no se trata de un objetivo tan difícil. Solo hace falta la energía mental suficiente para ponerse a rastrear los medios adecuados».

Me incorporé en la cama con el propósito de despertar dicha energía mental. Era una noche fresca. Me abrigué los hombros con un chal y me puse a pensar otra vez lo más intensamente posible.

«¿Qué es lo que quiero? Un puesto nuevo, en una casa nueva, rodeada de caras nuevas, y bajo nuevas circunstancias. Y quiero eso porque no lleva a ninguna parte alimentar el deseo de algo mejor. ¿Y qué hace la gente para conseguir un puesto nuevo? Pues supongo que acuden a sus amigos, pero yo no tengo amigos. Habrá otros que tampoco los tengan, y no les quedará más remedio que arreglárselas por sí mismos y ser ellos sus propios valedores. ¿De qué recursos echarán mano?».

No podía saberlo, ni nada contestaba a mi pregunta. Así que le ordené a mi cerebro que buscara la respuesta y que lo hiciera lo antes posible. Se puso a trabajar cada vez más aprisa. Sentía el latido de la sangre en la cabeza y en las sienes, pero casi durante una hora aquellas fatigas por roturar el caos no dieron resultado alguno. Enfebrecida por tan vanos sudores, me levanté y me puse a dar vueltas por la habitación; descorrí la cortina, y descubrí en el cielo una o dos estrellas. Pero tiritaba de frío, así que volví a meterme en la cama.

Un hada bondadosa, aprovechando mi ausencia, debía de haber dejado caer sobre la almohada aquella sugerencia tan perseguida por mi mente, porque acudió a ella bajo la fórmula más natural y simple en cuanto me tumbé:

«Los que buscan empleo, ponen un anuncio. Tienes que poner un anuncio en el *Herald* de este condado».

«¿Pero cómo se hace? Yo de anuncios no sé nada».

La respuesta brotó ahora inmediata y fluida.

«Tienes que enviar el texto del anuncio y el dinero que cuesta, ponerlo dentro de un sobre dirigido al director del *Herald* y, en cuanto tengas ocasión, vas a Lowton y lo echas al buzón. La respuesta que la dirijan a J. E., Estafeta de Correos, y ya está. Una semana después de echar la carta vuelves a Lowton para enterarte de si hay contestación. Y según lo que te contesten, obras en consecuencia».

Rumié aquel plan otra vez, otras dos, otras tres, hasta que me quedó grabado en la cabeza. Cuando ya lo tenía bien claro, la satisfacción me invadió y caí dormida.

Me levanté con el alba. Antes de que sonara la campana para que nos despertáramos, ya tenía yo el anuncio redactado, metido en un sobre y con las señas puestas. Decía así:

> Una joven con experiencia en la enseñanza busca un puesto de institutriz en una familia con hijos menores de catorce años. Está preparada para impartir los rudimentos de la educación inglesa y también es profesora de música, francés y dibujo. Dirigirse a J. E., Estafeta de Correos, Lowton, condado de…

Llevaba dos años de profesora en Brocklehurst, ¿no era eso tener experiencia? En cuanto a la edad de mis futuros alumnos, teniendo como yo tenía apenas dieciocho años, me pareció mejor no emprender la tutoría de chicos cuya edad se acercara mucho a la mía. Y en cuanto a mis conocimientos, lector, hay que pensar en que la lista de los que exhibía era más que suficiente para aquel entonces.

Aquel documento se quedó todo el día guardado bajo llave en mi cajón. Después del té, le pedí permiso a la nueva directora para llegarme hasta Lowton alegando que tenía que llevar a cabo unos encargos para mí y un par de compañeras. El permiso me fue concedido inmediatamente y con la misma presteza salí del colegio. Lowood quedaba a unas dos millas

y la tarde estaba húmeda; pero los días eran todavía largos. Entré en un par de tiendas, eché la carta al buzón y volví bajo una lluvia intensa, con la ropa calada pero el corazón ingrávido.

La semana siguiente se me hizo muy larga, pero al fin concluyó, como todas las cosas que duermen bajo la luna. Y allí me tenéis otra vez en las postrimerías de un día otoñal, recorriendo a pie el camino hacia Lowood, que era muy pintoresco, por cierto. Bordeaba el arroyo y se adentraba en el valle a través de amenas revueltas. Pero aquel día iba yo más pendiente de las cartas que pudieran estar esperándome en el pueblo al que me dirigía que dispuesta a apreciar los encantos del arroyo y las praderas.

El presunto motivo de aquella excursión era el de encargarme unos zapatos a la medida, así que empecé por atender a ese asunto, y en cuanto lo tuve resuelto, crucé a buen paso la pacífica y limpia callecita que llevaba desde la zapatería hasta la oficina de correos. Detrás del mostrador había una señora ya mayor con gafas y mitones negros.

—¿Hay alguna carta para J. E.? —pregunté.

Me escudriñó por encima de sus gafas, y luego abrió un cajón en cuyo contenido estuvo hurgando un buen rato, tan largo que mis esperanzas empezaron a desfallecer. Por último sacó un documento y lo examinó unos minutos, tras lo cual me lo dejó encima del mostrador acompañando su gesto de otra mirada inquisitiva y suspicaz. Era para J. E.

—¿No hay más que esta? —pregunté.

—No hay más, solo esta.

Me la metí en el bolsillo y emprendí el regreso a casa. No pude abrirla enseguida, porque según las normas del colegio había que volver a las ocho y eran más de las siete y media.

A la llegada me esperaban varias tareas. Tuve que vigilar a las alumnas durante su hora de estudio, luego llegó el turno de la lectura de oraciones y de acompañar a las chicas a la cama. Inmediatamente después me tocó cenar con las compañeras. Y cuando por fin me retiré a dormir, la inevitable señorita Gryce seguía haciéndome compañía. No quedaba más que un exiguo cabo de vela y tenía miedo de que se agotara en la palmatoria y nos dejara a oscuras antes de que ella acabara de hablar. Pero gracias al cielo la cena pesada que ingirió había obrado en ella efectos

soporíferos y, antes de que yo acabara de desnudarme, ya estaba roncando. Quedaba aún una pulgada de vela; saqué la carta y vi que el sobre llevaba una F. sellada en el lacre. Lo abrí. El contenido de la misiva era breve:

> Si J. E., que se anunciaba el jueves pasado en el *Herald*, está capacitada para la enseñanza, como dice, y puede acompañar los pertinentes informes sobre su conducta y aptitudes, se le ofrece un puesto de institutriz para una sola alumna, una niña de casi diez años, y un sueldo de treinta libras anuales. Se ruega a J. E. que envíe sus informes con el nombre completo, la dirección y demás datos a: Señora Fairfax, Thornfield, junto a Millcote, condado de…

Me quedé un rato examinando aquel documento. La letra era algo temblorosa y pasada de moda, como la de la gente mayor. Este detalle me gustó. Al haber tomado por mi cuenta y sin consejo aquella decisión, me invadía el secreto temor de correr riesgos o de meterme en líos. Y lo que yo deseaba por encima de todo era presentar, como resultado de mis esfuerzos, una imagen respetable y adecuada, *en règle*. Y tenía la corazonada de que una señora mayor no era mal ingrediente para el asunto que me traía entre manos. ¡La señora Fairfax! Me la imaginaba vestida de negro y con velo de viuda, tal vez algo distante pero bien educada: un modelo de la respetabilidad inglesa de toda la vida. Y seguro que Thornfield, que sin duda era el nombre de su casa, sería un lugar primoroso y ordenado, aunque la imaginación no me alcanzaba para dibujar un plano de la finca. Millcote, condado de… Repasé mis nociones de geografía inglesa y en el mapa encontré el pueblo y el condado. Estaban setenta millas más cerca de Londres que el perdido rincón donde yo residía, y eso ya era para mí un aliciente. ¡Qué ganas de ir a sitios bulliciosos de vida y animación! Millcote era una ciudad industrial bastante grande situada a orillas del río A., sin duda llena de gente activa y atareada. Al menos sería un cambio completo de perspectiva, así que tanto mejor. No quiere decir esto que mi fantasía se sintiera arrebatada ante la imagen de altas chimeneas y nubes de humo, pero me dije que seguramente Thornfield estaría apartado de la ciudad.

En ese momento se consumió la vela y me quedé a oscuras.

Al día siguiente tuve que emprender nuevas diligencias. Ya no podía seguir guardando en secreto mis planes, tenía que notificarlos si quería que llegaran a buen puerto. Pedí audiencia a la directora y me recibió durante el recreo de mediodía. Le conté que había echado la instancia para un nuevo trabajo y que había sido admitida con un sueldo doble del que me pagaban allí. (En Lowood percibía solamente quince libras al año). Le rogué que transmitiera mi decisión al señor Brocklehurst o a otros miembros del comité, y se enterara de si podía mencionar sus nombres como posibles informantes de mi conducta. Consintió de buen grado en hacer de mediadora, y al día siguiente expuso el asunto ante el señor Brocklehurst, quien adujo como condición informar a la señora Reed, ya que ella seguía siendo mi tutora. Se le mandó por tanto una nota a esta señora, quien contestó diciendo que «por ella podía hacer lo que me diera la gana, que ya había optado desde hacía muchos años por desentenderse de mis asuntos». Esta respuesta pasó al comité y, tras una demora que se me hizo pesadísima, se me concedió formalmente permiso para mejorar mi situación si podía hacerlo. Se adjuntaba la promesa de enviarme enseguida un certificado de buena conducta que firmarían los inspectores de la institución, ya que en Lowood me había portado bien tanto siendo alumna como profesora.

Recibí este certificado al cabo de un mes y le envié una copia a la señora Fairfax, la cual contestó dándose por satisfecha. En su carta me daba un plazo de quince días para que me incorporara a mi nuevo trabajo de institutriz.

Me entregué de lleno a los preparativos y aquellos quince días se me fueron en un soplo. No tenía mucha ropa, aunque sí la suficiente para mis necesidades, así que para hacer el equipaje me bastó con un día, el último. El baúl era el mismo que traje de Gateshead ocho años antes.

Quedó atado el baúl con sus correspondientes cordeles y una etiqueta pegada con mi nombre, media hora antes de que un mensajero viniera a recogerlo para llevarlo a Lowton, hacia donde yo misma saldría a la mañana siguiente muy temprano para coger el coche. Había cepillado mi vestido de viaje de paño negro y tenía preparados el sombrero, los guantes

y el manguito. Rebusqué por todos los cajones para ver si me olvidaba algo y, como no tenía otra cosa que hacer, me senté y procuré vivir la espera en paz. ¡Vano empeño! A pesar de haberme pasado todo el día de pie, estaba tan nerviosa que no paraba quieta ni un instante. Aquella noche se clausuraba una etapa de mi vida y a la mañana siguiente se iniciaba otra. Y en el intermedio, ¿cómo iba a dar ni una cabezada? Tenía que estar alerta, espiar febrilmente la llegada del cambio.

—Señorita —me dijo una criada que se cruzó conmigo en el pasillo por donde erraba cual alma en pena—. Hay abajo una persona que pregunta por usted.

Pensé que seguramente sería el mensajero y me precipité escaleras abajo sin preguntar más. Cuando me encaminaba a la cocina, pasé por el cuarto de estar de las profesoras, y vi que la puerta entreabierta era empujada por alguien que salió corriendo hacia mí.

—¡Es ella, estoy segura! La habría reconocido donde quiera que la encontrase —exclamó aquella persona, que interrumpía ahora mi camino y cogía una de mis manos.

La miré. Vi a una mujer con ropas de criada en día de fiesta, con cierto aire de matrona, pero joven aún. Era guapa, de pelo y ojos negros, viva y espontánea.

—Bueno, a ver, ¿quién soy? —me preguntó con una voz y una sonrisa que reconocí a medias—. No irá a decirme que me ha olvidado, ¿verdad, señorita Jane?

Enseguida la besé y abracé con arrobo.

—¡Bessie, Bessie! —era todo lo que podía decir.

Y ella lloraba y reía al mismo tiempo. Entramos juntas en el cuarto de estar, y allí, junto a la chimenea, había un niño como de tres años con pantalón y chaqueta a cuadros.

—Es mi hijo —dijo Bessie—. Se llama Bobby.

—¿Cómo? ¿Te casaste?

—Sí, hará cinco años, con Robert Leaven, el cochero. Y además de este tengo otra niñita a la que he puesto de nombre Jane.

—¿Y ya no vives en Gateshead?

—Sí, vivimos en la portería. El portero de antes se fue.

—Bueno, ¿y qué ha sido de los demás? Cuéntame cosas de ellos, Bessie. Pero antes de nada, mujer, siéntate. Y tú, Bobby, ven aquí, ¿quieres sentarte en mis rodillas?

Pero no quería, prefirió acurrucarse contra su madre.

—No parece que haya usted engordado ni crecido mucho, señorita Jane —continuó la señora Leaven—. Mucho me temo que en este colegio no le hayan dado demasiado bien de comer. La señorita Eliza Reed le saca la cabeza y en el cuerpo de Georgiana caben dos como usted.

—Supongo que Georgiana seguirá tan guapa como siempre, ¿no, Bessie?

—Sí, muy guapa. El invierno pasado estuvo en Londres con su madre y allí llamó mucho la atención. Se enamoró de ella un joven lord, pero la familia se opuso a la boda; y ellos, pásmese, se pusieron de acuerdo para huir juntos, lo que pasa es que los encontraron y los detuvieron. Fue la otra señorita Reed quien los descubrió, yo creo que estaba celosa. Ahora ella y su hermana se llevan como el perro y el gato, se pasan el día riñendo.

—¿Y qué me cuentas de John Reed?

—Pues nada bueno, a su madre la ha decepcionado. Estuvo en la Universidad pero le dieron calabazas (creo que se dice así). Luego sus tíos querían que estudiase leyes y abriera un bufete de abogados, pero es un chico de vida tan disipada que no van a hacer carrera de él, creo yo.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es altísimo y para el gusto de algunos resulta atractivo, pero no sé, con esos labios tan gordos…

—¿Y la señora Reed?

—Está fuerte y se conserva bien de salud, pero creo que de cabeza no tanto. Anda preocupada por el hijo, no le gusta la vida que lleva, siempre derrochando dinero.

—¿Es ella la que te ha mandado venir aquí, Bessie?

—De ninguna manera, yo ya hace mucho que tenía unas ganas enormes de verla, señorita, y cuando me enteré de que se marcha usted a un sitio más lejos, porque llegó una carta donde lo decía, decidí venir a verla antes de que me fuera más difícil darle alcance.

—Creo, Bessie, que te he decepcionado, ¿verdad?

Se lo dije sonriendo. Me había dado cuenta, por su manera de mirarme, de que le inspiraba estima, pero ninguna admiración.

—No, señorita Jane, se equivoca. Se ha convertido en una señora y la encuentro mucho más elegante de lo que esperaba, porque de pequeña, la verdad, no era usted ninguna belleza.

La franqueza de aquella respuesta me hizo sonreír; comprendí que era justa, aunque no me dejó indiferente. A los dieciocho años todos aspiramos a gustar, y el dictamen de que nuestro aspecto físico no secunda tal deseo aporta cualquier cosa menos deleite.

—Pero estoy segura de que es usted muy inteligente —añadió Bessie como premio de consolación—. ¿Qué sabe hacer? ¿Ha aprendido a tocar el piano?

—Un poquito.

Bessie se dirigió a uno que había en la sala, abrió la tapa y me invitó a sentarme. Toqué dos valses y se quedó maravillada.

—¡Las señoritas Reed no tocan ni la mitad de bien! —exclamó alborozada—. Siempre dije que usted las superaría en cualquier cosa que aprendiera. ¿Sabe usted dibujar?

—Ese cuadro que está encima de la chimenea es mío.

Era una acuarela que representaba un paisaje. Se la había regalado a la directora como agradecimiento por sus buenos oficios al recomendar mi caso ante el comité, y ella la había barnizado y puesto en un marco.

—¡Qué preciosidad, señorita Jane! Ni al profesor de pintura de las hermanas Reed le podía salir mejor, y eso por no hablar de lo que hacen ellas, que no tiene ni punto de comparación. ¿Y ha aprendido también francés?

—Sí, Bessie. Lo puedo leer y hablar con soltura.

—¿Y de labores? ¿Sabe coser y bordar en bastidor?

—Sí, claro.

—¡Qué maravilla de señorita está usted hecha! Sabía que sería así, que saldría usted adelante con el apoyo de sus parientes o sin él. Por cierto, quería preguntarle una cosa. ¿De su familia paterna, de los Eyre, ha tenido alguna noticia?

—No, nunca en mi vida.

—Bueno, ya sabe que la señora siempre nos hizo creer que eran pobres y ruines. Pobres puede que lo sean, pero desde luego tan señores como los Reed o más. Y lo digo porque un día, hará siete años, llegó a Gateshead un tal señor Eyre preguntando por usted. La señora Reed le dijo que estaba usted interna en un colegio a cincuenta millas de distancia. Se le notó muy contrariado porque no tenía tiempo de ir a verla. Se marchaba al extranjero, ¿sabe?, en un barco que salía de Londres al día siguiente o al otro. Me pareció un perfecto caballero, y creo que era hermano de su padre.

—¿Y a qué país se iba, Bessie?

—A una isla muy lejos, a miles de millas, donde hacen un vino muy bueno, me lo contó el mayordomo.

—¿Madeira? —sugerí.

—¡Eso mismo! Esa palabra fue la que dijo.

—¿Así que se marchó?

—Sí, en casa no estaría ni diez minutos; la señora Reed le trató con mucha altanería, y luego dijo que era «un vil mercachifle». Mi Robert cree que es un comerciante de vinos.

—Probablemente —contesté—, o tal vez clérigo o viajante de comercio.

Todavía una hora más nos quedamos charlando Bessie y yo, recordando los viejos tiempos. Pero luego tuvimos que despedirnos. A la mañana siguiente volví a encontrármela un momento en Lowton, cuando estábamos esperando nuestras respectivas diligencias. Nos separamos definitivamente a la puerta de la posada de Brocklehurst Arms. Cada una tomaba un camino distinto; ella hacia las colinas de Lowood para hacer transbordo con el coche que había de devolverla a Gateshead. Yo, montada en otro, iniciando la ruta que me conduciría hacia una vida y unas obligaciones nuevas, en las desconocidas afueras de Millcote.

Capítulo XI

Un nuevo capítulo de novela es algo así como el cambio de decorado en una obra de teatro. Y en este momento, cuando vuelvo a levantar el telón, lo que tienes que imaginar, lector, como presente ante tus ojos, es una habitación de la hostería George Inn de Millcote, con el típico empapelado de figuras grandes que suele recubrir las paredes de estas posadas, y también la misma alfombra, los mismos muebles y adornos sobre la repisa de la chimenea, los mismos o parecidos grabados. No podía faltar un retrato de Jorge II, otro del príncipe de Gales y otro representando la muerte del general Wolfe. Todo esto puedes verlo a la luz de la lámpara que cuelga del techo suplementada por la de un estupendo fuego, junto al cual estoy sentada yo con mi capa y mi sombrero puestos. El manguito y el paraguas los he dejado encima de la mesa; lo que necesito ahora es calor para reponerme del entumecimiento y el frío, tras dieciséis horas expuesta a la crudeza de un día de octubre. Salí de Lowton a las cuatro de la madrugada y ahora un reloj acaba de dar las ocho.

Pero aunque me veas cómodamente sentada, no pienses, lector, que tengo el alma en reposo. Cuando la diligencia se paró aquí, estaba convencida de que habría alguien esperándome. Bajé los peldaños de madera que pusieron para facilitarme el descenso, y miraba ansiosamente a mi alrededor atenta a que alguien pronunciara mi nombre o a descubrir cualquier vehículo parado allí para llevarme a Thornfield. Pero no vi ninguno, y cuando le pregunté a un mozo de la posada que si alguien había entrado allí buscando a Jane Eyre, me contestó que no. Así que no tuve más remedio que pedirle que me dejara descansar un rato, y me trajo a este

cuarto donde ahora me veis a la espera, mientras toda clase de incertidumbres y temores alborotan mi pensamiento.

Para una joven inexperta es un trago sentirse completamente a la deriva, notar que le han cercenado cualquier ligadura con el mundo, sin saber si alcanzará a tocar el puerto adonde se dirigía y trabada por tantos obstáculos para volver al lugar que abandonó. El hechizo de la aventura dulcifica un poco la sensación, y la brasa del orgullo la calienta, pero los latidos del miedo la perturban. Y aquel miedo llegó a hacerse predominante cuando me di cuenta de que había pasado media hora y seguía allí sola. Recapacité sobre mi situación y toqué la campanilla.

—¿Está muy lejos de aquí un sitio que se llama Thornfield? —le pregunté al mozo que vino a atenderme.

—¿Thornfield? No lo sé, señora. Preguntaré en la taberna.

Desapareció, pero tardó poco en volver.

—¿Se apellida usted Eyre, señorita?

—Sí.

—Pues hay una persona que pregunta por usted.

Me levanté de un salto, agarré el paraguas y el manguito y salí casi corriendo por el pasillo. Un hombre estaba de pie junto a la puerta abierta de la posada, y afuera, a la luz de una farola de la calle, vislumbré un vehículo con caballo de tiro. El hombre, al verme llegar, señaló mi baúl que estaba en la entrada.

—Supongo que este será su equipaje —dijo de un modo más bien brusco.

—Sí.

Lo cargó en el coche, una especie de carreta, y luego subí yo. Antes de que cerrara la puerta, le pregunté si Thornfield quedaba muy lejos.

—A unas seis millas.

—¿Y cuánto se tarda en llegar?

—Puede que hora y media.

Cerró la puerta, se encaramó al pescante y nos pusimos en marcha. Íbamos muy despacio, así que me dio tiempo de sobra para meditar. Estaba contenta de ver acercarse definitivamente el fin de mi viaje; así que me

recosté en el asiento no muy elegante pero bastante cómodo y me entregué placenteramente a la rumia de mis cavilaciones.

«A juzgar por la sencillez del coche y del criado —iba pensando— la señora Fairfax no creo que sea una persona muy brillante, pero mejor así. No he vivido con gente fina más que una vez y me hicieron desgraciada. Además de la niña, ¿tendrá más familia la señora Fairfax? Si no es así, a poco simpática que sea conmigo, seguro que nos llevaremos bien; yo voy a poner todo de mi parte para conseguirlo. Lástima que no siempre encuentre cumplida respuesta el hecho de poner una todo de su parte. La verdad es que en Lowood lo decidí, me empeñé y logré ser querida; pero recuerdo que en casa de la señora Reed todos los esfuerzos por dar lo mejor de mí misma se estrellaron contra una barrera de desdén. Le pido a Dios que esta señora Fairfax no resulte ser una segunda edición de aquella otra. Pero además, si fuera así, no tengo por qué aguantarla. En el peor de los casos, pongo otro anuncio y se acabó. ¿Cuánto camino habremos recorrido ya?».

Bajé la ventanilla y me asomé. Habíamos dejado atrás Millcote que, a juzgar por sus múltiples luces, parecía una ciudad grande, muchísimo mayor que Lowton. Ahora atravesábamos una especie de dehesa comunal; pero había viviendas diseminadas acá y acullá por toda la zona. Me dio la impresión de haberme trasladado a un lugar más poblado que Lowood, aunque menos pintoresco, más industrioso pero no tan romántico.

Había mucha niebla y el camino estaba lleno de baches. El conductor dejó todo el tiempo que el caballo fuera al paso, así que la hora y media se iba dilatando, yo creo realmente que llegó a convertirse en dos. Al final, en un determinado momento, volvió la cabeza y dijo:

—Ahora ya no estamos lejos de Thornfield.

Me asomé de nuevo; acabábamos de dejar atrás una iglesia de torre baja y sólida recortada contra el cielo, y oí sonar un cuarto en su reloj. Vi también una estrecha galaxia de luces al pie de una colina indicando la existencia de un pueblo o villorrio. Unos diez minutos después, el cochero se apeó del pescante y abrió las dos hojas de una verja, que se volvieron a cerrar a nuestras espaldas cuando entramos. Ahora estábamos subiendo muy despacio una avenida en cuesta y al culminarla apareció, apaisada y

extensa, la fachada de una casa. Tras los visillos de un mirador se percibía el resplandor de una vela, el resto estaba en sombras. El coche se detuvo ante la puerta principal y una doncella vino a abrir. Me apeé y entré en la casa.

—Sígame por aquí, señora, si hace el favor —dijo la doncella.

Y la seguí a través de un vestíbulo cuadrangular al que daban varias puertas altas. Me precedió hasta una habitación iluminada no solo por velas sino también por el fuego de la chimenea, y mis ojos, al principio, acostumbrados a la oscuridad durante dos horas, parpadearon ante tanta luz. Sin embargo cuando se me pasó aquel breve deslumbramiento, la escena que se presentó ante mi vista me pareció acogedora.

Había entrado en una habitación pequeña y confortable. Junto al fuego chisporroteante había una mesa redonda junto a la cual, sentada en un sillón antiguo y de respaldo alto, vi a la señora más pulcra que quepa imaginar. Era bajita y entrada en años, iba vestida de negro con velo de viuda y llevaba un delantal inmaculado de muselina blanca. Era exactamente así como me había imaginado a la señora Fairfax, aunque la que estaba viendo era menos imponente y más apacible. Estaba haciendo punto; un gato grande y muy formal estaba acostado a sus pies; no faltaba detalle para completar el cuadro ideal del bienestar doméstico. También sería difícil concebir una acogida más tranquilizadora para alguien que se estrena como institutriz. El aposento no abrumaba por pretencioso ni inhibía por magnífico. En cuanto entré, la señora se levantó y vino a mi encuentro diligente y amable.

—¿Cómo está usted, querida? Me temo que se le haya hecho largo y aburrido el viaje con John. ¡Va tan despacio! Pero tendrá usted frío, arrímese al fuego.

—Supongo —dije— que será usted la señora Fairfax.

—La misma; pero siéntese.

Me invitó a ocupar el sillón que ella había dejado, y se puso a quitarme el chal y a desatar las cintas de mi sombrero.

—Pero, por favor, no se moleste.

—No es ninguna molestia, mujer. Seguro que trae las manos medio entumecidas de frío. Prepara un poco de ponche caliente, Leah, y unos

emparedados; toma las llaves de la despensa. —Y sacó del bolsillo un manojo de llaves que le alargó a la doncella—. Y ahora venga, acérquese al fuego —prosiguió—. Habrá traído equipaje, ¿no, querida?

—Sí, señora.

—Diré que se lo suban a su cuarto.

Y tras pronunciar estas palabras, salió de la habitación.

«Me trata como a una visita —pensé—. ¡Cómo me iba a esperar yo un recibimiento así! Venía temiendo que fuera frío y distante, y desde luego no guarda relación con el trato que, según mis informes, se suele dar a las institutrices. Pero bueno, no cantaremos victoria todavía».

Volvió la señora Fairfax y retiró de la mesa con sus propias manos los útiles de su labor y un par de libros para hacer sitio a la bandeja que traía Leah. Luego ella personalmente me sirvió el ponche. Yo me sentía un poco aturdida al verme siendo objeto de unas atenciones que jamás nadie me había dispensado, y menos por parte de alguien superior a mí en categoría y que iba a ser mi jefa. Pero estaba claro que ella no consideraba anormal su comportamiento, así que lo mejor sería aceptarlo yo también como normal y no preocuparme. Cuando hube dado cuenta de lo que me ofrecía, le pregunté:

—¿Tendré el gusto de conocer esta noche a la señorita Fairfax?

—¿Cómo dice? Estoy un poco tarda de oído —contestó.

Acercó un poco su oreja a mis labios y yo repetí la pregunta en voz más alta.

—¿La señorita Fairfax? Querrá usted decir la señorita Varens. Varens es el apellido de su nueva alumna.

—¿Ah, sí? ¿Entonces no es su hija?

—No, yo no tengo familia.

Debía de haber proseguido mi interrogatorio y preguntarle cuáles eran los lazos que la unían con la señorita Varens, pero recordé que no es de buena educación hacer demasiadas preguntas. Además seguramente no tardaría en enterarme.

—Estoy tan contenta —prosiguió al tiempo que cogía al gato y lo subía a su regazo—, tan contenta de que haya venido usted. Me va a resultar muy agradable tener compañía. No es que no me guste vivir aquí,

Thornfield es una finca preciosa, aunque quizá algo descuidada en los últimos tiempos, pero preciosa y un sitio muy ilustre. Pero, claro, en invierno le temo mucho a la soledad, eso pasa siempre por bien que se viva. Digo soledad aunque Leah es una chica encantadora, y tanto John como su mujer, gente de bien, pero no dejan de ser criados, compréndalo, y no puedo mantener con ellos una conversación de fuste. Además si no los mantengo a cierta distancia, pierdo mi autoridad. El invierno pasado, que ya se acordará de lo riguroso que fue, no paró de nevar, de llover y de hacer viento, desde noviembre hasta febrero, pues bueno, por aquí no apareció nadie más que el carnicero o el cartero cuando venía, así que puede figurarse lo triste que estaba yo aquí sola una noche tras otra. Algunas veces llamaba a Leah para que me leyera un poco, pero era una tarea que a la pobre no le gustaba mucho, se sentía cohibida. En primavera y verano es otra cosa, se encuentra una mejor, se alargan los días, brilla el sol, ¡menuda diferencia! Y luego justo cuando entró el otoño llegó Adela Varens con su niñera. Un niño hace revivir una casa. Y ahora encima ha venido usted, ¿qué más puedo pedir?

A medida que oía hablar a aquella señora tan digna de afecto notaba que se me caldeaba el corazón. Acerqué un poco más mi asiento al suyo y le expresé mi deseo sincero de no defraudar las esperanzas de compañía que había puesto en mí.

—Pero no voy a robar más tiempo a su sueño —dijo—. Ya han dado las doce, usted se ha pasado el día viajando y debe de estar cansadísima. Si ya le han entrado en calor los pies, déjeme acompañarla a su cuarto. La he acomodado en uno contiguo al mío; no es muy grande, pero creo que se encontrará más a gusto que en cualquiera de las habitaciones de delante, mejor amuebladas y más amplias, aunque demasiado aisladas y lúgubres. A mí no me gusta dormir allí.

Le di las gracias por su discreta elección, y me declaré dispuesta a meterme en la cama cuanto antes, porque la verdad es que el viaje había sido una paliza. Cogió la vela, me precedió y salimos de la habitación. Antes de nada, se acercó a ver si la puerta principal estaba bien atrancada, se guardó la llave, y emprendimos ruta escaleras arriba. Los escalones y la barandilla eran de madera de roble y sobre el rellano había una alta

ventana con vidrieras. Tanto aquella ventana como la larga galería a la que daban los dormitorios más sugería un ambiente de iglesia que de casa. Un aire frío, como de cripta, invadía la escalera y la galería, arrancando negros pensamientos de vacío y desamparo. Por eso fue un alivio entrar en mi cuarto y comprobar que era pequeño y estaba amueblado con sencillez, pero todo en estilo moderno.

Cuando la señora Fairfax me dio amablemente las buenas noches y se retiró, eché el cerrojo de la puerta y miré complacida en torno a mí. La impresión un tanto espectral que me habían producido el amplio vestíbulo, la espaciosa y oscura escalera y aquella galería tan fría y larga quedó barrida casi del todo ante el aspecto acogedor de mi cuarto. Me di cuenta de que por fin, tras un día entero de fatiga física y ansiedad, había llegado a un puerto seguro. Un brote de gratitud esponjó mi corazón, caí de rodillas al pie de la cama y di las gracias a quien tal gracia me había concedido, sin olvidar, antes de alzarme del suelo, de pedir ayuda para el nuevo camino a recorrer y fuerzas para seguir mereciendo la clemencia de unos dones tan pródigos como inmerecidos. En mi cama no encontré espinos aquella noche[11] ni temor alguno rondó por mi solitaria habitación. Caí enseguida en un profundo sueño, agotada y feliz. Cuando me desperté ya estaba bien entrado el día.

Con el sol colándose por las alegres cortinas de cretona azul, la habitación me pareció una luminosa madriguera donde tanto las paredes empapeladas como el suelo cubierto de alfombra contrastaban tanto en mi recuerdo con las desnudas tablas y el deslucido estuco de Lowood que el alma se exaltaba ante su contemplación. Los jóvenes son muy sensibles a las apariencias, y yo sentí que una etapa mucho más hermosa de mi vida empezaba a alborear, aunque los espinos y las fatigas se entrecruzasen con los deleites y las flores. Todas mis potencias, estimuladas por el cambio de escenario, aquel nuevo campo abierto a la esperanza, parecían haberse puesto en pie. No puedo decir con certeza lo que esperaba, pero algo placentero iba a pasar, si no aquel día o aquel mes, en un tramo desdibujado del futuro.

Me levanté y me vestí con esmero. Obligada a la austeridad —porque ninguno de mis atavíos tenía absolutamente nada de ostentoso—, mi

naturaleza tendía, sin embargo, a la pulcritud. No me era indiferente la impresión que causaba ni descuidaba mi aspecto; todo lo contrario, siempre estaba pendiente de presentarme lo más favorecida posible y deseaba gustar hasta donde mi escasa belleza pusiera límites. Algunas veces sufría la añoranza de haber nacido más guapa, me gustaría tener la tez sonrosada, la nariz recta y fina y una boca de cereza. Deseaba ser alta, majestuosa y más desarrollada de cuerpo, mejor proporcionada. Me daba rabia ser pequeñita, pálida y de rasgos tan acusados como irregulares. ¿Y por qué alimentaba esas aspiraciones y pesadumbres? Sería difícil de contestar, ni siquiera podía yo entonces explicármelo a mí misma. Y sin embargo había una razón, tan natural como lógica. Pero una vez cepillado cuidadosamente el pelo y vestida con mi traje negro, que aunque de corte severo se me ajustaba como un guante al cuerpo, mientras le abrochaba el cuello blanco tan limpio, aprobé mi imagen y la consideré lo bastante decente para presentarme ante la señora Fairfax y para que mi nueva alumna por lo menos no me recibiera con antipatía. Abrí la ventana del cuarto, me cercioré de que dejaba todos mis objetos de tocador bien recogidos y me arriesgué a salir.

Crucé la larga galería y bajé los encerados peldaños de roble hasta verme en el vestíbulo, donde hice un alto breve para contemplar los cuadros que adornaban la pared. Recuerdo que uno de ellos representaba a un hombre ceñudo dentro de su coraza y otro a una damisela con peluca empolvada y un collar de perlas. Del techo colgaba una lámpara de bronce y había también un gran reloj de caja cuya madera de roble adornada con extrañas tallas estaba tan ennegrecida por el manoseo de los años que parecía de ébano. Como por entonces yo estaba muy poco acostumbrada a lo pretencioso, todo aquello me impresionó y me pareció magnífico. La puerta principal, encristalada a medias, estaba abierta; traspuse sus umbrales y salí.

Hacía una espléndida mañana de otoño, el temprano sol brillaba apaciblemente sobre los bosquecillos de color tostado y los campos que verdeaban todavía. Desde el centro de la pradera me volví para contemplar la fachada de la casa. Tenía tres plantas no excesivamente grandes pero de considerable proporción: era una casa solariega, no una mansión

nobiliaria, y las almenas que remataban el tejado le daban un aire pintoresco. Al fondo de la fachada gris se veía un nido de grajos, cuyos chillones inquilinos revoloteaban sobre la pradera y terrenos adyacentes hasta llegar a posarse en un prado enorme separado del resto de la finca por un muro bajo; allí había una hilera de viejos espinos nudosos y grandes como robles, que brindaban inmediata explicación a la etimología de aquella heredad conocida como «Campo de espinos»[12]. A lo lejos se dibujaban unas colinas, no tan empingorotadas como las que cercaban Lowood, ni tan escabrosas, quiero decir que no las sentí como una barrera que me segregara del resto del mundo. Y sin embargo la solitaria quietud de su abrazo en torno a Thornfield era suficiente para conferir al lugar un aislamiento que no había esperado encontrar en las cercanías de una ciudad tan bulliciosa como Millcote. En la ladera de una de aquellas colinas se veía una aldea cuyos tejados asomaban por entre los árboles. La iglesia parroquial quedaba dentro de Thornfield, en un teso situado entre la casa y las verjas de fuera.

Seguía aún embebida en la contemplación del sereno paisaje, disfrutando del aire fresco, escuchando encantada el graznido de los grajos y pensando, con los ojos fijos en la fachada amplia y vetusta, que qué grande era para albergar a una señora tan pequeña y tan sola, cuando ella misma, la señora Fairfax en persona, apareció en el quicio de la puerta.

—¿Tan temprano y ya de paseo? —me saludó—. Veo que es usted pájaro madrugador.

Me acerqué a ella, que me estrechó las manos y me dio un beso.

—¿Le gusta Thornfield? —preguntó.

Le dije que sí, que me gustaba mucho.

—Sí —afirmó—, es un sitio encantador, pero tengo miedo de que acabe viniéndose abajo si el señor Rochester no decide instalarse aquí de forma permanente, o por lo menos intensificar sus visitas. Las casas grandes y las ricas haciendas requieren la presencia del amo.

—¿Quién es el señor Rochester? —pregunté.

—Pues el amo, el dueño de Thornfield —contestó sosegadamente—. ¿No sabía usted que se llama Rochester?

¿Cómo iba a saberlo si era la primera vez en mi vida que oía hablar de él? Pero la señora Fairfax parecía considerar su existencia como un hecho de capital interés y universal difusión, del que todos debíamos tener instintiva noticia.

—Yo creí —dije— que Thornfield era de usted.

—¿Mío? ¡Bendito sea Dios, hija! ¿A quién se le ocurre? Yo aquí no soy más que el ama de llaves, la administradora. Bueno, la verdad es que tengo un lejano parentesco con los Rochester por la rama materna, aunque el pariente era mi marido. La madre del actual señor Rochester era una Fairfax, prima segunda de mi marido, que fue párroco de Hay; esa aldea de la colina y la iglesia que ve junto a la verja eran suyas. Pero yo no presumo nunca de este parentesco ni me importa, le digo la verdad; yo me considero simplemente una ama de llaves como otra cualquiera; el amo me trata bien y no pido otra cosa.

—¿Y la niña, mi alumna?

—El señor Rochester es su tutor y fue él quien me encargó que le buscara una institutriz. Creo que luego quiere que se eduque en el condado de… Por cierto, ahí llega en compañía de su *bonne*, que es como llama ella a su niñera.

El enigma quedaba desvelado a medias. Esta viuda afable y cariñosa no era ninguna dama, sino una servidora a sueldo como yo. Eso no le quitó méritos ante mis ojos, todo lo contrario, me encontré más a gusto que antes. La igualdad entre ella y yo era auténtica, no el resultado de una deferencia por su parte. Mucho mejor, me sentía más cómoda.

Mientras le daba vueltas a aquel descubrimiento, una chiquilla venía corriendo hacia nosotras por el césped seguida por su niñera. Al principio no pareció advertir mi presencia. Me fijé en ella, era muy pequeña, podría tener siete u ocho años, delgadita, pálida y de rasgos muy finos. Una espesura desmedida de rizos le caía por la espalda y le llegaba a la cintura.

—Buenos días, señorita Adèle —dijo la señora Fairfax—. Venga a saludar a su profesora, esta señorita se va a ocupar de que llegue usted a convertirse en una mujer inteligente.

La niña se acercó.

—*C'est là ma gouvernante?*[13] —le preguntó a su niñera, mientras me señalaba.

—*Mais oui, certainement*[14] —le contestó ella.

—¿Son extranjeras? —le pregunté yo a la señora Fairfax, sorprendida de que hablaran en francés.

—La niñera sí. Adèle nació en el continente y creo que nunca lo abandonó hasta hace seis meses, cuando vino aquí. Al llegar apenas sabía inglés, ahora ya lo chapurrea un poco. Yo no la entiendo bien, lo mezcla todo con palabras francesas. Pero estoy segura de que usted la entenderá perfectamente.

Yo tenía la suerte de haber aprendido francés con una nativa. Seguramente no tendría dificultades con Adèle porque a lo largo de siete años me había empeñado en conversar con *madame* Pierrot siempre que podía y en aprenderme de memoria un trozo de prosa al día, esmerándome en el acento; había llegado a adquirir una buena pronunciación a base de imitar la de mi profesora, y un grado bastante alto de corrección en el lenguaje.

Cuando Adèle, tras estrecharme la mano y asegurarse de que yo era su institutriz, entró conmigo en casa para desayunar, intenté entablar con ella una conversación en francés, aunque al principio sus respuestas eran breves. Pero después, ya sentadas a la mesa, y tras haberme examinado durante unos diez minutos con sus grandes ojos color avellana, la lengua se le desató y no dejó de parlotear.

—¡Qué bien! —dijo en francés—; habla usted mi idioma igualito que el señor Rochester, puedo hablar con usted como con él y con Sophie. Ella sí que va a estar contenta, aquí nadie la entiende, la señora Fairfax solo sabe inglés. Sophie es mi niñera, ¿sabe? Vino conmigo por el mar en un barco grandísimo con chimenea que echaba humo, ¡cuánto humo echaba!; yo me mareé, y también Sophie, y el señor Rochester, lo mismo. El señor Rochester se tumbó abajo en un sofá en una habitación preciosa que se llamaba salón, y Sophie y yo en literas en otro sitio. Yo por poco me caigo de la mía; parecía un estante. ¿Y usted cómo se llama, *mademoiselle*?

—Eyre. Jane Eyre.

—¿Aire? Bueno, no lo sé pronunciar bien. Pues nuestro barco una mañana, acababa de salir el sol, se paró en una ciudad enorme de grande con muchas casas oscuras y todo el aire lleno de humo, ni comparación con la ciudad tan limpia y tan bonita de donde veníamos, y el señor Rochester me cogió en brazos y me bajó a tierra por una tabla y Sophie venía detrás y nos metimos los tres en un coche que nos llevó a una casa grande y maravillosa, más grande que esta y más elegante, se llamaba hotel. Y estuvimos allí cerca de una semana. Sophie y yo salíamos de paseo todos los días por un sitio verde con muchos árboles que se llamaba parque, y allí había muchos niños, además de mí, y un estanque con pájaros preciosos a los que yo echaba migas de pan.

—¿Puede usted entenderla, con lo deprisa que habla? —preguntó la señora Fairfax.

Pero yo la entendía muy bien, acostumbrada como estaba a la fluida conversación de *madame* Pierrot.

—Me gustaría —continuó la bondadosa señora— que le preguntara usted por sus padres. Ni siquiera sé si los recuerda o no.

—Adèle —le pregunté—, ¿con quién vivías en esa ciudad tan limpia y tan bonita de la que hablaste antes?

—Hace mucho tiempo viví allí con mamá, pero ahora ella se ha ido con la Santísima Virgen. Mamá me enseñó a bailar, a cantar y a recitar poesías. Venían muchos señores y señoras a visitar a mamá y yo a veces bailaba para que me vieran, o me sentaba en sus rodillas y les cantaba alguna canción. Me gustaba mucho. ¿Quiere que le cante algo ahora?

Ya habíamos acabado de desayunar y le di permiso para que luciera sus habilidades. Se bajó de la silla, trepó a mi regazo, juntó las manos con gesto modoso y alzó los ojos al techo. Luego, sacudiendo sus abundantes rizos, empezó a entonar su canción, que parecía el retazo de alguna ópera. Era el aria de una mujer abandonada por su amante, la cual, tras quejarse amargamente de su perfidia, invoca al orgullo para que venga en su ayuda y le pide a la criada que la emperifolle con sus mejores ropas y joyas, resuelta a encontrarse aquella noche en un baile con el traidor, y demostrarle con su conducta frívola lo poco que le ha importado su abandono.

El tema elegido resultaba chocante en labios de una niña; pero tal vez precisamente la gracia de la exhibición estribaba en escuchar acentos de amor y celos gorjeados por una vocecita infantil. Y en eso —al menos para mi opinión— estribaba también su mal gusto.

Adèle entonaba su canción con la ingenuidad propia de sus años, pero sin desafinar. Una vez terminada, se bajó de mis rodillas y dijo:

—Ahora, *mademoiselle*, le voy a recitar algunos versos.

Muy metida en su papel, empezó a recitar *«La ligue des Rats»*[15], y lo hacía poniendo mucho énfasis y un gran esmero en la puntuación, con el tono y los gestos precisos, haciendo gala de una flexibilidad en la voz inconcebible para su edad. Se notaba que la habían entrenado a conciencia.

—¿Fue tu mamá quien te enseñó ese poema?

—Sí, y ella lo decía así: *«Qu'avez vous donc? —dit un de ces rats—. Parlez!»*[16]. Me hacía levantar así la mano, para que no me olvidara de que era una pregunta, y la voz tenía que sonar más alta. ¿Quiere que ahora baile un poco para que me vea?

—No, basta por hoy. Pero cuando luego tu mamá se fue con la Santísima Virgen, como tú dices, ¿con quién vivías?

—Con *madame* Frédéric y su marido. Ella se hizo cargo de mí, pero no era pariente mía ni nada. Me parece que es pobre, porque su casa no era elegante como la de mamá. No estuve mucho allí. El señor Rochester me preguntó si me gustaría irme de allí y venir a vivir con él a Inglaterra. Le dije que sí, porque al señor Rochester lo había conocido antes que a *madame* Frédéric, y siempre había sido bueno conmigo y me regalaba vestidos y juguetes. Pero ya ve, luego no ha cumplido su palabra, me trajo a Inglaterra, sí, pero ahora es él quien se ha ido y yo nunca le veo.

Después del desayuno, Adèle y yo nos retiramos a la biblioteca, una estancia que, al parecer, el señor Rochester había dispuesto que usáramos como aula. La mayor parte de los libros estaban bajo llave en armarios con puertas de cristal; aunque había una estantería abierta y, en ella, alineados libros más que de sobra para mis necesidades didácticas. Pero contenía, además, muchos volúmenes de amena literatura, de viajes, de versos, biografías y alguna novela romántica. Seguramente había pensado que eso era todo cuanto podía pedir una institutriz para su entretenimiento

personal, y de hecho, al menos por el momento, colmaba con creces mis aspiraciones. En comparación con la precaria cosecha que había logrado juntar en Lowood buscando por aquí y por allá, aquellos libros parecían depararme abundantísima mies para mi deleite e información. En aquella habitación había también un piano, bastante nuevo y bien afinado, un caballete de pintura y dos bolas del mundo.

Saqué en consecuencia que mi alumna era bastante dócil, pero con poca tendencia al estudio; no estaba habituada a disciplina de ningún tipo. No me pareció conveniente agotarla demasiado al principio; así que, después de haber cambiado impresiones con ella durante un largo rato, y obligarla a concentrarse un poco, a mediodía le di fiesta y la dejé volver con su niñera. Yo, por mi parte, había decidido aprovechar el tiempo hasta la hora de cenar haciendo unos dibujos para que ella los copiara.

Cuando estaba subiendo la escalera para ir a buscar mi carpeta y mis lápices, la señora Fairfax me llamó.

—Supongo que ya ha dado por terminada su clase matinal, ¿no? —me dijo.

Se encontraba en una habitación cuyas puertas correderas había dejado abiertas. Me dirigí hacia allí y entré. Era una estancia grande y lujosa, con cortinas moradas y sillas tapizadas de lo mismo, una alfombra persa, las paredes forradas de nogal, un gran ventanal emplomado de vidrieras y el techo muy alto con molduras primorosas. La señora Fairfax estaba quitándole el polvo a unos espléndidos jarrones de espato morado que adornaban el aparador.

—¡Qué habitación tan hermosa! —exclamé, mirando alrededor.

Porque realmente jamás había visto nada más impresionante.

—Sí, es el comedor —dijo ella—. Acabo de abrir el ventanal para que entren el sol y el aire. Las habitaciones que se usan poco cogen mucha humedad cuando no se ventilan. Mire el salón de ahí, parece una cripta.

Estaba indicándome un gran arco situado enfrente de la ventana y flanqueado, como esta, por cortinas recogidas al estilo tirio. Se accedía al salón subiendo dos anchos peldaños y me asomé a escudriñar desde ellos. Me pareció estar en los umbrales de un lugar encantado, tal era el esplendor con que aquel interior deslumbró mis ojos párvulos. Pero se

trataba simplemente de un precioso salón con gabinete incluido. Ambos espacios estaban alfombrados en blanco, y sobre aquellas alfombras parecían haberse esparcido brillantes guirnaldas de flores. Los techos estaban decorados con níveas molduras de racimos y hojas de parra, y en medio de tanta blancura ofrecían un violento contraste los sofás y otomanas de color carmesí. También sobre el pálido mármol de Paros que servía de repisa a la chimenea lanzaban destellos rojos los objetos fulgurantes de cristal de Bohemia que la adornaban. Así que los ventanales, a modo de inmensos espejos, reflejaban aquella preponderante mezcla de nieve y fuego.

—Es admirable lo bien cuidadas que tiene usted estas habitaciones, señora Fairfax —observé—, y que no haya polvo a pesar de que los muebles no estén cubiertos por fundas. Si no fuera por el frío que hace, nadie diría que no se utilizan a diario.

—Tenga en cuenta, señorita Eyre, que, aunque las visitas del señor Rochester son más bien raras, se producen siempre de modo repentino e inesperado. Y como sé que le molesta encontrar los muebles tapados y que su llegada desencadene un cataclismo de actividad, prefiero tener siempre arreglada y a punto toda la casa.

—¿Es un hombre exigente y maniático el señor Rochester? —pregunté.

—No especialmente. Pero es un hombre, e impone sus gustos y costumbres. Da por supuesto, como todos los hombres, que las cosas se harán conforme a sus deseos.

—¿A usted le gusta su manera de ser? ¿Le quiere la gente?

—Desde luego. Aquí siempre se ha respetado a su familia. Casi todas las tierras de estos alrededores, hasta donde alcanza la vista, pertenecen a los Rochester desde tiempo inmemorial.

—Pero yo no le pregunto por sus tierras, le pregunto si usted le quiere, si la gente le quiere por sí mismo.

—Yo personalmente no tengo motivos para no apreciarlo, y creo que sus aparceros lo tienen por un amo justo y liberal, aunque la verdad es que con ellos ha tenido más bien poco contacto.

—Pero ¿no tiene alguna peculiaridad? Quiero decir que qué carácter tiene.

—Un carácter intachable, o al menos a mí me lo parece. Tal vez sea un poco raro. Ha viajado sin parar y ha visto mucho mundo, creo. Me da la impresión de que es inteligente, pero tampoco es que haya hablado mucho con él.

—¿Y raro por qué? ¿En qué es raro?

—No sé, es difícil de explicar, tampoco se trata de algo llamativo, se nota en cómo te habla. Nunca se sabe con seguridad si está diciendo las cosas en serio o en broma, si está satisfecho o disgustado. En una palabra, no es de esas personas a quienes se entiende a la primera, o al menos yo. Pero no importa, como amo no tengo queja de él.

Aquello fue todo lo que pude sacarle a la señora Fairfax de un amo que era también el mío. Hay gente que no está dotada para describir el carácter de los demás ni para fijarse en los detalles más significativos de una persona o una cosa, y era evidente que aquella buena señora pertenecía a ese grupo. Mis preguntas la aturrullaban, pero no lo dejó traslucir. El señor Rochester para ella era el señor Rochester: un caballero, un terrateniente y basta; no le interesaba ir más allá en sus indagaciones y noté que mi deseo de definir mejor su personalidad le producía mucho pasmo.

Cuando salimos del comedor, se brindó a enseñarme el resto de la casa. Así que la seguí por los pasillos subiendo y bajando escaleras y admirando, al pasar, lo bien arreglado que estaba todo y lo bonito que era. Me parecieron particularmente grandiosas las amplias habitaciones de la parte delantera; y me llamaron la atención también otras del tercer piso sugerentes, a pesar de ser oscuras y de techo bajo, por la antigüedad que rezumaban. Algunos muebles que antaño decoraron las estancias del piso bajo se habían ido subiendo allí a medida que se jubilaban por pasados de moda, y a la luz exigua que entraba por las estrechas ventanas se vislumbraban camas de cien años atrás, cofres de nogal y de castaño con extravagantes tallas de ángeles y palmeras, a modo de réplicas del Arca de la Alianza; filas de sillas venerables de respaldo alto y estrecho y banquetas todavía más viejas cuyos almohadones de dibujo casi borrado tal vez fueran bordados por manos que ya debían de llevar bajo tierra dos

generaciones. Aquellas reliquias daban al tercer piso de Thornfield un aire de hogar de antaño, de altar a la memoria. Me cautivaron el sosiego, la penumbra y la peculiaridad de aquel refugio a la luz del día, pero no me hubiera apetecido nada tener que pasar una noche acostada en una de aquellas sólidas y enormes camas. Algunas se cerraban con puertas de roble, otras estaban resguardadas por viejos cortinajes ingleses profusamente bordados con flores, pájaros y rostros a cuál más insólito, y su contemplación a la luz de la luna habría producido efectos aún más insólitos.

—¿Duerme algún criado en estos cuartos? —pregunté.

—No, ocupan unos apartamentos más pequeños en la parte de atrás. Nadie se queda nunca a dormir aquí. Estoy casi segura de que, si hubiera algún fantasma en Thornfield, esta es la madriguera que elegiría.

—Yo también lo creo. De manera que no tienen ustedes ningún fantasma.

—No, que yo sepa —respondió la señora Fairfax sonriendo.

—¿No hay tradición de ellos, entonces? ¿Ni alguna leyenda o historia protagonizada por fantasmas?

—Creo que no. Y, sin embargo, hay la tradición de que los Rochester en tiempos fueron gente más violenta y guerrera que apacible. Tal vez sea esa la razón de que ahora quieran descansar en paz en sus tumbas.

—Sí —murmuré yo—, «tras la fiebre caprichosa de la vida, duerme plácidamente»[17].

Vi que la señora Fairfax se estaba alejando y le pregunté que adónde iba.

—Al tejado —dijo—. Me gustaría enseñarle el panorama que se ve desde allí.

La seguí otra vez por una escalera empinada que llevaba a los áticos. Y desde allí, subiendo otra escalera y abriendo la trampilla que la remataba, salimos al tejado del edificio. Estábamos ahora al mismo nivel que la colonia de grajos, y pude ver sus nidos de cerca. Apoyada en las almenas y mirando hacia abajo, mi vista abarcaba los campos, como dibujados en un mapa; en primer término el brillante y aterciopelado césped que ceñía la fachada a modo de cinturón, luego el prado, extenso como un parque y

salpicado de árboles vetustos, más allá el bosque umbrío y marchito, surcado por un sendero cuya sobrecarga de maleza era visible y donde el musgo verdeaba más que el arbolado mismo, después la iglesia junto a la verja de entrada, la carretera, y a lo lejos las colinas apacibles, todo reposando a la luz de un sol otoñal y bajo el clemente cielo azul con vetas de nácar que acotaba el horizonte. Ningún detalle del escenario resultaba chocante o llamativo, pero el conjunto era muy grato.

Cuando me aparté de allí y volví a abrir la trampilla para bajar, casi no era capaz de ver la escalera; en comparación con la bóveda de aire azul y el soleado panorama de sotos, praderas y verdes colinas que cercaban la casa y cuya visión aún me deleitaba, regresar a la oscuridad del ático era como entrar en una tumba.

La señora Fairfax se demoró a mis espaldas un momento para cerrar la trampilla y yo a tientas logré hallar la salida del ático y empecé a bajar la otra escalera estrecha. Me detuve en el largo pasillo de donde arrancaba la frontera de separación entre las habitaciones delanteras y traseras de aquel tercer piso. Era estrecho, de techo bajo y mal iluminado, pues solo recibía la luz a través de un ventanuco situado en uno de sus extremos. Con aquellas dos hileras de puertas cerradas a los lados, me evocó el corredor del castillo donde vivía Barbazul.

Según iba avanzando tranquilamente por él, sobresaltó mis oídos de forma intempestiva el último sonido que nadie hubiera esperado escuchar en zona tan desierta: el estallido de una risotada. Era una risa extraña; nítida, solemne, siniestra. Me paré en seco y el ruido cesó, aunque solo por unos instantes. Enseguida se reprodujo con mayor fuerza, porque al principio, aunque bien perceptible, había resonado más apagadamente. Ahora se había convertido en una carcajada estrepitosa cuyo eco alcanzaba a todas las habitaciones vacías, aunque procediera de una de ellas que me hubiera sido muy fácil señalar.

—¡Señora Fairfax! —exclamé—. ¿Ha oído usted eso? ¿Quién se ríe así?

Ella estaba bajando la escalera del ático.

—Será alguna de las criadas —dijo—. Seguramente Grace Poole.

—Pero ¿ha oído usted bien esa risa? —volví a preguntar.

—Sí, claro, perfectamente. La escucho a menudo. Grace Poole suele hacer labor en uno de esos cuartos y a veces la acompaña Leah. Estar juntas las alborota.

A continuación la señora Fairfax la llamó:

—¡Grace!

Yo, a decir verdad, no esperaba la respuesta de ninguna Grace, porque aquella risa era lo más trágico y sobrenatural que yo había oído en toda mi vida; y, si en lugar de haber estallado en pleno mediodía, hora poco propicia para fomentar sustos fantasmales, se hubiera producido en medio de la noche, me habría dejado invadir por un terror supersticioso. Sin embargo, la escena que siguió me hizo pensar que habían sido necios mi sorpresa y mi sobresalto.

Se abrió la puerta que teníamos más cerca y salió una criada. Era una mujer pelirroja, como entre treinta y cuarenta años, de cuerpo macizo, facciones toscas y expresión vulgar. No podía concebirse aparición menos romántica o espectral que aquella.

—¡Demasiado alboroto, Grace! —dijo la señora Fairfax—. ¡Recuerda las órdenes!

Grace hizo una reverencia silenciosa y volvió a meterse en la habitación.

—Es la mujer que viene a ayudar a Leah en la costura y otras labores domésticas —prosiguió la viuda—. Hay muchas cosas de ella que no me gustan, pero en otras cumple muy bien. Por cierto, señorita Eyre, ¿qué tal le ha ido el primer día de clase con su alumna?

La conversación, desviada ahora hacia el tema de Adèle, siguió fluyendo en ese sentido hasta que llegamos a la zona de abajo, mucho más luminosa y alegre. Adèle nos salió al encuentro corriendo.

—*Mesdames, vous êtes servies!* —exclamó—. *J'ai bien faim, moi!*[18]

La comida, efectivamente, estaba preparada y la mesa puesta en el cuarto de la señora Fairfax, a la espera de nuestro regreso.

Capítulo XII

Las esperanzas de desempeñar fácilmente mi cometido, auspiciadas por la buena acogida que tuve al llegar, no se vieron defraudadas a medida que fui conociendo mejor Thornfield y a sus habitantes. La señora Fairfax resultó ser lo que me había sugerido la primera impresión: una mujer apacible y amable por naturaleza, relativamente culta y de inteligencia normal. Mi alumna era una niña vivaracha, demasiado consentida y acostumbrada a los mimos, por lo cual muchas veces mostraba una vena caprichosa. Pero como me habían dado carta blanca en su educación y ninguna cortapisa interfería o frustraba mis planes para mejorarla, pronto fue deponiendo sus antojos y se volvió más dócil y obediente. No tenía una inteligencia privilegiada, no presentaba rasgos peculiares de carácter ni un desarrollo del gusto o de los sentimientos que la hicieran sobresalir por encima del rasero normal de la infancia, pero tampoco ningún vicio o fallo que la condenaran a estar por debajo. Hizo progresos razonables y a mí me fue cogiendo un cariño tal vez no muy profundo pero expresivo. Yo a cambio le devolvía un afecto fomentado por sus deseos de agradar, su sencillez y su risueño parloteo; y así los lazos que se fueron creando entre ambas alcanzaron la solidez suficiente para hacernos disfrutar de nuestra mutua compañía.

Esta confesión, *par parenthèse*[19], puede parecer fría a quienes elaboran solemnes teorías sobre la naturaleza angelical de los niños y sobre el deber de idolatrarlos contraído por los responsables de su educación. Pero yo no estoy escribiendo para halagar el egocentrismo de

los padres, para entonar salmodias rimbombantes ni para propagar patrañas; estoy diciendo la verdad sin más. La escrupulosa preocupación que sentía por el bienestar de Adèle y sus progresos así como las serenas ataduras que me unían a su personita no se diferenciaban de mi afectuosa gratitud hacia la señora Fairfax por lo bien que me trataba siempre y lo a gusto que me había llegado a encontrar en su compañía, a cambio de la consideración que me mostraba sin alharacas y de la ponderación de su pensamiento y su conducta.

Cualquiera es libre de censurarme si tiene en cuenta además otra cosa: cuando yo salía a pasear por el campo y bajaba hasta las verjas para mirar la carretera a través de sus hierros, o cuando —aprovechando que Adèle jugaba con su niñera o la señora Fairfax se había metido en la despensa a hacer mermelada— subía al tercer piso, levantaba la trampilla del ático y salía al tejado para avizorar los campos parcelados, las colinas y la imprecisa línea del horizonte, en esos momentos ansiaba con ardor tener un poder de visión capaz de superar aquellos límites y llegar más allá, a las regiones y ciudades efervescentes de vida, de las que había oído hablar pero nunca me había sido dado conocer. Y lo que más deseaba entonces era tener más experiencia, más relación con mis semejantes y trato con gente distinta de la que estaba a mi alcance en aquel sitio. Apreciaba las buenas prendas de Adèle y la señora Fairfax, pero creía en la existencia de otra clase de bondad más excitante, y aquello en lo que creía necesitaba contemplarlo.

¿Quién me lo puede reprochar? Muchos, sin duda, me tendrían por ingrata. Pero no lo podía remediar, la inquietud que hacía presa en mí formaba parte de mi modo de ser, y muchas veces me zarandeaba dolorosamente. En esos casos, mi único consuelo lo encontraba paseando de arriba abajo por el pasillo del tercer piso; allí me sentía a salvo inmersa en el silencio y la soledad, y dándole permiso a los ojos de la mente para que se demoraran en cualquier brillante visión que brotara ante ellos… y eran muchas y fulgurantes. Allí permitía a mi corazón henchirse de una euforia que al mismo tiempo lo sumía en la perturbación y lo esponjaba de vida. Y lo mejor de todo era abrir secretamente los oídos a un cuento de nunca acabar creado por mi imaginación, narrado incesantemente, y

abonado por incidentes de toda clase, por la vida, el fuego, y tantas sensaciones desconocidas por mí en la realidad que ardía en ansias de experimentar.

No sirve de nada afirmar que para los seres humanos debe suponer satisfacción suficiente el haber alcanzado la tranquilidad. Necesitan acción, y si no consiguen hallarla, la inventan. Existen millones de ellos condenados a una existencia más mortecina que la mía, pero otros tantos millones se rebelan en silencio contra su sino. Nadie puede calcular cuántas rebeliones, dejando aparte las políticas, fermentan entre el amasijo de seres vivos que pueblan la tierra. Se da por supuesto que las mujeres son más tranquilas en general, pero ellas sienten lo mismo que los hombres; necesitan ejercitar y poner a prueba sus facultades, en un campo de acción tan preciso para ellas como para sus hermanos. No pueden soportar represiones demasiado severas ni un estancamiento absoluto, igual que les pasa a ellos. Y supone una gran estrechez de miras por parte de algún ilustre congénere del sexo masculino opinar que la mujer debe limitarse a hacer repostería, tejer calcetines, tocar el piano y bordar bolsos. Condenarlas o reírse de ellas cuando pretenden aprender más cosas o dedicarse a tareas que se han declarado impropias de su sexo es fruto de la necedad.

A veces, cuando estaba pensando estas cosas, volvía a oír la risa de Grace Poole, aquella misma carcajada ahogada en lento susurro que me había sobresaltado tanto la primera vez. También percibía cuchicheos extravagantes, más raros todavía que la risa. Había días en que la tal Grace permanecía silenciosa, pero otros en que no había modo de explicarse la razón de sus rumores. Volví a verla en alguna ocasión; solía salir de su cuarto con una palangana, un plato o una bandeja en la mano rumbo a la cocina y al poco rato volvía casi siempre con una botella de cerveza negra. Perdona, lector, si te parece poco romántico, pero la verdad es que sus apariciones suponían siempre un jarro de agua fría para la curiosidad encendida en mí a causa de sus extravagancias. Ni aquel continente grave ni aquellas facciones bastas dejaban el menor resquicio para la intriga. Hice algunos intentos de trabar conversación con ella, pero era de pocas

palabras; solía cortar en seco mis tentativas con la réplica de un monosílabo.

En cuanto a los demás habitantes de la casa, John y su mujer, Leah, la doncella, y Sophie, la niñera, eran gente honrada pero no destacaban por ningún detalle digno de especial mención. Con Sophie hablaba casi siempre en francés y a veces le hacía preguntas acerca de su país, pero no tenía dotes narrativas y sus explicaciones eran generalmente tan insípidas y embarulladas que se le quitaban a una las ganas de seguir investigando.

Pasaron octubre, noviembre y diciembre. Una tarde de enero, la señora Fairfax me pidió que le diera vacaciones a Adèle alegando que estaba constipada, y ella apoyó la petición con un ardor que me hizo recordar el regalo que, cuando era niña, había supuesto para mí un día de fiesta. Así que accedí, considerando además que hacía bien en mostrarme flexible.

Hacía un día muy bueno y apacible, aunque frío, y me aburría la idea de pasarme toda la mañana encerrada en la biblioteca. Precisamente la señora Fairfax acababa de escribir una carta que había que echar al correo, así que me puse el sombrero y la capa y me ofrecí para llevarla a Hay. Las dos millas que nos separaban de Hay podían depararme un grato paseo, muy propio para una tarde invernal[20]. Dejé a Adèle sentada tan a gusto en su sillita junto a la chimenea del gabinete de la señora Fairfax, jugando con la muñeca buena de cera que casi siempre dormía en un cajón envuelta en papel de plata. También le había sacado un libro de cuentos por si quería cambiar de entretenimiento.

—*Revenez bientôt, ma bonne amie, ma chère mademoiselle Jeanette*[21] —me dijo como despedida.

Le contesté con un beso, y salí.

El suelo estaba duro, el aire en sosiego y el camino solitario. Al principio andaba deprisa para entrar en calor, pero luego reduje la marcha y empecé a disfrutar y a analizar la índole de placer que la hora y el entorno hacían germinar dentro de mí. Las tres habían sonado en la iglesia cuando pasé por debajo del campanario. El atractivo del instante consistía en la cercanía del crepúsculo, en notar cómo el sol palidecía e iniciaba su descenso. Lo pensé cuando estaba a una milla de Thornfield, en una senda que tenía fama de dar rosas silvestres en verano y nueces y moras en

otoño; incluso ahora ofrecía algunos tesoros coralinos como acerolas y frutos de escaramujo, pero su mayor encanto invernal residía en la soledad absoluta y la desnuda quietud. Si soplaba una ráfaga de aire, no hacía ruido al no encontrar acebo ni siemprevivas que sacudir, y en cuanto a los avellanos y los espinos estaban tan inmóviles como las blancas y gastadas piedras que convertían en calzada la parte central del camino. A ambos lados de este y hasta muy lejos no se veía más que una extensión unánime de campos donde no pacía ningún rebaño, y los pajarillos de color castaño que de vez en cuando aleteaban sobre el seto eran como hojas rojizas y solitarias que se hubieran olvidado de caer.

Este camino en cuesta subía hasta Hay. Al llegar a la mitad, me senté a descansar en los escalones de la cerca que daba acceso a una parcela de tierra. Aunque hacía un frío intenso yo no lo notaba, arropada en mi capa y con las manos bien metidas dentro del manguito. Y sin embargo veía la lámina de escarcha que cubría la calzada, a consecuencia de un arroyo desbordado pocos días antes y que, tras aquel efímero deshielo, había vuelto a congelarse. Desde mi asiento, volviendo la vista atrás, distinguía el gran edificio gris y almenado de Thornfield, el punto más destacado del valle, con sus bosques al oeste y sus oscuras bandadas de grajos. Me quedé allí hasta que el sol empezó a descender entre los árboles y luego se ocultó detrás de ellos, dejando un resplandor carmesí. Entonces volví los ojos hacia el este.

Por encima de la colina que tenía enfrente, asomaba en lento ascenso la luna, aún transparente como una nube, pero tomando cada vez mayor fulgor. Parecía vigilar la aldea de Hay, medio perdida entre los árboles, cuyas escasas chimeneas mandaban a lo alto jirones de humo azul. Aún me quedaba una milla de camino, pero ya se distinguían a lo lejos, en medio del solemne silencio, ciertos leves murmullos que daban fe de su vida. También me llegaba al oído un distante rumor de corrientes que sabe Dios por qué valles y desfiladeros fluirían. Había muchas colinas detrás de Hay y muchos serían también sin duda los arroyos que hilvanasen sus puertos. En la calma de la tarde aquel suspiro de ríos resonaba en el fondo del tintineo emitido por los más cercanos.

De pronto un ruido brusco se estrelló contra estos débiles murmullos tan lejanos y nítidos al mismo tiempo. Eran pisadas, no cabía duda, unas pisadas poderosas cuyo metálico retumbar borraba los otros rumores más suaves, de la misma manera que dentro de un cuadro la sólida mole de una roca o el áspero tronco de un añoso roble con sus perfiles oscuros y dominantes en primer plano desvirtúan el azul ingrávido de las colinas, el soleado horizonte y las gaseosas nubes cuyos tintes se confunden y mezclan.

El estruendo resonaba allí mismo, en la calzada, se estaba acercando; era un caballo, aunque todavía oculto a mis ojos tras alguna revuelta del sendero. Pero se acercaba. Estuve a punto de levantarme de mi asiento, pero, como aquello era muy estrecho, pensé que era mejor quedarme quieta para dejarle paso. Por aquel tiempo yo era muy joven y mi cabeza estaba atiborrada de fantasías, unas deslumbrantes y otras siniestras. El recuerdo de los cuentos infantiles yacía allí entremezclado con otros desperdicios, y si alguna vez resucitaba, la edad adulta dotaba a aquellas olvidadas historias de una vida y un brío inconcebibles en la infancia. A medida que el caballo se aproximaba y mientras yo esperaba verlo aparecer a la luz del crepúsculo, me acordé de que en alguno de los cuentos de Bessie se mencionaba a un espíritu del norte de Inglaterra llamado Gytrash, que adoptaba diversas apariencias animales y solía salirle al camino a los viajeros perdidos en forma de mula, caballo o perro enorme. Era lo que me estaba pasando a mí en aquel momento: que iba a presentarse Gytrash.

Ya estaba muy cerca, aunque todavía no podía verlo. Y de pronto, además del retumbar de los cascos del caballo, percibí una embestida bajo el seto y, deslizándose por entre los avellanos, apareció un perro enorme destacando en blanco y negro contra los árboles. Era una copia exacta del Gytrash de Bessie, su abultada cabeza y su larga melena parecían las de un león. No obstante, pasó por delante de mí con notable tranquilidad y sin dedicarme ninguna inquietante mirada más allá de lo canino, como yo estaba medio esperando que hiciera. Tras él venía el caballo, un corcel alto, con su jinete encima. Aquel hombre, como ser humano que era, quebró inmediatamente el hechizo. A lomos de Gytrash no cabalgaba

nunca nadie, siempre se presentaba él solo. Y los trasgos, si bien a veces podían habitar en mudos cuerpos de bestias, jamás alcanzaron, según mis noticias, el imposible sueño de tomar forma humana. O sea que este no era Gytrash, sino simplemente un viajero que había tomado un atajo rumbo a Millcote. Pasó por delante de mí y yo seguí mi camino en dirección contraria. Pero apenas había dado unos pasos cuando me vi obligada a volver la cabeza, alertada mi atención por el ruido de alguien que se escurría, el batacazo de una caída y unas palabras airadas.

—¿Qué demonios voy a hacer ahora? —fue la exclamación que oí.

Caballo y caballero habían dado con sus huesos en tierra, tras resbalar sobre la capa de escarcha que cubría la calzada. El perro había vuelto corriendo y al ver a su amo en apuros y escuchar los relinchos del caballo se puso a ladrar con todas las fuerzas que cabía esperar de su tamaño. El eco de aquellos ladridos era devuelto por las colinas lejanas. Olfateó los dos cuerpos caídos y luego corrió hacia mí, porque no podía hacer otra cosa ni había a la vista nadie más a quien acudir en petición de ayuda. Le obedecí, pues, y me acerqué al viajero que estaba luchando por quitarse de encima a su cabalgadura, con esfuerzos, por cierto, tan vigorosos que no hacían temer por su descalabro. A pesar de todo, le pregunté:

—¿Está usted herido, señor?

Creo, aunque no estoy muy segura, que en aquel momento estaba blasfemando. En todo caso murmuraba algún conjuro que le impidió contestarme inmediatamente.

—¿Puedo hacer algo por usted? —insistí.

—Puede quitarse de en medio —contestó, mientras trataba de incorporarse, arrodillándose primero para ponerse luego de pie.

Hice lo que me pedía pero no quise marcharme del todo hasta ver en qué paraba aquello. Se había iniciado un proceso de barullo y fuertes pataleos que, junto con los ladridos y relinchos, me obligó a distanciarme unas yardas. Más lejos no quería ir hasta enterarme de cómo concluía el episodio. Tuvo un final feliz, después de todo. El caballo se reincorporó y el perro, aplacado bajo la tajante orden de: «¡Siéntate, *Pilot*!», guardó silencio. El viajero ahora se había agachado y estaba palpándose el pie y la pierna, como para comprobar si estaba ileso o no. Parece que debió de

notar algún dolor porque llegó cojeando hasta el sitio que acababa yo de dejar y se sentó en los escalones de la cerca.

Me apetecía servir de algo o por lo menos mostrarme solícita, y creo que ese instinto fue el que me hizo acercarme nuevamente a él.

—Si está usted herido, señor, y necesita ayuda puedo ir a buscar a alguien en Thornfield o en Hay.

—Gracias. Me las podré arreglar. Ha sido solo una torcedura, no me he roto ningún hueso.

Volvió a ponerse de pie e hizo la prueba de echar a andar, pero un «¡Ay!» involuntario se le escapó por todo resultado.

Como aún quedaban resplandores de día y el clarear de la luna iba aumentando, pude verlo con bastante claridad. Iba envuelto en una capa de montar con cuello de piel y abrochada por hebillas metálicas. No pude captar todos los detalles, pero sí aprecié que era de mediana altura, ancho de tórax y moreno de cutis. En aquellos momentos, la expresión severa del rostro y el entrecejo fruncido dejaban traslucir su enojo y contrariedad. Ya no era muy joven, pero tampoco de mediana edad, le calculé unos treinta y tantos años. No me inspiraba ningún miedo, acaso simplemente un poco de cortedad. Si hubiera sido un joven y atractivo caballero con pinta de héroe, seguramente no me habría atrevido a seguir haciéndole preguntas contra su voluntad ni a ofrecerle una ayuda que no me había pedido. Yo con un joven guapo no había hablado en mi vida, ni siquiera recordaba haber visto uno. Mi fascinación y reverencia por la belleza, elegancia y galantería eran teóricas, no había encontrado nunca semejantes atributos encarnados en una figura masculina real, pero de haber aparecido ante mis ojos hubiera sabido instintivamente que ni tenían afinidades conmigo ni podían hallar en mí una correspondencia cómplice, así que los habría esquivado como se huye del fuego, del rayo o de cualquier otro fenómeno deslumbrante pero hostil.

Si aquel forastero por lo menos hubiera sonreído o hecho gala de buen humor cuando me dirigí a él y hubiera rechazado mi ayuda con gratitud y amabilidad, yo habría seguido mi camino sin meterme en más indagaciones. Pero su rudeza y desagrado me inspiraron confianza.

Cuando vi que hacía un gesto como para que me fuera, no hice caso y seguí sin moverme.

—No pienso dejarlo solo, señor —le advertí—, con lo tarde que es y en este paraje tan aislado, por lo menos hasta que me cerciore de que está usted en condiciones de volver a cabalgar.

Cuando oyó aquellas palabras volvió hacia mí sus ojos. Hasta ese momento no me había mirado.

—A mí me parece que también usted debía de estar en su casa a estas horas —dijo—, si es que vive por aquí cerca. ¿De dónde ha salido?

—De allí abajo. Y no me da ningún miedo estar fuera cuando hay luna. Tendré mucho gusto en ir corriendo a Hay, si quiere. Además, de todas maneras, voy allí a echar una carta…

—Dice que viene usted de allí abajo… ¿Quiere decir de la casa con almenas?

Estaba señalando hacia Thornfield, sobre cuyo edificio derramaba la luna un blanquecino fulgor perfilándolo así, pálido y destacado contra los bosques que parecían ahora un amasijo de sombras en contraste con el cielo de poniente.

—Sí, señor.

—¿De quién es la casa?

—Del señor Rochester.

—¿Y conoce usted al señor Rochester?

—No. No lo he visto nunca.

—¿Y eso? ¿Es que no vive él allí?

—No.

—¿Y no sabe dónde está?

—No lo sé.

—Pero usted no es una criada de la casa, por supuesto… Usted, entonces, será…

Se había detenido y estaba recorriendo con la mirada mi atuendo, sencillo como siempre, una capa negra de lana y un sombrero de castor también negro. Ninguna de las dos prendas eran tan finas como para pertenecer a la doncella de una dama. Parecía confuso y yo le ayudé a aclararse.

—Soy la institutriz.

—¡Ah, ya, la institutriz! —repitió—. Que el demonio me lleve si me acordaba. ¿Conque la institutriz?

Y de nuevo estaba detallando mi atavío. A los pocos minutos se levantó de su asiento, intentó ponerse en movimiento y en su rostro se reprodujo el gesto de dolor.

—No puedo consentir que vaya a buscar ayuda —dijo—, pero usted misma, si hace el favor, puede ayudarme un poco.

—De acuerdo, señor.

—¿No tendrá un paraguas que pueda servirme de bastón?

—No.

—Entonces, trate de coger a mi caballo por la brida y traérmelo hasta aquí. ¿No le dará miedo?

Por mí misma nunca se me habría ocurrido tocar a un caballo, pero, cuando me lo dijo él, me dispuse a obedecer, sin pensarlo. Dejé el manguito sobre la cerca, me aproximé al alto corcel e intenté agarrarle la brida, pero era muy fogoso y no le gustaba verme cerca de su cabeza. Me esforcé por lograrlo una y otra vez, aunque en vano, y muerta de miedo además al pensar que podía cocearme con sus patas delanteras. El viajero se mantuvo a la espera durante un rato, sin perderme de vista. Por fin se echó a reír.

—Ya que la montaña, por lo que veo, no viene a Mahoma —dijo—, lo que puede hacer usted es ayudar a Mahoma para que vaya a la montaña. Acérquese, por favor… Perdone —continuó, cuando llegué a su lado—, pero me veo obligado a usarla de bastón.

Dejó caer su pesada mano sobre uno de mis hombros y, apoyándose en mí un poco cohibido, llegó cojeando hasta el corcel. En cuanto cogió la brida lo dominó y acto seguido trepó al asiento, aunque no pudo evitar una mueca de dolor al hacer aquel esfuerzo que repercutía en la torcedura del pie.

—Ahora —dijo, mientras dejaba de morderse con saña el labio inferior —, alárgueme la fusta, se ha debido de caer allí en el seto.

La busqué y la encontré.

—Gracias. Ahora dese prisa en llevar su carta a Hay y vuelva lo antes que pueda.

El caballo, al sentirse espoleado, empezó encabritándose un poco, pero luego arrancó al galope. El perro echó a correr en pos de sus huellas y desaparecieron de mi vista los tres, «cual brezo que en la espesura es arrancado por el viento salvaje».

Yo recogí mi manguito y seguí camino hacia Hay. El incidente había concluido, había sido insignificante, ni atractivo ni novelesco en el fondo; pero lo que tuvo de cambio marcó aquella hora como un hito en el curso monótono de mi vida. Mi ayuda había sido necesaria y requerida, había podido prestarla y me alegraba haber llevado a cabo algo. Por muy transitoria y trivial que fuera la hazaña, podía considerarse como una muestra de actividad y yo estaba harta de la pasividad de mi existencia. Aquel nuevo rostro, además, era como un nuevo cuadro colgado en la galería de mi memoria, y era distinto de los demás. En primer lugar por ser masculino y luego a causa de la gravedad, oscuridad y fuerza que transmitía. Todavía me parecía seguir teniéndolo ante los ojos al llegar a Hay para echar la carta al correo, y también cuando reemprendí, cuesta abajo, el camino de vuelta a Thornfield. Al pasar por delante de la cerca, me paré unos instantes, y me quedé a la escucha, mirando alrededor. Imaginé que pudieran escucharse de nuevo los cascos de un caballo acercándose por la calzada y presentarse ante mí aquel jinete envuelto en su capa y un perro como el Gytrash de los cuentos de Bessie. Pero solamente vi el seto y un sauce desmochado, quieto y erguido en busca del resplandor lunar. No se oía más que el murmullo apagado de la brisa merodeando a rachas por los bosques que, a una milla de distancia, rodeaban Thornfield. Y al mirar en aquella dirección, divisé una luz encendida en una de las ventanas de la fachada principal. Me acordé de lo tarde que se había hecho y eché a andar a toda prisa.

No me gustó regresar a Thornfield. Cruzar aquel umbral era como volver a la parálisis. Recorrer el callado vestíbulo, subir la oscura escalera, alcanzar mi cuartito solitario y reunirme con la apacible señora Fairfax para consumir el resto de la tarde invernal junto a ella por toda compañía era ahogar por completo la atractiva excitación suscitada por el paseo,

volver a aherrojar mis facultades con los grilletes de una existencia demasiado quieta y uniforme, una vida cuyos atributos de seguridad y bienestar estaba empezando a dejar de considerar privilegios. ¡Cómo me hubiera apetecido en aquel momento verme arrojada a los remolinos de una tormentosa e incierta lucha por la vida, aprender, a través de aquella amarga experiencia, a apreciar y añorar el sosiego que ahora me afligía! Sí, me habría sentado tan bien como a un hombre cansado de llevar horas inmóvil acurrucado en un sillón demasiado cómodo dar un paseo largo. El anhelo de inquietud era tan comprensible y natural en mis circunstancias como lo hubiera sido en las suyas.

Me demoré en la verja y aminoré el paso por la pradera; andaba un poco y volvía hacia atrás sobre el camino empedrado. Los postigos de la puerta de cristal estaban cerrados y no podía verse el interior. Tanto mis ojos como mi alma tendían a apartarse de la sombría mansión, que se me antojaba una hondonada gris llena de opacas celdillas, y escapar hacia el firmamento desplegado sobre mí: un mar azul no manchado por nube alguna y transitado por la luna que ascendía solemne hacia lo alto dejando atrás las colinas de donde surgió, cada vez más abajo, rumbo a un cenit tan insondable y negro en su hondura como inconmensurable en su lejanía. En cuanto a las temblorosas estrellas que acompañaban su órbita, mi corazón se estremecía y la sangre se me incendiaba al contemplarlas. Pero las pequeñas cosas nos devuelven a la tierra. Bastó con que sonara una hora en el reloj del vestíbulo para que me apeara de las estrellas y la luna, empujara una puerta lateral y entrara en casa.

El vestíbulo no estaba oscuro ni iluminado únicamente por la lámpara de bronce colgada en lo más alto. Un cálido resplandor lo bañaba, difundiéndose también por el primer tramo de la escalera de roble. Aquella luz rojiza procedía del gran comedor, cuya doble puerta se hallaba abierta de par en par, dejando ver un soberbio fuego encendido sobre la parrilla; reverberaban sus llamas sobre el mármol de la chimenea y los útiles de hierro sobredorado, al tiempo que exhalaban sobre las cortinas púrpura y el barniz de los muebles un grato resplandor que los embellecía. También ponía de relieve a un grupo de personas arrimadas a la chimenea;

apenas logré distinguirlas, pero cuando estaba cerrando la puerta en una de aquellas voces reconocí la de Adèle.

Me fui directamente al cuarto de la señora Fairfax, donde también había fuego encendido pero no ninguna vela, y además ella no estaba allí. El que sí estaba, en cambio, sentado sobre la alfombra, completamente solo y embebido muy serio en la contemplación de las llamas era un perrazo blanco y negro de largas melenas, muy parecido al Gytrash que me salió al camino. Tan parecido era que me acerqué.

—*¡Pilot!* —le dije.

Y entonces se levantó y empezó a olisquear mis ropas. Le acaricié y vi que agitaba su enorme cola. De todas maneras me parecía una criatura demasiado fantasmal para quedarme a solas con ella, y me pregunté que de dónde habría salido. Toqué el timbre para pedir una vela y sobre todo explicaciones acerca de la aparición de aquel visitante. Se presentó Leah.

—¿Qué hace aquí este perro?

—Vino con el amo.

—¿Con quién?

—Con el amo. Con el señor Rochester. Ha llegado hace poco.

—¿De verdad? ¿Y la señora Fairfax está con él?

—Sí, y la señorita Adèle. Están abajo en el comedor. John ha salido a buscar al médico, porque el amo ha tenido un accidente. Se cayó del caballo y se ha dislocado un tobillo.

—¿Dónde fue? ¿En el camino de Hay?

—Sí, cuando bajaban la cuesta. El caballo resbaló en la escarcha.

—Ya. Pues nada, Leah; haga el favor de traerme una vela.

Volvió Leah con la vela, seguida por la señora Fairfax, quien me proporcionó una segunda versión de la noticia, con la añadidura de que acababa de llegar el médico y ahora estaba con el señor Rochester. Luego se fue a toda prisa para dar órdenes acerca de los preparativos del té. Y yo subí a mi cuarto a quitarme la ropa.

Capítulo XIII

Parece ser que aquella noche, por prescripción facultativa, el señor Rochester se acostó temprano, y tampoco madrugó a la mañana siguiente. Cuando bajó tuvo que atender a varios asuntos: su administrador y algunos aparceros le estaban aguardando para hablar con él.

Desde entonces Adèle y yo nos vimos obligadas a desalojar la biblioteca, que era requerida a diario como sala para recibir a las visitas. En una de las habitaciones de arriba se encendió la chimenea y allí trasladé nuestros libros; aquel sitio quedaba habilitado como aula eventual. A lo largo de la mañana, estuve considerando que ahora Thornfield parecía otra cosa distinta; ya no reinaba aquel silencio como de iglesia. A cada hora o dos las llamadas a la puerta o el ruido de una campanilla rompían con su resonancia la calma de antes, y también se oían pasos por el vestíbulo y timbres de voz desconocidos al servicio de conversaciones nuevas. Era como si la corriente de un arroyo, irrumpiendo desde el mundo exterior, fluyera, a través del vestíbulo, por una casa que ahora tenía dueño. A mí, desde luego, me gustaba más así.

Aquella mañana no fue fácil darle clase a Adèle. Le costaba concentrarse, no hacía más que levantarse y correr a la puerta, desde la cual se asomaba a la barandilla de la escalera esperando divisar al señor Rochester; inventaba pretextos para bajar, pero a mi perspicacia no se le escapaba que lo que quería era entrar en la biblioteca y, como sabía también que allí iba a molestar, acabé enfadándome y obligándola a quedarse sentada y quietecita. Entonces ella se desahogó hablando sin parar de su *«ami, monsieur Édouard Fairfax de Rochester»*, y así vine a

enterarme por primera vez del nombre de pila del amo. Adèle hacía conjeturas sobre los regalos que le habría podido traer, porque la noche anterior, según parece, él insinuó que, cuando llegase su equipaje desde Millcote, tal vez dentro de una cajita se encontrase algo que a la niña podía interesarle.

—*Et cela doit signifier* —me dijo ella— *qu'il y aura là dedans un cadeau pour moi, et peut-être pour vous aussi, mademoiselle. Monsieur a parlé de vous: il m'a demandé le nom de ma gouvernante, et si elle n'était pas une petite personne, assez mince et un peu pâle. J'ai dit qu'oui, car c'est vrai, n'est-ce pas, mademoiselle?*[22]

Mi alumna y yo comimos en el cuarto de la señora Fairfax, como siempre. La tarde se quedó desapacible y con rachas de nieve, así que no salimos del aula. Cuando empezaba a oscurecer, le di permiso a Adèle para que recogiera sus libros y cuadernos y echara a correr escaleras abajo; ahora, a juzgar por el relativo silencio y el cese de llamadas a la puerta, me imaginaba que el señor Rochester ya estaría disponible. Al quedarme sola, me acerqué a la ventana, pero no se veía nada desde allí. Los copos de nieve, unidos a la oscuridad del crepúsculo, espesaban el aire, y hasta los arbustos de la pradera se habían borrado. Corrí las cortinas y me senté junto al fuego.

Estaba dibujando en las claras brasas un paisaje ideal inspirado en un cuadro que recordaba haber visto del Rin a su paso por el castillo de Heidelberg, cuando entró la señora Fairfax. Su irrupción quebró el ardiente mosaico cuyas piezas trataba de juntar y aventó al mismo tiempo algunos pensamientos ingratos y opresivos que empezaban a poblar tumultuosamente mi soledad.

—Al señor Rochester le gustaría que usted y su alumna bajaran al salón a tomar el té con él —dijo—. Ha estado demasiado ocupado durante todo el día y hasta ahora no ha tenido tiempo para expresar su deseo de conocerla.

—¿A qué hora tomaremos el té? —pregunté yo.

—A las seis. Cuando viene al campo adelanta sus horarios. Debía usted cambiarse de vestido; si quiere, la acompaño y la ayudo a abrochárselo. Aquí tiene una vela.

—¿Tengo que cambiarme de vestido?

—Sí. Mejor será. Yo, cuando el señor Rochester está aquí, siempre me visto para bajar por las noches.

Esta ceremonia añadida se me antojó un tanto convencional. Pero no obstante fui a mi cuarto y, ayudada por la señora Fairfax, reemplacé mi traje negro de paño por otro de seda también negro. Era el mejor que tenía y el único adecuado, porque otro gris claro me pareció, según las nociones de moda adquiridas en Lowood, demasiado elegante y digno de reservarse para ocasiones más solemnes.

—Necesita un broche —dijo la señora Fairfax.

No tenía más que uno pequeñito, de perlas, que me había dejado la señorita Temple como recuerdo cuando se marchó. Me lo puse y bajamos juntas la escalera. Tenía tan poca costumbre de tratar con extraños, que el hecho de ser convocada a la presencia del señor Rochester de aquella manera tan formal suponía para mí una prueba. Dejé que la señora Fairfax me precediera en la entrada al comedor e iba tras ella como una sombra cuando lo cruzamos y traspusimos luego (retirando la cortina que lo cubría) el arco que daba acceso al otro elegante aposento.

Sobre la mesa había dos velas de cera encendidas y otras dos sobre la repisa de la chimenea. Al arrimo del chisporroteo y el calor de un fuego magnífico se veía acostado a *Pilot* y a Adèle de rodillas a su lado. Tendido a medias en una otomana y con el pie apoyado en un almohadón, el señor Rochester observaba a la niña y al perro. El fuego le daba de lleno en la cara y reconocí a mi viajero de anchas y pobladas cejas. Limitada por la línea horizontal de su pelo negro, la frente cuadrada parecía más cuadrada aún. Reconocí su tajante nariz, más característica que hermosa, cuyas amplias aletas me parecieron índice de cólera, la boca, barbilla y mandíbula inflexibles (¡qué inflexibles las tres!). En cuanto a su cuerpo, ahora despojado de la capa, me pareció acorde con la solidez de toda su fisonomía. Supongo que de un cuerpo masculino como aquel, ancho de pecho y estrecho de caderas, podría decirse que era hermoso, y desde un punto de vista atlético lo sería, pero no era un tipo alto ni elegante.

El señor Rochester debió de darse perfecta cuenta de que la señora Fairfax y yo acabábamos de entrar, pero no le dio la gana de demostrarlo,

y ni siquiera levantó los ojos cuando nos aproximamos a él.

—Aquí tiene usted a la señorita Eyre, señor —dijo la señora Fairfax en los términos rutinarios que le eran habituales.

Él hizo una pequeña inclinación, pero sin apartar los ojos del grupo formado por la niña y el perro.

—La señorita Eyre puede tomar asiento —dijo.

Y tras el tono al mismo tiempo impaciente y formal de aquel rígido saludo se adivinaba algo que iba más allá de lo expresado, como si quisiera decir: «¿Y a mí qué diablos me importa que haya entrado o dejado de entrar la señorita Eyre? No me apetece entablar conversación con ella en este momento».

Me senté sin la menor violencia. Una acogida refinadamente cortés seguramente me habría cohibido, por no considerarme preparada para corresponder a ella en idénticos términos, pero ante la arbitraria rudeza del señor Rochester no me sentía obligada a nada, sino todo lo contrario, invadida por la grata quietud de saberme en ventaja con relación a la anomalía de aquellos modales. Esto sin contar con que una conducta tan excéntrica picaba mi curiosidad. Tenía interés en ver por dónde iba a salir el señor Rochester.

No salió por ningún sitio, se quedó allí como se habría quedado una estatua, o sea sin decir una palabra ni moverse. A la señora Fairfax debió de parecerle imprescindible que alguien se mostrara expresivo, así que rompió a hablar y, dirigiéndose al señor Rochester con su mezcla habitual de benevolencia y trivialidad, se puso a compadecerlo por el día tan ajetreado que había tenido y lo molesto que le habría resultado atender a sus asuntos con el pie dolorido por el esguince, al tiempo que ensalzaba su tesón y paciencia para soportarlo.

—Quiero tomar el té, señora mía —cortó él por toda respuesta.

Ella se apresuró a tocar la campanilla, y en cuanto llegó la bandeja se dedicó con toda diligencia a repartir tazas y cucharillas. Adèle y yo nos acercamos a la mesa, pero el señor Rochester no se movió de su postura.

—¿Quiere pasarle usted la taza al señor Rochester? —me preguntó la señora Fairfax—. Adèle podría derramarla.

Hice lo que me pedía. Cuando él estaba cogiendo la taza que le tendía, Adèle debió de considerar que había llegado el momento de romper una lanza a mi favor, porque dijo de repente:

—*N'est-ce pas, monsieur, qu'il y a un cadeau pour mademoiselle Eyre dans votre petit coffre?*[23]

—¿Quién ha hablado de *cadeaux*? —dijo él malhumorado—. ¿Esperaba usted que le regalara algo, señorita Eyre? ¿Le gustan los regalos?

Y me miró a la cara con unos ojos negros airados y penetrantes.

—Mal lo puedo saber, señor, porque no tengo costumbre de recibirlos. He oído decir que suelen considerarse agradables.

—¡Ha oído decir! ¿Pero usted qué dice?

—Tendría que tomarme tiempo para pensar una respuesta que mereciera su aprobación. Un regalo puede verse bajo múltiples aspectos, ¿no? Y antes de opinar acerca de su naturaleza hay que examinarlos todos.

—Veo, señorita Eyre, que no es usted tan espontánea como Adèle. Ella en cuanto me ve me pide un *cadeau* a voz en cuello, y usted en cambio se anda con rodeos.

—Claro, porque yo confío menos que ella en mis merecimientos. Adèle puede apelar a la antigua amistad que los une y al derecho que da la costumbre, si es verdad, como dice, de que usted siempre le ha comprado juguetes. Pero si yo tuviera que defender mi causa, me vería en un aprieto, porque soy una extraña para usted y no he hecho nada digno de recompensa.

—Bueno, tampoco caiga usted en la falsa modestia. He estado hablando con Adèle y he visto que se está usted tomando muy en serio la labor de educarla. No es brillante ni tiene muchas dotes, y sin embargo ha hecho notables progresos en poco tiempo.

—Ya me ha regalado usted mi *cadeau*, señor, y le quedo agradecida. Es el premio más apreciado por todos los profesores: que alguien alabe el progreso de sus alumnos.

El señor Rochester emitió una especie de gruñido y siguió tomando su té en silencio. Luego, cuando se llevaron la bandeja y la señora Fairfax se acomodó en un rincón con su labor de punto, Adèle me cogió de la mano y

me llevó de acá para allá por el salón, enseñándome los valiosos libros y adornos diseminados por consolas y estanterías.

—Venga aquí, cerca del fuego —dijo el amo.

Y le obedecimos, como era nuestra obligación. Adèle quería sentarse en mis rodillas, pero él la mandó a jugar con *Pilot*.

—¿Lleva usted viviendo en mi casa tres meses? —me preguntó.

—Exactamente, señor.

—¿Y de dónde venía?

—De un colegio que hay en Lowood, en el condado de…

—Ya. Un establecimiento de carácter benéfico. ¿Y cuánto tiempo pasó allí?

—Ocho años.

—¿Ocho años? Bien puede decirse que le tiene usted apego a la vida. Un sitio como ese habría acabado con la salud de cualquiera en la mitad de tiempo. No me extraña que tenga usted ese aire como de otro mundo. Me preguntaba con asombro que de dónde habría sacado un rostro como el que tiene. Cuando me salió al encuentro ayer en el camino de Hay, me vinieron a la memoria no sé por qué los cuentos de hadas y estuve a punto de preguntarle si había embrujado usted a mi caballo. Y todavía lo estoy dudando, no crea. ¿Quiénes son sus padres?

—No tengo.

—¿Y a que nunca los ha tenido? ¿Se acuerda de ellos?

—No.

—Claro, ya decía yo. Entonces, lo que hacía sentada en aquella cerca era esperar a su gente, ¿verdad?

—¿A qué gente, señor?

—A los hombrecillos de verde[24]. Les gustan las noches de luna llena. ¿Fue por culpa de haber interrumpido una de sus reuniones por lo que usted me echó sobre la calzada aquella escarcha maldita?

Yo negué con la cabeza.

—Los hombrecillos de verde, señor, abandonaron en masa Inglaterra hace cien años —dije, imitando la seriedad con que él me había hablado —. Ni siquiera en el camino de Hay ni en los bosques que lo rodean puede

encontrarse rastro de ellos. Me temo que ninguna luna de verano, otoño ni invierno volverá a resplandecer sobre sus jolgorios.

La señora Fairfax había dejado caer su labor y con las cejas levantadas parecía estarse preguntando con estupor por la índole de una conversación como aquella.

—Bueno —resumió el señor Rochester—. Si carece de padres, tendrá algún otro familiar. ¿Algún tío, quizá, o alguna tía?

—Pues no, no conozco a ninguno.

—¿Y casa?

—No tengo casa.

—¿Dónde viven sus hermanos o sus hermanas?

—No tengo hermanos ni hermanas.

—¿Y quién le aconsejó venir aquí?

—Nadie. Puse un anuncio y recibí contestación de la señora Fairfax.

—Es verdad —aseguró la buena señora, que al fin parecía vernos pisar por terreno conocido—. Y yo todos los días le doy gracias a la Providencia por el acierto que tuve al elegirla. La señorita Eyre ha supuesto para mí una compañía inapreciable y para Adèle una profesora tan exigente como cariñosa.

—No se moleste en describírmela —contestó el señor Rochester— ni en influirme con sus elogios. Ya la juzgaré yo por mi propia cuenta. Para empezar, hizo resbalar a mi caballo.

—¿Cómo, señor? —preguntó la señora Fairfax.

—Sí, mi esguince tengo que agradecérselo a ella.

La señora Fairfax parecía perturbada.

—Señorita Eyre —continuó él—, ¿ha vivido alguna vez en una ciudad?

—No, señor.

—¿Se ha relacionado con mucha gente?

—Solo con las alumnas y las profesoras de Lowood. Bueno, y ahora con los habitantes de esta casa.

—¿Ha leído mucho?

—Simplemente los libros que han caído en mis manos, pero no han sido muchos ni demasiado profundos.

—Ha llevado usted una vida de monja, así que por lo menos será una experta en cuestiones religiosas. El señor Brocklehurst, que es quien dirige Lowood según tengo entendido, es un clérigo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y ustedes, las chicas, lo adorarían, supongo, como adoran las monjas de un convento a su padre espiritual.

—De ninguna manera.

—¡Qué fría es usted! ¡De ninguna manera, dice! ¿Y eso? ¿Dónde se ha visto que una novicia no venere a su padre espiritual? Suena a blasfemia.

—No me gustaba nada el señor Brocklehurst, y no era la única en sentir ese rechazo. Es un hombre duro, ampuloso, entrometido. Nos hizo pelar al cero a todas las chicas, y nos compraba unas agujas y un hilo tan malos que casi no podíamos coser, y todo porque decía que era más barato.

—Es un concepto muy equivocado de la economía —intervino la señora Fairfax, capaz al fin de seguir nuevamente el hilo de nuestro diálogo.

—¿Y esos son los cargos fundamentales que le hacen reo de culpabilidad? —preguntó el señor Rochester.

—Nos mataba de hambre, durante el tiempo en que llevó él solo la administración, antes de que nombraran un comité. Y nos agobiaba una vez a la semana con insoportables sermones, y por la noche con lecturas horribles que elegía, de muertes fulminantes y del Juicio Final, nos acostábamos muertas de miedo.

—¿Qué edad tenía usted cuando llegó a Lowood?

—Unos diez años.

—Y dice que se pasó allí ocho; o sea que tiene usted dieciocho años.

Asentí.

—Ya ve usted lo útil que resulta la aritmética —prosiguió—. Sin su ayuda, a mí me habría sido difícil calcular su edad. Es un asunto arduo cuando los rasgos y la expresión del semblante están tan atenidos a mudanza como en su caso. Y dígame, ¿qué le enseñaron en Lowood? ¿Aprendió a tocar?

—Un poco.

—Me lo esperaba, es la respuesta tópica. Vaya a la biblioteca… Bueno, he querido decir «por favor», perdone mi tono ordenancista, estoy acostumbrado a mandar que se hagan las cosas y verlas hechas inmediatamente. No voy a alterar mis costumbres de siempre por consideración a un nuevo huésped… En fin, le pido que vaya a la biblioteca y se siente al piano a tocar algo. Llévese una vela y deje la puerta abierta.

Me dirigí hacia allá y cumplí sin rechistar todas sus órdenes.

—¡Basta! —gritó al cabo de unos minutos—. Toca usted «un poco», sí, ya lo veo. Como cualquier otra chica de cualquier otro colegio inglés, tal vez algo mejor que algunas. Pero no bien.

Cerré el piano y volví sobre mis pasos.

—Adèle me enseñó esta mañana unos dibujos hechos por usted —continuó el señor Rochester—. Bueno, es lo que ella dice, pero yo no estoy seguro de que los haya hecho usted sola. Supongo que la ayudaría un profesor, ¿no?

—¡De ninguna manera! —exclamé.

—Vaya, ahí le asoma el orgullo. Pues tráigame la carpeta, pero solo si me garantiza que son originales, y no se moleste en mentirme porque reconozco las chapuzas.

—Entonces, mejor que no diga nada, señor, y que los juzgue por sí mismo.

Fui a buscar la carpeta a la biblioteca y se la traje.

—Acérquenme la mesa —dijo.

Yo se la arrimé al sofá, y tanto Adèle como la señora Fairfax acudieron para ver mis pinturas.

—¡No se aglomeren! —dijo el señor Rochester—. Vayan cogiendo los dibujos cuando yo los acabe de mirar. Pero no quiero ver sus caras pegadas a la mía.

Examinó cada uno de mis trabajos con deliberada atención. Se quedó con tres. Los otros los apartó, después de haberlos mirado.

—Llévenselos a la otra mesa, señora Fairfax —dijo—. Y allí los puede ver tranquilamente con Adèle. Y en cuanto a usted —añadió mirándome —, vuelva a sentarse y conteste a mis preguntas. Me he dado perfecta

cuenta de que estas pinturas han salido de una sola mano y la misma. ¿Esa mano es la suya?

—Sí.

—¿Y de dónde sacó el tiempo para llevarlos a cabo? Son de los que llevan mucho tiempo y no poca cavilación.

—Los hice durante las dos últimas vacaciones que pasé en Lowood, cuando no tenía nada mejor que hacer.

—¿Y de dónde los copió?

—De ningún sitio, los saqué de mi cabeza.

—¿De esa cabeza que miro ahora sobre sus hombros?

—La misma, señor.

—¿Y le quedan dentro todavía otros muebles por el estilo?

—Espero que sí, y me atrevería a decir que mejores.

Volvió a desplegar los dibujos ante sus ojos y los contemplaba uno por uno.

Mientras él se queda embebido en esa ocupación, yo te describiré, lector, de qué tratan. Lo primero que quiero dejar sentado es que no son ninguna maravilla. Los temas, eso sí, se presentaron fulgurantes a mi alma: y tal como los contemplé con los ojos del alma antes de intentar darles cuerpo eran asombrosos. Pero mi mano no fue capaz de seguir a mi imaginación, y en ninguno he logrado obtener más que un pálido retrato de aquello que concebí.

Los tres que prefirió el señor Rochester eran acuarelas. La primera representaba un grupo de nubes bajas y amoratadas rodando sobre un mar borrascoso; la lejanía estaba eclipsada, y también un poco el primer plano, o mejor dicho las grandes olas cercanas, porque tierra no había. Un tenue resplandor ponía de relieve los perfiles de un navío medio hundido, sobre el cual se había posado un gran cuervo negro con las alas salpicadas de espuma. En el pico llevaba una pulsera adornada con piedras preciosas, dibujadas con el mayor detalle de que era capaz mi lápiz y teñidas con los colores más brillantes de mi paleta. Flotando bajo el pájaro y el navío, se vislumbraba el cadáver de un ahogado a través del agua verdosa; el único miembro bien visible era un delicado brazo del cual había sido arrancada la pulsera o barrida por los embates del mar.

La segunda acuarela no mostraba en primer plano más que el pico desolado de una colina con algunas hierbas y ramas inclinándose hacia ella como a impulsos de la brisa. Más allá y alrededor se esparcía inabarcable un cielo azul oscuro como de crepúsculo, y surgiendo de su seno destacaba el busto de una mujer en tonos difuminados, los más sutiles que conseguí someter a la mezcla. La nebulosa frente estaba coronada por una estrella, y los rasgos del rostro, donde brillaban unos ojos oscuros y bravíos, se veían como a través de un baño de vapor. El cabello brotaba sombrío a modo de opaca nube desgarrada por la tormenta o herida por el rayo. Por su cuello resbalaba un pálido reflejo lunar, y aquel mismo apagado fulgor alcanzaba a la hilera de nubes delgadas de entre las cuales e inclinada sobre ellas surgía esta visión de la Estrella Vespertina.

La tercera acuarela representaba la punta de un iceberg agujereando un cielo de invierno en el círculo polar. Un grupo de luces norteñas levantaban sus borrosas lanzas aglomeradas a lo largo del horizonte. En primer plano, eclipsándolas, aparecía una cabeza de colosal tamaño apoyada contra el iceberg. Unas manos delgadas se enlazaban sujetando la frente y mantenían desplegado ante el rostro un negro velo. Lo único visible era la frente anémica de color hueso y un ojo hundido y fijo vacío de expresión si se exceptúa cierta desesperación vidriosa. Por encima de la frente, entre los repliegues de un turbante negro a modo de guirnalda que parecía tener consistencia de nube, brillaba una aureola de llamas blancas, esmaltadas por un estallido de luz de un tinte cárdena. Aquella media luna era «la imagen de una corona real», y lo que quedaba ceñido por ella era «la forma sin forma»[25].

—¿Era usted feliz cuando pintaba? —me preguntó de pronto el señor Rochester.

—Estaba absorta, embebida, señor. Y sí, me sentía feliz. Pintar, en una palabra, me ha deparado uno de los más intensos placeres que me ha sido dado conocer en la vida.

—Eso no es decir mucho. Sus placeres, por lo que ha contado antes, han sido más bien escasos. Pero sí creo que debió de vivir en una especie de paraíso soñado, cuando mezcló y combinó estos insólitos matices. ¿Trabajaba muchas horas al día?

—Es que no tenía nada mejor que hacer, porque era época de vacaciones. Me ponía a ello muy temprano, sí, y no lo dejaba hasta la noche. En verano se alargan los días y eso favorecía la intensidad de mi dedicación.

—¿Y se sentía luego satisfecha del resultado de sus ardientes esfuerzos?

—Ni mucho menos. Me atormentaba comprobar el contraste entre lo que había imaginado y lo que mi mano plasmaba. Siempre se me ocurren cosas que sobrepasan mis capacidades de expresión.

—No estoy de acuerdo. Ha captado la sombra de su sueño. Tal vez solo eso, pero aunque aún no haya llegado a desarrollar plenamente sus dotes artísticas, estos trabajos son insólitos para estar hechos por una joven aficionada. En cuanto a las visiones que revelan, pertenecen al mundo de la magia. Los ojos de esa Estrella de la Tarde tiene que haberlos visto usted en sueños. ¿Cómo podrían parecer tan claros, cuando apenas brillan, si no fuera porque el planeta que los domina reprime su fulgor? ¿Y qué significado se adivina bajo su solemne oscuridad? ¿Y quién le enseñó a pintar el viento? Porque mire, está soplando un viento huracanado en este cielo, contra el pico de esta cumbre desolada. ¿Ha estado alguna vez en Latmos? Porque esto es Latmos… En fin, ¡llévese sus dibujos! —Apenas había tenido tiempo de atar las cintas de mi carpeta, cuando él miró el reloj y dijo bruscamente—: Son las nueve, señorita Eyre. No sé en qué está usted pensando para permitir que Adèle siga levantada. Llévela inmediatamente a la cama.

Adèle, antes de dejar la habitación, se acercó a darle un beso, cuya caricia él soportó, aunque sin dar más muestras de complacencia de las que habría dado Pilot; incluso menos.

—Les deseo a todas muy buenas noches —dijo, al tiempo que señalaba la puerta con un ademán bastante significativo de que nos estaba despidiendo porque se había aburrido de vernos allí.

La señora Fairfax recogió su labor, yo mi carpeta, le saludamos con una pequeña inclinación, a la que correspondió con gesto glacial, y nos retiramos.

—Dijo usted que el señor Rochester no llamaba la atención por nada en particular —le comenté a la señora Fairfax cuando me reuní con ella en su cuarto, después de haber acostado a Adèle.

—¿Y usted le ve algo de particular?

—Ya lo creo. Es variable y rudo.

—Sí, seguramente causará esa impresión en un extraño; pero yo estoy tan habituada a su manera de ser que ni lo noto. Además, si tiene alguna rareza, hay que perdonársela.

—¿Y eso por qué?

—En primer lugar porque son cosas de su carácter y nadie tiene la culpa del carácter que le ha tocado en suerte, y luego porque sufre y son sus pensamientos los que le atormentan y provocan esos altibajos de humor.

—¿Por qué sufre?

—Problemas de familia sobre todo.

—Pero si no tiene familia.

—Ahora no, pero la tuvo. Por lo menos parientes. A su hermano mayor lo perdió hace algunos años.

—¿Tenía un hermano mayor?

—Sí. El actual señor Rochester no lleva tanto siendo el dueño de esta heredad, solo unos nueve años.

—Nueve años es un periodo bastante considerable de tiempo. ¿Tanto quería a su hermano como para seguir atormentado por su muerte?

—Bueno, no sé. Quizá no. Tengo entendido que se llevaban mal. El señor Rowland Rochester creo que no se portó como es debido con el señor Edward y que hasta pudo encizañar a su padre contra él. El viejo Rochester era bastante agarrado y estaba obsesionado por mantener unidas las propiedades familiares. No quería dividirlas, pero quería al mismo tiempo que el señor Rowland dispusiese de dinero para dar lustre a su apellido. Así que cuando cumplió la mayoría de edad se emprendieron ciertas diligencias bastante injustas, de donde vino la disensión. El padre y el hijo mayor se aliaron contra el señor Edward y le pusieron en el doloroso brete de tener que buscarse la vida y hacer fortuna por su cuenta. No sé exactamente lo que pasó, pero sí que dio pie a una situación

humillante y una grave crisis. No es hombre que perdone fácilmente, rompió con su familia y durante muchos años padeció las estrecheces y carencias de una vida inestable. Cuando luego su hermano murió sin testamento y él se convirtió en el dueño absoluto de Thornfield, ya no le tenía apego a esto. No aguanta aquí ni quince días seguidos. Y yo comprendo que se le caiga encima, que esté deseando escapar.

—¿Por qué?

—Puede que lo encuentre lúgubre.

Era una respuesta evasiva, y a mí me habría gustado recibir otra más clara. Pero la señora Fairfax o no podía o no quería proporcionarme informes más explícitos sobre las desgracias del señor Rochester, su origen y su índole. Afirmó que para ella también eran un misterio y que todo lo que sabía se apoyaba en conjeturas. Desde luego era evidente que quería cambiar de conversación, así que no le hice más preguntas.

Capítulo XIV

Durante los días que siguieron, vi poco al señor Rochester. Por las mañanas estaba muy ocupado, al parecer, despachando sus asuntos, y por las tardes solían venir a visitarle diversos caballeros de Millcote o de sus cercanías, a los que a menudo invitaba a cenar. Cuando el esguince de su pie mejoró lo bastante para permitirle el ejercicio ecuestre, salía a caballo y estaba mucho tiempo fuera. Supongo que iría a devolver las visitas recibidas, porque muchas veces no regresaba hasta bien entrada la noche.

En ese intervalo de tiempo ni siquiera requirió la presencia de Adèle, y el único trato que tuve con él se redujo a algún encuentro casual en el vestíbulo, la galería o la escalera. Cuando esto ocurría, solía pasar junto a mí con aire frío y superior, todo lo más me saludaba con una mirada indiferente y una altiva inclinación de cabeza, aunque otras veces mostraba una expresión más afable. A mí sus cambios de humor no me ofendían porque comprendí que yo no tenía que ver con unos altibajos cuya alternancia dependía de causas totalmente ajenas a mi persona.

Un día en que se quedó gente a cenar, pidió que le bajaran mi carpeta de dibujos, supongo que para enseñársela a sus invitados. Ellos se marcharon pronto porque, según me contó la señora Fairfax, tenían una reunión en Millcote, pero el señor Rochester no se animó a acompañarlos al ver que se había quedado una noche lluviosa e inclemente. Poco después de quedarse solo, sonó la campanilla y me llegó un recado de su parte: quería que Adèle y yo bajáramos a hacerle compañía. Cepillé el cabello de Adèle, la adecenté un poco y luego, comprendiendo que en mi habitual atuendo puritano había poco que retocar de puro cerrado y simple, y que

tampoco mis trenzas recogidas mostraban un solo pelo fuera de su sitio, nos dispusimos a bajar. Adèle se preguntaba si el *petit coffre*[26] habría llegado por fin, porque su transporte a Thornfield se estaba retrasando a causa de no sé qué fallo. Sus afanes se vieron aplacados. Cuando entramos en el comedor, vimos encima de la mesa una caja de cartón, que Adèle pareció reconocer instintivamente.

—*Ma boîte, ma boîte!*[27] —se puso a gritar, corriendo hacia ella.

—Sí, hija legítima de París, aquí tienes por fin tu *boîte*, cógela, vete a un rincón y disfruta sacándole las tripas —dijo el señor Rochester entre grave y sarcástico, desde las profundidades de un sillón arrimado al fuego —. Pero por favor, ahórrame los detalles de esa operación quirúrgica y la descripción de sus entrañas. Que el proceso se desarrolle en silencio, *tiens-toi tranquille, enfant; comprends-tu?*[28]

Adèle no parecía necesitar mucho aquella advertencia. Enseguida se había apartado con su tesoro a un sofá y estaba atareadísima tratando de desatar las cintas que aseguraban la tapadera. Por fin logró desembarazarse de tales impedimentos y levantó unos papeles de seda plateados que envolvían el contenido.

—*Oh ciel! Que c'est beau!*[29] —se limitó a exclamar, extasiada en la contemplación del regalo.

—¿Está por ahí la señorita Eyre? —preguntó ahora el amo, incorporándose a medias en su asiento y lanzando una mirada hacia la puerta, junto a la cual yo permanecía de pie.

Luego acercó un asiento al suyo y prosiguió.

—Venga aquí y siéntese. No estoy acostumbrado al parloteo de los niños, ni su balbuceante jerga provoca en un solterón como yo conexiones sugerentes. Pasarme una tarde entera *tête-à-tête* con un crío no lo podría aguantar. No ponga su sillón tan lejos, señorita Eyre, siéntese exactamente donde yo le he indicado, si no le importa, quiero decir. ¡Malditas reglas de educación! Siempre se me olvidan. Tampoco siento una marcada predilección por las viejas ñoñas. Por cierto, a la que vive aquí hay que llamarla, no la puedo desairar. Es una Fairfax, o se casó con uno que llevaba el apellido, y dicen que la sangre obliga.

Llamó y mandó recado a la señora Fairfax, invitándola a bajar; invitación a la que ella obedeció enseguida. Cuando el señor Rochester la vio aparecer con su cesta de labor se dirigió a ella en estos términos:

—Buenas noches, señora Fairfax. La he mandado llamar para hacerle una proposición que entraña una obra de caridad. Le he prohibido a Adèle que me hable de sus regalos, y está estallando de ganas de soltar la lengua. Tenga la bondad de servirle de oyente e interlocutora; será una de las acciones más benéficas que haya llevado usted nunca a cabo.

Adèle, de hecho, en cuanto había visto entrar a la señora Fairfax, la había llamado para que se sentara con ella en el sofá y ya le estaba llenando el regazo con los objetos de porcelana, cera y marfil que iba sacando de la caja, mientras se le atropellaban los comentarios apasionados en el inglés chapurreado con que se defendía.

—Y ahora que he cumplido con mi papel de perfecto anfitrión —prosiguió el señor Rochester—, poniendo en contacto a mis invitadas para que se diviertan una con otra, creo que puedo tomarme la libertad de atender a mi propio disfrute. Arrastre su asiento todavía un poco más acá, señorita Eyre, está aún demasiado lejos de mí. No puedo verla bien sin cambiar de postura en el sillón, y no pienso hacerlo, estoy muy cómodo así.

Hice lo que me pedía, aunque me hubiera gustado mucho más quedarme un poco en la sombra. Pero el señor Rochester tenía una forma tan indiscutible de dar órdenes que parecía natural obedecerle en el acto.

Estábamos, como ya he dicho, en el comedor. La araña de cristal que había sido encendida para la cena derramaba a raudales sobre la habitación un generoso resplandor de fiesta. Las llamaradas de la chimenea eran claras y de un rojo vivo, ricos cortinajes de color púrpura caían en pliegues enmarcando el alto ventanal y el arco aún más alto que daba al salón; todo era quietud, solo interrumpida por la amortiguada charla de Adèle (la cual no se atrevía a hablar alto) y por la lluvia invernal que, durante las pausas, se oía azotando los cristales.

El señor Rochester, sentado en su sillón tapizado de damasco, parecía otra persona distinta de la que yo había visto hasta ahora, no tan severa y mucho menos hosca. Una sonrisa dulcificaba sus labios y los ojos le

resplandecían, no sé si a causa de haber bebido, aunque me pareció probable. Estaba poseído, en fin, por un humor de sobremesa, que en comparación con la adustez y antipatía de que hacía gala por las mañanas resultaba expansivo, ocurrente, cordial y sobre todo mucho más desinhibido. No obstante, se mantenía serio, con la sólida cabeza descansando en el respaldo guateado del sillón, mientras el fulgor de las llamas iluminaba sus facciones como esculpidas en granito y sus enormes ojos oscuros. Porque eran muy oscuros, y además de bellísimos no carentes a ratos de algo que afloraba de sus profundidades y que, si no era un rastro de dulzura, se le parecía mucho.

Tras permanecer unos minutos contemplando el fuego, mientras yo le miraba a él, de pronto se volvió inesperadamente hacia mí y me pilló con los ojos fijos en su fisonomía.

—¿Me está usted sometiendo a examen, señorita Eyre? —preguntó—. ¿Le parezco guapo?

De haber tenido tiempo para pensarlo, habría dado a su pregunta una respuesta evasiva, convencional y acorde con las reglas de la cortesía. Pero la que le di se me escapó de los labios sin querer.

—No, señor.

—¡Vaya con la monjita! —exclamó—. Le doy mi palabra de que hay algo peculiar en usted. Porque tiene, en efecto, aire de monjita, estrafalaria, ensimismada, seria e inofensiva, sentada ahí con las manos cruzadas y los ojos fijos en la alfombra, menos cuando los levanta para mirarme de plano a mí; pero cuidado con la monjita, porque, cuando le preguntas algo o le haces una advertencia que se siente obligada a comentar, suelta una réplica rotunda que aunque no hiera por lo menos choca. ¿Qué ha querido usted decir?

—He sido demasiado espontánea, señor, y le pido excusas. Debía haberle contestado que no es fácil opinar a bote pronto acerca de la apariencia, que sobre gustos no hay nada escrito y que la belleza no tiene importancia; en fin, algo así.

—No estoy de acuerdo en que hubiera sido mejor una respuesta de ese tipo. ¡Ya lo creo que la belleza tiene importancia! De manera que, al pretender dulcificar su ofensiva opinión, en vez de transmitirme alivio y

tranquilidad, lo que hace es asestarme una puñalada bajo el oído. Vamos a ver, ¿qué defectos me encuentra? Dígamelo, por favor. Yo creo que ni en mis miembros ni en mis facciones falta ningún elemento esencial de los que caracterizan a un hombre.

—Permítame, señor Rochester, que dé por no pronunciada mi anterior opinión. No pretendía en absoluto suscitar una polémica. Fue una torpeza, eso es todo.

—Yo también lo creo, y le va a tocar pagarla. A ver, critíqueme. ¿No le gusta mi frente?

Había apartado las oscuras ondas de pelo que caían sobre ella en sentido horizontal, y quedaba ahora al descubierto, destacando en el macizo que alberga los órganos del intelecto, una brusca hendidura de donde estaba ausente la bienhechora marca de la clemencia.

—¿Me considera necio, señorita?

—No, todo lo contrario. Pero aun a riesgo de parecerle mal educada, déjeme hacerle, a mi vez, una pregunta. ¿Es usted un filántropo?

—¡Ya estamos otra vez! Cuando parecía a punto de acariciarme la cabeza, ya me está soltando otra puñalada. Sé por qué lo dice, por haberle confesado yo que no me gustan los niños ni las viejecitas. (Por cierto, vamos a bajar la voz). Pues no, damisela, no tiendo a la filantropía, pero desarrollo, en cambio, la conciencia. —Y al decir estas palabras, señalaba las protuberancias donde, según cuentan, se alberga esa facultad y que, afortunadamente para él, eran bastante acusadas y dotaban de una notable amplitud a la parte superior de su cabeza—. Y además —continuó— hubo un tiempo en que mi corazón conoció una especial ternura mezclada de rudeza. Cuando tenía la edad de usted, era un chico bastante sensible, preocupado por los marginados, por los que no encuentran cobijo ni conocen la dicha. Pero luego la suerte me trató mal, a veces a puñetazos, y ahora de lo único que me jacto es de ser duro y resistente como una pelota de caucho, aunque esa masa impermeable esté marcada aún por una o dos grietas. Así es. ¿Queda en medio de todo esto alguna esperanza para mí?

—¿Esperanza de qué, señor?

—De que la pelota de caucho acabe convirtiéndose en un ser de carne y hueso.

«Ya no me cabe duda de que ha bebido más de la cuenta», pensé. Y no sabía qué contestar a una pregunta tan rara. ¿Cómo iba yo a adivinar si era capaz o no de aquella resurrección?

—Parece usted muy desconcertada, señorita Eyre. Y aunque no es usted más guapa que yo, le favorece ese aire de perplejidad. Y además a mí me conviene, porque mantiene sus ojos fiscalizadores alejados de mi fisonomía, embebidos como están en la contemplación de la alfombra floreada, así que adelante con su desconcierto. Esta noche, jovencita, he decidido ser simpático y comunicativo.

Tras aquella declaración, se levantó de la butaca y se quedó de pie ante mí, con el brazo apoyado en la repisa de mármol de la chimenea. En aquella postura exhibía tanto su cuerpo como su rostro y quedaba patente la insólita amplitud del tórax, casi desproporcionado en comparación con su talla. Estoy convencida de que mucha gente podría haberlo considerado un hombre feo, pero era tan involuntaria su altivez, tan natural su comportamiento y tal la despreocupación que mostraba por su apariencia externa en contraste con la orgullosa importancia que —para paliar su falta de atractivo— daba a otras cualidades intrínsecas o fortuitas que, al mirarlo, era inevitable compartir su indiferencia; pero al mismo tiempo, de una manera ciega y defectuosa, también su confianza.

—He decidido ser simpático y comunicativo esta noche —repitió—, y por eso la mandé llamar. Ni el fuego de la chimenea ni la luz de la lámpara me hacen suficiente compañía, y tampoco *Pilot*, porque ninguno de ellos habla. Adèle los aventaja un poquito, pero no da la talla, y ya no digamos la señora Fairfax. Usted, si quiere, puede valerme. La primera noche que la invité a bajar me dejó bastante perplejo. Desde entonces casi la había olvidado; otros pensamientos barrieron el suyo de mi memoria. Pero esta noche he decidido sentirme a gusto, licenciar lo desagradable y apelar a lo placentero. Me gustaría que se mostrara más abierta, saber más cosas de usted. Así que le cedo la palabra.

En vez de hablar esbocé una sonrisa que no debió de reflejar ni complacencia ni sumisión.

—¡Hable! —insistió.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre lo que le dé la gana. Dejo enteramente a su arbitrio el tema y el tratamiento.

Como consecuencia seguí sin abrir la boca. «Si espera que rompa a hablar por hablar o para lucirme, se va a enterar de que conmigo se ha equivocado», pensé.

—¿Es usted muda, señorita Eyre?

Seguía muda. Él entonces inclinó la cabeza ligeramente hacia mí y parecía bucear en mis ojos mediante una fugaz exploración.

—¿Obstinada? —dijo—. Y también fastidiada. Bueno, no me extraña. Le he planteado mi petición de una forma absurda y más bien insolente. Acepte mis excusas, señorita Eyre. El problema está, se lo diré de una vez, en que intento no tratarla como a un ser inferior. Quiero decir —rectificó —, apelando simplemente a la superioridad que me confiere una diferencia de veinte años entre su edad y la mía, y la ventaja de sacarle cien de experiencia. Esto es legítimo, *et j'y tiens*[30] como diría Adèle. Tan solo en nombre de esa prerrogativa de superioridad, le pido que tenga la bondad de hablar un poco conmigo esta noche y distraerme de unos pensamientos gastados de puro darle vueltas a lo mismo, un asunto ulcerado cual clavo corroído por la herrumbre.

Se había dignado darme explicaciones, me había brindado casi una disculpa. Y yo ni era insensible a su condescendencia ni quise aparentar lo contrario.

—De muy buena gana trataré de entretenerlo, señor, si soy capaz. Pero no puedo iniciar yo el tema, porque desconozco sus preferencias. Sea usted, pues, quien haga las preguntas, y yo haré todo lo que esté en mi mano para contestarlas.

—Pues entonces, antes de nada, ¿está de acuerdo en que tengo derecho, por los motivos que he expuesto, a ser un poco dominante, rudo y hasta exigente a veces? Es decir, porque podría ser su padre, me he enfrentado a muchas vicisitudes con gentes de nacionalidades diversas y he corrido medio mundo mientras usted no se movía de casa ni conocía a nadie que rebasara los límites de un grupo reducido.

—Como usted diga, señor.

—¡Uf, qué respuesta tan rápida! Pero no voy a admitirla, porque no sirve para defender mi causa, ya que he aprovechado ambas ventajas de forma insuficiente por no decir equivocada. Así que vamos a dejar aparte lo de mi superioridad, y ahora le pregunto: ¿se avendría usted a obedecer mis órdenes de vez en cuando, porque sí, sin sentirse herida ni humillada por cierto retintín autoritario? ¿Me concede eso?

Esbocé una sonrisa, mientras pensaba para mis adentros que aquel señor Rochester era bastante peculiar. Parecía olvidarse de que me pagaba treinta libras anuales por obedecer sus órdenes.

—Esa sonrisa me gusta —dijo él, que la había captado inmediatamente, aunque fue fugaz—. Pero diga algo, además.

—Estaba pensando, señor, que pocos amos se preocuparían de investigar si sus asalariados se sienten ofendidos al recibir órdenes o las acatan de buen grado.

—¡Asalariados! Bueno, claro, me había olvidado de que recibe un salario. De acuerdo, pues partiendo de esa base, ¿me permite fanfarronear un poco?

—No, señor, sobre esa base no. Sí, en cambio sobre la base de que lo había olvidado usted, y de que le importa saber si la gente a quien paga vive a gusto o no esa dependencia. Eso ya es otra cosa.

—¿Y está dispuesta a ahorrarme una serie de fórmulas y frases convencionales, sin considerar su omisión como síntoma de insolencia?

—Puede estar seguro, señor, de que nunca confundiré la falta de ceremonia con la insolencia; la primera incluso me gusta, mientras que ninguna criatura nacida libre se plegaría a la segunda ni por dinero.

—¿Qué dice? La mayoría de los seres nacidos libres aguantan lo que sea por dinero; así que refiérase a sí misma, pero no se atreva a generalizar sobre lo que no conoce ni de oídas. A pesar de todo, en mi fuero interno la felicito por su respuesta, aunque tanto en el fondo como en la forma sea incorrecta. Ha hablado con franqueza y espontaneidad, monedas de uso poco corriente. Suelen ser, por el contrario, la afectación, la frialdad y la interpretación torcida las recompensas que recibe el candor. Entre trescientas colegialas o institutrices inexpertas ni tres me habrían contestado como usted acaba de hacerlo. Pero tampoco quiero halagar su

vanidad; si está usted fabricada con otro molde distinto, el mérito no es suyo, sino de la Naturaleza. Además no quiero establecer conclusiones apresuradas; por lo que he visto, me parece usted mejor que otras, pero también puede que tenga defectos imperdonables que contrarresten su parte buena.

«Y a usted también le puede pasar lo mismo», pensé para mis adentros.

Nuestras miradas se cruzaron justo cuando lo estaba pensando y fue como si lo hubiera leído en mis ojos, como si aquella frase, además de cruzar por mi cabeza, hubiera sido formulada. Y me contestó a ella.

—Sí, de acuerdo —dijo—, tiene usted razón. Yo también estoy plagado de defectos. Lo sé, y no pretendo disculparlos, se lo aseguro; Dios me permita no ser tan intransigente con los ajenos. Hay una serie de episodios de mi vida pasada cuyo colorido (contemplado a solas en mi fuero interno) bien podría provocar el oprobio y la censura de mis semejantes. El camino que emprendí o al que me arrojaron (prefiero la segunda versión porque a los pecadores nos gusta echarle la culpa de nuestras faltas a la mala suerte o a las circunstancias adversas) se torció a los veintiún años y desde entonces nunca he vuelto a meterme por el buen camino. Pero todo pudo haber sido diferente, yo ahora podría ser tan buena persona como usted, casi tan insobornable, y más sabio. La envidio a usted por su paz de espíritu, por lo limpias que tiene la conciencia y la memoria. Una memoria sin tacha ni contaminación, jovencita, debe de ser una fuente inagotable de alivio, un exquisito tesoro, ¿verdad?

—¿Cómo era su memoria, señor, cuando tenía dieciocho años?

—Inmaculada y sana; ninguna corriente de aguas residuales la había convertido en fétido pantano. Era parecido a usted a los dieciocho años, casi igual. La naturaleza, señorita Eyre, me había elegido, en términos generales, para cumplir un destino de hombre bueno y llevarlo al mejor puerto, pero usted misma ve que no ha sido así. Dirá que usted no lo ve, pero yo me jacto de estar leyéndolo en sus ojos. Por cierto, esté atenta a lo que dejan traslucir, porque a mí no se me escapa fácilmente y lo interpreto enseguida. Le juro que no soy un miserable redomado, sería suponerme un encumbramiento inmerecido; no paso de ser un pecador vulgar y corriente, creo que debido más a las circunstancias que a una natural inclinación, un

hombre corroído por los mezquinos excesos de todo tipo en que derrochan su vida los ricos y los inútiles. ¿Le extraña que le confiese esto? Pues sepa que a lo largo de su vida se verá muchas veces, aunque no quiera, elegida por sus amigos como depositaria ideal de confidencias y secretos; la gente adivinará por instinto, como lo he adivinado yo, que lo suyo no es contar cosas de sí misma sino prestar atención a las que le cuentan los demás. Y notarán que los escucha usted sin malevolencia ni crítica, que no los desprecia por indiscretos, que su peculiar simpatía es algo innato, que alienta y consuela porque surge sin trabas.

—¿Y eso cómo lo sabe, señor? ¿Cómo puede adivinar tantas cosas?

—Lo sé seguro, y por eso lo expongo con tanta naturalidad como si estuviera anotando mis impresiones en un diario. Dirá usted que debí de superar las circunstancias adversas, pues sí, pero no lo hice. Cuando el destino me echó la zarpa no tuve la entereza de mantener la sangre fría; caí en la desesperación y de ahí al vicio no hay más que un paso; así que, si actualmente algún degenerado me asquea por su indecencia y ruindad, no puedo jactarme de ser mejor que él y me veo forzado a reconocer que se nos debe medir por el mismo rasero. Ojalá me hubiera mantenido firme, bien sabe Dios cuánto lo desearía. Cuando se sienta tentada por el error, señorita Eyre, que el miedo a los remordimientos le sirva de freno. Los remordimientos son el veneno de la vida.

—Dicen que la contrición es la mejor medicina, señor.

—No, no sirve de nada arrepentirse, solo tal vez reformarse. Y yo podría hacerlo, aún me quedan fuerzas para enderezar mi vida, caso de que… Pero ¿qué sentido tiene acariciar siquiera esa idea, estando como estoy impedido, agobiado, maldito? Además, ya que la felicidad me ha sido irrevocablemente negada, ¿por qué no entregarse al placer? Tengo derecho a exprimírselo a la vida, y lo haré caiga quien caiga.

—No conseguirá, señor, otra cosa sino envilecerse cada vez más.

—Tal vez. Pero si encontrase placeres frescos y sabrosos, ¿en nombre de qué iba a rechazarlos? Y los puedo encontrar, tan dulces, tan recientes como la miel silvestre destilada por las abejas del páramo.

—Le aguijonearán, señor, le dejarán un sabor amargo.

—¿Y usted cómo lo sabe, si nunca ha probado el placer? ¡Hay que ver lo seria y solemne que se pone! Y sabe usted tanto del asunto —añadió, cogiendo un camafeo que había sobre la repisa— como esta cabeza que ve aquí. Una neófita que no ha traspuesto los umbrales de la vida y está en ayunas de sus misterios no es quién para echarme a mí sermones.

—Me limito a recordarle sus propias palabras, señor. Ha dicho antes que el error ocasiona remordimientos de conciencia y que los remordimientos son el veneno de la vida.

—¿Y quién habla de errar en este momento? La noción que ha aleteado en mi cerebro no la considero para nada un error. Creo que tenía más que ver con la inspiración que con la tentación; era original y sedante, estoy seguro. ¡Y ya vuelve a rondarme! No es ningún diablo, esté tranquila, o por lo menos, si lo es, se ha vestido de ángel luminoso. No creo que deba cerrarle la puerta a un huésped tan hermoso cuando llama a mi corazón pidiendo asilo.

—Desconfíe, señor, no es un ángel de verdad.

—Vuelvo a preguntarle que cómo lo sabe. ¿En nombre de qué instinto se siente capacitada para distinguir entre un serafín arrojado a los abismos y un mensajero del trono celestial, entre un embaucador y un guía?

—Mi juicio, señor, se basa en la expresión de su rostro, que me ha parecido reflejar sobresalto cuando ha dicho que la tentación volvía a rondarle. Estoy segura de que si cede usted a ella y le presta atención, labrará su desdicha.

—Nada de eso. Trae consigo el mensaje más gratificante del mundo. Por otra parte, usted no es el guardián de mi conciencia, así que desentiéndase y no sufra. ¡Adelante y bienvenido, hermoso vagabundo!

Decía estas palabras como si se estuviera dirigiendo a una aparición solo visible a sus propios ojos. Luego extendió un poco los brazos y los cruzó contra su propio pecho, fingiendo abarcar con aquel abrazo al personaje invisible.

—Ahora —prosiguió dirigiéndose de nuevo a mí— acabo de recibir al peregrino, una deidad disfrazada, según creo. Ya ha derramado su primer favor sobre mí: mi corazón era una especie de osario y desde ahora será un altar.

—Si quiere que le diga la verdad, señor, ni le entiendo en absoluto ni me considero capaz de seguir su discurso, porque queda por encima de mis alcances. Solo sé una cosa: usted ha dicho que no se considera tan bueno como querría ser y que se arrepiente de sus defectos, y he entendido que suponía un castigo continuo para usted tener la memoria contaminada. Yo creo que, si se lo propone en serio, podrá convertirse en el hombre digno de su aprobación que aspira usted a ser; si de hoy en adelante decide resueltamente ponerse a enderezar sus pensamientos y acciones, en pocos años habrá recolectado una serie de recuerdos intachables, que será grato visitar en el depósito donde los almacene.

—Bien pensado y bien dicho, señorita Eyre. En este momento estoy empedrando el infierno con mis energías.

—¿Cómo dice?

—Digo que estoy acarreando buenas intenciones, que considero tan sólidas como adoquines. Por supuesto que mis actividades y propósitos serán muy otros de lo que han sido hasta ahora.

—¿Mejores?

—Tan mejores como comparar el oro puro con la vil escoria. Usted parece desconfiar de mí, pero yo, en cambio, estoy seguro. Conozco mi meta y la índole de mis motivos. Y en este momento acato una ley tan inalterable como la de los medos y los persas: a ambos los declaro correctos.

—No pueden serlo, señor, si requieren ser legalizados mediante un estatuto.

—Pues lo son, aunque necesiten ese estatuto, señorita Eyre. Las combinaciones imprevistas de circunstancias requieren reglas imprevistas.

—Eso suena a doctrina peligrosa, señor, porque es fácil adivinar que se presta al abuso.

—¡Sabia sentencia! Pero yo juro por mis lares y penates que no incurriré en abuso.

—Usted es humano y puede fallar.

—Bueno, y usted también. Pero ¿y qué?

—Un poder que solamente cabe ser otorgado a los seres divinos y perfectos no es justo que les sea usurpado por los humanos, proclives al

fallo.

—¿A qué poder se refiere?

—A decir «¡Que sea correcta!» refiriéndose a una línea de conducta rara, no sancionada ni registrada aún.

—¡Que sea correcta! Son las palabras exactas, usted las ha pronunciado.

—Ojalá lo sea —dije levantándome.

Consideraba inútil seguir un discurso tan enrevesado y oscuro para mí. Además, teniendo en cuenta el carácter de mi interlocutor, quedaba lejos de mi penetración, al menos en su formulación presente. Simultáneamente probaba la incertidumbre, una vaga sensación de inseguridad veteada por la convicción de mi ignorancia.

—¿Dónde va usted?

—A buscar a Adèle. Es hora de que se acueste.

—Está usted asustada, tiene miedo de mí porque hablo como una esfinge.

—Su lenguaje es enigmático, desde luego. Pero aunque me produce perplejidad, asustada no estoy.

—Sí lo está. Su amor propio teme cometer alguna torpeza.

—En eso sí soy aprensiva, no me gustaría decir estupideces.

—Y si las dijera sería en un tono tan apacible y serio que se confundirían con el buen sentido. ¿Nunca se ríe usted, señorita Eyre? No se moleste en contestar, ya he visto lo poco que se ríe, pero es capaz de reírse de buena gana. De la misma manera que yo no soy vicioso por naturaleza, tampoco en usted es innata la austeridad. Todavía no se ha sacudido de encima las represiones de Lowood, atenazan su rostro, apagan su voz y entumecen sus miembros. En presencia de un padre, un hermano, un jefe o lo que sea tiene miedo a sonreír abiertamente, a hablar con espontaneidad o a moverse con soltura; pero no tardará en acostumbrarse a ser natural conmigo, igual que para mí es imposible tratarla de forma convencional. Cuando llegue ese día, sus miradas y sus ademanes adquirirán una vivacidad y riqueza de matices que ahora no se atreve a desplegar. A veces veo en sus ojos la mirada lanzada por un pájaro de raza extraña a través de los barrotes de su jaula; vive anhelante su cautiverio,

inquieto pero decidido, y si le abrieran la puerta de la jaula, volaría muy alto. ¿Sigue pensando en irse, señorita Eyre?

—Son más de las nueve, señor.

—No importa. Espere un poco. Adèle no tiene ganas de acostarse todavía. Mi postura de espaldas al fuego me permite dominar toda la habitación y no estoy perdiendo detalle. Mientras hablaba con usted, de vez en cuando observaba a Adèle. Tengo mis razones para convertirla en blanco de mi curiosidad, razones que ojalá algún día tenga ocasión de exponerle. Hace unos diez minutos ha abierto la caja que le regalé y ha sacado de ella un vestido rosa. La cara se le ha iluminado al desdoblarlo, estaba como en éxtasis. Lleva la coquetería en la sangre, en los sesos, en la médula. *«Il faut que je l'essaie!»*, ha gritado; *«et à l'instant même!»*[31], y ha salido corriendo de la habitación. Ahora estará con Sophie, sometida a un proceso de engalanamiento. Dentro de poco volverá a entrar y lo que va a presentarse ante mis ojos ya lo conozco: una miniatura de Céline Varens, tal como aparecía al levantarse el telón de… ¡Pero qué más da! Y sin embargo, mi parte más sensible está a punto de sufrir una conmoción, lo presiento. Quédese conmigo para ver si me equivoco o no.

Al poco rato se oyeron los pasos de Adèle, que venía saltando por el pasillo. Entró completamente transformada, como su tutor había predicho. Un vestido de raso rosa, muy cortito, y con la falda llena de volantes, había sustituido el traje marrón que solía usar; una guirnalda de rosas ceñía su frente, llevaba medias de seda y zapatitos blancos de raso.

—*Est-ce que ma robe va bien?* —exclamó, haciendo una reverencia—. *Et mes souliers? Et mes bas? Tenez, je crois que je vais danser!*[32]

Y desplegando la falda del vestido, cruzó la habitación bailando hasta llegar junto al señor Rochester, a cuyos pies se arrodilló tras dar un par de vueltas girando en puntillas.

—*Monsieur* —exclamó—, *je vous remercie mille fois de votre bonté*[33].

Luego añadió levantándose:

—*C'est comme cela que maman faisait, n'est-ce pas, monsieur?*[34]

—¡E-xac-ta-men-te! —recalcó él la respuesta—. Y también *comme cela* sacaba de mis bolsillos ingleses todo el oro francés que le daba la

gana. Créame, señorita Eyre, yo también he sido incauto, estaba muy verde entonces, como la hierba. No está bañada usted por un tinte más fresco y primaveral que el mío. Mi primavera se desvaneció. Pero me ha dejado entre las manos esta florecilla francesa de la que a veces daría lo que fuera por deshacerme. Depende del humor. Ya no aprecio la raíz de donde brotó, pues descubrí que era de las que no aceptan como abono más sustancia que el oro. Y por consiguiente me siento menos apegado al capullo, sobre todo cuando toma un aspecto tan artificial como el que ahora presenta. La mantengo y la educo más que nada por seguir los principios de la iglesia católica, que sugiere la expiación de los propios pecados mediante el cumplimiento de alguna buena obra. En fin, señorita Eyre, ya le contaré todo esto otro día. Buenas noches.

Capítulo XV

Llegó este «otro día» y el señor Rochester me lo contó todo.

Fue una tarde en que se encontró casualmente con Adèle y conmigo en el jardín. Mientras la niña se ponía a jugar con *Pilot* y con su aro, él me pidió permiso para acompañarme arriba y abajo por una avenida de fresnos, desde donde podíamos vigilarla.

Y me contó que Adèle era hija de una bailarina francesa de opereta, Céline Varens, que en tiempos había despertado en él lo que llamó una *grande passion*, a la cual Céline había fingido corresponder con un ardor mayor si cabe. Él, aunque feo, creyó haberse convertido en su ídolo, y estaba convencido —según me dijo— de que ella prefería su *taille d'athlète*[35] a la elegancia del mismo Apolo de Belvedere.

—Y me halagaba tanto, señorita Eyre, la predilección de aquella sílfide gala por un gnomo británico, que le puse un piso espléndido, con criados, coche propio, sedas de Cachemira, joyas y encajes. Total, que inicié la consabida pendiente hacia la ruina que tienta a cualquier hombre encaprichado por una mujer. No fui nada original, como puede verse, ni capaz de dibujar un camino distinto hacia la vergüenza y la ruina, sino que recorrí con estúpida exactitud el más trillado, sin desviarme ni una pulgada de su centro. Tuve la suerte que me merecía, la de todos los que así pierden la cabeza. Una noche se me ocurrió visitarla sin previo aviso y había salido. El clima era primaveral y yo estaba cansado de recorrer sin rumbo las calles de París, así que me senté en su *boudoir*[36], aspirando complacido aquel aire bendito por su reciente presencia. Bueno, estoy

exagerando, nunca creí que Céline exhalara virtudes redentoras. Lo que había dejado tras sí era más un perfume como de haber quemado pastillas de ámbar y almizcle que un olor de santidad. Estaba empezando a marearme con aquellos efluvios de flores disecadas y evaporadas esencias, cuando se me ocurrió abrir una puerta de cristales y salir al balcón. La luz de la luna y la de los faroles de gas se derramaban sobre la quietud y calma de la noche. Me senté en una de las sillas que amueblaban el balcón y encendí un cigarro. Por cierto, ahora me voy a fumar otro, con su permiso.

Hizo una pausa que aprovechó para sacar un cigarro y encenderlo. Una vez que lo hubo acercado a sus labios, tras aspirar y luego devolver al aire frío y nublado una bocanada de incienso habanero, prosiguió su narración:

—También en aquel tiempo me gustaban mucho los bombones, y estaba *croquant*[37] (perdone el barbarismo) golosinas de chocolate, sin dejar por ello de fumar ni de observar, mientras tanto, los carruajes que circulaban por la elegante avenida hacia las cercanías del teatro de la ópera, cuando un lujoso vehículo tirado por una hermosa pareja de caballos ingleses se destacó nítidamente en medio del resplandor nocturno de la ciudad, y según se acercaba reconocí en él el *voiture*[38] que yo le había regalado a Céline. Es decir, que ella volvía, y mi corazón se puso a latir de impaciencia contra la barandilla de hierro a la que me asomé. El coche se detuvo, como era de esperar, a la puerta de la casa y se apeó mi llama encendida, que tal nombre cuadra bien para describir a una amante de opereta; aunque venía envuelta en una capa (estorbo inútil, por cierto, en una templada noche de junio), la reconocí inmediatamente por el minúsculo pie que en aquel momento asomaba bajo el borde inferior del vestido, al descender los escalones del coche. Inclinado sobre la balaustrada, estaba casi a punto de susurrar *mon ange*[39], en un tono que solamente habrían logrado percibir los oídos del amor, cuando vi perfilarse y bajar tras ella del coche otra figura también envuelta en una capa. Pero llevaba espuelas en las botas que resonaban sobre la calzada, y la cabeza, que se inclinó para pasar bajo el arco de la *porte cochère*[40], iba tocada por un sombrero.

»Usted nunca habrá sentido celos, ¿verdad, señorita Eyre?; no, claro, si no ha estado enamorada, esa pregunta sobra. Ya le llegará el día de probar ambas cosas: los celos y el amor; su alma soñolienta aún no ha recibido esa sacudida que la vendrá a despertar del letargo. Tal vez piense que todas las existencias fluyen por un cauce como aquel por donde ha discurrido hasta ahora la mansa corriente de su juventud. Dejándose llevar por ella con los ojos cerrados y taponados los oídos, no percibe las rocas que se erizan muy cerca en el lecho del río, ni escucha el fragor de las aguas al romper contra su base. Pero yo le aseguro (y no olvide mis palabras), que algún día llegará a un desfiladero abrupto donde toda la corriente de su vida se estrellará en remolinos de espuma, confusión y discordancia. Y, o bien se despedazará contra los riscos, o bien, despedida hacia lo alto por una ola soberbia, renacerá flotando en aguas más quietas, como aquellas por las que yo navego ahora.

»Me gusta este día, este cielo acerado, me gustan la quietud y sobriedad del mundo que duerme bajo esta capa de escarcha. Me gusta Thornfield, su aire venerable, su retiro, sus viejos árboles donde se posan los grajos, los espinos, la fachada gris, las oscuras ventanas alineadas cuyos cristales reflejan ese cielo metálico. Y sin embargo ¡cuántos años he pasado aborreciendo hasta su nombre, apartándolo de mi pensamiento como si fuera un caserón apestado! ¡Y cómo lo detesto aún…!

Se interrumpió y los dientes le rechinaron mientras pisoteaba con rabia el suelo endurecido por la escarcha. Parecía repentinamente enajenado, a merced de un odioso pensamiento, cuyas garras le aprisionaban tan estrechamente que le impedían avanzar.

Cuando le sobrevino esta pausa forzosa, íbamos bajando por la avenida y la fachada de la casa se alzaba ante nuestros ojos. Él levantó los suyos hacia las almenas y la mirada que lanzó sobre ellas no se parecía a ninguna de las que yo hubiera visto antes, ni tampoco he vuelto a conocer nunca otra igual. Pena, bochorno, indignación, asco, odio, todos esos encontrados sentimientos parecían agitarse en lucha estremecida dentro de aquellas dilatadas y enormes pupilas bajo las cejas de ébano. Salvaje fue la lucha entre las partes que aspiraban a la victoria; pero he aquí que se impuso y triunfó un elemento nuevo. Una reacción que tenía algo de cinismo y

dureza, mezclados con esa decisión que concede la fuerza de voluntad, tomó a la pasión por las riendas y endureció los rasgos del señor Rochester.

—Durante este largo silencio, señorita Eyre, he estado ajustando cuentas conmigo mismo —prosiguió—, pactando con mi destino. Se me ha aparecido ahí, apoyado contra el tronco de esa haya, bajo la forma de una de aquellas brujas que se presentaron ante Macbeth en el páramo de Forrest. Y con su dedo enhiesto que traza espeluznantes jeroglíficos, ha recorrido la fachada de la casa desde las ventanas de arriba a las de abajo y ha dejado grabado su desafío en el aire: «¿Quieres a Thornfield? ¡Quiérelo, pues, si eres capaz! ¡Quiérelo si te atreves!». Y yo he contestado: «Lo querré. Me atreveré a quererlo». Y voy a cumplir mi palabra —añadió malhumorado—, voy a esquivar todos los escollos que se interpongan en mi camino hacia la dicha y hacia la bondad. Hacia la bondad, sí, porque quiero ser mejor de lo que he sido antaño y de lo que soy aún, alzarme como el Leviatán[41] de Job cuando quebró la lanza, el dardo y la cota de malla; así los impedimentos que otros estiman de hierro y cobre, para mí no pasarán de ser de paja y madera carcomida.

En aquel momento, Adèle apareció ante nosotros con su aro.

—¡Quítate de mi vista! —gritó él de malos modos—, ¡vete por ahí, niña, o con Sophie!

Luego, como había reanudado su paseo en silencio, me atreví a recordarle el tema del cual se había desviado bruscamente.

—¿Y abandonó usted el balcón cuando la señorita Varens entró en casa? —pregunté.

Contaba casi seguro con un desaire de mi compañero ante aquella pregunta a destiempo, pero ocurrió todo lo contrario; despertó de su ceñuda abstracción. Volvió sus ojos hacía mí y las sombras que cubrían su frente parecieron disiparse.

—Es verdad, me había olvidado de Céline. Bueno, en resumen, cuando vi llegar a mi encanto en compañía de un caballero, creí oír también un susurro, y la verde serpiente de los celos trepó enroscándose en espirales por los hierros del balcón a la luz de la luna, se me metió dentro del chaleco y se abrió camino a mordiscos hasta el centro de mi corazón…

¡Qué extraño! —exclamó de pronto, desviándose nuevamente del tema—. Es rarísimo que la haya elegido a usted, jovencita, como depositaria de estas confidencias, y más raro todavía que me escuche usted apaciblemente como si fuera la cosa más natural del mundo que un hombre como yo le esté contando historias de su amante bailarina a una chica tan singular e ingenua como usted. Pero es precisamente en esa singularidad suya donde reside la explicación, como ya insinué el otro día. Usted con su seriedad, prudencia y miramiento parece hecha para guardar secretos. Además, me he dado cuenta de la clase de inteligencia con la que he entrado en contacto; no me parece propicia a la contaminación su mente peculiar y genuina. Por fortuna yo no pretendo contagiarle nada malo, pero aunque me lo propusiera no lo lograría. Cuanto más hablemos usted y yo, mejor será porque, si bien yo no puedo estragarla, usted en cambio sí puede servirme de lenitivo.

Después de aquella digresión, hizo una pausa y continuó:

—Me quedé en el balcón. «No hay duda de que vendrán al tocador», me dije, «así que voy a prepararles una emboscada». Metí, pues, la mano por la puerta de cristales entreabierta, corrí las cortinas y dejé una rendija a través de la cual podía espiar el interior, resquicio suficiente también para dejar salir los susurros de amor de la pareja. Acerqué la silla, me senté y fisgué su llegada, con el ojo certeramente pegado a la rendija. La doncella de Céline entró tras ellos con una lámpara encendida, la dejó sobre la mesa y se fue. Ahora podía verlos con toda claridad, se estaban despojando de sus respectivas capas; y allí estaba *la Varens* deslumbrante de raso y de joyas (regaladas por mí, naturalmente) junto a aquel hombre con uniforme de oficial. Y reconocí en él a un joven vizconde libertino, vicioso y mentecato al que me habían presentado en alguna ocasión y al que ni siquiera me molesté en odiar, pues solo provocaba desprecio. En cuanto me di cuenta de que era él, el colmillo de la serpiente se quebró de raíz, impotente para inyectar celos, por la sencilla razón de que en aquel mismo momento mi amor por Céline se fue a pique. Una mujer capaz de traicionarme con rival semejante no merecía ser objeto de disputa, sino de desdén. Aunque más digno de menosprecio era yo mismo, por haberme dejado engañar.

»Empezaron a hablar y su conversación frívola, materialista, vacua y carente de pasión me aplacó, pues parecía más bien calculada para aburrir al oyente que para enfurecerlo. Sobre la mesa había una tarjeta mía, y ese detalle sacó mi nombre a relucir. Ninguno de los dos tenía arrestos ni ingenio para herirme rotundamente, pero me insultaron con toda la grosería esperable de su mezquindad. Sobre todo Céline, quien llegó a poner de relieve con cierta brillantez mis defectos físicos, a los que motejó de deformidades, cuando solía extasiarse y caer en trance ante mi *beauté mâle*[42], o así al menos decía. En eso, ya ve, no coincidía con usted, que no me considera guapo, según me comunicó en nuestra segunda entrevista. Aquel contraste fue un mazazo para mí, y entonces…

Otra vez había llegado Adèle corriendo hasta nosotros.

—*Monsieur* —dijo—, John acaba de salir para avisarle de que su administrador ha llegado y quiere hablar con usted.

—En ese caso, abreviaré el final de mi historia. Abrí la puerta de cristales, irrumpí en la estancia, me dirigí a ellos y le dije a Céline que quedaba libre de mi tutela y que abandonara la casa. Le ofrecí algo de dinero para sus gastos inmediatos y, sordo a sus gritos desconsiderados, sus histéricas súplicas, protestas y contorsiones, di una cita al vizconde para el día siguiente en el Bosque de Boulogne. A la mañana siguiente tuve el gusto de batirme con él y de incrustar una bala en uno de sus míseros y descoloridos brazos, débiles cual alas de polluelo recién salido del cascarón, y con eso di por concluidos mis tratos con aquella gentuza. Pero por desdicha para mí, a los seis meses la Varens trajo al mundo a la pequeña Adèle e insistió en que era hija mía. Puede que lo sea, quién sabe, aunque los rastros de esa dudosa paternidad yo no logro verlos en su cara. *Pilot* se me parece más que ella. Algunos años después de haber roto yo con la madre, supe que se había escapado a Italia con un músico, creo, o un cantante, y había abandonado a la niña. Ni yo reconocí entonces el deber de ocuparme de ella ni lo reconozco ahora, porque no es hija mía, pero, al enterarme de su desamparo, saqué a esta pobre criatura del fango de París para trasplantarla a un ambiente más puro y saludable, como es el de esta finca inglesa. La señora Fairfax la contrató a usted para que se encargara de su educación, y eso es todo. Supongo que ahora que ya está

usted al tanto de los orígenes ilegítimos de su alumna, hija natural de una bailarina francesa, cambiará de opinión no solo sobre su puesto de trabajo sino también sobre Adèle. No creo que tarde mucho en venir a decirme que ha encontrado otro sitio más conveniente, y que busque, por favor, una nueva institutriz, ¿me equivoco?

—Pues sí, se equivoca. Adèle no tiene la culpa de los defectos de su madre ni tampoco de los de usted. Yo le he cogido cariño y ahora que sé además que es casi huérfana, puesto que su madre la abandonó y usted la rechaza, creo, señor, que me sentiré más unida a ella que antes. ¿Cómo voy a preferir a la niña mimada de una familia opulenta, que miraría a su institutriz como a un estorbo, a esta desvalida criatura que me considera su amiga?

—Ya. De manera que ese es su punto de vista. Bueno, pues con su permiso ahora la tengo que dejar. Y usted ya debía entrar en casa también, está oscureciendo.

Pero me quedé todavía un poco fuera, entretenida con *Pilot* y Adèle. Echamos las dos una carrera y jugamos a la pelota. Luego, ya en casa, una vez que le quité el sombrero y el abrigo, dejé que se sentara en mis rodillas y estuvo casi una hora charlando conmigo de lo que le dio la gana. Yo se lo permití y no la reprendí siquiera por los caprichos en que solía incurrir cuando se le hacía demasiado caso, los cuales denotaban una frivolidad posiblemente heredada de la madre y que entraba en conflicto con la mentalidad inglesa. Pero Adèle tenía cosas buenas y yo estaba dispuesta a fomentar en ella todo aquello de lo que pudiera sacarse más partido. Me quedé observando atentamente su cara, en busca de algún rasgo o expresión que sugiriese un posible parentesco con el señor Rochester, pero no lo hallé. Era una lástima. De haber encontrado que se parecía en algo a él, la habría querido más.

Hasta que me retiré a mi cuarto por la noche, no tuve tiempo para repasar con detalle la narración del dueño de Thornfield. Como él mismo había comentado, tal vez no tuviera nada de extraordinario el argumento en sí: la pasión de un rico caballero inglés por una bailarina de París, y la traición posterior de ella seguramente sería un asunto al orden del día entre la gente de mundo. Pero había algo decididamente raro en el

paroxismo de emoción que invadió de improviso al señor Rochester cuando estaba manifestando su conformidad y equilibrio actuales y el placer recuperado de vivir en una casa antigua y poder pasear por sus alrededores. Me intrigaba mucho aquel incidente y estuve largo rato dándole vueltas, pero acabé por dejarlo, en vista de que no le encontraba explicación, y desvié mis cavilaciones hacia el trato que me había dispensado el amo y la confianza que, según dijo, le merecía mi discreción. Pensé en ello y lo acepté como tal. Llevaba varias semanas mostrándose mucho más normal conmigo que al principio. Nunca me hacía sentir como un estorbo en su camino ni le daban aquellos prontos de compulsiva altivez; cuando nos encontrábamos inesperadamente parecía gustarle y siempre me dirigía algunas palabras o incluso una sonrisa. Si me llamaba para que le hiciera un rato de compañía, me recibía con tal cordialidad que yo me sentía realmente capacitada para entretenerlo y llegaba a creer que aquellas charlas vespertinas redundaban más en su placer que en mi provecho.

La verdad es que yo hablaba más bien poco, pero le escuchaba muy complacida. Resultó ser muy comunicativo y estar dispuesto a desvelar a rachas ante una inteligencia como la mía, ignorante de los usos mundanos, algunas escenas que los ilustraran. Por supuesto que no se trataba de escenas escabrosas ni de costumbres disolutas; el interés residía para mí en los escenarios y las extravagantes novedades que allí se representaban; y me producía un intenso deleite acoger los inéditos informes que me brindaba, imaginarme a mi modo los cuadros que describía para mí y seguirle mentalmente a través de las regiones desconocidas que me iba descubriendo. Pero nunca turbó mi ánimo mediante la alusión a cosas desagradables.

La naturalidad de sus modales y la sinceridad amistosa que me dispensaba, siempre dentro de una exquisita corrección, me atraían, liberándome al mismo tiempo de molestos recelos. A veces me parecía estar hablando con un familiar más que con un jefe, y aunque otras se mostrase todavía algo arrogante ya no se lo tenía en cuenta, porque empezaba a entenderlo: era su modo de ser. Me sentía tan a gusto y tan gratificada por este nuevo interés que había venido a enriquecer mi vida

que dejé de añorar una familia propia. Era como si mi precario destino hubiese ampliado sus límites; los vacíos de mi existencia se llenaron y mi salud mejoró. Había ganado peso y energías.

Y a todas estas, ¿seguía pareciéndome feo el señor Rochester? Pues no, lector. Mi gratitud hacia él y otras asociaciones de ideas tan placenteras como vivificantes convirtieron su rostro en el objeto de contemplación más apetecible, y su presencia en una habitación la calentaba más que el fuego más alegre. Con esto no quiero decir que me hubiera olvidado de sus defectos, y además él mismo no me lo permitía, porque seguía haciendo gala de ellos ante mí con bastante frecuencia. Era engreído, sarcástico, intolerante con cualquier cosa o persona que juzgara inferior; y yo en el fondo no podía ignorar que su debilidad por mí contrastaba con la injusta severidad del trato dispensado a otros. Además era tornadizo e imprevisible. Más de una vez, cuando me mandaba bajar para que le leyese algo, lo encontré sentado a solas en la biblioteca con la cabeza escondida entre los brazos, y al alzar los ojos hacia mí, una mirada desganada e incluso pérfida había ensombrecido sus facciones. Pero quería creer que sus modales atrabiliarios, su rudeza y su antiguo desdén por la moral (digo antiguo, porque parecía habérsele corregido) emanaban de alguna cruel pasada que le había jugado el destino. Lo consideraba un hombre inclinado por naturaleza al bien y a los principios elevados, de gustos mucho más refinados que los fomentados por circunstancias adversas o inculcados por una determinada educación. Encontraba en él una gran riqueza de materia prima, aunque algo deteriorada y en bruto. Confieso que me conmovía imaginar sus pesadumbres, fuesen de la índole que fuesen, y hubiera dado cualquier cosa por poder aliviárselas.

Aunque ya hacía rato que había apagado la vela, seguí tumbada en la cama, totalmente espabilada y sin poder quitarme de la cabeza aquella mirada que el señor Rochester había dirigido a las almenas de la casa cuando se detuvo en la avenida y contó cómo se le había aparecido el destino desafiándolo a ser feliz en Thornfield.

«¿Y por qué no lo es? —me preguntaba—. ¿Qué es lo que se interpone entre la casa y él? ¿Volverá a marcharse repentinamente? La señora Fairfax dijo que raramente permanece aquí más de quince días y ahora ya

lleva ocho semanas. Si se fuera, el cambio sería penoso. Suponiendo que se ausentara hasta el invierno que viene… ¡qué tristes y sombríos me iban a resultar los soleados días primaverales, y el estío y el otoño!».

No sé si me dormí o no después de estas cavilaciones, pero el caso es que cuando sonó aquel ruido tan extraño estaba completamente despierta. Era un murmullo indefinido lo que mis oídos captaron, peculiar, lúgubre, y me pareció que sonaba justo encima de mi cabeza. Ojalá hubiera dejado encendida la vela, porque la noche era oscura como boca de lobo, y yo tenía el ánimo decaído. Me incorporé en la cama y agucé el oído. El ruido había cesado.

Traté de volver a dormirme, pero el corazón me latía desasosegado y mi paz interior se había roto. Abajo, en el vestíbulo, el reloj dio las dos. En ese momento me pareció oír un roce en la puerta de mi cuarto, como si unos dedos frotaran suavemente sus paneles buscando abrirse camino a tientas por el oscuro pasillo de fuera.

—¿Quién anda ahí? —dije.

Pero no recibí respuesta. Estaba muerta de miedo.

De pronto me acordé de *Pilot* y pensé que podría ser él, porque algunas veces, cuando se olvidaban de cerrar la puerta de la cocina, llegaba hasta los umbrales del cuarto de su amo; yo misma le había visto allí echado algunas mañanas. Aquella conjetura me apaciguó un poco, y volví a acostarme. El silencio restablece los nervios alterados y, como ya no se oía nada y la casa entera parecía dormir, yo también noté que me volvía el sopor. Pero estaba escrito que aquella noche no iba a pegar ojo. Apenas empezaba a rondarme el sueño cuando huyó espantado, porque tuvo lugar un incidente horroroso, de los que hielan la sangre en las venas.

Se trataba de una risa diabólica, sofocada, reprimida y profunda, que llegaba, al parecer, colándose por el ojo de la cerradura. La cabecera de mi cama estaba cerca de la puerta y al principio creí que tenía a aquel espíritu burlón junto a la mismísima cama o tal vez agazapado bajo la almohada. Me levanté y miré alrededor pero no pude distinguir nada. Y entonces, cuando estaba escudriñando la oscuridad, aquel sonido inhumano se reprodujo y fue cuando comprendí que venía del otro lado de la puerta. Mi primer impulso fue levantarme a asegurar el cerrojo, el segundo gritar.

—¿Quién anda ahí? —chillé.

Se oyó un gorgoteo y un gemido, y acto seguido un rumor de pasos que se alejaban por la galería hacia la escalera que llevaba al tercer piso. Recientemente, para aislar este piso del resto de la casa, habían mandado poner una puerta. Oí cómo se abría y volvía a cerrarse. Y luego reinó de nuevo el silencio.

«¿Será Grace Poole, poseída por el diablo?», me pregunté. Y ya no aguantaba seguir a solas más tiempo, tenía que ir en busca de la señora Fairfax. Me vestí a toda prisa, me eché un chal sobre los hombros, descorrí el cerrojo y abrí la puerta con mano temblorosa. Posada sobre la alfombra del pasillo había una vela encendida, cosa que me dejó estupefacta, pero más todavía darme cuenta de que el aire estaba ofuscado y turbio de humo. Mientras miraba a derecha e izquierda para investigar de dónde salían aquellos jirones azulados, percibí otro síntoma más grave: un intenso olor a chamusquina.

Oí crujir algo: era una puerta abierta, y aquella puerta, de donde brotaba una nube de humo, daba al cuarto del señor Rochester. Se me borraron de la cabeza la señora Fairfax, Grace Poole y sus carcajadas, no pensé en nada y cuando quise darme cuenta había entrado en la habitación. Lenguas de fuego trepaban por las cortinas y lamían la cama donde el señor Rochester dormía profundamente en medio de la humareda provocada por el incendio, ajeno a todo, inmóvil.

—¡Despierte, despierte! —grité.

Y me puse a sacudirlo, pero él solamente emitió un quejido y se dio la vuelta, el humo lo había atontado. No se podía perder ni un instante; estaban empezando a arder las sábanas. Corrí hacia el lavabo y tuve la suerte de que tanto la palangana como la jarra que era muy grande estuvieran llenas de agua. Las vacié de golpe sobre la cama y traje mi propia jarra, también rebosante, con cuyo contenido proseguí aquel bautizo que tuvo por remate, gracias a Dios, la extinción del incendio.

El murmullo del fuego al aplacarse, la rotura de una jarra que se me cayó después de vaciarla y sobre todo las salpicaduras de aquella ducha cayendo a raudales acabaron por espabilar al señor Rochester. Aunque

estábamos a oscuras, supe que se había despertado, porque prorrumpió en confusas imprecaciones al notarse calado hasta los huesos.

—Pero ¿qué es esto, una inundación? —gritaba.

—No, señor —contesté—, es que ha habido un incendio. Salte de la cama, por favor, está usted empapado. Ahora mismo voy a por una vela.

—¡Por todos los duendes de la Cristiandad! ¿Es Jane Eyre? —preguntó —. ¿Qué me ha hecho usted, bruja, hechicera? ¿Hay alguien con usted en la habitación? ¿Había urdido un plan para ahogarme?

—Voy a traer una vela, señor, y en nombre del cielo le pido que se levante. Alguien ha querido atentar contra usted. Averigüe pronto quién ha sido y qué pasó.

—Ya está, ya me he levantado. Pero si va a por una vela, yo no respondo de lo que le pueda ocurrir. Espere un par de minutos a que me vista, caso de que quede alguna prenda seca. A ver, sí, aquí está mi batín. Ya puede ir, corra.

Corrí. Y volví corriendo con la vela que había quedado encendida en mitad del pasillo. El señor Rochester me la quitó de la mano para explorar el estado en que había quedado la cama. Apareció ennegrecida y chamuscada, con las sábanas chorreando; en cuanto a la alfombra, era una pura laguna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Y quién es el culpable?

Le hice un breve resumen de lo acontecido, mencionando la espeluznante carcajada, los pasos que se alejaban hacia el tercer piso, la humareda, el olor a quemado que me impulsó a entrar en su cuarto, el espectáculo que se ofreció ante mis ojos y cómo había inundado la cama con toda el agua que conseguí acarrear yo sola.

Me escuchó muy serio y, a medida que iba avanzando en mi relato, su rostro expresaba más preocupación que extrañeza. Cuando terminé de hablar, guardó silencio.

—¿Aviso a la señora Fairfax? —pregunté.

—¿A la señora Fairfax? De ninguna manera. ¿Para qué diablos iba usted a avisarla? ¿Qué puede hacer ella? Déjela dormir en paz.

—Entonces iré a buscar a Leah, y despertaré a John y a su mujer.

—Ni pensarlo, quédese quieta. ¿Lleva puesto un chal? Pero es poco, coja mi capa y abríguese con ella, si tiene frío. Yo se la pondré. Y ahora siéntese en esa butaca. Suba los pies a ese taburete para que no se le mojen. Voy a dejarla aquí sola durante unos minutos, no se mueva hasta que yo vuelva, quietecita como un ratón. Me llevo la vela. Tengo que hacer una visita al tercer piso. Y recuerde lo que le he dicho: no se mueva, ni llame a nadie.

Se marchó y vi cómo la luz desaparecía con él. Oí cómo sus pasos silenciosos se alejaban por la galería y cómo abría la puerta que llevaba al tercer piso y la cerraba luego tras de sí haciendo el menor ruido posible. Me había quedado completamente a oscuras. Agucé el oído por si captaba algún ruido, pero reinaba un silencio total. Transcurrió un rato largo. Empecé a sentirme muy cansada, notaba frío, a pesar de la capa, y además no le encontraba ningún sentido a seguir allí, si no tenía que avisar a nadie. Estaba a punto de atreverme a desobedecer las consignas del señor Rochester e incurrir en su reproche, cuando volvió a percibirse un tenue resplandor que se acercaba refractado por las paredes del pasillo y el rumor apagado de unos pies descalzos sobre la alfombra. «Ojalá sea él —pensé—, y no algo peor».

Era él, que volvía a entrar con gesto sombrío y la tez muy pálida.

—Lo he averiguado todo —dijo, mientras depositaba la vela en el lavabo—. Nada, lo que yo suponía.

—¿Cómo, señor?

No contestó. Se mantenía allí de pie, con los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo. Al cabo de unos minutos, dijo, en un tono un tanto especial:

—Ya no me acuerdo de si ha dicho usted antes que vio algo al abrir la puerta de su cuarto o no.

—No vi nada, señor. Solamente la palmatoria en mitad del pasillo con la vela encendida.

—Ya. Pero dijo que oyó una carcajada extraña. ¿Había oído antes esa risa? Quiero decir, esa o alguna parecida.

—Pues sí. Hay una mujer que viene aquí a coser, se llama Grace Poole. Creo que ella se ríe más o menos así. Es una persona muy rara.

—Justo, Grace Poole, ha dado en el clavo. Ya lo creo que es rara. Y tanto. En fin, ya pensaré en cómo arreglar ese asunto. Pero entretanto, no sabe cómo me alegro de que haya sido usted la única (aparte de mí) en enterarse con todo detalle de lo ocurrido aquí esta noche. No la tengo por una chismosa, y confío en que no le contará nada a nadie. Ya se me ocurrirá a mí alguna explicación para justificar el estado en que ha quedado esto —añadió señalando la cama—. Y ahora, vuelva a su cuarto. Yo me acostaré en el sofá de la biblioteca hasta que amanezca. Son casi las cuatro. Dentro de dos horas se levanta la servidumbre.

—Buenas noches, entonces —dije, dirigiéndome hacia la puerta.

Pareció sorprendido, una sorpresa un tanto arbitraria, ya que era él quien me había mandado irme.

—¿Cómo? —se quejó—. ¿Ya me deja? ¿Y le parece bien dejarme así?

—Ha dicho usted que me fuera a mi cuarto, señor.

—Pero no sin despedirnos, sin permitirme darle las gracias aunque solo sea con un par de frases y expresarle mis mejores deseos. En una palabra, aspiraría a un adiós menos seco y tajante. Al fin y al cabo me ha salvado usted la vida. ¡Me ha librado de los suplicios de una muerte horrorosa! Y se va de aquí como si fuéramos dos extraños. Deme la mano, por lo menos.

Buscó mi mano y se la alargué. Al principio se limitó a estrecharla, luego la mantuvo abrigada entre las dos suyas.

—Me ha salvado la vida —repitió—, y me gusta haber contraído una deuda tan inmensa con usted. Ya le he dicho bastante. A ninguna otra persona del mundo habría podido aguantarla como acreedora de un favor así. Con usted es distinto, Jane, sus favores no me pesan como un fardo.

Hizo una pausa y me miró fijamente. Unas palabras casi visibles asomaban a sus labios temblorosos. Pero su voz las reprimió.

—Buenas noches de nuevo, señor —dije yo—. Sepa que en este caso no hay deuda, carga ni favor alguno que le obligue a nada.

—Sabía —prosiguió— que usted acabaría aportándome ventura, algún día, por no sé qué cauces. Lo leí en sus ojos nada más verla por vez primera. Su expresión y su sonrisa no eran… No eran… —Se interrumpió por dos veces y enseguida continuó de un tirón—: … no había motivos

para que me llegaran tan deleitosamente hasta el fondo del corazón. Suele hablarse de simpatías espontáneas, y también he oído referir que existen las hadas buenas. Hasta en las fábulas más desatinadas crecen granos de verdad. Mi querida salvadora, buenas noches.

Su voz emanaba una extraña energía, como extraño era también el fulgor de sus ojos.

—Me alegro de haber estado despierta —dije, al tiempo que hacía ademán de irme.

—¿Se marcha ya?

—Tengo frío, señor.

—Claro, tiene usted frío, ¡si está pisando un charco! Váyase, Jane, sí, váyase.

Pero seguía reteniendo mi mano entre las suyas, y no sabía cómo hacer para liberarla. Se me ocurrió una treta.

—Me parece que oigo los pasos de la señora Fairfax —dije.

—Bueno, pues váyase.

Aflojó la presión de sus dedos, solté mi mano y salí.

Una vez de nuevo en mi cuarto, me di cuenta de que era inútil intentar conciliar el sueño. Me quedé despierta hasta que se hizo de día, agitándome en las aguas de un mar inquieto y arremolinado, donde las olas de congoja se rompían contra otras de júbilo. En algún momento me pareció divisar, más allá de aquellas aguas salvajes, una costa de suaves perfiles como las colinas de Beulah[43]; un viento refrescante mecía mi esperanza y se apoderaba de mi alma empujándola en triunfo hacia aquella ribera, pero no conseguía alcanzarla ni siquiera con la imaginación, porque una brisa que soplaba desde allí en sentido contrario me obligaba a retroceder una vez tras otra. La sensatez le hizo frente al delirio y el juicio amonestó a la pasión. Demasiado enfervorizada para hallar descanso, me levanté con las primeras luces del alba.

Segunda parte

Capítulo I

Tras aquella noche en vela, al día siguiente estaba deseando volver a ver al señor Rochester, aunque también me daba algo de aprensión. Ardía en ansias de oír su voz, pero temía encontrarme con sus ojos. Durante la primera parte de la mañana, cuando estaba dándole clase a Adèle, a cada momento me parecía que iba a entrar en el aula; no es que lo tuviera por costumbre, aunque a veces había aparecido por allí unos minutos, pero aquel día daba por seguro que iba a venir.

Y sin embargo la clase transcurrió como siempre, y nada de particular interrumpió su tranquilo discurrir, excepto un pequeño alboroto que se oyó después del desayuno, en torno a la habitación del señor Rochester. Reconocí las voces de la señora Fairfax, de Leah, de la mujer de John, que se ocupaba de la cocina, y de John mismo con su timbre más ronco. Comentaban lo sucedido.

—Le ha faltado poco para quemarse vivo, ha sido un milagro.

—Nunca se debe dejar una vela encendida por la noche; es muy peligroso.

—Y menos mal que tuvo la presencia de ánimo suficiente como para ir a buscar una jarra de agua; lo ha tenido de su mano la Divina Providencia.

—Lo que no entiendo es por qué no avisó a nadie.

—Ojalá no haya cogido frío al dormir en el sofá de la biblioteca.

Aquella tertulia fue seguida por un arrastrar de objetos, como si estuvieran tratando de arreglar los estropicios. Cuando, más tarde, pasé por delante de la habitación antes de bajar a comer, vi que ya estaba casi todo en su sitio, a la cama solo le faltaban los cortinajes, y vi a Leah

subida al alféizar de la ventana frotando los cristales ennegrecidos de humo. Estaba a punto de dirigirme a ella, para enterarme de la versión que el señor Rochester había dado del incidente, cuando al entrar advertí que había otra persona en la habitación. Estaba sentada en una silla junto a la cabecera de la cama, ocupada en coserle las anillas a unos cortinajes nuevos. Aquella mujer era Grace Poole.

Allí estaba, con su aire taciturno y antipático, su vestido de paño marrón, su delantal a cuadros, su pañuelo blanco y su consabido gorro, entregada a una tarea que parecía acaparar todos sus pensamientos. Ni en su frente tosca ni en sus rasgos vulgares se atisbaba el menor indicio de la palidez o turbación que cabía imaginar pintados en el rostro de una mujer sospechosa de asesinato frustrado. Su presunta víctima —o al menos eso creía yo— había salido en pos de ella la noche anterior para alcanzarla en su guarida y acusarla del crimen que intentó perpetrar. Me quedé atónita, hecha un lío, no podía dejar de mirarla. Ella también levantó los ojos hacia mí sin dar muestras de sobresalto, palidez o sonrojo que dejaran traslucir de improviso su mala conciencia o su miedo a ser descubierta como culpable.

—Buenos días, señorita —se limitó a decir, en su tono de siempre.

Y tras este conciso y flemático saludo, cogió otra anilla, enhebró la aguja y siguió cosiendo.

«La voy a someter a una prueba —pensé—, porque ese hermetismo suyo no lo puedo entender».

—Buenos días, Grace —dije—. ¿Qué ha pasado aquí? Hace un rato me ha parecido oír hablar a todo el servicio, como si estuvieran muy excitados.

—Ha pasado que el amo se quedó anoche leyendo en la cama, se durmió con la vela encendida y ardieron las cortinas. Menos mal que se despertó antes de que las llamas llegaran a las sábanas o a la madera, y consiguió apagar el incendio echándole encima jarras de agua.

—¡Qué raro! —dije en voz baja, sin dejar de mirarla fijamente—. ¿Y el señor Rochester no despertó a nadie? ¿Nadie le oyó moverse?

Grace Poole volvió a clavar en mí sus ojos; y esta vez latía en su expresión algo así como un sobreentendido. Me sentí cautelosamente

examinada. Al fin dijo:

—Bueno, señorita, ya sabe usted que los criados dormimos lejos, no es de extrañar que nadie oyera ruidos. En cambio su habitación y la de la señora Fairfax están muy cerca de esta, ¿no? Ella dice que no oyó nada; la gente mayor tiene el sueño profundo, claro. —Hizo una pausa, tras la cual añadió, fingiendo indiferencia pero con significativo retintín—: Pero usted es joven, señorita, y es de suponer que tendrá el sueño ligero. ¿No oiría algún ruido por casualidad?

—Sí, lo oí —dije, bajando la voz para que Leah, que seguía limpiando la ventana, no pudiera enterarse—, y al principio pensé que sería *Pilot*. Pero *Pilot* no creo que se ría, y lo que yo escuché fue una risa, una carcajada muy rara, por cierto.

Cortó otra hebra de hilo, la enceró y la enfiló en la aguja sin que el pulso le temblara.

—Pues parece imposible —dijo tranquilamente— que el amo tuviera ganas de reírse, señorita, en un trance de tanto peligro, vamos, según mi opinión. Seguro que lo soñó usted.

—No lo soñé —aseguré, con todo el calor que me producía su frío descaro.

Pero los ojos que continuaban su escrutinio sobre mí no eran los de una ignorante.

—¿Le ha contado al amo —preguntó— que oyó usted esa risa?

—No he tenido ocasión de hablar con él esta mañana.

—Ya. ¿Y no se le ocurrió a usted abrir la puerta y asomarse al pasillo? —siguió interrogando.

Me di cuenta de que intentaba sonsacarme, arrancarme información sin que me diera cuenta, y la idea me turbó. Si sacaba en limpio que yo conocía o sospechaba su culpa, en adelante me haría objeto de alguna de sus macabras jugarretas. Así que me pareció prudente andar con pies de plomo.

—Todo lo contrario —contesté—. Eché el cerrojo de la puerta.

—¡Ah! ¿Es que no suele echarlo todas las noches antes de meterse en la cama?

«La muy arpía —pensé— quiere tomar nota de mis costumbres para elaborar sus planes y obrar en consecuencia». Y contesté destemplada, porque la indignación estaba prevaleciendo sobre la prudencia:

—Hasta ahora me olvidaba a veces de echar el cerrojo, porque no creía que hiciera falta; pero ya veo que en Thornfield acechan más peligros de los que imaginaba. Así que de hoy en adelante —recalqué despacio— tendré buen cuidado de cerrarlo todo antes de meterme irresponsablemente en la cama.

—Sería una medida muy prudente —contestó—, este vecindario es tan tranquilo como cualquiera de los que conocemos y nunca he oído decir que entraran a robar en esta casa, aunque su existencia es de todos conocida y también que en el armario donde se guarda la plata hay objetos que valen cientos de libras. Y además para ser una casa tan grande, usted misma ve que los criados son pocos, porque el amo pasa aquí temporadas cortas y como es soltero tampoco da mucho trabajo cuando viene. Pero yo siempre he pensado que es mejor prevenir que curar. No cuesta nada atrancar una puerta y mejor todavía poner entre el que duerme y el que pueda entrar a robarle un candado con llave. Hay mucha gente que confía en la Providencia, pero yo no, señorita. A mí me parece que la Providencia no nos proporciona los medios, se limita a bendecir los que previsoramente le facilitamos nosotros.

Y con estas sentencias dio por finalizada su retahíla, más larga de lo que cabría esperar de ella, y pronunciada en un tono sectario.

Yo seguía sin salir de mi asombro ante tan incomprensible desfachatez y prodigiosa sangre fría, cuando entró la cocinera.

—Señora Poole —le dijo—, la comida de los criados ya está casi a punto. ¿Quiere usted bajar?

—No. Póngame una jarra de cerveza y un trozo de pudín en la bandeja, que yo me lo llevaré arriba.

—¿Va a tomar carne?

—Un pedacito, y otro de queso nada más.

—¿Y el sago[44]?

—Ahora no, no se preocupe. Bajaré antes de la hora del té y ya me lo prepararé yo misma.

En ese momento la cocinera se dirigió a mí y me dijo que la señora Fairfax me estaba esperando, así que abandoné la habitación.

Casi no pude atender durante la comida a lo que la señora Fairfax estuvo contando sobre el incendio de las cortinas, porque no paraba de devanarme los sesos sobre la enigmática personalidad de Grace Poole y más todavía sobre su posición en Thornfield; me preguntaba por qué no la habían entregado a la justicia aquella misma mañana o despedido de la casa por lo menos. El señor Rochester la noche anterior se había mostrado casi convencido de su culpabilidad. ¿Por qué me había pedido a mí que guardara también silencio? Era rarísimo que un caballero atrevido, cruel y altanero estuviera —o tal parecía— en poder de la más abyecta de sus criadas, hasta el punto de no atreverse a inculparla abiertamente aunque atentase contra su vida, y mucho menos a darle su merecido.

Si Grace hubiera sido joven y atractiva, me habría rondado la sospecha de que pudieran imponerse en el ánimo del señor Rochester emociones más tiernas que la prudencia o el temor, pero como era madura y poco agraciada aquella idea no tenía cabida en mi cabeza. «Y sin embargo —pensé— un día fue joven, su primera juventud y la del amo pudieron coincidir, la señora Fairfax me dijo una vez que Grace llevaba muchos años en la casa. No creo que haya sido guapa nunca, pero por lo visto su carácter enérgico y original puede contrarrestar la carencia de otros atractivos. Al señor Rochester lo temerario y lo excéntrico le gusta, y a Grace se le puede negar cualquier cosa menos la excentricidad. Pero ¿y si un antiguo amorío, un antojo —probable en un carácter tan testarudo y caprichoso como el suyo— le ha atado secretamente a ella y ya no se atreve ni a renegar de su imprudencia ni a librarse de tales lazos?». Pero cuando llegué a este punto de mis conjeturas se me reprodujo tan claramente en la imaginación el cuerpo cuadrado y sin gracia de la señora Poole rematado por un rostro vulgar, hostil y seco, que pensé que era imposible, que mi suposición no tenía sentido. Y sin embargo, esa voz secreta que a veces nos habla desde el corazón me sugería: «Bueno, tú tampoco eres guapa y quizá le gustes al señor Rochester; o por lo menos en algún momento has tenido esa impresión; acuérdate de anoche, cómo te miraba».

Lo recordaba de sobra, en aquel mismo momento volvía a escuchar con toda claridad sus frases y el acento con que las pronunció, volvía a sentir sus ojos fijos en mí. Estábamos otra vez en el aula y, mientras Adèle dibujaba, yo me inclinaba sobre ella para guiarle un poco el lapicero. Ella levantó la vista algo extrañada:

—*Qu'avez vous, mademoiselle?* —dijo—. *Vos doigts tremblent comme la feuille, et vos joues sont rouges: mais rouges comme des cerises!*[45]

—Estoy sofocada, Adèle; es de mirar para abajo.

Ella continuó con su dibujo y yo con mis cavilaciones.

Me apresuré a desterrar de mi pensamiento la odiosa idea que había concebido sobre los posibles atractivos de Grace Poole, porque me desagradaba demasiado. Al compararme mentalmente con ella, comprendí que éramos muy distintas. Bessie Leaven había dicho que yo parecía una señora, y era verdad, lo era. Y además ahora tenía mucho mejor aspecto que cuando Bessie me visitó. No estaba tan desmejorada, tenía mejor color, más animación, más vida, porque otros placeres y esperanzas intensos anidaban en mí.

«Se está haciendo de noche —pensé, mirando a través de la ventana—. Hoy todavía no he oído la voz del señor Rochester ni sus pasos por la casa. Pero seguramente antes de acostarme lo veré. Esta mañana temía volverme a encontrar con él, pero ahora lo deseo vivamente, porque la demora ha multiplicado mi impaciencia».

Cuando se puso el sol y Adèle se fue con Sophie al cuarto de jugar, aquel deseo se hizo aún más intenso, estaba pendiente del ruido de la campana y de la aparición de Leah anunciándome una invitación para bajar. De vez en cuando me parecía oír en el pasillo los pasos del señor Rochester en persona y miraba a la puerta esperando que pidiera permiso para entrar. Pero la puerta siguió cerrada y lo único que entró en la habitación fue la oscuridad que se colaba por la ventana. Sin embargo, no era tarde todavía; a veces me mandaba llamar a las siete o a las ocho y eran solo las seis. No iba a fallarme esta noche, cuando tenía tantas cosas que decirle. Necesitaba sacar a relucir de nuevo el asunto de Grace Poole y esperar a ver qué explicación daba. Pensaba preguntarle directamente si creía que fue ella en realidad la autora del espantoso incidente de la noche

anterior y, caso de ser así, por qué se empeñaba en mantener en secreto su perfidia. No me importaba que mi curiosidad le irritase; ya iba conociendo el placer de hostigarlo y aplacarlo alternativamente. Era uno de mis mayores placeres y una especie de quinto sentido me ayudaba siempre de forma certera a no propasarme. Nunca me había aventurado más allá de los límites de la provocación, pero dentro de ellos me gustaba ensayar mi destreza. Sin dejar de guardar las formas ni faltarle al respeto, como requería mi puesto, podía enfrentar mi criterio al suyo sin miedo ni incómodos circunloquios; y tanto a él como a mí nos gustaba practicar ese deporte.

Al fin se oyeron unos pasos que crujían por la escalera y apareció Leah. Pero solamente venía a decirme que el té estaba servido en el gabinete de la señora Fairfax. Me dirigí hacia allí, sintiendo que era un alivio bajar al otro piso, donde por lo menos iba a estar más cerca del señor Rochester, o tal imaginaba.

—Supongo que le apetecerá un té —me saludó la señora Fairfax—, porque a la hora de comer tenía usted poco apetito. ¿Es que no se encuentra bien? La veo sofocada y con aspecto febril.

—No, no, estoy muy bien, mejor que nunca.

—Pues demuéstrelo merendando con ganas. ¿Quiere llenar la tetera, por favor, mientras yo termino esta vuelta de aguja?

Cuando remató su tarea, se levantó para bajar la persiana, cosa que aún no había hecho, seguramente para aprovechar hasta sus últimos resplandores la luz de un día que ya resbalaba rápidamente hacia la total oscuridad.

—Hace una noche hermosa —comentó, con los ojos fijos en la ventana —, aunque no se ven estrellas. Después de todo, al señor Rochester le ha hecho buen tiempo para el viaje.

—¿Viaje? ¿Es que el señor Rochester se ha ido de viaje? No lo sabía.

—Sí, se marchó nada más desayunar. Ha ido a Leas, a casa del señor Eshton, a unas diez millas pasado Millcote. Dan una fiesta allí y hay mucha gente invitada: lord Ingram, *sir* George Lynn, el coronel Dent y otros amigos.

—¿Cree que volverá esta noche?

—No, ni mañana tampoco. Por lo menos estará fuera una semana. Cuando se reúnen personas tan distinguidas, en un ambiente elegante y alegre, rodeados de comodidades y entretenimientos, se divierten tanto que no ven el momento de despedirse. A los caballeros, sobre todo, se los rifan en ese tipo de reuniones, y el señor Rochester es tan ingenioso y encantador en sociedad que, según tengo entendido, es objeto de predilección por parte de las damas. A todas les gusta, aunque pueda usted pensar que su aspecto no es el más adecuado como carta de presentación; pero ya ve usted, se conoce que su inteligencia y sus gracias, unidas al linaje y las saneadas rentas, prevalecen para compensar otros pequeños fallos de apariencia.

—¿Y habrá señoras en Leas?

—Claro, estará la señora Eshton y sus hijas, unas jóvenes muy elegantes. Y no faltarán tampoco las honorables hermanas Blanche y Mary Ingram, famosas por su belleza. Yo a Blanche la conocí hace seis o siete años, cuando ella tendría dieciocho. Vino a un baile y una cena que ofreció a sus amigos el señor Rochester. Me habría gustado que viera cómo se engalanó nuestro comedor aquel día, resplandeciente de adornos y de luz. Yo calculo que entre damas y caballeros serían cincuenta los invitados, de las mejores familias del condado, y desde luego la señorita Ingram destacó por guapa.

—¿Cómo era? ¿La vio usted?

—Claro que la vi. Las puertas del comedor estaban abiertas de par en par, y como eran Navidades se nos permitió reunirnos en el vestíbulo para escuchar cómo tocaban y cantaban algunas señoras. El señor Rochester quiso que entrara y me senté en un rincón retirado desde el cual estuve observándolos a todos. Nunca había visto una escena tan magnífica, llamaban la atención los ricos atavíos de las señoras y la belleza de algunas. Pero ya le digo que la señorita Ingram se llevaba la palma.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es alta, con los hombros y el busto bien torneados, un cuello largo y grácil, la piel de un moreno claro, facciones delicadas y unos ojos grandes y negros que brillan como joyas. Se parecen algo a los del señor Rochester. Y luego el pelo, negro como ala de cuervo, tan bien peinado; llevaba una

corona de trenzas por detrás y por delante le caían los tirabuzones más largos y brillantes que he visto en mi vida. Iba de blanco, con un chal de color ámbar por los hombros, que luego se anudaba sobre su pecho y le llegaba hasta las rodillas rematado por flecos. También era de color ámbar la flor que llevaba en el pelo, contrastando con el negro azabache de aquella mata de rizos.

—Supongo que tendría muchos admiradores, ¿no?

—Sí, y no solamente por su belleza, sino por sus habilidades. Fue una de las señoras que cantaron, acompañadas al piano por un caballero. El señor Rochester y ella entonaron una pieza a dúo.

—¿De verdad? No sabía que el señor Rochester supiera cantar.

—Ya lo creo que sabe, y tiene una voz de bajo muy bonita, por cierto. Además de unos gustos musicales muy refinados.

—¿Y la señorita Ingram, qué tal canta?

—Tiene una voz potente y bien matizada, a mí me encantó escucharla; y luego también tocó el piano. Yo no soy ninguna entendida en música, pero el señor Rochester sí, y él dijo que había tocado admirablemente.

—Lo que no entiendo es cómo una joven tan guapa y con tan notables dotes no se ha casado todavía.

—Bueno, ni ella ni su hermana son ricas herederas, según creo. Casi todas las tierras del viejo señor Ingram estaban indivisas y han ido a parar al hijo mayor.

—Pero algún caballero rico o noble se podría enamorar de ella, el señor Rochester, pongo por caso. Porque él dispone de una notable fortuna, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Pero hay que contar con la diferencia de edad. El señor Rochester está rondando los cuarenta años y Blanche Ingram tiene veinticinco.

—Tampoco es para tanto. Bodas más desiguales se ven todos los días.

—Eso es verdad. Y sin embargo, yo no lo veo a él inclinado a ese proyecto. ¡Pero no come nada, señorita Eyre! Casi no ha probado bocado desde que se sentó.

—Tengo más sed que hambre. ¿Me permite servirme otra taza de té?

Estaba a punto de proseguir con el tema del posible noviazgo entre el señor Rochester y la hermosa Blanche, pero en aquel momento irrumpió Adèle en la habitación, y la charla se desvió por otros cauces.

Cuando me encontré de nuevo a solas, me puse a repasar los informes recibidos, me asomé al fondo de mi corazón para atisbar mis sentimientos y mis conjeturas, e intenté devolver con pulso firme al seguro redil del sentido común aquellos que se habían extraviado en demasía hacia el territorio sin caminos ni vallas de la imaginación.

Convocada ante mi propio tribunal, en primer lugar declaró la Memoria sobre los evidentes anhelos y esperanzas abrigados por mí la noche anterior y sobre el estado de ánimo que me embargaba desde hacía dos semanas; avanzó después la Razón, que prestó testimonio en el estilo sereno que le era habitual. Tras haberla escuchado narrar llanamente y sin aderezos cómo yo había huido de lo real para meterme en la boca del lobo de lo soñado, dicté sentencia en los siguientes términos:

Que nunca había llenado sus pulmones de aire una loca más rematada que Jane Eyre, ni idiota alguno, por fantasioso que fuera, se había llegado a atiborrar hasta tal punto de dulces quimeras, bebiéndose el veneno como si fuera néctar.

«¿Tú? —me dije—. ¿Tú, predilecta del señor Rochester y dotada de poderes para seducirlo, para que se preocupe por ti siquiera? Vamos, por favor, tu insensatez me produce náuseas. Te has dejado embaucar con deleite por ciertas ocasionales muestras de preferencia, y te has equivocado; eran simples atenciones propias de un hombre de mundo, de un caballero bien nacido cuando trata con una subordinada suya, inexperta además. ¿Cómo te has atrevido a imaginar otra cosa, pobre de ti, tonta inocente? ¿Ni el amor propio es capaz de espabilarte? Debía caérsete la cara de vergüenza al recordar cómo repasabas esta mañana las escenas de anoche y alguna frase de alabanza que él dedicó a tus ojos. No seas ciega, niña, alza los párpados perezosos y repara en tu malhadada necedad. A ninguna mujer le conviene ser adulada por un superior suyo, quien nunca, por supuesto, va a acariciar el propósito de casarse con ella. Y es locura por parte de las mujeres dar pábulo en su interior a amores secretos y encerrados, que, al no hallar correspondencia ni poder expresarse, pueden

llegar a devorar la vida de quien los alimenta. Pero aún peor si se declaran y encuentran eco, porque pueden arrastrar a la enamorada, a modo de *ignis favus*[46], a lugares pantanosos de donde no podrás salir.

»Así pues, Jane Eyre, presta oídos a tu penitencia: mañana ponte ante el espejo y dibuja tu autorretrato con tiza, lo más fielmente que sepas, sin ahorrar ningún defecto ni disimular ninguna irregularidad, y escribe debajo: "Retrato de una institutriz huérfana, pobre y vulgar". Después coge un pedazo de marfil pulido (en tu caja de dibujo tienes uno) y mezcla en tu paleta los colores más puros y delicados que puedas hallar, selecciona tus pinceles de pelo de camello y dibuja el rostro más divino que acuda a tu imaginación. Coloréalo en tonos suaves y sombréalo exquisitamente siguiendo la descripción que la señora Fairfax hizo de Blanche Ingram, sin olvidar los tirabuzones negrísimos y los ojos rasgados. ¿Qué se te está pasando por la cabeza? ¿Tomar por modelo los del señor Rochester? ¡Alto! Prohibidos los sentimentalismos, las quejas y las añoranzas. Lo único que se permite es la determinación y la sensatez. Piensa en el perfil armonioso, en el busto y la garganta griegos, que se vean bien el deslumbrante brazo torneado y la delicada mano sin olvidar el anillo de brillantes y la pulsera de oro; retrata fielmente sus ropas, encajes de espuma y reflejos satinados, un chal favorecedor y una rosa de oro. Titúlalo: *Blanche, una destacada señorita de la aristocracia*. Y cuando de ahora en adelante se te ocurra imaginar que al señor Rochester le has producido muy buena impresión, vete a buscar estos dos cuadros, ponlos uno junto al otro, compáralos y piensa: "Dando por supuesto que el señor Rochester podría conquistar el corazón de esta noble joven si se lo propusiera, ¿cómo va a malgastar su tiempo pensando en esa otra chica pobre, plebeya e insignificante?"».

—Así lo pienso hacer —resolví.

Mantuve mi palabra. Una hora o dos me bastaron para dibujar al carboncillo mi propio retrato, y al cabo de quince días había rematado una miniatura en marfil representando a la imaginaria Blanche Ingram. Me había salido un rostro realmente hermoso y, cuando lo comparé con mi cabeza verdadera, el contraste resultó tan llamativo como convenía al control de mis sentimientos. Me vino muy bien aquella tarea, sirvió para

mantener mi cabeza y mis manos ocupadas y reafirmó con solidez y fijeza las nuevas impresiones que quería marcar indeleblemente en mi corazón.

Poco tiempo después tuve ocasión de congratularme por la atareada disciplina a que sometí mis emociones. Gracias a eso estuve en condiciones para hacer frente a los sucesos posteriores con un equilibrio que ni siquiera hubiera sido capaz de fingir, si hubieran llegado a pillarme de nuevas.

Capítulo II

Pasó una semana sin que tuviera noticias del señor Rochester; pasaron diez días y seguía sin volver. La señora Fairfax insinuó que podría haber viajado a Londres desde Leas y de allí al continente, y que no sería de extrañar que tardara un año en aparecer de nuevo por Thornfield; no era la primera vez, según dijo, que abandonaba sus propiedades de forma tan rara e intempestiva. Cuando escuché aquellas palabras, sentí una especie de escalofrío y me di cuenta de que mi corazón empezaba a desfallecer. Era evidente que me estaba dejando invadir por una oleada morbosa de desánimo, así que, haciendo acopio de agudeza y apelando a mis principios, no vacilé en imponer el orden en aquellas sensaciones, y es asombroso lo pronto que logré enderezar mi pasajera flaqueza y hasta qué punto aventé el error de suponer que lo que hiciera o dejase de hacer el señor Rochester era asunto de importancia vital para mí. No hizo falta que me humillara fomentando una noción servil de inferioridad. Todo lo contrario, me limité a decir para mis adentros: «Tú no tienes nada que ver con el amo de Thornfield, exceptuando el salario que te paga por educar a su ahijada y la gratitud por el trato amable que, caso de cumplir con tu deber, te dispense, como cabe esperar. Métete en la cabeza que estos son los únicos lazos que él admite en serio entre su persona y la tuya; así que no le hagas objeto de tus refinados sentimientos, entusiasmos o tribulaciones. No es de tu rango, no saques las cosas de quicio y conserva el amor propio necesario para no desperdiciar alma, corazón y energías en un lugar donde esas dádivas ni te las han pedido ni se sabrían apreciar».

Seguí, pues, desempeñando con la serenidad habitual mis cotidianas tareas. Pero de vez en cuando, me vagabundeaban por la cabeza ciertas confusas sugerencias que me aconsejaban abandonar Thornfield; y sin querer imaginaba anuncios en el periódico y conjeturaba los pros y contras de un nuevo trabajo. Aquellos pensamientos no juzgué necesario controlarlos, los dejé que brotaran a su aire y dieran fruto si les daba la gana.

Ya hacía más de dos semanas que no sabíamos nada del señor Rochester, cuando llegó una carta para la señora Fairfax.

—Es del amo —dijo ella, mirando las señas—. Por fin vamos a saber si vuelve o no.

Era la hora del desayuno y, mientras ella rompía el lacre y sacaba la misiva para leerla, yo seguí tomando mi café. Estaba muy caliente y atribuí a eso el vivo rubor que repentinamente me subió a las mejillas. El hecho de que me temblara la mano y se derramara en el plato parte del contenido de la taza no quise tomarlo en consideración.

—Bueno —dijo la señora Fairfax, que aún tenía desplegada la carta ante sus gafas—, a veces nos quejamos de tranquilidad, pero lo que es ahora nos amenaza el peligro contrario. Durante unos días no vamos a parar.

Antes de permitirme pedir aclaraciones, anudé las cintas del delantal de Adèle, que se le acababan de desatar, volví a llenarle la taza de leche y le serví otro bollo. Luego dije, afectando indiferencia:

—Supongo que el señor Rochester no volverá por ahora, ¿verdad?

—Al contrario, hija, dentro de tres días. Eso es lo que dice, el jueves que viene. Y además no llega solo. Ni sé cuántas personas de la buena sociedad de Leas le acompañan en este viaje, pero dice que muchas. Da instrucciones para que se tengan dispuestos los mejores dormitorios, se haga limpieza a fondo en la biblioteca y los salones y se contrate a personal de la fonda de Millcote o de donde sea para que echen una mano en la cocina. Porque además las señoras traerán a sus doncellas y los caballeros a sus ayudas de cámara, y a toda esa gente hay que alojarla. Vamos a tener la casa llena.

La señora Fairfax acabó a toda prisa su desayuno y salió rápidamente de la habitación para dar comienzo a tantos preparativos.

Los tres días que siguieron fueron de mucho ajetreo, como ella había predicho. A mí me había parecido que todas las habitaciones de Thornfield estaban muy limpias y en perfecto orden, pero quedó claro que me equivocaba. Vinieron tres mujeres para ayudar a las de casa y en mi vida había visto ni he vuelto a ver tanto fregoteo, tanto barrer, sacudir alfombras, colgar y descolgar cuadros, sacarles brillo a espejos y lámparas, orear sábanas y colchones y encender chimeneas. Adèle no se perdía detalle y siempre estaba por el medio. Los preparativos para recibir a tanta gente y la expectativa de su llegada la tenían en ascuas. No paraba de requerir a Sophie para que revisara sus *toilettes*, como llamaba ella a sus trajes, arrinconara las que estaban *passées*[47] y tuviera preparadas las nuevas. Ella no ayudó en nada, lo único que hacía era corretear por las habitaciones de delante, saltar encima de las camas y tirarse sobre los colchones y almohadas que se apilaban ante las chimeneas encendidas. Las tareas de clase se le perdonaron, porque la señora Fairfax había requerido mi ayuda y me pasaba el día en la despensa con ella y la cocinera, unas veces sirviendo de algo y otras estorbando, mientras aprendía a hacer flanes, tarta de queso y repostería francesa, preparar la caza y adornar las fuentes de postre.

A los invitados se los esperaba el jueves por la tarde, a tiempo de tomar el té de las seis. A lo largo de aquellos días no había tenido tiempo de dar pábulo a ninguna quimera, y creo que me mostré tan activa y de buen humor como cualquiera de los demás, exceptuando a Adèle. Pero de vez en cuando una ráfaga de niebla venía a ensombrecer mi animación y era arrastrada, aun a mi pesar, a una región de dudas, presentimientos y sombrías conjeturas. Solía ocurrir cuando la escalera que llevaba al tercer piso (últimamente cerrada con llave) se abría sigilosamente para dar paso a la figura de Grace Poole con su gorro almidonado, su delantal blanco y su pañuelo. Yo la miraba deslizarse por el pasillo, amortiguado el ruido de sus pasos por las zapatillas de paño, la veía asomarse a los dormitorios revueltos y bulliciosos y le oía decir alguna palabra suelta, tal vez simplemente una advertencia a las mujeres de la limpieza sobre la mejor

manera de abrillantar una parrilla, limpiar el mármol de una repisa o quitar las manchas del empapelado de una pared. Eso era todo, y luego seguía su camino hacia la cocina. Bajaba allí diariamente, comía, se fumaba su buena pipa junto al fuego y regresaba, llevándose consigo una jarra de cerveza al privado retiro de su tenebrosa y alta guarida.

De las veinticuatro horas del día, tan solo pasaba una en la cocina con los demás criados, el resto de su tiempo lo consumía encerrada en el tercer piso, dentro de un cuarto con techo bajo y paredes de madera. Allí se sentaba a coser, y tal vez a reírse espantosamente para sus adentros, tan aislada cual preso en el calabozo.

Lo más raro de todo era que, exceptuándome a mí, no hubiera nadie en la casa que pareciera reparar en sus costumbres o considerarlas chocantes. Nadie discutía las peculiaridades de su empleo, nadie la compadecía por su retiro. En una ocasión pesqué fragmentos de un diálogo entre Leah y una de las nuevas asistentas, a propósito de Grace. Leah estaba diciendo algo que no capté bien, y la asistenta comentó:

—Supongo que el sueldo será bueno, ¿no?

—Ya lo creo —dijo Leah—, ya lo quisiera para mí. No es que me queje, la tacañería brilla por su ausencia en Thornfield, pero a mí no me pagan ni la quinta parte que a la señora Poole. Está haciendo ahorros; todos los trimestres ingresa una suma en el banco de Millcote. No me extrañaría que hubiera reunido ya lo bastante para independizarse, si se quisiera ir, pero digo yo que se habrá acostumbrado a este sitio. Además todavía no ha cumplido los cuarenta, está fuerte y sirve para todo. Debe de pensar que es pronto para jubilarse.

—Me imagino que cumplirá bien con su cometido —dijo la asistenta.

—¡Y tanto! Se ha dado cuenta de lo que tiene que hacer y nadie lo podría hacer como ella —replicó Leah en un tono cómplice—. No habría otra que fuera capaz, ni pagándole eso.

—Seguramente no —fue la respuesta—. Y lo que yo me pregunto, oye, es si el amo…

La asistenta iba a seguir hablando pero la interrumpió un codazo de Leah, que acababa de volver la cabeza y me había visto.

—¿Es que ella no sabe nada? —oí susurrar a la otra mujer.

Leah movió negativamente la cabeza y dejaron de hablar. Todo lo que pude sacar en consecuencia es que había un misterio en Thornfield, de cuya participación yo estaba deliberadamente excluida.

Llegó el jueves y ya desde la tarde anterior estaba todo dispuesto: se habían desenrollado las alfombras, recamado las cortinas de los lechos, extendido sobre ellos colchas inmaculadas, ordenado los tocadores, barnizado los muebles y puesto flores en los floreros. Tanto los dormitorios como los salones eran un primor. También el vestíbulo, con su gran reloj de madera tallada, presentaba un aspecto deslumbrante: los peldaños y la barandilla de la escalera parecían de cristal. En el comedor, la plata contagiaba su fulgor a los aparadores, y en el salón y en el gabinete las flores exóticas dejaban su toque por doquier.

Llegó la tarde. La señora Fairfax se puso su mejor vestido de raso, sus guantes y su reloj de oro, porque era ella la encargada de recibir a los huéspedes y de acompañar a las señoras a sus respectivas habitaciones. Adèle también se emperifolló, aunque no me pareció a mí que tuviera muchas opciones de ser presentada a la concurrencia, por lo menos aquel día. A pesar de todo, para darle gusto, permití a Sophie que la vistiera con uno de sus trajecitos cortos de muselina y falda de vuelo. En cuanto a mí, no consideré preciso cambiarme; nadie me iba a pedir que abandonara mi santuario del aula, porque en un santuario había llegado a convertirse para mí, «un refugio placentero en tiempos de calamidad»[48].

Había hecho un día sereno y templado de primavera; uno de esos días entre finales de marzo y principios de abril que amanecen radiantes como heraldos del verano en la tierra. Ahora ya estaba tocando a su fin, pero todavía hacía muy bueno, y me senté en el aula a trabajar con la ventana abierta.

—Se están retrasando —dijo la señora Fairfax, que entraba ya vestida de pontifical—. Menos mal que se me ocurrió disponer la cena para una hora más tarde de la que marcó el señor Rochester, porque ya son más de las seis. He mandado a John a la verja de abajo por si ve llegar a alguien por la carretera. Desde allí se divisa todo lo que viene de Millcote, aunque esté a mucha distancia. —Se acercó a la ventana y se asomó—: ¡Ahí lo

tenemos! —dijo—. ¿Qué hay, John? —añadió mirando hacia abajo—. ¿Alguna novedad?

—Ya vienen, señora —contestó él—. Estarán aquí dentro de unos diez minutos.

Adèle se precipitó a la ventana. Yo la seguí, poniendo mucho cuidado en orillarme para quedar oculta por la cortina, y de esa manera poder ver sin ser vista[49].

Los diez minutos que había previsto John se hicieron muy largos, pero al fin se oyó un rumor de ruedas y aparecieron dos carruajes abiertos precedidos de cuatro jinetes al galope. En los vehículos había un revuelo de plumas y velos que ondeaban aglomeradamente. Dos de los jinetes eran hombres jóvenes y bien parecidos. El tercero era el señor Rochester montado sobre *Mesrour*, su caballo negro, y acompañado por *Pilot*, que venía brincando delante de ellos. El cuarto jinete, emparejado con Rochester, era una señora, y ellos dos abrían camino. La miré. La falda morada de su traje de amazona le llegaba al suelo, el velo del sombrero se agitaba a impulsos de la brisa, y tras sus pliegues transparentes brillaban unos tirabuzones negros como el ébano.

—¡La señorita Ingram! —exclamó la señora Fairfax.

Y salió disparada para recibir abajo a los huéspedes.

La comitiva, siguiendo la curva que marcaba el camino, dio la vuelta al llegar a la esquina de la casa y la perdimos de vista. Adèle insistía en que la dejara bajar, pero la senté en mis rodillas y procuré hacerle entender que de ninguna manera podía aventurarse a aparecer ante las visitas hasta que la mandaran llamar expresamente, que el señor Rochester se enfadaría mucho si lo hiciera y otros argumentos por el estilo. Le costó algunas lágrimas oírlo pero, como se dio cuenta de lo seria que estaba yo, acabó por secárselas.

Del vestíbulo subía un rumor de voces bulliciosas y entrelazadas. El tono más grave de los caballeros servía de contrapunto armonioso al acento argentino de las señoras y, sobreponiéndose a aquella mezcla, aunque no de forma estentórea, se distinguía claramente la voz del dueño de Thornfield dando la bienvenida bajo su techo a tan elegantes huéspedes. Luego se oyeron pasos ligeros por la escalera y cierto alboroto en el

pasillo, risas alegres y tenues, un continuo abrir y cerrar de puertas y por fin, durante un rato, reinó el silencio.

—*Elles changent de toilettes* —dijo Adèle, que había prestado oído atento a todos aquellos movimientos—. *Chez maman* —continuó tras un suspiro—, *quand il y avait du monde, je les suivais partout, au salon et à leurs chambres; souvent je regardais les femmes de chambre coiffer et habiller les dames, et c'était si amusant: comme cela on apprend*[50].

—¿No tienes apetito, Adèle?

—*Mais oui, mademoiselle: voilà cinq ou six heures que nous n'avons pas mangé*[51].

—Pues bueno, aprovechando que las señoras están en sus cuartos, voy a hacer una incursión abajo para traerte algo de cena.

Y así, abandonando mi asilo con toda precaución, me metí por una escalera de servicio que llevaba directamente a la cocina. En aquella parte de la casa todo era fuego y alboroto. La sopa y el pescado estaban en su última fase de elaboración, y la cocinera se inclinaba hacia los hornillos en una disposición de cuerpo y de ánimo que hacían temer por su combustión general. En el cuarto de estar de la servidumbre se veía a dos cocheros y a tres ayudas de cámara, unos de pie y otros sentados alrededor del fuego. Me imaginé que las doncellas estarían atareadas arriba, ayudando a sus señoras; y en cuanto a las nuevas asistentas contratadas en Millcote, no paraban de moverse de un lado para otro. Sorteando aquel caos, conseguí llegar a la despensa, de donde cogí una ración de pollo frío, un panecillo, unos pasteles, dos platos y cubiertos, tras lo cual inicié una rápida retirada en posesión de mi botín.

Ya había llegado al pasillo y estaba cerrando a mis espaldas la puerta de servicio, cuando una creciente barahúnda me hizo comprender que las señoras estaban saliendo de sus habitaciones. No podía llegar al aula sin pasar por delante de alguna de sus puertas, corriendo el riesgo de ser sorprendida con mi carga de vituallas. Así que me quedé quieta en aquel rincón del final que, como no tenía ventana, estaba oscuro; y más ahora que el sol se había puesto ya y se acercaba la noche.

Las habitaciones fueron dando paso a sus alegres y frívolas ocupantes, cuyos atuendos fulguraban en el seno de aquella penumbra. Se quedaron

agrupadas durante unos instantes al otro extremo del pasillo, charlando con animación, aunque en un tono susurrante. Luego bajaron la escalera casi tan silenciosamente como la niebla cuando desciende de las cumbres. La impresión de conjunto que me dejó aquella escena fue la de una elegancia mundana totalmente nueva para mis ojos.

Me encontré a Adèle fisgando por la rendija de la puerta del aula.

—¡Qué señoras tan guapas! —exclamó—. Ojalá pudiera verlas de cerca. ¿Cree usted que el señor Rochester nos mandará bajar luego, cuando acaben de cenar?

—No lo creo en absoluto. Me parece que el señor Rochester tiene otras cosas en qué pensar ahora. Olvídate de las señoras por esta noche, ¿quieres?, mañana será otro día. Toma, aquí tienes tu cena.

Adèle tenía mucha hambre, así que el pollo y los pasteles la tuvieron un rato entretenida. Menos mal que se me había ocurrido visitar la despensa, porque si no, tanto ella como yo y Sophie, a la que dejamos compartir nuestro refrigerio, nos habríamos ido a la cama sin probar bocado. La gente de abajo andaba demasiado atareada para pensar en nosotras.

Hasta pasadas las nueve no acabaron de retirar los postres, y a las diez todavía se oían pasos de criados que iban de acá para allá con bandejas de café. Dejé a Adèle que se quedara despierta hasta más tarde de lo habitual, porque insistió en que le iba a ser imposible dormirse con tanto ruido de puertas abriéndose y cerrándose abajo y el bullicio de la gente. Además, si llegaba un mensaje del señor Rochester cuando ella ya se hubiera desnudado y metido en la cama, *alors, quel dommage!*[52]

Le estuve contando cuentos mientras tuvo gana de oírlos y luego, para que se entretuviera con otra cosa, salimos al pasillo. La lámpara del vestíbulo estaba encendida y desde la barandilla alta de la escalera le parecía muy divertido observar el ir y venir de los criados. Ya entrada la noche, empezó a oírse una música que llegaba del salón, donde se había instalado el piano. Adèle y yo nos sentamos en el rellano de la escalera para escuchar aquel concierto, que pronto se vio enriquecido por una voz de mujer en dulce acorde con las delicadas notas del instrumento. Aquel solo fue seguido por un dueto, y de nuevo destacó la voz de antes; en las

pausas se oía un runrún animado de conversaciones, a las que yo prestaba oído atento. Me di cuenta súbitamente de que mis capacidades auditivas estaban concentradas en analizar aquella amalgama de sonidos solo para ver si en el seno de ellos distinguía la voz del señor Rochester. Y cuando lo logré, que fue pronto, me propuse otro cometido más difícil: el de convertir aquellos acentos, desvaídos por la distancia, en palabras articuladas.

Cuando dieron las once, Adèle ya tenía la cabeza apoyada sobre mi hombro y se le caían los párpados de sueño. La cogí en brazos y la llevé a la cama. Era casi la una cuando los invitados se retiraron a sus habitaciones a descansar.

El día siguiente fue tan divertido como el anterior. Lo dedicaron a hacer una excursión a no sé qué sitio de los alrededores. Salieron temprano, algunos a caballo y otros en carruaje, y yo presencié tanto su partida como su regreso. Igual que la tarde anterior, la señorita Ingram era la única amazona, y también era el mismo su acompañante: el señor Rochester. Galopaban juntos y un poco apartados del resto de los invitados. Lo comenté con la señora Fairfax, que estaba asomada a la ventana conmigo.

—Decía usted que no veía al señor Rochester muy inclinado a casarse —le dije—, pero está claro que su preferida es esa señorita, no tiene ojos para ninguna otra.

—Sí, puede ser. No cabe duda de que la admira.

—Y ella a él —añadí—. Mire cómo inclina su cabeza hacia la del amo en este momento, como si le estuviera hablando confidencialmente. Me gustaría ver su rostro, aún no lo he atisbado.

—Esta noche la conocerá usted —contestó la señora Fairfax—. Se me ocurrió hablarle al señor Rochester de las ganas que tenía Adèle de ser presentada a las señoras y él me contestó: «Que baje al salón esta noche después de cenar, y dígale a la señorita Eyre que la acompañe».

—Lo diría por simple educación —repuse yo—. Estoy segura de que no hace ninguna falta que baje yo.

—Bueno, yo le advertí que, poco acostumbrada como está usted a las reuniones sociales, era probable que no le apeteciera formar parte de esta,

donde va a encontrarse con extraños, pero me cortó en ese tono suyo un poco brusco: «¡Tonterías! Si pone alguna objeción, le dice usted que es mi deseo expreso, y que si se resiste con tenacidad, yo mismo subiré a buscarla».

—No pienso acarrearle tal molestia —contesté—. Si no hay más remedio, bajaré, pero no me apetece nada. ¿Estará usted allí, señora Fairfax?

—No, le puse un pretexto y a mí me lo admitió. Le diré cómo tiene que hacer para evitar la violencia de una entrada ceremoniosa, que es lo más incómodo del asunto. Cuando esté vacío el salón, y antes de que las señoras se hayan levantado de la mesa, entra usted y se acomoda en un rincón tranquilo. No hace falta que se quede mucho rato, a no ser que le guste; en cuanto entren los caballeros se puede ir. Justo el tiempo preciso para que el señor Rochester se dé cuenta de que le ha obedecido; luego ya se escurre, en cuanto vea la ocasión, y nadie se dará cuenta.

—¿Cree usted que estas personas se quedarán mucho tiempo en Thornfield?

—Puede que dos o tres semanas, más no creo. En cuanto pasen las vacaciones de Semana Santa, *sir* George Lynn, que acaba de ser elegido parlamentario por Millcote, tiene que ir a tomar posesión de su cargo, y es muy probable que el señor Rochester le acompañe. Me extraña mucho que se esté quedando tanto tiempo este año en Thornfield.

A medida que se iba acercando la hora de bajar con Adèle al salón, aumentaba mi sobresalto. La niña se había pasado el día fuera de sí, desde que supo que por la noche iba a conocer a los invitados, y hasta que Sophie empezó a hacer los preparativos para vestirla no se apaciguaron sus nervios. La seriedad de aquel proceso la devolvió a sus cabales, y una vez que se vio peinada con tirabuzones cuidadosamente dispuestos en grupos, vestida de raso color de rosa, con su ancha banda anudada a la cintura y sus guantes de encaje puestos, adoptó una seriedad que parecía la de un juez. No hizo falta decirle que no se arrugara el vestido o estropeara el peinado. Se sentó en una silla con aire modoso, cuidando de levantarse antes la falda de raso para que se mantuviera bien planchada, y me aseguró que no se pensaba mover hasta que yo estuviera lista. A mí eso no me

llevó tiempo; me puse el único traje bueno que tenía, uno gris perla que compré para la boda de la señorita Temple y que no había vuelto a usar, me peiné en un periquete y me puse el broche de perlas, no tenía otra joya. Y bajamos.

Afortunadamente, al salón se podía entrar sin pasar por el comedor, donde aún estaban todos cenando. Y el salón estaba vacío. Un generoso fuego chisporroteaba en la chimenea de mármol y entre los exquisitos ramos de flores que adornaban las mesas, dos velas encendidas despedían su solitario fulgor. La cortina carmesí que ocultaba a medias el arco servía de frontera, aunque sutil, con la estancia contigua, de donde llegaba un murmullo apagado de conversación, porque los comensales hablaban en voz baja.

Adèle, que se mostraba muy emocionada ante la solemnidad de la ocasión, se sentó sin pronunciar una palabra en la banqueta que le indiqué. Yo me retiré al poyo de la ventana, cogí al pasar un libro que había sobre la mesa e intenté concentrarme en la lectura. Adèle acercó su banqueta hasta mis pies y al cabo de un rato me dio un toque en la rodilla.

—¿Qué pasa, Adèle?

—*Est-ce que je ne puis pas prendre une seule de ces fleurs magnifiques, mademoiselle? Seulement pour completer ma toilette*.[53]

Cogí una rosa de uno de los floreros y se la puse en la cintura. Ella suspiró con inefable alivio, como si la copa de su dicha acabara de llenarse hasta los bordes. Yo volví la cabeza hacia otro lado para disimular una sonrisa que no había podido reprimir. Había algo de ridículo pero también de penoso en la solemne e innata devoción por los trapos que mostraba la pequeña parisina.

Empezó a percibirse un ligero rumor de gente que se levantaba, la cortina del arco se descorrió y quedó ante nuestros ojos la imagen fulgurante del comedor con la gran mesa llena de piezas de plata y cristal despidiendo destellos a la luz de la araña encendida. Un grupo de señoras acababa de asomar por el arco. Se detuvieron unos instantes allí y luego accedieron al salón, dejando caer la cortina a sus espaldas.

Eran ocho en total, pero parecían más cuando entraron. Algunas eran muy altas y predominaba el color blanco en sus vestidos, de faldas tan

amplias que las figuras quedaban agrandadas, como se engrandece la luna cuando la rodea la niebla. Yo me puse de pie y esbocé una reverencia, a la que solamente una o dos cabezas contestaron. Las demás se limitaron a mirarme fijamente.

Se dispersaron enseguida por el salón y a mí me recordaban a una bandada de pájaros blancos, por la ligereza y fluctuación de sus andares. Algunas se reclinaron en los sofás y otomanas, mientras otras curioseaban las flores y los libros que había sobre la mesa o se acercaban a la chimenea. Todas hablaban bajo, aunque arrastrando muy claramente las sílabas en un tono que parecía serles habitual. Sus nombres los conocí más tarde, pero prefiero decirlos ahora.

Primero estaban la señora Eshton y sus dos hijas. Ella debía de haber sido muy guapa y conservaba evidentes señales de ello. En cuanto a las hijas, la mayor, Amy, era pequeñita, ingenua y aniñada de cara y de talante, pero tenía un cuerpo provocativo realzado por el traje de muselina blanca con ancho cinturón de seda azul; la segunda, Luisa, era más alta y elegante, con una cara expresiva de las que los franceses llaman *minois chiffonné*[54]. Las dos hermanas tenían un cutis blanco como de azucena.

Lady Lynn era un personaje sólido y robusto. Muy tiesa y arrogante, iba vestida de raso tornasolado y representaba unos cuarenta años. El pelo, muy oscuro, le brillaba bajo un aderezo de plumas azules y una diadema de piedras preciosas.

La señora del coronel Dent era menos llamativa, pero me pareció más señora. Tenía una cara pálida de expresión afable, era rubia y su figura esbelta se veía realzada por un vestido negro de raso, un rico chal de encaje español y un collar de perlas. Me gustó mucho más su atuendo que el de la aristócrata con fulgor de arco iris.

Pero las más distinguidas —tal vez porque eran las más altas del grupo — me parecieron la viuda *lady* Ingram y sus dos hijas Blanche y Mary. Eran las tres de una talla muy superior a la común. La madre podría tener entre cuarenta y cincuenta años, conservaba aún una hermosa figura, no tenía canas (o al menos bajo la luz de las velas no se le apreciaban) y exhibía una dentadura perfecta. Muchos podrían definirla como una mujer espléndida para su edad, y lo era efectivamente en lo que al aspecto físico

se refiere. Pero tanto su porte como la expresión de su rostro denotaban una altanería casi insoportable, para mi gusto. Su perfil romano de carnosa barbilla desembocaba en una garganta a modo de columna. Todos sus rasgos me parecieron no solo infatuados y ensombrecidos sino traspasados por el orgullo, y destacaba especialmente el gesto casi sobrenatural de mantener alzada la barbilla. También me disgustó su mirada severa e implacable, que me trajo al recuerdo la de la señora Reed; tenía una voz grave y engolada, y masticaba las palabras al hablar como si quisiera sentar cátedra; en una palabra, un ser insoportable. Un vestido de terciopelo carmesí y un turbante tipo indio confeccionado en lamé de oro dotaban a su figura de un aspecto que ella sin duda consideraría de una dignidad francamente imperial.

Blanche y Mary habían heredado su estatura y se erguían altas como álamos, Mary demasiado delgada pero Blanche, en cambio, escultural como una Diana. Me fijé en ella, por supuesto, con particular atención. En primer lugar porque quería ver si su aspecto se adecuaba a la descripción suministrada por la señora Fairfax y, por consiguiente, si se parecía en algo a la miniatura que yo pinté. Pero sobre todo, tengo que confesarlo, para darle o no mi visto bueno como posible elegida del señor Rochester.

En lo referente a su aspecto físico, respondía ce por be tanto a mi retrato como al que hizo verbalmente la señora Fairfax. Un busto generoso, hombros bien torneados, cuello grácil, ojos oscuros y rizos negros, todo coincidía… Pero ¿y el rostro? El rostro era una versión juvenil y sin arrugas del de su madre: la misma frente estrecha, los mismos rasgos altivos, la misma expresión de superioridad. No era, sin embargo, tan plomiza su altivez, se reía continuamente con una risa displicente, a juego con la del rictus habitual que curvaba sus labios orgullosos.

Se dice que el talento va unido a la autosuficiencia. Yo no sé si la señora Ingram tenía talento, pero de autosuficiencia estaba cargada. Se puso a discutir sobre botánica con la gentil señora Dent, que, al parecer, no había estudiado esta ciencia y se limitó a manifestar que le gustaban las flores, «sobre todo las silvestres». Blanche, en cambio, sí había estudiado y no perdía ocasión de soltar términos técnicos y de darse tono, como si

quisiera —o eso me pareció— dejar en ridículo a la señora Dent. Puede que sus burlas fueran ingeniosas, pero desde luego bienintencionadas no. Se puso a tocar el piano y lo hizo con toda brillantez, cantó y tenía una voz preciosa y, cuando a veces hablaba aparte con su madre en francés, tenía buen acento y se notaba que dominaba el idioma.

Mary tenía un aspecto más dulce y acogedor que su hermana; sus facciones eran más suaves y su piel más clara, porque Blanche tenía un cutis moreno de española; sin embargo Mary carecía de vitalidad; sus ojos no brillaban ni era expresiva; daba la impresión de no tener nada que decir. Una vez sentada, se quedó allí quieta como una estatua en su hornacina. Las dos hermanas iban vestidas de blanco.

Y una vez comentado esto, ¿puedo decir que la señorita Ingram me parecía la pareja ideal para el señor Rochester? No conocía sus gustos sobre belleza femenina, así que no podía opinar con seguridad. Si le gustaba lo majestuoso, Blanche era la majestad en persona, además de distinguida e ingeniosa. Debía de tener muchos admiradores masculinos, y era evidente que el señor Rochester se contaba entre ellos. Para despejar mis últimas dudas, solo me quedaba la prueba de verlos juntos.

A todas estas, no vayas a creer, lector, que Adèle se había quedado quieta sentada a mis pies en su banqueta durante tanto rato. No, en cuanto entraron las señoras, se levantó, salió a su encuentro, hizo una ceremoniosa reverencia y dijo muy seria:

—*Bonjour, mesdames*.

—¡Vaya, miren qué muñequita!

—Supongo que es la ahijada del señor Rochester, la francesita de quien nos habló —intervino *lady* Lynn.

La señora Dent estrechó amablemente su mano y se inclinó a darle un beso, mientras Amy y Luisa Esthon exclamaban al unísono:

—¡Qué encanto de niña!

Se la llevaron con ellas a su sofá, y allí seguía estando todavía cómodamente sentada entre las dos y sin parar de hablar tan pronto en francés como en su inglés chapurreado. No solo era objeto de atención por parte de las señoritas Esthon sino también de su madre y de *lady* Lynn, y entre todas le reían las gracias y la colmaban de mimos.

Por fin han traído el café y los caballeros hacen acto de presencia. Yo me he quedado en la sombra, si es que puede haber alguna en una estancia tan brillantemente iluminada. Pero al menos el cortinaje de la ventana me oculta a medias. Nuevamente cruje el arco: están entrando ellos. La irrupción colectiva de los caballeros —como antes de las señoras— es bastante espectacular. Van todos vestidos de negro, algunos son jóvenes y casi todos de considerable estatura. Henry y Frederick Lynn son petimetres a la moda, y el coronel Dent un elegante militar. El señor Esthon, magistrado del distrito, tiene un aspecto francamente señorial, con el pelo bastante canoso, aunque conserva negras las cejas y las patillas, lo cual le da un aire de *père noble de théatre*[55]. Lord Ingram es tan guapo como sus dos hermanas, aunque se parece más a Mary en la mirada apática y desganada. Parece ser más largo de extremidades que agudo de cerebro o ardiente de sangre.

¿Y el señor Rochester, dónde está?

Es el último en entrar, y aunque no estoy mirando al arco, percibo su presencia. Procuro concentrar toda mi atención en las agujas de punto y en las mallas del bolso que estoy haciendo. Ojalá pudiera pensar solo en la labor que me traigo entre manos, no atender más que a los hilos de seda y los abalorios plateados que descansan en mi regazo, pero no puedo dejar de ver con toda nitidez su figura, la cual arrastra inevitablemente el recuerdo de la última noche que hablé con él. Tras haberle prestado lo que él consideró una ayuda fundamental, había mantenido mi mano entre las suyas, se había inclinado para mirarme y en sus ojos se leía una emoción a punto de desbordarse, de la que yo participaba. ¡Qué cerca habíamos estado el uno del otro en aquel momento! ¿Qué había ocurrido luego para dar un vuelco a nuestras respectivas actitudes? Ahora mismo, éramos como dos extraños, ¡qué distante lo sentía! Tanto que ni siquiera me atrevía a esperar que se acercara a saludarme. No me sorprendió, pues, que sin tan siquiera mirarme pasara de largo, tomara asiento en el otro extremo de la habitación y se pusiera a conversar con un grupo de señoras.

En cuanto noté que ellas acaparaban su atención y que no había miedo de que me pillara fisgando, mis ojos volaron espontáneamente en aquella dirección para posarse en su rostro. No pude controlar mis párpados, que

se alzaron para dejar libres a las pupilas deseosas de contemplarlo. Le miré, en efecto, con una mezcla de placer y sobresalto, como oro puro veteado por aceradas agujas de agonía. Un placer similar al que debe de sentir un hombre medio muerto de sed cuando sabe que el pozo hasta cuyo brocal se ha arrastrado está rebosante de agua envenenada, y a pesar de todo se inclina a beberla a tragos gloriosos.

Es bien verdad que «la belleza está en los ojos de aquel que mira». Y lo digo porque, aunque ni el rostro cetrino de mi amo, su frente cuadrada, sus espesas cejas, sus ojos hundidos ni ninguno de sus rasgos demasiado marcados (por ejemplo la boca seria y enérgica, de donde emanaba todo el poder de sus voluntariosas decisiones) fueran correctos con arreglo a los cánones estrictos de la belleza masculina, para mí eran mucho más que hermosos. Estaban llenos de un interés a cuyo influjo era incapaz de sustraerme, hechizaban mis sentimientos para arrancarlos de mi dominio y encadenarlos al suyo. No quería amarlo. El lector sabe de sobra lo intensamente que había luchado para extirpar de mi alma los gérmenes de amor que adiviné agazapados en ella; y he aquí que ahora, en cuanto volvía a verlo, brotaban por su cuenta, reverdecidos y con redoblado vigor. Me obligaba a amarlo sin mirarme siquiera.

Lo comparé mentalmente con el resto de sus invitados. ¿Qué significaban la gracia cortesana de los Lynn, la lánguida elegancia de lord Ingram, ni siquiera la distinción militar del coronel Dent, en contraste con la energía innata de él, con su genuino poderío? No me atraía la apariencia de ninguno de ellos ni su modo de conducirse, aunque mucha gente sin duda los encontraría guapos y cautivadores, mientras tal vez juzgasen al señor Rochester rudo y taciturno. Los veía sonreír, los oía reírse y no sentía nada. La luz de las velas tenía tanta alma como sus sonrisas y el tintineo de una campanilla la misma significación que sus risotadas. Pero vi sonreír al señor Rochester y su grave fisonomía se dulcificó y sus ojos se agrandaron, brillantes y mansos, despidiendo una luz al mismo tiempo amable e inquisitiva. Estaba hablando con Luisa y Amy Esthon, y yo me asombraba de que pudieran recibir sin sobresalto aquella mirada tan penetrante. Esperé que dejaran caer los párpados, que se ruborizaran, y en el fondo me alegré al comprobar que eran inmunes a su encanto.

«Para ellas no significa lo que para mí —pensé—, no es de su raza. Creo que es de la mía, mejor dicho, estoy segura, lo siento totalmente afín a mí, entiendo el idioma de sus gestos y sus movimientos. Aunque sea tan profundo el foso que la alcurnia y el dinero han excavado para separarnos, en mi cabeza y en mi corazón, en mi sangre y en todo mi sistema nervioso hay algo que me hermana con él. Hace pocos días me estuve contando a mí misma que no tengo nada que ver con el señor Rochester a excepción del salario que me paga. ¿Dije eso? ¿Me prohibí pensar en él bajo otra luz que la de un patrón? ¡Qué blasfemia contra la naturaleza! Todo lo que albergo de noble, verdadero y sólido en mi sentir se entrelaza en torno a él. Sé que debo disimular mis sentimientos, sofocar mi esperanza, tener presente que no puede ocuparse de mí. Cuando digo que soy de su raza, no quiero decir que tenga su capacidad de influencia ni su poder de hechizo. Digo simplemente que tenemos muchos gustos y emociones en común. Tengo que repetirme sin cesar, por lo tanto, que estamos separados para siempre. Pero yo, mientras tenga aliento y capacidad de discernir, no tengo más remedio que seguirlo amando».

Se ha servido el café. Las señoras, desde que entraron los caballeros, parecen alondras y su conversación se ha vuelto brillante y animada. El coronel Dent y el señor Eshton hablan de política y sus esposas los escuchan. Las dos altivas viudas *lady* Lynn y *lady* Ingram conspiran confidencialmente. Me había olvidado de describir a *sir* George: es un caballero rural, grandote, de piel curtida y rubicunda y en este momento se halla de pie delante de uno de los sofás con su taza de café en la mano y deja caer alguna palabra de tarde en tarde. Frederick Lynn se ha sentado junto a Mary Ingram y le está enseñando los grabados de un magnífico libro; ella de vez en cuando le sonríe, pero no parece tener nada que decir. El joven Ingram, larguirucho y flemático, se apoya con los brazos cruzados en el respaldo del sillón que ocupa la pequeña y vivaz Amy Esthon, ella levanta la cabeza y gorjea como un chorlito; da la impresión de que este le gusta más que el señor Rochester. Henry Lynn, a los pies de Luisa, comparte asiento con Adèle, que está esforzándose en hablar inglés con ellos. A Luisa le hacen mucha gracia sus chapurreos y se ríe. ¿Y Blanche con quién se irá a emparejar? Está sola de pie junto a la mesa,

inclinada graciosamente sobre un álbum. Parece esperar a que alguien venga a buscarla, pero no tiene paciencia y es ella misma quien decide elegir a su interlocutor.

El señor Rochester, que acaba de dejar a los Eshton, se acerca a la chimenea y se apoya allí, tan solitario como ella lo está apoyada en la mesa. Blanche va a reunirse con él y se coloca en el extremo opuesto de la chimenea.

—Tenía entendido, señor Rochester, que no le gustaban a usted los niños.

—Y no me gustan.

Ella señaló a Adèle.

—Y entonces, ¿cómo le convencieron para que adoptara a esa muñequita? —preguntó—. ¿De dónde la ha sacado?

—No la he sacado de ningún sitio, la dejaron a mi cargo.

—¿Y cómo no la mandó a un colegio?

—No me lo puedo permitir. Salen muy caros los colegios.

—Entonces, supongo que le habrá puesto una institutriz. Antes vi por ahí a una persona… Por cierto, ¿se ha ido? Ah, no, sigue allí, detrás de la cortina de la ventana. Pues le tendrá que pagar, ¿no?, y sale casi tan caro o más, porque son dos bocas que alimentar.

Yo temí, o mejor dicho, esperé, que aquella alusión a mí obligara al señor Rochester a echar una ojeada en aquella dirección, e instintivamente me encogí todavía más en la zona de sombra. Pero sus ojos permanecieron impasibles.

—No se me ha ocurrido pensar en eso —dijo en tono indiferente, mirando fijamente el fuego.

—Ya. A ustedes, los hombres, nunca se les ocurre usar el sentido común ni echar cuentas. A mamá tendría que oírla usted hablar de las institutrices. Cuando Mary y yo éramos pequeñas, pasaron por casa lo menos doce, la mitad inaguantables, las otras grotescas, y en general una pesadilla, ¿verdad, mamá?

—¿Decías algo, mi vida?

La joven aludida por tan dulce nombre repitió su pregunta y la argumentó más.

—No me nombres a las institutrices, querida —dijo su madre—, solo con oír hablar de ellas ya me altero. Aguantar su incompetencia y sus veleidades supuso para mí una cruz, pero gracias al cielo ya no las necesito, ¡Dios vaya con ellas!

En aquel momento, la señora Dent se inclinó hacia la virtuosa viuda y le susurró algo al oído. A juzgar por la respuesta que recibió, supuse que le había hecho notar que había en la habitación un componente de aquella raza vilipendiada.

—*Tant pis!*[56] —dijo—. ¡A ver si aprende! —Y luego, en un tono más bajo, pero no tanto como para que yo dejara de captar sus palabras, añadió —: Ya me había fijado en ella. Yo entiendo mucho de fisonomías, y en la suya, créame, he leído todos los vicios inherentes a las de su clase.

—¿Y qué vicios son esos, señora? —preguntó el señor Rochester en voz alta.

—Se lo diré en privado —replicó la señora Ingram, moviendo significativamente su turbante.

—Sí, pero para entonces el apetito de mi curiosidad tal vez se haya atenuado. Es ahora cuando pide comida.

—Pregúnteselo a Blanche, que la tiene usted más cerca.

—Mira, mamá, no me pases a mí el problema. Solo tengo un comentario que hacer sobre toda esa tribu: son un engorro. Y no lo digo porque a mí me hicieran sufrir mucho, que ya me las arreglaba yo para quedar encima. ¡Las bromas que les gastábamos Theodore y yo a la señorita Wilson, a la señora Grey y a *madame* Joubert! Mary siempre tenía sueño y no quería colaborar en nuestros planes. Las jugadas mejores se las hicimos a *madame* Joubert, la pobre señorita Wilson estaba siempre pachucha, desanimada y a punto de llorar, no valía la pena hacerla rabiar, en una palabra. Y en cuanto a la señora Grey, era tan tosca e insensible que nada le hacía mella. ¡Pero la pobre *madame* Joubert pagó por todas juntas! Parece que la estoy viendo cuando se enfurecía porque la sacábamos de quicio con nuestras travesuras; derramábamos el té, hacíamos bolitas de pan untado con mantequilla, tirábamos los libros al techo y armábamos la gran charanga golpeando el pupitre con la regla, la parrilla y las tenazas de la chimenea. ¿Te acuerdas, Theodore? Eran tiempos felices.

—Ya lo creo que me acuerdo —contestó el joven Ingram, arrastrando las sílabas—. Y la muy estúpida solo hacía que gritar: «¡Qué niños tan malos!». Y nos daba pie para echar una bronca por presumir de estarle enseñando algo, con lo ignorante que era, a unos niños listísimos como nosotros.

—Eso le decíamos, sí. ¿Y te acuerdas, Tedo, de cuando nos aliamos para acosar a tu preceptor, aquel señor Vining de la cara de palo, el alevín de cura, como le llamábamos? Tuvo la desfachatez de enamorarse de la señora Wilson, que además le correspondía, o eso nos pareció a nosotros. Los habíamos pillado intercambiando dulces miradas y tiernos suspiros, indicativos de una *belle passion*[57], y nos apresuramos a propagar nuestro descubrimiento; lo empleamos como una especie de palanca para quitarnos de encima a aquellos dos pesos muertos. Mi querida madre, aquí presente, en cuanto tuvo barruntos de aquella historia la encontró bastante inmoral, ¿verdad, señora madre?

—Naturalmente, cielo. Y con razón, créanme. Hay mil razones para que en una casa como Dios manda no se pueda tolerar nunca una relación estrecha entre institutrices y preceptores. La primera de todas…

—¡Por favor, mamá, ahórranos el recuento! *Au reste*[58], todos conocemos esas razones: el peligro de dar mal ejemplo a los inocentes niños, la distracción y consiguiente negligencia de sus respectivos deberes por parte de los enamorados, la complicidad y mutua dependencia, las confianzas que se creen con derecho a tomar, rayanas en la insolencia a veces, la rebelión, en fin, y el desastre general. ¿Digo bien, baronesa Ingram Park?

—Sí, mi lirio del valle, dices bien, como siempre.

—Pues no hay nada que añadir. Cambiemos de tema.

Amy Eshton, que no había oído aquel dictamen o no quiso hacer caso de él, agregó con su vocecita tenue e infantil:

—Pues Luisa y yo también intentamos alguna vez hacer rabiar a nuestra institutriz, pero era tan buena que lo aguantaba todo, y no había manera de sacarla de sus casillas. Nunca se enfadaba con nosotras, ¿verdad, Luisa?

—No, nunca. Nos dejaba hacer todo lo que queríamos, fisgar en su mesa y su costurero, volcar el contenido de sus cajones, todo. Tenía tan buen carácter que era incapaz de negarnos nada.

—Por lo visto —dijo la señorita Ingram frunciendo los labios en un rictus burlón—, ahora toca escuchar un memorándum sobre todas las institutrices habidas y por haber. Yo, para librarnos de semejante registro, sugiero que cambiemos de tema. ¿Apoya usted mi sugerencia, señor Rochester?

—La apoyo en eso, señorita, como en cualquier otra cosa.

—Entonces, a mí me toca elegir el tema. Veamos, signore Eduardo[59], ¿qué tal anda de voz esta noche?

—Donna Bianca, si ese es su gusto, mi voz estará a la altura.

—En tal caso, signore, le impongo mi soberano mandato de preparar en condiciones sus pulmones y garganta pues son requeridos para mi real servicio.

—¿Quién se negaría a ser Rizzio para una Mary tan divina[60]?

—¡Ni hablar de Rizzio! —exclamó ella sacudiendo sus rizos, a medida que avanzaba hacia el piano—. El tal David debía de ser un soso de muerte. Prefiero mil veces a Bothwell[61], tan sombrío; para mi gusto los hombres no son nada si no tienen cierto aroma diabólico. La Historia puede juzgar como le dé la gana a James Hepburn, pero yo me lo imagino salvaje y valiente, justo el típico bandido heroico a quien no me habría importado conceder mis favores.

—¡Presten atención, caballeros! —exclamó el señor Rochester—. ¿Quién de ustedes se parece más a Bothwell?

—A mí me parece —replicó el coronel Dent— que usted es el candidato con más ventajas.

—No sé cómo agradecérselo, palabra de honor —respondió el señor Rochester.

La señorita Ingram, ya colocada ante el piano en actitud arrogante, extendió sobre el asiento los vuelos majestuosos de su amplia falda blanca, e inició un brillante preludio, sin dejar de hablar. Aquella noche se sentía como un pavo real. Tanto lo que decía como su forma de decirlo y de moverse destilaban la intención de encandilar al auditorio y

sorprenderlo. Se le notaba que quería llamar la atención, ser atrevida y original.

—¡Estoy harta de los jóvenes de ahora! —exclamó, sin dejar de acariciar las teclas del piano—. ¡Qué encogidos son los pobres!; parecen niños incapaces de dar un solo paso más allá de las verjas de la casa de papá, ni de llegar siquiera a ellas como no sea pidiéndole de antemano permiso a mamá e invocando su protección. No se dedican más los infelices que a cuidar de su linda cara, sus blancas manos y sus delicados pies, como si el hombre y la belleza no fueran conceptos opuestos. La belleza es prerrogativa femenina, su feudo y su cárcel, y reconozco que una mujer fea supone una mancha en la hermosa fisonomía de la creación, pero en lo tocante a los caballeros, de lo que se tienen que preocupar es de atesorar fuerza y valentía. Cazar y luchar, ese ha de ser su lema, y yo me atendría a él si fuera un hombre. Lo demás son fruslerías. —Hizo una pausa, que nadie interrumpió, y prosiguió luego—: Yo, cuando me case, tengo decidido que mi marido no sea mi rival sino mi eco. No toleraré un competidor cerca de mi trono y exigiré de él una dedicación no compartida, no consentiré que su veneración por mí abarque también la imagen que le devuelve el espejo. Ya puede cantar, señor Rochester, que yo le acompañaré al piano.

—Estoy totalmente a sus órdenes —dijo él.

—Entonces, vamos a empezar por una canción pirata. Ya sabe usted que me enloquecen los piratas, así que procure cantar *con spirito*[62].

—Las órdenes que proceden de labios de Blanche Ingram inspirarían a una taza de leche aguada.

—Pues entonces ponga atención. Si no me complace, le avergonzaré enseñándole cómo se deben hacer este tipo de cosas.

—Eso es ofrecer un premio a la incompetencia, así que haré todo lo posible por quedar mal.

—*Gardez vous-en bien!*[63] Si lo hace mal adrede, ya se me ocurrirá el castigo pertinente.

—Debería ser usted más piadosa, señorita Ingram, ya que tiene poderes para infligir castigos que van más allá de lo humanamente soportable.

—¡Explíquese! —ordenó ella.

—Me va a perdonar, pero no hace falta explicar nada. Su propia agudeza le hará entender que el más leve mohín de disgusto en su rostro equivale con creces a la pena capital.

—¡Bueno, cante! —exclamó ella, atacando la melodía con brillantez.

«Ha llegado el momento de escurrirme de aquí», pensé yo. Pero me detuvieron los arpegios que cortaban el aire. La señora Fairfax había dicho que el señor Rochester tenía buena voz, y era verdad. Una voz de bajo melodiosa y profunda, traspasada por toda la fuerza de su propio sentir. Se abría camino desde el oído al corazón y penetraba en él despertando insólitas emociones.

Esperé hasta que se hubo apagado el eco de la última vibración pletórica, cuando la marea de charlas interrumpidas empezó a fluir de nuevo. En ese momento abandoné mi rincón escondido y salí por una puerta lateral que, afortunadamente, quedaba cerca. Desde allí un estrecho corredor desembocaba en el vestíbulo. Al atravesarlo, me di cuenta de que una de mis sandalias se me escurría del pie y me incliné para abrochármela. Estaba arrodillada en el primer peldaño alfombrado de la gran escalera, cuando oí abrirse la puerta del comedor. Me incorporé a toda prisa; un caballero había salido y ahora estábamos cara a cara: era el señor Rochester.

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó.

—Muy bien, señor.

—¿Por qué no se ha acercado a hablar conmigo en el salón?

Era más bien yo quien podría haberle hecho semejante pregunta, pero no me tomé la libertad de intentarlo.

—No he querido molestarle —contesté—. Me pareció, señor, que estaba muy ocupado.

—¿A qué se ha dedicado durante mi ausencia?

—A nada en particular. A darle clase a Adèle, como siempre.

—Y a ponerse bastante más pálida; ya me di cuenta nada más verla. ¿Qué le pasa?

—A mí nada, señor.

—¿No se enfriaría usted la noche aquella en que por poco me ahoga?

—No, no, en absoluto.

—Vuelva al salón, lo ha abandonado demasiado pronto.

—Estoy cansada, señor.

Se me quedó mirando unos instantes.

—Y un poco baja de moral —dijo—. ¿Por qué? Cuéntemelo.

—Por nada. No estoy deprimida.

—Pues yo le digo que sí. Tanto que, si seguimos hablando, no podrá contener las lágrimas. Ya las adivino brillando y nadando en sus ojos, una gota se le ha escurrido por entre las pestañas y debe de haber caído en la alfombra. Si tuviéramos tiempo y yo no tuviera un miedo cerval a que pase algún criado cotilla, me acabaría enterando de lo que le pasa a toda costa. Bueno, por esta noche, la disculpo. Pero sepa que, mientras mis invitados permanezcan aquí en Thornfield, quiero verla aparecer en el salón todas las noches. Es una orden, no lo olvide. Y ahora váyase y llame a Sophie para que venga a llevarse a Adèle. Buenas noches, mi…

Se detuvo en seco, se mordió el labio inferior y desapareció bruscamente.

Capítulo III

Fueron aquellos unos días alegres en Thornfield, y también atareadísimos, bien diferentes de los primeros meses de rutina, quietud y soledad que pasé bajo su techo. Todas las tristezas parecían haberse escapado de la casa, disipando cualquier recuerdo sombrío. Por todas partes y a lo largo de todo el día había animación y ajetreo. No se podía pasar por el pasillo, antes tan callado, ni entrar en las habitaciones delanteras, antes tan desiertas, sin tropezar con alguna criada pizpireta o algún ayuda de cámara remilgado.

La cocina, la despensa, el cuarto de estar de los criados, el vestíbulo, eran también un hormigueo de actividad. Y en cuanto a los salones, solamente se vaciaban y quedaban en silencio cuando el azul del cielo o el fulgor de Alcyón[64] llamaban a los ocupantes de la casa para que salieran al jardín a disfrutar del clima primaveral. Y ni siquiera cuando el tiempo se estropeó y una lluvia persistente nos visitó durante varios días seguidos, consiguió la humedad desterrar el deseo de divertirse. Los entretenimientos dentro de la casa se hicieron más frecuentes y variados, para compensar la falta de ejercicio al aire libre.

Yo me preguntaba que qué habrían inventado para aquella primera noche en que se propuso un cambio de diversión. Dijeron que iban a jugar a las charadas, pero yo nunca había oído hablar de aquello ni sabía qué quería decir. Llamaron a los criados para que retiraran las mesas del comedor, cambiaran las luces de sitio y colocaran los asientos delante del arco formando un semicírculo. Mientras el señor Rochester y los otros

señores dirigían aquellas mutaciones, las señoras subían y bajaban por las escaleras llamando a sus doncellas. A la señora Fairfax se le pidieron informes acerca de las reservas de chales, trajes y tapicerías de cualquier tipo que pudieran conservarse en la casa, y algunos armarios del tercer piso fueron saqueados. Su contenido se volcó en brazos de las doncellas, un mar de enaguas almidonadas, rasos, brocados, mantillas de encaje y trajes negros. Luego se hizo un expurgo y lo que se elegía se iba llevando al salón.

El señor Rochester volvió a reunir a las señoras en torno a él y seleccionó entre ellas a algunas para que formaran parte de su equipo.

—A la señorita Ingram la elijo, desde luego —dijo.

Y nombró también a las dos señoritas Esthon y a la señora Dent. De pronto me miró, porque dio la casualidad de que estaba allí, abrochándole a la señora Dent una pulsera cuyo cierre se le había abierto.

—¿Quiere usted jugar? —me preguntó.

Negué con la cabeza y afortunadamente no insistió, como en un principio yo había temido. Así que con su permiso volví a ocupar tranquilamente mi asiento habitual.

Él y sus colaboradoras desaparecieron detrás de la cortina, y el otro grupo, encabezado por el coronel Dent, fue acomodándose en el círculo de sillas. Uno de los caballeros, el señor Esthon, que me estaba mirando atentamente, debió de preguntar que por qué no me invitaban a unirme a ellos, pero la señora Ingram desaprobó inmediatamente la sugerencia.

—No —la oí decir—. Me parece demasiado lerda para juegos de este tipo.

Al poco rato, se oyó el repiqueteo de una campanilla y se levantó la cortina. Enmarcada por el arco apareció, envuelta en una sábana blanca, la maciza figura de *sir* George Lynn, otro de los seleccionados por el señor Rochester. Ante él había una mesa con un gran libro abierto, y de pie a su lado, con otro libro en la mano, aparecía Amy Esthon envuelta en la capa del señor Rochester. Alguien, a quien no se veía, tocó alegremente la campanilla y Adèle —que había insistido en intervenir— avanzó saltando y tirando flores sacadas de una cesta que llevaba colgada al brazo. Luego apareció la espléndida figura de la señorita Ingram vestida de blanco.

Llevaba un largo velo en la cabeza y una diadema de rosas le ceñía la frente. Junto a ella caminaba el señor Rochester. Llegaron juntos a la mesa, se arrodillaron y la señora Dent y Luisa Esthon, también vestidas de blanco, se colocaron detrás de ellos. Siguió una especie de ceremonia, tras cuya representación muda no era difícil de adivinar la pantomima de una boda. Cuando acabó, el coronel Dent y su grupo cambiaron impresiones en voz baja, como si conspiraran, y a los dos minutos emitieron un veredicto.

—¡Boda! —gritó el coronel Dent.

El señor Rochester hizo un gesto de asentimiento y la cortina volvió a caer.

Siguió una larga pausa hasta que se levantó nuevamente; y en esta segunda ocasión el cuadro que se ofreció a nuestros ojos estaba más elaborado. Ya he dicho que al salón se accedía desde el comedor subiendo dos escalones. Sobre el último, a unas dos yardas del borde había una pila de mármol que reconocí por haberla visto en el invernadero. Allí servía de ornamento y en su interior había plantas exóticas y peces de colores, así que, teniendo en cuenta además el tamaño y el peso, pensé que no había sido demasiado fácil de trasladar.

Sentado en la alfombra, junto a ella, estaba el señor Rochester envuelto en chales y tocado con un turbante. Sus ojos oscuros, su piel atezada y sus rasgos románticos[65] encajaban a la perfección con el atuendo: era el tipo clavado de un emir oriental, de un verdugo o reo de tortura. En aquel momento entraba también en escena la señorita Ingram, igualmente ataviada al estilo asiático, con una faja carmesí ciñéndole la cintura, un pañuelo bordado anudado a las sienes y los torneados brazos al aire, uno de ellos levantado graciosamente para sostener un cántaro que llevaba a la cabeza. Tanto su vestimenta como su porte y sus facciones le daban el aire de una princesa israelita del tiempo de los patriarcas, que era sin duda el personaje que quería encarnar.

Se acercó a la pila y se inclinó sobre ella para llenar el cántaro, que enseguida volvió a colocar sobre su cabeza. El personaje que estaba junto al brocal hizo ademán de acercarse a ella y fingió que le estaba pidiendo algo. «Ella se apresuró a bajar el cántaro y le dio de beber»[66]. Él extrajo un joyero de entre las ropas, lo abrió y quedaron al descubierto magníficas

pulseras y ajorcas que ella contempló admirada y atónita, mientras le veía arrodillarse y poner aquella riqueza a sus pies. La incredulidad y el júbilo resplandecían en sus miradas y gestos, especialmente cuando el extranjero le abrochó aquellas pulseras y le puso aquellas ajorcas en los brazos y en las orejas respectivamente. Eran Eleazar y Rebeca; solo se echaban de menos los camellos.

El grupo de los acertantes volvió a hacer conjeturas, juntando sus cabezas. Al parecer no se ponían de acuerdo sobre la palabra o sílaba adecuada para ilustrar la escena. El coronel Dent, su portavoz, pidió «el cuadro del final», y se volvió a bajar la cortina.

Cuando se levantó la tercera vez, solamente quedaba visible una parte del salón, pues la otra estaba tapada por un biombo del que colgaban unas telas toscas y oscuras a modo de cortinajes. La pila de mármol había sido desplazada y en su lugar se veían ahora una mesa de pino y una silla de cocina desdibujadas a la tenue luz de una linterna de asta, porque las velas se habían apagado.

En el centro de tan sórdido escenario se veía a un hombre sentado con los ojos fijos en el suelo y los puños cerrados apoyados en las rodillas. Reconocí al señor Rochester, aunque su rostro embadurnado y sus ropas en desorden lo camuflaban, igual que el gesto de desesperación y el pelo desgreñado y revuelto. Llevaba por los hombros una chaqueta a la que le faltaba una manga, como si se la hubieran arrancado en una refriega. Al moverse se oyó un ruido de cadenas. Tenía las muñecas sujetas por grilletes.

—¡Cárcel![67] —exclamó el coronel Dent.

Y la charada quedó resuelta.

Después de un intervalo lo bastante largo para que los actores volvieran a vestirse con sus ropas normales, entraron todos de nuevo en el comedor. La señorita Ingram venía felicitando por su actuación al señor Rochester, que se había emparejado con ella.

—¿Sabe usted cuál de los tres papeles creo yo que le iba mejor? —preguntó—. ¡Pues el último! Si hubiera nacido unos años antes, habría sido usted el arquetipo ideal del bandido generoso y galante.

—¿Me he quitado bien todo el hollín de la cara? —preguntó él, mirándola.

—Sí, y es una pena. No hay cosa que le siente mejor que el disfraz de rufián.

—¿Entonces los salteadores de caminos son sus héroes predilectos?

—Un salteador de caminos inglés es casi tan romántico como un bandido italiano. Solamente un pirata levantino podría aventajarlos.

—Bueno, sea como sea, usted lo que tiene que recordar es que es mi esposa. Hace una hora que nos hemos casado, y ahí están los testigos.

Ella soltó una risita sofocada y el rubor subió a sus mejillas.

—Y ahora, Dent —añadió el señor Rochester—, les toca a ustedes.

Y tanto él como los de su grupo fueron ocupando los asientos que los nuevos actores abandonaban. La señorita Ingram se sentó a la derecha de su director escénico, y los demás miembros del grupo, a la izquierda o a la derecha de ellos dos.

Dejé de atender a la función. Ya no esperaba ansiosamente ver levantarse la cortina; ahora mi atención estaba volcada en los espectadores, y mis ojos, antes fijos en el arco que separaba el salón del comedor, se habían vuelto ahora al semicírculo de sillas, que los atraía irresistiblemente. Ya no me acuerdo de la charada que propusieron el coronel Dent y los suyos, ni de cuál era la palabra elegida para adivinarla ni de si actuaron bien o mal, pero aún me parece que estoy viendo las deliberaciones que tuvieron lugar después de cada escena representada. Veo al señor Rochester volviéndose hacia la señorita Ingram, y a ella lo mismo; la veo inclinar la cabeza hacia él hasta que sus rizos negros casi le rozan el hombro y acarician su mejilla, oigo sus cuchicheos, recuerdo las miradas que se intercambiaron y también a veces me vuelve a la memoria los sentimientos que removió en mí aquella visión.

Ya te he dicho, lector, que había aprendido a amar al señor Rochester. No iba a dejar de amarlo ahora solo porque notase que no me hacía caso, porque no hubiese vuelto a mirarme aunque lleváramos horas en la misma habitación, o porque dedicase todas sus atenciones a una señora que no se dignaba ni a rozarme con el borde de su falda al pasar, y que si alguna vez sus ojos negros e imperiosos tropezaban por azar con mi persona, los

retiraba al instante como de un objeto demasiado miserable para merecer atención. No podía dejar de amarlo por saber con certeza que se iba a casar con esa señora, certeza alimentada día tras día al leer en ella la altiva convicción de sus intenciones, y observar en él un estilo de galanteo que, aunque indolente en su apariencia y más proclive a dejarse buscar que a llevar la batuta de la búsqueda, era subyugante por su misma indolencia y, por su misma altivez, irresistible.

No había nada que enfriara mi amor o lo desterrase, pero sí muchas de aquellas circunstancias se aliaban para desesperarme. Muchas también imaginarás tú, lector, que debieron de provocarme celos, caso de que una mujer en mi situación pudiera permitirse estar celosa de alguien como la señorita Ingram. Pero no, no sentía celos, o muy raras veces; tal palabra no abarca el significado del dolor que padecía. La señorita Ingram no daba la talla para despertarme celos, era demasiado poca cosa. Pido perdón por esta aparente paradoja, pero yo bien sé lo que me digo. Era espectacular, pero no genuina; tenía un cuerpo espléndido y muy brillantes recursos de ingenio, pero su inteligencia era mediocre y su corazón baldío por naturaleza. Nada brotaba espontáneamente en terreno tan yermo, ningún fruto silvestre y natural mostraba su deleitosa frescura. No era buena, no era original, solo hacía que echar mano de citas altisonantes, pero nunca aventuraba una opinión propia, no la tenía. Se pronunciaba por los altos y nobles sentimientos, pero a ella no se le veía ningún atisbo de compasión o clemencia; la dulzura y la sinceridad no eran su fuerte. Dejaba traslucir estas carencias muy a menudo, por ejemplo cuando daba alas a la rencorosa antipatía que desde el primer día sintió por Adèle. Le dedicaba epítetos injuriosos que hacían retroceder a la niña cuando trataba de acercarse, la trataba con frialdad y acritud e incluso alguna vez llegó a echarla del cuarto.

No eran solamente mis ojos los que estaban pendientes de los altibajos de aquel carácter, había otros que también seguían de cerca, con agudeza y perspicacia, tales manifestaciones. Sí, me estoy refiriendo al futuro esposo. Era el señor Rochester en persona quien más vigilaba a su pretendida, quien la tenía perpetuamente bajo observación. Y precisamente su sagacidad, su recelo, su clara penetración de los defectos

de Blanche Ingram, la evidente ausencia de pasión que mostraba en su trato con ella, eran los motivos de mi creciente tortura. Comprendí que se iba a casar con ella por razones familiares y tal vez políticas, porque su rango y sus relaciones le parecían convenientes. Pero supe que no le había entregado su amor, y que del temperamento de ella mal podía esperarse que fuera el adecuado para luchar por aquel tesoro y llegar a obtenerlo. Ahí estaba el quid de la cuestión, y era eso lo que me desesperaba y atacaba los nervios, de ese foco de infección nacía y se alimentaba la fiebre: ella no era capaz de enamorarlo.

Si Blanche Ingram hubiera conseguido un triunfo inmediato y él hubiera depositado de veras el corazón a sus pies, yo me habría tapado el rostro, lo habría vuelto contra la pared y —metafóricamente hablando— habría muerto para ellos. Si ella hubiera sido una mujer noble y bondadosa, dotada de energía, pasión, dulzura y sensatez, yo habría entablado una lucha cuerpo a cuerpo con dos tigres: los celos y la desesperación. Después de que le hubieran arrancado el corazón para devorarlo, habría admirado a aquella mujer, habría reconocido sus excelencias y luego habría guardado silencio para el resto de mi vida. Cuanto mayor fuera su superioridad, más profundamente la admiraría y más sincera y serena sería mi resignación. Pero tal como iba el asunto, ver los esfuerzos que hacía la señorita Ingram por encandilar al señor Rochester, ser testigo de sus reincidentes fallos y de su torpeza para darse cuenta, imaginando erróneamente que cada flecha disparada daba en el blanco, cuyo éxito la envanecía caprichosamente ante sí misma, mientras yo veía que su engreimiento y egocentrismo repelían más y más al propio objeto de su deseo, ser testigo de todo aquello suponía para mí estar atrapada en una mezcla de incesante nerviosismo e implacable coacción.

Porque cuando ella fallaba, yo veía cómo habría tenido que comportarse para acertar. Las flechas que sin cesar rebotaban en el pecho del señor Rochester y caían a sus pies sin haberle herido, de haber sido disparadas por una mano más diestra, yo sabía que habrían hecho bajar el amor a sus ojos serios y la ternura a su rostro irónico. Y mejor todavía sin armas, una conquista silenciosa, esa hubiera alcanzado la verdadera victoria.

«¿Por qué no acierta a influir más en él, contando con el privilegio de tenerlo tan cerca? —me preguntaba—. No es posible que se sienta atraída por él, o al menos con ese tipo de deseo que nace del verdadero amor. Si lo quisiera así no necesitaría colmarlo de sonrisas incontinentes ni lanzarle miradas sin parar, ni adoptar un aire tan rebuscado ni alardear del ingenio. Creo que bastaría con sentarse a su lado pacíficamente, sin decir gran cosa ni casi mirarle, así podría llegarse con menos trabajo a las puertas de su corazón. Yo he visto en su rostro una expresión bien diferente de la que lo endurece ahora, cuando ella lo acosa sin tregua; pero esa expresión brotó por sí misma, no arrancada por medio de artificios vicarios ni manipulaciones amañadas. Y lo único que hubo que hacer fue aceptarla, contestar sin doblez a lo que preguntó, dirigirle la palabra cuando fue preciso sin aspavientos, y de esa manera su dulce expresión se hacía más confiada y afable y calentaba como un rayo de sol. ¿Cómo se las va a arreglar para darle gusto cuando se casen? No creo que lo consiga. Y sin embargo podría conseguirse, y la esposa del señor Rochester, lo creo firmemente, podría ser la mujer más feliz bajo el sol».

Aún no he hecho ninguna crítica de la pretensión del señor Rochester de llevar a cabo un matrimonio por razones de interés o influencia social. La primera vez que caí en la cuenta de que esa podía ser su intención, me quedé muy sorprendida. No me había parecido un hombre fácil de doblegarse ante consideraciones tan vulgares a la hora de elegir esposa. Pero cuanto más sopesaba en uno y otra la posición social, la educación y otras afinidades de ese tipo, con menos derecho me sentía para juzgarlos ni a él ni a la señorita Ingram por actuar al dictado de normas y principios que les habían venido siendo inculcados desde la infancia. Toda su clase mantenía aquellos principios, y tal vez tenían para ello razones cuyo peso —supuse— yo era incapaz de imaginar. A mí me parecía que, si fuera un hombre como él, solamente tomaría por esposa a una mujer a quien pudiera amar. Pero precisamente por lo obvias que me parecían para la felicidad del marido las ventajas de mi punto de vista, comprendí que debía de haber otros motivos de peso para no seguirlo, aunque yo los ignorase. De no ser así, todo el mundo —estaba convencida— se casaría por amor.

Pero en otros asuntos —no solo en este— me estaba volviendo demasiado indulgente con mi amo y me estaba olvidando de los defectos sobre los que antes montaba guardia con implacable agudeza. Solía analizar, en ese tiempo, todos los aspectos de su carácter y su conducta, sin descartar ni lo malo ni lo bueno y echándolo todo a la balanza para conseguir un juicio imparcial. Ahora lo malo no lo veía. El sarcasmo que tanto me había desagradado, la brusquedad que solía sobresaltarme, ahora no eran más que condimentos picantes en un plato selecto; su presencia sazonaba un guiso que de otra manera resultaría insípido. Y en cuanto a aquel «no sé qué», aquella expresión de sus ojos que podía ser siniestra o desconsolada, desconfiada o insidiosa, y que de vez en cuando se descorría ante el atento observador para volver a encubrirse enseguida, antes de que pudiera sondearse la rara profundidad entrevista, aquel «no sé qué» —digo — que me hacía temblar de miedo, como si hubiera estado vagando entre montañas volcánicas y de pronto hubiera notado que el suelo se estremecía bajo mis pies y hubiera visto abrirse una grieta; pues bien, ahora aunque a veces seguía percibiendo ese «no sé qué» y se me aceleraba algo el corazón, mis nervios se habían apaciguado. En vez de intentar rehuirlo, deseaba atreverme a adivinarlo. Y pensaba que la señorita Ingram tenía mucha suerte porque algún día podría inclinarse a mirar sin cortapisas aquel abismo para explorar sus misterios y analizar su naturaleza.

A todo esto, aunque yo no pensaba más que en mi amo y en su futura esposa, solo los veía a ellos y no atendía más que a sus conversaciones ni concedía importancia a otros movimientos que no fueran los suyos, lo cierto es que el resto de la pandilla también lo pasaba bien y seguía cultivando cada cual sus aficiones. *Lady* Lynn y *lady* Ingram no paraban de secretear solemnemente, mientras movían sus respectivos turbantes como asintiendo una a lo que decía la otra y alzaban sus cuatro manos en gestos coordinados de asombro, misterio o espanto, según el tema sobre el que discurriera su chismorreo. Parecían un par de magníficas marionetas. La dulce señora Dent y la simpática señora Eshton, que solían estar juntas, interrumpían alguna vez su charla para dedicarme una amable sonrisa o una palabra cortés. *Sir* George Lynn, el coronel Dent y el señor Eshton hablaban de política, de negocios del condado o de asuntos de justicia. El

joven Ingram coqueteaba con Amy Eshton, Luisa tocaba el piano y cantaba a dúo con uno de los jóvenes Lynn, mientras Mary Ingram prestaba atención a los galanteos del otro con un gesto lánguido. A veces, como si se hubieran puesto de acuerdo, todos ellos suspendían sus representaciones secundarias para observar y escuchar a los actores principales. Porque, a fin de cuentas, el señor Rochester y la señorita Ingram (por su intimidad con él) eran el alma de la reunión. Si él abandonaba la habitación durante una hora, una perceptible somnolencia parecía apoderarse del ánimo de sus invitados, y su regreso siempre aseguraba un nuevo impulso a las conversaciones desmayadas, inyectándoles vida.

La falta de su animoso estímulo quedó patente de forma especial un día en que lo requirieron en Millcote para despachar allí unos asuntos, y no era probable que volviera hasta la noche. La tarde lluviosa hizo que se pospusiera para otro día un paseo que estaba programado para visitar, más allá de Hay, un campamento de gitanos instalado en un prado comunal. Algunos señores fueron un rato a los establos, y los más jóvenes se quedaron jugando al billar con las chicas. Las viudas Ingram y Lynn buscaron pacífico entretenimiento en los naipes. Blanche Ingram, tras haber rechazado con taciturna altivez ciertos intentos de las señoras Dent y Eshton para hacerla partícipe de la conversación que mantenían, primero se puso a canturrear algo mientras acariciaba las cuerdas del piano y luego, tras alcanzarse una novela de la biblioteca, acabó tumbada con soberana apatía en un sofá, dispuesta a distraer, con el hechizo de la ficción, las tediosas horas de ausencia. La habitación estaba silenciosa, como toda la casa; solo de vez en cuando llegaba de arriba el alboroto de los que estaban jugando al billar.

Estaba a punto de ponerse el sol y el reloj ya había señalado la hora en que habitualmente los invitados se arreglaban para bajar a cenar, cuando la pequeña Adèle, que estaba arrodillada junto a mí en el alféizar de la ventana del salón, exclamó:

—*Voilà, monsieur Rochester, qui revient!*[68]

Yo me volví y la señorita Ingram se levantó inmediatamente de su asiento. También los demás levantaron la vista de sus respectivas ocupaciones, porque, coincidiendo con el comentario de Adèle, se oyó un

crujir de ruedas y el ruido sobre la grava mojada de unos cascos de caballo salpicando agua al pasar. Se acercaba una silla de posta.

—¿A quién se le ocurre volver a casa de esa manera? —dijo la señorita Ingram—. Salió montando a *Mesrour*, el caballo negro, ¿verdad?, y *Pilot* iba con ellos. ¿Qué ha sido de esos dos animales?

Al decir estas palabras, había acercado tanto a la ventana su poderoso cuerpo y sus anchurosos atavíos que me vi obligada a echarme hacia atrás con riesgo de quebrarme el espinazo. Al principio, poseída como estaba por la impaciencia, no había reparado en mí, pero cuando me vio se mudó a otra ventana con una mueca desdeñosa en los labios. Se detuvo la silla de posta y se bajó un caballero con atuendo de viaje. No era el señor Rochester. Era un hombre alto y bien parecido, un extranjero.

—¡Qué ganas de enredar! —exclamó la señorita Ingram dirigiéndose a Adèle—. ¿Quién te manda asomarte a la ventana, mico fastidioso, para darnos pistas falsas?

Y me traspasó con una mirada iracunda, como si yo hubiera sido la culpable.

Se oyó un murmullo de conversación en el vestíbulo y acto seguido el recién llegado entró en la habitación. Se inclinó ante *lady* Ingram, posiblemente por haberle parecido que era la mayor de las señoras allí presentes.

—Me da la impresión, señora, de que no vengo en un momento muy oportuno —dijo—, ya que mi amigo el señor Rochester no está en casa; pero como llego de un viaje muy largo, me parece que podré esperar aquí a que regrese, libertad que me tomo en nombre de la antigua y estrecha amistad que nos une.

Sus modales eran de persona bien educada, y me llamó la atención su acento un tanto peculiar. No era la voz de un extranjero exactamente, pero tampoco parecía la de un inglés nativo. Le calculé la misma edad de Rochester, entre treinta y cuarenta años y, aunque de cutis demasiado cetrino, era un hombre atractivo, por lo menos a primera vista. Una segunda inspección más detallada revelaba en su rostro algo desagradable o, mejor dicho, que fallaba al querer agradar. Sus rasgos eran correctos, pero demasiado relajados, tenía unos ojos grandes y bien dibujados, pero

la vida que se asomaba a ellos era monótona y hueca, o eso me pareció adivinar.

El sonido de la campana avisando de que era la hora de arreglarse para la cena disolvió la reunión, y hasta después de cenar no volví a ver a aquel hombre. Parecía encontrarse muy a gusto. Pero su fisonomía me desagradó todavía más que antes y me chocó por la mezcla de quietud y acidia que se reflejaba en ella. Sus ojos vagaban sin rumbo ni designio y eso le daba un aspecto rarísimo, yo no había visto a nadie mirar así. Me repugnaba demasiado para ser un hombre guapo y nada hostil. No encontraba vigor en aquel rostro ovalado y de piel suave, ni firmeza en la nariz aguileña o en la boquita de cereza; bajo la frente plana no anidaban pensamientos, ni autoridad en los ojos marrones y desorientados.

Sentada en mi rincón de siempre, lo observaba desde allí. La luz de los candelabros colocados en la repisa de la chimenea le daba de lleno en la cara, porque se había ido acercando al fuego cada vez más como si tuviera frío y, al mirarlo ocupando uno de aquellos sillones, lo comparé con el señor Rochester. Con los debidos respetos, creo que entre una oca lustrosa y un fiero halcón no podría encontrarse tanta diferencia como la que había entre ellos. Ni siquiera entre una oveja mansa y su guardián, un perro de mirada aguda y desordenada pelambrera, por poner otro ejemplo.

Se había referido al señor Rochester como a un viejo amigo. Curiosa amistad debía de haber sido aquella, una ilustración certera en verdad del viejo refrán «los extremos se tocan».

Dos o tres de los caballeros invitados a Thornfield estaban sentados cerca de él y pude pescar, a través de la distancia, retazos aislados de la charla que tenían. Al principio se me escapaba su significado, porque lo que estaban diciendo Luisa Eshton y Mary Ingram, mucho más cerca de mí, interfería las otras frases fragmentarias que llegaban a rachas. Luisa y Mary también estaban hablando del recién llegado. Las dos lo encontraban guapo: Luisa dijo que era un amor de criatura y que le parecía adorable, mientras que Mary alababa su boca menuda y su graciosa nariz, declarándolas el colmo del encanto.

—¡Y qué frente tan serena! —exclamó Luisa—, tan suave, sin esos frunces y protuberancias que tanto me disgustan. Y los ojos, y la sonrisa,

todo es placidez en él.

En aquel momento, para alivio mío, Henry Lynn vino a buscarlas y se las llevó al otro lado de la habitación para discutir con ellas algún detalle de la aplazada excursión al campamento gitano de Hay.

A partir de entonces, logré concentrar toda mi atención en el grupo de la chimenea, y me enteré de que el forastero se apellidaba Mason, que acababa de llegar a Inglaterra y que venía de otro país más cálido, por cuya razón, sin duda, tenía la tez tan morena, no se quitaba el abrigo dentro de casa y buscaba con afán la cercanía del fuego. Poco después los nombres geográficos de Jamaica, Kingston y Puerto España me dieron a entender que residía en las Antillas. Un poco más tarde le oí decir —y eso me produjo un gran asombro— que era allí donde vio por primera vez al señor Rochester y donde habían trabado amistad. Habló de lo poco que le gustaban a su amigo los calores tórridos, los huracanes y las estaciones lluviosas de aquella región. Yo ya sabía, por alusiones de la señora Fairfax, que el señor Rochester había sido un viajero contumaz, pero pensé que sus excursiones no habían sobrepasado los límites del continente europeo. Hasta ahora nunca había oído decir a nadie que aquellos vagabundeos le hubieran llevado hasta costas tan lejanas.

Estaba sumida en ese tipo de cavilaciones, cuando un extraño incidente vino a quebrarlas. El señor Mason, que tiritaba siempre que alguien abría la puerta, pidió que trajeran más carbón para la chimenea, cuyas llamas iban decreciendo, aunque las abundantes brasas todavía despidiesen calor. El criado que trajo el carbón se paró, al salir, junto al asiento del señor Eshton y le dijo algo en voz baja. Solamente pude pillar tres palabras: «anciana» y «bastante pesada».

—¡Dígale que la encerraré en un calabozo si no se marcha! —respondió el magistrado.

—¡No, un momento! —intervino el coronel Dent—. No la eche todavía, Eshton, puede venirnos bien. Creo que lo mejor será consultar con las señoras.

Y dirigiéndose a ellas, continuó en voz alta:

—Señoras, hablaban ustedes de llegar mañana hasta el prado comunal de Hay para visitar el campamento gitano, ¿no? Pues Sam, aquí presente,

dice que un ejemplar de esa raza, una hechicera vieja, se halla ahora mismo en el cuarto de estar de los criados e insiste en que la traigan ante esta concurrencia tan selecta para adivinarles a ustedes el porvenir. ¿Quieren verla?

—No me diga, coronel —se exaltó *lady* Ingram— que va a darle alas a semejante impostora. ¡Que la echen inmediatamente, a la fuerza si hace falta!

—Pero no hay quien la convenza para que se marche, señora —dijo el criado—, entre todos no somos capaces. Ahora mismo la señora Fairfax está con ella suplicándole que se vaya; pero ha tomado asiento en una silla junto a la chimenea y asegura que no habrá quien la arranque de ese sitio hasta lograr lo que pide.

—¿Y qué pide? —preguntó la señora Eshton.

—Predecirle el porvenir a la nobleza. Es lo que quiere, señora, lo dice, lo repite y jura que lo hará.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntaron a la vez las señoritas Eshton.

—Es horrible, muy vieja y negra como un tizón, señorita, impresiona de puro fea.

—Entonces debe de tratarse de una verdadera bruja —exclamó Frederick Lynn—. Déjela entrar, desde luego.

—Claro que sí —añadió su hermano—, sería mil veces lamentable desaprovechar una ocasión tan propicia para divertirnos.

—¿Qué se os está ocurriendo, queridos? —gritó *lady* Lynn.

—No concibo que nadie pueda aprobar un proyecto tan descabellado —remachó la viuda Ingram.

—Y sin embargo, mamá, vas a aprobarlo, tienes que aprobarlo.

La voz arrogante que había emitido este veredicto era la de Blanche, quien hasta entonces se había mantenido silenciosa sentada al piano y fingiendo que examinaba diversas partituras. Ahora se volvía hacia la concurrencia.

—Tengo mucha curiosidad por mi porvenir, y quiero que me lo adivinen —añadió—. Sam, dígale a la vieja hechicera que pase.

—Pero querida Blanche, acuérdate de…

—Me acuerdo, madre, me acuerdo de todo lo que puedas sugerirme. Pero quiero que se cumpla mi voluntad. ¡Date prisa, Sam!

—Sí, sí, que venga —gritaron chicas y chicos—. ¡Será un juego muy divertido!

El criado seguía sin decidirse.

—¡Vaya a buscarla! —exclamó la señorita Ingram.

Toda la concurrencia era presa de gran excitación y se cruzaron bromas e indirectas como disparos hasta que Sam volvió a aparecer.

—Ahora dice que no quiere venir —manifestó—. Dice que su propósito no es el de presentarse ante el «vulgar rebaño», esas han sido sus palabras, sino recibirlos a ustedes por separado. Quiere que la lleve a un cuarto donde esté ella sola y que entren a consultarle uno por uno los que quieran hacerlo.

—¿Lo estás viendo, Blanche, cielo? —empezó *lady* Ingram—. ¿Te das cuenta de cómo abusa? Sigue mi consejo, reina mía, y…

—Llévela a la biblioteca, Sam, naturalmente —interrumpió la «reina»—. Tampoco mi propósito es el de escucharla en presencia del «rebaño vulgar». ¿Está encendida la chimenea de la biblioteca?

—Sí, señorita. ¡Pero ella tiene una pinta tan mala!

—¡Se acabó la discusión, cabezota! ¡Obedece!

Sam volvió a desaparecer y de nuevo una ola de expectación y misterio se alzó, animando a todo el grupo aún más que antes.

—Ya está lista —dijo Sam, cuando reapareció—. Quiere saber quién va a ser la primera persona que entre a visitarla.

—A mí me parece —dijo el coronel Dent— que no vendrá mal que vaya yo a echar un vistazo, antes de que reciba a ninguna señora. Avísela, Sam, de que en primer lugar entrará un caballero.

Sam se fue y al momento volvió a venir.

—Dice, señor, que no recibirá a ningún caballero, que no se molesten en acercarse a ella. Ni tampoco —añadió Sam, reprimiendo una risita— a las señoras, solo quiere ver a las jóvenes solteras.

—¡Por Júpiter que tiene buen gusto! —exclamó Henry Lynn.

La señorita Ingram se puso en pie solemnemente.

—Yo seré la primera en entrar —dijo en un tono propio del caudillo de un ejército en retirada, al abrir brecha en la vanguardia de sus hombres.

—¡Niña mía querida! —gritó su madre—. ¡Mira bien lo que haces, reflexiona!

Pero Blanche pasó de largo envuelta en un majestuoso silencio y se dirigió hacia la puerta que el coronel Dent la ayudó a abrir. Luego la oímos entrar en la biblioteca.

A continuación se produjo un relativo silencio. *Lady* Ingram debió de considerar que venía al caso[69] retorcerse las manos, y se aplicó a ello. La señorita Mary, por su parte, declaró que ella no creía que se atreviese a ir, mientras que las risitas entre dientes de Amy y Luisa Eshton dejaban patente su recelo ante tal posibilidad.

Los minutos se fueron deslizando muy despacio, y pasaron quince antes de que volviera a abrirse la puerta de la biblioteca y luego apareciera la figura de Blanche Ingram cruzando el arco.

¿Vendría riéndose? ¿Lo habría tomado a broma? Todos los ojos estaban fijos en ella con descarada curiosidad, pero Blanche respondió a aquellas miradas con otra de hielo que rechazaba; no denotaba perturbación ni alegría. Avanzó muy tiesa hacia su asiento y se acomodó en él sin decir una palabra.

—¿Qué tal, Blanche? —le preguntó el joven Ingram.

—¿Qué te ha dicho, hermana? —añadió Mary.

Y las señoritas Eshton, a dúo, se atropellaban para informarse de qué le había parecido la gitana, de cómo se sentía ella ahora, de si creía que era una adivina de verdad o una embaucadora.

—¡Dejadme en paz, buena gente! —replicó ella—. No me agobiéis. La verdad es que vuestra capacidad de asombro y credulidad se deja arrebatar al menor estímulo. Por la importancia que le dais al caso parece que todos (y mi querida madre incluida) os incliináis a creer que se alberga bajo este techo una auténtica bruja, aliada con el viejo caballero de los infiernos. Yo he visto simplemente a una gitana vagabunda, que ha intentado desplegar ante mí, por medio de los consabidos trucos, unas artes de quiromancia sin fuste, y me ha dicho… pues nada, lo que siempre suele decir esta gente.

He satisfecho mi capricho, y ahora creo que el señor Eshton haría bien en mandar encerrar a esa arpía, como sugirió al principio.

La señorita Ingram cogió un libro, se puso cómoda y con aquel conato de lectura daba a entender su deseo de aislarse y su renuncia a continuar aquella conversación. La estuve observando casi durante media hora y me di cuenta de que ni una vez volvía la página del libro, mientras que su semblante, en cambio, se iba ensombreciendo progresivamente, dejando traslucir insatisfacción y amargura. Era evidente que lo que había oído no le había gustado. Y saqué en consecuencia que, a pesar de su fingido desdén, ella misma era quien daba una importancia desmedida a las revelaciones de la gitana.

Entretanto Mary Ingram y las señoritas Eshton hablaban de su turno y declaraban que ellas solas no se atrevían a entrar, pero se notaba que las tres lo estaban deseando. Se iniciaron las negociaciones por medio de Sam, que actuó de embajador, y tras muchas idas y venidas —tantas que al pobre debían de dolerle ya las pantorrillas—, la sibila consintió, al parecer, aunque a regañadientes, en que entraran las tres juntas.

Su visita no fue tan silenciosa como la de Blanche Ingram. Desde el salón se oían los gritos y risas histéricas que procedían de la biblioteca, y al cabo de unos veinte minutos se oyó la puerta que se cerraba, carreras por el vestíbulo, y al fin las tres amigas irrumpieron bulliciosamente en el salón, entre asustadas y fuera de sí.

—Estoy segura de que hay en ella algo anormal —exclamaban—. ¡Qué cosas nos ha dicho! Lo sabe todo de nosotras.

Y cayeron sin aliento en los asientos que los caballeros se apresuraron a ofrecerles.

Apremiadas por los presentes para que se explicaran mejor, acabaron declarando que la gitana había adivinado con todo detalle cosas que hicieron y dijeron en la infancia, que había descrito libros y objetos que tenían en sus respectivos cuartos, regalos que recibieron de diferentes amigos. Aseguraron que había acertado a penetrar incluso sus más recónditos pensamientos, y que le había susurrado a cada una al oído el nombre de la persona que más le gustaba de cuantas conocían, y cuál era su más ferviente deseo.

Al llegar a este punto, los caballeros intervinieron ansiosos para pedir más detalles sobre las dos cuestiones últimamente mencionadas; pero solo hallaron como respuesta a su indiscreción exclamaciones, sonrojos, estremecimientos y risitas. Las señoras respetables, a todo esto, ofrecían a las recién llegadas frasquitos de sales, abrían abanicos para darles aire y reiteraban su preocupación por algo que no habría ocurrido si las jóvenes hubieran hecho caso a tiempo de sus advertencias. Los señores mayores se reían, mientras los más jóvenes ofrecían sus servicios a aquellas tres agitadas y bellas muchachas.

En el seno de aquel bullicio, mientras yo estaba embebida en la contemplación de la escena que se desarrollaba ante mis ojos, una tosecilla a mi lado vino a sacarme de aquella abstracción. Me volví y era Sam.

—Con su permiso, señorita. La gitana dice que hay otra joven soltera en la habitación, y que esa no ha pasado a visitarla. Jura que no se marchará sin verlas a todas. Creo que debe de referirse a usted, porque no queda otra. ¿Qué le digo?

—Dígale que iré con mucho gusto —contesté, feliz de poder aprovechar aquella coyuntura y saciar mi curiosidad ferviente.

Me escurrí de la habitación sin que nadie reparara en ello, porque todos estaban congregados en torno al trío de las recién llegadas. Al salir, cerré silenciosamente la puerta a mis espaldas.

—Si quiere usted, señorita —dijo Sam—, puedo quedarme esperando en el vestíbulo. Y si tiene miedo, me llama.

—No, Sam, gracias. Puede volverse a la cocina. No tengo ningún miedo.

Y no lo tenía. Pero estaba excitadísima y muerta de curiosidad.

Capítulo IV

La biblioteca ofrecía, al entrar en ella, un ambiente apaciguador, y la sibila, si es que se trataba de una sibila, estaba arrellanada en una butaca junto a la chimenea. Llevaba una capa roja y un tocado negro, consistente en un sombrero de ala ancha anudado a la barbilla con un pañuelo a rayas. Sobre la mesa se veía una vela apagada, de tal manera que, al inclinarse hacia la chimenea, parecía estar buscando el resplandor de las llamas para leer un librito negro que tenía abierto entre las manos. Parecía un devocionario y, mientras pasaba los ojos por él, murmuraba algo entre dientes, como suelen hacer las viejas. No interrumpió la lectura al oírme entrar, como si quisiera acabar un párrafo.

Me quedé de pie sobre la alfombra y extendí las manos para calentármelas, porque, de haber pasado tanto rato lejos de la chimenea del salón, las traía frías. Notaba de repente una serenidad insólita, no había nada en el aspecto de la gitana que viniera a turbar esa calma que sentía, todo lo contrario. Cerró el libro y levantó pausadamente la vista. El ala del sombrero tapaba parcialmente su rostro, pero me di cuenta de que era un rostro poco común. Unas greñas como de duende escapadas de la banda blanca atada a la barbilla enmarcaban y ensombrecían las mejillas —o mejor sería decir quijadas— de aquel rostro semioculto más negro que moreno. Sus ojos se enfrentaron inmediatamente con los míos y en su mirada leí cierta insolencia.

—Está bien, ¿quiere, entonces, que le lea el porvenir? —dijo con una voz tan determinante como su mirada y tan ruda como sus facciones.

—Me da igual, abuela. Hágalo si quiere. Pero le advierto de antemano que no tengo fe.

—Es propio de su descaro decir una cosa así; lo esperaba. Lo he percibido en sus andares, en la forma que ha tenido de entrar en la habitación.

—¿De verdad? Pues qué oído tan agudo tiene.

—Desde luego. Y también soy aguda de vista y de ingenio.

—Pues para su oficio le vendrán bien esas dotes.

—Ya lo creo, sobre todo cuando tengo que enfrentarme con clientes como usted. ¿Por qué no está temblando?

—Porque no tengo frío.

—¿Por qué no se ha puesto pálida?

—Porque no estoy enferma.

—¿Por qué no me consulta algo que mis artes puedan esclarecer?

—Porque no soy tonta.

La vieja bruja ahogó una risa bajo su sombrero y aquella especie de venda. Luego sacó una pipa pequeña de color negro, la encendió y se puso a fumar. Tras esta pausa sedante, enderezó su cuerpo encorvado, retiró la pipa de sus labios y, sin dejar de mirar fijamente el fuego de la chimenea, dijo silabeando con énfasis sus palabras:

—Tiene usted frío, está enferma y es tonta.

—Ofrézcame argumentos —repliqué.

—Lo voy a hacer, en pocas palabras. Tiene frío porque está muy sola, ningún contacto enciende el fuego que lleva en su interior. Está enferma, porque los más altos y dulces sentimientos que un ser humano puede probar usted no los alcanza. Y es tonta porque, a pesar de que sufre mucho, no llama a nadie para que venga en su ayuda, ni da un paso hacia el lugar donde ese socorro la espera.

Volvió a poner la pipa entre sus labios y a aspirar el tabaco con renovado afán.

—Podría decirle eso mismo —repliqué— a cualquiera de quien usted supiera que vive solo y está empleado en una casa grande.

—Podría decírselo casi a cualquiera, sí, pero ¿sería cierto aplicado a cualquiera?

—A cualquiera que se hallara en mis circunstancias.

—Justamente, a eso iba, en sus circunstancias. Pero encuéntreme a alguien que se vea en un caso como el suyo.

—Podría encontrárselos a miles.

—No podría encontrar ni uno. Por si quiere saberlo, está usted muy cerca de la felicidad, a un paso, bastaría con alargar la mano. Todos los ingredientes están listos y un solo movimiento podría cambiarlos. El azar los ha colocado un poco dispersos entre sí, y en cuanto se junten, la bendición descenderá sobre el resultado.

—No entiendo los enigmas. No he sido capaz de resolver una charada en toda mi vida, lo siento.

—Si quiere que le hable con más claridad, enséñeme la palma de su mano.

—Y habrá que aderezarla con plata, supongo.

—Por supuesto.

Le di un chelín, que se apresuró a guardar en un calcetín viejo que sacó del bolsillo. Luego, cuando lo volvió a guardar, me pidió que extendiera la palma de la mano, cosa que hice. Acercó su rostro a ella y la husmeó sin tocarla.

—Es demasiado suave —dijo—. Poco se puede sacar en consecuencia de una mano como la suya, casi sin líneas. Por otra parte, ¿qué puede encerrar la palma de una mano? El destino no está escrito ahí.

—En eso le doy la razón —dije.

—No —continuó—. Está en la cara. En la frente, en el contorno de los ojos, en los ojos mismos, en el dibujo de la boca. Arrodíllese y levante la cabeza.

—Ahora se está acercando a la realidad —dije, mientras me arrodillaba—. Voy a empezar a creer en usted.

Me había arrodillado a media yarda de ella. Atizó el fuego y brotó una llamarada del carbón removido. El resplandor, sin embargo, cuando se sentó, arrojó aún más sombras sobre su rostro, mientras el mío quedaba a plena luz.

—Me pregunto qué sentimientos agitarían su pecho cuando ha entrado a verme —dijo la gitana, tras contemplarme un rato—. Me pregunto

también en qué pensará a lo largo de tantas horas como pasa usted sentada en el salón entre esa gente importante que revolotea a su alrededor como figuras de una linterna mágica. Existe tan poca conexión entre ellos y usted que realmente podrían tomarse por sombras con forma humana más que por seres de carne y hueso.

—Pues a menudo me siento cansada, y otras veces me entra sueño. Pero casi nunca estoy triste.

—Eso será porque abriga alguna esperanza secreta que la alienta y le sugiere placenteros episodios para el futuro, ¿no?

—Pues no. Mi mayor esperanza es ahorrar el dinero suficiente para poner algún día una escuela en una casita propia.

—¿No le parece un alimento precario para nutrir un espíritu como el suyo? Cuando está usted allí sentada en el alféizar de la ventana del salón… Bueno, se dará cuenta de que conozco sus costumbres…

—Eso es fácil. Se lo habrá sonsacado a las personas del servicio.

—Se cree muy lista, ¿verdad? Pero en fin, algo de razón tiene. Para decir verdad soy amiga de una de las criadas, de Grace Poole…

Al oír aquel nombre me puse de pie, presa de sobresalto.

«Hay algo de brujería en todo esto —pensé—, no cabe duda».

—No se alarme, mujer —continuó aquella extravagante criatura—; Grace Poole es de fiar, es discreta, silenciosa, se le puede confiar cualquier secreto… Pero volviendo a lo de antes, cuando está usted sentada allí en el alféizar, ¿no piensa en nada más que en esa escuela que quiere abrir? ¿No hay ninguna persona que le interese especialmente dentro del grupo que ocupa los sillones y sofás del salón, y que tiene usted delante de los ojos? ¿Ningún rostro le parece digno de estudio? ¿No hay alguna figura cuyos movimientos siga usted, cuando menos, con un poco de curiosidad?

—Me gusta observar los rostros y las figuras en su conjunto.

—¿Y nunca dedica especial atención a una de ellas… o tal vez a dos?

—Sí, a veces. Cuando tras los gestos y las miradas de una pareja creo adivinar una historia interesante, entonces me divierte espiarlos.

—¿Y qué historias le gustan más?

—Bueno, no ofrecen gran variedad. Suelen tener siempre el mismo argumento: cortejos y galanteos que prometen desembocar todos en el

mismo naufragio: el matrimonio.

—¿Y le divierte un tema tan monótono?

—La verdad es que no, ni me importa ni significa nada para mí.

—¿Nada de nada? ¿Seguro? Cuando una damisela de alto rango joven, animada, saludable y tan dotada de fascinante belleza como de bienes de fortuna, se sienta sonriente junto al caballero que usted…

—¿Que yo qué? —interrumpí.

—Que usted conoce y tal vez aprecia.

—Yo no conozco a ningún caballero de los que hay aquí. Apenas he cruzado dos palabras con alguno y, en cuanto a apreciarlos, unos me parecen respetables, de buena apariencia y de mediana edad, otros jóvenes, ocurrentes, guapos y amables; pero lo que le aseguro es que pueden ser destinatarios de cuantas sonrisas femeninas tengan a bien recibir, sin que yo me considere en ningún caso implicada en tal relación.

—Dice que no conoce a los caballeros que hay aquí ni ha cruzado la palabra con ninguno. ¿Podría asegurar lo mismo con respecto al dueño de la casa?

—Hoy está fuera.

—¡Profunda observación! ¡Y qué ingenioso quiebro para escurrir el bulto! Se ha ido a Millcote esta mañana y volverá tal vez esta noche. O puede que mañana. ¿Y esa circunstancia le parece suficiente para excluirlo de la lista de sus conocidos, borrarlo como si no hubiera existido nunca?

—No, pero no acierto a comprender qué tiene que ver el señor Rochester con el asunto al que se estaba usted refiriendo.

—Me estaba refiriendo a las damiselas que sonríen mirando a los ojos de un caballero, y últimamente en los del señor Rochester se han colado tantas sonrisas que ya desbordan su superficie, como una taza llena hasta los topes. ¿No se ha fijado nunca en eso?

—El señor Rochester está en su perfecto derecho de disfrutar y hacer disfrutar a sus huéspedes.

—Nadie cuestiona tal derecho. Solo le pregunto si ha notado que, entre todas las historias de matrimonio que se cuecen aquí, el señor Rochester parece ser el más agraciado por una de ellas.

—El ansia del que escucha estimula la lengua del que narra —dije más para mis adentros que para ser escuchada por la gitana, cuyas palabras, acento y modales me empezaban a envolver en una especie de ensoñación.

Brotaban de sus labios una tras otra las más insólitas sentencias e iban tejiendo en torno a mí una telaraña de ambigüedad. Y yo me preguntaba si algún espíritu invisible habría venido a aposentarse junto a mi corazón, desde hacía varias semanas, para vigilar puntualmente su marcha y tomar nota de cada uno de sus latidos.

—¡El ansia del que escucha! —repitió la gitana—. Exactamente. Y habrá visto el ansia con que el señor Rochester ha bebido durante horas las palabras surgidas de unos labios encantadores, volcados en la tarea de contarle cosas, que él recibía con oído atento y signos inequívocos de gratitud ante tan deleitoso pasatiempo. ¿No se ha fijado en eso?

—¿Gratitud? —pregunté—. Pues no, no recuerdo haber detectado gratitud en su rostro.

—¡Detectado, eh! Entonces lo estaba usted sometiendo a pesquisa. ¿Y qué detectó, si no fue gratitud?

Guardé silencio.

—¡Amor! —dijo ella—. ¿Descubrió usted amor, no es cierto? Y, anticipándose a los acontecimientos, se lo ha imaginado ya ante el altar, y a la novia estallando de gozo.

—No exactamente. Su agudeza de bruja le falla algunas veces, créame.

—¿Qué diablos ha visto usted, entonces?

—Y a usted qué le importa. Yo he venido aquí a preguntar, no a someterme a un interrogatorio. A ver. ¿Puede saberse si el señor Rochester va a casarse?

—Sí, con la hermosa señorita Ingram.

—¿En breve?

—Las apariencias podrían apuntar hacia esa conclusión. Y seguramente, aunque usted con audacia reprobable parece ponerlo en duda, será una pareja de lo más feliz. Él no tiene más remedio que amar a una señorita tan guapa, noble, lista y bien dotada. Es probable que ella también lo ame, si no por sí mismo, al menos por su fortuna. Sé que las propiedades de los Rochester le parecen altamente apetecibles, aunque

cuando le he hablado de eso antes (¡Dios me perdone!) le ha gustado poco oírlo. Se puso asombrosamente seria y cualquier rastro de dulzura se borró definitivamente del contorno de sus labios. Yo le aconsejaría a su desprevenido pretendiente que mire por dónde pisa. Si se cruza en el camino de la señorita Ingram otro con rentas más sustanciosas o más esclarecidas, irá a la caza de él.

—Pero, abuela, yo no he venido aquí para enterarme del porvenir del señor Rochester, sino del mío. Y de ese no me ha dicho usted ni una palabra.

—Su futuro aparece todavía algo dudoso. Cuando examiné su rostro lo encontré plagado de rasgos contradictorios. La Providencia ha reservado para usted cierta porción de felicidad, eso lo sé. Y lo sabía antes de venir aquí esta tarde; la suerte apartó cuidadosamente ese montoncito para usted y la está esperando. Yo vi cómo lo hacía. De usted depende alargar la mano y coger el tesoro. El hecho de que vaya a hacerlo o no, es lo que trato de analizar. Arrodíllese otra vez en la alfombra.

—No me tenga mucho rato en esa postura. El fuego me abrasa.

Me arrodillé. No se inclinó hacia mí. Se limitó a mirarme fijamente, arrellanada en su asiento. Y empezó así, entre dientes, su retahíla:

—La llama chisporrotea en el ojo; el ojo resplandece cual rocío; se muestra dulce y pletórico de sentimientos; sonríe a mi monserga. Cuando se borra en ellos la sonrisa, ¡qué tristeza! Una inconsciente apatía pesa entonces sobre los párpados, esto indica melancolía derivada de la soledad. Se apartan de mí, no soportan más escrutinio, y parecen negar con furtiva ironía la verdad de los descubrimientos que acabo de hacer, desmintiendo ambas acusaciones: la de sensibilidad y la de abatimiento; pero esta actitud de amor propio y reserva solo consigue reafirmarme en mi opinión. Los ojos están de mi parte.

»En cuanto a la boca, algunas veces se deleita en la risa. Está dispuesta a compartir todo lo que elabora su cerebro, aunque me atrevo a suponer que calla mucho de lo que el corazón experimenta. Movediza y flexible, no nació para verse reducida al perenne silencio de la soledad. Es boca hecha para mucho decir, aunque no mucho menos que para sonreír y

expresar los lazos afectivos que la unen con su interlocutor. También la boca me es favorable.

»No encuentro más obstáculo para un final feliz que el que ofrece la frente. Es una frente que se empeña en proclamar: «Puedo vivir sola si el amor propio y las circunstancias así me lo requieren. No necesito vender mi alma para comprar la dicha. Cuento con un tesoro interior que nació conmigo y que lograría mantenerme viva, aunque todos los deleites del entorno se me hurtaran o me fueran ofrecidos a un precio que yo no pudiera pagar». Y sigue declarando la frente: «El raciocinio se mantiene firme y sujeta las riendas, y no permitirá que los sentimientos se desboquen para precipitarlo en salvajes despeñaderos. Las pasiones, como auténticas paganas que son, pueden bramar con furia, igual que el deseo puede concebir toda suerte de vanas imágenes. Pero el raciocinio tendrá la última palabra en cada caso y el voto definitivo en cada dictamen. Por muchas borrascas, terremotos e incendios que se sucedan, yo seguiré atendiendo siempre el mandato de la tenue voz que habla al dictado de mi conciencia».

»¡Así se habla, oh, frente! Tus declaraciones serán respetadas. He formulado mis planes, que considero acertados, teniendo en cuenta las reclamaciones de la conciencia y los consejos de la razón. No ignoro cuán pronto se marchitará la juventud y decaerá la frescura si una sola gota de remordimiento o un leve poso de vergüenza se detectan en la copa de la felicidad. No busco el sacrificio, la pesadumbre ni la desintegración, mis gustos no van por ahí. Deseo dar alientos, no contribuir a la podredumbre, merecer gratitud, no hacer brotar lágrimas de sangre, no, ni tampoco de salmuera. Mi cosecha aspira a ser de sonrisas, caricias y ternura. Con eso me conformo… Pero creo que empiezo a caer en trance de exquisito delirio. Bien me gustaría alargar esta situación *ad infinitum*, pero no me atrevo. Hasta ahora me había controlado correctamente, y mi comportamiento se ha venido ateniendo a las pautas que para mis adentros juré respetar. Dar un paso más sería sobrepasar el límite de mis fuerzas. Levántese del suelo, señorita Eyre, «la comedia ha terminado».

¿Dónde me encontraba? ¿Estaba dormida o despierta? ¿Había soñado todo aquello? ¿Seguía dentro del sueño aún? La voz de la anciana había

sufrido una mutación. No solo su acento, sino también sus gestos me resultaban ahora tan familiares como mi propia voz o mi imagen reflejada en un espejo. Me levanté, pero no podía irme, seguía mirando a aquella persona. Aticé el fuego y la volví a mirar, aunque ella trataba de esconder aún más su rostro tras el ala del sombrero y la venda cada vez más pegada a sus mejillas. Además me hacía señas como para echarme de allí. Las llamas iluminaron aquella mano extendida que ahora se alzaba; y mi mirada alerta a cualquier nueva pista se fijó inmediatamente en ella. Distaba tanto como la mía de ser la mano descarnada de una vieja, era ágil y nada huesuda, de dedos bien torneados. De repente en el meñique brilló un anillo que, al inclinarme, reconocí como una joya que ya había visto antes muchas veces. Entonces volví a mirar aquel rostro que ya había dejado de hurtarse al mío. Al contrario, se había despojado de la venda y el sombrero y la cabeza se volvía hacia mí.

—Bueno, Jane, ¿me conoce? —preguntó una voz que me era bien familiar.

—Bastará con que se quite la capa roja, señor, y entonces…

—Se me han enredado las cintas, ayúdeme a deshacer el nudo.

—Rómpalas, señor.

—¡Ya está! ¡Fuera entorpecimientos!

Y el señor Rochester reapareció, surgiendo de su disfraz.

—¡Qué ocurrencias tan raras tiene usted, señor!

—Pero bien urdidas, ¿no le parece?

—Con las damiselas le habrán dado buen resultado.

—¿Y con usted no?

—Conmigo no estaba ateniéndose usted al papel de gitana.

—¿Qué papel cree que representaba? ¿El mío?

—No; uno incomprensible. En fin, lo que creo es que ha intentado sonsacarme algo, no sé, o tal vez meterme en algo. Ha estado usted diciendo insensateces para hacérmelas decir a mí. Y eso no está bien, señor.

—¿Me perdona, Jane?

—No sé, tengo que pensarlo. Si, al repasar lo ocurrido, no me veo haciendo demasiado el ridículo, procuraré perdonarle. Pero no ha estado

bien, señor.

—¡Pero si no ha hecho el ridículo! Ha sido usted un ejemplo de discreción y sensatez.

Me puse a pensar y me di cuenta de que, en conjunto, tenía razón. Casi desde el principio de la entrevista había estado en guardia. La sospecha del enmascaramiento no estuvo ausente a veces. Sabía que las gitanas y las adivinas no suelen expresarse en los términos que lo hacía aquella presunta vieja. Además me había dado cuenta de que fingía la voz y de que era excesivo su afán por ocultar el rostro. Pero a lo que mi cabeza daba vueltas era sobre todo a la mención que hizo de Grace Poole, aquel enigma viviente, el quid de todos los misterios, como yo la consideraba. Ni por un momento se me ocurrió pensar que pudiera estar hablando con el señor Rochester.

—¿Qué está usted rumiando? —me preguntó—. ¿Qué significa esa seriedad sonriente?

—Asombro y satisfacción interna, señor. Y ahora supongo que me dará permiso para retirarme.

—No, no se vaya todavía. Cuénteme qué diablos está haciendo la gente en el salón.

—Hablar de la gitana, me figuro.

—¡Pero siéntese! Quiero que me cuente lo que han dicho de mí.

—No puedo quedarme mucho rato, señor. Son cerca de las once. Por cierto, ¿le han dicho que en su ausencia ha venido un forastero?

—¿Cómo que un forastero? No sé nada, ni esperaba a nadie. ¿Quién puede ser? ¿Se ha marchado ya?

—No, dijo que se conocen ustedes desde hace mucho tiempo y que podía tomarse la libertad de quedarse aquí hasta que usted volviera.

—Pues maldita la gracia que me hace. ¿No dijo su nombre?

—Sí, señor, se llama Mason y viene de las Antillas, de Puerto España, he creído entender, en Jamaica.

El señor Rochester, que estaba de pie junto a mí, había cogido mi mano como una invitación a sentarme con él. Cuando dije la última frase me apretó la muñeca y la sonrisa se le heló en los labios. Parecía tener dificultades para respirar, como si le hubiera dado un espasmo.

—¡Mason! ¡Las Antillas! —dijo al cabo en un tono parecido al que imaginariamente se atribuye a los autómatas.

Repitió hasta tres veces aquellos nombres: Mason y las Antillas, silabeando las palabras de un modo raro, y en las pausas aumentaba su palidez casi mortal. Daba la impresión de no saber lo que estaba diciendo.

—¿Se encuentra mal, señor? —le pregunté.

—Jane, ha sido un golpe duro…, ¡es un golpe muy duro, Jane!

Se tambaleaba.

—Por favor, señor, apóyese en mí.

—Ya en una ocasión, Jane, me ofreció usted su hombro a modo de bastón; vuelvo a necesitarlo ahora. ¿Puedo?

—Sí, señor, naturalmente. Y el brazo también.

Se sentó y yo lo hice a su lado. Tomó mi mano entre las suyas y la acarició, sin dejar de mirarme con ojos de perturbación y susto.

—Mi dulce amiga —dijo—, ojalá pudiera encontrarme en una isla desierta teniéndola a usted por única compañía, escapando de peligros, trastornos y horribles recuerdos.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? Daría mi vida por servirle de algo.

—Jane, le prometo que si me veo en un apuro grave acudiré a usted para pedirle socorro.

—Gracias, señor, basta con que me diga lo que tengo que hacer, y esté seguro de que por lo menos lo intentaré.

—De momento, tráigame un vaso de vino del comedor, Jane. Deben de estar cenando ahora. Y de paso me cuenta si Mason está con ellos y lo que hace.

Obedecí su mandato. En el comedor, como él había supuesto, me encontré a los invitados cenando. Pero no sentados a la mesa. Habían colocado las viandas encima del aparador y cada cual se iba sirviendo lo que le daba la gana. Se los veía circular por la habitación y agruparse en corrillos con los platos y los vasos en la mano. Todos parecían eufóricos y se entremezclaban las risas y las animadas conversaciones. El señor Mason estaba de pie junto a la chimenea hablando con el coronel Dent y su esposa, y compartía la alegría general. Cuando estaba escanciando un vaso de vino, me di cuenta de que la señorita Ingram me observaba con ceño de

reprobación, supongo que desaprobando en su fuero interno la libertad que osaba tomarme. Salí de la biblioteca con mi vaso lleno.

La exagerada palidez había desaparecido del rostro del señor Rochester, que presentaba ahora un aspecto más tranquilo y seguro. Le alargué el vaso de vino.

—¡A su salud, espíritu benéfico! —dijo, y se bebió de un trago el contenido del vaso.

Luego, volviendo los ojos hacia mí preguntó:

—¿Qué hacen los del comedor, Jane?

—Están hablando unos con otros, señor, y se ríen.

—¿No se les nota taciturnos y suspicaces, como si se hubieran enterado de algo rarísimo?

—En absoluto. Están rebosantes de alegría, y con ganas de broma.

—¿Y Mason?

—Él también se ríe.

—Si todas esas personas, Jane, se me echaran encima y empezaran a escupirme, ¿usted qué haría?

—¿Yo? Intentaría echarlos de la habitación, señor.

Se dibujó en sus labios una media sonrisa.

—Pero vamos a ver: si yo me acercase a ellos y me mirasen de reojo con total frialdad y se pusieran a cuchichear a mis espaldas, y luego desfilaran uno por uno de la habitación dejándome solo, ¿entonces qué? ¿Se marcharía usted con ellos?

—Creo que no, señor. Me gustaría más quedarme con usted.

—¿Para consolarme?

—Pues sí, para intentarlo, lo mejor que pudiera.

—¿Y si ellos la criticaran por ponerse de mi parte?

—Probablemente yo ni me enteraría de sus críticas, y caso de enterarme me traerían sin cuidado.

—¿Afrontaría usted, entonces, una censura por mi culpa?

—Por un amigo digno de mi solidaridad, como usted lo es, afrontaría cualquier cosa. Estoy completamente segura.

—Pues vuelva al comedor, Jane. Se acerca usted discretamente a Mason y le dice al oído que ha llegado el señor Rochester y que quiere

hablar con él. Luego lo trae aquí y nos deja solos.

—De acuerdo, señor.

Obedecí sus órdenes, y todos los invitados me miraron cuando me abrí camino entre sus grupos. Busqué al señor Mason, le di el recado y salí de la habitación, precediéndolo. Una vez que le hube acompañado hasta la biblioteca, me subí a mi cuarto.

Pasada la medianoche, cuando ya llevaba yo mucho rato acostada, oí cómo los invitados iban retirándose a descansar a sus habitaciones. Distinguí, entre las demás, la voz del señor Rochester, que decía:

—Por aquí, Mason. Este es tu cuarto.

Era una voz jovial. Oírla alivió mi corazón oprimido; y no tardó en vencerme el sueño.

Capítulo V

Me había olvidado de correr las cortinas, como habitualmente hacía, y también de bajar la persiana. Así que cuando la luna llena y resplandeciente que surcaba la apacible noche vino a ocupar, en el curso de su viaje, el trozo de cielo frente a mi ventana y se asomó a través de los cristales desnudos, su gloriosa mirada me despertó. Interrumpido mi sueño a altas horas de la noche, fijé los ojos desasosegados en aquel disco de plata y cristal cuya hermosura entrañaba un exceso de solemnidad. Me incorporé y alargué el brazo con intención de correr la cortina.

¡Dios mío de mi vida! ¡Qué grito!

El silencio y quietud de la noche acababan de ser desgarrados por un ruido estridente, agudo y bestial que recorrió Thornfield de cabo a rabo.

Se me paró el pulso, el corazón se me heló y el brazo extendido no lo podía mover. Al grito, cuando se apagó, no le siguió otro. Desde luego difícilmente podría repetirlo enseguida la criatura que lo hubiera emitido con tan aterradora intensidad. Ni el más inmenso cóndor de los Andes podría lanzar desde su nido envuelto en nubes dos lamentos seguidos como aquel. Quien lo hubiera despedido de su garganta tenía que tomar aliento antes de intentar repetir semejante esfuerzo.

Procedía del tercer piso, porque yo lo había oído justo encima de mi cabeza. Y también encima de mí —o sea en la habitación que estaba exactamente sobre la mía— se estaba desarrollando ahora una lucha que, a juzgar por el escándalo, debía de ser feroz. En medio de aquel tumulto, pude oír una voz apagada que pedía ayuda.

—¡Socorro, socorro, socorro! ¿Es que no va a venir nadie? —gritaba.

Y luego, tras sucesivos golpes y salvajes pataleos, me llegó a través de las vigas de escayola una frase más clara:

—¡Rochester! ¡Venga, Rochester, por el amor de Dios!

Se abrió la puerta de un dormitorio y alguien salió corriendo a toda prisa por el pasillo. Luego, sobre mi cabeza, se oyeron otros pasos y de repente algo cayó al suelo. Después se produjo el silencio.

Me vestí, a pesar de que estaba temblando de pies a cabeza, y salí al pasillo. Todos los huéspedes se habían despertado y cada una de las habitaciones era un vivero de exclamaciones y murmullos de alarma. Poco a poco se fueron abriendo las puertas, uno tras otro asomaron los invitados y al poco rato el pasillo estaba lleno. Tanto los hombres como las mujeres se habían echado fuera de la cama y estaban sumidos en la mayor confusión. Las preguntas se sucedían.

—¿Qué ha sido?

—¿Han herido a alguien?

—¿Qué está ocurriendo?

—¡Que traigan luz!

—¿Se habrá declarado un incendio?

—¡Ladrones! Habrán entrado ladrones.

—¿Adónde huir?

De no haber sido por la luna llena, la oscuridad reinante sería total. Aquellas gentes corrían desorientadas, se apiñaban unos junto a otros, algunos lloraban, otros andaban dando tumbos, una verdadera maraña.

—¿Dónde está Rochester? —preguntó el coronel Dent—. No lo encuentro en su cuarto.

—¡Aquí estoy! —fue la respuesta en voz alta—. Aquí, tranquilícense todos, ya vengo.

Se abrió la puerta del fondo del pasillo y el señor Rochester, con una vela en la mano, avanzó hacia nosotros. Era evidente que venía del piso de arriba. Una de las señoras corrió a su encuentro y le agarró un brazo. Era Blanche Ingram.

—¿Qué horror ha sido este? —le preguntó—. ¡Hable! No nos oculte la verdad por dura que sea.

—¡Pero por favor, dejen de zarandearme y de echárseme encima! —contestó.

Porque en aquel momento las dos señoritas Eshton estaban colgadas de él y las dos viudas, envueltas en vaporosas batas blancas, navegaban hacia él a toda vela.

—¡No ha sido nada, ya está todo en orden! —exclamó—. La cosa no ha pasado de un simple ensayo de *Mucho ruido y pocas nueces*[70]. Les ruego, señoras, que se aparten de mí o me convertiré en un ser peligroso. —Y en realidad su aspecto daba miedo, y de aquellos ojos oscuros salían chispas. Se notó que hacía un esfuerzo para apaciguarse—. Una criada ha tenido una pesadilla, eso es todo. Es una persona sumamente excitable. Por lo visto ha creído que lo que vio en sueños era una aparición o algo por el estilo y ha sufrido un ataque de nervios. Y ahora, por favor, quiero verlos a ustedes volver a sus cuartos, porque hasta que la casa no vuelva a entrar en fase de normalidad, a esa mujer no podemos atenderla en condiciones. Señores, tengan la amabilidad de servir de ejemplo a las damas. Usted, señorita Ingram, estoy seguro de que no me fallará en dominar un terror de tan poco fundamento; Amy y Luisa, volverán cual palomitas a sus nidos, ¿verdad?, y en cuanto a ustedes, *mesdames* —añadió, dirigiéndose a las viudas—, no deben exponerse al constipado que las amenaza si se quedan un minuto más en esta helada galería.

Y de esa manera, halagando a unos y usando de su autoridad con otros, consiguió que todos fueran reincorporándose a sus respectivos dormitorios. Yo no esperé a que me ordenase volver al mío, volví a entrar en él tan silenciosamente como había salido.

Y sin embargo, no para acostarme; todo lo contrario, acabé de vestirme, pues solo lo había hecho a medias. Los ruidos que había oído después de que cesó el grito y las frases que habían llegado a mis oídos es posible que no los hubiera escuchado más que yo, ya que procedían del cuarto que tenía justamente encima de mi techo. Y estaba completamente convencida de que no era la pesadilla de una criada lo que había sacudido tan espantosamente la quietud de la casa, como también sabía que la explicación ofrecida por el señor Rochester era una invención de emergencia para sosegar el ánimo de sus invitados. Me vestí, pues, y

permanecí a la expectativa, lista para cualquier requerimiento. Estuve un rato sentada junto a la ventana, contemplando el silencioso jardín y los campos plateados, y la verdad era que no sabía qué ni a quién estaba esperando. Pero me parecía que algo tenía que pasar después de aquel insólito chillido, de aquella lucha, de aquella petición de socorro.

El silencio, sin embargo, había vuelto a reinar y tanto los murmullos como los pasos se extinguieron poco a poco. Una hora más tarde Thornfield era comparable a un desierto, y daba la impresión de que el sueño y la noche se habían aliado para recuperar su imperio. Mientras tanto, la luna iba declinando y ya no tardaría mucho en ocultarse. Empezaba a cansarme de pasar frío allí sentada a oscuras, y decidí acostarme vestida. Abandoné la ventana y avancé de puntillas sobre la alfombra. Cuando me estaba inclinando para quitarme los zapatos, una mano cautelosa golpeó la puerta desde fuera con los nudillos. Un ruido que apenas se oía.

—¿Soy requerida para algo? —pregunté.

Y la voz que más anhelaba oír en aquel momento, la de mi señor, preguntó a su vez, desde fuera:

—¿Está usted levantada?

—Lo estoy, señor.

—¿Y vestida?

—También.

—Pues entonces salga, sin hacer ruido.

Obedecí. El señor Rochester estaba en el pasillo con una vela encendida.

—La necesito —dijo—. Sígame por aquí, no hay prisa, lo importante es no hacer ruido.

Mis zapatillas eran tan ligeras que podía deslizarme por la alfombra a paso de felino. Él me precedió hasta el fondo de la galería y después escaleras arriba hasta llegar al oscuro pasillo de techo bajo del malhadado tercer piso. Se detuvo y yo, que había seguido sus pasos, lo hice también. Estábamos uno al lado del otro.

—¿Tiene una esponja en su cuarto? —preguntó en un susurro.

—Sí, señor.

—¿Y algún frasco de sales?

—También.

—Pues vuelva y traiga ambas cosas.

Volví a bajar, cogí la esponja del lavabo, saqué el frasquito de sales de un cajón y recorrí de nuevo lo andado. Él me seguía esperando y ahora tenía una llave en la mano. Se acercó a una de las puertas pequeñas pintadas de negro y metió la llave en la cerradura. Pero antes de abrir, hizo una pausa y volvió a mirarme.

—¿Resiste bien la vista de la sangre?

—Supongo que sí, señor, aunque nunca me he encontrado en ese trance.

Al contestarle me había recorrido el cuerpo un estremecimiento, aunque no de miedo. Ni tampoco me sentía mareada.

—Deme la mano —dijo—. No podemos correr el riesgo de que se desmaye.

Entrelacé mis dedos con los suyos.

—Cálidos y firmes —comentó él.

Luego dio la vuelta a la llave y abrió la puerta.

La habitación que apareció ante mis ojos ya la había visto antes. Me acordé de que el día en que la señora Fairfax me enseñó toda la casa, habíamos entrado también aquí. Estaba enteramente cubierta por cortinajes; pero la diferencia es que ahora uno de ellos se había descorrido y dejaba ver al fondo una pequeña puerta que aquel día estaba oculta. La puerta estaba abierta y de dentro salía luz. Pero no solo luz; también un rumor de gruñidos y forcejeos, como de dos perros peleándose. El señor Rochester depositó la vela y se dirigió hacia aquel punto.

—Espere aquí un momento —me dijo.

Seguidamente se metió en la habitación del fondo. Su entrada fue saludada con una sonora carcajada, que fue amortiguando su estridencia hasta acabar en aquel quejido diabólico característico de Grace Poole. O sea que ella estaba allí dentro. El señor Rochester, aunque no dijo nada, es evidente que estaba dando algunas órdenes, las cuales hallaron réplica en un cuchicheo dirigido a él. Volvió a salir al poco rato y cerró la puerta con llave.

—Por aquí, Jane —dijo.

En la habitación donde estábamos había una cama enorme, cuyas cortinas corridas casi la hurtaban a la vista. El señor Rochester llegó hasta ella y la abordó por el otro lado; yo le seguí. Había una butaca a la cabecera y en ella estaba sentado un hombre vestido, aunque despojado del abrigo. Estaba inmóvil. Tenía la cabeza echada para atrás y los ojos cerrados. El señor Rochester acercó la vela para iluminarlo y en aquel rostro pálido e inexpresivo reconocí el del señor Mason, el extranjero que llegó por la tarde.

—Sosténgame la vela —dijo el señor Rochester.

Lo hice, y mientras tanto él se acercó al lavabo y trajo una palangana llena de agua.

—Ahora sujete esto —añadió.

Obedecí, y él, tras humedecer la esponja, frotó con ella el rostro cadavérico del señor Mason. Luego me pidió el frasco de sales y se lo acercó a los orificios de la nariz. Casi enseguida el herido abrió los ojos y emitió una especie de gemido. El señor Rochester le desabrochó la camisa. El brazo y el hombro los tenía vendados. Limpió con la esponja la sangre que se escapaba abundante por el borde de la venda.

—¿Es grave? —murmuró Mason.

—Nada, hombre, un rasguño sin importancia. Levanta esos ánimos. Ahora mismo voy a salir a buscar al médico y espero que cuando sea de día estés en condiciones de irte. Ojalá… Escuche, Jane…

—Diga, señor.

—La tengo que dejar sola en esta habitación con el caballero. No sé lo que tardaré en volver, una hora, o tal vez dos. Le va usted limpiando la sangre que le brote con la esponja como yo he hecho. Si ve que desfallece le da a beber un poco de agua y le aplica las sales a la nariz. No le dirigirá usted la palabra bajo ningún pretexto; y en cuanto a ti, Richard, tu vida peligra si le dices una sola palabra. Como abras la boca o te atrevas a moverte, no respondo, ¿has oído?

El pobre hombre volvió a gemir; parecía tener miedo de moverse, o tal vez de la muerte o de alguna otra cosa, el caso es que estaba paralizado. El señor Rochester me alargó la esponja ensangrentada y yo empecé a usarla

copiando lo que le había visto hacer a él. Me estuvo observando durante unos segundos y luego dijo:

—No lo olvide. ¡Nada de conversación!

Experimenté una turbación indescriptible cuando le oí salir, cerrar la puerta con llave y alejarse cada vez más hasta que sus pasos dejaron de percibirse.

Total, que me encontraba en aquel tercer piso fantasma, encerrada en una de sus dos misteriosas celdas, con la noche en torno, ante mis ojos un espectáculo sangriento del que me debía ocupar y apenas separada por una triste puerta de las garras de una asesina. Eso era lo realmente espantoso, todo lo demás podía soportarse; pero ante la sola idea de que Grace Poole irrumpiera para echárseme encima me echaba a temblar.

Me mantuve, no obstante, en mi puesto, porque era mi deber. Tenía que vigilar aquel rostro espectral, aquellos labios amoratados sellados por un mandato, aquellos ojos vidriados por el espanto que vagaban por la habitación, a veces entrecerrados, otras abiertos y otras clavándose en los míos. Tenía que meter la mano una vez tras otra en aquella palangana de agua sanguinolenta y enjugar con la esponja la sangre que rezumaba de la venda, condenada a ver cómo la vela sin despabilar que iluminaba mi tarea iba debilitando su luz. Las sombras, adensándose sobre las ricas tapicerías antiguas, crecían en torno a mí, ponían una orla negra rematando las colgaduras de la enorme y anticuada cama, y se proyectaban temblorosas y extravagantes en las puertecitas de un gran bargueño cuyo frente, dividido en dos paneles, ostentaba torvos relieves: se veían las cabezas de los doce apóstoles cada una en su correspondiente puertecita y arriba del todo un crucifijo de ébano representando la agonía de Cristo.

Según que las sombras movedizas o el intermitente fulgor se trasladaran acá o allá, parecía inclinarse la frente de Lucas, ondear la melena de Juan o agrandarse de repente la diabólica faz de Judas, como si fuera a salirse de la madera, y entonces era ver cobrar vida una amenazadora revelación del mismísimo Satanás bajo la forma de su subordinado.

Por si todo esto fuera poco, además de vigilar al herido, tenía que estar atenta a los posibles rumores procedentes del cubil del fondo, por si a la

fiera o al diablo que tal vez la acompañaban les daba por rebullir. Pero desde que el señor Rochester entró allí parecía estar hechizada; a lo largo de todo aquel rato solo oí tres ruidos, muy espaciados además: una pisada que crujía, la repetición momentánea de aquella especie de gruñido canino y un hondo quejido humano.

También atendía a la rumia de mis propios dilemas. ¿Qué clase de crimen era este, arraigado y vivo en la apartada mansión, y por qué el dueño de ella se mostraba impotente para extirparlo o dominarlo? ¿Cuál era la naturaleza de un misterio que irrumpía a sangre y fuego a altas horas de la noche? ¿Y qué índole de criatura era aquella que, enmascarada bajo la apariencia de una mujer vulgar, podía cambiar de acento y transformarse en cínico diablo o en ave carroñera?

Y en cuanto a este hombre sobre el que me inclinaba, un forastero mediocre e inofensivo, ¿por qué se había visto enredado en semejante telaraña de horrores? ¿Por qué lo había atacado la Furia? ¿Qué le condujo a esta ala del edificio a horas tan desusadas, en vez de quedarse durmiendo en su cama tan tranquilo? Yo oí cómo el señor Rochester le asignaba una habitación en el piso de abajo, ¿qué había venido a buscar en este? ¿Y por qué se mostraba tan manso tras la violencia y la maldad padecidas? ¿Por qué se sometía sin rechistar al obligatorio silencio prescrito por el señor Rochester? ¿Por qué Rochester le obligaba a callar? Habían agraviado a su huésped, en otra ocasión un plan abominable estuvo a punto de acabar con su propia vida, y en ambos atentados su actitud había sido la del encubrimiento, se había empeñado en echar tierra sobre el asunto. Saqué en consecuencia, por otra parte, que el indolente señor Mason estaba sometido al señor Rochester, cuya voluntad imperiosa le gobernaba por completo. Las pocas palabras que mediaron entre ambos daban cumplida fe de ello. Era evidente que en su relación anterior la inerte y pasiva naturaleza del uno se había habituado a sufrir el influjo del otro y plegarse a su enérgica actividad. Pero entonces, ¿cómo se explicaba la desazón del señor Rochester cuando supo que el señor Mason había venido a visitarlo? ¿Por qué la simple mención de aquel individuo irresoluto, que le obedecía como un niño con solo abrir él la boca, le había tambaleado de tal manera pocas horas antes, partido por la mitad cual roble herido por un rayo?

No podía borrar de mi pensamiento la expresión de sus ojos ni su repentina palidez, cuando musitó: «Jane, ha sido un golpe duro. ¡Es un golpe muy duro, Jane!». Tampoco podía olvidar el temblor de su brazo cuando mi hombro le sirvió de apoyo. No podía ser un asunto baladí el que de aquella manera hacía presa en el decidido ánimo de un Fairfax Rochester y era capaz de estremecer su cuerpo recio.

«¿Cuándo vendrá? ¿Tardará mucho?», exclamaba para mis adentros. A medida que transcurría lentamente la noche, el herido seguía sangrando, quejándose y encontrándose peor. Pero no llegaban ni el amanecer ni el auxilio. Ya no sé las veces que había acercado el vaso de agua a los labios exánimes de Mason, ni cuántas le había hecho oler el frasco de sales. Todos mis esfuerzos eran inútiles, las fuerzas le iban abandonando sin demora ya fuera a causa de su padecimiento físico, de su angustia, de la pérdida de sangre o de las tres cosas juntas. Daba tal impresión de debilidad, nerviosismo y extravío, y eran tan quejumbrosos sus lamentos, que llegué a tener miedo de que se muriera. ¡Y ni siquiera me estaba permitido dirigirle la palabra!

La vela acabó consumiéndose y sobrevino la oscuridad. Fue entonces cuando percibí unas rachas de luz grisácea bordeando las cortinas de la ventana, y supe que se estaba acercando el alba. Casi enseguida oí allá abajo los ladridos de *Pilot*, en la perrera del patio. Menos mal, renacía la esperanza. Y no se vio defraudada, porque a los cinco minutos el chirrido de la llave en la cerradura me avisó del final de aquellas horas de guardia. Tal vez no fueran más de dos, pero muchas semanas se me han hecho más cortas.

Entró el señor Rochester precediendo al cirujano que había ido a buscar.

—Escúcheme atentamente, Carter —le dijo enseguida—. Tiene media hora exacta para practicarle la cura, vendar la herida y ayudarme a bajar al paciente.

—¿Pero cree que está en condiciones de desplazarse, señor?

—Claro que sí. No tiene nada importante. Está nervioso, lo que necesita es animarse. Vamos, póngase manos a la obra.

El señor Rochester corrió la pesada cortina y subió la persiana para dejar entrar la mayor claridad posible. Me quedé asombrada de ver lo avanzado que iba el día y se me alegró el alma al columbrar las ráfagas rosáceas que empezaban a apuntar por Naciente. El cirujano ya había comenzado su tarea.

—¿Qué tal, amigo? —preguntó Rochester, acercándose—. ¿Cómo te encuentras?

—Ella ha acabado conmigo, mucho me lo temo —contestó el otro desmayadamente.

—¡Nada de eso! Ánimo es lo que tú necesitas. En quince días ya ni te acuerdas del incidente. Has perdido un poco de sangre y eso es todo. Carter, asegúrele que no corre peligro.

—Puedo asegurárselo con toda convicción —dijo Carter, que ya le había cambiado el vendaje—. Pero tenían que haberme llamado antes, no habría perdido tanta sangre… ¿Y esto qué es? La carne del hombro, además de un corte, ha sufrido un desgarrón. No es herida de cuchillo, es dentellada.

—Me mordió —murmuraba Mason—. Se me echó encima como una tigresa cuando Rochester le quitó el cuchillo de las manos.

—No tenías que haberlo permitido, tenías que haber forcejeado con ella desde el primer momento —dijo Rochester.

—Ya. Pero ¿qué iba a hacer alguien en mi caso? —respondió Mason. Y añadió, presa de un escalofrío—: ¡Fue espantoso! Y no lo esperaba, al principio parecía tan tranquila.

—Te lo advertí —le dijo su amigo—. Te dije: «Cuidado con acercarte». Además podías haber esperado hasta mañana para que entrara yo contigo, ¿no? Ha sido una locura intentar hablar con ella ya tan tarde y más yendo solo.

—Creí que la beneficiaría a ella.

—¡Creíste, creíste! Me desespera oírte. Pero allá tú, estás pagando las consecuencias de no hacerme caso, y más que te queda por sufrir todavía. En fin, no quiero seguir hablando de esto. ¡Por favor, Carter, dese prisa! El sol está a punto de salir y quiero verme libre de este hombre.

—Ya falta poco, señor. El hombro lo tiene vendado. Voy a mirarle la otra herida del brazo. Creo que ahí le mordieron también.

—Me chupó la sangre —murmuraba Mason—, decía que quería arrancarme el corazón.

Vi estremecerse al señor Rochester. Una mezcla de horror, odio y asco marcó su expresión hasta hacer casi irreconocible su rostro. Pero se limitó a decir:

—Mejor que te calles, Richard. No insistas en tus delirios, estás delirando. Olvídalo.

—Ojalá fueran delirios y pudiera olvidarlos —contestó él.

—Te olvidarás de todo en cuanto salgas del país y regreses a Puerto España. Desde allí puedes pensar en ella como en alguien muerto y enterrado. O, mejor todavía, no vuelvas a pensar en ella para nada.

—La noche de hoy me será imposible olvidarla.

—No hay nada imposible. Échale valor a la vida, hombre. Hace dos horas te creías muerto sin remisión y, ya ves, ahora has resucitado y estás hablando conmigo. ¿Pues entonces? Carter ya está a punto de acabar y yo voy a rematar su obra, ya lo verás. Jane —añadió, dirigiéndose a mí por primera vez desde que había vuelto—, tome esta llave, haga el favor de bajar a mi dormitorio y entre en el vestidor. Allí, en el cajón de arriba del armario, encontrará una camisa limpia y una bufanda de seda. Los trae lo más pronto posible.

Me dirigí hacia allí, encontré en el armario lo que me había pedido y, una vez cumplido el recado, volví a subir.

—Ahora, Jane, váyase al otro lado de la cama, que voy a vestir y a arreglar a mi amigo. Pero no abandone el cuarto todavía, puedo volver a necesitarla.

Hice lo que me había indicado.

—¿Había alguien levantado cuando bajó, Jane? —me preguntó luego.

—No, señor, nadie. Reinaba el silencio.

—Ya verás cómo te puedes ir sin que nadie se entere, Dick. Por tu bien y por el de esa pobre criatura de ahí dentro, será lo mejor. Me ha costado mucho guardar el secreto y no vamos a echarlo a perder todo ahora. Venga, Carter, ayúdeme a ponerle el chaleco. ¿Dónde dejaste tu abrigo de piel? Ya

sé que no puedes viajar ni una milla sin llevarlo encima, condenado frío, ¿verdad? Ah, que lo tienes en tu cuarto. Pues lo siento, Jane, tendrá que ir corriendo a buscar el abrigo del señor Mason. Es el cuarto contiguo al mío.

Volví a salir corriendo y al volver lo mismo. Ahora traía al brazo un abrigo grande forrado y ribeteado de piel.

—Tiene que hacerme todavía otro favor —dijo mi inagotable amo—, necesito que vuelva a mi cuarto. Gracias a que tiene usted los pies de terciopelo, Jane, porque un mensajero dado al taconeo lo estropearía todo en un caso así. Abre usted el cajón de en medio de mi tocador y verá allí un frasquito y un vaso. Los saca y me los trae. ¡Pero dese prisa, por favor!

Fui y volví en un vuelo, con los recipientes requeridos.

—¡Estupendo! Ahora, doctor, bajo mi propia responsabilidad voy a permitirme administrar al herido una dosis de esta droga que le compré en Roma a un charlatán callejero, un tipo que a usted le habría parecido abominable, Carter. No se puede usar indiscriminadamente, pero en ciertas ocasiones, como por ejemplo la presente, es muy eficaz. Jane, traiga un poco de agua.

Me tendió el vaso y se lo llené hasta la mitad con la jarra del lavabo.

—Basta. Ahora desenrolle el tapón del frasco.

Lo hice y él dejó caer en el vaso once gotas de un líquido rojo. Luego se lo ofreció a Mason.

—Bebe, Richard, esto te devolverá la euforia durante un par de horas.

—¿Pero no me perjudicará? ¿Es inflamatorio?

—Anda, bebe, bebe de una vez.

El señor Mason, tal vez consciente de que era inútil oponerse, obedeció a su amigo. Ya estaba completamente vestido y aún se le veía muy pálido, aunque ya no quedaban rastros de sangre ni de su desaliñado aspecto. El señor Rochester le dio tres minutos para que descansara después de tragar el líquido, pasados los cuales le cogió del brazo.

—Vamos, estoy seguro de que ya puedes tenerte en pie —dijo—. Intenta levantarte.

El herido se levantó.

—Carter, cójale usted del otro brazo. Vamos, Richard, ánimo. Adelante, ¿ves cómo puedes?

—Sí, me encuentro mejor —comentó Mason.

—Pues claro, hombre. Ahora usted, Jane, ábranos camino hasta la escalera de atrás, corra el cerrojo de la puerta lateral que da al pasillo y salga. En el patio, verá una silla de postas o si no en la parte de afuera, porque he advertido que no quería ruido en el empedrado. Se acerca usted al cochero y le avisa de que ya estamos bajando. Ah, Jane, y si se encuentra con alguien por el camino, retroceda usted hasta el arranque de la escalera y tosa, ¿entendido?

Eran ya las cinco y media y al sol le faltaba poco para asomar, pero la cocina seguía a oscuras y en silencio. Estaba atrancada la puerta lateral y le quité el cerrojo haciendo el menor ruido posible. En el patio reinaba la quietud, pero las verjas estaban abiertas de par en par y al otro lado de ellas vi la silla de postas con los caballos enganchados y el cochero al pescante. Me acerqué a él, le dije que los caballeros ya venían y asintió con la cabeza. Miré en torno y me mantuve a la escucha por si oía algún ruido sospechoso. Todo estaba adormilado aún, incluso el día a punto de nacer, y el silencio era general. Las persianas de los dormitorios del servicio seguían cerradas. Algunos pajarillos gorjeaban en los árboles frutales del huerto, cuyas ramas asomaban como blancas guirnaldas sobre el muro que cerraba aquella zona del patio. Los caballos de tiro, encerrados en el establo, pataleaban de vez en cuando, y no había más ruidos.

Aparecieron los tres hombres, Mason en medio y Rochester y Carter a los lados, sujetándole. Parecía andar con bastante soltura. Lo ayudaron a meterse en el coche y Carter subió tras él.

—Cuídelo —le dijo el señor Rochester— y albérguelo en su casa hasta que se encuentre totalmente recuperado; yo iré dentro de un par de días para ver cómo sigue. ¿Te encuentras mejor, Richard?

—Sí, Fairfax, el aire me ha reanimado.

—Déjele abierta la ventanilla de ese lado, Carter. Adiós, Dick.

—Oye, Fairfax…

—¿Qué pasa ahora?

—Por favor, que la cuiden, que la traten con cariño, que…

Se le quebró la voz y se echó a llorar.

—Estoy haciendo todo lo posible, y lo seguiré haciendo, ¿qué más quieres? —Y una vez dichas estas palabras, Rochester cerró la puerta del coche y este se alejó—. Ojalá quisiera Dios poner fin de una vez a todo esto —añadió, mientras volvía a atrancar las pesadas puertas del patio.

Luego, con paso cansino y aire ausente echó a andar hacia una puerta practicada en el muro que rodeaba el huerto. Como supuse que ya no precisaba para nada de mis servicios, me separé de él y me dirigí hacia la casa. Pero oí que me llamaba por mi nombre y me volví. Estaba junto a la puerta, que acababa de empujar, y la mantenía abierta, como si me estuviera esperando.

—Venga conmigo un ratito a un lugar donde corre el aire —dijo—. Esta casa es un auténtico calabozo, ¿no la siente usted como un calabozo?

—A mí me parece una mansión espléndida, señor.

—El fulgor de la inexperiencia deslumbra sus ojos —contestó—, le hace ver las cosas como a través de un hechizo y la incapacita para entender que el oropel es fango, el mármol vil pizarra y las bruñidas maderas leña y viruta. En cambio aquí —añadió, señalando el umbroso retiro donde acabábamos de entrar— todo es real, acogedor y puro.

Avanzó por un sendero bordeado de boj. A un lado se veían perales, manzanos y cerezos, y al otro una variada profusión de flores: los alhelíes, pensamientos y escaramujos alternaban con la albahaca, el abrótano y otras hierbas aromáticas. Se mostraban frescas y en plena lozanía, tras las pasadas lluvias de abril, a las que sucedía este brillante amanecer primaveral. El sol estaba empezando a surgir entre las nubes empedradas de Naciente, y su luz arrancaba destellos de las gotas de rocío aposentadas en los árboles, al tiempo que iba iluminando los recoletos senderos.

—¿Quiere una flor, Jane?

Cogió un capullo de rosa, el primero que se estaba abriendo, y me lo ofreció.

—Gracias, señor.

—¿Le gusta este amanecer, Jane? ¿No es hermoso ese cielo surcado de nubes altas y ligeras, que se irán fundiendo al calor del sol? ¿No le parece un placer respirar este aire tan sereno y balsámico?

—Un gran placer, en efecto.

—Ha pasado usted una noche anormal, Jane.

—Pues sí, señor.

—Se ha quedado muy pálida. ¿Tuvo miedo cuando la dejé sola con Mason?

—No me daba miedo él, sino que pudiera salir alguien del cuarto del fondo.

—Había cerrado la puerta con llave, y me llevé la llave en el bolsillo. ¿Cómo se le puede pasar por la cabeza que fuera a dejar a la mejor oveja de mi rebaño desvalida y a merced del lobo, cuya guarida estaba tan cerca? Estaba usted a salvo.

—Pero, señor, ¿va a seguir viviendo ahí Grace Poole?

—Sí, sí, pero no le dé vueltas a eso ahora. Descarte a esa persona de sus pensamientos.

—No sé, yo creo, señor, que su vida está amenazada mientras ella continúe viviendo ahí.

—No se preocupe, yo sé cuidar de mí mismo.

—El peligro del que me habló usted la pasada noche, ¿cree que ya se ha alejado, señor?

—No puedo responder de ello hasta que Mason salga de Inglaterra, y ni siquiera entonces. Vivir para mí, Jane, es como estar de pie junto al cráter de un volcán que puede entrar en erupción en el momento menos pensado y empezar a vomitar fuego.

—Pero el señor Mason parece un hombre dócil. Es evidente, señor, que usted influye decisivamente en él y es capaz de manejarlo. Nunca se enfrentará a usted ni creo que quiera perjudicarle deliberadamente.

—Por supuesto, Mason nunca se opondrá a mí ni me perjudicará adrede. Pero en algún momento y sin querer puede hacer alguna declaración imprudente que hunda mi vida o mi felicidad.

—Pues pídale que sea discreto, señor; expóngale sus temores y explíquele lo que tiene que hacer para evitar el peligro.

Se echó a reír con sarcasmo, y me cogió una mano tan de improviso como rápidamente la soltó.

—Si pudiera hacer eso, inocentona, ¿dónde residiría el peligro? Se desvanecería al instante. Desde que conozco a Mason siempre me ha

bastado con decir «haz tal cosa» para que me obedezca. Pero en este asunto no puedo darle órdenes ni advertirle: «Cuidado con hacerme daño, Richard», porque es imprescindible que siga ignorando el daño que me puede llegar a hacer. Ahora tiene usted cara de desconcierto y voy a desconcertarla un poco más todavía. ¿Es usted amiga mía, Jane, o no lo es?

—Me gusta serle útil, señor, y obedecerle en todo lo que sea razonable.

—Justamente, y me ha dado pruebas de ello. He visto que su rostro y su actitud reflejan contento cuando me ayuda en algo y que se complace en trabajar para mí y obedecerme «en todo lo que sea razonable» como dice con frase muy característica de usted. Porque sé que si le pidiera algo que no considerase razonable se acabarían los ires y venires furtivos, la presteza certera, la mirada vivaz y el animado color de las mejillas. Mi amiga, con rostro pálido y sereno, se volvería hacia mí y diría: «Eso no lo hago, señor, no me lo pida porque está mal». Y se quedaría inmutable como una estrella clavada en el firmamento. Porque usted, Jane, también tiene poder sobre mí y capacidad de herirme. Por eso no me atrevo a descubrirle mis puntos vulnerables, por miedo de que, a pesar de su lealtad y buena disposición para conmigo, pueda traspasarme con su dardo en el momento menos pensado.

—Si no tiene usted, señor, más motivos para temer al señor Mason de los que tiene para temerme a mí, puede dormir tranquilo.

—¡Ojalá fuera así! Venga, Jane, vamos a sentarnos un momento aquí.

Me señalaba un banco rústico bajo un arco excavado en el muro y coronado de hiedra. El señor Rochester se sentó y me hizo sitio a su lado, pero yo seguía de pie.

—Siéntese —me dijo—, hay espacio suficiente para los dos. ¿No tendrá inconveniente en sentarse a mi lado, verdad, Jane?

Mi respuesta consistió en tomar asiento. No me pareció bien rehusar su invitación.

—Ahora, amiga mía, mientras el sol acaba de beberse el rocío, mientras todas las flores de este jardín se despiertan y esponjan, mientras los pájaros van a buscar el desayuno para sus crías en los alrededores de Thornfield y las abejas inician sus tempranas labores, voy a exponerle un

caso que debe intentar imaginar como algo que le pasa a usted. Pero antes míreme, Jane, dígame que está a gusto y que no hago mal en retenerla ni usted en quedarse.

—No, señor, me encuentro muy a gusto.

—Entonces, Jane, llame en su ayuda a la imaginación. Suponga que ha dejado de ser la joven bien educada y rigurosa que conozco y que se convierte en un muchacho rebelde y mimado desde la cuna. Figúrese que vive en tierras remotas y que, durante su estancia allí, comete un error gravísimo, no importa de qué índole ni por qué motivos, un error cuyas secuelas está condenado a arrastrar fatalmente y han de envenenar el resto de su vida. Fíjese en que no he dicho un delito, que no he hablado de derramamiento de sangre ni de crimen punible ante la ley, he dicho error, esa ha sido la palabra. Las consecuencias de esa equivocación se le van haciendo insoportables con el correr de los años; toma medidas para aliviar su situación —algo insólitas pero no ilegales ni delictivas—, y sin embargo sigue sintiéndose desgraciada porque la esperanza la ha abandonado a usted en los umbrales de la vida. El sol se ha eclipsado al alba, y tiene usted la sensación de que todo seguirá a oscuras hasta el ocaso. Su memoria se alimenta exclusivamente de pensamientos amargos y mezquinos, vagabundea de acá para allá buscando consuelo en el destierro y felicidad en el placer sensual, ese placer que no llega al corazón, embota la inteligencia y esteriliza los sentimientos. Imagínese en la piel de ese hombre que con el corazón insensible y el alma marchita vuelve a casa tras años de voluntario exilio y conoce a alguien —no importa cómo ni de quién se trate— que reúne para su gusto todas las dotes de bondad e inteligencia que ha añorado en vano a lo largo de veinte años: espontaneidad, pureza, salud sin mácula. Esta compañía le hace resucitar, lo regenera y lo devuelve a la flor de la edad aquella en que los deseos eran nobles y las emociones limpias. Tiene ganas de reiniciar su vida y consumirla hasta el fin de modo más digno. Para alcanzar ese propósito, ¿estaría justificado, Jane, pasar por encima de un escollo solo mantenido por la costumbre, un impedimento convencional que ni su conciencia respeta ni su inteligencia aprueba?

Hizo una pausa esperando mi respuesta, pero yo ¿qué le podía contestar? En vano invocaba a algún espíritu benéfico capaz de dictarme las palabras certeras y convenientes. Pero aunque el viento de levante murmuraba por entre la hiedra, ningún amable Ariel[71] vino a poner su aliento al servicio de mis aspiraciones. Los pájaros trinaban en la copa de los árboles, pero sus trinos, aunque hermosos, no conseguían articular palabras.

El señor Rochester repitió su pregunta:

—Si el vagabundo y pecador, ahora sereno y arrepentido, se atreviese a desafiar el qué dirán al unir su vida para siempre a la de esa persona gentil, inteligente y amable, ¿tendría derecho a hacerlo en nombre de su propia regeneración?

—Señor —contesté—, no creo que el reposo de un errabundo y la regeneración de un pecador tengan que depender de otro ser humano. Los hombres y las mujeres mueren, los filósofos yerran en su sabiduría y los cristianos en su bondad. Si alguien que usted conoce ha sufrido y se ha equivocado, que busque en zonas más altas la fuerza para enderezar sus errores y reposo para recuperar su salud.

—Pero el instrumento, ¡yo hablo del instrumento! Dios, que impone la tarea, proporciona el instrumento. Yo mismo (y se lo digo sin paliativos), que he sido un hombre mundano, disoluto e inconstante, creo haber encontrado el instrumento para mi regeneración, y lo he encontrado en…

Hizo una pausa. Los pájaros seguían cantando y las hojas de los árboles susurrando levemente. Casi me extrañó que no interrumpieran sus trinos y susurros para oír la revelación aplazada; pero hubieran tenido que esperar mucho, porque el silencio se prolongaba. Por fin me atreví a alzar los ojos ante mi indeciso interlocutor, al que también sorprendí mirándome ansioso. Pero de pronto su actitud cambió, de acuerdo con la nueva expresión que se pintó en su rostro.

—Amiga mía —dijo en un tono donde la ternura había sido sustituida por la brusquedad y el cinismo—, se habrá dado cuenta usted de mi inclinación amorosa hacia la señorita Ingram. ¿No le parece que si me casara con ella lograría con creces mi regeneración? —Se levantó de pronto, se apartó hasta el otro extremo del sendero y cuando volvió a

acercarse a mí venía canturreando una melodía—. Jane —dijo parándose ante mí—, está usted palidísima. Es de no dormir. ¿No me maldice por haberla tenido toda la noche en vela?

—¿Maldecirle a usted? No, señor.

—Pues demuéstremelo dándome la mano. ¡Qué dedos tan fríos tiene! Los tenía usted más calientes anoche, cuando los rocé a la puerta del cuarto misterioso. Jane, ¿cuándo volveremos a pasar una noche en vela?

—Cuando pueda servirle de algo, señor.

—Por ejemplo la víspera de mi boda, ¿qué le parece? Estoy seguro de que no podré dormir. ¿Me promete quedarse conmigo para hacerme compañía? Con usted puedo hablar de mi enamorada, porque usted la conoce.

—Sí, señor.

—Es una perla rara, ¿verdad, Jane?

—Pues sí, señor.

—Una mujer espléndida, realmente espléndida, alta, morena, jovial y con ese pelo que me recuerda al que debieron de tener las mujeres de Cartago… ¡Caramba! Allí están Dent y Lynn en las cuadras. Usted diríjase a la casa escondiéndose entre los arbustos, que yo ya voy por este postigo.

Mientras yo tomé un camino él se fue por el otro y le oí decir alegremente cuando estaba llegando al patio:

—Mason les ha tomado a ustedes la delantera esta mañana. Se ha ido antes de despuntar el alba. Yo me he levantado a las cuatro para despedirle.

Capítulo VI

¡Qué raros son los presentimientos! Se parecen a las afinidades y también a los signos de premonición. Cuando se dan los tres elementos combinados tejen un misterio cuya clave el ser humano aún no ha sido capaz de descifrar. Nunca en la vida me he burlado de los presentimientos, porque yo misma he tenido algunos muy curiosos. En cuanto a las afinidades, su existencia rebasa la capacidad de entendimiento del ser humano. Pero se dan incluso entre parientes que viven lejos, que apenas se han visto, totalmente extraños a nuestra vida, y que a pesar de ello nos resultan afines, como si no pudieran romperse del todo ciertas raíces comunes. Y los signos de premonición, por lo que sabemos, podrían ser simplemente las afinidades de la naturaleza con el hombre.

Cuando yo tenía unos seis años, oí cómo Bessie Leaven le contaba a Martha Abbot que había soñado con un niño pequeño, y que soñar con niños era un signo indudable de desgracia, o bien para uno mismo, o bien para sus allegados. Esta sentencia seguramente se habría borrado de mi memoria a no ser porque un incidente que sobrevino luego se encargó de fijarla de forma indeleble en mi recuerdo. Al día siguiente vinieron a buscar a Bessie porque su hermana pequeña se estaba muriendo.

Últimamente había recordado varias veces esto porque a lo largo de una semana rara era la noche que no soñaba con algún niño. Algunas veces lo tenía en brazos y me dedicaba a acunarlo, otras lo sentaba en mis rodillas y otras lo miraba arrancar margaritas de la pradera o meter las manos en el agua de un arroyo. Algunas noches aparecía risueño, otras llorando, y tan pronto se acurrucaba contra mi regazo como salía

corriendo. Pero fuera cual fuese su aspecto o su forma de irrumpir en escena, a lo largo de siete noches no dejó de venir a encontrarse conmigo en el reino de los sueños.

No me gustan las repeticiones de una idea fija ni la recurrencia de imágenes, así que estaba inquieta cuando se acercaba la hora de acostarme por temor de aquella insistente aparición que se avecinaba. La noche de luna llena en que sonó aquel terrible alarido, poco antes de oírlo estaba soñando con ese fantasma infantil. Pues bien, al día siguiente por la tarde me mandaron recado de que alguien, que quería hablar conmigo, me estaba esperando en el cuarto de la señora Fairfax. Cuando bajé, me encontré con un hombre con aspecto de ser el criado de algún caballero. Iba vestido de luto y el sombrero que llevaba en la mano estaba rodeado por una cinta negra de seda.

—Creo que le será difícil acordarse de mí, señorita —dijo, levantándose al verme entrar—. Me llamo Leaven, y fui el cochero de la señora Reed cuando vivía usted en Gateshead hace ocho o nueve años. Y sigo viviendo allí.

—Claro, Robert, ¿cómo no voy a acordarme? ¡Me ha montado usted tantas veces en el caballito bayo de Georgiana! ¿Cómo está usted? ¿Y Bessie, cómo se encuentra? Porque se casó usted con Bessie, ¿verdad?

—Sí, señorita, mi mujer está muy bien, gracias; hace dos meses trajo al mundo otro niño, el tercero. Y lo mismo el niño que ella gozan de buena salud.

—¿Y la familia Reed cómo sigue, Robert?

—Siento no poderle traer buenas noticias, señorita. Llevan una mala racha, todo son disgustos.

—Espero que no se haya muerto nadie —dije fijándome en sus ropas de luto.

También él tenía los ojos fijos en la cinta negra de su sombrero. Por fin contestó:

—Ayer hizo una semana que el señorito John murió de repente en su despacho de Londres.

—¿Mi primo John?

—Sí.

—¿Y cómo lo está llevando su madre?

—Pues se lo puede imaginar, porque además, señorita Eyre, no se trata de una desgracia corriente. Llevaba una vida muy desenfrenada; los últimos tres años se había metido por caminos muy raros, y su muerte ha sido muy rara también.

—Me contó Bessie que no llevaba muy buen rumbo.

—¿Bueno? Peor imposible, créame. Había arruinado su salud y dilapidado su fortuna con hombres y mujeres de la más baja ralea. Llegaron a meterlo dos veces en la cárcel por deudas, y las dos lo sacó su madre, pero en cuanto se veía fuera reincidía en el vicio y en las malas compañías. Había perdido el juicio y los bellacos de que se rodeaba se aprovecharon de él hasta límites increíbles. Hace unas tres semanas se presentó en Gateshead con la pretensión de que la señora le diera todo cuanto tenía, pero ella se negó porque sus bienes han quedado reducidos a la mínima expresión, precisamente por culpa de los desvaríos del hijo. Así que se volvió a marchar por donde había venido, y la primera noticia que tuvimos de él después de aquello fue la de su muerte. A saber cómo moriría. Algunos dicen que se suicidó.

Me quedé sin palabras ante tan espantosas confidencias.

—La señora no ha vuelto a levantar cabeza desde entonces —continuó Robert Leaven—. Había engordado mucho pero no tenía fuerzas ni ánimos; la ruina y el miedo a pasar estrecheces la sumían en la mayor consternación. Pero el remate fue la noticia tan intempestiva de la muerte del hijo; cuando se enteró le sobrevino una embolia que la tuvo tres días sin poder articular palabra. Pero el martes pasado se encontró mejor y notamos que parecía querer decir algo. No hacía más que emitir confusos murmullos y hacerle señas a mi mujer. De todas maneras, hasta ayer por la mañana no entendió Bessie que lo que estaba pronunciando era el nombre de usted. Y por fin consiguió articular una frase. «Traedme a Jane Eyre, —dijo—, que vayan a buscar a Jane Eyre, tengo que hablar con ella». Bessie no sabe si está en sus cabales ni si esas palabras tienen algún sentido, pero por si acaso les dijo a las señoritas Eliza y Georgiana que había que llamarla a usted. Ellas al principio no se dieron por enteradas, pero en vista de que el desasosiego de su madre iba en aumento y no hacía más

que decir «Jane Eyre», acabaron consintiendo. Salí ayer de Gateshead; y si está usted lista para acompañarme, a mí me gustaría, señorita, que emprendiéramos el viaje de vuelta mañana a primera hora.

—Sí, Robert, estoy lista. Creo que tengo el deber de ir.

—Yo también lo creo, señorita Jane. Bessie ya lo dijo, que estaba segura de que no iba usted a negarse. Pero me figuro que tendrá que pedir permiso para dejar esto, ¿no?

—Sí, y lo voy a hacer sin pérdida de tiempo.

Acompañé a Robert al cuarto de los criados y lo dejé allí con la mujer de John. Seguidamente salí en busca del señor Rochester.

No lo encontré en ninguna de las habitaciones de abajo, ni en el patio, ni en las caballerizas ni por el jardín. Entonces le pregunté a la señora Fairfax que si lo había visto y me dijo que sí, que le parecía que estaba jugando al billar con la señorita Ingram. Me dirigí, pues, decidida a la sala de juegos, de donde venía un rumor de conversación mezclado con el choque de las bolas. El señor Rochester, Blanche Ingram, las dos señoritas Eshton y sus respectivos admiradores estaban embebidos en el juego. Hice acopio de valor, porque era un atrevimiento interrumpir tan interesante partida. Pero mi asunto no admitía dilación, así que me acerqué al amo, que estaba de pie junto a Blanche Ingram. Ella se volvió y me fulminó con una mirada arrogante donde parecía leerse el pasmo, como si preguntase: «¿Qué querrá ahora este vil gusano?», y cuando yo pronuncié en voz baja el nombre del señor Rochester, hizo un gesto como para espantarme de allí. Me acuerdo muy bien de la impresión que me causó y de cómo iba vestida, tan atractiva, tan espectacular. Llevaba un traje de mañana de crespón azul celeste y un pañuelo de gasa azul entretejido con su peinado. El juego había animado su rostro, y la irritación que le produjo mi presencia no rebajó la expresión altanera de su fisonomía.

—¿Qué quiere de usted esta persona? —le preguntó al señor Rochester.

Él se volvió para ver quién era esa «persona» y una extraña mueca —uno de aquellos gestos suyos inesperados y ambiguos— asomó a su rostro. Dejó caer el taco de billar y me siguió fuera de la habitación.

—¿Qué pasa, Jane? —dijo, tras apoyarse contra la puerta del aula, que cerró.

—Con su permiso, señor, tengo que ausentarme de aquí por una o dos semanas.

—¿Para qué? ¿Para ir adónde?

—Para ir a visitar a una señora muy enferma que me llama a su lado.

—¿Qué señora enferma? ¿Dónde vive esa señora?

—En Gateshead, en el condado de…

—¿Qué dice? Ese condado está a cien millas de aquí. ¿Quién puede ser ella para exigir que alguien recorra tanto camino por ir a verla?

—Su apellido es Reed, se trata de la señora Reed.

—¿Los Reed de Gateshead? Hubo un Reed de Gateshead que era magistrado.

—Es su viuda, señor.

—¿Y qué tiene usted que ver con ella? ¿De qué la conoce?

—El señor Reed era mi tío, hermano de mi madre.

—¿Cómo diablos puede ser eso? No eran esas mis noticias, usted siempre me ha dicho que no tenía parientes.

—Es como si no los tuviera, porque no me quieren. Mi verdadero tío, el señor Reed, murió hace tiempo y luego su mujer me echó de casa.

—¿Por qué la echó?

—Era un estorbo para ella, era pobre y mi manera de ser no le gustaba.

—Pero Reed dejó hijos, ¿no? O sea que tiene usted primos. Ayer, hablando con *sir* George Lynn, salió a relucir un Reed de Gateshead que parece ser uno de los más conspicuos truhanes de la corte. Y el joven Ingram habló de una tal Georgiana Reed, famosa por su belleza y que hace dos años, según creo, hizo estragos en Londres.

—John Reed ha muerto, señor. Se arruinó y ha provocado la ruina casi total de su familia, dicen que se ha suicidado. Este accidente conmocionó tanto a su madre que le ha dado un ataque de apoplejía.

—¿Y usted qué va a pintar allí? Es un disparate, Jane. A mí no se me ocurriría recorrer a toda prisa cien millas para ver a una vieja señora que seguramente ya se habrá muerto cuando llegue usted y que, encima, la echó a usted de casa.

—Es verdad; pero de eso hace mucho. Las cosas eran distintas entonces. Ahora sería para mí un cargo de conciencia no acudir cuando me

llama.

—¿Y cuánto tiempo piensa quedarse?

—Volveré lo más pronto que pueda, señor.

—Prométame que no tardará en volver más de una semana.

—Es mejor que no le prometa nada, por si no puedo cumplir mi palabra.

—Pero, pase lo que pase, usted vuelve, ¿verdad? No vaya a dejarse embaucar y quedarse a vivir allí para siempre.

—¡Que no! Seguro que vuelvo, en cuanto las cosas se arreglen.

—¿Y quién la acompaña? No pensará recorrer cien millas usted sola.

—No, señor. Mi tía me ha mandado a su cochero.

—¿Es de fiar?

—Por supuesto, lleva diez años en la casa.

El señor Rochester se quedó pensativo.

—¿Cuándo tiene intención de salir para Gateshead?

—Mañana a primera hora, señor.

—Pues necesitará dinero; no puede viajar sin dinero y seguro que no tiene mucho. Yo no le he pagado todavía su salario. ¿Cuánto tiene, Jane? —preguntó sonriendo.

Saqué el monedero, que, en efecto, estaba casi vacío.

—Cinco chelines, señor.

El señor Rochester cogió el monedero, lo vació en la palma de la mano y se rio bajito como si le hiciera gracia aquello. Luego sacó su cartera.

—Aquí tiene —dijo, alargándome un billete.

Era de cincuenta libras y solo me debía quince. Yo no tenía cambio.

—No quiero cambio, ya lo sabe. Tome su salario.

Me negué a aceptar una cantidad mayor de la que me debía. Al principio frunció el entrecejo con gesto contrariado, pero luego, como si lo hubiera pensado mejor, dijo:

—De acuerdo, está muy bien. Mejor que no lleve tanto dinero, porque, si dispone de cincuenta libras, es capaz de no volver en tres meses. Aquí tiene diez. ¿Le basta?

—Sí, señor. Pero ahora me debe usted cinco.

—Vuelva para buscarlas. Me convierto en su banquero, tiene abierta una cuenta de cuarenta libras.

—Señor Rochester, ahora que viene al caso, me gustaría hablarle de otra cosa.

—¿De qué cosa? Enciende usted mi curiosidad.

—De su boda. Me ha dado usted a entender que piensa casarse pronto.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que cuando llegue ese día, señor, a Adèle hará falta mandarla a un colegio. Supongo que ya lo habrá pensado.

—Sí, claro, para quitársela de delante a mi mujer, que pretendería aplastarla con su soberbia. Es una sugerencia sensata, no cabe duda. Adèle, como usted bien dice, tendrá que ir a un colegio; y usted, claro, tendrá que irse… ¿adónde? ¿Al infierno?

—Espero que no, señor. Simplemente buscaré otro trabajo en algún sitio.

Su rostro se contrajo en un gesto entre caprichoso y sarcástico.

—Por supuesto —dijo en tono gangoso.

Y se me quedó mirando fijamente durante unos instantes.

—¿Y le va usted a pedir a la señora Reed y a sus hijas que le ayuden a buscar trabajo? ¿Es eso lo que va a hacer?

—No, señor. La relación que tengo con mis parientes no es como para pedirles ningún favor. Me las arreglaré sola. Pondré un anuncio.

—¡Y capaz sería de trepar a la cima de las pirámides de Egipto! —rezongó—. ¡Un anuncio por su cuenta y riesgo! Ojalá le hubiera dado un soberano en vez de diez libras. Devuélvame nueve, Jane, me hacen falta.

—A mí también, señor —respondí, escondiendo el monedero entre las manos y echándome estas a la espalda—. No puedo prescindir del dinero bajo ningún pretexto.

—¿Con que me niega un préstamo, tacañuela? —dijo—. Deme por lo menos cinco libras, Jane.

—Ni cinco chelines, ni cinco peniques, nada de nada, señor.

—Déjeme echar una mirada al monedero, solo eso.

—No, porque no me fío de usted.

—Jane.

—Diga.

—Prométame una cosa.

—Solamente le prometeré lo que me considere capaz de cumplir.

—Prométame que no va a poner ningún anuncio y que me va a dejar a mí ocuparme de ese asunto. Yo le encontraré un trabajo cuando llegue el momento.

—Le doy mi palabra con mucho gusto, si usted me promete, a su vez, que Adèle y yo saldremos de esta casa antes de que entre en ella su esposa.

—Muy bien, perfecto. Le doy mi palabra… ¿De manera que se va mañana?

—Sí, señor, mañana a primera hora.

—¿Bajará usted luego al comedor, después de la cena?

—No, lo siento. Tengo que preparar mi equipaje.

—Entonces, tengo que decirle adiós por unos cuantos días.

—Eso parece, señor.

—¿Y cómo se despide la gente? No soy muy ducho en estas ceremonias del adiós. Enséñeme usted, Jane.

—Basta con decir «adiós», «hasta la vista» o algo por el estilo.

—Pues dígamelo.

—Adiós, señor Rochester, por ahora.

—¿Y yo qué tengo que contestar?

—Pues lo mismo, si le parece bien.

—Adiós, señorita Eyre, por ahora. ¿Y con eso ya está?

—Pues sí.

—¡Qué poca cosa! A mí me gustaría algo más amistoso, menos seco, alguna propina sobre el ritual. Por ejemplo, un apretón de manos. Pero no, también eso sería insuficiente. ¿A usted le basta, Jane, con decir adiós como lo ha dicho?

—¿Por qué no? En una sola palabra surgida del corazón pueden congregarse tan buenos deseos como en muchas.

—Seguramente, ¡pero resulta tan soso y tan frío ese simple «adiós»!

«¿Cuánto tiempo pensará seguir con la espalda apoyada contra esa puerta? —me preguntaba yo para mis adentros—. Tengo que ponerme a hacer el equipaje…». Pero de pronto sonó la campana anunciando la hora

de la cena, y desapareció bruscamente, sin añadir una palabra más. Ya no volví a verlo aquel día, y al siguiente salimos muy temprano, antes de que él se hubiera levantado de la cama.

Eran las cinco de la tarde del primero de mayo cuando me vi de nuevo ante la portería de Gateshead. Entré allí antes de acceder a la casa. Estaba todo muy limpio y ordenado. Había visillos blancos en las ventanas y el suelo estaba inmaculado. La parrilla y los hierros de la chimenea brillaban lustrosos y ardía un fuego alegre. Bessie estaba sentada junto a la lumbre dando de mamar a su nuevo hijo y Robert jugaba plácidamente con su hermanita en un rincón.

—¡Dios la bendiga! —exclamó al verme entrar—. Estaba segura de que iba a venir.

Nos besamos.

—Claro, Bessie, aquí estoy, y espero no haber llegado demasiado tarde. ¿Vive todavía la señora Reed? ¿Cómo está?

—Sí, vive aún, y la encuentro más sensata y menos intranquila que antes. El médico dice que puede durar hasta una semana o dos más, pero que no cree que se salve.

—¿Ha vuelto a hablar de mí?

—Esta mañana mismo la ha estado nombrando y decía que ojalá viniera. Pero ahora está durmiendo, por lo menos hace diez minutos, cuando entré a verla, dormía. Suele quedarse muy postrada toda la tarde, hasta eso de las seis o las siete, que es cuando se espabila un poco. ¿Quiere descansar un rato aquí con nosotros, señorita, y luego la acompaño a la casa?

En ese momento entró Robert y Bessie metió al niño en la cuna y salió a su encuentro. Luego insistió en que me quitase el sombrero y me pusiera cómoda para tomar una taza de té. Dijo que me encontraba pálida y con cara cansada. Acepté encantada su hospitalaria acogida y me dejé cuidar y quitar la ropa de viaje con la misma docilidad con que de niña me abandonaba en sus manos cuando venía a desnudarme por las noches.

El pasado estalló intempestivamente poblando mis recuerdos al ver a Bessie afanándose para preparar el té. Mientras ponía sobre la bandeja las mejores tazas de porcelana china de su vajilla y cortaba el pan en

rebanadas, que untaba con mantequilla, o tostaba unos bollos, reñía a sus hijos al pasar o les daba un cachete, igual que en tiempos hacía conmigo. Bessie había conservado su temperamento vivo, como también sus andares ligeros y su buena planta.

Una vez que el té estuvo preparado, hice intención de levantarme para acercarme a la mesa, pero me mandó quedarme quieta, en su tono perentorio de siempre. Ella me serviría la merienda allí, junto a la chimenea —dijo—, me pondría delante una mesita con el té y las tostadas. Era exactamente lo mismo que hacía antaño, cuando sustraía alguna golosina sin que la viera nadie y me la traía al cuarto de jugar. Y también, como entonces, agradecí su cariño con una sonrisa.

Quiso saber si era feliz en Thornfield y cómo me trataba la señora. Le dije que no había ninguna señora, solo un señor, y entonces me preguntó si me gustaba, si era amable conmigo. Era más bien feo —le dije— pero todo un caballero, me trataba bien y estaba contenta. Luego le describí los recientes días de fiesta en Thornfield y cómo la casa se había llenado de invitados, un grupo de gente principal. Y noté que Bessie escuchaba los detalles de mi relato con especial deleite, porque las novedades de ese tipo le encantaban.

Cuando quisimos darnos cuenta, llevábamos una hora de charla, que había pasado sin sentir. Bessie me volvió a poner el sombrero y el abrigo y salimos juntas de la portería, camino de la casa. Nueve años atrás, y también en compañía de Bessie, había bajado por última vez esta cuesta que ahora subía de nuevo. Aquella mañana de enero oscura, neblinosa y gélida abandonaba un techo hostil con el corazón rebosante de incertidumbre y amargura, sintiéndome excluida y casi réproba, para buscar asilo en el desolado paraje de Lowood, una meta imprecisa y lejana. Ese mismo techo hostil se alzaba de nuevo ante mis ojos. Mi porvenir seguía siendo incierto y la pesadumbre anidaba todavía en mi corazón. Me sentía aún sin rumbo en mi peregrinaje por la tierra, pero la confianza en mí misma y en mi poder frente a la adversidad había aumentado con el mismo grado de firmeza con el que había disminuido el terror a ser avasallada. La herida profunda de los agravios estaba cerrada y consumida la llama del resentimiento.

—Pase usted primero al comedor —dijo Bessie—. Las señoritas creo que se encuentran allí.

Y de repente, ya estaba dentro de aquel cuarto. Todos los muebles los conocía y presentaban el mismo aspecto que la mañana que entré allí para ser presentada al señor Brocklehurst. Hasta la alfombra que se extendía ante la chimenea era la que estuvo pisando aquel hombre que me esperaba de pie. Al recorrer con la vista los estantes de la librería, me pareció distinguir en el tercero *Los viajes de Gulliver* y en el de encima *Las mil y una noches*, donde estuvieron siempre. Los objetos inanimados no habían sufrido variación, pero no se podía decir lo mismo de los seres vivos.

Vi ante mí a dos muchachas jóvenes. Una de ellas era casi tan alta como la señorita Ingram, delgadísima, de cutis oscuro y expresión seria. La austeridad casi ascética que sugería su aspecto se veía intensificada por el corte sobrio de su traje de paño negro liso y sin más adorno que un cuello de lino almidonado. El pelo lo llevaba recogido hacia atrás y tirante sobre las sienes; un collar de cuentas de ébano rematado por un crucifijo era el complemento adecuado a aquel atuendo monjil. Supe que era Eliza, a pesar de lo poco que se parecía a la niña de rostro alargado y pálido que yo recordaba.

La otra era Georgiana, sin duda. Pero tampoco la Georgiana que recordaba yo, aquella niña esbelta de once años que parecía salida de un cuento de hadas. Esta era una muchacha exuberante y robusta, de tez clara y unos ojos rasgados de mirada lánguida y azul, con el pelo rubio lleno de bucles. También iba de luto, pero su vestido, ceñido y a la moda, no llamaba la atención precisamente por su puritanismo como el de la hermana.

Cada una de ellas recordaba a la madre en una cosa distinta. La mayor, pálida y delgada, había heredado la mirada de los Cairngorm[72]. La pequeña, vistosa y exuberante, tenía la mandíbula y la barbilla de tía Reed, un poco menos abultadas, pero lo bastante para dotar a su rostro lozano y sensual de una dureza que lo ensombrecía.

Se levantaron las dos cuando entré y me saludaron llamándome «señorita Eyre». Eliza con voz seca, sin el menor asomo de sonrisa y como por cumplir; volvió a tomar asiento enseguida y se quedó contemplando el

fuego, dando a entender que había olvidado mi presencia. Georgiana, después de saludarme, me hizo algunas preguntas convencionales sobre el viaje, el tiempo y otras banalidades por el estilo. Hablaba despacio y me miraba de reojo, recorriendo mi figura de pies a cabeza, como si no quisiera perder detalle del ala de mi sombrero rústico o del último pliegue de mi chaquetón de paño pardo. Las señoritas de buena familia tienen una manera muy curiosa de hacerte saber que te consideran una birria sin formular el juicio verbalmente. Un cierto desdén en la mirada, unos modales exentos de cordialidad y un tono displicente bastan para expresar con creces su opinión al respecto, sin caer nunca en la franca grosería por lo que dicen ni por lo que hacen.

Pero el desprecio ajeno, ya fuera manifiesto o disimulado, había dejado de ejercer sobre mí aquel poder de antaño para vulnerarme. Me sorprendió comprobar, sentada allí con mis primas, lo poco que me afectaba la indiferencia de una y las burlas solapadas de la otra cuando fingía atenderme. Ni Eliza conseguía mortificarme ni Georgiana que me sintiese incómoda. Y la explicación estaba en que tenía la cabeza ocupada en otros pensamientos. A lo largo de los últimos meses, habían bullido en mi interior sentimientos mucho más intensos de los que ellas en ningún caso serían capaces de despertarme. Había probado padecimientos y goces tan agudos y sublimes que nada tenían que ver con los que ellas conocían o podían provocar, por eso sus actitudes no me impresionaban ni para bien ni para mal.

—¿Cómo se encuentra la señora Reed? —pregunté al cabo de un rato, mirando tranquilamente a Georgiana.

Cuando comprendió que me estaba dirigiendo inequívocamente a ella, se dignó levantar la cabeza con cierto pasmo, como si mi familiaridad la hubiera cogido de sorpresa.

—¿La señora Reed? Ah, te refieres a mamá. Pues está muy mal. No creo que puedas verla esta noche.

—Si haces el favor de subir a decirle que he venido —contesté—, te lo agradecería mucho. —Georgiana se sobresaltó y abrió de par en par sus ojos azules—. Sé que tiene un interés muy particular en verme —añadí—,

y no me gustaría aplazar mucho el cumplimiento de su deseo, a no ser que existieran motivos de peso para impedirlo.

—A mamá no le gusta que la molesten por las tardes —comentó Eliza.

Por toda respuesta yo al poco rato me levanté, me quité con toda naturalidad el sombrero y los guantes sin que nadie me hubiera invitado a hacerlo y dije que iba en busca de Bessie, que seguramente estaría en la cocina, para pedirle que se enterase de si la señora Reed quería recibirme esa tarde o no. Salí, encontré a Bessie y le di el recado. Luego me dispuse para llevar a cabo otro tipo de medidas. Hasta entonces, una arrogancia como la expresada en el recibimiento que acababan de dispensarme mis primas me hubiera aplastado. Si me llega a pasar un año antes, a la mañana siguiente ya habría abandonado Gateshead, pero ahora comprendía con total lucidez que hacer eso era absurdo. Había emprendido un viaje de cien millas para ver a mi tía y estaba dispuesta a quedarme allí hasta que se pusiera buena o se muriese. En cuanto a la altivez e insensibilidad de sus hijas, no tenía por qué rozarme siquiera, no pensaba tenerlo en consideración. Así que me dirigí al ama de llaves y le pedí que me preparara una habitación, porque iba a quedarme en la casa una semana o dos, y mandé que subieran el equipaje a mi dormitorio. Yo misma subía detrás de él, cuando me crucé con Bessie en el rellano de la escalera.

—La señora está despierta —me dijo—. Le he dicho que ha venido usted. Entre conmigo y veremos si la conoce.

No necesité que me guiase nadie hasta aquella habitación inolvidable donde tantas veces había sido convocada para recibir una reprimenda. Precedí a Bessie con paso ligero y abrí la puerta sin hacer ruido. Se estaba haciendo de noche y una luz atenuada alumbraba la mesa. Allí estaba, como siempre, la gran cama con sus cuatro columnas, resguardada por cortinas color ámbar, más allá el tocador, el butacón y el taburete sobre el que cientos de veces me obligaron a arrodillarme para pedir perdón por agravios que no había cometido. Miré hacia un determinado rincón, casi temiendo descubrir la aborrecida palmeta que solía dormir allí aguardando cualquier motivo para lanzarse de un salto contra mi nuca encogida o mis palmas abiertas. Me acerqué a la cama, aparté las cortinas y me incliné sobre aquella pila de almohadas.

Recordaba de sobra el rostro de la señora Reed y busqué ansiosa aquella imagen familiar. Es una suerte que el paso del tiempo aplaque los deseos de venganza y mitigue los arrebatos de ira y aborrecimiento. Cuando vi por última vez a aquella mujer me sentía tan amargada como rebosante de odio hacia ella; y ahora, al regresar a Gateshead, no experimentaba más emoción que una especie de lástima a la vista de tanta desgracia y un profundo anhelo de olvidar viejos agravios, de hacer las paces con ella y de estrecharle la mano.

Allí delante de mis ojos tenía aquel rostro tan conocido: severo e inexorable como siempre, con aquellos ojos incapaces de piedad bajo las cejas levemente enarcadas, imperiosas, tiránicas. ¡Cuántas veces habían descargado sobre mí su mirada malvada y amenazadora! ¡Y cómo ahora, al repasar sus duras líneas, revivía en mí el recuerdo de los terrores y angustias infantiles! A pesar de todo, me incliné a besarla; y ella me miró.

—¿Eres Jane Eyre? —dijo.

—Sí, tía Reed, ¿cómo se encuentra mi querida tía Reed?

En cierta ocasión había jurado que jamás volvería a llamarla tía, pero no me pareció ninguna traición quebrantar y olvidar tal juramento. Había tomado entre mis dedos sin vacilar una de sus manos que descansaba sobre la colcha. Si ella hubiera respondido a mi caricia con un apretón afectuoso, me habría sentido muy feliz. Pero los caracteres susceptibles no se ablandan fácilmente ni las antipatías arraigadas se extirpan así como así. La señora Reed retiró su mano, volvió la vista a otro lado y comentó que había quedado una tarde templada. Luego, cuando volvió a mirarme, lo hizo con una expresión tan gélida que enseguida me di cuenta de que su opinión y sus sentimientos con respecto a mí ni habían cambiado ni podrían cambiar ya nunca. Ante aquellos ojos pétreos, refractarios a la ternura e irreconciliables con las lágrimas, supe que hasta el fin de sus días la acompañaría su obcecación en considerarme maligna, porque aceptarme como buena no le reportaría el placer de la clemencia sino una especie de mortificación.

Sentí pena y un brote de ira. Pero enseguida se impuso mi decisión de dominar a aquella mujer, de subyugarla, a despecho de su carácter y aun en contra de su voluntad. Habían asomado a mis ojos unas lágrimas, como

cuando era niña, pero las mandé retroceder sin dilación a su fuente de origen. Acerqué una silla a la cabecera de la cama y me senté.

—Usted me ha mandado llamar —dije, inclinándome sobre la almohada—; pues bien, aquí estoy. Y no pienso marcharme hasta que se ponga usted buena.

—Sí, sí, claro. ¿Has visto a mis hijas?

—Las he visto.

—Bueno, pues diles que yo quiero que te quedes, que tengo que discutir contigo algunos asuntos que me andan rondando por la cabeza. Esta noche ya no son horas, y además me cuesta hacer memoria… Pero te quería decir algo… ¿qué era?

La mirada perdida y el cambio de inflexión en su voz me hicieron comprender que su cuerpo, antes robusto, había sufrido cierto deterioro. Trató de darse la vuelta, presa de inquietud, arrugando el revoltijo de ropas. Mi codo, apoyado en una esquina de la colcha, le estorbaba los movimientos y se encolerizó.

—¡Siéntate bien! —exclamó—. Me tiras de la ropa y me molestas. ¿Eres Jane Eyre?

—Sí, soy Jane Eyre.

—Esa niña no me ha dado más que disgustos. ¡Qué carga tan pesada me eché encima! No había día ni hora que no me diera un quebradero de cabeza con aquel carácter enrevesado que tenía y los ataques de genio, y luego siempre fisgando los movimientos de los demás, no era normal. Una vez se me enfrentó como una loca, como una fiera, yo nunca he oído a un niño diciendo aquellas cosas, ni mirando de aquella manera. Fue un alivio que se marchara de casa. ¿Qué habrá sido de ella en Lowood? Hubo una epidemia y murieron muchas alumnas, creo. Pero ella no. No murió Jane Eyre, aunque yo dije que sí. Yo dije que se había muerto. ¡Ojalá se hubiera muerto!

—Un deseo bastante peregrino, señora Reed. ¿Se puede saber por qué la odia usted tanto?

—Nunca me gustó su madre. Era la única hermana de mi marido y él no veía más que por sus ojos. Se opuso a que la familia la desheredase por culpa de aquella boda tan desigual, y luego, cuando llegó la noticia de su

muerte, lloró como un papanatas. No hubo quien le quitara de la cabeza que teníamos que traer a la niña a vivir con nosotros, a pesar de que yo insistí para que le buscara una ama y pagara su manutención. ¡Desde la primera vez que la vi le tomé ojeriza! Era una criatura endeble y quejicosa, toda la noche se la pasaba llorando en la cuna, pero no a gritos como los niños sanos, sino gimoteando sin cesar, un puro lamento. A Reed le daba pena, estaba pendiente de ella y la llenaba de mimos, como si fuera hija suya; bueno, más, le hacía más caso que a sus propios hijos. Y además se empeñaba en que ellos la quisieran, que hicieran buenas migas con aquella intrusa, pero no lo logró; no la tragaban. Y los reñía cuando le hacían algún desaire, se disgustaba muchísimo. Al final, cuando cayó tan enfermo, no dejaba de pedir que se la llevaran a la cama, y una hora antes de entregar su último suspiro me hizo jurar que Jane se quedaría en casa. Hubiera preferido cargar con un niño hospiciano, pero Reed… estaba tan débil. Bueno, era débil por naturaleza. John, afortunadamente, no se parece en nada a su padre, se parece a mí, y a mis hermanos, no puede negar que es un Gibson puro. ¡Ay! ¡Ojalá dejara de atormentarme! No para de escribirme cartas pidiéndome dinero. Y yo dinero ya no tengo, nos estamos arruinando. Tengo que despedir a la mitad del servicio y cerrar una parte de la casa, o alquilarla, no sé. No logro hacerme a la idea, pero ¿qué remedio queda? Dos tercios de las rentas se me van en pagar el interés de la hipoteca. John es un jugador impenitente, y además, el pobre, tiene mala suerte, no gana nunca. Le persiguen los truhanes, no le dan tregua, pobre John, se está hundiendo en la miseria, tiene un aspecto horrible, casi me da vergüenza verlo.

Se estaba excitando cada vez más.

—Creo que será mejor que me vaya —le dije a Bessie, que estaba en pie al otro lado de la cama.

—Sí, tal vez. Aunque ella por las tardes siempre se pone así. Las mañanas las pasa más tranquila.

Me levanté para marcharme.

—¡No te vayas! —dijo la señora Reed—. Hay otra cosa que deseo decir. Me amenaza, siempre me está amenazando, unas veces con que me va a matar y otras con que se va a matar él, muchas veces sueño que lo veo

muerto con una herida en el cuello o con la cara amoratada que se le ha hinchado mucho. No puedo más, son demasiados conflictos. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿De dónde voy a sacar el dinero?

Bessie trató de convencerla para que se tomase un jarabe sedante; se resistía pero al fin lo tomó. Al poco rato empezó a apaciguarse y cayó en una especie de modorra. En ese momento abandoné la habitación.

Transcurrieron más de diez días hasta que pude volver a hablar con ella, porque siempre estaba delirando o aletargada, y el médico había prohibido todo lo que pudiera alterarla en demasía. En el entretanto me llevaba lo mejor posible con mis primas. Al principio estuvieron frías como el hielo conmigo. Eliza se pasaba casi todo el día sentada, cosiendo, escribiendo o entregada a la lectura, y a su hermana y a mí casi no nos dirigía la palabra. Georgiana se dedicaba sin cesar a decirle ñoñerías a su canario y a mí no me hacía ni caso. Pero yo estaba decidida a no caer en el tedio ni en la inactividad. Había tenido la previsión de traer mis útiles de dibujo y lo pasaba muy bien pintando.

Solía sentarme lejos de ellas junto a la ventana con mis lápices y mis láminas de dibujo y me ponía a perfilar fantásticas viñetas que se me cruzaban momentáneamente configurándose en el caleidoscopio variable de mi imaginación: una visión del mar saltando entre dos rocas, la luna en cuarto creciente al fondo de un barco que irrumpía contra su disco blanco, un grupo de juncos y espadañas con una cabeza de ondina asomando entre ellos coronada de flores, un elfo sentado en un nido de gorriones con una orla de espinos.

Una mañana me puse a esbozar un rostro, sin pensar de antemano en qué tipo de rostro me iba a salir. No me importaba, cogí un lápiz negro blando, lo afilé bien y me puse a la tarea. Poco después había aparecido sobre el papel una frente ancha y algo abultada y bajo ella la silueta de una cara cuadrada; me gustó aquel contorno y mis dedos ágiles se afanaron por irlo llenando de los rasgos pertinentes. Hacían falta unas cejas bien trazadas limitando aquella frente, y debajo, como es natural, una nariz bien perfilada que resultó recta y rematada por anchas aletas; luego la boca flexible, de labios nada finos, y la barbilla enérgica con una hendidura bien marcada en medio. Faltaban, claro, unas patillas negras y

el pelo de azabache ondulando las sienes y con algún mechón cayéndole sobre la frente. Y ahora los ojos. Los había dejado para lo último porque requerían un esmero especial. Los dibujé grandes y bien delineados de pupila reluciente, sombreados por pestañas largas y oscuras.

«¡Pero no acaban de estar bien! —me dije—. Les falta energía y alma». Y me afané en intensificar las sombras para que la luz de la mirada adquiriera, por contraste, mayor fulgor. Con un par de toques acertados lo logré. Ya estaba. Tenía delante de los ojos un rostro amigo. ¿Qué me podría importar que aquellas damiselas me volvieran la espalda? Contemplé el dibujo sonriendo, absorta y maravillada ante el parecido. Estaba muy contenta.

—¿Es el retrato de alguna persona a quien conoces? —me preguntó Eliza, que se había acercado sin que yo lo notase.

Le dije que no, que era una cabeza imaginada. Y me apresuré a meter el dibujo entre las otras láminas. Le había mentido, claro está, porque era una reproducción bastante fiel del rostro del señor Rochester. ¿Pero qué le importaba eso a ella ni a nadie? Era cosa exclusivamente mía. Georgiana también se acercó a fisgar. Le gustaron mucho los demás dibujos, pero aquella cara le pareció la de un hombre feo. A ambas hermanas las sorprendió mi destreza para el dibujo. Luego Georgiana me enseñó su álbum y yo me ofrecí a pintarle en él alguna acuarela, y le cambió tanto el humor que me propuso dar una vuelta por el jardín. A las dos horas ya estábamos metidas en una conversación confidencial. Me contó con todo detalle el invierno tan maravilloso que había pasado en Londres dos temporadas atrás, el éxito que había tenido, las atenciones de que había sido objeto, incluso me dio a entender que había conquistado a un aristócrata. Al principio solo me lo insinuó de pasada, pero a lo largo de la tarde la insinuación pasó a mayores y me describió escenas amorosas y dulces coloquios. Total, que acabó improvisando para mí una novela a la moda donde se escenificaba la vida de la corte. En los días que siguieron fue ampliando detalles e informes sobre aquel tema invariable: siempre se trataba de sí misma, de sus amoríos y sus pesares. Me extrañaba que ni una sola vez aludiera a la enfermedad de su madre o a la muerte de su hermano, así como tampoco a la sombría perspectiva abierta por la

inminente ruina familiar. Su pensamiento parecía estar entregado por entero al repaso de alegrías ya vividas y a imaginar nuevas diversiones. Subía unos cinco minutos al día a visitar a su madre, y eso era todo.

Eliza seguía siendo parca en palabras. Se conoce que no le quedaba tiempo para hablar. Nunca en mi vida he visto a una persona más atareada de lo que ella aparentaba estar. Pero era difícil saber en qué se le iba el tiempo o descubrir los resultados concretos de su quehacer. El timbre de su despertador la avisaba muy temprano y enseguida saltaba de la cama. No sé en qué trajinaría antes del desayuno, pero luego repartía su tiempo en porciones exactas, a cada cual le asignaba un cometido. Tres veces al día se embebía en la lectura de un librito que resultó ser un devocionario vulgar y corriente. Una vez le pregunté que en qué residía el encanto de aquel tomo y me contestó que en «las normas». Otras tres horas las dedicaba a bordar en oro las extremidades de una pieza de tela carmesí, tan grande como una alfombra. Como respuesta a mi pregunta sobre la utilidad de aquella labor, me dijo que era para cubrir el altar de una iglesia nueva recién construida en las cercanías de Gateshead. A escribir su diario dedicaba dos horas, otras dos a trabajar en el huerto y una a poner al día sus cuentas. No parecía echar de menos ni la compañía ni la conversación y creo que era feliz a su manera, que aquella rutina colmaba sus aspiraciones; nada la perturbaba tanto como verse obligada a cambiar, a causa de algún incidente inesperado, la regularidad de sus horarios.

Una tarde, en que se mostró mejor dispuesta que de costumbre a comunicarse conmigo, me estuvo contando que la conducta de John y los amagos de ruina familiar la habían tenido algún tiempo sumida en la aflicción. Pero que ya se había hecho a la idea y había tomado —dijo— una firme determinación. En primer lugar se había preocupado de poner a buen recaudo la parte que a ella le correspondía. Y cuando muriese su madre, que no podía durar mucho —dijo— ni cabía esperar que se pusiera buena, pondría en práctica un proyecto acariciado desde hacía mucho: buscar un retiro donde sus costumbres regularizadas no corriesen peligro de ser alteradas por ninguna perturbación externa y alzar una barrera infranqueable entre ella y las vanidades del mundo. Le pregunté que si se iría allí con Georgiana.

Me respondió tajante que con Georgiana de ninguna manera, que no tenían nada en común ni lo habían tenido nunca y que ni por todo el oro del mundo se echaría encima el fardo de semejante compañía. Que Georgiana se abriese camino por su cuenta, y que ella, Eliza, seguiría sola el que se había marcado.

Georgiana, cuando no me tomaba por confidente para desahogarse, se pasaba las horas muertas tirada en un sofá, quejándose de lo aburrida que era aquella casa y ardiendo en ansias de que su tía Gibson la invitase a pasar unos días con ella a la ciudad, anhelo que expresaba reiteradamente. Sería mucho mejor —decía— quitarse de en medio por un mes o dos, hasta que todo hubiera pasado. No le quise ir tras la pregunta, pero supe que con aquel «cuando todo haya pasado» estaba aludiendo a la inminente muerte de su madre y a la correspondiente secuela de siniestros y funerales ritos. Eliza escuchaba las quejas de su apoltronada y gruñona hermana como quien oye llover. Ni la miraba siquiera.

Pero una tarde, de pronto, al acabar de revisar sus cuentas y mientras estaba preparando su labor de bordado, se dirigió a ella en los siguientes términos:

—Yo no creo, Georgiana, que haya existido nunca sobre la faz de la tierra un animal más inútil y absurdo que tú. No tenías derecho a haber nacido porque la vida no la usas para nada. En vez de vivir contigo, de ti y para ti misma, como hacen las personas sensatas, solo buscas ansiosamente unas espaldas fuertes para cargar sobre ellas tu flaqueza. Y si no encuentras a nadie dispuesto a llevar a cuestas un bulto tan gordo, tan lánguido, tan inservible y fofo, te quejas de que te tratan mal, pobrecita, y de que prescinden de ti. La vida para ti o es un escenario en mutación perpetua de decorados y emociones o la consideras un calabozo. Te tienes que sentir continuamente cortejada, rodeada de música, baile y gente que te cubra de lisonjas, porque si no te sientes morir como una flor marchita. ¿No eres capaz de aguzar el ingenio para inventar un método que te haga independiente de cualquier esfuerzo y determinación que no sean los tuyos? Toma un día, divídelo en porciones y asígnale una tarea distinta a cada una. No dejes ni un cuarto de hora ni diez minutos ni cinco sueltos en manos del ocio, inclúyelos todos. Cumple cada cometido a su tiempo con

precisión metódica. El día habrá acabado antes de que llegues a darte cuenta de que empezó, y no tendrás que agradecerle a nadie que te ayudara a llenar un minuto; no necesitarás implorar la compañía de nadie, ni su charla, ni su simpatía ni su clemencia. Si sigues mis consejos, los primeros y los últimos que te pienso dar en mi vida, podrás prescindir de mí y de todo el mundo, te vayan las cosas como te vayan. Pero si no haces caso de ellos, seguirás toda la vida igual, holgazaneando, mendigando ayuda, quejándote de todo, y no tendrás más remedio que sufrir las consecuencias de tu insensatez por duras que sean. Te lo digo sin rodeos, y escúchame bien porque no te lo volveré a repetir: cuando muera mamá —y mi decisión es irrevocable— me desentenderé totalmente de ti; desde el momento en que metan su ataúd en la cripta de la iglesia de Gateshead, tú y yo nos convertiremos en dos desconocidas; para mí será como si nunca te hubiera visto. No te vayas a creer que por haber nacido de los mismos padres, voy a soportar que te agarres a mí haciéndote la víctima en nombre de los más fútiles pretextos. Te diré una cosa: si toda la humanidad fuese barrida de la tierra, dejándonos únicamente a salvo a nosotras dos, puedes estar segura de que te dejaría en el viejo mundo, y yo tomaría el camino del nuevo.

Estas fueron sus últimas palabras.

—Podrías haberte ahorrado toda esa retahíla —contestó Georgiana—. Todo el mundo sabe que eres la criatura más egoísta e inhumana del mundo, y me has dado pruebas del odio y el rencor que abrigas contra mí. Acuérdate de la faena que me hiciste cuando lo de lord Edwin Vere; no pudiste aguantar la idea de que adquiriera un título y accediera a un rango superior al tuyo, ni que fuera recibida en círculos donde tú ni te atreverías a asomar la cara. Por eso me espiaste y calumniaste y hasta que lograste desbaratar mis planes no te quedaste tranquila.

Georgiana sacó el pañuelo y se estuvo sonando durante un rato largo. Eliza se quedó sentada tranquila e impávida, tenazmente entregada a su labor.

Los sentimientos auténticos y generosos no suelen ser tomados en consideración, pero allí se me estaban presentando dos caracteres en pugna, el uno con todos sus sentimientos convertidos en pura hiel y el otro

lamentablemente insípido por la carencia de sentimiento alguno. Las emociones desprovistas de sensatez se convierten en algo anodino, esa es la verdad, pero tampoco el sentido común a secas resulta un bocado dulce ni fácil de tragar para el paladar humano.

Era una tarde de lluvia y soplaba el viento. Georgiana se había quedado adormilada sobre un sofá leyendo una novela. Eliza había salido para asistir en la nueva iglesia a una novena celebrada en honor de no sé qué santo. Era implacable en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y no había accidente meteorológico por adverso que fuera capaz de impedirle cumplir escrupulosamente con lo que ella consideraba su obligación. Hiciera el tiempo que hiciera, los domingos iba tres veces a la iglesia, y los días de diario siempre que había algún acto religioso.

Yo tenía pensado subir a ver cómo se encontraba la moribunda, a quien todos, incluso los criados, parecían haber olvidado por completo. Ni siquiera la enfermera contratada para cuidarla le hacía mucho caso y, en vista de que no la vigilaba nadie, se escurría de la habitación al menor descuido. Bessie, aunque seguía siendo muy fiel, no podía venir a casa siempre que quería porque tenía que atender a su propia familia.

No había nadie con la enferma cuando entré en su dormitorio. La enfermera, como ya me había imaginado, brillaba por su ausencia y la señora Reed estaba hundida entre las almohadas, quieta, con el rostro lívido y, al parecer dormida. El fuego se estaba consumiendo en la chimenea. Eché más carbón, estiré las ropas de la cama, me quedé un rato contemplando a quien no podía contemplarme a mí y luego me acerqué a mirar por la ventana. La lluvia batía fuertemente contra los cristales y el viento soplaba tempestuoso. «Ahí yace una criatura —pensé— que no tardará en estar por encima de la guerra desencadenada por los elementos terrenales. ¿Hacia dónde volará su alma, que se debate encerrada en esta morada provisional, cuando al fin se haya liberado de sus barrotes?».

Al pensar en tan profundo misterio, se me vino a las mientes Helen Burns y me acordé de sus palabras finales, de su fe y de su teoría sobre las almas desenfundadas del cuerpo. Volví a oír dentro de mí su voz todavía familiar y me parecía estarla viendo con su aspecto evanescente, su rostro pálido y demacrado y aquella mirada sublime cuando me susurraba, en su

lecho de muerte, las ansias por ser devuelta al seno de su Padre eterno. En ese momento, una voz débil que llegaba de la cama preguntó a mis espaldas:

—¿Quién está ahí?

Me habían dicho que la señora Reed llevaba varios días sin pronunciar palabra. ¿Sería que estaba empezando a recuperarse? Me acerqué a ella.

—Soy yo, tía Reed.

Me miró con asombro y algo de susto, pero no parecía estar en trance de delirio.

—¿Cómo «yo»? —dijo—. ¿Usted quién es? ¿Dónde está Bessie? Usted es una extraña para mí.

—Bessie está en la portería, tía Reed.

—¿Tía? ¿Quién me llama así? No eres una Gibson, pero creo conocerte. Me suena tu cara, esos ojos, esa frente… Me recuerdas a… sí, sí, ¡a Jane Eyre! —No dije nada. Temía que si confirmaba mi identidad, su excitación pudiera ir en aumento—. Pero no —dijo—. Creo que me confundo, que me engaña el deseo. Tenía ganas de ver a Jane Eyre y encuentro parecidos donde no los hay. Además han pasado ocho años, ella tiene que estar muy cambiada.

Le aseguré en tono dulce y amable que no se equivocaba, que yo era quien había supuesto, la misma persona por cuya presencia suspiraba. Y como me di cuenta de que lo había entendido y de que no tenía la cabeza perdida, le conté que Bessie había mandado a su marido a buscarme a Thornfield.

—Sé muy bien lo enferma que estoy —dijo al cabo de un rato—, hace un momento traté de darme la vuelta y no fui capaz de mover ningún miembro de mi cuerpo. Tengo que descargar mi conciencia antes de morir. Hay asuntos pendientes que vamos dejando a un lado mientras hay salud, pero que nos agobian cuando llega este trance. ¿Está ahí la enfermera, o no hay nadie en el cuarto más que tú?

Le aseguré que estábamos las dos solas.

—Bueno, pues me he portado mal contigo en dos ocasiones, y de las dos me arrepiento. La primera al romper la promesa que le hice a mi marido de que te trataría como a una hija más, y la otra… —Se detuvo en

seco y musitó en voz baja, como para sí—: Tampoco es para tanto, después de todo. Igual me pongo buena. ¡Me cuesta tanto humillarme ante ella!…

Hizo un esfuerzo por cambiar de postura, y no podía. La expresión de su rostro se alteró. Parecía presa de alguna turbación interna, tal vez heraldo de su agonía.

—Tengo que hacerlo —siguió murmurando—, se lo tengo que decir. Le estoy viendo la cara a la Eternidad…

Y luego, dirigiéndose a mí:

—Vete a mi tocador, lo abres y sacas una carta que encontrarás allí.

Obedecí sus consignas.

—Lee la carta —me ordenó luego.

Era corta y decía así:

> Señora, ¿tendría usted la amabilidad de enviarme las señas de mi sobrina Jane Eyre y de decirme cómo se encuentra? Tengo intención de ponerme en contacto con ella lo antes posible y pedirle que se venga a vivir conmigo a Madeira. El cielo ha atendido mis preces de alcanzar por fin una situación desahogada y, como estoy soltero y no tengo hijos, he decidido adoptar a Jane durante el resto de mis días y declararla mi única heredera cuando llegue la hora de la muerte.
>
> Queda de usted afmo., seguro servidor
>
> JOHN EYRE, Madeira

La carta estaba fechada hacía tres años.

—¿Por qué no he tenido hasta hoy noticia de esto? —pregunté.

—Porque te tenía una aversión tan arraigada e intensa que me negué a mover un solo dedo para ayudarte a hallar la prosperidad. Nunca he podido olvidar tu conducta, ni el tono en que una vez me dijiste que me odiabas más que a nadie en este mundo, mirándome a la cara, afirmando con una voz impropia de una niña que te había tratado de forma miserable y que solo de pensar en mí te ponías enferma. Tampoco he olvidado mis propias sensaciones al recibir el veneno que atiborraba tu cabeza y echabas por la

boca. Me hiciste sentir miedo, como ante un animal maltratado que se revolviera y estuviera maldiciendo con voz y mirada humanas. ¡Tráeme agua, aprisa, me ahogo!

—No piense más en eso, querida señora Reed —le dije, mientras acercaba a sus labios la bebida—, aléjelo de su pensamiento. Le pido perdón por aquel brote de genio, era una niña, han pasado ocho o nueve años desde aquel día.

No atendía a mis palabras. Una vez que, tras beber el agua, hubo recuperado el aliento, prosiguió hablando así:

—No he podido olvidarlo, te lo digo, y también te confieso que me vengué de ti. No podía soportar la idea de que te adoptara tu tío y te ofreciera una situación de desahogo y bienestar. Le contesté y le dije que sentía darle un disgusto, pero que Jane Eyre, su sobrina, había muerto en Lowood víctima de una epidemia de tifus. A partir de ahora, puedes actuar como te plazca, eres libre de escribirle para desautorizar mis palabras y para dejarme por mentirosa. Mañana mismo, si quieres. Naciste, Jane, para ser mi tormento, estoy convencida, y hasta mi última hora está envenenada por el remordimiento de una falta que nunca me habría visto obligada a cometer si tú no hubieras existido.

—Pero, tía, olvídelo. Si yo pudiera lograr que me mirase ahora con clemencia y buena voluntad…

—Eres muy retorcida, Jane —dijo ella—, nunca he podido entenderte. Te pasaste nueve años sumida y sin asomos de rebeldía, ¿a qué vino de pronto aquel estallido de fuego y violencia?, no me entra en la cabeza.

—No soy tan retorcida ni tan mala como usted cree; soy apasionada, pero no rencorosa. Muchas veces, cuando era niña, me habría hecho feliz poder quererla, pero usted no se dejaba. Y también ahora, estoy deseando con toda mi alma que hagamos las paces. Deme un beso, tía.

Acerqué mi mejilla a sus labios, pero se negó a rozarla siquiera. Dijo que la estaba aplastando al inclinarme tanto encima de ella, y me volvió a pedir agua. La sujeté por detrás mientras bebía, y al devolverla luego a su posición supina, puse mi mano sobre la suya viscosa y helada. Los dedos casi inertes rehuyeron, no obstante, mi contacto, y los ojos vidriosos esquivaron los míos.

—Quiérame, o aborrézcame, a su gusto lo dejo —dije por fin—. Pero sepa que yo la he perdonado de todo corazón y sin reservas; pídale a Dios que Él haga lo mismo, y descanse en paz.

¡Pobre desgraciada! Era demasiado tarde para que pudiera cambiar radicalmente sus prejuicios, era inútil pedirle ese esfuerzo. Me había odiado en vida y moría odiándome.

La enfermera entró, seguida por Bessie. Me demoré en el cuarto aún media hora con la esperanza de vislumbrar alguna señal de reconciliación, que no se produjo. De manera fulminante cayó en un estado de inconsciencia del que ya no volvió a salir.

Murió aquella misma noche a las doce. No estaba yo allí para cerrarle los ojos, ni tampoco ninguna de sus hijas. A la mañana siguiente nos enteramos de que todo se había terminado. Ya estaba amortajada cuando Eliza y yo entramos a verla. Georgiana, que había estallado en lágrimas y sonoros sollozos, manifestó que no se sentía con fuerzas para subir. Allí estaba tendido, tieso e inmóvil, el cuerpo antaño robusto y activo de Sarah Reed. Sus ojos de pedernal estaban cubiertos por los fríos párpados. La frente y los acusados rasgos del rostro conservaban aún la huella de su espíritu implacable. Aquel cadáver se ofrecía ante mis ojos como un objeto anormal y solemne. Lo contemplé con pena. No inspiraba ningún sentimiento dulce, misericordioso o esperanzador, no emanaba quietud. Ante semejante imagen, solamente una sombría congoja que no movía a llanto me hacía pensar en su desventurado paso por la vida, pero aquella terrible muerte yo no la sentía como una pérdida.

Eliza miraba sin alterarse el cuerpo inerte de su madre. Tras un breve silencio, comentó:

—Con una salud y una naturaleza como las suyas, podría haber vivido muchos años más. La mataron los disgustos.

Le dio una especie de calambre y durante unos instantes se le torció la boca, pero se le pasó enseguida. Luego dio media vuelta y abandonó la alcoba mortuoria. Yo la seguí. Ninguna de las dos habíamos derramado una sola lágrima.

Capítulo VII

El señor Rochester me había concedido solamente una semana de permiso, pero entre unas cosas y otras me pasé un mes en Gateshead. Yo quería haberme marchado inmediatamente después del funeral, pero Georgiana me suplicó, por favor, que me quedara hasta que pudiera salir para Londres. Por fin el señor Gibson, un hermano de su madre que vino al entierro y a aclarar algunos papeleos de familia, la había invitado, y ella tenía que preparar la marcha. Pero me dijo que le horrorizaba la idea de quedarse aquellos días sola con Eliza, de quien no recibía ni compasión ni ánimos y mucho menos podía esperar que la ayudase a organizar su viaje. Fui todo lo comprensiva que pude con su insustancial desaliento y egoístas quejumbres, procuré remediar sus desperfectos de costura y darle consejos con relación al equipaje. Bien es verdad que a veces, mirándola haraganear mientras yo trabajaba, pensaba para mí: «Desde luego, prima, como nos viéramos forzadas a convivir siempre, las cosas no iban a ser así. No creas que iba a aguantar con santa paciencia un perpetuo papel de víctima, a ti te tocaría una parte del trabajo y tendrías que desempeñarla por las buenas o se quedaría sin hacer. Tampoco te consentiría esa exhibición constante de lloriqueos de pacotilla; si ahora me ves sumisa y complaciente es por respeto al luto reciente y porque se trata de un favor provisional».

Por fin se marchó Georgiana, pero quedaba Eliza. Y entonces fue ella quien me pidió que me quedara una semana más. Me dijo que sus proyectos iban a absorberle todo su tiempo y requerir una especial concentración, porque se trataba del viaje hacia una meta desconocida. Se pasaba todo el día encerrada con llave en su cuarto sin hablar con nadie,

revisando cajones y quemando papeles. A mí me necesitaba para ocuparme de la casa, contestar a las cartas de pésame y recibir a las visitas.

Por fin una mañana me comunicó que ya podía irme donde quisiera.

—Y te estoy muy agradecida —añadió— por tu valiosa ayuda y por tu gran discreción. ¡Qué distinto es vivir con Georgiana a vivir con una persona como tú! Tú cumples con tu cometido en la vida y no supones una carga para nadie. Mañana salgo para el continente. He buscado refugio en una especie de convento cerca de Lisle, donde espero encontrar la paz y no ser molestada por nadie. Pienso dedicarme durante un largo periodo al estudio de los dogmas católicos y a la puesta en práctica de sus reglas. Si saco en consecuencia, como espero, que se trata de la religión más adecuada para que el mundo se encauce hacia la honradez y el orden, abrazaré el credo de Roma y seguramente tomaré el hábito.

No manifesté el menor asombro ante aquella determinación de mi prima, ni se me ocurrió disuadirla de sus propósitos. «¡Que te aproveche! —pensé—. La vocación te va como anillo al dedo».

Al despedirnos, me dijo:

—Adiós, prima Jane, te deseo lo mejor. Eres una persona con sentido común.

—Tampoco a ti te falta, Eliza —contesté—, pero, según parece, de aquí a un año vas a emparedarlo vivo entre los muros de un convento francés. Claro que no es asunto mío, y si crees que te conviene, allá tú. Cada cual lo que le guste.

—Tienes razón —dijo.

Y tras aquellas palabras, cada una siguió su camino. Como no tendré ocasión de volver a referirme ni a ella ni a su hermana, diré ahora para terminar que Georgiana hizo una buena boda con un señor rico y de buen ver, aunque ya algo maduro, y que Eliza llegó a tomar el hábito y hoy está de madre superiora en el convento donde entró como novicia y al que legó todos sus bienes.

No sabía, porque era una sensación que nunca había experimentado, qué emociones nos depara el volver a casa después de una ausencia larga o corta. Conocía lo que era volver después de un paseo a Gateshead, siendo

niña, y exponerme a que me riñeran por haber cogido frío o por estar triste. Y también aquellos regresos a Lowood añorando una comida abundante y un buen fuego, aunque con pocas probabilidades de conseguir ni una cosa ni otra. Ninguna de estas vueltas a casa habían dejado una huella grata en mi recuerdo; el lugar concreto no me atraía como un imán, aumentando su querencia cuanto más me aproximaba. Y es que nunca había probado lo que era regresar a Thornfield.

El viaje se me hizo tedioso, insoportablemente tedioso: cincuenta millas el primer día, una noche de albergue en una posada, y otras cincuenta millas al día siguiente. Durante las primeras horas la imagen de la señora Reed ocupó por completo mis pensamientos; volvía a ver su rostro descolorido e irreconocible y a oír su voz, tan extrañamente desfigurada. Revivía el momento del entierro, el ataúd, la carroza fúnebre, aquella oscura comitiva de colonos y criados —porque familiares pocos vinieron—, la tumba abierta y los solemnes oficios religiosos en la iglesia presidida por el silencio. También me acordaba de Eliza y de Georgiana, me parecía ver a la segunda brillando como una estrella en un salón de baile, y a la primera retirada en la celda de un convento; pensaba en sus temperamentos tan opuestos y analizaba la forma diferente que tenía cada una de enfrentarse a la vida.

Pero la llegada por la tarde a la ciudad de… aventó estos pensamientos y la noche les hizo tomar un derrotero muy distinto. Tumbada en la cama de aquella posada, que constituyó un alto en el camino de mi viaje, olvidé el pasado para pensar en el futuro. Volvía a Thornfield, pero ¿por cuánto tiempo iba a seguir viviendo allí? No mucho, eso era evidente. Durante mi ausencia había tenido una carta de la señora Fairfax y me contaba que ya se habían ido los invitados, que el señor Rochester llevaba en Londres varias semanas, pero que se esperaba su regreso al cabo de quince días. La señora Fairfax suponía que aquel viaje guardaba relación con los preparativos de su boda, porque había hablado de comprar un carruaje nuevo. Decía también que ella todavía no se había acostumbrado a la idea de ver como señora Rochester a la señorita Ingram, pero que por lo que todo el mundo comentaba y por lo que ella misma había visto, era probable que no tardaran mucho en casarse. Y yo, cuando leí aquello,

pensé para mis adentros: «Muy incrédula tiene que ser usted para dudarlo. Yo no lo pongo en duda».

La cuestión que se me presentaba ahora era la de qué iba a ser de mi vida. Me pasé toda la noche soñando con la señorita Ingram. Ya por la madrugada la vi claramente cerrándome en la cara las puertas de Thornfield y señalando a lo lejos con el dedo, mientras el señor Rochester nos miraba con los brazos cruzados y una sonrisa sarcástica que tanto podía estar dedicada a ella como a mí.

No había avisado a la señora Fairfax de la fecha de mi regreso, porque no quería que se molestaran en mandarme un coche ni a nadie a buscarme a Millcote. Tenía decidido hacer el camino yo sola dándome un paseo, así que dejé el equipaje al cuidado de un mozo de la posada George Inn y a las seis de una tarde de junio emprendí el camino a Thornfield por aquella vieja carretera que discurría durante casi todo el trayecto entre campos y que a aquellas horas estaba poco transitada.

Hacía buen tiempo, aunque no era una tarde de esas brillantes y espléndidas que nos regala el verano. El cielo, a pesar de que estaba nublado, auguraba buenos pronósticos. Los trozos azules que se veían eran de un tono claro entreverado por hebras delgadas de nubes en lo más alto. Había gente en el campo amontonando heno, por Poniente no amenazaba lluvia sino calor; era como si tras una mampara de vapor marmóreo se escondiese un altar de fuego encendido cuyos fulgores dorados y rojizos se colasen a través de sus rendijas.

Notaba el corazón rebosante de contento a medida que avanzaba por el camino, tanto que me extrañó y me paré a preguntarme por el motivo de mi alegría y para recordarme a mí misma que no estaba dirigiéndome a mi casa ni a un refugio permanente, ni siquiera a un lugar donde estuviese segura que se esperara con ansia mi vuelta. «La señora Fairfax —me dije — te va a recibir desde luego con una sonrisa cariñosa, y Adèle pegará brincos y batirá palmas cuando te vea llegar; pero sabes muy bien que no estás pensando en ellas, como tampoco está pensando en ti esa otra persona».

Pero ¿hay algo más testarudo que la juventud, ni más ciego que la inconsciencia? Y tanto la una como la otra me aseguraban que el placer de

volver a encontrarme con el señor Rochester ya era bastante alegría de por sí, incluso aunque no me mirase ni me dirigiese la palabra. «¡Venga, date prisa! ¡Aprovecha para estar con él todo el tiempo que puedas, porque son pocos los días o semanas que os quedan de convivencia, y luego tendréis que separaros para siempre!». Al pensar esto tuve que estrangular un brote de angustia, algo informe que no podía permitirme el lujo de aceptar, algo a lo que no quería dar pábulo. Aceleré el paso y seguí mi camino.

En las praderas de Thornfield también están recogiendo la hierba; mejor dicho, los jornaleros han dado de mano y justo cuando yo llego se disponen a volver a casa cada cual con su hatillo al hombro. Me quedan solo una o dos parcelas por atravesar, luego cruzaré el camino y estaré ante la verja. ¡Qué cargados de rosas están los arbustos! Pero no tengo tiempo de pararme a cortar alguna, porque quiero llegar pronto. Paso bajo un alto zarzal en flor como bajo una bóveda frondosa moteada de blanco en mitad del sendero, ya veo el angosto portillo con sus escalones de piedra y ¿qué más veo?… Veo al señor Rochester sentado ahí con un libro y un lápiz. Está escribiendo.

No, no es un fantasma. Y sin embargo los nervios se me han desbocado de repente y no soy capaz de sujetarlos por las riendas. ¿Qué me está pasando? No creí que iba a temblar así cuando volviera a verlo, ni a quedarme muda y paralizada ante su mera presencia. Me daré la vuelta en cuanto pueda moverme, no quiero hacer el ridículo. Hay otro camino para entrar en la casa, y yo lo conozco. Pero daría igual que conociera veinte, porque él ya me ha visto.

—¡Hola! —exclama apartando el libro y soltando el lápiz—. ¡Así que ya está de vuelta! Pase, pase, por favor.

Creo que avanzo hacia él, aunque no sé cómo, porque casi no soy dueña de lo que hago, y lo único que me importa es que no se note; aparentar normalidad y sobre todo controlar mis gestos, que siento rebelarse indómitos a mi voluntad y luchando por dejar traslucir lo que yo me esfuerzo por disimular. Pero tengo un velo, lo he bajado, a ver cómo me las arreglo para comportarme como es debido.

—¡De manera que aquí tenemos de nuevo a Jane Eyre! ¿Y viene a pie desde Millcote…? Pero bueno, ¡qué pregunta! Una de sus especialidades

es no pedir ningún coche para poder llegar taconeando por campos y caminos como cualquier mortal, aunque no lo es, sino una aparición que se nos mete en casa a la puesta de sol; así cae, igual que un sueño o una sombra. ¿Y se puede saber qué diablos ha estado haciendo usted durante un mes entero?

—He estado acompañando a mi tía, señor, a mi tía que en paz descanse.

—¡Una respuesta muy «a lo Jane», como era de esperar! ¡Guardadme, oh, ángeles, porque ella es de otro mundo, del más allá donde moran los muertos que descansan en paz! ¿Y tienen el valor de saludarme así, viéndome solo y con la noche a punto de caer? Si me atreviera, alargaría la mano para comprobar si es usted de carne y hueso o la sombra de un hada. Pero antes me atrevería a palpar un fuego fatuo azul de los que se ven en el pantano. ¡La muy truhana! ¡Mira que dejarme aquí solo un mes! Capaz será de haberme olvidado.

Ya sabía que me iba a gustar mucho volver a ver a mi amo, aunque amenguado ese placer por la amenaza de perderlo pronto y por el recuerdo de lo poco que suponía yo para él. Pero anidaban siempre en el señor Rochester —o a mí me lo parecía— tantos recursos y tan poderosos para regalar felicidad que solo probar las migas que les echaba a los pájaros intrusos como yo ya era asistir a un festín incomparable. Sus últimas palabras habían sido balsámicas, parecían sugerir que no le daba del todo igual que le olvidara o dejara de hacerlo. Y había hablado de Thornfield como si fuera mi casa. ¡Ojalá!

Seguía sentado junto al portillo y no me atrevía a pedirle que me dejara pasar. Le pregunté que si había estado en Londres.

—Sí. Supongo que lo habrá adivinado usted gracias a su sexto sentido.

—No, me lo dijo la señora Fairfax en una carta.

—¿Y le contó lo que había ido a hacer allí?

—Sí, para nadie son un secreto sus propósitos.

—Pues tengo que enseñarle el nuevo carruaje, Jane, para saber si lo encuentra digno de la señora Rochester, y si cree (como yo) que reclinada en esos almohadones de color púrpura puede parecerse a la reina Boadicea. ¡Ojalá hiciéramos mejor pareja, porque yo desmerezco! Y ya que es usted

una especie de maga, dígame, ¿no podría inventar un conjuro, suministrarme un bebedizo o hacer algo, en fin, para transformarme en un hombre guapo?

—Eso sobrepasa el poder de cualquier magia, señor.

Y mientras le decía esto, pensaba para mis adentros que el único hechizo que se necesita es el de un ojo enamorado y que él era guapo de sobra, o por lo menos su seriedad destacaba por encima de cualquier tipo de belleza.

No era la primera vez que el señor Rochester, con una penetración incomprensible para mí, leía mis pensamientos ocultos. En aquella ocasión, pareció no haber escuchado mi abrupta respuesta y se me quedó mirando fijamente con aquella sonrisa suya tan peculiar que solo exhibía en momentos también muy especiales. Tal vez la consideraba demasiado preciosa para usarla a diario. Era como el cenit de sus sentimientos, como la luz del sol. Y me la estaba regalando a mí.

—Adelante, Jane —dijo luego, dejándome paso para que atravesara el portillo—. Bienvenida. Suba y descanse sus errabundos y pequeños pies en el hogar de un amigo.

No podía hacer más que lo que hice: obedecerle mansamente, no cabía otro remate a nuestra conversación. Subí los escalones sin pronunciar palabra, y así, en silenciosa calma, había decidido separarme de él. Pero un impulso repentino se apoderó de mí y algo se me trastocó por dentro. Me escuché diciendo algo que surgía de mis labios en contra de mi voluntad, desligado de ella:

—Gracias, señor Rochester, por ser tan bueno conmigo. Me encanta haber vuelto, me parece mentira. Donde esté usted está mi hogar, mi único hogar.

Y eché a andar tan deprisa que ni siquiera él hubiera podido alcanzarme, caso de habérselo propuesto.

Adèle se puso loca de contenta al verme y la señora Fairfax me recibió con su franca amabilidad de siempre. Leah me sonrió y hasta Sophie me deseó *bon soir* en tono alegre. Daba gusto; no hay en el mundo dicha semejante a la de sentirse bien recibido y arropado por los amigos, notar

que te estaban echando de menos y que tu presencia les ha servido de consuelo.

Aquella noche decidí cerrar herméticamente mis ojos al futuro y mis oídos a la voz que me ponía en aviso sobre nuestra inminente despedida y las penas consiguientes. Después de tomar el té, la señora Fairfax cogió su labor de punto, yo tomé asiento en un taburete a su lado y Adèle, de rodillas en la alfombra, se acurrucó contra mí. Una oleada de mutuo cariño parecía cercarnos como un anillo de áurea serenidad; y me puse a rezar para que aquello durase, para que el destino no me llevara nunca muy lejos de allí. En aquel momento, entró en la habitación inesperadamente el señor Rochester y se quedó contemplando con evidente satisfacción aquella escena tan armoniosa. Y cuando le dijo a la señora Fairfax: «Estará usted contenta, porque ya ha recuperado a su hija adoptiva», y añadió que Adèle le parecía «a punto de apabullar a su mamaíta inglesa»[73], me atreví a alimentar la esperanza de que, incluso después de casarse, no quisiera separarnos a la niña y a mí y tal vez nos buscase un refugio donde pudiera venir a visitarnos, para no dejarnos huérfanas de su calor.

Dos semanas de inquietante calma se sucedieron tras mi regreso a Thornfield. Nadie decía una palabra acerca de la boda del amo ni yo atisbaba por parte alguna preparativos para semejante acontecimiento. Casi todos los días le preguntaba a la señora Fairfax que si se había enterado de algo nuevo y siempre me decía que no. Me contó que una vez le había preguntado al señor Rochester que cuándo pensaba contraer matrimonio y que él le había contestado con una broma y la había mirado de esa forma enigmática que ella no sabía cómo interpretar.

A mí lo que más me extrañaba de todo es que nunca fuera a Ingram Park a visitar a su novia. Bien es verdad que estaba a veinte millas de Thornfield, dentro de los límites de otro condado, pero ¿qué podía significar una distancia así para un enamorado fogoso? Y menos tratándose de un jinete consumado e infatigable como el señor Rochester, que con una mañana al galope tenía de sobra para plantarse allí. Empecé a acariciar esperanzas que no tenía derecho a permitirme. ¿Y si hubieran roto? Los rumores que corrieron sobre su compromiso tal vez tuvieran poco fundamento, y también era posible que una de las partes o ambas

hubieran cambiado de parecer. Solía acechar atentamente posibles mutaciones en el rostro del señor Rochester, por si descubría en él huellas de ira o pesadumbre. Pero nunca recordaba haber visto su expresión tan despejada de nubes y de rencor, tan uniforme, tan serena. Y durante los ratos que pasábamos los dos con Adèle, cuando él me notaba desanimada o pensativa, intensificaba su buen humor. Jamás había requerido con tanta asiduidad mi presencia, nunca me había tratado con tanto afecto.

Y yo, ¡pobre de mí!, nunca le había amado tanto.

Capítulo VIII

Un espléndido verano iluminaba Inglaterra. Cielos tan puros y sol tan radiante pocas veces, por no decir ninguna, conceden asiduamente sus favores a nuestro país azotado por las olas. Era como si una bandada de días italianos, a manera de gloriosas aves migratorias, se hubiera escapado del Sur para venir a posarse en los acantilados de Albión. Ya se había recogido todo el heno y los campos de los alrededores verdeaban tras la siega; los caminos estaban blancos y secos, los árboles daban su mejor sombra y el intenso verdor de bosques y setos frondosos contrastaba con el matiz más claro de las praderas intercaladas, tendidas al sol.

La víspera de San Juan, Adèle se acostó a la puesta de sol, cansada de haber estado casi todo el día fuera, recogiendo fresas por la zona de Hay Lane. Me quedé con ella hasta que cayó dormida y luego salí al jardín.

Era la hora más agradable de todas, cuando la ferviente hoguera del día se ha consumido y el rocío cae sobre las llanuras jadeantes y las abrasadas cumbres. Tras la discreta desaparición del sol, sin pomposa alharaca de nubes, un sobrio matiz cárdeno se extendía por doquier, aunque inflamado en el ápice de una cumbre con fulgor de rubí y llamarada de caldera. Era desde allí desde donde se derramaba luego silenciosa la claridad, difuminándose hasta abarcar la mitad del cielo. También el Este exhibía el encanto de su fina capa azul marino adornada con una joya modesta: el solitario lucero de la tarde, al que pronto subiría a acompañar la luna, aún agazapada tras el horizonte.

Estuve paseando un rato por el empedrado, hasta que un aroma sutil pero perfectamente reconocible —el de un cigarro encendido— me llegó

del interior de la casa. Vi que la ventana de la biblioteca estaba entreabierta, y la sospecha de estar siendo vigilada desde allí me impulsó a alejarme y a internarme en el huerto. No había en todo el jardín refugio más seguro ni más paradisíaco, con su profusión de árboles y su estallido de flores. Un alto muro lo separaba del patio por un lado, mientras que por el otro era una hilera de hayas la que hacía las veces de frontera con el gran prado. Al fondo había una valla de poca altitud, la única línea de separación con la solitaria campiña; y un sendero flanqueado por laureles serpenteaba, huerto abajo, hasta allí. Al final, ya cerca de la valla, se erguía un gran castaño centenario rodeado por un banco circular. Era el lugar idóneo para pasear a escondidas de todo el mundo. A medida que iba cayendo el dulce rocío, se espesaba el silencio y se avecinaba la noche, me daba cuenta de que me gustaría quedarme para siempre al abrigo de aquellas sombras.

Y de pronto, cuando, sorteando macizos de flores y árboles frutales, me dirijo a una zona más alta, atraída por la luz de la luna que ha brotado en cuarto creciente, mis pasos se detienen. No es un sonido lo que los alerta, ni el atisbo de ninguna visión, sino aquella fragancia sospechosa de antes. El brezo, el jazmín, los claveles y las rosas llevan ya un buen rato dedicados al ritual vespertino de incensar el aire; pero este súbito aroma no brota de arbusto ni de flor, sino del cigarro encendido del señor Rochester, lo conozco muy bien. Miro a mi alrededor y aguzo el oído. Veo los árboles desbordantes de fruta, me llega el canto de un ruiseñor desde el bosque, a media milla de distancia; no se divisa ninguna silueta en movimiento ni se percibe rumor de pasos, pero el olor aumenta, tengo que huir. Me dirijo hacia una portezuela escondida en la espesura y veo que el señor Rochester está entrando por ella. Vuelvo sobre mis pasos y me escondo en un hueco tapizado de yedra. Seguramente no se quedará mucho rato, se marchará por donde ha venido, y si no me muevo no me descubrirá.

Pero no se va. Sin duda está disfrutando igual que yo del anochecer y le atrae el huerto tanto como a mí. Sigue paseando al azar, unas veces apartando las ramas de un grosellero y contemplando sus frutos del tamaño de las ciruelas que también aquí abundan, otras veces cogiendo

una cereza en sazón del árbol que crece junto al muro, o inclinándose sobre un macizo de flores tan pronto para olerlas como para escudriñar las gotas que el rocío dejó sobre sus pétalos. Una gran mariposa nocturna, que estaba revoloteando en torno a mí, se ha posado ahora en una planta a los pies del señor Rochester. La ha visto y se agacha para examinarla.

«Ahora me está dando la espalda, y además distraído. Si me voy de puntillas, seguro que ni se entera».

Eso fue lo que pensé y decidí también escabullirme pisando sobre trozos de turba para que el crujido de las piedrecitas del camino no me delatase. Él estaba de pie entre los parterres, a una o dos yardas de distancia del sitio por donde yo iba a pasar y aparentemente embebido en la contemplación de la mariposa; estaba segura de lograr mi intento. Pero al cruzarme con la alargada sombra que se proyectaba a sus espaldas, contorneada por la luz de la luna en lento ascenso, dijo sin volverse y en voz queda:

—Jane, venga a ver a esta compañera.

No había hecho ruido ni él tenía ojos en la nuca. ¿Entonces es que su sombra era capaz de sentir? Al principio me quedé sobrecogida, pero luego me acerqué.

—Fíjese en sus alas —dijo—, me recuerdan las de ciertos insectos de las Indias Occidentales. No suele verse aquí en Inglaterra un ejemplar nocturno tan grande y llamativo. ¡Vaya por Dios, se ha espantado!

La mariposa, efectivamente, se alejaba volando en espiral, y yo también había iniciado una tímida retirada, pero noté que el señor Rochester me venía siguiendo.

—¿Por qué no vuelve? —me preguntó cuando estaba alcanzando la portezuela—. Es una pena meterse en casa con esta noche tan preciosa. ¿Y quién va a tener ganas de acostarse justo ahora en que el sol al ponerse se cruza con el amanecer de la luna?

Aunque mi lengua suele encontrar casi siempre la respuesta inmediata, otras veces se me paraliza, incapaz de articular una excusa, y ese fallo traicionero se produce además en ocasiones culminantes, cuando más falta harían la palabra y el pretexto adecuados para esquivar una situación de conflicto. No quería quedarme paseando sola a aquellas horas con el señor

Rochester por entre las sombras del huerto, pero no se me ocurrió ninguna razón plausible para negarme. Le seguí, pues, rezagando el paso, mientras le daba vueltas a la cabeza obsesionada con la idea de irme. Pero era tan serio y tranquilizador su aspecto que me avergoncé de mi turbación. El mal, si lo había o amenazaba con surgir, parecía tener más que ver con mi imaginación que con las muestras de serenidad y abstracción ofrecidas por la conducta del señor Rochester. Nos metimos por el camino flanqueado de laureles y, cuando estábamos llegando a la valla de abajo, él volvió a romper el silencio.

—¿Verdad, Jane, que ahora en verano se está muy a gusto aquí, en Thornfield?

—Verdad, señor.

—Usted que sabe apreciar con tan buen criterio los encantos de la naturaleza, y que tiene tan vivo el sentido de la adherencia, seguro que le ha tomado ya algo de cariño a esta casa, ¿no?

—Muchísimo cariño, desde luego.

—Y aunque me cuesta trabajo entenderlo, noto que se ha aficionado a tratar con la cabeza de chorlito de Adèle e incluso con la simplona señora Fairfax.

—Sí, señor, las quiero a las dos, a cada cual de una manera.

—¿Y le daría pena separarse de ellas?

—Sí.

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo. Luego suspiró y siguió una pausa—. Es ley de vida, Jane —continuó al cabo—. Siempre que ha encontrado uno el lugar que se le antoja ideal para el descanso y el retiro, alguna voz le avisa de que ya ha llegado la hora de ponerse en pie y reemprender camino hacia otra parte, ¡y entonces, adiós paz!

—¿Tengo que reemprender camino hacia otra parte, señor? —pregunté —. ¿Tengo que abandonar Thornfield?

—Me temo que sí, Jane. Siento decírselo, Janet, pero es lo que realmente creo.

Era un golpe muy duro; traté de no sucumbir a él.

—De acuerdo, señor. Estaré lista para cuando llegue la orden de partir.

—Ha llegado. Se la tengo que dar esta misma noche.

—¿Quiere decir que va a casarse, señor?

—E-xac-ta-men-te, jus-ta-men-te —deletreó—. Con su agudeza de siempre, ha dado usted en el clavo.

—¿Pronto?

—Muy pronto, mi…, quiero decir, señorita Eyre. Acuérdese de la primera vez que por mí o por ciertos rumores le llegó la noticia de que pensaba echar en torno a mi cuello de solterón la soga sagrada, ingresar en el bendito recinto del matrimonio y, en una palabra, apretar contra mi pecho a quien, por cierto, no resulta tan fácil de abarcar por su abundancia…, pero eso no hace al caso, uno no puede hartarse de lo bueno, y mi hermosa Blanche derrama tantas excelencias…, pues, bueno, como iba diciendo… Pero, Jane, ¿no me escucha? Supongo que no estará volviendo la cabeza porque piensa encontrar una mariposa como la de antes, ¿o sí?, esa es simplemente una mariquita, «alza el manto y vuela a casa», ¿no lo ve, niña? Intentaba recordarle que fue usted la primera persona en decirme, con la discreción admirable que la caracteriza, con la agudeza, prudencia y modestia propias de quien sabe estar en su lugar de asalariada… pues me dijo que si me casaba con la señorita Ingram, usted y Adèle tenían que marcharse de aquí. Paso por alto la velada difamación que tal sugerencia arroja sobre el carácter de mi amada; es más, cuando esté usted lejos, Janet, procuraré olvidarlo. Me fijaré solamente en la sabiduría que contiene para extraer de ella mi línea de conducta. Adèle será internada en un colegio, y usted, señorita Eyre, no tiene más remedio que buscar otro empleo.

—Sí, señor, pondré un anuncio enseguida, pero en el entretanto supongo que…

Iba a decir «supongo que podré quedarme aquí hasta que encuentre otra guarida», pero me paré en seco. Me di cuenta de que no controlaba la voz y de que sería arriesgado pronunciar una frase tan larga.

—En el plazo aproximado de un mes espero haberme casado —continuó el señor Rochester— y, mientras tanto, yo mismo me ocuparé de buscarle un nuevo empleo y el hospedaje consiguiente.

—Gracias, señor, siento tenerle que ocasionar…

—¡Por favor, no tiene que disculparse de nada! Creo que cuando un empleado ha cumplido con su deber tan bien como usted lo ha hecho, tiene derecho a reclamar de su patrón cualquier ayuda que este le pueda ofrecer, por pequeña que sea. De hecho, ya me he enterado, a través de mi futura suegra, de un trabajo muy adecuado para usted. Se trata de un puesto en Connaught, Irlanda, para encargarse de la educación de cinco niñas, hijas de la señora Dionysius O'Gall de Bitternutt Lodge. Creo que le gustará Irlanda, he oído decir que allí la gente es muy acogedora.

—Ya…, pero está tan lejos, señor.

—Y eso qué más da. ¿Una chica tan sensata como usted va a acobardarse ante un viaje largo?

—No lo digo por el viaje, pero la distancia… ¡tanto mar por medio como una barrera!

—¿Una barrera? ¿Entre qué?

—Entre Irlanda y esto: Inglaterra, Thornfield, y…

—¿Y qué?

—Y usted, señor.

Se me escapó aquello casi sin querer y, como otro pequeño castigo a mi libre albedrío, las lágrimas se escaparon al unísono de mis ojos. Era un llanto callado, capaz aún de disimular el sollozo. La alusión a aquella señora O'Gall y aquel remoto Bitternutt Lodge me heló el corazón. Pero más todavía me lo helaba pensar en todas las mareas, oleajes y montañas de espuma destinadas, al parecer, a agolparse entre mi persona y aquella junto a la cual estaba paseando ahora. Y se intensificaba mi frío al calibrar un océano mucho más violento y tormentoso aún: la fortuna, el rango y los usos sociales que me separaban de alguien a quien amaba irremediablemente y hacia el que toda mi naturaleza tendía.

—Está muy lejos —repetí.

—Es verdad. Y también, Jane, que en cuanto llegue usted a Bitternutt Lodge, en Connaught, no volveremos a vernos, de eso no cabe duda. Yo a Irlanda no voy nunca, me atrae poco ese país. En fin, Jane, hemos sido buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y a los amigos, cuando están a punto de separarse, les gusta pasar juntos el poco tiempo que les queda. Venga, Jane, vamos a hablar media hora tranquilamente de su viaje y de su partida, mientras las estrellas se entregan a su refulgente vida allá en lo alto. Aquí tenemos el gran castaño, con el banco que abarca sus viejas raíces, venga a sentarse aquí. Gocemos esta noche de tan grata quietud, porque es probable que nunca más volvamos a sentarnos juntos aquí. —Se sentó y yo lo hice a su lado—. Es largo, efectivamente, el viaje a Irlanda, Jane, y me da pena tener que someter a mi dulce amiga a tales fatigas, pero si no aparece nada mejor, qué le vamos a hacer. ¿Siente usted que estamos ligados por algo, Jane?

No me atreví a contestar; en aquel momento el corazón se me desbordaba.

—Porque yo sí —continuó—. A mí a veces me embarga una sensación extraña, sobre todo cuando la tengo a usted cerca, como ahora. Me parece como si debajo de la costilla izquierda llevara una cuerda enlazada estrechamente con otra igual situada en la misma zona de su pequeño cuerpo. Y si las turbulentas aguas del canal añadidas a unas doscientas millas de tierra vienen a interponerse entre nosotros, mucho me temo que se rompa esa cuerda que nos une, y en ese caso tengo la exaltada aprensión de que sufriré una hemorragia interna. En cuanto a usted se refiere, seguramente me olvidará.

—Nunca podría, jamás, señor, y usted sabe…

No logré seguir, era imposible.

—¡Escuche, Jane! —dijo él—. ¿No oye a un ruiseñor que está cantando en el bosque? Escuche.

Agucé el oído y mi llanto se hizo convulso, porque ya no podía más. No tuve más remedio que darme por vencida: una congoja penetrante me estremecía de pies a cabeza. Cuando al fin conseguí hablar fue para expresar acaloradamente mi deseo de no haber nacido o de no haber pisado nunca Thornfield.

—¿Tanta pena le da irse de aquí? —preguntó él.

La vehemencia de la emoción, espoleada por el mal de amores, empezó a adueñarse de mí, clamaba por tomar las riendas, reivindicaba su

derecho a rebelarse, a imponer al fin su señorío, su derecho a la vida. Sí, necesitaba estallar en palabras.

—Me da pena, sí, dejar Thornfield, amo este lugar —exclamé—, y lo amo porque me ha deparado una vida plena y maravillosa, aunque haya sido provisional. No me he sentido avasallada. Nadie me ha convertido en una piedra. No he sido confinada al encierro entre inteligencias inferiores ni excluida de todo atisbo de comunicación con aquello que brilla, anima y eleva. He hablado de tú a tú con quien admiro y me deleita, con una inteligencia enérgica, original y desarrollada. Le he conocido a usted, señor Rochester, y el pánico y la angustia me estremecen cuando pienso que tengo que despedirme de usted para siempre. Comprendo que no tengo más remedio que partir, pero para mí es como verme obligada a aceptar la muerte.

—¿Y quién la obliga? —preguntó él de improviso.

—¿Cómo que quién me obliga? ¡Usted, señor! Me ha puesto esa necesidad ante los ojos.

—¿En forma de qué?

—En forma de Blanche Ingram, una mujer hermosa y de alta cuna, su esposa, señor.

—¿Mi esposa? ¿Qué esposa? Yo no estoy casado.

—Pero lo estará.

—Sí, lo estaré… ¡lo estaré!

Y al afirmar esto, apretó los dientes.

—Por lo tanto, tengo que irme. Usted mismo lo acaba de decir.

—Pues no, lo que tiene que hacer es quedarse. Le juro que se quedará aquí, y ya verá cómo mantengo mi juramento.

—¡Y yo le digo que me iré! —le contradije, arrebatada por una extraña pasión—. ¿Cree usted que puedo quedarme, sabiendo que no significo nada para usted? ¿Me toma por una autómata, por una máquina que ni siente ni padece, por alguien capaz de soportar sin más ni más que le arranquen de la boca su pedazo de pan, y le birlen del vaso unas gotas de agua vivificadora? ¿Cree que por ser pobre, insignificante, vulgar y pequeña carezco de alma y de corazón? Pues se equivoca. Tengo un alma y un corazón tan grandes como los suyos; y si Dios hubiera tenido a bien

dotarme de belleza y fortuna, le aseguro que le habría puesto tan difícil separarse de mí como lo es para mí dejar Thornfield. Y mis palabras no surgen dictadas, créame, por la rutina o por las convenciones sociales, ni siquiera brotan de mi carne mortal. La que oye es la voz de mi alma que se dirige a la suya, voz de ultratumba como si los dos hubiéramos muerto y estuviéramos arrodillados a los pies de Dios, almas gemelas, porque lo somos.

—¡Almas gemelas! —repitió el señor Rochester—. ¡Así, Jane!

Se había acercado a mí y me abrazaba estrechamente, mientras buscaba mi boca con la suya.

—¡Así! —susurraba—. ¡Así!

—Sí, señor, así; pero tampoco del todo así —reaccioné—; porque usted es un hombre casado, y casado además con una mujer que no le llega ni a la suela del zapato, que no tiene nada en común con usted y a la que no creo que profese verdadero amor, porque he visto y oído cómo se burla usted de ella. Me considero superior a usted, porque esa unión es abominable. Y ahora, ¡deje que me vaya!

—¿Adónde vas, Jane? ¿A Irlanda?

—Sí, a Irlanda, me da igual. Ahora que he soltado lo que me estaba ahogando, ya todo me da igual.

—Ven acá, Jane, para un poco, deja de debatirte de esa manera tan frenética, que pareces un pájaro salvaje y desesperado arrancándose sus propias plumas.

—No soy ningún pájaro, ni nadie me ha echado la red. Soy un ser humano libre, con voluntad independiente, y esa voluntad, que no necesita de permisos, la estoy ejerciendo ahora: me voy de su lado porque quiero.

Hice un esfuerzo para librarme de sus brazos, me levanté del banco, y me quedé de pie frente a él.

—Y tu voluntad —dijo— decidirá tu destino. Te ofrezco, Jane, mi mano y mi corazón, y te pido que compartas conmigo todo cuanto poseo.

—Está usted representando una comedia que solamente consigue mover a risa.

—Te estoy pidiendo que tu vida transcurra junto a la mía, que seas mi otro yo y la mejor compañera del mundo.

—Para ese cometido ya ha elegido usted a otra, y debe mantenerse fiel a su elección.

—Por favor, Jane, cálmate unos instantes, que estás agitadísima. Yo también me calmaré.

Una racha imprevista de viento vino a barrer el camino de los laureles y sacudió las ramas del castaño al colarse entre ellas. Luego se alejó bruscamente hasta morir lejos, a una distancia incalculable. No se oía más voz que la del ruiseñor entonando su melodía. Al escucharla, rompí a llorar de nuevo. El señor Rochester seguía sentado y me miraba dulcemente, serio y tranquilo. Pasó un rato antes de que volviera a tomar la palabra.

—Ven a sentarte a mi lado, Jane —dijo—. Tratemos de entendernos uno a otro, necesitamos hablar.

—Ya no, nunca volveré a sentarme a su lado. Ahora que he conseguido separarme, no puedo volver sobre mis pasos.

—Pero, Jane, te estoy pidiendo que seas mi mujer. No pienso casarme con nadie más que contigo.

Me quedé callada. Seguía pensando que se burlaba de mí.

—Por favor, Jane, ven, acércate.

—Su esposa se interpone entre nosotros.

Se levantó y se puso a mi lado en una zancada.

—Aquí está mi esposa —dijo, abrazándome de nuevo—, porque mi alma gemela y mi otro yo están aquí, donde tú estás. Jane, ¿te quieres casar conmigo?

Seguí sin contestarle, y me desasí de sus brazos, porque aún no había vencido mi incredulidad.

—¿No te fías de mí, Jane?

—Nada en absoluto.

—¿No me crees?

—Ni lo más mínimo.

—¿Entonces te parezco un mentiroso? —preguntó apasionadamente—. Pues te voy a convencer de lo contrario, ya lo verás, mi pequeña infiel. ¿Qué amor he sentido yo por Blanche Ingram? Ninguno, y tú lo sabes. ¿Y ella por mí? Menos todavía, y tengo pruebas, aunque me ha costado. Hice

llegar a sus oídos el rumor de que mi fortuna no alcanzaba ni a un tercio de lo que ella creía, y tras la maniobra me presenté en su casa para recoger los resultados: recibimiento glacial por su parte y por la de su madre. Nunca me casaré con la señorita Ingram, no podría hacerlo. A ti, criatura rara, casi como de otro mundo, a ti, pobre e insignificante y pequeña y feúcha como eres, a ti es a quien estoy rogando que me aceptes por esposo.

—¿Pero cómo? ¿A mí? —exclamé.

Y me di cuenta de que empezaba a creer que lo decía en serio, y que era sincero, aunque su franqueza rayase con la mala educación.

—¿A mí —seguí preguntando—, que no tengo en el mundo más amistad que la suya, si es que la tengo, ni un solo chelín que no me haya llegado a través de sus manos?

—A ti, Jane, a ti te pido que me pertenezcas por entero. Tienes que ser mía, ¿quieres?, dime que sí, pero dímelo pronto.

—Déjeme que le vea la cara, señor Rochester; vuélvase para que le dé en ella la luz de la luna.

—¿Por qué razón?

—Porque quiero leer en su rostro. ¡Vuélvase!

—Bien, aquí lo tienes. No creo que lo entiendas mejor que entenderías una página arrugada y llena de tachaduras. Pero lee lo que sea, con tal de que sea pronto, no me hagas sufrir. —Su rostro se mostraba agitado, en efecto, con las facciones violentamente contraídas, los ojos le relucían de un modo inusual y el rubor cubría sus mejillas—. ¡Por favor, Jane, no me tortures! —exclamó—. No sabes cómo me perturba esa mirada tuya, leal y generosa, pero ¡tan inquisitiva! No me hagas sufrir más.

—¿Y por qué sufre? Si ha sido sincero y su proposición no encierra ninguna trampa los únicos sentimientos que me embargan son la gratitud y el fervor, y eso ¿a quién puede atormentar?

—¡Gratitud! —se exaltó. Y añadió luego, casi gritando—: ¡Jane, dime inmediatamente que sí! Di: «Edward…», llamándome así, por mi nombre…, «Edward, me quiero casar contigo», y ya.

—¿Pero lo dice en serio? ¿Está enamorado de mí? ¿De verdad quiere que sea su mujer?

—Sí, y si hace falta un juramento para que te quedes tranquila de una vez, ¡te lo juro!

—Entonces, señor, sí quiero.

—Di Edward, eres mi mujer…

—¡Edward!, ¡querido Edward!

—Ven acá, y ahora del todo, sin recelos.

Me acerqué, apretó su mejilla contra la mía y me susurró al oído con la voz más intensa que jamás le escuché:

—Hazme feliz, que de tu felicidad ya me encargo yo. —Al cabo de un rato añadió—: ¡Que Dios me perdone! La tengo, es mía y me la quedaré. ¡Que ningún ser humano se entrometa!

—No hay nadie que pueda entrometerse, señor. No tengo familiares a quien dar explicaciones ni que pudieran objetar algo.

—No, y eso salimos ganando —dijo.

De haberle amado menos, tanto su tono como su mirada de triunfo me habrían asustado por salvajes. Pero sentada allí a su lado, aventada la pesadilla del viaje, y abierto ante mis ojos el éxtasis de una vida en común, solo pensaba en la bienaventuranza de beber sin tasa en aquel abundante arroyo.

No dejaba de preguntarme sin tregua que si era feliz, a lo que yo asentía una y otra vez. Luego de pronto dijo entre dientes:

—Purgaré mis culpas, será como una expiación. ¿No me la encontré al raso, sin amigos ni consuelo? ¿Cómo no protegerla, amarla y servirle de alivio? ¿Es que acaso no queda amor en mi corazón y constancia en mis determinaciones? Seré absuelto ante el Tribunal divino. Sé que Dios aprueba lo que voy a hacer. Y en cuanto al juicio de los hombres, me lavo las manos y me desentiendo. Desafío la opinión del mundo.

¿Pero qué clase de trastorno había sufrido la noche? Estábamos totalmente a oscuras, aunque la luna aún no se había ocultado; a pesar de lo cerca que tenía al señor Rochester, casi no distinguía sus facciones a través de la densa penumbra. ¿Y qué le estaba pasando al castaño? Se estremecía entre gemidos, mientras el viento bajaba rugiendo por la senda de los laureles y parecía querer barrernos a nosotros.

—Tenemos que meternos en casa enseguida —dijo él—. El tiempo está de muda. Me hubiera quedado aquí contigo, Jane, hasta el amanecer sin darme cuenta.

«Y yo lo mismo», pensé. Y tal vez hubiera llegado a decirlo, si no fuera porque de la nube hacia donde alzaba mis ojos saltó una chispa lívida y resplandeciente, seguida de un estallido y un cerrado e impetuoso redoble. Y lo único que se me ocurrió fue esconder mis ojos deslumbrados en el hombro del señor Rochester.

La lluvia arreciaba y caía a cántaros. Él me llevó a toda prisa camino arriba, a través del jardín, hacia la casa. Pero cuando llegamos, antes de trasponer el umbral, ya estábamos empapados. Me estaba ayudando a despojarme del chal en el vestíbulo y sacudiéndome el agua del pelo destrenzado, cuando la señora Fairfax salió de su habitación. Al principio ni él ni yo nos dimos cuenta. La lámpara estaba encendida y el reloj a punto de dar las campanadas de medianoche.

—¡Quítate lo antes posible la ropa! Vienes calada —dijo él—. Pero antes de irte, querida mía, buenas noches, que duermas bien.

Me besó varias veces. Cuando alcé los ojos, al desprenderme de sus brazos, me encontré con la silueta grave de la señora Fairfax que nos miraba pálida y atónita. Me limité a sonreírle y eché a correr escaleras arriba. «Ya habrá tiempo mañana para las explicaciones», iba pensando. Y sin embargo, cuando llegué a mi cuarto, sentí como una punzada dolorosa al pensar que hubiera podido interpretar torcidamente lo que había visto. Pero la felicidad que me embriagaba no tardó en borrar el rastro de cualquier otro sentimiento. Y a despecho del viento bravío que no dejaba de silbar, del fragor de los truenos, de los rayos que a cada momento cabrilleaban feroces y de la lluvia torrencial que estuvo azotando el campo sin parar durante dos horas, no tenía miedo ni me sentía amenazada. El señor Rochester se acercó por tres veces a mi puerta, mientras la tormenta duró, para saber si estaba tranquila y me encontraba bien. Me bastaba y me sobraba con aquello para saberme al abrigo de cualquier eventualidad, para comunicarme ánimos y energía.

Antes de levantarme de la cama a la mañana siguiente, entró corriendo Adèle para decirme que un rayo había partido en dos el castaño grande que

había al final del huerto. La mitad del tronco estaba caída en el suelo.

Capítulo IX

Al levantarme, y mientras me vestía, le daba vueltas a lo que me había pasado y me preguntaba si no habría sido un sueño. Hasta que viera al señor Rochester y volviera a escuchar sus promesas de amor, no podía creerme que fuera verdad.

Cuando empecé a peinarme delante del espejo, el rostro que vi reflejado en él ya no me pareció feo. Tenía luz de esperanza y color de vida, y los ojos parecían haber estado contemplando la fuente del placer y haber robado reflejos de su esplendoroso caudal. A veces había evitado mirar al señor Rochester por miedo a que mi aspecto le resultara desagradable, pero ahora estaba segura de poder levantar la cara hacia la suya sin recelo ante la idea de que mi expresión enfriase su estima. Me puse un traje de verano que saqué del cajón; era de tela ligera, limpio y sencillo, y me pareció, al mirarme, que jamás ningún traje me había favorecido tanto, porque tampoco nunca había iniciado la tarea de vestirme con un humor tan radiante como el que tenía aquella mañana.

Cuando bajé corriendo al vestíbulo, no me extrañó ver que un día espléndido de junio había reemplazado a la tormenta de la noche anterior, ni sentir, a través del ventanal abierto, la caricia fresca y fragante de la brisa. La naturaleza debía de estar contenta de verme a mí tan feliz. Una mendiga y su niño, que venían por el camino, me incitaron a salir afuera al encuentro de sus figuras pálidas y andrajosas. Les di todo el dinero que llevaba en el monedero, unos pocos chelines; necesitaba que compartieran mi júbilo de algún modo. Graznaban los grajos y también entonaban su

melodía otros pájaros más joviales, pero ningún regocijo podía compararse con el de mi alborotado y sonoro corazón.

Me chocó ver a la señora Fairfax espiándome desde la ventana de la cocina con un rostro apesadumbrado y serio.

—Señorita Eyre, ¿quiere usted entrar a desayunar? —me preguntó en tono grave.

Y luego, durante el desayuno, se mostró fría y apenas me dirigió la palabra. Pero yo no podía aclarar nada hasta que el señor Rochester le diera explicaciones y ella también dijese algo. Comí de mala manera, y en cuanto pude me precipité escaleras arriba. Me crucé con Adèle, que salía del cuarto de estudio.

—¿Adónde vas? —le pregunté—. Es hora de dar clase.

—El señor Rochester me ha mandado al cuarto de jugar.

—¿Y él dónde está?

—Ahí dentro —contestó, señalando hacia la puerta que acababa de traspasar.

Entré y, efectivamente, lo encontré allí.

—Ven a darme los buenos días —me dijo.

Me acerqué a él de buen grado, y su acogida no se limitó ya a unas palabras afectuosas o a un simple apretón de manos. Me abrazó y me besó, y el caso es que a mí me parecía natural, ¡me confortaba tanto sentirme querida y acariciada por él!

—Jane —dijo—, tienes un aspecto radiante esta mañana, tan sonriente, tan guapa. Guapa, sí, de verdad. ¿Es este mi duendecillo pálido? ¿Es este mi grano de mostaza[74]? No puedo reconocer a esos seres en esta chica luminosa como el sol, con hoyuelos en las mejillas y labios de raso, sedoso pelo castaño y resplandecientes ojos color avellana.

(Yo tengo los ojos grises, pero se ve que él los había teñido, hay que perdonarle).

—Soy Jane Eyre, señor.

—Y pronto serás Jane Rochester —añadió él—. Dentro de cuatro semanas, Janet, ¿lo estás oyendo?, ni un día más de plazo.

Lo estaba oyendo, pero no me entraba en la cabeza, todo me daba vueltas. La sensación que me produjeron aquellas palabras era algo que

sobrepasaba el júbilo, algo más fuerte que me emocionaba y me aturdía, una sensación que casi lindaba, creo, con el miedo.

—Primero te has ruborizado y ahora estás pálida. ¿Qué te pasa, Jane?

—No sé, es por el nombre. Me resulta postizo el nuevo nombre que me aplica.

—Pues eres la señora Rochester, para que lo sepas —dijo—, la joven señora Rochester, esposa-niña de Edward Fairfax Rochester.

—No, nunca podrá ser. ¡Parece tan improbable! Los seres humanos jamás disfrutamos de una dicha completa en este mundo. Y yo no he nacido para ser una excepción de la especie. Imaginar que puedo correr un destino tan diferente al de ellos es como una ensoñación, como leer un cuento de hadas.

—Un cuento que yo puedo y quiero convertir en realidad. Y voy a empezar hoy mismo. Esta mañana le he escrito una carta a mi banquero de Londres pidiéndole que me mande algunas joyas de las que tiene en depósito; pertenecieron a las mujeres de Thornfield y yo las he heredado. Dentro de un par de días espero poder volcarlas en tu regazo. Porque todos los privilegios y regalos que pudiera esperar la hija de un conde, si fuera mi prometida, quiero que los disfrutes tú.

—¡Por favor, señor! A mí no me importan las joyas, no quiero ni oír hablar de eso, olvídelo. Joyas para Jane Eyre, suena como un contrasentido, no las quiero, de verdad.

—Yo mismo pondré en tu cuello el collar de brillantes y en tu frente la diadema que te sentará como hecha para ti, porque en tus sienes, Jane, la naturaleza imprimió la marca de la nobleza; abrocharé las pulseras en tus delicadas muñecas y llenaré de anillos estos dedos tuyos de hada.

—¡No, señor, no! Cambie de tema y háble me de otras cosas, y en otro tono. No se dirija a mí como si yo fuera una belleza, soy una vulgar y sobria institutriz.

—A mis ojos eres una belleza, cortada además a la medida de mis dedos, una belleza etérea y sutil.

—Debilucha e insignificante, querrá decir. Está usted viendo visiones, señor, o se ríe de mí. ¡Por Dios bendito, no me gaste esa clase de bromas!

—Y además conseguiré que todo el mundo te reconozca como una belleza —prosiguió—. Vestiré a mi Jane de raso y encaje, adornaré con rosas su cabello y cubriré la cabeza que más amo con un velo de valor inapreciable.

Me incomodaban sus palabras y el tono en que las pronunciaba, me daba cuenta con desazón de que o bien se estaba engañando o bien intentaba engañarme a mí.

—Si hace eso, señor, dejará de conocerme, y ya no volveré a ser Jane Eyre, sino un mono vestido con casaca de arlequín, un pájaro ataviado con plumas ajenas. Preferiría verlo a usted disfrazado de payaso que a mí de cortesana. Y a pesar de lo mucho que le quiero, o tal vez por eso mismo, evito la lisonja, y no se me ocurre llamarle guapo. ¡No me adule tampoco usted a mí!

Pero él seguía adelante con su retahíla, como si no me hubiera escuchado.

—Hoy mismo te llevaré a Millcote en el coche para que elijas algunos vestidos. Ya sabes (te lo he dicho) que nos vamos a casar dentro de cuatro semanas. Será una boda sencilla, se celebrará en la iglesia de abajo. Pero inmediatamente te raptaré para llevarte a la ciudad, donde estaremos algunos días; y desde allí llevaré a mi tesoro a lugares bañados por el sol: conocerás los viñedos franceses y las vegas italianas. Todo aquello que ha sido ensalzado por la historia antigua o el moderno progreso será objeto de tu contemplación, podrás saborear la vida de las grandes ciudades y aprenderás a valorarte a ti misma, cuando te compares imparcialmente con los demás.

—¿Quiere decir, señor, que viajaremos los dos juntos?

—Claro, recorreremos París, Roma, Nápoles, Florencia, Viena… Todos aquellos lugares que yo he visitado, los visitarás conmigo, en todos los países donde planté mi pezuña pondrás ahora tu pie de sílfide. Hace diez años recorrí Europa medio enloquecido, con el asco, la rabia y la abominación por compañeros de viaje. Ahora, redimido y curado, repetiré la travesía llevando a mi lado a un ángel guardián.

Me eché a reír.

—Ni soy un ángel —dije—, ni lo seré hasta que me muera. Seré yo misma, señor Rochester, tendrá que conformarse y no esperar de mí (porque no lo conseguirá) ningún comportamiento angelical, de la misma manera que yo tampoco espero ni intento hallarlo en usted.

—¿Pues qué esperas de mí?

—Durante un lapso de tiempo no muy largo, más bien corto, puede que se porte usted como lo está haciendo ahora. Pero luego se enfriará su ardor, se volverá antojadizo y esquivo y me será difícil darle gusto. No obstante, cuando se acostumbre a mí, seguramente volverá a encontrarme agradable. Digo «encontrarme agradable», no «amarme», porque su ferviente amor se desvanecerá en seis meses, como mucho. He aprendido, a través de los libros escritos por hombres, que ese es el plazo de duración más largo atribuido a la pasión marital. No obstante, como amiga y cómplice, espero no ser nunca aburrida para mi querido señor.

—¿Aburrida? ¿Volver a encontrarte agradable? Volveré a amarte una y otra vez, Jane, estoy seguro, y vendrás a confesarme tú misma que te sientes amada, no «estimada» con la constancia inalterable de las verdaderas pasiones.

—¿Pero no es usted veleidoso, señor?

—Lo soy con las mujeres que solo me atraen por su cara bonita. Puedo convertirme en el mismo diablo cuando me doy cuenta de que no tienen alma ni corazón, cuando descubro en ellas, por todo panorama, la insulsez y la frivolidad cuando no la grosería, la estupidez y el mal genio. Pero ante los ojos de mirada limpia, las almas de fuego y las lenguas elocuentes, ante los temperamentos capaces de inclinarse pero no de romperse, a la vez ligeros y estables, tan flexibles como consistentes, brotará perennemente mi fidelidad y mi ternura.

—¿Ha encontrado alguna vez a alguien que tuviera ese tipo de carácter, señor? ¿Amó en algún momento a una mujer así?

—La estoy amando ahora.

—Pero digo antes de aparecer yo…, si es que llego a alcanzar las cotas de esa marca tan difícil.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Jane, a nadie. Me gustas y me dominas. Da la impresión de que te doblegas y me complace esa aparente

sumisión, pero de repente, cuando estoy enroscando en mis dedos un suave y sedoso mechón de tu pelo, este despide una corriente eléctrica que me recorre el brazo y me llega al corazón. Me has conquistado, estoy entregado a tu influjo, tan dulce que no puede expresarse con palabras. Me rindo, porque tu conquista entraña un hechizo muy superior a cualquier hazaña en la que yo saliera victorioso. ¿Por qué sonríes de ese modo, Jane? ¿Qué significa esa inefable y perturbadora mudanza en tu expresión?

—Me estaba viniendo al recuerdo, señor (y perdone la asociación de ideas, porque es involuntaria), lo que hicieron con Hércules y Sansón sus respectivas hechiceras[75].

—¿Ah, conque pensabas eso? ¡Cuando yo digo que eres como un duende!…

—Calle, señor. Deje de decir insensateces y no imite a aquellos caballeros, que tampoco dieron muestras de sensatez. Y sin embargo, si hubieran llegado a casarse, estoy segura de que su rigor de maridos habría dado al traste con su debilidad como enamorados. Y mucho me temo que a usted le pase igual. Me pregunto cómo responderá usted dentro de un año si le pido un favor que no le convenga concederme, o simplemente no le apetezca.

—Pídeme lo que sea ahora, Jane, cualquier cosa. Estoy deseando escuchar un ruego tuyo.

—De acuerdo, señor. Tengo mi petición ya preparada.

—¡Di lo que sea! Pero si sigues mirándome y sonriéndome con esa cara, te juro que diré que sí antes de saber a qué, y acabaré convirtiéndome en un imbécil.

—De ninguna manera, señor. Solo voy a pedirle una cosa: que no mande traer joya alguna ni me corone de rosas. Sería tan absurdo como recamar con encaje de oro ese sencillo pañuelo que usa usted.

—Sí, sería como «sobredorar el oro de ley», tienes razón. Te concedo el deseo…, por el momento. Daré contraorden a mi banquero. Pero todavía no me has pedido nada, te has limitado a rechazar un regalo. Prueba otra vez.

—Está bien. Pues entonces, señor, tenga la bondad de satisfacer mi curiosidad acerca de cierto asunto.

Aquello pareció perturbarle mucho.

—¿Qué asunto, de qué se trata? —preguntó compulsivamente—. La curiosidad es mala consejera y peligrosa. Menos mal que no he jurado complacer todos tus requerimientos.

—Pero complacer este no entraña ningún peligro, señor.

—Adelante, suéltalo, Jane. Pero preferiría que, en lugar de meter acaso las narices en un secreto mío, me pidieras la mitad de mi patrimonio.

—¿Y para qué quiero yo la mitad de su patrimonio, rey Asnero[76]? ¿Me toma por un judío usurero en busca de una provechosa inversión? Prefiero su entera confianza a la mitad de sus riquezas. No me niegue su confianza, ya que ha tomado mi corazón.

—Te concedo gustoso la confianza que merezca la pena, Jane. ¡Pero por amor de Dios, no me pidas que te cargue con un fardo inútil! No apetezcas el veneno, no te conviertas en una Eva mezquina.

—¿Por qué no, señor? Hace un momento me decía que le gusta sentirse conquistado por mí y cómo disfruta cuando insisto para convencerle de algo. ¿No cree que esa confesión me da permiso para tener un capricho y suplicar que me lo conceda hasta con lloros y pataleos, solo para tantear si ejerzo o no sobre usted tanto poder?

—Te desafío a que tantees el terreno. Abusa de mí y jáctate de ello, pero luego se acabó el juego.

—¿Se acabó el juego? ¡Qué pronto se da por vencido! ¡Y qué serio se ha puesto! Las cejas se las veo tan gruesas como mi dedo pulgar, y su frente parece «un almacén azul de truenos», lo leí una vez en una poesía muy rara… ¿Debo de suponer que es esa la cara que va a tener de marido?

—Pues si esa, Jane, va a ser su cara de esposa, yo inmediatamente renuncio, como cristiano, a la idea de casarme con un espíritu, con una salamandra. En fin, bicho, pregunta de una vez, ¿qué es lo que quieres? ¡Acabemos!

—Ya le salió su parte peor educada, menos mal. Prefiero mil veces la rudeza a la lisonja, y que me llame bicho a que me llame ángel. Lo que quiero preguntar es lo siguiente: ¿por qué puso tanto empeño en hacerme creer que estaba enamorado de la señorita Ingram?

—¡Bendito sea Dios! ¿Solo era eso? Me temía algo peor. —De repente, su ceño sombrío se había desfruncido, me miraba tranquilo y sonriente, y se puso a acariciarme el pelo, como alguien que acaba de librarse de un peligro inminente y suspira con alivio—. Creo que puedo confesarte toda la verdad —continuó—, aunque tal vez te enfades un poco, Jane. Y sé que cuando te enfadas puedes ser un puro incendio, acuérdate de anoche cuando a la luz fría de la luna empezaste a rebelarte contra el destino y a exigir ser tratada como un alma gemela, echabas chispas… Por cierto, Jane, quien se declaró a mí fuiste tú.

—No lo niego, señor. Pero volvamos a nuestro asunto. ¿Qué pasó con la señorita Ingram?

—Bueno, a Blanche fingí cortejarla porque quería que te volvieras tan loca por mí como yo lo estaba por ti, y sé que no hay mejor aliado que los celos para llevar a cabo un propósito de ese tipo.

—¡Qué bonito! Pues en este momento es usted a mis ojos más pequeño que la punta de mi dedo meñique. A mí se me caería la cara de vergüenza, ¿no le parece una infamia haberse comportado así? ¿Cómo no se le ocurrió tener en cuenta los sentimientos de la señorita Ingram, pensar que estaba jugando con ellos?

—Sus sentimientos se encierran en el orgullo. Y el orgullo requiere ser humillado. ¿Tuviste celos, Jane?

—Eso no viene al caso, señor Rochester, ni es de su incumbencia. Contésteme a otra cosa con el corazón en la mano. ¿No cree que la señorita Ingram puede haber sufrido a causa de su fingido devaneo? ¿No se sentirá ofendida y despreciada?

—¡Todo lo contrario! Eso es impensable. Ya te dije que fue ella quien me dejó a mí. Ante la sospecha de mi insolvencia, su ardor se enfrió o, mejor dicho, desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Tiene usted una mente demasiado calculadora, señor Rochester. Y sus principios sobre algunos asuntos me chocan por su extravagancia.

—Nadie encauzó nunca mis principios, Jane. Quizá se extraviaran y crecieran a su aire por eso, por falta de cuidados.

—Por última vez, y ahora completamente en serio: ¿Puedo gozar en paz de la dicha que me brinda, sin miedo a que nadie esté sufriendo por

culpa de ello las amargas cuitas que yo también he padecido hasta hace poco?

—Sí que puedes, mi dulce niña. No existe nadie en el mundo que me quiera como me quieres tú, con un amor tan puro. Ya ves, Jane, que mi alma recibe sin reservas la placentera bendición de creer en tu cariño.

Puse los labios sobre su mano, que descansaba sobre mi hombro. Era verdad que le quería muchísimo, más de lo que yo misma me atrevía a creer, mucho más de lo que hubieran podido expresar mis palabras.

—Pídeme alguna otra cosa —dijo él luego—. Me encanta ceder a tus ruegos.

Enseguida tuve preparada otra petición.

—Por favor, no deje de comunicar sus planes a la señora Fairfax. Nos vio juntos anoche en el vestíbulo, y creo que se escandalizó. Antes de que yo vuelva a verla, le ruego que le dé una explicación. Me duele sentirme juzgada equivocadamente por una persona tan bondadosa conmigo.

—Anda, sube a tu cuarto y ponte el sombrero —replicó—. Quiero que vengas conmigo a Millcote esta mañana. Y mientras te arreglas, yo aclararé el malentendido con tan respetable señora. ¿Qué crees que pensaría? ¿Que habías cambiado tu mundo por el amor, y que lo dabas por bien perdido?

—Lo que debió de pensar, me parece, es que me había salido de mi lugar y había olvidado, señor, cuál es el suyo.

—¡Qué lugar ni qué niño muerto! Tu lugar está en mi corazón y muy por encima de los que intenten pensar mal de ti ni ahora ni nunca. ¡Anda, sube a arreglarte!

Me arreglé enseguida y, en cuanto oí que el señor Rochester salía del gabinete de la señora Fairfax, encaminé mis pasos hacia allí. La vieja señora estaba paladeando su ración matutina de la Biblia, era un ejercicio cotidiano para ella. Pero la tarea, interrumpida por la noticia que acababa de darle el señor Rochester, había pasado a segundo plano. El libro reposaba abierto ante ella, con las gafas encima. Sus ojos, fijos en la pared de enfrente, reflejaban el desconcierto y la conmoción que despiertan en las almas simples los acontecimientos inesperados. Al verme, pareció espabilarse, hizo un esfuerzo por sonreír y por elaborar unas palabras de

enhorabuena. Pero la sonrisa se apagó pronto y la frase quedó sin acabar. Se puso las gafas, cerró la Biblia y apartó un poco la silla hacia atrás.

—Me he llevado una sorpresa tan grande, señorita Eyre —empezó—, que realmente no sé qué decir. ¿No habré estado soñando? A veces me quedo un poco traspuesta, cuando estoy sola, y me imagino como verdaderas, cosas que no han ocurrido. Por ejemplo, más de una vez me ha parecido durante esas ensoñaciones que mi pobre marido que en gloria esté venía a sentarse a mi lado, y hasta le he oído llamarme por mi nombre, Alice, como siempre, aunque hace quince años que murió. Pues bien, a lo que voy, ¿puede usted confirmarme, como algo verdadero, que el señor Rochester la ha pedido en matrimonio? No se ría de mí. Pero es que creo que ha entrado aquí hace cinco minutos, en esta misma habitación, y me ha dicho que antes de un mes se habrá usted convertido en su esposa.

—A mí me ha dicho lo mismo —repliqué.

—¿De verdad? ¿Y le ha hecho caso? ¿Le ha dicho usted que sí?

—Sí, lo he aceptado.

Me miraba como trastornada.

—Nunca se me hubiera podido pasar por la cabeza semejante idea. Es un hombre altivo, todos los Rochester lo fueron, orgullosos de su posición. Y el padre, por lo menos, apegado al dinero. Al hijo también se le ha tenido siempre por prudente administrador. ¿Y de verdad quiere casarse con usted?

—Eso me ha dicho.

Me escudriñaba de pies a cabeza y en su mirada leí que no encontraba en mi persona atractivos que le dieran pie para descifrar aquel enigma.

—¡No me cabe en la cabeza! —continuó—. Pero si usted lo dice, será verdad. Lo que no me atrevo a predecir es cómo va a salir todo esto; en serio, no tengo ni idea. La diferencia de posición y de fortuna suelen ser inconvenientes que generalmente se desaconsejan. Y además, señorita Eyre, él le lleva veinte años. ¡Podría ser su padre!

—¡No, eso desde luego no, señora Fairfax! —salté irritada—. ¡No parece en absoluto mi padre! Nadie que nos viera juntos sospecharía tal cosa ni por un momento. El señor Rochester aparenta ser tan joven, y de hecho lo es, como muchos hombres de veinticinco años.

—¿Y de verdad se casa con usted por amor?

Me sentí tan herida por su frialdad y desconfianza que se me saltaron las lágrimas.

—Siento haberla ofendido —continuó ella—. Pero creo mi deber ponerla en guardia, teniendo en cuenta su juventud y su escaso trato con los hombres. Hay un refrán que dice: «No es oro todo lo que reluce», y en este caso viene a cuento. Porque me temo que pueda salir a relucir algo distinto del oro y también de lo que usted o yo podamos esperar.

—¿Tan monstruosa le parezco? —pregunté—. ¿Tanto como considerar un disparate que el señor Rochester se haya enamorado de mí?

—No he querido decir eso, está usted bien, y además últimamente su aspecto ha mejorado mucho. Y no me extraña que el señor Rochester le haya tomado cariño, es más, nunca me ha pasado inadvertido el hecho de que mostraba predilección por usted. Y a veces me ha inquietado esa preferencia, se lo digo por su bien, y hasta he pensado que debería ponerla a usted sobre aviso, pero no me atrevía a sugerirle siquiera que estaba rozando zonas peligrosas. Sabía que semejante idea podía resultarle hiriente y ofensiva, y se ha portado usted en todo momento de forma tan discreta, ha dado tales muestras de modestia y sensatez, que confiaba plenamente en que usted sabría defenderse sin necesitar consejos de nadie. No sabe lo mal que lo pasé anoche cuando la busqué por toda la casa y comprobé que ni usted ni el amo aparecían, y luego ya no le digo cuando los vi entrar juntos a medianoche.

—Bueno, olvídese de eso ya —corté impaciente—. Lo que importa es que sepa que ahora todo está como Dios manda.

—Ojalá siga como Dios manda hasta el final —dijo ella—, pero, créame, todas las precauciones son pocas. Procure mantener al señor Rochester a respetable distancia, no tenga tanta confianza en sí misma, y menos en él. Los caballeros de su posición no suelen casarse con las institutrices.

Me estaba empezando a indignar en serio. Menos mal que en aquel momento entró Adèle corriendo.

—¡Yo también quiero ir a Millcote! —gritó—. ¡Déjeme ir! El señor Rochester no quiere, pero en el coche nuevo hay sitio de sobra para los

tres. ¡Pídale que me deje ir, *mademoiselle*!

—Ahora mismo se lo pido, Adèle —contesté.

Y salí con ella a toda prisa de la habitación, feliz de poder alejarme de mi agorera protectora. El coche ya estaba dispuesto y se desplazaba en aquel momento hacia la fachada principal de la casa, mientras el dueño de ella paseaba de arriba abajo sobre el empedrado, seguido de *Pilot*.

—¿Verdad, señor, que Adèle puede venir con nosotros? —le pregunté.

—Ya le he dicho que no. No quiero arrapiezos. Quiero ir solo con usted.

—Déjela venir, por favor, señor Rochester, será mejor.

—¡Qué va a ser mejor! Será un estorbo.

Tanto su talante como su voz eran perentorios. El jarro de agua fría que habían supuesto para mí los consejos y la desconfianza de la señora Fairfax volvió a echárseme encima de repente, y un amago de incertidumbre y provisionalidad socavó mis esperanzas. Estaba perdiendo a medias mi sensación de poder sobre él, y a punto de obedecerle ciegamente sin poner condiciones. Pero cuando se disponía a ayudarme a subir al coche, me miró cara a cara.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. Toda la luz del sol se ha nublado. ¿De verdad quieres que venga con nosotros la cría? ¿Te disgusta que la dejemos aquí?

—Preferiría que viniera, señor.

—¡Pues hala! —le gritó a Adèle—. Vete volando a por tu sombrero, ¡y vuelve como un rayo!

Ella cumplió aquella orden con la mayor celeridad que pudo.

—Después de todo, ¡qué importa que nos roben una mañana a solas! —dijo—. Dentro de poco te tendré enteramente para mí, serán míos tus pensamientos, tus palabras, tu compañía, solo míos y para siempre.

Cuando auparon a Adèle para que subiera al coche, estaba tan contenta que se lanzó a besarme para darme las gracias por mi intercesión. Él inmediatamente la arrinconó en el asiento de enfrente, a su lado, y Adèle me miraba a hurtadillas desde allí, como si quisiera decirme que la seriedad de su vecino la cohibía. Su humor atrabiliario era, en efecto, una barrera para quien quisiera hacer preguntas o comentarios.

—Déjela que se siente aquí conmigo —le rogué—; a usted tal vez le moleste, y en este lado sobra sitio.

La cogió en brazos y me la alargó como si fuera un perrito faldero.

—La voy a tener que mandar interna a un colegio —dijo.

Pero ahora sonreía. Adèle, al oírlo, preguntó que si iba a tener que estar en un colegio sin su *mademoiselle*.

—Desde luego —contestó él—, sin rastros de tu *mademoiselle*. Porque tu *mademoiselle* es mía, me la voy a llevar de viaje a la luna, buscaré una gruta en uno de los valles blancos que separan los volcanes uno de otro, y vivirá allí conmigo, sola conmigo.

—No tendrá qué comer, la va usted a matar de hambre —observó Adèle.

—Recogeré maná de la mañana a la noche, porque no sé si sabes, Adèle, que las llanuras y los montículos de la luna están plagados de maná.

—Pero querrá calentarse, ¿con qué sustituirá el fuego?

—En los montes de la luna hay fuego; cuando tenga frío, subirá conmigo a una cima, y la tumbaré al borde de un cráter.

—*Oh, qu'elle y sera mal… peu confortable!*[77] Y se le estropearán los vestidos. ¿Dónde irá a buscar ropa nueva?

El señor Rochester confesó su perplejidad ante el caso, con una especie de «¡Humm!».

—¿Tú qué harías, Adèle? —preguntó a su vez—. Rebusca en tu cerebro a ver si aparece alguna solución. ¿Qué te parece una nube blanca o de color de rosa a modo de falda? Y luego como chal podíamos arrancar un trozo de arco iris; quedaría bonito.

—Yo creo que está mucho mejor tal como está ahora —resumió Adèle después de pensarlo un rato—; además se acabaría cansando de vivir sola con usted en la luna. Yo que *mademoiselle* nunca le diría que sí a un viaje como ese.

—Pues me ha dicho que sí. Me ha dado su palabra.

—Pero ¿cómo va a llevarla hasta allí? No puede. No hay carretera a la luna. Todo es aire. Y ni usted ni ella saben volar.

—Mira ese prado, Adèle, ¿lo ves? —dijo el señor Rochester.

Ya habíamos dejado atrás las verjas de Thornfield, y rodábamos ahora por el suave camino de Millcote, donde no había rastros de polvo tras la tormenta de la noche anterior, y a cuyas orillas los bajos setos y los encumbrados árboles verdeaban relucientes y frescos de lluvia.

—Pues por ese prado, Adèle —prosiguió—, estaba yo paseando una tarde hace dos semanas, el día que me ayudaste tú a recoger el heno, y como me había cansado de rastrillar, me senté a descansar en un portillo. Saqué un lápiz y un cuaderno y me puse a escribir cosas de una desgracia que me pasó hace mucho y de las ganas que tenía de ser feliz en el futuro, escribía muy deprisa porque la luz estaba yéndose y casi no veía la página, cuando en esto noto que algo llega por el camino y se para a pocas yardas. Miré y era una cosa pequeña que se movía, con un velo en la cabeza como de telaraña. Le hice señas de que se acercara, y cayó de rodillas ante mí. No nos dijimos nada con palabras, pero nos leímos mutuamente la mirada y de nuestro diálogo mudo saqué en consecuencia que era un hada. Me dijo, aunque sin hablar, que venía del país de los Elfos y que su cometido era el de hacerme feliz. Tenía que viajar con ella fuera del mundo consabido hasta un lugar solitario, como la luna, por ejemplo, y la señaló con un gesto de la cabeza, porque en aquel momento estaba apareciendo detrás de la colina de Hay. Me habló de la gruta de alabastro y del valle de plata donde podíamos quedarnos a vivir. Yo le dije que bueno, que me gustaría, pero que tuviera en cuenta que yo, como tú misma acabas de recordarme, no tengo alas para poder volar.

«Eso no importa. Aquí tienes un talismán que resolverá todas las dificultades». Y sacó un anillo de oro precioso. «Pónmelo —dijo— en el cuarto dedo de mi mano izquierda y te perteneceré para siempre y tú a mí. Y dejaremos la tierra para construir nuestro cielo particular allá arriba». Entonces volvió a señalar la luna. El anillo está en el bolsillo de mi pantalón, Adèle, disfrazado de soberano[78]. Pero enseguida lo pienso volver a convertir en anillo.

—Pero todo eso ¿qué tiene que ver con *mademoiselle*? —preguntó Adèle—. A mí del hada me da igual. Usted dijo que era a *mademoiselle* a quien iba a llevar a la luna.

—*Mademoiselle* es un hada —susurró el señor Rochester con aire misterioso.

Yo le dije a Adèle que no hiciera caso, que era una broma, y ella por su parte hizo gala de un arraigado escepticismo, muy francés, llamó a su tutor *un vrai menteur*[79], y aseguró que no creía una palabra de sus *contes de fées*[80], porque además *il n'y avait pas de fées, et quand même il y en avait*[81], estaba segura de que nunca se le aparecerían a él ni le regalarían anillos o le invitarían a ir a vivir a la luna.

La hora que pasamos en Millcote me resultó bastante agobiante. El señor Rochester me llevó contra mi voluntad a una tienda de telas y me mandó elegir media docena de cortes de vestido. Yo aborrecía aquel asunto y le rogué que lo dejáramos para más adelante, pero no hubo manera, tenía que ser ahora. A fuerza de enérgicas súplicas, formuladas entre dientes, logré que redujera a dos la media docena; pero se empeñó en ser él en persona quien los eligiera. Yo le vigilaba ansiosa mientras él pasaba la mirada por aquella variedad de llamativas telas. Se prendó de una espléndida seda de color amatista tornasolado, y de un raso soberbio color de rosa. Intensifiqué mis suplicantes murmullos para darle a entender que era como comprarme un traje de plata y un sombrero de oro, o sea que no me pensaba poner lo que había elegido, nunca me atrevería.

Tras interminables dificultades —porque era terco como una mula— conseguí convencerle de que los cambiase por un sobrio raso negro y una seda gris perla.

—Por hoy, pase —dijo—. Pero acabaré viéndote brillar como un arriate de flores.

Fue un alivio para mí verme al fin fuera de la tienda de telas y luego de una joyería. Cuantas más cosas me compraba más se me arrebolaban las mejillas con una sensación de agobio y bochorno. Cuando volvimos a subir al coche, y me apoyé en el asiento, febril y exhausta, me acordé repentinamente de algo que el remolino de sucesos sombríos y luminosos había borrado de mi memoria: la carta que mi tío John Eyre escribió a la señora Reed, donde expresaba su intención de adoptarme y legarme sus bienes. «La verdad es que sería un consuelo —pensé— contar con alguna independencia económica, por poca que fuera. No creo que llegue a

aguantar nunca que el señor Rochester me vista como a una muñeca, ni estoy dispuesta a convertirme en una segunda Dánae[82], esperando sentada a que todos los días me llueva el oro. En cuanto llegue a casa escribiré a Madeira para notificarle al tío John que me voy a casar y con quién. Si tuviera la perspectiva de corresponder algún día con una pequeña dote a las larguezas del señor Rochester, soportaría con más paciencia ser ahora mantenida por él». Y algo aliviada por esta idea —que no dejé de poner en práctica aquel mismo día—, me aventuré de nuevo a levantar los ojos buscando los de quien me había estado acechando pertinaz mientras yo le rehuía. Sonrió y su sonrisa me pareció la de un sultán, extasiado ante la visión de la sierva a quien ha cubierto de oro y piedras preciosas. Estreché su mano, que siempre estaba rondando la mía, y se la devolví enrojecida tras aquel apasionado y vigoroso apretón.

—No me mire usted de ese modo —le dije—: si me sigue mirando así no volveré a usar hasta el final de este capítulo más que la vieja indumentaria que traje de Lowood. Me casaré con este vestidillo de percal lila que llevo y usted se podrá hacer una buena colección de chalecos con el satén negro y la seda gris perla.

Se echó a reír bajito; se frotaba las manos.

—Me encanta verte, Jane, y oír lo que dices —exclamó—. ¿Puede haber mujer más original y provocativa? No cambiaría a esta inglesita por todas las sultanas del Gran Turco con sus ojos de gacela, sus cuerpos de hurí y demás encantos.

Esta alusión a un serrallo oriental me soliviantó de nuevo.

—No hable de eso ni en broma, no viene a cuento semejante comparación —dije—. Si le apetece algo de este estilo, tiene el camino libre para correr sin demora a un bazar de Estambul; allí encontrará usted un surtido de esclavas tan abundante como para gastarse a gusto todo el dinero que está desperdiciando conmigo.

—¿Y qué harías tú, Jane, mientras yo elegía entre tantos matices de piel y una variedad tan rica de ojos negros?

—Me prepararía para irme de misionera a predicar la libertad para todos aquellos que padecen esclavitud, incluidas sus compañeras de harén. Me introduciría allí como agitadora y las amotinaría. Y usted, señor, por

muy pachá de las tres colas[83] que fuera, caería en nuestro poder en un abrir y cerrar de ojos, y de ninguna manera consentiría yo que cortaran sus ligaduras hasta que hubiera firmado la constitución más liberal que déspota alguno haya otorgado.

—Yo apelaría a su clemencia, Jane.

—No habría clemencia para usted, señor, si apelara a ella mirándome como lo sigue haciendo. Mientras no cambiase su forma de mirarme, estaría segura de que su primer acto, tras otorgar a la fuerza la constitución, sería el de violar sus cláusulas en cuanto se viera libre.

—Pero, Jane, ¿qué es lo que quieres? Tengo miedo a que después de pasar por el altar, me obligues a otra ceremonia privada. Y me someterás, por lo que voy viendo, a aprobar una serie de requisitos. ¿Cuáles van a ser?

—Solo pido tranquilidad de espíritu, señor; no sentirme agobiada por un cúmulo de obligaciones. ¿Se acuerda de lo que me contó un día sobre Céline Varens? ¿De los diamantes y las sedas de cachemira con que la cubría? Pues yo no quiero ser su Céline inglesa. Seguiré siendo la institutriz de Adèle y recibiendo a cambio albergue, manutención y treinta libras anuales. Con los ahorros de mi sueldo renovaré mi guardarropa, y usted no tiene que darme nada más que…

—¿Más que qué?

—Su respeto, al que corresponderé con el mío; es una deuda libremente contraída.

—Está bien. Desde luego, Jane, en frialdad, insolencia y orgullo innato no hay quien te iguale —dijo él.

Estábamos acercándonos a Thornfield y de pronto añadió:

—¿Te apetece cenar conmigo esta noche?

—No, señor, muchas gracias.

—¿Y se puede saber, si no es indiscreción, por qué «no, señor, muchas gracias»?

—Nunca he cenado con usted, señor, y no encuentro motivo para cambiar de costumbre hasta que…

—¿Hasta qué? ¡Te encanta dejar las frases a medias!

—Hasta que no haya más remedio.

—¿Me consideras un ogro o un vampiro en cuya compañía sería una temeridad sentarse a la mesa?

—No he hecho ninguna suposición al respecto, señor. Pero prefiero que durante otro mes las cosas sigan estando exactamente como estaban.

—Pero tu trabajo de institutriz lo dejarás inmediatamente.

—Eso sí que no, lo siento, pero no. Seguiré dando clase a Adèle como de costumbre y no estaré disponible para usted en todo el día. Igual que antes. Puede mandarme a buscar por las tardes, cuando tenga ganas de verme, y bajaré encantada. Pero a otras horas, no.

—Necesito un cigarro, Jane, o una pizca de rapé para soportar todo esto, *pour me donner une contenance*[84], como diría Adèle, pero desgraciadamente he olvidado el tabaco y tampoco he traído la cajita de rapé. Escucha de todas maneras, tiranuela —añadió en un susurro—, ahora te toca a ti el turno, pero ya verás cuando llegue el mío. En cuanto te eche la mano encima (bueno, es una forma de hablar) te ataré a una cadena como esta —dijo señalando la de su reloj—, y entonces, minúscula criatura, te llevaré siempre sujeta a mí, como llevo esta joya.

Dijo aquellas palabras mientras me ayudaba a bajar del coche; y luego, cuando cogió en volandas a Adèle, aproveché para salir corriendo, subir las escaleras y meterme en mi cuarto.

Más tarde, cuando a la hora de siempre requirió mi presencia por medio de la consabida invitación, yo ya llevaba ideado un entretenimiento, porque no estaba dispuesta a pasarme toda la noche enfrascada en una conversación íntima. Me acordaba de que tenía buena voz y suponía que le gustaría lucirla, porque a todos los que cantan bien les suele gustar. Yo no cantaba ni, según su desapacible opinión, tocaba bien el piano. Pero en cambio era una buena aficionada y sabía disfrutar de una velada musical cuando merecía la pena. Así que, en cuanto el crepúsculo, esa hora tan romántica, empezó a desplegar su bandera azul y estrellada al otro lado del ventanal, me levanté, abrí el piano y le pedí, en nombre del cielo, que me regalara los oídos con una canción. Dijo que era una bruja caprichosa, y que preferiría cantar en otro momento, pero yo insistí en que no podíamos encontrar momento mejor que aquel.

—¿Regalaré tus oídos con mi voz? —preguntó.

—Profundamente —dije.

No tenía por costumbre halagar vanidades tan susceptibles a la lisonja como la suya, pero por una vez, y teniendo en cuenta las circunstancias, quise estimularlo.

—Pero, Jane, tienes que acompañarme tú al piano.

—De acuerdo, señor. Lo intentaré.

Lo intenté, en efecto, pero enseguida me desplazó del taburete llamándome «chapucera». No sabía él que, al mandarme sin miramientos a un rincón y usurpar mi sitio, me estaba dando lo que yo quería. Así pues, se sentó y empezó a acompañarse a sí mismo, porque tocaba el piano con tanto primor como cantaba. Me retiré hacia la ventana y mientras miraba desde allí los árboles quietos y el césped difuminado por las sombras, llegó a mis oídos dulcemente aquella tenue melodía:

La verdadera pasión
que por dentro nos inflama
acelera el corazón
y quema como una llama.

Soy feliz cuando has venido
y al irte empiezan mis penas.
No tardes, pues el Olvido
hiela la sangre en las venas.

Que me amaras cual yo a ti
era audaz y loco empeño
que en secreto perseguí.
Mas al fin hoy soy tu dueño.

Ancha y sin caminos era
la distancia entre tú y yo,
con abismos por frontera
y olas que nadie surcó.

Cual salteador de caminos

por los montes me interné,
ninguna ley del destino
mi osadía dejó en pie.

Mil peligros he arrostrado
y he mirado con desdén
a cuantos me han avisado
de que iba al mal, yendo al bien.

Perseguía yo el fulgor
de aquella luz vespertina,
arcos iris del amor
que mis pasos encamina.

Aún ofuscan mi contento
nubes densas del ayer,
mas ahora a salvo me siento
de tropezar y caer.

¡Qué me importan las fatigas
que me han traído hasta aquí!
Por mucho que me persigan
ya nunca harán mella en mí.

Que ni el Odio me machaque
ni me aísle la Razón
ni el Poder, terco en su ataque,
me envenene el corazón.

Confiada, entre las mías,
mi amada puso su mano
al altar en pocos días
juro llevarla, y no en vano.

Con un beso ella ha jurado

que llegará hasta la muerte
acompañando a su amado.
¡Quién no envidiará tal suerte![85]

Se levantó, se acercó a mí y noté que la cara le ardía y que echaban chispas aquellos ojos de halcón, rebosantes de la misma pasión y ternura que impregnaba todas sus facciones. Me estremecí fugazmente, pero enseguida me rehíce. Tanto las escenas de amor como los peligrosos accesos de ternura me los había prohibido y estaba al borde de caer en ambas efusiones. Tenía que preparar mis armas defensivas y espoleé mi lengua. Cuando él estaba llegando a mi lado, le pregunté con brusquedad que con quién pensaba casarse.

—Es una pregunta extravagante en boca de mi amada Jane.

—Pues yo, en cambio, la encuentro lógica y necesaria. Porque ha dicho que «ella le acompañará hasta la muerte», y supongo que se refiere a su futura esposa. ¿A qué viene una noción tan pagana? Yo desde luego no tengo la menor intención de morir con mi marido, eso que quede claro.

—Lo único que ansío, Jane, y se lo pido a Dios, es que vivas con él. La muerte no está hecha para alguien como tú.

—Sí que lo está. Tengo tanto derecho como usted a morirme cuando llegue mi hora, pero aguardaré a que llegue, no la pienso anticipar arrojándome a una pira funeraria.

—Perdona mi egoísmo, y dame un beso de reconciliación.

—Preferiría no hacerlo.

Al llegar a este punto me tachó de «criatura inflexible».

—Cualquier mujer —añadió luego— se habría derretido hasta la médula al oír esas estrofas entonadas en su honor.

Le confirmé que sí, que era inflexible y empedernida por naturaleza y que ya tendría ocasión de comprobarlo. Había decidido mostrar ante él —le dije— distintas facetas de la dureza de mi carácter antes de que se consumiera el plazo de las cuatro semanas; y así podría conocer el alcance de la ganga que se llevaba, ahora que todavía estaba a tiempo de rescindir el trato.

—¿Quieres callarte y no decir más disparates?

—Callarme, me callaré, si me lo pide. Pero en lo tocante a decir disparates, me jacto de no haber dicho ninguno.

Se enfadó y se quedó refunfuñando. «Bueno —pensé—, por mí puedes protestar y refunfuñar lo que quieras, pero ya voy viendo claro que no hay mejor táctica para tratar contigo que esta. Me gustas mucho más de lo que te imaginas pero no pienso caer en sensiblerías. Con la aguja de la réplica ingeniosa te mantendré alejado también a ti del borde del abismo y con tan punzante ayuda la distancia entre ambos será ventajosa para los dos».

Intensificando aquel sistema, conseguí irritarlo cada vez más y cuando vi que se había retirado al otro extremo de la habitación, completamente enfurruñado, me levanté.

—Le deseo buenas noches, señor —dije con mis buenos modales de siempre.

Tras lo cual, me dirigí sin hacer ruido a la puerta lateral del salón y me esfumé.

El plan urdido siguió teniendo éxito, y durante todo aquel periodo de prueba comprobé que daba resultados. A él se le notaba, por supuesto, fastidiado y de mal humor, pero en el fondo también me pareció que se divertía, y que una sumisión de ovejita y una sensiblería de tórtola en arrullo, aunque hubieran dado pasto a su talante despótico, no habrían sido gratas a su inteligencia, satisfecho su sentido común ni siquiera saciado su gusto.

Yo en presencia de los demás seguía mostrándome respetuosa y reservada como antes, porque cualquier otra conducta no venía a cuento. Solamente en nuestras reuniones de por la tarde le aguijoneaba y le hacía rabiar. Siguió mandándome a buscar en cuanto daban las siete, pero ya no me recibía empleando aquellas melosas expresiones de «amor mío» o «tesoro», sustituidas ahora por otras como «muñeca provocativa», «hada maligna», «espíritu» o «traidorzuela». En lugar de caricias me dedicaba muecas, en vez de apretarme contra sí, me pellizcaba un brazo, y los tirones de orejas habían venido a sustituir a los besos. Muy bien; de momento yo prefería decididamente su rudeza a sus tiernas efusiones. Me di cuenta de que la señora Fairfax aprobaba mi conducta, y que sus inquietudes con respecto a mí se desvanecían. El señor Rochester,

mientras tanto, me echaba en cara que lo estaba dejando en los huesos, y me amenazaba con terribles revanchas para el futuro. Yo me reía entre dientes de sus augurios. «Te tengo bajo control —pensaba—, y estoy segura de que me las sabré arreglar para seguir haciéndolo. Si alguno de mis recursos deja de hacer efecto, enseguida me inventaré otro».

Sin embargo, mi tarea no era tan fácil; y muchas veces me sentía más inclinada a darle gusto que a hacerle rabiar. Mi futuro marido estaba empezando a convertirse para mí en el centro del mundo, y aún más, casi en mi esperanza del edén. Entre mis convicciones religiosas y yo se interponía el señor Rochester, de la misma manera que se interpone un eclipse entre el ser humano y el inmenso sol. Por aquellos días era incapaz de ver a Dios por culpa de una de sus criaturas, a quien yo había convertido en mi ídolo.

Capítulo X

Los últimos momentos del plazo convenido tocaban a su fin; no se podía detener el día que ya estaba llegando: el día de la boda, y no faltaba detalle en los preparativos para recibirlo. Por lo menos a mí no me quedaba ya nada por hacer. Mis baúles cerrados y atados con cuerdas se apoyaban contra la pared de mi pequeño dormitorio; al día siguiente a estas mismas horas ya estarían camino de Londres y yo también, Dios mediante. Mejor dicho, yo no, sino una tal Jane Rochester, personaje al que aún no conocía. Las etiquetas del equipaje solo faltaba pegarlas, eran cuatro cartulinas cuadradas y las tenía metidas en un cajón. El propio señor Rochester había escrito la dirección de su puño y letra en cada una: «Señora Rochester. Hotel… Londres», pero todavía no me atrevía a ponerlas en el equipaje ni quería que lo hiciera nadie. ¡La señora Rochester! No existía; no nacería hasta el día siguiente a las ocho de la mañana, y tenía que esperar a ver si nacía viva antes de asignarle todas aquellas pertenencias. Ya era bastante con que dentro de aquel armario, frente al tocador, algunas prendas de vestir presuntamente suyas hubieran venido a sustituir un traje de paño negro y el sombrero de paja que traje puestos cuando vine de Lowood. Los atuendos de boda, aquel vestido gris perla y el velo vaporoso colgados de una percha, no tenían nada que ver conmigo, aunque la percha me la habían usurpado. Cerré el armario para esconder aquella indumentaria fantasma que a esa hora de la noche —eran las nueve— difundía una reverberación espectral a través del dormitorio ensombrecido.

«Te dejo, blanco sueño, allá te las compongas —musité—. Tengo fiebre, y oigo soplar el viento. Voy a salir al jardín para sentir su caricia».

No era solo el agobio de los preparativos ni la expectativa ante la gran mudanza que se iniciaba en mi vida al día siguiente lo que me había hecho subir la fiebre. Esos dos motivos contribuían, sin duda, a la inquietud y la excitabilidad de un humor que me arrastraba a aquellas horas al jardín envuelto en sombras. Pero había un tercer motivo de mucho más peso.

Una fantasía extravagante, a causa de un suceso reciente que no alcanzaba a comprender. Había tenido lugar la noche anterior y yo era el único testigo, nadie más lo vio. Aquella noche el señor Rochester la pasó fuera de casa, y aún no había regresado. Una serie de negocios que tenía que resolver personalmente antes de salir de Inglaterra le habían obligado a visitar tres granjas que se hallaban a treinta millas de distancia. Ya al día siguiente le esperábamos, y mi espera era particularmente ansiosa, porque necesitaba desahogarme con él, liberar mi angustia y pedirle explicaciones sobre aquel enigma que me tenía completamente desconcertada. Quédate conmigo, lector, hasta que él llegue, y cuando le cuente mi incidente secreto, podrás participar de tal confidencia.

Me dirigí hacia la huerta buscando refugio del viento, que había soplado impetuoso durante todo el día, aunque sin acarrear ni una gota de lluvia. A medida que avanzaba la noche, incrementaba su furia en vez de amainarla, y su bramido era más recio. Venía del Sur y azotaba las ramas de los árboles, incapaces de enderezarse porque no les daba tregua. Se doblaban bajo su impulso, inclinando hacia el norte sus frondosas copas. Las nubes viajaban a toda prisa de un extremo a otro del cielo, como amalgamas que se persiguen. Ni un solo retal de color azul se había colado entre ellas a lo largo de aquel día de julio.

No dejaba de sentir una especie de placer salvaje al correr encabezando el viento, y disolver en aquel estruendoso e inconmensurable torrente que se adueñaba del espacio las tribulaciones de mi alma. Al bajar por el camino de los laureles, descubrí los escombros del castaño. Aún parecía mantenerse en pie, calcinado y herido. El tronco, partido en dos, fingía respirar por aquella brecha horrible. Las dos mitades no estaban completamente desgajadas una de otra, sino sostenidas en la base por poderosas raíces comunes que todavía hacían del árbol un solo cuerpo, aunque ya sin vida ni riego de savia. Los dos macizos laterales estaban,

pues, muertos y, dentro de poco, los temporales del próximo invierno echarían abajo uno de ellos o ambos. Y sin embargo, de momento daba la impresión de que constituían un solo árbol, una ruina de árbol, pero entera.

—Hicisteis bien en agarraros fuertemente la una a la otra —dije, como si las gigantescas astillas fueran seres vivos capaces de escuchar mis palabras—. Creo que por destrozadas y calcinadas que os mostréis, aún debe de embargaros una sensación de vida, gracias al abrazo con vuestras raíces infalibles y leales. Nunca volveréis a echar hoja verde, ni veréis anidar en vuestro follaje a los pájaros que entonan dulces melodías. Se acabó para vosotras el tiempo del gozo y del amor, pero no os hundáis en el desconsuelo, porque cada una comparte al unísono con su compañera la decadencia de ambas.

De pronto, cuando las estaba mirando, salió la luna. Apareció justo en la parte del cielo que se veía a través de la brecha, medio escondida entre nubes y con la faz color sangre. Me miró entre perpleja y asustada y volvió a enterrarse enseguida en la densa amalgama de las nubes. El viento había amainado un poco en los alrededores de Thornfield. Pero a lo lejos, a través de bosques y ríos, llegó de pronto un aullido salvaje y melancólico. Me puse triste y di la vuelta a toda prisa.

Seguí paseando por el huerto de acá para allá, recogiendo manzanas caídas en el césped, junto a las raíces de los frutales, y me entretenía separando las maduras de las verdes. Las llevé a casa y las guardé en la despensa. Luego me llegué a la biblioteca para ver si estaba encendida la chimenea, porque sabía que el señor Rochester, aunque era verano, vendría con frío después de cabalgar en una noche tan lúgubre, y le gustaría encontrar un fuego acogedor. Efectivamente, la chimenea estaba encendida y ardían bien los leños. Arrastré su butaca junto al fuego, le acerqué la mesa, corrí las cortinas y dispuse las velas para poder encenderlas en cuanto llegara. Pero después de hacer todo eso, estaba más nerviosa que nunca, no podía parar quieta en ningún sitio ni aguantaba seguir encerrada en casa. Dieron las diez al mismo tiempo en el reloj antiguo del vestíbulo y en el de la biblioteca.

«¡Qué tarde se está haciendo! —me dije—. Me voy a llegar hasta la verja de abajo. A ratos sale la luna y podré ver un trecho de carretera.

Debe de estar al llegar y, si le salgo al encuentro, el tiempo se me hará más corto y menos angustioso».

El viento rugía, meneando las copas de los árboles grandes cercanos a la verja; pero el trozo de carretera que se atisbaba desde allí se mostraba a derecha e izquierda silencioso y desierto: una cinta larga y blanca a la luz de la luna, sin una sola mancha movediza, a excepción de la sombra que proyectaban de vez en cuando las nubes al cruzar aceleradas por delante de la luna.

Una lágrima infantil asomó a mis ojos, mientras acechaba el camino. Lágrima de contrariedad e impaciencia. Me la sequé, avergonzada, y me quedé a la expectativa. La luna se encerró por completo en su camarín y corrió el pesado cortinaje de las nubes. La noche estaba oscura como boca de lobo y el viento no tardó en correr al encuentro de la lluvia.

—¡Ojalá venga! ¡Que venga, que venga pronto! —exclamé, asaltada por presagios sombríos.

Había estado esperándolo ya para el té y se había echado encima la noche. ¿Qué le podía haber pasado? ¿Habría sufrido algún accidente? El incidente de la noche anterior resucitó de nuevo mi memoria, y lo interpreté como un heraldo de desgracia. Me entró miedo. Mis esperanzas habían sido demasiado luminosas para convertirse en realidad, y había disfrutado últimamente de demasiadas alegrías; tal vez la suerte había sobrepasado ya su cima —pensé— y estaba llegándole el turno al declive. «Pero no soy capaz de volverme a meter en casa —seguí pensando—. No puedo quedarme sentada tranquilamente junto al fuego, mientras él está a la intemperie con este tiempo tan infernal. Prefiero fatigar mis costillas que desgarrar mi corazón. Echaré a andar por el camino hasta que lo encuentre».

Empujé la verja y emprendí la ruta a paso ligero, aunque no llegué muy lejos. No llevaría andado ni un cuarto de milla, cuando oí resonar los cascos de un caballo que llegaba al galope; un perro venía corriendo detrás. ¡Abajo los presentimientos endemoniados! Era él, llegaba él en persona cabalgando a lomos de *Mesrour* y seguido de *Pilot*. Me vio, porque la luna había conquistado una parcela azul y la recorría con

húmedo esplendor, se quitó el sombrero y lo agitó a modo de saludo. Yo corrí a su encuentro y él se inclinó en la silla para tenderme la mano.

—¡Vaya! —exclamó—. Ya veo que no puedes vivir sin mí. Pon el pie en mi espuela, dame las manos y sube.

Obedecí con presteza porque la alegría me había dotado de agilidad, y quedé montada delante de él. Recibí un beso apasionado como bienvenida y una exhibición jactanciosa del triunfo que aguanté como pude. Él mismo controló su euforia para preguntarme:

—Oye, Janet, pero ¿qué te ha pasado para salir a buscarme a estas horas? ¿Hay algo que va mal?

—No, pero creí que no iba usted a llegar nunca, y no podía aguantar esperarlo encerrada en casa, sobre todo con este vendaval y ahora encima lloviendo.

—¡Lluvia y viento, ya lo creo! Estás empapada como una sirena, ponte mi capa, Jane, me parece que tienes fiebre. Te arden las mejillas y las manos. ¿Ha pasado algo? Te lo vuelvo a preguntar.

—Ya nada. Ya no estoy asustada ni triste.

—Lo cual quiere decir que antes lo estabas.

—Sí, más bien. Pero ya se lo contaré luego todo cosa por cosa, señor. Y hasta puede que se ría de mis temores.

—Me reiré incluso a carcajadas. Pero cuando pase el día de mañana; antes no me atrevo. Recuerda que aún no tengo mi galardón asegurado. ¿Eres tú de verdad? ¿Eres la misma que te has escurrido de mí durante un mes como una anguila, con más espinas que una rosa silvestre? No podía ni tocarte sin sufrir un pinchazo, y ahora me parece tener entre los brazos a una oveja descarriada. ¿Es que te escapaste del redil y ahora vuelves a refugiarte en tu pastor? ¿Es eso, Jane?

—He salido a buscarle, sí, pero no cante victoria. Ya estamos en Thornfield. Permítame desmontar.

Me puso en el suelo. Mientras John se hacía cargo del caballo, él me siguió al vestíbulo y me dijo que me cambiara enseguida de ropa y bajase, que me esperaba en la biblioteca. Cuando ya estaba subiendo las escaleras, me detuvo para hacerme prometer que no tardaría.

No tardé, me reuní con él al cabo de cinco minutos, y lo encontré cenando.

—Siéntate y hazme compañía, Jane. Dios quiera que esta sea nuestra última comida en Thornfield por mucho tiempo.

Me senté cerca de él, pero le dije que no tenía ganas de comer.

—¿Estás nerviosa pensando en el viaje que te espera, Jane? ¿Es la idea de ir a Londres lo que te quita el apetito?

—Esta noche, señor, no tengo muy claro el porvenir, y ni siquiera entiendo lo que me pasa por la cabeza. ¡Me parece tan irreal todo!

—Todo menos yo. Yo no soy gaseoso, me puedes tocar.

—Usted, señor, es lo más fantasmal de todo, no es más que un sueño.

Se echó a reír y extendió su mano hacia mí.

—¿Esto es un sueño? —preguntó manteniendo el puño cerrado ante mis ojos.

Tenía una mano firme y vigorosa, rematando un brazo largo, musculoso y fuerte.

—Ya, aunque pueda tocarla, es un sueño —dije apartando los ojos de ella—. ¿Ha terminado de cenar, señor?

—Sí, Jane.

Toqué la campanilla y mandé que se llevaran la bandeja. Cuando estuvimos de nuevo solos, aticé el fuego de la chimenea y me senté en un taburete bajo a los pies de su butaca.

—Es casi medianoche —dije.

—Sí, pero acuérdate, Jane, de que me prometiste pasar en vela conmigo la víspera de mi boda.

—Me acuerdo y estoy manteniendo mi promesa, al menos durante una hora o dos. De momento no tengo sueño.

—¿Lo tienes ya todo preparado?

—Absolutamente todo.

—Yo también —contestó—. Ya tengo hecho todo el equipaje y mañana nos iremos de Thornfield, como una hora y media después de la boda.

—Conforme, señor.

—¡Con qué sonrisa tan rara has dicho que estás conforme, Jane! ¿Y qué manchas rojas son esas que arrebolan tus mejillas? Los ojos te brillan

como nunca. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

—¿Cómo que crees? Algo te está pasando. Dime lo que sientes.

—No podría, señor. No hay palabras capaces de expresar lo que siento. Ojalá este momento no se acabara nunca. ¿Quién sabe con qué fardos nos cargará el destino?

—Son obsesiones morbosas, Jane. Estás muy alterada, cansada, nerviosa.

—¿Y usted se encuentra tranquilo y feliz?

—Tranquilo no, pero feliz, muy feliz, la dicha me rebosa el corazón.

Le miré para descubrir aquellas señales de felicidad en su rostro, y lo tenía arrebolado y ardiente.

—Confía en mí, Jane —dijo—. Desahoga la angustia que te oprime, compartiéndola conmigo. ¿Qué temes? ¿Que no te dé buen resultado como marido?

—Eso ni se me pasa por la cabeza.

—Entonces ¿es que sientes recelo ante el nuevo ambiente que vas a inaugurar, ante la vida nueva que te espera?

—No.

—Me desconciertas, Jane, tu aspecto y el tono de tu voz, al mismo tiempo audaz y desalentado, me pasman y me hieren. Necesito que me des una explicación.

—Entonces, escúcheme. Usted anoche estuvo ausente.

—Sí, ya lo sé. Y antes has insinuado que sucedió algo durante mi ausencia, probablemente algo insignificante, pero en fin, a ti te ha alterado. Cuéntamelo. ¿Te ha dicho algo la señora Fairfax? ¿O es que has oído chismorrear a los criados? ¡Dime quién ha herido tu amor propio!

—Nadie, señor.

Dieron las doce y esperé hasta que los dos relojes, uno más cantarín y otro más ronco, dejaran caer la última campanada. Luego proseguí:

—Ayer estuve todo el día muy ocupada y me sentía muy contenta en medio del incesante bullicio, porque, al contrario de lo que usted parece creer, ni me agobia ni me asusta pensar en mi nueva vida. Considero una gloria la esperanza de vivir con usted, porque le amo. No, por favor, no se

ponga a acariciarme ahora, necesito hablar sin que me interrumpa. Ayer yo confiaba en la Providencia y estaba convencida de que todo se confabulaba en nuestro favor, creía que todos los acontecimientos se habían puesto de acuerdo para trabajar en beneficio nuestro. Hizo un día hermoso, ya lo vería usted. La serenidad del aire y del cielo disipaban cualquier aprensión con respecto a su breve ausencia o a nuestro futuro viaje. Después de tomar el té salí a pasear. Pensaba en usted y me parecía tenerlo tan cerca de mi imaginación, que casi no echaba de menos su presencia. Pensaba en la vida que me espera, y también en la de usted, una existencia mucho más colmada y emocionante que la mía. Hay tanta diferencia entre nuestras vidas como entre las profundidades del océano y las aguas tranquilas de un arroyo que corre hacia el mar. Me preguntaba que por qué dirán los teólogos que este mundo es un valle de lágrimas, cuando yo lo veía como un vergel lleno de rosas. Cuando se puso el sol, el cielo se encapotó y empezó a hacer frío. Me metí en casa. Sophie me estaba llamando desde lo alto de la escalera para que viera mi traje de novia, que acababan de traer. Y en el fondo de la caja encontré su regalo, señor, el velo que, con extravagancia principesca, se empeñó en encargar a Londres, decidido a toda costa, supongo, en vista de que joyas no quería, a imponerme la aceptación de algo igualmente valioso. Sonreí al desdoblarlo, mientras se me ocurrían bromas imaginarias para hacerle rabiar, echándole en cara sus ínfulas aristocráticas y sus manejos para disfrazar a su novia plebeya bajo atributos dignos de la nobleza. Se me ocurrió la idea de enseñarle el simple rectángulo de blonda sin bordado alguno que yo misma había preparado como cobertura para mi modesta cabeza y decirle que si no le parecía más que suficiente para una mujer que no aporta al matrimonio dinero, belleza ni relaciones sociales. Me imaginé con toda nitidez la cara que usted pondría al oírlo, me pareció oír su respuesta liberal y destemplada, exhibiendo un altivo rechazo a incrementar su fortuna o ascender de posición por medio de una boda; no lo necesitaba.

—¡Qué bien lees en el fondo de mi alma, bruja! —interrumpió el señor Rochester—. Pero, dime, ¿qué encontraste en el velo londinense, además de sus ricos bordados? ¿Escondía un puñal o algún veneno para que pongas esa cara de funeral?

—No, señor, nada. Además del primor y el lujo del tejido, solo encontré un orgullo de la marca Fairfax-Rochester; pero no me inmuté, porque ya estoy habituada a mirar frente a frente a ese demonio. Pues bien, cuando empezó a caer la noche, se levantó ventisca. No soplaba el aire de forma tan salvaje como ahora, pero su sonido en cambio era lúgubre y quejumbroso, mucho más fantasmal. Eché de menos la presencia de usted en casa, y al entrar en esta habitación y ver su butaca vacía y la chimenea apagada, me recorrió un estremecimiento. Luego, ya en la cama, no me podía dormir y estuve mucho rato con los ojos abiertos, presa de una excitación y un ansia que me desazonaban. La galerna, al ir en aumento, pareció amortiguar un ruido de fondo, sordo y triste, que no supe localizar dentro de la casa ni tampoco fuera, pero que reaparecía vacilante y lastimero en las pausas que se concedía el viento. Acabé por pensar que sería el ladrido de algún perro que llegaba a través de la distancia. Pero de todas maneras fue un alivio notar que remitía. Cuando al fin me dormí, la noción de una noche negra y borrascosa continuó presidiendo mis sueños. Y tampoco desaparecería la añoranza de usted, ansiaba verlo de nuevo a mi lado, pero al mismo tiempo sentía que una barrera nos estaba separando. Durante un primer tramo de mi sueño yo iba andando por un camino desconocido y lleno de revueltas, rodeada de una oscuridad total y azotada por la lluvia. Llevaba en brazos la carga de un niño pequeño, demasiado pequeño y endeble como para andar solo, cuyo llanto quejumbroso hería mis oídos, y que temblaba entre mis brazos, incapaces de darle calor. Creía que usted estaba más adelante, en el mismo camino, y apretaba el paso obligando a todas las fibras de mi ser a que dieran de sí todo lo posible, al tiempo que me esforzaba desesperadamente por llamarle para decirle que me esperara, pero tenía trabados los movimientos y la voz se me esfumaba antes de conseguir pronunciar su nombre. Y usted, mientras tanto, se alejaba cada vez más.

—¿Y sigues abrumada por esas fantasías, Jane, ahora que ya me tienes a tu lado? ¡Qué excitable es mi niña! Olvida las visiones quiméricas y atente solo a la felicidad tangible. Has dicho que me quieres, Jane, ni tú puedes negarlo ni yo lo voy a olvidar nunca. Aquella llamada no se desvaneció inarticulada en tus labios, ha llegado a mis oídos con toda

claridad, como un murmullo, y las palabras que he escuchado, aunque algo solemnes, me suenan a dulce melodía: «Para mí es una gloria vivir contigo, Edward, porque te amo». Eso has dicho. Repítelo. ¿Me amas?

—Con toda mi alma, señor.

—Bien —dijo él tras una breve pausa—. No lo entiendo, pero el caso es que tus palabras se me han clavado dolorosamente. ¿Por qué será? Tal vez por la intensidad y la solemnidad casi religiosa de tu voz al decirlas, y porque la mirada que me estás dirigiendo ahora es la quintaesencia de la fe, de la sinceridad y de la entrega; es demasiado intenso tener al lado a un espíritu. Pon cara de mala, Jane, que te sale muy bien, forja una de esas sonrisas tuyas salvajes, impenetrables o provocativas, dime que me odias, hazme rabiar, métete conmigo. Haz cualquier cosa menos conmoverme. Prefiero que me saques de quicio a que me entristezcas.

—Le sacaré de quicio todo lo que usted quiera, cuando haya acabado con mi relato. Pero tiene que escucharlo hasta el final.

—¿Cómo? ¿Queda algo por contar? Creía que la causa de tu abatimiento había sido el sueño.

Negué con la cabeza.

—¿Quieres decir que te pasaron otras cosas? Pues sigue. Pero te advierto de antemano que soy bastante escéptico, y me inclino a creer que no se trata de nada importante.

Me llamó la atención su actitud aprensiva así como el nerviosismo e impaciencia de que daba repentinas muestras.

—Tuve otro sueño —continué—. Soñé que Thornfield Hall se había convertido en una ruina, desolador imperio de murciélagos y lechuzas. De su magnífica fachada solamente quedaba en pie una pared, frágil como una cáscara. Estuve andando de un lado para otro a la luz de la luna, pisando la hierba que crecía en el antiguo suelo de las habitaciones, tropezando tan pronto con un trozo despegado de la cornisa como con una chimenea de mármol. Seguía llevando al niño desconocido en brazos, lo arropaba con mi chal; por cansada que estuviera de aquella carga y por mucho que dificultara mis andares, sabía que no podía dejarlo en ningún sitio, que mi obligación era no separarme de él. A lo lejos, por el camino, resonaron los cascos de un caballo que se alejaba al galope. Supe seguro que era usted y

que se marchaba para muchos años a un país lejano. Trepé por la pared apresurada, frenética y temeraria, ansiosa de verlo desde lo alto por última vez. Las piedras del muro se desprendían bajo mis pies, la hiedra a la que trataba de agarrarme no tenía consistencia y el niño se colgaba de mi cuello muerto de miedo, tan fuerte que a poco me estrangula. Por fin llegué a lo alto y le distinguí a usted a lo lejos como una manchita cada vez más pequeña sobre el camino blanco. El viento arreciaba hasta tal punto que me fue imposible continuar de pie y tuve que sentarme en el estrecho remate de la pared, mientras trataba de calmar al niño, que seguía llorando asustado en mi regazo. Usted dobló la última curva del camino. Me incliné hacia afuera para verlo desaparecer, el muro se desmoronó y comprobé sobresaltada que había perdido el equilibrio. El niño se escapó de mis rodillas, caí al vacío y me desperté.

—Está bien, Jane, olvida eso. Ya pasó.

—Pasó el prólogo, señor; aún le queda por oír la historia. Al despertar, un resplandor deslumbró mis ojos. «¡Ya es de día!», pensé en un primer momento. Pero estaba equivocada: se trataba simplemente de la luz de una vela. Supuse que sería Sophie, que había entrado a buscar algo. Había una vela encendida sobre el tocador, y la puerta del armario donde había colgado mis atavíos de boda y que cerré antes de acostarme estaba abierta. Escuché un crujido procedente de allí. «¿Qué estás haciendo, Sophie?», pregunté. No obtuve respuesta, pero sí vi que una silueta surgía del armario, cogía la vela, la sujetaba en alto y se acercaba a examinar el vestido de novia y el velo que colgaban de la percha. «¡Sophie, Sophie!», volví a gritar. Y siguió respondiéndome el silencio. Me había incorporado en la cama y me incliné a mirar en aquella dirección. Primero me quedé estupefacta, pero enseguida el pasmo se convirtió en una perturbación que hizo presa en mí y me heló la sangre. No era Sophie, señor Rochester, ni tampoco Leah, ni la señora Fairfax, no, no lo eran, estoy segura, y ni siquiera esa misteriosa Grace Poole, tampoco ella.

—Pues alguna de ellas tendría que ser —me interrumpió el señor Rochester.

—No, señor, le juro por lo más sagrado que no. La figura que tenía ante mis ojos jamás había sido atisbada antes por ellos dentro de los

límites de Thornfield Hall. Su altura y los contornos de su cuerpo no la asemejaban a nadie que yo conociera.

—Descríbemela, Jane.

—Era una mujer alta y fornida, con una cabellera negra muy espesa que le colgaba suelta por la espalda. No sé qué clase de vestimenta llevaba, aunque sí que le caía en pliegues rectos y blancos; pero no puedo decirle si era un camisón, una sábana o una mortaja.

—¿Le viste la cara?

—Al principio no. Pero de repente sacó mi velo de novia del armario, lo levantó y se quedó mirándolo un rato fijamente. Después se lo puso en la cabeza y se dio la vuelta para contemplarse en el espejo. En ese momento vi reflejado su rostro con bastante detalle en la luna oval y oscurecida del armario, y se me quedaron grabadas sus facciones.

—¿Y cómo eran?

—Me parecieron, señor, espantosas y cadavéricas. ¡Nunca había visto un rostro semejante! Era un rostro lívido, salvaje. ¡Ojalá pudiera borrar de mi memoria sus ojos que giraban como inyectados en sangre, y la hinchazón amoratada y terrible de sus facciones!

—Los fantasmas, Jane, suelen ser pálidos.

—Pues este era más bien morado, señor. Tenía los labios abultados y oscuros, la frente fruncida y las cejas negras fieramente alzadas sobre los ojos enrojecidos. ¿Puedo decirle a quién me recordaba?

—Debes decírmelo.

—Pues al espectro de las leyendas alemanas, al vampiro.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hizo?

—Se quitó el velo de su evanescente cabeza, lo desgarró en dos mitades, las tiró al suelo y las pisoteó.

—¿Y luego?

—Luego se acercó a la ventana, corrió la cortina y miró afuera, tal vez al acecho de la aurora inminente, porque de repente retrocedió, volvió a coger la vela y se encaminó a la puerta. Se paró al pasar junto a mi cama, me lanzó una mirada terrible, acercó la llama a mi cara y luego la sopló ante mis propios ojos y quedamos a oscuras. Yo sabía que aquel rostro espectral estaba alentando sobre el mío y el terror me hizo desvanecerme.

A lo largo de toda mi vida solamente otra vez, además de esta, he perdido el conocimiento, porque soy bastante difícil de aterrorizar.

—¿Quién estaba contigo cuando recobraste el conocimiento?

—Nadie, señor, solo la luz, porque ya era de día. Me levanté, me mojé bien la cara y la cabeza y bebí un largo trago de agua. Me di cuenta de que, aunque debilitada, no me encontraba enferma, y decidí que no le contaría a nadie más que a usted lo que había visto. Ahora, señor, le toca a usted decirme quién era esa mujer.

—Una creación de tu mente sobreexcitada, eso es lo que era. Te tienes que cuidar, tesoro mío, una sensibilidad como la tuya requiere un trato especial.

—Por favor, créame, ni mi sensibilidad ni mis nervios me hicieron ver visiones. Lo que vi era algo real, y el suceso tuvo lugar de verdad.

—¿Y también eran reales tus sueños anteriores? ¿Está Thornfield Hall en ruinas, y yo separado de ti por insuperables obstáculos? ¿Me ves dispuesto a abandonarte sin una lágrima, sin una palabra o un beso de despedida?

—Todavía no.

—¿Ah, te parece que voy a hacerlo? Mira, va a comenzar el día señalado para que se lleve a cabo nuestra unión indisoluble. Y yo te garantizo que, una vez casados, no volverán a asaltarte esos terrores imaginarios.

—¿Terrores imaginarios, dice? Ojalá pudiera creer que no fueron más que eso. Necesitaría creerlo ahora más que nunca, al ver que ni siquiera usted es capaz de aclararme el misterio de la terrorífica visitante.

—Y si no puedo aclarártelo, quiere decir que viste visiones.

—Pero olvida usted una cosa, señor. Cuando esta mañana al levantarme me dije yo eso mismo, que habría visto visiones, y miré a mi alrededor, como si quisiera extraer ánimos y consuelo del aspecto familiar de los objetos a plena luz del día, allí mismo, sobre la alfombra mis ojos se toparon con algo que desmintió mi conjetura: ¡el velo de novia rasgado de arriba abajo en dos mitades!

El señor Rochester se sobresaltó, vino rápidamente a rodearme con sus brazos y noté que temblaba.

—¡Gracias a Dios —exclamó— que solo resultó dañado el velo! Si algún ser maligno se acercó a tu cuarto anoche, pudo haberte atacado también a ti. ¡No quiero ni pensar de lo que te has librado!

Suspiró profundamente y su abrazo se hizo tan estrecho que casi no me dejaba respirar. Después de un rato de silencio, continuó, en tono animoso:

—Mira, Jane, te voy a explicar lo que creo que pasó. Hay parte de realidad y parte de sueño en lo que me has contado. Indudablemente una mujer entró en tu cuarto y era (supongo que sería) Grace Poole. Tú misma me has llamado muchas veces la atención sobre su misteriosa identidad, sobre su anormal conducta. Y con toda razón, Jane. Acuérdate de lo que me hizo a mí, de cómo atacó a Mason. Pues bien, anoche, en tu duermevela, la viste entrar y hacer lo que hizo. Pero como estabas febril y casi en trance de delirio, a causa de los sueños anteriores, le atribuiste un aspecto fantasmal, distinto al suyo, una melena larga y enmarañada, mejillas amoratadas y tumefactas, altura desmesurada, todo eso fue producto de tu imaginación, secuela de las pesadillas padecidas. El velo lo rompería deliberadamente, es algo típico de su maldad. Comprendo que quieras saber por qué mantengo a mi servicio a una mujer de semejantes características. Cuando llevemos casados un año y un día te lo contaré, pero ahora no. ¿Te basta con eso, Jane? ¿Aceptas mi explicación del enigma?

Me quedé pensando, y en realidad me parecía la única explicación posible, aunque insatisfactoria. Por supuesto que no me quedaba conforme, pero me esforcé por aparentar lo contrario porque no quería verlo enfadado. Bastante mejor sí me sentía, y por eso le sonreí aliviada. Y como ya era más de la una, me dispuse a retirarme.

—¿No duerme Sophie con Adèle en el cuarto de la niña? —preguntó él, mientras me encendía la vela.

—Sí, señor.

—¿Y no hay sitio en la cama de Adèle para que tú puedas dormir hoy con ella? Por una noche, debes hacerlo, Jane. Es natural que un incidente como el que me has referido te haya sobreexcitado, y me quedaría más tranquilo si no durmieras sola. Prométeme que dormirás con la niña.

—Me encantará hacerlo, señor.

—Y cierra con llave por dentro. Despierta a Sophie cuando entre, y le pones como excusa que prefieres dormir allí para que ella te despierte mañana temprano, porque antes de las ocho tienes que vestirte y desayunar. Y por favor, Janet, espanta los presagios sombríos, ¡se acabaron las penas! ¿No oyes cuán dulcemente llegan a tus oídos los susurros del viento? La lluvia, por fin, ha dejado de azotar los cristales. ¡Mira! —añadió descorriendo la cortina—. ¡Mira qué noche tan hermosa se ha quedado!

Así era, en efecto. La mitad del cielo estaba limpia de nubes y estas, barridas por el viento, que soplaba del oeste, desfilaban aprisa hacia el este en alargadas hileras de plata. La luna resplandecía pacífica.

—Bueno —dijo él, buscando inquisitivo mi mirada—. ¿Cómo se encuentra ahora mi Janet, algo mejor?

—La noche se ha despejado, señor. Y yo también.

—Pues no vuelvas a soñar esta noche con separaciones ni desgracias, solo con el amor, y con nuestra bendita boda.

Este augurio no se cumplió más que a medias. No porque soñara con catástrofes sino porque, como no pegué ojo, tampoco pude soñar con la felicidad. Abrazada a la pequeña Adèle, la miré dormir confiada y segura en su inocencia, mientras yo esperaba con los ojos abiertos el alba del nuevo día. Toda mi vida estaba al acecho, llenándome el cuerpo de expectativas. Y tan pronto como el sol se levantó, yo lo imité. Recuerdo que Adèle se abrazó fuertemente a mí, cuando estaba a punto de abandonar la cama, y cómo, al separar sus manitas de mi cuello, la besé y se me saltaron las lágrimas, presa de una rara emoción. Me desprendí de ella porque no quería que mi llanto turbara su reposo. Ella era como el emblema de mi pasado. Y él, para quien inmediatamente iba a ataviarme y a cuyo encuentro me encaminaba, el inquietante aunque adorado índice de mi ignoto futuro.

Capítulo XI

A las siete vino Sophie para ayudar a vestirme; se entretuvo mucho tiempo en la tarea, tanto que el señor Rochester, cada vez más impaciente por mi retraso, supongo, mandó a preguntar que por qué no bajaba. Estaba acabando en ese momento de colocarme el velo (que al fin tuvo que ser aquel sencillo y cuadrado de blonda cortado por mí), me lo prendí al pelo con un broche y me liberé de las manos de Sophie a toda prisa.

—¡Un momento! —exclamó ella en francés—. Mírese en el espejo, no se ha echado ni un vistazo.

Me volví desde la puerta, y vi una figura ataviada con aquel traje y aquel velo, tan diferente de la que estaba acostumbrada a ver que casi me pareció la imagen de una extraña.

—¡Jane! —llamó una voz desde abajo.

Bajé corriendo y en el arranque de la escalera estaba esperándome el señor Rochester.

—¡Qué calma la tuya, Jane! —me dijo—. La cabeza me echa humo de impaciencia, ¡y tú desesperándome con tanta tardanza!

Me llevó al comedor, me supervisó atentamente de pies a cabeza y dijo:

—Pareces una azucena; no solo enorgulleces mi vida, sino que mis ojos te desean, preciosa.

Dichas estas palabras, no me concedió más que diez minutos de plazo para desayunar algo, y enseguida tocó la campanilla. Uno de sus lacayos, recién contratado, acudió a la llamada.

—¿Tiene John preparado el coche? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Han bajado el equipaje?

—Lo están bajando ahora.

—Acércate a la iglesia para ver si el reverendo Wood y el sacristán han llegado ya. Y vuelves corriendo a decírmelo.

La iglesia, como ya he dicho, estaba junto a la verja de la entrada, así que el lacayo no tardó en volver.

—El reverendo Wood está ya en la sacristía, señor, poniéndose la sobrepelliz.

—¿Y el coche?

—Están acabando de enjaezar los caballos.

—No nos van a hacer falta para ir a la iglesia, pero tiene que estar listo para cuando volvamos, una vez acabada la ceremonia, con todos los baúles y los bultos bien colocados y sujetos, y el cochero al pescante.

—De acuerdo, señor.

—¿Estás dispuesta, Jane?

Me levanté. No había testigos, ni damas de honor, ni familiares a los que esperar o buscar acomodo, no éramos más que él y yo. Al pasar por el vestíbulo vi a la señora Fairfax, que estaba allí de pie. Me hubiera gustado acercarme y decirle algo, pero aquella mano férrea agarrada a la mía tiraba de mí tan enérgicamente que a duras penas podía adaptar mis pasos al ritmo de los de él. Y mirarle a la cara no hubiera servido más que para leer en ella su inflexibilidad ante un solo minuto de demora. Me pregunto si habrá existido nunca otro novio con tales muestras de impaciencia y determinación, tan reconcentrado en sus propósitos, con aquellos ojos que echaban fuego bajo las cejas impasibles.

No puedo decir si hacía mal tiempo o bueno. Cuando íbamos bajando por la cuesta no paraba mientes ni en el cielo ni en la tierra. Mi corazón siguió el rumbo de mis ojos, y ambos parecían haber emigrado hacia el cuerpo del señor Rochester. Ansiaba aquel algo invisible que, según avanzábamos, parecía captar la atención de su mirada desorbitada y terrible. Hubiera dado cualquier cosa por apresar los pensamientos contra los que parecía mantener encarnizada batalla.

Al llegar al portillo del cementerio que rodeaba la iglesia, se detuvo, y reparó en que yo estaba sin aliento.

—Soy muy cruel contigo, ¿verdad, mi vida? —dijo—. Tómate unos minutos de respiro, Jane, apóyate en mí.

Parece que estoy viendo aquella gris y vetusta fachada de la casa de Dios tal como surgió ante mis ojos en ese momento, bajo el rosicler de la mañana; solamente la imagen de un grajo que revoloteaba en torno al campanario venía a turbar su quietud. También recuerdo los montículos verdosos de las tumbas. Y sobre todo se me quedaron grabadas las figuras de dos desconocidos que vagabundeaban por entre los escasos sepulcros de piedra leyendo los epitafios de sus lápidas musgosas. Me fijé en ellos porque, cuando advirtieron nuestra presencia, se dirigieron hacia la parte trasera de la iglesia, y no puse en duda que entrarían por la puerta lateral para asistir a la ceremonia. El señor Rochester no los vio, embebido como estaba en la contemplación preocupada de mi rostro, aquejado probablemente de una súbita palidez, porque sentí la frente perlada de sudor y las mejillas y los labios fríos. Cuando me rehíce, que fue casi enseguida, enfiló de mi brazo a paso lento el repecho que subía hasta el porche.

Entramos en la iglesia humilde y silenciosa. El clérigo nos esperaba con su sobrepelliz blanca al pie del sencillo altar. Nada alteraba la quietud excepto dos sombras que bullían en un rincón del fondo. No me había equivocado en mi conjetura, los desconocidos se habían colado en la iglesia, antes de llegar nosotros, y se hallaban ahora de espaldas junto a la cripta de los Rochester. A través de las rejas, parecían estar examinando atentamente el viejo sepulcro de mármol manchado por el paso del tiempo, a cuya cabecera un ángel de rodillas vigilaba los restos de Damer de Rochester que halló la muerte en el páramo de Marsden durante las guerras civiles y de su esposa Elizabeth.

Ocupamos nuestro lugar en el comulgatorio. Al oír a mis espaldas un rumor cauteloso de pasos, miré de refilón por encima del hombro. Uno de los dos desconocidos, con evidente aspecto de caballero, avanzaba por el presbiterio. La ceremonia dio comienzo. Se expuso el motivo de nuestra presencia allí: la decisión de unirnos en santo matrimonio, y, tras aquel

preámbulo, el reverendo Wood dio un paso al frente, e inclinándose luego ligeramente hacia el señor Rochester, prosiguió en estos términos:

—Os requiero, y solicito de ambos una respuesta tan veraz como la que os será demandada el terrible día del Juicio Final ante cuyo tribunal habréis de dar cuentas revelando los más íntimos secretos del corazón, que si conocéis algún impedimento que se oponga a que este santo sacramento del matrimonio tenga vigencia, lo confeséis ahora mismo. Porque habéis de saber que todos aquellos que se unieren traicionando la palabra de Dios, ni están casados a los ojos de Dios ni su matrimonio es válido ante la ley.

Tras aquella pregunta rutinaria, hizo una breve pausa, como para cumplir con el obligado expediente. ¿Alguna vez la pausa que sigue a la frase enunciada es rota por una réplica? Puede que una vez cada cien años. El clérigo, que no había levantado los ojos del libro donde la leyó y que apenas llevaría unos segundos conteniendo el aliento, extendió la mano hacia el señor Rochester y sus labios se entreabrían ya, sin duda para preguntar: «¿Quieres aceptar a esta mujer por legítima esposa?», cuando una voz alta y clara formuló a nuestras espaldas, muy cerca, la siguiente réplica:

—El matrimonio no puede celebrarse. Yo declaro que existe un impedimento.

Tanto el clérigo como el sacristán se quedaron mirando fijamente a la persona que había hablado, sin decir una palabra. El señor Rochester se tambaleó levemente, como si la tierra estuviera a punto de abrirse bajo sus pies, pero enseguida los afianzó con firmeza.

—Continúe usted —dijo, sin volver la cabeza ni la mirada hacia atrás.

Un silencio sepulcral siguió a este mandato, pronunciado en voz baja pero profunda.

—No puedo continuar —contestó el clérigo— sin averiguar antes si la alegación aportada es falsa o verdadera.

—La ceremonia tiene que suspenderse —añadió la misma voz a nuestras espaldas—. Tengo pruebas de mi alegato, y sostengo que hay un obstáculo insuperable para que pueda celebrarse el presente matrimonio.

El señor Rochester lo había oído, pero fue como si no. Se mantuvo impasible, terco y erguido, sin otra señal de vida que la que me transmitía

al apretarme la mano. ¡Con qué avidez se había apoderado de ella la suya ardorosa y qué fuerte me la apretaba! Su frente ancha, pálida y maciza me pareció en aquel momento esculpida en mármol. ¡Y cómo le brillaban los ojos impasibles, salvajes, al acecho!

El reverendo Wood no sabía qué hacer.

—¿Cuál es la naturaleza de ese impedimento? —preguntó—. Puede tratarse de un malentendido que quepa aclarar.

—Lo veo difícil —fue la respuesta—. Cuando he afirmado que es insuperable, lo decía con conocimiento de causa.

La persona que había hablado por fin avanzó, se apoyó en la barandilla del altar y continuó su alegato sin levantar la voz, pero deteniéndose en la pronunciación de cada palabra con exactitud y tranquila firmeza.

—Se trata ni más ni menos que de la existencia de una boda anterior. El señor Rochester tiene una esposa que aún vive.

Estas palabras tan quedas sacudieron todo mi sistema nervioso más que cien truenos desatados. Mi sangre respondió a su vibración sutil pero agresiva como nunca había reaccionado ante el fuego o la helada. Pero sabía que no me iba a desmayar y eso me ayudó a no perder el control. Miré al señor Rochester y le obligué a que él me mirase también. Su rostro demudado parecía de roca incolora, pero sus ojos, aunque pétreos, echaban chispas. No negó nada, parecía dispuesto a desafiarlo todo. Sin sonreír ni dirigirme la palabra, como si no reconociera en mí a un ser humano, me rodeó el talle con el brazo y me afianzó a su lado.

—¿Quién es usted? —le preguntó al intruso.

—Me llamo Briggs, soy abogado, y tengo mi despacho en Londres.

A continuación especificó las señas de su bufete, con calle y número.

—¿Y me quiere usted colgar una esposa?

—Quiero recordarle que no es lo mismo la existencia de una esposa reconocida por la ley, aunque usted, señor, se empeñe en no desmentir su existencia.

—Tenga la bondad de aportar datos y de especificar su nombre, sus antecedentes familiares y su lugar de residencia.

—Con mucho gusto —contestó el señor Briggs.

Luego sacó un documento del bolsillo y en un tonillo nasal como de alguien que lo hace por cumplir comenzó a leer:

—Afirmo y estoy en disposición de demostrar que el veinte de octubre de 18… —y dio una fecha de quince años antes— el señor Edward Fairfax Rochester, de Thornfield Hall, del condado de…, y de Ferndean Manor, del condado de…, ambos de Inglaterra, contrajo matrimonio con mi hermana Bertha Antonieta Mason, hija de Thomas Mason, comerciante, y de su esposa Antonieta, de raza criolla, en la iglesia… de Puerto España, Jamaica. El certificado matrimonial está archivado en el registro de dicha iglesia y obra en mi poder una copia legal del mismo. Firmado: Richard Mason.

—Ese documento —argumentó Rochester—, caso de que sea auténtico, podrá probar, en todo caso, que yo tuve una esposa, pero no demuestra que la mujer mencionada en él como tal siga aún viva.

—Vivía hace tres meses —replicó el abogado.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Tengo un testigo de cargo, cuya declaración ni usted mismo será capaz de refutar.

—¡Pues tráigalo o váyase al diablo!

—Prefiero traerlo, está allí, en la sombra. Señor Mason, haga el favor de acercarse.

Al escuchar aquel nombre, el señor Rochester apretó los dientes, al tiempo que una especie de espasmo convulso estremecía su cuerpo. Yo, como estaba tan pegada a él, recibía la vibración de aquel ataque de desesperada furia. Mientras tanto, el segundo forastero, rezagado hasta entonces a un segundo término, ya había zanjado la distancia que lo separaba del altar y asomaba una cara pálida por encima del hombro de su abogado. Y sí: era Mason en persona. El señor Rochester, fuera de sí, se volvió a mirarlo. Sus ojos, que, como ya he dicho varias veces, son negros, despedían en aquel momento un fulgor entre leonado y sanguinolento que alteraba su negrura. Se le había subido la sangre a la cara y tanto sus mejillas morenas como su descolorida frente recibieron de pronto aquel rubor como de un surtidor de fuego. Se agitó y levantó su fuerte brazo con ademán agresivo; podía derribar a Mason y aplastarlo contra el suelo,

cortarle la respiración de un golpe inmisericorde, pero Mason escurrió el bulto y exclamó achantado:

—¡Ay, Dios, ay, Dios mío!

El más helado desprecio vino a sustituir el arrebato pasional del señor Rochester, marchitándolo como bajo los efectos de una plaga.

—¿Tienes algo que decir tú? —se limitó a preguntar.

Una réplica imperceptible se escapó de los labios blanquecinos de Mason.

—Debes de estar poseído por el diablo cuando no consigues que se te oiga. Te vuelvo a interrogar: ¿qué tienes que decir tú?

—Señor, por lo que más quiera —intervino el clérigo—, no olvide que se encuentra usted en un lugar sagrado. —Y luego, dirigiéndose a Mason, le preguntó con delicadeza—: ¿Le consta a usted, señor, que la anterior esposa de este caballero sigue viva?

—¡Ánimo! —le metió prisa el abogado—. ¡No te amilanes y habla!

—Está viviendo actualmente en Thornfield Hall —dijo Mason en un tono menos confuso y mejor articulado—. La vi allí el pasado mes de abril. Yo soy su hermano.

—¿En Thornfield Hall? —se extrañó el reverendo Wood—. Eso es inverosímil. Yo vivo en esta zona desde hace muchos años y jamás he oído comentar a nadie que en Thornfield Hall viviera ninguna señora Rochester.

Vi cómo una tenebrosa sonrisa contraía los labios de mi señor.

—No, por Dios —murmuró—, ya me ocupé yo de que nadie oyera hablar de ella, al menos bajo ese título. —Se quedó reconcentrado durante un rato, como si estuviera consultando el caso consigo mismo. Y luego, de repente, enunció la resolución a que había llegado—: Se acabó, salgamos todos de aquí como alma que lleva el diablo. Cierre su libro, reverendo Wood, y quítese la sobrepelliz. Y usted, John Green —añadió dirigiéndose al sacristán—, hoy no se celebrará aquí ninguna boda, así que puede abandonar la iglesia.

El sacristán se apresuró a obedecerle, mientras el señor Rochester desafiante y atolondrado, iniciaba una larga perorata.

—¡Qué mal suena la palabra bigamia! Y sin embargo yo iba para bígamo. Pero el destino ha podido más que yo o, mejor dicho, me ha

frenado. En estos momentos no soy mucho mejor que un diablo y merezco de sobra, como sin duda diría mi pastor, que caiga sobre mí el juicio implacable de Dios, que me consuma el fuego eterno y que haga presa en mis carnes el gusano inmortal. ¡Mi plan se ha ido al garete, señores! Lo que dicen este abogado y su cliente es la pura verdad: me casé, y la mujer con quien me casé vive todavía. Dice usted, reverendo Wood, que nunca ha oído hablar de la tal señora Rochester en la casa de allá arriba, pero seguro que había escuchado muchas veces ciertos chismorreos acerca de la loca misteriosa a quien se esconde y vigila en el piso alto. Algunos le habrán insinuado que es una hermanastra bastarda mía, otros que una vieja amante repudiada. Pues bien, yo le notifico ahora que es mi mujer y que me casé con ella hace quince años, Bertha Mason, hermana de este sujeto tan decidido, cuyo rostro demudado y tembloroso pone de manifiesto, sin embargo, de qué basto material están fabricados algunos hombres. ¡Ánimo, Dick! ¡No me tengas tanto miedo! Antes pegaría a una mujer que pegarte a ti. Bertha Mason está loca, y le viene de familia, pues la suya cuenta con tres generaciones de idiotas y dementes, su madre, la criolla, además de loca estaba alcoholizada, cosa que descubrí después de mi boda, porque era un secreto guardado celosamente. Bertha, como buena hija, imitaba a su progenitora en ambas inclinaciones. Pueden imaginarse lo feliz que fui con tan encantadora, sensata y modesta compañera. Si hubieran visto las escenas que hubo entre nosotros, no dudarían en calificarlas de paradisíacas. Pero sobran las explicaciones, y voy a sustituirlas por una invitación a casa para que conozcan a mi esposa, la paciente de Grace Poole. Allí verán ustedes, Briggs, Mason y Wood, con qué clase de ser me estafaron, y juzgarán al verlo si tengo derecho o no a romper el pacto y buscar afinidades con alguien perteneciente, al menos, a la raza humana. Esta muchacha —prosiguió, mirándome— no sabía más que usted o el reverendo Wood acerca del repugnante secreto; ella creía que todo era legal y transparente, y nunca se le pasó por la cabeza que iban a atraparla en las redes de una boda fraudulenta con un miserable, víctima de una estafa, y ya unido a una pobre loca embrutecida con ramalazos de maldad. ¡Vengan todos conmigo, síganme!

Sin dejar de sujetarme con fuerza, se precipitó fuera de la iglesia, y los tres hombres nos siguieron. Ante la fachada de la casa, encontramos el coche.

—Vuélvelo a meter en la cochera, John —dijo el señor Rochester, tajante y frío—. Hoy no va a hacer falta.

En el vestíbulo estaban la señora Fairfax, Adèle, Sophie y Leah, que se adelantaron para darnos la enhorabuena.

—¡Todo el mundo arriba, de frente, señores! —gritó el amo—. ¡Y huelgan las enhorabuenas! ¿Quién las necesita? Llegan con quince años de retraso.

Pasó de largo y empezó a subir las escaleras, siempre llevándome fuertemente agarrada de la mano, y haciendo gestos a los tres testigos de lo ocurrido para que nos siguieran, como efectivamente hicieron. Subimos al segundo piso, recorrimos el pasillo e iniciamos el ascenso hacia el tercero. La puerta baja y negra fue abierta por la llave que sacó el señor Rochester y entramos al cuarto de paredes tapizadas con su gran cama y su gabinete con puerta-vitrina de colores.

—Tú ya conoces este sitio, Mason —comentó nuestro guía—. Aquí es donde ella te mordió y te clavó el cuchillo.

Alzó los tapices de una de las paredes y apareció una segunda puerta, que estaba oculta. También abrió esta. En la habitación sin ventanas que se ofreció ante nuestros ojos, ardía una fogata, protegida del exterior por un guardafuegos alto y sólido. Una lámpara, colgada de una gruesa cadena, pendía del techo. Grace Poole, inclinada sobre la chimenea, parecía estar calentando un guiso en una cazuela. En la sombra, al fondo de la habitación, vimos correr de un lado a otro a una figura indistinta. A primera vista no podía percibirse si era humana o animal. Serpenteaba a cuatro patas echando mano a todo y gruñendo como una fiera; pero iba vestida, y una abundante melena como de león, pero de pelo negro y alborotado, le cubría el rostro.

—Buenos días, señora Poole —saludó el señor Rochester—. ¿Cómo está usted? ¿Y que tal día lleva su paciente?

—Vamos tirando, señor, muchas gracias —respondió Grace, mientras colocaba aquel guisote hirviendo sobre la repisa de la chimenea—. Un

poco protestona está, pero no agresiva.

Un espantoso chillido vino a dar un mentís a tan benigno informe. Se incorporó la hiena vestida y se puso de pie sobre sus patas traseras.

—¡Cuidado, señor, le ha visto a usted! —advirtió Grace—. Yo creo que no debe quedarse aquí.

—Son solo unos momentos, Grace, permítame que me quede unos momentos.

—¡Pero no la pierda de vista, por amor de Dios! Todas las precauciones son pocas.

La loca se apartó de la cara, bramando, los mechones enmarañados de su cabellera, y contempló con ferocidad a los recién llegados. Inmediatamente reconocí aquel rostro lívido y aquellos rasgos tumefactos. La señora Poole se puso delante de ella.

—¡Quítese de en medio! —dijo el señor Rochester, empujándola para que se apartara—. No lleva cuchillo, creo, y yo estoy alerta.

—Nunca se sabe lo que lleva y lo que no, señor. Es tan artera que no hay ser mortal, por avisado que sea, capaz de imaginar sus tretas.

—Será mejor que nos vayamos —susurró Mason.

—¡Vete tú, pero al infierno! —le increpó su cuñado.

—¡Cuidado! —gritó Grace Poole.

Los tres visitantes se echaron atrás inmediatamente. El señor Rochester cubrió mi cuerpo con el suyo y luego me apartó. La loca le saltó al cuello, le clavó los dientes en la mejilla y se entabló una lucha entre ellos. Era una mujer corpulenta y musculosa, casi tan alta como su marido, y a lo largo de la contienda hizo gala de una fortaleza más viril que femenina. Más de una vez dio la impresión de que iba a estrangularlo, aunque él era un hombre atlético. Creo que, si quisiera, hubiera podido tirarla al suelo de un puñetazo, pero evidentemente no quiso, y se limitó a forcejear con ella. Al final, consiguió sujetarle los brazos, y atárselos a la espalda con una cuerda que le trajo Grace Poole. Con otra cuerda que encontró él, la dejó amarrada a una silla. Esta operación se llevó a cabo entre feroces aullidos y espasmos. El señor Rochester se volvió luego hacia sus espectadores y los miró con una sonrisa entre mordaz y desolada.

—Esta es mi mujer —dijo—. ¡De esa clase son los únicos abrazos conyugales con que consuela mis ratos de asueto! Y esta es la que yo había elegido —añadió, poniéndome una mano en el hombro—, esta joven seria, que se mantiene impasible incluso ante la boca misma del infierno, contemplando sin alterarse los vaivenes de un demonio. A ella es a quien quería y quiero. Véanla, señores, y miren luego a la feroz alimaña. Comparen esta mirada limpia y franca con aquellos ojos fuera de las órbitas, este rostro con aquella careta, esta figura con aquella masa informe y luego júzguenme ustedes dos, ministro de las Sagradas Escrituras y mandatario de la ley, pero antes de emitir su veredicto recuerden que, tal como juzguen, así serán juzgados. Y ahora váyanse. Tengo que encerrar a mi trofeo.

Nos fuimos todos. El señor Rochester se quedó allí para impartir sus órdenes a Grace Poole.

Cuando bajábamos la escalera, el abogado me dijo:

—Usted, señora, está libre de toda culpa. Y su tío se alegrará de saberlo, si es que aún vive cuando el señor Mason regrese a Madeira.

—¿Mi tío? ¿Qué noticias puede darme de él? ¿Es que lo conoce?

—Lo conoce el señor Mason. El señor Eyre es el representante en Funchal[86] de los negocios de Mason. Cuando su tío recibió la carta que le escribió usted participándole su boda, dio la casualidad de que Mason estaba con él, porque se recuperaba en Madeira antes de seguir viaje a Jamaica. Como el señor Eyre sabía que Mason conocía a un caballero apellidado Rochester, le comunicó la noticia. Se puede imaginar la angustia y el pasmo de Mason, quien se vio obligado a revelarle a su amigo la verdad. Antes de nada, siento informarle de que el señor Eyre padece una cruel enfermedad, ya muy avanzada, de la que es probable que no salga. Esa es la razón de que no viniera él personalmente a Inglaterra, para quitarle a usted la venda de los ojos y avisarla de la trampa en que iba a caer; así que le rogó al señor Mason que le suplantara en este cometido, y le dio mis señas para que yo le asesorase. Me di prisa en hacerlo y me alegra mucho haber podido llegar a tiempo, supongo que usted también se alegrará. Si no estuviera casi seguro de que a su tío le quedan escasos días de vida, la aconsejaría que acompañase hasta Madeira al señor Mason,

pero, tal como están las cosas, creo que es mejor que se quede en Inglaterra en espera de noticias sobre el caso. ¿Tiene usted que atender a algo más? —le preguntó al señor Mason.

—No, no, vámonos cuanto antes —respondió el otro, muy nervioso.

Y sin esperar siquiera a despedirse del señor Rochester, se dirigieron a la puerta principal y salieron por ella. El reverendo Wood se quedó un poco más para suministrar algún consejo o reproche a su altanero feligrés. Una vez cumplida esta obligación, se marchó él también.

Le oí salir cuando estaba junto a la puerta entreabierta de mi habitación, donde había buscado retiro. En cuanto comprendí que se habían ausentado todos, me encerré en ella, corrí el cerrojo para evitar el asalto de cualquier intruso y, como estaba aún serena, descarté la entrega al llanto o la lamentación, me despojé del traje de novia y lo sustituí por el de paño que había usado siempre y que la noche anterior creí estarme quitando por última vez. Luego me senté, porque me notaba floja y cansadísima, apoyé los brazos sobre la mesa y escondí la cara entre ellos. Y me puse a pensar. Hasta ese momento no había hecho más que moverme, ver, oír, ir de arriba abajo siguiendo a otro que me guiaba o tiraba de mí, ser espectadora de los acontecimientos y revelaciones que se sucedían en cadena. Pero ahora me había puesto a pensar.

La mañana había transcurrido más bien tranquila, si se exceptúa la breve escena con la loca del ático; lo que ocurrió en la iglesia no fue estruendoso, no hubo estallidos pasionales ni altercados a gritos, ni desafíos, ni querellas, ni lágrimas, ni sollozos. Se intercambiaron unas palabras, se formularon con toda serenidad unos reparos al matrimonio que estaba a punto de celebrarse, el señor Rochester opuso unas preguntas sucintas y severas, y tras las respuestas, aclaraciones y testimonios pertinentes, mi señor confesó abiertamente la verdad y nos invitó a contemplar en vivo la prueba de su confesión. Luego se marcharon los intrusos, y se acabó. Eso fue todo, y ya había pasado.

Ahora volvía a estar, como siempre, en mi cuarto; era yo misma, en torno a mí no percibía cambios visibles, ni mutilación en mi ser; conmigo nadie se había metido ni había recibido daño directo. Y sin embargo,

¿dónde estaba la Jane Eyre de ayer? ¿Qué había sido de su vida y de sus proyectos?

Aquella Jane Eyre ardiente y esperanzada, disfrazada de novia, volvía a ser una muchacha solitaria y encogida, su vida era desvaída, su porvenir desolador. Una helada navideña había sobrevenido en la plenitud del verano, sobre el mes de junio cayeron las ventiscas y nieves de diciembre; el hielo congeló las manzanas en sazón y aplastó los rosales, los campos de heno y maíz estaban cubiertos por una blanca mortaja, a las vereditas que la noche anterior hacían gala de un derroche de flores les había cerrado el paso una manta de nieve por nadie hollada aún y los bosques, que doce horas antes se mostraban frondosos y fragantes a manera de arboledas tropicales, ahora se extendían encanecidos y salvajes a modo de pinares de Noruega en pleno invierno. Mis esperanzas se habían esfumado, heridas mortalmente bajo el golpe del destino igual que fueron castigados una noche de antaño todos los recién nacidos de Egipto. Consideré los anhelos que nutrí, en plena floración y exuberancia hasta ayer mismo, ateridos y pálidos hoy como cadáveres a quienes nadie podría resucitar. Consideré mi amor, un sentimiento atizado por mi amo y que a él solo pertenecía, y noté que se estremecía dentro de mí, como un niño enfermo, que llora presa de angustia acurrucado en su fría cuna. Ya no podía buscar refugio en los brazos del señor Rochester, aquel calor que me daba su pecho me estaba vedado para siempre. ¡Ya no acudiría a él nunca jamás, pobre de mí! Se marchitó mi fe y mi confianza se hizo pedazos. El señor Rochester ya no era el de antes, no podía ver en él a quien yo había idealizado. No es que intentara juzgarle por sus faltas ni reconocer que me había engañado, pero aquella impresión de veracidad insobornable que me producía se había desvanecido, y no me quedaba más remedio que huir de su lado; de eso no me cabía duda. Todavía no podía imaginar cuándo, cómo ni adónde iría, pero estaba segura de que él mismo me echaría de Thornfield. Estaba claro que un afecto sólido no lo podía sentir por mí; se había tratado únicamente de un apasionado antojo y, ahora que se había malogrado, ¿para qué iba a continuar queriendo tenerme allí? Y me daba miedo la sola idea de cruzarme con él en tales circunstancias, porque mi vista le resultaría odiosa. ¡Qué ciegos habían sido mis ojos, y yo qué débil!

Se me cerraban los párpados, torbellinos de oscuridad parecían flotar a mi alrededor, sincronizados con la confusa y negra marea de mis pensamientos. Abandonada a mis propias fuerzas, desalentada y exhausta, me sentía como si estuviera tumbada en el cauce seco de un gran río. Oía a lo lejos la crecida de las aguas que bajaban de la montaña y sentía la inminencia del torrente. Pero no tenía ganas de levantarme ni fuerzas para escapar. Me quedé tendida presa de un desfallecimiento que entrañaba el deseo de morir. Una sola idea palpitaba dentro de mí como motor de vida: el recuerdo de Dios. Y ese recuerdo arrancó una muda plegaria, cuyas palabras vagaban por las tinieblas de mi mente, pugnando por ser entendidas. Pero no hallaba en mí el aliento preciso para expresarlas.

«No te alejes de mí, porque se acerca el tiempo de la tribulación, y no hay nadie que pueda venir en mi ayuda».

Tenía la oración en la punta de la lengua, pero mientras no formulase aquella petición al cielo, la catástrofe no se ahuyentaría. Por eso llegó porque no había juntado las manos, ni había caído de rodillas, ni mis labios se habían movido: vino el torrente vigoroso, pleno, y me arrastró con su oleada. Toda la conciencia de mi vida solitaria, de mi amor perdido, del naufragio de mi esperanza, de mi fe agonizante se abatió sobre mí de lleno, como un macizo de sombras. No es posible describir la amargura de aquella hora; las aguas anegaron mi alma, me hundí en un cenagal sin fondo, donde no se hacía pie, hasta lo más profundo de las aguas. La riada se había apoderado de mí.

Tercera parte

Capítulo I

No sé en qué momento, a lo largo de la tarde, levanté la cabeza y me quedé mirando a mi alrededor. El sol poniente dejaba la marca dorada de su declive sobre la pared de la habitación. «¿Qué voy a hacer, Dios mío?», me pregunté.

Pero la respuesta inmediata que surgió en mi pensamiento: «¡Salir de Thornfield sin pérdida de tiempo!», sonó tan súbita e inflexible que me tapé los oídos, me di cuenta de que no era capaz de soportar en aquel trance tan duro consejo.

«Haber perdido la posibilidad de casarme con Edward Rochester —aduje— es lo que menos me importa; y despertar de un sueño que parecía maravilloso y solo alberga vacío supone una tribulación a la que puedo enfrentarme y sabré resistir. Pero tener que abandonarlo a él sin paliativos, inmediatamente y para siempre, eso me resulta insoportable. No soy capaz de hacerlo».

Pero en ese momento, una voz dentro de mí me llevó la contraria, me aseguró que podía hacerlo y me predijo que lo haría. Me debatí contra mi propia firmeza; ansiaba ser débil para esquivar el pavoroso camino de abrojos que veía abrirse ante mí. Mi conciencia, transformada en déspota, había acogotado a la pasión y la amenazaba diciéndole que aún no había hecho más que meter en el fango la punta delicada del pie, pero que su brazo de hierro lograría hundirla en abismos insondables de agonía.

«¡Que me saquen de aquí, entonces! —grité—. ¡Que sea otro quien venga a ayudarme!».

«No, tú sola has de desprenderte de todo esto. No implores ayuda, pues no la hallarás. Tú misma te arrancarás el ojo derecho y te mutilarás la mano. Tu corazón será la víctima y tú el sacerdote que lo sacrifique»[87].

Me levanté de un salto, horrorizada ante la soledad a que me confinaba aquel juez tan despiadado, y ante el silencio que su formidable voz vino a conturbar. Al ponerme de pie, la cabeza empezó a darme vueltas, y me di cuenta de que los nervios habían llegado al límite de su aguante y de que me encontraba exhausta. Llevaba todo el día sin probar bocado ni ingerir líquido alguno, porque ni siquiera desayuné. Y de repente, me di cuenta también de otra cosa que me produjo una rara desazón: durante todas aquellas horas que pasé encerrada, nadie había llamado a mi puerta para preguntar cómo me encontraba o para invitarme a bajar, ni siquiera la pequeña Adèle o la señora Fairfax me echaban de menos. «Los amigos suelen olvidarnos cuando la suerte nos desdeña», murmuré, al tiempo que descorría el cerrojo para salir.

Mis pies tropezaron con un obstáculo. Seguía sintiendo mareo, todo lo veía borroso y las piernas me sostenían con dificultad. No me dio tiempo a sortear el escollo y me caí. Pero no llegué al suelo. Unos brazos fuertes se alargaron para sostenerme. Alcé la vista. El señor Rochester, que estaba sentado en una silla en el umbral de mi habitación, era quien me había recogido.

—Menos mal —dijo—, por fin sales. Llevo no sé cuánto rato aquí esperándote y con el oído alerta. Pero nada, ni un cambio de postura, ni un sollozo. Te juro que si llegas a mantener cinco minutos más ese silencio de tumba, fuerzo la cerradura como un ladrón. Así que huyes de mí, ¿no? ¡Te encierras para lamentarte a solas! Hubiera preferido que me echaras a la cara tus vehementes insultos. Una escena de ese tipo es lo que esperaba, porque sé lo apasionada que eres, Jane, y un raudal de ardientes lágrimas tuyas no me hubiera pillado desprevenido, con tal de que vinieras a derramarlas contra mi pecho. Pero se las has dedicado al suelo insensible o han ido a empapar tu pañuelo. Aunque creo que me equivoco, tienes la cara pálida y los ojos cargados de fatiga, pero no has llorado, Jane, no hay rastro de lágrimas en tu rostro. ¿Quiere decir esto, entonces, que es tu corazón el que ha llorado sangre?

»Ya veo que callas, Jane. ¿Es que no tienes nada que decirme? ¿Ni una palabra de reproche, algo punzante, amargo, lanzado cual dardo contra mis sentimientos a modo de cebo para espolear mi pasión? Te quedas ahí quieta, donde te he dejado, y me miras con ojos cansados, apáticos.

»Créeme, Jane, que nunca quise herirte de este modo. Si el pastor de una sola oveja a quien quería tiernamente, que comió su pan, bebió en su escudilla y se acurrucó entre sus brazos, la hubiera sacrificado por error en el matadero, no lamentaría su sangrienta equivocación tanto como yo ahora lamento la mía. ¿Podrás llegar a perdonarme alguna vez?

Le perdoné al instante y allí mismo, lector. Rezumaban sus ojos tan profundo arrepentimiento, tan sincera congoja su tono y una energía tan varonil su porte, que todo se lo perdoné en nombre del amor inalterable que me demostraba. Sin embargo no manifesté verbalmente mi perdón, lo escondí en el fondo de mi alma, y guardé silencio.

—¿Sabes, Jane, que soy un canalla? —preguntó al cabo con voz ansiosa, asombrado, supongo, de mi largo silencio y mi actitud apaciguada, más motivados por la debilidad que obedientes a un deliberado propósito.

—Sí, señor.

—Entonces dímelo a la cara sin contemplaciones, no te lo guardes, insúltame.

—No puedo… Estoy agotada. Estoy enferma. Agua. Quiero un poco de agua.

Emitió un extraño suspiro que estremeció su cuerpo. Enseguida me cogió en brazos y me llevó al piso de abajo. Al principio no reconocí la habitación en que habíamos entrado, pues a través de mis ojos vidriosos todo lo veía como entre niebla. Luego noté el calor de un fuego que me confortaba, porque, aunque era verano, me había quedado helada en mi cuarto. Me puso una copa de vino en los labios, me sentí revivir en cuanto lo probé, y acabé de recuperarme al comer algo que me ofreció. Estábamos en la biblioteca, yo sentada en su butaca y él muy cerca. «Si pudiera dejar la vida ahora —pensé— sin sentir un dolor demasiado agudo, no habría cosa mejor. No tendría que pasar por la prueba de desgarrarme las

entretelas del corazón al dejar al señor Rochester. Y tengo que hacerlo, al parecer. No quiero, no puedo, ¿cómo voy a dejarlo?».

—¿Qué tal te vas encontrando, Jane?

—Mucho mejor, enseguida estaré bien del todo, señor.

—Bebe otro poco de vino.

Le obedecí. Después puso el vaso encima de la mesa y se quedó ante mí, examinándome atentamente. De repente, se dio la vuelta, y riendo una exclamación apasionada pero confusa, cuyas palabras inarticuladas entrañaban una peculiar emoción, cruzó a paso vivo la estancia. Vino de nuevo hacia mí, se detuvo a mi lado y se inclinó, como si quisiera besarme. Pero yo me acordé de que las caricias ahora ya estaban prohibidas y aparté mi rostro, esquivando el suyo.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esto? —preguntó con rudeza—. ¡Ah, claro, ya lo entiendo! No quieres besar al marido de Bertha Mason. ¿Piensas que mis brazos no están disponibles y que mis caricias ya tienen propietaria?

—Da igual lo que piense, lo único evidente es que yo aquí no pinto nada.

—Pero ¿por qué, Jane? Te voy a ahorrar el esfuerzo de hablar mucho, contestaré por ti. Porque ya tengo otra mujer. ¿Es eso lo que ibas a decir, verdad?

—Sí.

—Pues si piensas eso, debes de tener una opinión sobre mí bastante rara, me considerarás un libertino tramposo, un villano de la peor ralea que ha venido fingiendo un amor desinteresado con la mezquina intención de hacerte caer en sus redes para deshonrar y ultrajar tu amor propio. ¿Qué dices a esto? Bueno, no dices nada, ya lo veo, primero porque estás exhausta y bastante tienes con recuperar el resuello, y en segundo lugar porque aún no te has hecho a la idea de cubrirme de oprobio. Además la compuerta de tus lágrimas se está abriendo, saldrán a raudales si hablas de más, y no eres amiga tú de amonestaciones y reproches, ni de hacer escenas. Estás pensando cómo actuar, y consideras que las palabras en este caso no sirven de nada; te conozco, y estoy a la defensiva.

—No quiero actuar en perjuicio suyo, señor —dije.

Y la inestabilidad de mis palabras me avisó de que debía abreviar la frase.

—Y sin embargo —dijo él—, no tal como tú ves las cosas, pero sí como yo las veo, lo que estás urdiendo es mi destrucción. Quieres dar a entender que soy un hombre casado, y que como tal evitarás mi contacto; acabas de rechazarme un beso, ¿no? Pretendes convertirte en una total extraña para mí, vivir bajo mi mismo techo reducida a tu papel de institutriz de Adèle. Si se me ocurre dirigirte una frase cariñosa o en algún momento te sientes atraída tú por mí, te dirás inmediatamente: «Este hombre estuvo a punto de convertirme en su amante. Tengo que ser para él de hielo y de roca». Y te volverás de hielo y de roca.

Traté de afirmar y aclarar mi voz antes de contestar:

—Mi situación, señor, ha cambiado de arriba abajo. Y yo también tengo que cambiar, de eso no cabe la menor duda. Así que para evitar fluctuaciones de ánimo y una continua lucha contra los recuerdos e ideas inoportunos, no veo más solución que una: buscar una nueva institutriz para Adèle, señor.

—Claro, a Adèle la mandaré interna a un colegio, eso ya está decidido. Y en cuanto a ti, nada más lejos de mi propósito que atormentarte con los recuerdos e ideas abominables que te sugiera Thornfield Hall, este lugar maldito, esta tienda de Acán[88], esta cripta insolente que escupe al cielo el fantasma de una muerta en vida, este angosto infierno de roca, con su demonio de verdad, más terrible que una legión de los imaginarios. No, Jane, no te quedarás aquí, ni yo tampoco. Fue un crimen traerte a Thornfield sabiendo que estaba embrujado. Recomendé a todos que te lo ocultaran, incluso antes de conocerte, que nadie te hablara de la maldición que pesa sobre este lugar. Sencillamente porque temía que ninguna institutriz accediera a quedarse si supiera con qué clase de compañera compartiría posada. Y no entraba en mis planes trasladar a la loca a otro sitio, aunque tengo una vieja mansión en Ferndean Manor, incluso más retirada y escondida que esta, donde pude haberla alojado con toda garantía. Pero se encuentra en el corazón de un espeso bosque, es un lugar insalubre, y mi conciencia sintió escrúpulos y lo rechazó. Probablemente la humedad de aquellos muros hubiera contribuido a liberarme pronto de

mi carga, pero cada villano tiene su vicio, y dentro de los míos no halla acomodo la tendencia a asesinar a nadie, aunque se trate del ser al que más odio.

»Esconderte la existencia de tu vecina la loca podría compararse, sin embargo, con la decisión de cubrir con un manto a un niño tras abandonarlo junto a un árbol venenoso. La vecindad de esa endemoniada despide veneno y siempre ha sido así. Pero mandaré cerrar Thornfield Hall a piedra y lodo. Clavetearé la puerta de entrada y atrancaré las ventanas de abajo. Le daré doscientas libras al año a la señora Poole para que viva aquí con «mi esposa», como llamaste tú a esa espantosa bruja. Grace por dinero es capaz de todo, dejaré que traiga a su hijo, que es celador en el asilo de Grimsby, para que le haga compañía y pueda echarle una mano cuando le sobrevenga un ataque a «mi esposa» y le dé por quemar a la gente cuando duerme tan tranquila, acuchillarla, clavarle los dientes en el cuello o cosas por el estilo.

—Señor —le interrumpí—, es usted inexorable con esa desgraciada señora, sus palabras están cargadas de odio, antipatía y afanes de venganza. Es cruel; ella, la pobre, no tiene la culpa de estar loca.

—Jane, amor mío (déjame llamarte así porque es lo que eres), no sabes de lo que estás hablando, y por eso vuelves a juzgarme mal. Yo no la odio porque esté loca. Si tú te volvieras loca, ¿crees que te odiaría?

—Desde luego que lo creo.

—Pues te equivocas, no me conoces en absoluto y no tienes ni idea de mi capacidad de amor. Cada átomo de tu carne es como si fuera mío, y seguiría amándolo aunque enfermara o se viera traspasado por el dolor. Considero la clarividencia de tu mente como el mayor tesoro, pero si se quebrara no dejaría de ser un tesoro para mí. Si te pusieras a delirar furiosamente, no te sujetaría con una camisa de fuerza, sino con mis brazos, que te agarraras a mí me encantaría, aunque fuera en trance de desvarío; si te tiraras a mi cuerpo tan salvajemente como esa mujer hizo esta mañana, recibiría tu ataque no solo para contenerlo sino para transmitirte mi amor en ese abrazo. No me apartaría de ti con repugnancia, y en tus ratos de calma no consentiría que tuvieras otro enfermero más que yo, y te cuidaría con incansable paciencia; aunque no recibiera a cambio ni

una sonrisa, jamás me cansaría de mirar en el fondo de esos ojos, aunque ya hubieran dejado de reconocerme. Pero ¿por qué seguir con esa retahíla? Estaba hablando de sacarte de Thornfield. Todo está dispuesto para tu marcha, ya lo sabes; mañana te irás de aquí. Lo único que te pido, Jane, es que aguantes una noche más bajo este techo, y luego ¡se acabó! ¡Adiós para siempre a las congojas y terrores! Tengo un lugar idóneo de retiro, un santuario seguro, donde aislarse de odiosos recuerdos y visitas indeseables, a salvo incluso de la falsedad y la calumnia.

—Llévese a Adèle con usted allí, señor —le interrumpí—. Ella le hará compañía.

—Pero ¿qué estás diciendo, Jane? ¿Qué tiene que ver Adèle? ¿No te he dicho que la voy a mandar a un colegio? ¿Y para qué quiero yo conmigo a una niña que ni siquiera es hija mía, sino la bastarda de una bailarina francesa? No entiendo por qué me importunas sacándola ahora a relucir y asignándomela como compañera.

—Lo decía porque ha hablado usted de retiro, señor. Y el retiro y la soledad pueden ser duros de aguantar, a usted se le harán pesados.

—¡Soledad, soledad! —repitió con acento irritado—. Por lo visto no me he explicado bien, en caso contrario no reflejaría tu semblante ese incomprensible gesto de esfinge. Mi soledad vas a ser tú quien la comparta. ¡Tú! ¿Lo entiendes ahora?

Hice un movimiento negativo con la cabeza. Incluso aquel signo mudo de disidencia resultaba arriesgado, teniendo en cuenta su creciente excitación. Había estado recorriendo la habitación de arriba abajo con pasos veloces, y de pronto se detuvo ante mí, como si le hubieran salido raíces. Se quedó un rato largo mirándome con intensidad; yo aparté mis ojos de los suyos y los fijé en el fuego de la chimenea, procurando adoptar un aire sereno y recoleto, y perseverar en esa actitud.

—¡Ya tuvo que salir el carácter de Jane a poner su objeción! —exclamó él por fin, mucho más sosegado de lo que cabía esperar—. Hasta ahora todo iba bien, el carrete de seda se desenrollaba con bastante suavidad, pero ya sabía yo que encontraríamos algún nudo, algún tropiezo, y aquí está. Ahora empezarán los sinsabores, las querellas y los problemas de nunca acabar. ¡Vaya, por Dios! Ojalá tuviera una partícula de la fuerza

de Sansón para romper el enredo como si fuera estopa. —Reanudó sus paseos por la habitación, pero esta vez no duraron mucho—. ¡Jane! —exclamó, volviendo a detenerse ante mí, e inclinándose para acercar sus labios a mi oído—. ¿Quieres, por favor, atender a razones? ¡Si no, acudiré a la violencia!

Tenía la voz ronca y la mirada de quien está a punto de perder los estribos y abandonar la mesura para lanzarse al desenfreno. Me di cuenta de que si dejaba pasar un minuto más y su furia aumentaba, estaba perdida. El momento presente, aquel minuto que estaba pasando lo tenía que aprovechar para poner freno a la situación; un instante de repulsa, de duda o de miedo por mi parte sería fatal para ambos. Pero no estaba asustada en absoluto. Sentía un poder interior y una capacidad de dominio que me daban fuerzas. Era una encrucijada peligrosa, pero no dejaba de tener su aliciente; tal vez algo parecido sienta un indio cuando su canoa está a punto de deslizarse por una torrentera. Puse mi mano sobre su puño cerrado, le fui soltando uno por uno los dedos rígidos y le dije dulcemente:

—Siéntese. Hablaremos todo el rato que quiera, de lo que quiera. Y prestaré atención a todo lo que tenga que decirme, tanto si es sensato como si no.

Se sentó. Pero todavía no le di ocasión para entrar en materia. Llevaba yo un buen rato entablando una lucha con las lágrimas que tanto me costaba mantener a raya. Sabía que no le gustaba verme llorar, pero ahora consideré que había llegado la hora de dar rienda suelta al llanto. Si le molestaba, mejor. Así que me abandoné a las lágrimas y me puse a sollozar de todo corazón.

Al poco rato oí cómo me suplicaba que me calmase, a lo cual le contesté que me era imposible mientras lo viera a él tan fuera de sí.

—Pero no creas que estoy enfadado contigo, Jane —dijo—. Lo que pasa es que te quiero de tal manera que me saca de quicio ver un gesto tan duro en una carita pálida y adorable como la tuya, no soporto que me mires con esa frialdad, con esa resolución. Vamos, por favor, sécate las lágrimas.

Su voz aplacada me anunció que se estaba serenando, así que yo también me empecé a calmar. De todas maneras, cuando hizo amago de

apoyar su cabeza en mi hombro, no se lo permití, como poco después rechacé también su abrazo.

—¡Pero Jane, por favor, Jane! —exclamó con un tono de tan amarga consternación que me llegó al alma—. ¿Es que ya no me quieres, entonces? ¿Era solamente mi rango lo que apreciaste al aceptarme como esposo? Ahora que me has descalificado, y no vas a casarte conmigo, ya me apartas de ti como se aparta a un sapo o a un simio.

Aquellas palabras me hirieron, pero ¿qué podía yo hacer o decir? Seguramente tendría que haber hecho o dicho algo, pero me torturaba tanto herir sus sentimientos, me daba tanta pena que no pude controlar el deseo de dejar caer alguna gota de bálsamo sobre aquella herida.

—Sí que le quiero —afirmé—, más que nunca, pero no está bien que lo demuestre ni que me deje arrastrar por mis sentimientos. Esta es la última vez que los expreso.

—¡La última vez, Jane! ¿Es que crees que puedes vivir a mi lado, viéndome todos los días, y seguir manteniendo una actitud fría y distante, a despecho de tu amor?

—No, señor. Estoy segura de que no podría. Por consiguiente solo veo un camino, aunque sé que se va a poner furioso cuando le diga cuál es.

—¡Dilo de una vez! Si monto en cólera, cuentas con el artificio de tus lágrimas.

—Señor Rochester, tengo que dejarle.

—¿Por cuánto tiempo, Jane? ¿Por unos minutos para alisarte el pelo, porque lo tienes despeinado, o para lavarte la cara, que presenta un aspecto tan febril?

—No. Dejar a Adèle, dejar Thornfield Hall, y separarme de usted para toda la vida. Tengo que emprender una vida nueva, entre gentes desconocidas y en un escenario desconocido.

—Claro, ya te lo he dicho. No voy a tomar en cuenta esa locura de separarte de mí. Lo que quieres decir es que tienes que convertirte en una parte de mí. En cuanto a emprender una vida nueva, estamos de acuerdo, porque sigues siendo mi mujer. Yo no estoy casado, Jane, la señora Rochester de hecho y por derecho lo serás tú. No existirá otra mujer para mí mientras tenga aliento. Irás a vivir a una finca que tengo al sur de

Francia, una villa pintada de blanco a orillas del Mediterráneo. Allí vivirás, a resguardo de todo peligro, una vida feliz y libre de culpas. No temas que intente corromperte o engañarte para convertirte en una querida. ¿Por qué dices que no con la cabeza? Por favor, Jane, atente a razones o te aseguro que volveré a montar en cólera.

Le temblaban las manos y la voz, le llameaban los ojos y tenía dilatadas las aletas de la nariz. A pesar de todo, me atreví a decirle:

—Señor, su esposa vive, usted mismo lo ha reconocido espontáneamente esta mañana como un hecho evidente. Si me fuera a vivir con usted, tal como propone, ¿qué otra cosa sería sino su amante? Sostener lo contrario supone un sofisma y entraña mala fe.

—Jane —dijo él—, te estás olvidando de que no me caracterizo por la mansedumbre, de que ni soy frío ni insensible. Apiádate de ti misma y de mí. Si pones un dedo sobre mi pulso podrás darte cuenta de lo atropelladamente que late. ¡Ándate con ojo!

Dejó al descubierto su muñeca y me la alargó. La sangre parecía haber huido de su rostro y de sus labios, que aparecían exangües. Me entró mucha angustia. Era una crueldad ponerlo a prueba de aquella manera, someterle a un rechazo que le resultaba tan odioso, pero claudicar ni se me pasaba por la cabeza.

Recurrí instintivamente, como todos los seres humanos cuando se hallan en una situación límite, a solicitar ayuda de quien tiene más poder que los hombres: recurrí a Dios.

—¡Que Dios me ayude! —fueron las palabras que se me escaparon de los labios.

Y el señor Rochester, de repente, exclamó:

—¡Soy imbécil! Llevo un rato diciéndole que no estoy casado, y no se me ha ocurrido explicarle por qué. No me doy cuenta de que ella lo ignora todo acerca del carácter de esa mujer y de las circunstancias que concurrieron en su diabólica unión conmigo. Estoy seguro de que Jane, cuando se entere de estos detalles, se aliará conmigo. Solamente te pido, Jane, que pongas tu mano en la mía para que el tacto (añadido a la vista) me asegure tu presencia a mi lado, y te resumiré la historia en pocas palabras. ¿Quieres escucharme un momento?

—Sí, señor, le escucharé todo el tiempo que haga falta, aunque sean horas.

—Basta con unos minutos, Jane. ¿Te ha dicho alguien o lo has oído decir que yo no fui el primogénito de mi familia, que tuve un hermano mayor?

—Recuerdo habérselo oído mencionar una vez a la señora Fairfax.

—¿Y sabías que mi padre fue un hombre avariento y tacaño?

—Algo de eso he oído.

—Pues bueno, Jane, no quiso repartir sus bienes, la idea de dividirlos se le hacía insoportable, así que me privó de la herencia a que tenía derecho y pasó todo a manos de mi hermano Rowland. Pero tampoco soportaba tener un hijo pobre, de manera que decidió buscarme una novia rica y se puso a ello. Se enteró de que el señor Manson, un antiguo conocido suyo, comerciante y dueño de una plantación en las Antillas, tenía un hijo y una hija, y que a la hija pensaba dotarla con treinta mil libras; a mi padre le pareció suficiente. Y cuando me sacó del colegio, me envió a Jamaica para que conociera a la novia que había elegido para mí. No me dijo nada de si era rica o pobre pero comentó que todo Puerto España se hacía lenguas de su belleza. Y era verdad. Me pareció una mujer espléndida, cuando la conocí, un poco al estilo de Blanche Ingram, morena, alta, con un aire majestuoso. Su familia, de apellido ilustre como la mía, me la metió por los ojos; la exhibían en fiestas, a las que me invitaban, ataviada como una reina. Pocas veces nos vimos a solas ni tuvimos ocasión de conversar. A mí me halagaba que desplegara sus encantos para encandilarme, ya que todos los hombres de su entorno parecían desearla y envidiarme a mí. Estaba deslumbrado, eufórico; ella había conseguido excitar mis sentidos y, en mi inexperiencia, confundí aquello con el amor. No hay despropósito ni estupidez que no sea capaz de cometer un hombre acuciado por la lujuria, las inconsistentes rivalidades, los arrebatos y la ceguera de la juventud. Su familia me dio alas, sus pretendientes me espolearon y ella me sedujo; total, que, cuando quise darme cuenta, ya estábamos casados. ¡Cómo me menosprecio al acordarme! Una angustiosa sensación interna de odio se apodera de mí. Nunca la quise ni la aprecié, ni siquiera había tenido ocasión de conocerla.

No había observado en su naturaleza particularidad virtuosa de ningún tipo, ni el menor rastro de modestia, buena voluntad, candor, sutileza de mente o maneras refinadas, y sin embargo me había casado con ella, torpe y burro de mí. Más me hubiera valido…; pero, en fin, no quiero olvidarme de con quién estoy hablando.

»A la madre de mi novia nunca la había visto y creí que se habría muerto. Pero, tras la luna de miel, descubrí que no. Lo que pasaba es que estaba loca, encerrada en un manicomio. También había un hermano pequeño completamente idiotizado. El mayor, al que tú conoces, Jane, puede que acabe igual algún día; pero a este soy incapaz de odiarlo, a pesar de mi aborrecimiento hacia toda la familia, porque al menos alberga en su mente débil una cierta capacidad de afecto manifestada en el cariño perruno que en tiempos me profesó y en el interés inalterable por la suerte de su desgraciada hermana. Mi padre y mi hermano Rowland conocían las lacras de esta familia, pero no pensaron más que en las treinta mil libras, y urdieron su plan a mis espaldas.

»Fueron descubrimientos de baja estofa; pero exceptuando la traición de habérmelo ocultado todo, no se me ocurrió hacer a mi mujer objeto de reproche alguno, a pesar de que su manera de ser fue revelándose cada vez más opuesta a la mía; sus inclinaciones eran abominables, su mentalidad estrecha y grosera, totalmente incapaz de aspiraciones más altas o de añorar otra amplitud de horizonte, y me di cuenta de que no podía pasar ni una tarde a gusto con ella, ni una hora, de que no había manera de entablar una conversación medianamente placentera, porque cualquier tema sugerido por mí ella lo transformaba inmediatamente en algo chabacano, depravado, burdo y necio. Comprendí que nunca podría tener un hogar tranquilo y estable, porque no había criado que le durase ni estuviera dispuesto a aguantar sus irracionales arrebatos de mal genio y de furia, ni el vejamen autoritario de sus exigencias absurdas y contradictorias. Pero seguí, a pesar de todo, reprimiéndome y evitando querellas, tratando de tragarme yo solo aquel malestar, paliando la profunda aversión que su compañía empezaba a inspirarme.

»No quisiera importunarte, Jane, con el recuento sórdido de los detalles; solamente unas cuantas palabras gruesas resumirán lo ocurrido.

Viví con esa mujer del ático durante cuatro años, y ya mucho antes de cumplirse ese plazo, me había hartado hasta más no poder. El deterioro de su carácter evolucionaba vertiginosamente y sus vicios infectos se multiplicaban y arraigaban de tal suerte que solamente hubieran podido plegarse al látigo. Pero yo no opté por la crueldad. Tenía una inteligencia de pigmeo y unos apetitos de gigante, que me cubrían de oprobio, como una maldición. Bertha Manson, digna hija de una madre degenerada, me arrastró por las sendas más agónicas e infames que esperan al hombre casado con una mujer desenfrenada y viciosa.

»En el entretanto, mi hermano había muerto, y al final de aquellos cuatro años, también mi padre pasó a mejor vida. Me convertí, pues, en un hombre bastante rico, aunque mi pobreza rayaba en la indigencia, a causa de la alianza con aquella naturaleza inusitadamente grosera y depravada que la sociedad y las leyes me condenaban a compartir. Y no podía librarme de semejante condena por ningún procedimiento legal, ya que los médicos acababan de dictaminar la locura de «mi esposa». Sus excesos habían desarrollado en ella los gérmenes de una demencia prematura… Pero veo, Jane, que mi historia te está repugnando, que pareces casi enferma, ¿prefieres que siga otro día?

—No, señor, acabe de contarlo ya todo. Me da mucha pena de usted, se lo digo en serio, me mueve a compasión.

—La compasión, Jane, puede ser ofensiva según de quién proceda. En algunos casos, dan ganas de tirársela a la cara a los que te la ofrecen. Me refiero a la lástima típica de almas encallecidas y egoístas, a ese dolor híbrido, con su punto de desdén, ante la noticia de penas que no les atañen y de cuyos pacientes todo lo ignoran. Pero esa compasión, Jane, no tiene nada que ver con la que tú sientes, y todo tu rostro declara en este momento la que desborda tus ojos, colma tu corazón y hace temblar tu mano dentro de la mía. Tu compasión, tesoro, es la madre dolorida del amor, sus angustias son comparables a la pasión divina.

—Pero siga, señor, ¿qué hizo usted cuando se enteró de que había enloquecido?

—Llegué al límite de la desesperación, como quien se halla al borde de un precipicio, y solamente unos residuos de amor propio se interponían

entre el abismo y yo. A los ojos del mundo estaba irremediablemente cubierto de negra ignominia, pero rechacé ese dictamen y me empeñé hasta el final en mantenerme limpio ante mis propios ojos, incontaminado por sus vicios y sus taras mentales, a pesar de que la gente asociara a ellos mi nombre y mi persona. Aún seguía viviendo con ella, viéndola y oyéndola a diario, consciente de que algunas briznas de su aliento (¡qué asco!) formaban parte del aire que yo respiraba, incapaz de olvidar que fui su marido; y ese recuerdo se me volvía y se me sigue volviendo insoportablemente odioso. Porque sabía, a mayor abundamiento, que mientras ella siguiera con vida, yo nunca podría casarme con otra que me deparase mejor suerte. Y aunque me llevaba cinco años (detalle que tanto su familia como la mía me habían ocultado), era improbable que muriese antes que yo, pues todo lo que tenía su mente de enferma lo tenía de vigoroso su cuerpo. Total, que yo acababa de cumplir veintiséis años, y no vislumbraba ni un solo rayo de esperanza.

»Como puedes suponer, estaba encerrada en una habitación desde que los médicos pronosticaron su locura, y recuerdo una noche en que me despertaron sus aullidos. Era una de esas noches borrascosas típicas del clima antillano, precursora de huracán. Como no conseguía dormirme, me levanté a abrir la ventana, pero el aire traía ráfagas de vaho sulfurosos y no aportaba frescor alguno. El cuarto se llenó de mosquitos que entraron zumbando en sombrío remolino, y el mar resonaba a lo lejos como un terremoto. Sobre él se cernían negros nubarrones y una lona ancha y roja se hundía en su oleaje cual ardiente bala de cañón, tras echar una última mirada sangrienta al mundo estremecido por el germen de la tormenta. La atmósfera y el escenario, que tan fuerte influjo físico me provocaban, recogían al unísono las imprecaciones a voz en cuello de la demente que me taladraban los oídos. En un determinado momento, emitió mi nombre, con acentos de odio infernal y acompañado de un lenguaje que superaba en abyección al que pudiera usar la más consumada ramera. Aunque nos separaban dos habitaciones, cada uno de sus insultos se oía con absoluta nitidez, porque los finos tabiques de una casa antillana no están pensados para ofrecer resistencia a aullidos de lobo.

»“¡Esta vida que llevo es un infierno!”, me dije. “Estos ecos y este aire irrespirable son los de un pozo sin fondo. Tengo derecho a hacer todo lo posible para escapar de aquí. Los sufrimientos de esta situación agónica no me abandonarán hasta que se me caiga a pedazos la carne que ahora recubre mi alma. No tengo miedo al fuego fanático del más allá, porque ningún infierno podrá ser peor que el de ahora. ¡Cortaré, pues, mis ataduras terrenales e iré al encuentro con Dios!”.

»Pronuncié aquellas palabras arrodillado ante un baúl donde guardaba un par de pistolas cargadas, porque durante unos instantes pensé en pegarme un tiro. Duró poco aquel propósito, porque no estaba loco y remitió la crisis de acendrada desesperación que había provocado en mí aquel deseo de quitarme de en medio.

»Un viento fresco que venía de Europa sopló sobre el océano y entró por la ventana, al tiempo que estallaba entre relámpagos, truenos y lluvia, una tormenta purificadora. En ese momento tomé una decisión inquebrantable. Paseando luego entre los naranjos de mi jardín empapado de lluvia, los granados y los ananás, mientras la aurora brillante del trópico empezaba a alborear en torno a mí, la razón se abrió camino. Escucha, Jane, de qué manera se enhebraron sus argumentos, porque puedo asegurarte que fue la sabiduría en persona quien vino a consolarme en aquel trance para señalarme el camino a seguir.

»El dulce viento de Europa susurraba aún sobre las refrescadas frondas y seguía tronando el Atlántico en gloriosa libertad cuando mi corazón, embotado y estéril durante tan largo tiempo, se ensanchó armoniosamente, inyectó sangre a todo mi ser ansioso de renovación y dio de beber a mi alma sedienta. Revivió la Esperanza y sentí que era posible la Regeneración. Desde un arco florido que remataba el jardín miré el mar a lo lejos, más azul que el mismo cielo; el viejo mundo quedaba atrás y otras perspectivas se formulaban nítidamente:

»“Vuelve a Europa”, dijo la Esperanza, “y quédate a vivir allí donde nadie sabe si tu apellido está mancillado o no, ni tiene noticias de tu deshonrosa carga. Puedes llevarte a la demente contigo a Inglaterra y encerrarla en Thornfield, bajo la adecuada vigilancia, mientras tú viajas adonde te dé la gana y entablas las relaciones que quieras. Esa mujer que

tanto ha puesto a prueba tu paciencia, que ha degradado tu nombre, ultrajado tu honor y agostado tu juventud no es tu esposa ni tú su marido. Procura que la cuiden con arreglo a su condición y con eso habrás cumplido con Dios y con los hombres; oculta su identidad y los lazos que la vinculan contigo. No estás obligado a desvelárselos a nadie. Ponla a salvo, atiende a su comodidad, cubre su degradación con el silencio y déjala".

»Seguí a pies juntillas este consejo. Ni mi padre ni mi hermano habían divulgado mi matrimonio entre sus conocidos, obedeciendo una recomendación epistolar mía después de la boda, cuyas nefastas consecuencias ya empezaba a padecer. Así que, dadas las circunstancias de mi familia y previendo el horrible porvenir que me esperaba, insistí en que mantuvieran el secreto. Muy pronto la incalificable conducta de la mujer que mi padre me había adjudicado llegó a tales extremos que él mismo se avergonzaba de considerarla su nuera. No solo no deseaba hacer público tal parentesco sino que ansiaba ocultarlo tan celosamente como yo mismo.

»La llevé, pues, a Inglaterra, y no puedes imaginar el viaje tan horroroso que me dio aquel monstruo a bordo de un buque. Fue un alivio verla, al fin, sana y salva, aposentada en el ático de Thornfield, en ese cuarto de atrás secreto que ha servido durante diez años de guarida para la bestia salvaje, su endemoniada celda. No me resultó demasiado fácil encontrar un celador que la atendiese, porque necesitaba alguien en cuya capacidad de servicio pudiera confiar, teniendo en cuenta que los arrebatos de la demente delatarían su presencia y que, por otra parte, durante sus ratos de lucidez, que a veces pueden durar semanas, se dedicaría a difamarme. Por fin contraté a Grace Poole, empleada del asilo de Grimsby. Solamente ella y Carter, el cirujano que curó las heridas de Mason aquella noche, conocen mi secreto. Es probable que la señora Fairfax sospeche también algo, pero no creo que esté al tanto de todos los detalles. Grace, en general, ha demostrado eficacia, aunque alguna vez, y por culpa de un vicio particular, comprensible e inherente a su agotador cometido, ha aflojado su vigilancia, ocasiones que su paciente acecha para burlarla. La demente es tan astuta como perversa, y siempre ha aprovechado estos descuidos accidentales de Grace, como cuando le arrebató el cuchillo con

que atacó a su hermano o le robó las llaves de la celda para escaparse abajo de noche. En la primera de las ocasiones planeó el intento de prender fuego a mi cama, mientras dormía; la segunda tuvo por consecuencia aquella visita fantasmal que te hizo a ti. Doy gracias a Dios por haberle permitido solamente desahogar su furia contra el velo nupcial, que tal vez le recordara su propia boda; no quiero pensar en lo que pudo haber pasado si se le ocurre ir más allá. Cuando pienso en la fiera que se ha abalanzado esta mañana contra mi garganta con su rostro arrebolado y oscuro, y me la imagino sobrevolando el nido de mi paloma, se me hiela la sangre en las venas…

—¿Y qué hizo usted, señor —le interrumpí—, una vez que la dejó aquí instalada? ¿Adónde se fue usted?

—¿Que qué hice? Me transformé en una especie de judío errante, Jane. ¿Que adónde fui? Deambulé de acá para allá, errabundo como el espíritu de los pantanos. Viajé por el Continente, desperdigándome por todos los países. Mi obsesión era la de buscar y hallar una mujer buena e inteligente de quien poder enamorarme, el polo opuesto a la hiena que había dejado en Thornfield.

—Pero olvida que usted, señor, no podía casarse.

—Había decidido convencerme a mí mismo de que no solo podía sino también debía. No entraba en mis planes engañar a nadie, como te he engañado a ti. Pensaba contar abiertamente mi historia y hacer mis proposiciones sin doblez. Y me llegó a parecer absolutamente razonable mi aspiración a ser considerado libre para dar y recibir amor. No me cabía duda de que acabaría encontrando a alguna mujer dispuesta a comprenderme y a aceptarme, a despecho de la maldición que pesaba como un fardo sobre mí.

—¿Y entonces, señor?

—Cuando logro encender tu curiosidad, Jane, se me ríe el alma. Abres los ojos como una avecilla ansiosa y de vez en cuando te mueves inquieta, como si no te parecieran lo bastante rápidas mis respuestas y quisieras leer directamente en el libro de mi corazón. Pero antes de continuar con mi relato, dime qué significan esos «¿Y entonces, señor?» tan tuyos que dejas

caer de vez en cuando y que me incitan sin saber por qué a una inagotable verborrea.

—Pues quiero decir qué pasó luego, cómo sigue la historia y dónde acaba.

—Entendido. ¿Y eso es lo que quieres saber ahora?

—Sí, exactamente eso, si encontró usted a alguien que le gustara, si le pidió que le aceptara por esposo y lo que contestó ella.

—A lo de si encontré a alguien de mi gusto y le pedí que se casara conmigo sí te puedo contestar. Pero la respuesta de ella aún no está registrada en el libro del Destino. Durante diez largos años rodé de una ciudad a otra, tan pronto estaba en San Petersburgo como en Roma, Nápoles, Florencia o París, en esta última sobre todo. Bien provisto de dinero y amparado por el ilustre apellido que exhibía en mi pasaporte, ningún círculo me cerraba sus puertas y podía elegir cualquier compañía. Busqué a mi alma gemela entre damas inglesas, aristócratas francesas, *signoras* italianas y *Gräfinnen* alemanas. No la encontré. A veces, en ráfagas fugaces, creía atisbar una mirada, percibir un tono de voz o vislumbrar una forma que parecía el heraldo de mi sueño. Pero siempre acababa en desengaño. No vayas a creer, Jane, que anhelaba la perfección ni intelectual ni física. Lo único que pedía era una afinidad conmigo que la colocara en las antípodas de mi esposa criolla, pero era vano anhelo. Entre tantas como conocí, no encontré a ninguna a la que hubiera apetecido como esposa, incluso en el caso de haber sido soltero, tan escarmentado estaba de los atolladeros, horrores y problemas que acarrea una boda incongruente. La decepción me convirtió en un hombre de costumbres disolutas, pero nunca caí en el libertinaje, que odiaba entonces tanto como ahora, por ser este el atributo más arraigado en mi Mesalina criolla. La repugnancia que me causaba su mero recuerdo me servía de control, incluso cuando me entregaba al placer. Cualquier diversión fronteriza con el desenfreno era como un recuerdo de los vicios que más aborrecía, y huía de ese límite.

»No obstante, como me resultaba muy dura la soledad, hice la prueba de convivir con alguna de mis amantes. La primera elegida fue Céline Varens, de quien ya te he hablado y sabes cómo acabó nuestra historia,

otro de esos pasos en falso que ocasionan el menosprecio de uno mismo al ser recordados. Céline tuvo dos sucesoras, italiana la primera, de nombre Giacinta, y la segunda Clara, de origen alemán, ambas famosas por su belleza. Pero ¿qué significaba para mí aquella belleza, en cuanto habían transcurrido unas semanas? Giacinta era inmoral y agresiva, y a los tres meses estaba harto de ella. Clara era pasiva y silenciosa, mejor persona, pero tan pesada, insensible y carente de agudeza mental que no logré congeniar con ella. Fue un alivio que aceptara una suma de dinero suficiente para montar un negocio, a cambio de deshacerme de ella sin remordimientos. En fin, Jane, ya veo por la cara que pones que no te estoy mereciendo en estos momentos una opinión nada favorable. Me tomas por un libertino sin escrúpulos, ¿a que sí?

—No es, desde luego, un aspecto suyo que me guste tanto como otros. ¿No le parecía una forma de vida equivocada? ¿No se reprochaba ir sustituyendo sucesivamente a una amante por otra? Habla de ello como de un asunto sin la menor importancia.

—Para mí no la tenía. Pero tampoco era feliz viviendo así. Fue un concepto envilecedor de la existencia, y no quiero volver a llevarlo a la práctica nunca jamás. Contratar a una amante es casi como comprar a una esclava; tanto en un caso como en otro suele tratarse de seres inferiores por naturaleza y que siempre lo son en cuanto a posición social. Y es degradante convivir con personas a las cuales te sientes superior. Para mí ahora el recuerdo de aquella intimidad con Céline, Giacinta y Clara se me clava como un error aborrecible.

Sentí que estaba hablando con total sinceridad. Y saqué mis consecuencias. Caso de que algún día, olvidando mis principios, cediera bajo cualquier pretexto a la tentación de convertirme en amante del señor Rochester, y suceder a aquellas desgraciadas jóvenes, estaba claro que él acabaría mirándome con un desagrado similar al que ahora demostraba profanando su memoria. No expresé esta convicción por medio de palabras, me bastó con sentirla intensamente. Y la grabé en mi corazón para venir a pedirle ayuda en momentos de turbación o desfallecimiento.

—Veo, Jane, que ahora no preguntas «¿Y entonces, señor?», a pesar de que aún no he terminado mi relato. ¿Por qué? Te veo muy seria, como si

siguieras reprochando mi conducta. Pero estamos llegando al meollo del argumento, así que atiende. El pasado mes de enero, libre ya de amantes y sus enredos, amargado, con el corazón endurecido a consecuencia de una vida tan estéril y errante, corroído por el desengaño y harto de la compañía de hombres y mujeres, regresé a Inglaterra por cuestión de negocios; la idea de encontrar a una esposa inteligente, afectuosa y leal había empezado a desterrarla de mi pensamiento como una quimera.

»Cuando tomé, aquella tarde helada de invierno, la senda que trae a Thornfield Hall, lugar para mí tan aborrecible, no tenía el menor asomo de esperanza de encontrar entre estos muros nada parecido a la paz, cuanto menos al placer. Pues bien, sentada en una valla del camino de Hay, vislumbré una figura pequeña y solitaria. Pasé de largo, prestándole tan poca atención como al sauce que había al otro lado, sin sentir el más leve presentimiento de lo que aquel encuentro iba a significar para mí, ni de que, disfrazado bajo apariencias anodinas, el árbitro de mi vida y mi destino, mi genio del mal y del bien, acababa de aparecérseme. Ni tampoco lo sospeché cuando tras el accidente sufrido por *Mesrour* se me acercó con aspecto serio y se ofreció para prestarme ayuda. Aquella muchacha delgadita y de aire candoroso fue, sin embargo, como un jilguero posado en mi pie, capaz de abrir las alas y llevarme en volandas. La traté con rudeza, pero no se marchó; se mantuvo allí con inesperada pertinacia, sin dejar de mirarme y dirigirme la palabra, imbuida de una rara autoridad. Estaba escrito que había de llegarme el socorro por su cauce, y me llegó.

»En cuanto me apoyé en ese frágil hombro, fue como si a través de su contacto una savia nueva se infiltrara en mi cuerpo. Afortunadamente ya me había enterado de que iba a volver a encontrarme con aquel duendecillo, porque vivía en mi propia casa de allá abajo; de lo contrario, nunca hubiera permitido tan tranquilo que se me escurriera de las manos, evaporándose entre las sombras del seto. Te oí regresar aquella misma tarde, Jane, aunque estuvieras lejos de suponer que te estaba esperando y no dejaba de pensar en ti. Al día siguiente, te vigilé a escondidas, mientras entretenías a Adèle en el pasillo. Recuerdo que había nevado y que no pudisteis salir al jardín. Yo estaba en mi cuarto con la puerta entornada, y

desde dentro podía escuchar lo que hablabais y miraros por la rendija. Adèle ocupó tu atención durante un largo rato, pero a mí me dio por fantasear y se me antojaba que estabas distraída, pensando en otra cosa. A pesar de todo, hiciste gala de paciencia, mi dulce Jane, jugaste con Adèle y atendías a todas sus preguntas. Cuando ella, por fin, se marchó, te entregaste a una especie de ensoñación, mientras paseabas sola a lo largo del pasillo. De vez en cuando, te detenías ante la ventana, mirabas caer la espesa nieve, y escuchabas el quejido del viento, tras lo cual reanudabas tu paseo, silenciosa y ensimismada. Creo que tus ensoñaciones de aquella mañana no debieron de ser sombrías, porque tus ojos estaban transidos de un placentero fulgor, y la dulce ansiedad que teñía tu rostro no delataba amargura ni obsesivas cavilaciones. Tu aspecto reflejaba más bien la frescura de esos ensueños juveniles, cuando el espíritu abre las alas para perseguir los revoloteos de la Esperanza hacia un paraíso ideal. Te hizo volver a la realidad la voz de la señora Fairfax, que estaba hablando con un criado en el vestíbulo, y ¡si vieras, Jane, la sonrisa tan especial que entonces se dibujó en tus labios! Era como si te dijeras a ti misma: «Es muy agradable soñar, de acuerdo, pero no debo olvidar que la irrealidad es un lujo. Dentro de mi cabeza puedo albergar un cielo sonrosado y un paradisiaco jardín lleno de flores, pero también sé perfectamente que el camino que se abre ante mí en el mundo real es escarpado y que en torno a mí se cierne la amenaza de oscuras tormentas». Bajaste corriendo al vestíbulo para pedirle a la señora Fairfax que te asignara alguna ocupación, un repaso de las cuentas de la semana o algo por el estilo, supongo. Y yo me enfadé contigo por haberme privado de tu cercanía.

»Esperé impaciente la caída de la tarde, hora que me pareció adecuada para requerir tu presencia. Había intuido en ti una personalidad original, un carácter distinto a cuantos yo conocía, y necesitaba hacer indagaciones para intentar comprenderlo mejor. Entraste en la habitación con un aire tímido pero independiente. Bajabas vestida más o menos como ahora, pero ese atuendo entonces me pareció extravagante. En cuanto entablamos conversación me fui dando cuenta de que la tuya estaba llena de raros contrastes. Tu estilo y tus modales se atenían a reglas estrictas, parecías prudente y exquisitamente educada, aunque poco acostumbrada a la vida

social y bastante recelosa, como asustada ante la idea de quedar en evidencia con alguna salida de tono. Y sin embargo, cuando te hablaban, mirabas a la cara de tu interlocutor con ojos penetrantes y audaces: había tanto poderío y agudeza en aquella forma de mirar, como certeras y rotundas eran tus respuestas a cualquier cuestión. Enseguida me pareció que congeniabas conmigo y entendías mi manera de ser; creo que percibiste cierta corriente de simpatía entre tú y el arisco amo que te había tocado en suerte, porque fue sorprendente, Jane, comprobar lo poco que tardabas en serenarte y acoplarte a mis humores. Por mucho que desafinara en ellos, no mostrabas asombro, fastidio o temor, como si no te disgustara mi aspereza. Me observabas y sonreías de vez en cuando con una sagacidad y una gracia indescriptibles. Inmediatamente me sentí estimulado y complacido, me gustaba lo que estaba viendo, pero quería ver más.

»A pesar de todo, como recordarás, durante bastante tiempo te traté con frialdad, te mantuve a distancia y en contadas ocasiones busqué tu compañía. Soy un redomado epicúreo y ansiaba prolongar el deleite de ir manipulando aquella relación tan nueva como estimulante para mí. Además la idea perturbadora de coger la flor antes de que brotase por completo, acarreaba el temor a que pudiera marchitarse por falta de sazón, con lo cual perdería su dulce y encantadora pureza. No sabía entonces que no se trataba de la lozanía perecedera de las flores normales, sino de otra tallada a imagen y semejanza de aquellas en una gema indestructible. Por otra parte, quería ponerte a prueba, ver si me buscabas cuando te rehuía yo, pero no lo hiciste nunca. Te quedabas encerrada en el aula, tan inmóvil como el pupitre o el caballete, y cuando nos cruzábamos por casualidad pasabas de largo sin dedicarme más atención que la compatible con el respeto. Solías tener aquellos días un aire pensativo, Jane, no propiamente desalentado, porque tu aspecto no era enfermizo, pero tampoco animoso; denotabas la ausencia de euforia propia de quien carece de esperanzas y disfruta poco de la vida. Me preguntaba qué pensarías de mí, si es que alguna vez mi recuerdo pasaba por tu cabeza, cosa que no sabía. Y para averiguarlo, decidí hacerte caso de nuevo. Afloraba una cierta alegría en tu mirar y te volvías cordial y expresiva, a medida que hablábamos.

Comprendí que eras una persona sociable y que lo que apagaba tu luz era la rutina de la vida y la soledad silente del aula. Empecé a permitirme el placer de ser amable contigo, y la amabilidad no tardó en tirar de la emoción. La expresión de tu rostro se fue dulcificando al unísono con el tono de tu voz, me encantaba oír de tus labios la palabra «señor», con aquel acento tan grato y placentero. En esa época, Jane, disfrutaba mucho de los encuentros que nos proporcionaba el azar; había en tu actitud una especie de rara vacilación, una turbación en la mirada, como si te mostrases recelosa o dubitativa, a la expectativa de mi caprichoso comportamiento, pues no sabías si iba a dirigirme a ti con la reserva de un patrón o con la afabilidad de un amigo. Ya por entonces me había encariñado contigo lo bastante para tratarte como un amo, y cuando te extendía cordialmente la mano, los rasgos de tu rostro joven y anhelante se coloreaban con tal luminosidad que muchas veces tuve que hacer un esfuerzo para no estrecharte allí mismo contra mi pecho.

—Por favor, señor, no siga hablando de aquellos tiempos —le interrumpí, mientras me secaba furtivamente las lágrimas.

Sus palabras empezaban a convertirse en un tormento, porque estaba segura de la conducta a seguir lo antes posible, y todas aquellas declaraciones y recuerdos, hacían mi decisión cada vez más difícil.

—Tienes razón, Jane —contestó—. No viene a cuento rememorar el pasado cuando tenemos asegurado el presente y nos espera un porvenir aún más luminoso.

Me estremecí al escuchar un aserto tan ilusorio.

—Ya te has dado cuenta de cuál es la situación, ¿verdad? —prosiguió —. Después de pasar los mejores años de mi juventud zozobrando entre la desdicha más indescriptible y la soledad a palo seco, encuentro por primera vez a alguien digno de ser amado y a quien soy capaz de amar realmente, te encuentro a ti, Jane, mi alma gemela, mi ángel, la parte mejor de mi ser, y se crían los lazos que nos han unido estrechamente. Eres buena, inteligente, adorable y despiertas en mi alma una pasión ardiente y única, que te convierte en fuente de vida, en el centro a cuyo alrededor gira toda mi existencia y más tarde en llama poderosa y de ardiente pureza que nos funde en un solo ser.

»Al descubrir esto es cuando decidí casarme contigo. Echarme en cara que ya tengo una esposa es una burla macabra, porque sabes que se trata de un demonio monstruoso. Hice mal en intentar engañarte, pero tenía miedo de tu carácter inflexible y de que tus juicios pudieran ser precipitados; antes de atreverme a confesarte la verdad, necesitaba tenerte segura. Ya sé que es una actitud propia de cobardes, tenía que haber empezado por apelar a tu magnanimidad y nobleza, como lo estoy haciendo ahora, debí narrarte sin paliativos todos los sufrimientos padecidos, exponerte mi hambre y mi sed de una vida más digna y alta de miras, demostrarte no mi decisión (que es palabra endeble) sino mi inclinación irrebatible al verdadero amor y lealtad por quien también sabe amarme y serme fiel del mismo modo. Después de eso es cuando debí pedirte que aceptaras mi juramento de fidelidad y me devolvieras el tuyo a cambio. Hazlo ahora, Jane, te lo ruego.

Hubo una pausa.

—¿Por qué guardas silencio, Jane? —preguntó.

Me estaba sometiendo a una prueba durísima. Era como si una mano de hierro al rojo vivo me apretara las entrañas. ¡Qué instantes tan crueles de lucha interior entre el fuego y las tinieblas! No creo que exista un ser humano más ansioso que yo en aquel momento de verse amado así por la persona a quien idolatra. Y sin embargo debía renunciar al amor y al ídolo. Mi implacable deber se resumía en una palabra espantosa: «¡Márchate!».

—¿Comprendes lo que estoy esperando de ti, Jane? Simplemente una promesa formulada en estos términos: «Seré suya, señor Rochester».

—Señor Rochester, no seré suya.

Se hizo otro largo silencio.

—¡Jane! —exclamó, antes de reanudar su súplica.

Y en su voz se mezclaban una ternura que partía el alma y una especie de jadeo de león irritado que helaba de terror.

—Jane —continuó—, ¿es que pretendes seguir un camino que te aparte del mío?

—Sí, es lo que voy a hacer.

Se inclinó hacia mí y me rodeó con sus brazos.

—Jane —susurró—. ¿Y ahora dices lo mismo?

—Lo mismo.

—¿Y ahora? —repitió, mientras empezaba a besarme la frente y las mejillas.

Me desprendí totalmente de su abrazo.

—Lo mismo —dije.

—¡Oh, Jane, no puedes decirme nada más cruel! Eres mala. ¿Crees que es algo malo amarme?

—No, pero sí obedecerle.

Una mirada enloquecida se encendió bajo sus cejas furibundas, contrayendo los rasgos de su rostro. Se incorporó, pero logró dominarse. Yo apoyé la mano en el respaldo de una silla para no caer. Estaba espantada, temblando, pero no por ello menos firme en mi determinación.

—Un momento, Jane —dijo—; imagínate solo por un momento lo que va a ser de mí sin ti, qué vida tan horrible. Cuando te vayas, te llevarás contigo toda mi posibilidad de dicha. ¿Qué me queda? La loca de ahí arriba, que es como si me otorgaras por esposa a una momia del cementerio. ¿Qué será de mí, Jane? ¿Dónde voy a ir a buscar un poco de compañía o un rayo de esperanza?

—Haga como yo, señor. Confíe en Dios y en usted mismo. Piense en el cielo, y alimente la esperanza de que allí nos volveremos a encontrar.

—O sea, que no estás dispuesta a ceder.

—No.

—… Y que me condenas a vivir cual alma en pena y a morir empecatado.

—Le aconsejo que huya del pecado, y le deseo que muera en paz consigo mismo.

—Pero ¿cómo, si me privas del amor y me arrancas la buena fe? ¿No comprendes que me estás destinando por toda salida a la promiscuidad y al vicio?

—Señor Rochester, ni le condeno a tal destino, ni lo deseo tampoco para mí. Tanto usted como yo hemos nacido para luchar y para resistir; y hagámoslo. Me olvidará antes que yo a usted.

—Al decir eso, Jane, me dejas por embustero y me llenas de oprobio. Te juré que no cambiaría y tú me echas en cara que no tardaré en cambiar.

El error y perversidad de tus juicios se refleja en tu propia conducta. ¿Es que te parece más beneficioso empujar a la desesperación a un semejante que transgredir una convención simplemente humana, que a nadie perjudica? Tú no tienes amigos ni parientes a quienes pueda ofender que te vengas a vivir conmigo.

Eso era verdad. Mientras le escuchaba, la conciencia y la razón se me encabritaban, acusándome de resistirme a él como de un crimen. Gritaban casi tan alto como el sentimiento que clamaba: «¡Obedécele! Piensa en su desdicha y considera los peligros a que lo dejas expuesto. Mira a qué extremos llega cuando se queda solo, recuerda que es temerario por naturaleza y que muchos disparates son consecuencia de la desesperación. Tu dulzura puede salvarlo, dile que le amas y que le perteneces. ¿A quién en este mundo le importas más que a él? ¿Quién va a sentirse ofendido por lo que hagas?».

Pero la respuesta fue inflexible: «¡A mí me importa lo que hago, a mí! Cuanto más sola me vea, sin amigos ni apoyo, más respeto me debo a mí misma. Obedeceré la ley de Dios, que posteriormente los hombres sancionaron. Seguiré fiel a los principios que me sostuvieron cuando estaba en mis cabales y no loca como ahora. Observar leyes y principios cuando no hay asomo de tentación ¿qué mérito tiene? Lo que cuenta es respetarlos en momentos como este, cuando alma y cuerpo se amotinan contra su rigor. Cuanto más estrictos me parezcan, más inviolables los consideraré. Si los rompiera, a favor de mi gusto, ¿de qué valdrían entonces? Siguen teniendo el mismo valor que siempre les atribuí, y si me parece lo contrario ahora es solamente porque estoy loca, loca de remate, porque me corre fuego por las venas y el corazón me galopa tan aprisa que soy incapaz de contar sus latidos. En este momento no tengo más asidero que las opiniones preconcebidas y mi arraigada fuerza de voluntad. En ese terreno afianzaré mis plantas».

Y así lo hice. El señor Rochester, tan capaz de leer en mi rostro, al darse cuenta de mi inquebrantable decisión, montó en cólera. No tenía más remedio que plegarse a la ira, a reserva de lo que pudiera pasar después. Cruzó la habitación, me cogió por un brazo y oprimió mi cintura, con ojos centelleantes que parecían quererme devorar. En ese momento sentí mi

cuerpo tan indefenso como una brizna de paja expuesta al calor sofocante de un horno. Pero aún era dueña de mi alma y ella me insuflaba fe en la salvación. El alma, afortunadamente, cuenta con un intérprete a veces inconsciente, pero siempre infalible: los ojos. Alcé los míos hacia su rostro arrebatado y se me escapó un suspiro involuntario. Me estaba haciendo daño al apretarme tanto y yo estaba extenuada tras aquella resistencia agotadora.

El señor Rochester me sacudió con fuerza entre sus brazos.

—¡Nunca —exclamó entre dientes—, nunca jamás se ha visto una cosa tan frágil e indómita al mismo tiempo! Parece un junco entre mis manos, podría aplastarla entre el índice y el pulgar. ¿Pero de qué me serviría doblegarla, machacarla, hacerla trizas? Fíjate en esos ojos, Edward, en el ser decidido, salvaje y libre que alienta a través de ellos, y que te desafía con algo más que coraje: con la seguridad de la victoria. Haga lo que haga con la jaula, nunca podré aprisionar a la hermosa e indomable criatura que está dentro. Si rompo la frágil prisión, mi cólera solo conseguirá haber dejado en libertad a la prisionera. Podría allanar la morada, pero su inquilina se escaparía al cielo antes de que yo pusiera el pie en esa vivienda asentada sobre el barro. Y es a ti, espíritu puro, enérgico y terco, es tu voluntad y fortaleza lo que ansío conquistar, y no tu cuerpo quebradizo. Solo por voluntad propia podrías acudir volando a refugiarte en el nido de mi corazón. Tomada a la fuerza, tergiversando tu deseo, te escaparías de mis brazos como un aroma, esfumado antes de que pudiera gozar de su fragancia. ¡Oh, Jane, te lo ruego, ven!

Al decir estas palabras, me soltó y se quedó contemplándome. La mirada aquella fue más difícil de resistir que un puñetazo frenético. Y sin embargo, solamente un idiota se habría dado por vencido en tal punto. Había soportado y burlado su furia, ahora me tocaba esquivar su pesadumbre. Me encaminé hacia la puerta.

—¿Te vas, Jane?

—Sí, señor, me marcho.

—¿Me abandonas?

—Sí.

—¿No aceptas venir conmigo para hacerme compañía y ser mi ancla de salvación? ¿No significan nada para ti el amor profundo, los salvajes sufrimientos ni los ruegos desesperados?

Había una tristeza indescriptible en aquella voz, como indescriptible es el esfuerzo que me costó repetir firmemente:

—Adiós, me voy.

—Jane —dijo él.

—Diga, señor Rochester.

—Pues vete, tienes mi permiso. Pero recuerda que me dejas sumido en la angustia. Sube a tu cuarto, piensa en todo lo que hemos hablado, y especialmente, Jane, piensa en mí, en lo que sufro.

Me volvió la espalda y se tumbó boca abajo en el sofá.

—¡Oh, Jane, mi esperanza, mi vida, amor mío! —exclamó ahogadamente.

Y a aquellas siguió un profundo sollozo. Yo ya había alcanzado la puerta, lector, pero volví sobre mis pasos y me arrodillé junto al sofá. Volví su rostro hacia el mío y le acaricié el pelo.

—Que Dios le bendiga, mi querido dueño —dije, mientras besaba furtivamente su mejilla—. Que Él le proteja de todo mal, le sirva de guía y de consuelo, y le pague asimismo todo el bien que me ha hecho.

—El único pago que podría valerme para algo sería el amor de mi pequeña Jane —contestó—. Sin eso, mi corazón seguirá hecho pedazos. Pero aún tengo fe en que ella sabrá recomponerlos con paciencia y generosidad, con amor.

La sangre había vuelto a subírsele al rostro y se levantó de un salto con los ojos llameantes. Avanzaba hacia mí con los brazos abiertos, pero los eludí y salí precipitadamente de la habitación.

«Adiós», iba gritando mi corazón. Y la desesperanza añadía: «¡Adiós para siempre!».

Ni se me pasó por la cabeza que pudiera dormir aquella noche, pero me quedé traspuesta en cuanto me tumbé en la cama. Y me vi viajando en sueños hacia escenas de mi infancia, tendida de noche en el cuarto rojo de Gateshead y poblada mi mente de extraños terrores. Aquella luz que tiempo atrás me produjo un síncope, revivida en esta visión, reptaba

temblorosa por la pared hasta detenerse en el centro del techo oscurecido. Alcé la cabeza para mirar y el techo se desvaneció en nubes altas y sombrías; se veía un resplandor como el que reparte la luna entre los jirones de bruma cuando está a punto de penetrarlos. La vi abrirse camino con una especie de premonición, como si supiera que en su disco iban a venir escritas palabras de sentencia. Irrumpió al fin, como jamás ha roto las nubes ninguna luna del mundo, porque una mano apartó previamente los vaporosos pliegues oscuros; y de repente ya no era la luna, sino una blanca silueta humana destacando sobre un fondo azul e inclinando hacia la tierra su faz gloriosa. No hacía más que mirarme y volverme a mirar. Y le habló a mi alma en un tono que venía desde una distancia inconmensurable pero que yo oía como un susurro cercano que se me metía en el corazón.

—¡Huye de la tentación, hija mía!

—Sí, madre, lo haré.

Esta respuesta la formulé en voz alta, recién despierta de aquel trance hipnótico. Aún no había amanecido, pero en julio las noches son cortas y la aurora no tarda en llegar. «A quien madruga Dios le ayuda, si madruga con buen fin —pensé—, y es larga mi tarea». Me levanté. Ya estaba vestida y no me había quitado más que los zapatos. Busqué en los cajones un poco de ropa blanca, mi broche y mi sortija, y al hacerlo mis dedos tropezaron con el collar de perlas que el señor Rochester me había obligado a aceptar unos días antes. Lo aparté porque no era mío, sino de la novia fantasma, que se había diluido en el aire. Con lo demás hice un paquete, y me guardé en el bolsillo el monedero con los veinte chelines que componían todo mi caudal. Me puse el sombrero de paja, me envolví en mi chal, y con el paquete y los zapatos en la mano salí del cuarto de puntillas.

«Adiós, mi buena señora Fairfax», murmuré al pasar sigilosamente ante su puerta.

Y luego, ante la de la niña: «¡Adiós, queridísima Adèle!». Pero no se podía ni soñar con entrar a darle un beso. Había que burlar la vigilancia de un oído muy fino que podía estar alerta, y yo lo sabía.

Por delante del dormitorio del señor Rochester lo lógico era pasar de largo, pero como mi corazón se paró momentáneamente al llegar a ese umbral, mis pies no tuvieron más remedio que imitarle. Allí dentro el sueño no imperaba, los pasos inquietos del insomne recorrían la estancia y me llegó su eco, como también el de algún suspiro. El paraíso, un paraíso provisional me aguardaba en aquella estancia, simplemente con haberlo querido, con empujar la puerta y decir: «Señor Rochester, le quiero y viviré a su lado hasta que la muerte nos separe». E imaginé la fuente de éxtasis que me brotaría del corazón hasta los labios.

Aquel adorable dueño de quien estaba haciendo presa el insomnio esperaba ansioso la llegada del día. Me mandaría llamar a primera hora, y se encontraría con que me había ido. Me buscaría en vano. Se sentiría rechazado, abandonado, a sus propias fuerzas, y su sufrimiento podía alcanzar cotas de desesperación. También esto lo imaginé, y mi mano se alargó hacia el picaporte. Pero contuve aquel movimiento y apresuré mis pasos furtivos.

Bajé la escalera, sumida en la mayor tristeza. Sabía lo que tenía que hacer, y lo hacía como un autómata. Busqué la llave de la puerta lateral que había en la cocina, y la engrasé con una pluma de ave mojada en aceite, al igual que la cerradura. Pensando en que me esperaba una larga jornada y que mis fuerzas, ya tan mermadas, no podían decaer, cogí pan y agua. Todo sin hacer el menor ruido, como también en silencio abrí, por fin, la puerta y salí al patio, donde empezaba a infiltrarse un débil amago de aurora. Las puertas grandes de fuera tenían corrido el cerrojo, pero en una de ellas había un portillo que cedía simplemente empujando el pestillo. Lo traspasé y lo volví a cerrar a mis espaldas. Estaba fuera de Thornfield.

Más allá, a una milla de distancia, había una carretera que discurría en dirección contraria a Millcote. Nunca la había recorrido ni sabía adónde llevaba, pero eché a andar en su busca a campo través, sin permitirme pensar en nada ni mirar para atrás. Tampoco hacia adelante. No tenía que pensar ni en el pasado ni en el futuro. El primero equivalía a una página tan celestial pero tan desgarradoramente triste que pasar los ojos por una sola de sus líneas destruiría mi energía y esfumaría mi coraje. En cuanto al

porvenir, era una página en blanco: algo semejante al mundo que sobrevino tras el diluvio.

Fui bordeando campos, saltando setos y atajando por senderos hasta bien entrada el alba. Creo recordar que era una espléndida mañana de verano, y noté que los zapatos, que me puse nada más salir fuera de la casa, enseguida se me empapaban de rocío. Pero no atendí al sol que se alzaba, ni al cielo sonriente, ni al despertar de la naturaleza. Quien recorre un paisaje, por maravilloso que sea, camino del patíbulo, no piensa en las flores que le salen al paso, sino en el filo del hacha destinada a quebrar sus huesos y el fluir de su sangre, y en la tumba abierta a la espera de su cuerpo. Y yo pensaba en mi infinito deambular sin meta ni hogar, en el desarraigo que acarreaba mi fuga, y añoré dolorosamente, sin poder evitarlo, todo lo que dejaba a mis espaldas. Me lo imaginé a él en aquel mismo momento, mirando levantarse el sol a través de la ventana de su cuarto, esperando tal vez que acudiera a decirle que no me iba, que me quedaba con él para siempre. Y sentí el anhelo de volver para decírselo; aún estaba a tiempo, podía apartar de él aquel cáliz. Estaba segura de que todavía no me había echado nadie de menos, de que mi fuga no había sido descubierta. Podía dar la vuelta y ser su bálsamo, redimirlo de la desdicha y quién sabe si también de la perdición. Más que mi propio abandono me atormentaba pensar en los peligros a que le dejaba expuesto. Era como la punta de una flecha clavada en mi pecho; al intentar sacarla desgarraba la herida, pero me hacía más daño aún dejar que la memoria me la metiese cada vez más hondo.

Los pájaros empezaron a cantar en la enramada, un canto de fidelidad a sus parejas; los pájaros simbolizaban el amor. ¿Y yo qué estaba haciendo? Desgarrada entre mi pena y la compulsiva lucha por mantener mis principios, me odiaba a mí misma. No encontraba consuelo en la aprobación de mi conducta, basada en el amor propio, a costa de abandonar a mi dueño y hacer de él un desgraciado. Me consideraba un ser odioso; y sin embargo no fui capaz de dar la vuelta y volver sobre mis pasos; no sé si sería un designio divino el que me empujaba hacia adelante, porque en cuanto a mi voluntad y mi conciencia el dolor había pisoteado despiadadamente la primera y agarrotado la segunda. Caminaba

llorando a mares y cada vez más aprisa, como presa del delirio, hasta que un repentino desfallecimiento interior empezó a propagarse a todos mis miembros y caí de bruces al suelo. Me quedé allí tendida e inmóvil durante unos minutos, con la cara hundida en el césped mojado, mientras me acosaba el temor, o quién sabe si la esperanza de que hubiera llegado la hora de mi muerte. Pero pronto reaccioné: me puse primero a cuatro patas y luego de rodillas hasta que pude enderezarme del todo, más decidida que nunca a alcanzar la carretera.

Cuando lo conseguí, me vi obligada a sentarme en la cuneta para tomar aliento, y a poco de estar allí descansando oí acercarse un rumor de ruedas y vi una diligencia que venía. Me puse de pie, alcé la mano y se paró. Le pregunté al cochero que en qué dirección viajaba y él mencionó un lugar muy distante, donde estaba casi segura de que el señor Rochester no conocía a nadie ni nadie le conocía a él. Pregunté que cuánto costaba el viaje y me dijo que treinta chelines. Yo no tenía más que veinte, y se lo dije, a lo cual contestó que no tendría más remedio que conformarse. Me dejó entrar en el coche, que iba vacío, subí, cerró la portezuela y nos pusimos en marcha.

Espero, mi querido lector, que no tengas que pasar nunca por un trance como aquel, ni que tus sentimientos desencadenen el tumultuoso y abrasador caudal de lágrimas que brotó de los míos. Que nunca te veas clamando al cielo con tanta desesperanza como la que traspasaba mis agónicas plegarias. Ojalá nunca te apesadumbre el recelo de haber sido elegido como instrumento del diablo para dañar al ser a quien más amas.

Capítulo II

Han pasado dos días. Es una tarde de verano y el conductor de la diligencia me ha dejado en un lugar llamado Whitcross. No podía llevarme más allá por el precio que le pagué, que era todo lo que tenía, así que estoy sin un chelín. La diligencia ahora ya debe de estar a una milla de distancia y me encuentro completamente sola. Acabo de darme cuenta además de que se me ha olvidado recoger mi paquete de la rejilla del coche donde lo puse para mayor seguridad. Allí se ha quedado para siempre y yo me siento desamparada.

Whitcross no es un pueblo, ni siquiera una aldea, sino simplemente un cruce de cuatro caminos señalado por un hito de piedra pintada de blanco, supongo que para facilitar la visibilidad desde lejos cuando está oscuro. Del remate de esta piedra surgen cuatro letreros a modo de ramas. Según sus inscripciones, el pueblo más cercano se encuentra a diez millas y el más lejano a veintitantas. Por los nombres de estos pueblos —que me son conocidos— me entero del condado donde he venido a parar, y que ahora estoy pisando. Se trata de una región situada al norte de la zona central, oscurecida por páramos y rematada por una cordillera. Lo estoy viendo con mis propios ojos. Los inmensos páramos se extienden a mi espalda y a ambos lados de mi cuerpo, mientras las onduladas crestas montañosas se divisan allá al fondo, una vez cruzado el valle que duerme a mis pies. Debe de tratarse de una zona más bien despoblada, y por los caminos anchos y blancos que se dispersan en todas direcciones no veo transitar a nadie; parecen tallados en el páramo, y los tupidos brezales silvestres bajan hasta su cuneta. Pero, a pesar de tanta soledad, puede darse que

aparezca algún transeúnte y yo no querría por nada del mundo que alguien me encuentre. Si se me acercara un viajero, podría preguntarme que qué hago aquí dando vueltas alrededor de este hito de la encrucijada, evidentemente extraviada y sin saber qué rumbo tomar. Muchas cosas podría preguntarme y yo a ninguna sabría dar respuesta que no pareciera inverosímil o no despertara sospechas. No tengo en este momento una sola atadura con los seres humanos, ningún aliciente esperanzador me llama al encuentro de mis semejantes y nadie que me viese me dedicaría un poco de atención o un buen deseo. No tengo más familiares que nuestra madre universal: la Naturaleza. Buscaré reposo contra su regazo.

Me dirigí hacia los brezales; me interné en ellos y vadeé, entre la espesura cenagosa, una hondonada que surcaba el páramo oscuro. Hundida en él hasta las rodillas, seguí remontando sus vericuetos hasta encontrarme en un lugar recóndito junto a una roca cubierta de musgo. Me senté debajo de ella. Las altas lomas de la paramera se extendían en torno a mí, la roca me protegía la cabeza y por encima de todo ello se desplegaba el cielo.

Incluso allí, transcurrió un buen rato hasta lograr sentirme tranquila y a salvo. Experimentaba una vaga inquietud, ante el temor de que pastasen por allí cerca reses salvajes o de que algún cazador furtivo o algún pastor pudieran descubrirme. Si una ráfaga de viento barría el erial, me sobresaltaba y alzaba la vista pensando que era un toro que me venía a embestir; si escuchaba el sonido de una avefría, pensaba que era el de un hombre. Pero poco a poco, al comprobar que mis recelos no tenían fundamento y apaciguada por el profundo silencio que acompaña a la caída de la tarde, empecé a recobrar la confianza. Todavía no había tenido tiempo de ponerme a pensar; no había hecho más que escuchar, temer los peligros y estar al acecho. Ahora, por fin, recuperaba mi capacidad de reflexión.

¿Qué iba a hacer? ¿Adónde podía dirigirme? Eran, ay, preguntas angustiosas, porque nada podía hacer ni sabía adónde ir. Ante mi cuerpo fatigado y desfallecido se extendía un ignorado y largo camino que habría de recorrer antes de llegar a algún lugar habitado por seres humanos. Y allí, para encontrar albergue me vería precisada a implorar fría caridad o

recelosa compasión, exponiéndome a un probable rechazo aun antes de que expusiera mi necesidad o fuera escuchada mi historia.

Acaricié el brezo: estaba seco y tibio aún tras el calor de la mañana estival. Miré al cielo; estaba despejado y temblaba en medio de él una preciosa estrella asomando sobre el borde de la roca. Empezaba a caer el rocío, aunque lento y suave; no soplaba la brisa. La naturaleza me pareció benigna y clemente; me dio la impresión de que me quería, a pesar de mi desvalimiento, y yo, escarmentada de los hombres, me abracé a ella como a una madre. Esa noche por lo menos sería su huésped, además de ser su hija; ella me daría posada sin cobrarme un penique. Me quedaba todavía un trozo de pan, restos de un bollo que compré a mediodía al pasar por un pueblo, gastando la última moneda que me quedaba. Los arándanos maduraban por todas partes, esmaltando el brezal como cuentas de azabache. Cogí un puñado y me lo comí con el pan. El hambre que me acuciaba se aplacó un poco, aunque aquella colación de ermitaño no era para saciar a nadie. Cuando la acabé, recé mis oraciones y me puse a buscar un sitio para dormir.

El brezo que crecía junto a la roca era muy tupido. Cuando me acosté encima me tapó los pies y me resguardó los costados dejando solamente una rendija para que pudiera entrar el aire de la noche. Doblé el chal y me lo puse encima a manera de colcha; un montoncito de musgo hizo las veces de almohada. Guarecida allí no sentía frío, o por lo menos no lo sentí al inicio de la noche.

Mi descanso podría haber sido casi una bendición si la pesadumbre que anidaba en mi pecho no hubiera obstaculizado mi sueño. El corazón gemía a borbotones, un lamento que fluía por sus heridas abiertas y sus fibras rotas; se estremecía pensando en la suerte que pudiera correr el señor Rochester. Lo echaba de menos con amargura y nostalgia infinitas y temblaba, pobre corazón indefenso, como una avecilla a quien quebraron las alas, esforzándose en vano por alzar el vuelo y salir en su busca.

Atormentada por tan agobiantes pensamientos, me puse de rodillas. Ya había entrado la noche cuajada de astros; una noche serena, demasiado serena para ir aliada con el miedo. Ya sabemos que Dios está en todas partes, pero advertimos más su presencia en aquellos lugares donde más

resplandece ante nuestros ojos la Grandiosidad de sus obras, y es precisamente en las noches despejadas cuando los astros, como pequeños mundos, ruedan en silencio donde se trasluce más claramente su infinitud divina, su huella omnipresente. Me había arrodillado para rezar por el señor Rochester, y al alzar la vista, vi brillar la Vía Láctea, desdibujada a través de mis lágrimas. Recapacitando sobre las incontables constelaciones que la componían y barrían el espacio con su débil huella de luz, sentí interiormente el poder y la fuerza de Dios. Estaba segura de su capacidad para velar por lo que había creado y acabé persuadida de que ni una sola de las almas que constituyen su tesoro podría ser perecedera. De esta manera mi plegaria se convirtió en un himno de gratitud a la fuente de la vida que, al mismo tiempo, velaba por la conservación del espíritu. El señor Rochester estaba a salvo porque era criatura de Dios y Él lo protegería. Me volví a acurrucar en el regazo de la colina, y a partir de ese momento mis penas se las tragó el sueño.

Pero a la mañana siguiente la Necesidad me estaba acechando, pálida y en cueros. Mucho después de que los pajarillos hubieran abandonado el nido y de que las abejas hubieran venido a libar la miel del brezo, aún húmeda de rocío, cuando el sol ya iba alto y las largas sombras matutinas empezaran a recortarse, me incorporé y miré a un lado y otro.

Era un día templado y sereno, maravilloso. Y el páramo extendido parecía un desierto de oro, a la luz ubicua del sol. Deseé vivir en él, formar parte de él. Vi un lagarto correteando sobre la roca, vi una abeja afanosa posada entre los dulces arándanos y hubiera querido ser lagarto y abeja, que por doquier encuentran sustento y albergue. Pero era un ser humano con su secuela de necesidades y no debía quedarme rezagada si quería atenderlas. Me levanté y dediqué una mirada al lecho que acababa de abandonar. Sin esperanza alguna de futuro, no podía añorar más que una cosa: que mi Creador hubiese tenido la bendita ocurrencia de arrebatarme el alma mientras dormía, para evitar a mi agotado cuerpo que prolongase su lucha contra el destino y permitirle, una vez liberada el alma, que se disolviera en paz, viniese a mezclarse con la tierra de aquel desierto, a formar parte de ella. Pero aún seguía en poder de la vida y sujeta a sus exigencias, duelos y responsabilidades. Tenía que llevar a cuestas mi

fardo, subvenir a mis necesidades, soportar mis penas y cumplir con mi obligación. Me puse en marcha.

Cuando llegué a Whitcross, tomé un camino que discurría en dirección opuesta a la del sol, ahora ardiente y en su cenit. Ese fue el sustento de mi azarosa elección, huir del calor, mi voluntad no alcanzaba a más. Anduve mucho rato, y cuando me pareció que ya había sido demasiado, que podía conceder una tregua a la fatiga, que me vencía y relajar el ritmo de mi esfuerzo, me senté a descansar en una piedra. Inmediatamente se apoderó de mí una apatía que me entumecía el corazón y los miembros. En ese momento fue cuando escuché el tañido de una campana de iglesia.

Al darme la vuelta para localizar el sitio de donde procedía, entre las románticas colinas a cuyos cambiantes perfiles había dejado de prestar atención, divisé una aldehuela con su campanario. A mi derecha, todo el valle estaba lleno de pastizales, campos de centeno y bosques. Un arroyuelo centelleante recorría en zigzag todas aquellas tonalidades de verde, las mieses en sazón, los bosquecillos sombríos y el prado soleado. Un crujir de ruedas me hizo volver la vista hacia el camino que tenía enfrente, y vi un carro de labor cargado hasta los topes que ascendía trabajosamente hacia la colina, tirado por dos bueyes y seguido por el vaquero. Me estaba aproximando a la vida y al trabajo de los seres humanos que luchan para ganársela. Yo también tenía que luchar; abrirme camino en la vida y plegarme a sus exigencias, como todo el mundo.

Serían las dos de la tarde cuando entré en la aldea. Al final de su única calle había una pequeña tienda que exhibía en el escaparate pan y pasteles. Me moría de ganas de comer un pedazo de pan o un pastel; con ese refrigerio tal vez pudiera recuperar un poco de energía, sin él me sería casi imposible seguir. Había recobrado el deseo de tener vigor y fuerza en cuanto me vi rodeada de mis semejantes. Me di cuenta de que sería vergonzoso desmayarme de hambre en la acera de una aldea desconocida. No llevaba dinero encima, nada que poder ofrecer a cambio de un bollo. Me puse a pensar. Tenía un pañuelo de seda anudado a la garganta, y luego mis guantes. No tenía ni idea de cómo se las arreglan los hombres y mujeres cuando han llegado a tales extremos de indigencia. No sabía

tampoco si a alguien le interesaría darme algo por aquellas prendas; probablemente no, pero tenía que hacer la prueba.

Entré en la tienda y me dirigí a la mujer que despachaba. Cuando vio a una persona decentemente vestida, y que sin duda tomaría por una señora, me preguntó cortésmente que en qué podía servirme. La vergüenza paralizó mi lengua, incapaz de formular la petición que había proyectado. No me atrevía a ofrecerle aquel par de guantes bastante usado y un pañuelo mal planchado. Además me pareció completamente absurdo. Me limité a pedirle permiso para sentarme un momento, porque estaba muy cansada. Noté que no le hacía gracia no ver en mí a una cliente, pero, aunque fríamente, accedió a mi petición, y me señaló una silla donde me dejé caer. Sentía unas ganas vehementes de llorar, y sin embargo me contuve, consciente de lo inoportuno de tal efusión.

—¿Hay alguna modista en este pueblo?

—Sí, dos o tres. Para el trabajo que hay aquí sobran.

Me quedé pensando. Habíamos llegado al punto álgido de la cuestión. Me encontraba cara a cara con la Necesidad. No tenía recursos, ni amigos, ni un chelín, y había que hacer algo. Pero ¿qué? ¿Y a quién dirigirme?

—¿Sabe usted de alguien en este pueblo que necesite una criada?

—No le puedo decir.

—¿En qué trabaja la gente aquí? ¿Cuál es su fuente principal de ingresos?

—Algunos son granjeros, muchos están empleados en la fábrica de agujas del señor Oliver, otros en la fundición.

—¿Y el señor Oliver da trabajo a mujeres?

—No, solo admite hombres.

—¿Y qué hacen las mujeres aquí?

—Pues según, unas una cosa y otras otra, pobrecillas. Cada cual se las arregla como puede.

Parecía aburrida de mi interrogatorio; y en realidad, ¿qué derecho tenía yo a estarla molestando? Entraron una o dos personas en la tienda. Mi asiento evidentemente tenía que dejarlo libre. Me despedí.

Seguí recorriendo la calle, y mirando al pasar todas sus casas a derecha e izquierda, pero no se me ocurrió ningún pretexto ni descubrí aliciente

para entrar en ninguna. Deambulé por toda la aldea, durante más de una hora; a veces llegaba a una cierta distancia y volvía sobre mis pasos, cada vez más exhausta y notando de forma ya perentoria un hambre voraz. En un determinado momento me senté al borde de un camino, junto a un seto, y me quedé allí unos instantes sin hacer nada. Pero no podía permitírmelo, tenía que buscar a alguien que me proporcionara ayuda o al menos información; así que me puse de pie nuevamente. Vi una casa bastante bonita al final del camino, con su jardín delante muy cuidado y lleno de flores. Me detuve ante la casa. ¿Con qué pretexto podía acercarme a aquella puerta pintada de blanco y hacer sonar la brillante aldaba? ¿Qué interés podrían tener en ayudarme los habitantes de aquella morada? Pero de todas maneras me acerqué y llamé a la puerta. Una mujer joven todavía de aspecto agradable y pulcramente vestida me abrió.

—¿Necesitan ustedes criada? —pregunté desesperanzada, en voz queda y titubeante.

—No —dijo—; no necesitamos criada.

—¿Y no podría decirme si sabe de algún trabajo para mí? —continué —. Soy de fuera, no conozco a nadie en este sitio, y necesito un empleo, el que sea, me da igual.

Pero no era asunto suyo preocuparse por mí, ni ponerse a buscarme una colocación. Además descubrí en su mirada que tanto mi historia como mi situación, y también mi forma de presentarme, debían de parecerle sospechosas.

—Lo siento, pero no sé de nada —dijo sacudiendo negativamente la cabeza.

Y la puerta blanca se cerró. Sin un portazo ni malos modos, pero se cerró. Y yo estaba otra vez en la calle. Si hubiera tardado un poco más en cerrarla, creo que le habría pedido un trozo de pan, porque estaba desfallecida.

No podía resistir la idea de volver a aquel pueblo tan deprimente donde además no vislumbraba ningún rayo de esperanza. Me hubiera gustado mucho más adentrarme en un bosque que no se veía muy lejos de allí y que parecía brindarme acogida entre sus sombras. Pero me encontraba tan débil, tan enferma y desgastada por la penuria, que el instinto me aconsejó

no alejarme mucho de aquel lugar habitado donde la suerte pudiera depararme algo de comida. No podría sacarle gusto a la soledad ni al descanso mientras el buitre del hambre me siguiera clavando el pico y las garras.

Me acerqué a la zona más poblada, pasé de largo, volví sobre mis pasos y nuevamente me acosó la idea de que no tenía derecho a pedir ni a esperar que nadie se interesara por mi desvalimiento. A todo esto, la tarde iba avanzando mientras yo seguía errante de acá para allá como un perro extraviado y famélico. Al cruzar un prado, vi ante mí la torre de la iglesia y me encaminé hacia ella. Cerca del cementerio, en medio de un jardín, había una casa pequeña pero bien construida que no puse en duda que sería la vivienda del párroco. Recordé que los forasteros que llegan en busca de empleo a un lugar donde no conocen a nadie, suelen acudir al párroco para pedirle orientación y ayuda. La misión de un sacerdote es socorrer, aunque solo sea con un consejo, a quienes intentan valerse por sí mismos. Sentí que me asistía una especie de derecho a buscar amparo allí. Así que, haciendo acopio de valor y recolectando los residuos de mis flacas fuerzas, seguí avanzando, llegué a la casa y llamé a la puerta de la cocina. Me abrió una mujer mayor, y le pregunté que si vivía allí el párroco.

—Sí, aquí vive.

—¿Y está en casa?

—No.

—¿Tardará en volver?

—Sí. Está de viaje.

—¿Ha ido muy lejos?

—No mucho; a unas tres millas de aquí, en March End. Le avisaron porque murió su padre repentinamente, y lo más probable es que se quede en March End quince días más.

—¿No hay alguna señora en esta casa?

—No, nadie más que yo. Yo soy el ama de llaves.

Y a ella no me atreví, lector, a pedirle un socorro para la penuria en que me estaba hundiendo. Aún no era capaz de mendigar, así que una vez más mis pies me arrastraron en otra dirección.

Una vez más me quité el pañuelo y me puse a pensar en los panecillos que había visto en la tienda. ¡Lo que yo daría por un simple mendrugo para aplacar el dolor de estómago! Instintivamente los pasos me encaminaron otra vez a la aldea, encontré la tienda y volví a entrar en ella. Y, a pesar de que, además de la vendedora, había otras personas, me atreví a formular mi petición.

—¿Me cambiaría usted este pañuelo por un panecillo?

Me miró con evidente recelo.

—No, no me dedico a ese tipo de cambalaches.

Insistí, al borde de la desesperación.

—Medio panecillo, por lo menos.

—¿Y cómo voy a saber yo de dónde ha sacado ese pañuelo? —dijo.

—¿Quiere los guantes? —pregunté.

—No. ¿Para qué quiero yo esos guantes?

Es bastante desagradable, lector, entrar en detalles. Hay gente que se complace en revivir experiencias dolorosas del pasado, pero a mí todavía hoy me resulta difícil de soportar pasar revista a aquellos días. La combinación de deterioro moral y sufrimiento físico es demasiado turbadora para detenerse deliberadamente en su evocación. No le reproché nada a quienes me cerraron sus puertas. Me di cuenta de que era lo que cabía esperar, algo irremediable. Cualquier mendigo despierta recelos en general, pero ya no digamos si va bien vestido. Claro que lo que yo mendigaba era un empleo, pero ¿quién se iba a identificar con un problema que no era de su incumbencia, tratándose de gente que me veía, además, por primera vez y no sabía nada de mí? En cuanto a la mujer que no quiso cambiarme el pañuelo por un panecillo, estaba en su derecho de considerar chocante la oferta y desventajoso el trueque. Pero voy a resumir, porque me harta este tema.

Poco antes de oscurecer pasé por una granja, a cuyas puertas estaba sentado el dueño cenando pan y queso. Me paré.

—¿Podría darme un trozo de pan? —le pregunté—. Tengo mucha hambre.

Me miró con asombro. Pero cortó en silencio una gruesa rebanada de su hogaza y me la dio. Supongo que se dio cuenta de que no era una

mendiga y que me tomaría por una señorita extravagante, asaltada por el capricho de probar su pan moreno. Tan pronto como me encontré a cierta distancia, me senté y me lo comí.

No podía soñar con dormir bajo techado, de manera que busqué refugio en el bosque del que ya he hablado. Pero pasé una noche malísima sin poder descansar apenas. El suelo estaba húmedo y el aire frío. Además en varias ocasiones oí pasar a gente por allí cerca, y eso me obligaba a desplazarme sucesivamente en busca de un lugar más seguro y tranquilo, que no conseguía hallar. Antes del alba empezó a llover y siguió cayendo agua durante todo el día. No me pidas, lector, más detalles de esa jornada; me la pasé, como la anterior, buscando trabajo, sintiéndome rechazada y desfallecida de hambre. No probé bocado más que una vez. Fue al pasar por delante de una casita, donde vi a una niña a punto de echar un potaje frío de avena a una artesa para los cerdos.

—¿Me lo das? —le pregunté.

Se me quedó mirando fijamente.

—¡Madre! —gritó luego—. Que aquí hay una mujer que me pide el potaje.

—Bueno, si es una mendiga, dáselo —contestó una voz desde dentro —. El cerdo no lo quiere.

La niña volcó en mis manos aquella mezcla espesa, que yo engullí vorazmente.

Al final de aquel húmedo crepúsculo, me paré al borde de un sendero solitario por el que llevaba andando más de una hora.

«Me empiezan a abandonar las fuerzas —me confesé a mí misma—. Me doy cuenta de que no podré llegar mucho más allá. ¿Tendré que padecer otra noche al raso, con el suelo empapado por fría almohada, mientras la lluvia sigue cayendo? Me temo que no habrá otro remedio, ¿quién me va a abrir sus puertas? Pero me espanta, me muero de hambre, estoy helada y desfallecida, sumida en el abatimiento y la desesperanza. Es probable que sucumba antes de ver la luz del nuevo día. ¿Y por qué no soy capaz de aceptar la idea de la muerte? ¿Por qué me aferro aún denodadamente a una vida inútil? Pues porque sé, o creo saber, que el señor Rochester todavía vive, y morir de necesidad o de frío sería ceder a

un destino al que no me resigno sin luchar contra él. ¡Oh, Providencia, sostenme un poco más! ¡Sírveme de socorro y de guía!».

Dejé vagar la mirada por el paisaje difuso entre la niebla y comprendí que había ido a parar bastante lejos del pueblo, porque lo había perdido de vista, así como las tierras cultivadas de sus alrededores. A fuerza de patear senderos y de andar campo a través, de nuevo me estaba acercando a la zona de los páramos; y solamente unos pocos prados tan áridos y silvestres como los escasos matorrales que los rodeaban, me separaban de la oscurecida colina.

«Al fin y al cabo, mejor es caer muerta aquí que en medio de una calle o de un camino transitado —me dije—. Y prefiero que los cuervos, si los hay por esta zona, devoren mi carne, arrancándola del hueso, que dar con mis restos en un ataúd de caridad arrojado al fondo de una fosa común».

Me dirigí, pues, hacia la colina; y al llegar a su falda, ya no me faltaba más que encontrar una hondonada, más como escondite que como lugar seguro, para poder tumbarme; pero todo el suelo era una vasta superficie llana y uniforme. No presentaba variación más que en sus tonalidades: verde donde los juncos y el musgo crecían junto a la ciénaga, negro por los sitios donde solo el brezo cubría el duro suelo. Era ya tan de noche que apenas lograba distinguir esta variación de matices, ofrecida a mis ojos como una mera alternancia de claridad y sombras, desvanecidos progresivamente los colores con la luz del día.

Y sin embargo, mi mirada seguía errando por las tenebrosas ondulaciones que bordeaban el páramo, desdibujándose en aquel panorama silvestre. Y de repente, en un punto lejano, entre los pantanos y las crestas de la colina vi surgir una luz.

«Debe de ser un fuego fatuo[89]» fue lo primero que se me ocurrió pensar.

Imaginé que se iba a desvanecer enseguida, pero siguió brillando de forma persistente y fija sin acercarse ni perderse en la distancia. ¿Podría tratarse de una hoguera encendida? Pero no, la estuve acechando por ver si se hacía mayor, y ni aumentaba ni disminuía.

«Tal vez corresponda a la luz de una vela en el interior de una casa —conjeturé—; no obstante, si fuera así, no podría alcanzarla; está demasiado

lejos. Pero la verdad es que tampoco me serviría de nada, aunque nos separara solamente una yarda de distancia. ¿Qué adelantaría llamando a una puerta que me cerrarían en las narices?».

Así que me dejé caer donde estaba, con la cara pegada al suelo, y me mantuve inmóvil durante un rato. El viento de la noche soplaba sobre las colinas y sobre mi cuerpo, para acabar muriendo a lo lejos entre gemidos; la lluvia caía sin tregua y me calaba hasta los huesos. Si la muda escarcha me hubiera aterido por completo entregándome al dulce aturdimiento de la muerte, me habría sido indiferente que siguiera lloviendo porque estaría insensible, pero no lo estaba y mi carne aún viva era presa de escalofríos. No tardé mucho en incorporarme.

Seguía allí la luz aquella brillando débil pero constante, a través de la lluvia. Intenté echar a andar de nuevo, y lo hice en aquella dirección, arrastrando trabajosamente mi cuerpo agotado. Los pasos me llevaron hacia la colina, atravesando en diagonal una ciénaga. En invierno hubiera sido imposible, pero también ahora me resultó difícil; llegué a caerme dos veces, y otras dos me levanté, sacando fuerzas de flaqueza. Aquella lucecita era mi última esperanza y tenía que llegar a alcanzarla.

Una vez concluida la travesía, atisbé una franja blanquecina en el páramo, y descubrí, al aproximarme, que era camino o vericueto que llevaba directamente a aquel punto de luz, localizado ahora en una especie de otero rodeado de árboles. Me parecieron pinos por su perfil y follaje, aunque no se distinguían del todo en el seno de la oscuridad. Mi estrellita se desvaneció cuando me iba acercando, tapada acaso por algún obstáculo que se había interpuesto entre ella y yo. Eché las manos hacia adelante para tantear aquella masa oscura, palpé las piedras rugosas de un muro bajo, coronado por una especie de empalizada, y me di cuenta de que al otro lado había un seto alto y espinoso. Avancé a tientas, hasta toparme ante mí con algo blanquecino que brillaba. Era una verja que cedió al empujarla. A cada lado de ella había un arbusto, me parecieron acebos.

Cuando traspasé la verja, se reveló ante mis ojos la silueta oscura de una casa baja y más bien alargada, pero la luz ya no se veía por ninguna parte. Estaba todo en penumbra. ¿Se habrían acostado ya sus moradores? Era de temer que sí. Pero al palpar la pared buscando la puerta, doblé una

esquina y volvió a hacerse visible el resplandor amigo, colándose al exterior a través de los rombos de una minúscula ventana emplomada, casi a ras del suelo. Parecía aún más pequeña, oculta a medias por la yedra o alguna otra planta trepadora que crecía abundante en aquella zona de la pared. El hueco de la ventana era tan angosto que no precisaba de persianas ni visillos, así que solo con acercarme y apartar unas ramas pude fisgar aquel interior. Y lo que vi fue una habitación con el suelo bien lijado, fregado y limpio. Distinguí claramente un aparador de nogal, con una hilera de platos de estaño que reflejaban el resplandor rojizo de un fuego de turba, una mesa clara de madera de pino, un reloj, varias sillas. La vela cuyos destellos me habían servido de faro ardía sobre la mesa, y a su luz estaba haciendo calceta una mujer mayor, de aspecto algo tosco pero tan escrupulosamente limpia como todo su entorno.

Eché un vistazo rápido a todo aquello que no tenía nada de extraordinario. Pero sí lo tenía un grupo más interesante que descubrí cerca de la chimenea. Dos jóvenes y agraciadas señoritas (porque enseguida se notaba que eran señoritas) estaban apaciblemente sentadas al calor del fuego, una de ellas en una mecedora y otra en un taburete bajo. Las dos iban vestidas de luto riguroso, con trajes de crespón cuya negrura ponía de relieve sus delicados rostros y gargantas. Un viejo perro perdiguero dejaba descansar su cabeza maciza en las rodillas de una de ellas, mientras que en el regazo de la otra se acurrucaba un gato negro.

Llamaba la atención que una cocina tan humilde como aquella albergara a tales ocupantes. ¿Quiénes podrían ser? Desde luego, no las hijas de la señora mayor, con cuyo aspecto rústico contrastaba el de ellas, mucho más fino. No había visto nunca unos rostros como aquellos; y sin embargo, mientras los iba detallando, sus rasgos me parecían familiares. No puede decirse que fueran dos bellezas, calificativo que podría chocar con la palidez de sus rostros demasiado serios. En efecto, embebidas como estaban en la lectura de sendos libros, su aire pensativo rayaba con la severidad. Un atril colocado entre ambas servía de soporte a una segunda vela y a dos gruesos volúmenes, que consultaban a menudo, cotejando su contenido, al parecer, con los libros más pequeños que tenían en la mano, como se hace al consultar un diccionario cuando se está realizando una

traducción. Toda la escena era tan silenciosa como si las figuras fueran sombras y un cuadro la estancia a la luz del fuego. Reinaba tal silencio que se oían chisporrotear las brasas de la chimenea y el tictac del reloj en su oscuro rincón. Incluso llegué a imaginarme que escuchaba el clic-clic de las agujas de hacer calceta que manejaba la mujer mayor. De pronto, una voz vino a romper por fin aquel extraño silencio, lo bastante alta para que yo pudiera percibirla.

—Escucha, Diana —dijo una de aquellas absortas estudiantes—: Franz y el viejo Daniel están juntos durmiendo una noche, y Franz le cuenta a su compañero un sueño del cual acaba de despertarse sobresaltado. ¡Escucha!

Y se puso a leer en voz baja un trozo de prosa del que no entendí una sola palabra, porque se trataba de un idioma desconocido para mí, ni francés ni latín. Me pregunté si sería griego o alemán.

—Tiene fuerza, ¿verdad? —dijo cuando acabó de leerlo—. A mí me encanta.

La otra joven que había levantado la cabeza para atender a su hermana repitió una frase de lo que había oído, con los ojos fijos en el fuego. Más tarde supe de qué idioma y de qué libro se trataba; por eso cito aquí esa frase, aunque al oírla me sonó a repiqueteo metálico y sin sentido alguno:

—*Da trat hervor Einer, anzusehen wie die Sternen Nacht*[90]. ¡Precioso! —exclamó con una luz de entusiasmo en sus ojos negros—. Es como estar viendo ahí parado a un arcángel desdibujado pero potente. Es una frase que vale por cien de hojarasca. *Ich wäge die Gedanken in der Schale meines Zornes und die Werke mit dem Gewichte meines Grimms*[91]. ¡Qué bonito!

Ambas volvieron a guardar silencio.

—¿De verdad hay algún país donde hablen así? —preguntó la mujer mayor, levantando los ojos de su labor de calceta.

—Claro, Hannah, un país mucho mayor que Inglaterra, y ese es su idioma, no tienen otro.

—Pues no me explico cómo se entienden unos con otros. Aunque si ustedes van por allí alguna vez, seguro que pescan lo que ellos hablan.

—Puede que entendiéramos algo, Hannah, pero no todo, porque no somos tan listas como nos imaginas tú. No hablamos alemán ni lo leemos

bien sin diccionario.

—¿Y para qué les vale?

—Para dar clase algún día, aunque sean clases elementales, pero ya con eso ganaríamos más que ahora.

—De acuerdo. Pero déjenlo ahora, por esta noche yo creo que ya tienen bastante, ¿no?

—Es verdad. Yo por lo menos estoy cansada, ¿y tú, Mary?

—Igual. Me muero de cansancio. Es duro hacerse con un idioma sin más ayuda que la del diccionario.

—Y tan duro, sobre todo si se trata de este enmarañado y bendito alemán —dijo Diana—. ¿Tardará mucho en volver St. John?

—No creo, ya son las diez —contestó la hermana, consultando un relojito de oro que sacó de la cintura—. Hannah, está lloviendo muchísimo. ¿Quieres mirar, por favor, cómo sigue el fuego en el gabinete?

La mujer se levantó, abrió una puerta y a través de ella atisbé un trozo de pasillo. Oí cómo removía el fuego en un cuarto contiguo. Enseguida la vi volver.

—¡Qué pena me da, niñas, entrar ahora en el gabinete! —dijo—. ¡Tan vacío, con la butaca suya en el rincón!

Se secó una lágrima con el mandil, y la tristeza se pintó en los rostros graves de las jóvenes.

—Claro que ha pasado a mejor vida —continuó Hannah—. ¿Por qué vamos a desearle que vuelva a esta? No cabe imaginar una muerte más dulce que la que él tuvo.

—¿De verdad no nos llamó? —preguntó una de las jóvenes.

—No le dio tiempo, niña. Fue visto y no visto. Se había encontrado un poco mal el día antes, pero cuando le preguntó St. John que si quería que vinierais, se echó a reír. Al día siguiente (hoy hace quince) tenía cargazón de cabeza, se acostó y ya no volvió a despertarse. Vuestro hermano lo encontró rígido cuando vino a verlo. En fin, con él se acabó la vieja cepa, porque tanto ustedes como St. John se parecen más a la señora que esté en gloria; a ella también le gustaba estudiar. Y usted, Mary, es su viva imagen, Diana recuerda algo más al señor.

Yo las encontraba tan parecidas una a otra que me pregunté dónde estarían aquellas diferencias que percibía la criada. Porque ya no cabía duda de que era la criada. Ambas eran esbeltas, de tez clara, distinguidas y con la misma expresión viva e inteligente. Bueno, una tenía el pelo más oscuro, Diana, y lo llevaba peinado en tirabuzones que le caían sobre el cuello. Mary llevaba raya en medio y trenzas. Se oyeron sonar las diez en el reloj.

—Digo yo que querrán cenar —comentó Hannah—. Y también el señor St. John, cuando vuelva.

Se puso a preparar la cena, mientras las señoritas se levantaban y desaparecían, camino del gabinete, supongo. Hasta aquel momento, había estado tan embebida observándolas, sus palabras y su aspecto habían requerido tan intensamente mi atención, que llegué a olvidarme de mi propia desgracia. Y de repente volvía a acuciarme más aún —por contraste — lo desolado de mi situación sin esperanza. ¡Y qué imposible me parecía encender el interés por mi caso en las moradoras de aquella casa, y hacerles creer en la verdad de mi penuria para inducirlas a ofrecer un reposo a mi periplo errabundo! Tanteé la puerta y, mientras llamaba a ella titubeando, consideraba mi propósito como una simple quimera. Me abrió Hannah.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó sorprendida, escudriñándome a la luz de la vela que sostenía en la mano.

—¿Puedo hablar con sus señoritas? —pregunté.

—Mejor será que me diga a mí lo que quiere. ¿De dónde viene usted?

—Soy forastera.

—¿Y qué la trae por aquí a estas horas?

—Solo pido que me dejen guarecerme en algún cobertizo o en cualquier sitio, y un pedazo de pan.

La desconfianza, precisamente el sentimiento que yo más temía, asomó al rostro de Hannah.

—Le daré un poco de pan —dijo después de una pausa—, pero no damos albergue a vagabundos. Eso no.

—Déjeme hablar con sus señoritas.

—No, no la dejo. ¿Qué pueden hacer ellas por usted? Y no debía estar dando vueltas por ahí a estas horas y con el mal tiempo que hace.

—¿Pero dónde voy a ir si usted me echa? No sé qué va a ser de mí.

—Seguro que sabe adónde ir y lo que hacer. Solo le aconsejo que no tome el mal camino. Aquí tiene un penique y váyase.

—Con un penique no puedo comer, y para seguir camino no me quedan fuerzas. ¡No me cierre la puerta, por Dios se lo pido!

—Tengo que cerrarla. Está entrando la lluvia.

—Dígale a las señoritas… ¡Déjeme entrar a verlas!

—De ninguna manera. Si fuera usted una persona como Dios manda, no armaría tanto escándalo. ¡Fuera!

—Pero es que me voy a morir si no me deja entrar.

—No lo creo. Algo estará tramando para merodear por estas casas entre la maleza a estas horas de la noche. Si andan por ahí cerca algunos compinches suyos, rateros o cosas por el estilo, ya les puede decir que en esta casa no estamos solas, tenemos un hombre, y perros y escopetas.

Y, diciendo estas palabras, aquella servidora fiel pero inflexible me cerró la puerta en las narices y echó el cerrojo.

Aquello ya fue el colmo. Una punzada de refinado sufrimiento me invadió el corazón, a modo de desesperada agonía. Ahora sí que estaba realmente agotada, ni un solo paso más podía dar. Me dejé caer en el umbral gimiendo y retorciéndome las manos, presa de mortal angustia. Veía aproximarse con espanto el espectro de la muerte, aislada y desterrada de mis semejantes ante aquel trance final. No solo había perdido el ancla de un hogar sino el sostén de mi propia fortaleza. Pero al menos este sostén tenía que luchar por recuperarlo.

«No tengo más remedio que morir —me dije—, pero creo en Dios. Intentaré acatar su voluntad sin quejarme».

No me había limitado a pensar estas palabras, sino que las pronuncié en alta voz, confinando así mis penas al fondo del corazón, donde permanecieron mudas e inmóviles.

—Todos los hombres tenemos que morir —dijo una voz muy cerca de mí—; pero no todos estamos condenados a encontrar una lenta y prematura agonía, como sería la suya si sucumbiera aquí a la necesidad.

—¿Quién o qué cosa me está hablando? —pregunté aterrada ante aquel inesperado sonido, y ya incapaz de vislumbrar esperanza o ayuda en nada de lo que me ocurriera.

Había cerca de mí una sombra, pero ni mis ojos fatigados ni la oscuridad de la noche me permitían distinguir a quién podría corresponder. Una llamada insistente y perentoria a la puerta me reveló al recién llegado.

—¿Es usted, señor St. John? —gritó Hannah desde dentro.

—Sí, yo soy, abre, date prisa.

—¡Qué mojado viene y qué frío traerá, con la noche que hace! Entre, sus hermanas ya empezaban a estar intranquilas, y además me parece que anda merodeando por aquí mala gente. Acaba de venir una mendiga… ¡Pero cómo! Si está todavía ahí tirada. Levántese. ¡Le he dicho que se vaya!

—¡Cállate, Hannah! Tengo que hablar con esta mujer. Tú has cumplido con tu deber no admitiéndola, pero deja que yo cumpla con el mío haciendo lo contrario. He estado cerca y os he oído hablar a ti y a ella. Creo que no se trata de un caso corriente, o por lo menos lo quiero investigar. Levántese del suelo, muchacha, y pase delante de mí a casa.

Le obedecí, aunque con dificultad. Ya estaba de pie dentro de aquella cocina limpia y alegre, junto al fuego, temblando de frío, enferma. Y era consciente del extremo desaliño que dejó en mí la intemperie, de mi aspecto fantasmal. Sentía fijas sobre mí las miradas de las dos jóvenes y de su hermano y la de la vieja criada.

—¿Quién es, St. John? —oí que preguntaba una de ellas.

—No te lo puedo decir. Me la he encontrado en la puerta.

—Está palidísima —dijo Hannah.

—Sí, blanca como la nieve o la muerte —le contestó alguien—. Que se siente, se va a desmayar.

Y efectivamente, la cabeza me daba vueltas, me caí y una silla recogió mi cuerpo. Todavía no había perdido totalmente el conocimiento pero era incapaz de pronunciar palabra.

—Un poco de agua la reanimará; tráele agua, Hannah. Pero si no puede con su alma, la pobre, qué demacrada está y qué pálida.

—Parece un espectro.

—¿Estará enferma o solo hambrienta?

—Hambrienta desde luego. ¿Es esto leche, Hannah? Trae, y dame también un trozo de pan.

Unos largos rizos se interpusieron entre el fuego y yo y supe que era Diana quien se estaba agachando para acercar a mis labios un pedazo de pan que había partido y mojado en leche. Tenía su cara muy cerca de la mía y vi compasión en ella. Tanto su respiración entrecortada como sus escuetas palabras: «Trate de comer», me transmitieron una emoción balsámica.

—Sí, haga un esfuerzo —corroboró amablemente Mary.

Noté que la mano de Mary me quitaba el sombrero empapado y me sostenía la cabeza. Probé lo que me ofrecían, primero desganadamente y enseguida con ansia.

—No le deis mucho al principio, poco a poco —intervino el hermano —. Por ahora ya es bastante —añadió, mientras apartaba el plato de pan y la taza de leche.

—¡Un poco más, St. John! ¿No ves la avidez con que los mira?

—De momento basta, hermana. Mira a ver ahora si puede hablar, pregúntale cómo se llama.

Me di cuenta de que ya era capaz de articular palabras y contesté:

—Me llamo Jane Elliott.

Había decidido adoptar un seudónimo, empeñada, como estaba, en ocultar mi verdadera identidad.

—¿Y dónde vive? ¿Dónde están sus amigos?

Guardé silencio.

—¿Podemos avisar a algún conocido suyo?

Negué tajantemente con la cabeza.

—¿Y qué explicación puede darnos acerca de sí misma?

En cierto modo, una vez cruzado el umbral de aquella casa y hallándome frente a sus dueños, sentí que había abandonado mi condición de vagabunda, paria y repudiada por el mundo entero. Me atreví a echar de mí a aquella mendiga y a recuperar mis modales y carácter de siempre. Empecé a tomar las riendas de mi ser una vez más, y tras una breve pausa,

consciente de que estaba demasiado débil aún para rendir las cuentas que St. John acababa de pedirme, le contesté:

—Señor, esta noche no le puedo dar detalles.

—Pues entonces —dijo— ¿qué es lo que pretende que haga por usted?

—Nada —contesté.

No me alcanzaban las fuerzas más que para respuestas muy breves. Diana tomó la palabra.

—¿Nada? ¿Quiere decir —preguntó— que ya ha recibido de nosotros toda la ayuda que precisaba? ¿Pretende que la echemos de nuevo al páramo en esta noche de lluvia?

La miré. Tenía un rostro extraordinario, que rezumaba fuerza y bondad. Me dio ánimos para contestar con una inmediata sonrisa a su clemente mirada.

—Me pongo en sus manos —contesté—. Aunque fuera un perro extraviado y sin dueño, sé que no me echarían de su casa esta noche, así que nada temo. Hagan conmigo lo que quieran. Solo les pido que me ahorren los discursos largos, porque apenas me quedan alientos y siento náuseas al hablar.

Los tres me contemplaban y guardaron silencio.

—¡Hannah! —dijo por fin St. John—. Deja que se quede sentada ahí, y no le preguntes nada. Dentro de diez minutos, dale lo que queda de pan y leche. Mary, Diana y yo vamos al gabinete a discutir este asunto.

Se fueron. Al cabo de un rato, vino una de las hermanas, no sé cuál. Una especie de dulce estupor me embargaba, sentada allí, ante el fuego. En voz baja, ella le dio ciertas instrucciones a Hannah. Poco después, esta me ayudó a subir unas escaleras y a quitarme la ropa empapada. Luego una cama cálida me recibió entre sus sábanas secas. Le di gracias a Dios, encendida de gozo en medio de mi inaudito agotamiento, y caí dormida.

Capítulo III

El recuerdo de los primeros días y noches —serían unos tres— que siguieron a aquello es una noción muy borrosa. Puedo revivir alguna de las sensaciones experimentadas en ese plazo, pero de lo que hice o de lo que pensé no quedan rastros. Sabía que estaba en un cuarto pequeño y acostada en una cama estrecha, donde yacía cual piedra en pozo; parecía formar parte de aquella cama hasta el punto de que arrancarme de allí hubiera sido casi como matarme. No me daba cuenta del transcurso del tiempo ni de cuando las tardes sucedían a las mañanas o las noches a las tardes. Cuando alguien entraba o salía del cuarto, lo percibía, e incluso distinguía una de otra a las personas y me enteraba de lo que decían, si hablaban cerca de mí, pero no podía moverme ni despegar los labios. Hannah, la criada, era quien más venía, y a mí me molestaban sus visitas. Me parecía que estaba deseando que me fuera de la casa, que estaba predispuesta en contra mía y que no tenía en cuenta mis circunstancias ni mostraba interés por entenderme. Diana y Mary entraban una o dos veces al día, y a veces captaba algo de lo que decían susurrando.

—Hicimos bien en darle albergue.

—Ya lo creo. Si se llega a quedar toda la noche a la intemperie, a la mañana siguiente nos la habríamos encontrado muerta ahí en el quicio. ¿Qué le podrá haber pasado?

—Sabe Dios cuántas calamidades, antes de llegar aquí, la pobre, pálida, errabunda y al límite de sus fuerzas.

—Su manera de expresarse y su acento parecen los de una persona educada, y tampoco la ropa que traía, aunque empapada y llena de arrugas,

era la de una mendiga.

—Tiene una cara muy original, a pesar de lo demacrada que está; a mí me gusta. Creo que en cuanto descanse y recupere la salud, no tendrá un aspecto nada desagradable.

En ningún momento les oí pronunciar una sola palabra de arrepentimiento por haberme dado hospedaje, como tampoco de recelo o aversión hacia mi persona. Y yo recibía de ello mucho consuelo.

El señor St. John no vino más que una vez. Me miró y dijo que aquel estado de letargo era una reacción del organismo a consecuencia del exceso de fatiga. Opinó que no hacía falta llamar al médico porque la naturaleza se abriría camino mejor por sí misma, estaba seguro. Todos mis nervios —dijo— habían sufrido una sobrecarga y mi organismo clamaba por una cura de sueño. Enfermedad no había. Y mi recuperación, una vez iniciada, suponía que sería rápida. Dio esas opiniones con voz queda y tranquila y en pocas palabras. Luego, tras una pausa, y en el tono de alguien poco acostumbrado a comentarios expansivos, añadió:

—Realmente tiene una fisonomía poco común. No presenta ningún atisbo de vulgaridad o degradación.

—Todo lo contrario —dijo Diana—. Si quieres que te diga la verdad, St. John, a mí esta pobre chica me produce ternura. Ojalá pudiéramos ayudarla para siempre.

—Eso es poco probable —replicó él—. Acabaremos por enterarnos de que ha reñido con sus parientes y de que los ha abandonado en un rapto de irreflexión. Quizá consigamos que vuelva con ellos, si no es muy terca. Pero su fisonomía revela obstinación y no creo que sea de las que ceden. En fin —añadió tras una pausa—, parece sensata, pero de guapa no tiene nada.

—Está muy enferma, St. John.

—Enferma o no, siempre será fea. La gracia y la armonía de la belleza brillan por su ausencia en esos rasgos.

Al tercer día, me encontraba mejor, al cuarto ya podía hablar, moverme, incorporarme y darme la vuelta en la cama. Hannah, a una hora que supongo sería la del desayuno, me trajo un plato de sopa y unas tostadas. Lo comí con gusto, por el apetito que tenía y porque no estaba

contaminado por aquel sabor a fiebre que tenía todo lo que intenté tragar hasta aquel momento. Cuando quedé sola, me encontré bastante restablecida, y al poco rato el hartazgo de reposo desaguó en una especie de hormiguillo que no me dejaba parar. Estaba deseando levantarme, pero ¿qué ropa me iba a poner? Solo tenía aquella indumentaria sucia y empapada de dormir en el suelo y haberme caído al pantano. Me daba vergüenza presentarme ante mis bienhechores de semejante guisa. Pero ellos mismos me habían ahorrado tal humillación.

Dobladas sobre una silla que tenía cerca vi todas mis prendas lavadas y planchadas. El vestido de seda negra colgaba de la pared, limpio de toda huella de barro y de las arrugas ocasionadas por la lluvia, tan adecentado como los zapatos y las medias. Encontré en el cuarto todo lo necesario para lavarme, peinarme y cepillarme. Tras un esforzado proceso, porque tenía que pararme a cada momento para descansar, logré vestirme. La ropa se me había quedado grande, a causa de mi desmejoramiento, pero traté de disimularlo echándome un chal por encima, y una vez que di el visto bueno a mi aspecto, sin trazas del desorden o suciedad que tanto aborrecía, salí del cuarto y me deslicé, bien agarrada al pasamanos, por una escalera de piedra. Luego, tras recorrer un pasillo estrecho y de techo bajo, fui a parar a la cocina.

Allí me cogió el calor de un fuego generoso y un aroma a pan reciente. Era Hannah quien lo estaba sacando del horno. Ya se sabe que los prejuicios son muy difíciles de arrancar de algunos corazones cuyo suelo no ha sido abonado por la educación, crecen y arraigan allí como la mala hierba entre las piedras. Pero Hannah, que al principio se había mostrado declaradamente rígida y fría conmigo y luego un poco menos, cuando me vio entrar en la cocina bien aseada y vestida con pulcritud, incluso me dedicó una sonrisa.

—¿Ya levantada? —dijo—. Pues eso es que se encuentra mejor. Siéntese aquí junto a la chimenea, si quiere; suele ser mi sitio.

Señaló una mecedora, y me senté. Hannah se afanaba de acá para allá, y de vez en cuando me observaba de reojo. De repente, cuando estaba sacando unos bollos del horno, se volvió hacia mí y me preguntó sin más rodeos:

—¿Había pedido limosna otras veces, antes de llegar a la puerta de esta casa?

En un primer momento me sulfuró aquella pregunta, pero luego, considerando que la indignación estaba fuera de lugar, ya que efectivamente me presenté ante aquellas puertas con trazas de mendiga, le contesté serenamente, pero acentuando el tono de firmeza.

—Se equivoca al tomarme por una mendiga. Soy tan pordiosera como usted o sus señoritas.

—No entiendo —dijo tras una pausa—. Por lo que se ve no tiene usted casa, ni una lata, ¿no?

—No tener casa ni una lata (supongo que quiere usted decir dinero) no convierten a una persona en mendigo, tal como usted entiende esa palabra.

—¿Es usted instruida? —preguntó.

—Lo soy, y mucho.

—Pero no habrá estado interna en un colegio.

—Pues sí. Pasé ocho años en un internado.

Abrió los ojos de par en par.

—¿Y entonces, cómo no es capaz de ganarse el sustento?

—Me lo he ganado, y espero poder volver a hacerlo pronto. ¿Qué va a hacer con esas grosellas? —le pregunté al ver que sacaba una cesta llena.

—Prepararlas para hacer una tarta.

—Déjeme que se las limpie.

—No, usted no tiene que hacer nada.

—Pues yo creo, al revés, que tengo que hacer algo. Démelas, por favor.

Consintió en ello, y hasta me trajo un paño limpio para que lo extendiera sobre mi regazo.

—Para que no se ensucie la falda —dijo—, porque se nota, por sus manos, que no tiene costumbre de trabajar como criada. ¿Es modista, por casualidad?

—No, no ha acertado. ¡Pero qué más da lo que sea o haya sido! No se devane más los sesos por mi culpa. Mejor será que me diga el nombre de la casa donde estamos.

—Algunos la llaman Marsh End y otros Moor House.

—¿Y ese señor St. John vive aquí?

—No, está pasando solo unos días. Vive en la parroquia de Morton.

—¿Morton? ¿Esa aldea que hay a pocas millas de aquí?

—Esa misma.

—¿Y qué hace él allí?

—Es el párroco.

Recordé la respuesta del ama de llaves, cuando llegué a la rectoría preguntando por el párroco y me dijo que estaba fuera a causa de la muerte de su padre.

—Entonces ¿esta casa era la de su padre?

—Sí, aquí vivía el viejo señor Rivers, y antes su padre, y antes su abuelo y su bisabuelo, es la casa de la familia.

—O sea, que él se llama St. John Rivers.

—Exactamente, St. John es su nombre de pila.

—¿Y Diana y Mary son sus hermanas? ¿Se apellidan también Rivers?

—También.

—Ya. Y el padre ha muerto.

—Sí, hace tres semanas, le dio una embolia, pobre.

—¿Y la madre?

—Murió hace muchos años. Son huérfanos.

—Veo que lleva usted muchos años en la casa.

—Treinta, ya ve, a los tres los he criado yo.

—Por algo será, habrá sido fiel y honrada, y eso dice mucho a su favor. Pero a mí, en cambio, me ha llamado pordiosera.

Volvió a mirarme con ojos de asombro.

—La he juzgado mal, perdone mi error —dijo—, pero es que anda por ahí suelto mucho maleante… ¿me perdona?

—Sí, aunque —continué, más bien seria— quiso echarme a la calle en una noche tan mala que hasta a un perro se le abriría la puerta.

—Fui muy dura, lo reconozco, pero ¿qué iba a hacer? Era más en las niñas que en mí en lo que pensaba. Las pobres no tienen a nadie que vele por ellas más que a su Hannah. A veces me pongo de uñas, exagero.

Me quedé callada y seria durante unos instantes.

—No debe pensar mal de mí —insistió.

—Pues mire, un poco mal sí pienso. Y le voy a explicar por qué. No tanto porque se negara a brindarme hospitalidad o porque me creyera una impostora, como por el reproche que acaba de hacerme de no tener yo ni techo que me albergue ni una «lata». Algunas de las personas más excelentes que han habitado este mundo fueron tan pobres como yo. Y, si es cristiana, debe aprender a no mirar como un delito la ausencia de bienes materiales.

—No lo volveré a hacer —contestó—. Es lo mismo que me dice el señor St. John; pero sepa que ahora ya la conozco a usted bien y me parece una gran persona, de lo más decente.

—Procuro serlo. Y queda usted perdonada. Aquí está mi mano.

Puso en la mía la suya áspera y pringada de harina, mientras una sonrisa abierta iluminaba su cara de rasgos toscos. A partir de ese momento, nos hicimos amigas.

Quedó de manifiesto que a Hannah le encantaba darle a la lengua. Mientras yo limpiaba la fruta, no paró de contarme con todo detalle la historia de sus difuntos amos y de lo que ella llamaba «su camada», para referirse a los tres jóvenes.

Según sus informes, el viejo señor Rivers era un hombre sencillo, aunque de una familia bien ilustre, un caballero de pies a cabeza. Marsh End pertenecía a los Rivers desde hacía doscientos años, una casa de solera, aunque pareciera humilde y pequeña comparada con la mansión que se había construido el señor Oliver en el valle de Morton. Pero ella se acordaba perfectamente del padre de Bill Oliver, un simple jornalero en la fábrica de agujas. En cambio, los Rivers ya eran caballeros en tiempos del rey Enrique, como constaba en los archivos de la iglesia de Morton, que podía consultar cualquiera. Reconoció también que el viejo señor Rivers no era, sin embargo, nada del otro mundo, un granjero normal apasionado por la caza y amante de sus tierras. La señora ya era otra cosa, muy estudiosa, una lectora impenitente. Y los chicos habían salido a ella, les gustaba aprender cosas casi desde que aprendieron a hablar, muy peculiares los tres, muy «suyos»; por toda aquella zona no había nadie que se les pudiera comparar. El señor St. John desde pequeño dijo que quería estudiar para párroco; y las chicas, en cuanto dejaron el colegio, pensaban

buscar empleo como institutrices. Muchos años atrás el viejo Rivers había perdido una gran fortuna, arrastrado por la quiebra de un hombre en quien había confiado ciegamente. Dejó de ser, pues, lo bastante rico para legar a sus hijas una herencia desahogada, así que ellas tuvieron que ganarse la vida por su cuenta. Ya ni ellas ni su hermano vivían en la casa, aunque ahora habían venido a pasar una temporada a raíz de la muerte del padre. Pero tanto a ellas como a su hermano les encantaba Marsh End, y Morton, y todos los páramos y colinas que rodeaban aquel lugar. Habían vivido en Londres y en otras grandes ciudades, pero decían siempre que no había nada como la casa propia. Se llevaban muy bien y no reñían nunca, a ver dónde se encontraba una familia mejor avenida que aquella.

Cuando terminé de limpiar las grosellas, le pregunté a Hannah que dónde estaban ahora los tres hermanos.

—Se han ido a Morton de paseo. Pero estarán de vuelta para la hora del té.

Regresaron, en efecto, a la hora indicada por Hannah, y entraron directamente a la cocina. El señor St. John, al verme, se limitó a hacer una inclinación de cabeza y pasó de largo. En cambio, sus hermanas se detuvieron. Mary expresó en pocas palabras, aunque cariñosas y serenas, su contento por la mejoría que me había permitido levantarme y bajar. Diana me cogió una mano y movió la cabeza, reprobadora.

—Tenía que haber esperado a que yo le diera permiso de bajar —dijo —. Está muy pálida todavía, ¡y tan desmejorada! ¡Pobrecita mía!

La voz de Diana me sonó a arrullo de paloma. Tenía unos ojos que me encantaba mirar, cuando se cruzaban con los míos, y todo su semblante emanaba atractivo. También el rostro de Mary traslucía inteligencia, y era muy guapa; pero su expresión era más contenida y sus modales, aunque amables, más distantes. Tanto su aspecto como su manera de hablar evidenciaban determinación y una cierta autoridad. Yo siempre, por tendencia natural, me he plegado gustosa a la voluntad de personas como ella, cuando esa obediencia no va en contra de mis principios ni daña mi amor propio.

—¿Y qué se le ha perdido a usted aquí? —preguntó—. Este no es el lugar que le corresponde. A veces Mary y yo bajamos a sentarnos un rato

en la cocina, porque nos gusta sentirnos libres y nos permitimos cualquier informalidad. Pero usted es nuestra invitada, y donde tiene que estar es en el salón.

—Yo me encuentro aquí muy a gusto.

—¿Cómo va a estar a gusto, con Hannah dando vueltas todo el rato y salpicándola de harina?

—Además el fuego es demasiado vivo para usted —intervino Mary.

—Tienes razón —remachó su hermana—. Ande, sea obediente y venga con nosotras.

Me ayudó a levantarme, y sin soltarme de la mano, me condujo a una habitación del interior, que tenía un sofá.

—Siéntese ahí —dijo, indicándomelo y acomodándome en él—, mientras nosotras nos quitamos la ropa de calle y preparamos el té. Es otro privilegio del que disfrutamos en esta casita del páramo, prepararnos la comida cuando nos apetece o cuando Hannah está ocupada en otras tareas de repostería, de lavado o de plancha.

Cerró la puerta tras ella y me quedé a solas con el señor St. John, que estaba sentado enfrente de mí leyendo un libro o un periódico. Primero pasé revista a la habitación y luego me fijé en su ocupante.

Era un saloncito amueblado con sencillez, pero muy acogedor, donde reinaba el orden y la pulcritud. Las sillas, de estilo algo anticuado, estaban tapizadas de colores alegres y la mesa de nogal relucía como un espejo. Las paredes descoloridas estaban cubiertas por viejos y anacrónicos retratos de hombres y mujeres ya no pertenecientes a este mundo. Había una vitrina con libros y un antiguo juego de té de porcelana. Adornos superfluos no se veían, ni tampoco ningún mueble moderno, a excepción de dos costureros y una escribanía de señora en palisandro, sobre una mesa lateral. Todo lo demás, incluidos cortinajes y alfombras, acusaban simultáneamente el deterioro del uso y la esmerada conservación.

El señor St. John, tan inmóvil como los sombríos retratos de la pared, con los ojos fijos en la página que estaba leyendo y los labios sellados por el silencio, se prestó fácilmente a mi examen. Si se hubiera tratado de una estatua y no de un hombre, no me lo habría puesto más fácil. Era joven —le calculé entre veintiocho y treinta años—, alto y esbelto. Su rostro

llamaba la atención porque recordaba el de las esculturas griegas: perfil puro, nariz recta y clásica, la barbilla y la boca parecían las de un ateniense. Pocas veces un rostro inglés se habrá acercado tanto a los patrones clásicos como aquel. No me extrañó que hubiese comentado con disgusto la irregularidad de mis facciones, si las estaba comparando con la armonía de las suyas. Sus ojos grandes y azules estaban sombreados por pestañas oscuras y sobre la frente, amplia y pálida, como tallada en marfil, le caía de vez en cuando algún mechón de su pelo rubio.

Una descripción estimulante, ¿no te parece, lector? Y sin embargo, la persona a quien describo no lo era, no evocaba nociones de dulzura o complacencia, y ni siquiera un temperamento sosegado. Aunque no se movía, había algo en las aletas de su nariz, en la frente y en el rictus de la boca que interpreté como señal de algún desarreglo interior, cierta amalgama de inquietud, intransigencia y nerviosismo. No me dirigió la palabra ni siquiera tampoco una mirada furtiva hasta que volvieron sus hermanas. Diana, en una de sus idas y venidas, mientras preparaba la merienda, me trajo un pastelito recién sacado del horno.

—Vaya comiéndolo —dijo—. Debe de tener hambre. Hannah me ha dicho que desde que se despertó no ha tomado más que un plato de sopa y unas tostadas.

No se lo rechacé porque se me había despertado, efectivamente, un hambre canina. En ese momento, el señor Rivers cerró su libro, se acercó a la mesa y fijó en mí la mirada de aquellos ojos azules que parecían pintados. Había cierto descaro en la falta de disimulo con que me escrutaban esos ojos ahora, inquisidores y determinantes, como queriendo decir que si no me había prestado atención hasta entonces no era porque le hubiera pasado inadvertida mi presencia.

—Tiene usted mucho apetito —dijo.

—Sí, señor, mucho.

Es mi estilo, y lo ha sido siempre por instinto, contestar escuetamente a las formulaciones escuetas, salir sin rodeos al encuentro con la franqueza.

—Le ha venido bien verse obligada a comer poco estos días por culpa de la fiebre; hubiera sido peligroso, en el estado en que llegó, que saciara

por completo su hambre atrasada. Ahora, en cambio, ya puede comer de todo, aunque con moderación.

—Espero no tener que alimentarme a sus expensas durante mucho tiempo, señor —fue mi respuesta tan repentina y burda como maleducada.

—Yo también —dijo fríamente—. En cuanto nos indique dónde viven sus amigos o parientes, les escribiremos para que pueda volver usted a su casa.

—Eso no cabe dentro de lo posible, señor, y prefiero dejarlo claro de antemano. Ni tengo casa, ni tengo amigos ni tengo parientes.

Los tres hermanos me miraron de hito en hito, pero sin manifestar desconfianza. Había más curiosidad que recelo en sus ojos, especialmente en los de ellas. Los de St. John, aunque muy claros en el sentido literal del término, metafóricamente hablando eran bastante turbios y difíciles de interpretar. Parecía utilizarlos como instrumento de disección sobre los pensamientos ajenos más que para desvelar los suyos propios. Y esa confabulación de avidez y cautela contribuía más a reprimir que a envalentonar.

—¿Quiere usted decir que vive aislada? —preguntó—. ¿Que no tiene relación con nadie?

—Con nadie. No estoy vinculada a ningún ser vivo, ni me asiste el derecho para reclamar asilo bajo ningún techo de Inglaterra.

—¡Qué situación tan rara a su edad!

En aquel momento, noté que dirigía la mirada hacia mis manos, cruzadas sobre la mesa. Al principio no entendí qué podía buscar en ellas, pero sus palabras aclararon inmediatamente la cuestión.

—¿Ha estado casada alguna vez? ¿O es usted soltera?

Diana se echó a reír y dijo:

—Pero St. John, ¿no te das cuenta de que tendrá diecisiete o dieciocho a lo sumo?

—Voy a cumplir diecinueve —dije—, pero no, no estoy casada.

Noté que una ola de rubor se me subía a la cara, porque aquella alusión al matrimonio había removido en mí recuerdos inquietantes y amargos. Todos debieron de darse cuenta de mi turbación. Pero mientras Diana y Mary me concedían un alivio al desviar la vista de mi encendido rostro, su

hermano, imperturbable, persistió en taladrarme con su fría mirada, hasta que la emoción que me había arrebolado hizo brotar también algunas lágrimas.

—¿Dónde vivía usted antes de llegar aquí? —siguió indagando.

—No la agobies, St. John, con tantas preguntas —le susurró Mary casi al oído.

Pero él se inclinó hacia adelante, sin dejar de acecharme, como si exigiera, a través de la mesa, una respuesta pronta.

—Los nombres del sitio donde vivía y de la persona con quien vivía constituyen mi secreto —repliqué, concisa.

—Un secreto que, en mi opinión —comentó Diana—, tiene usted todo el derecho del mundo a ocultarle a St. John y a cualquiera que le venga con preguntas.

—Pero, si no conozco su historia —intervino él—, me va a ser imposible ayudarla. Y usted necesita ayuda, no lo niegue.

—No lo niego, ni tampoco que la estoy buscando. Lo que necesito, señor, es algún filántropo que me ayude a encontrar trabajo remunerado. Me basta con un salario para atender a mi manutención y cubrir mis necesidades más elementales.

—Yo no sé si seré o no un verdadero filántropo, pero estoy dispuesto a ayudarla en todo lo posible a alcanzar tan noble objetivo. Siempre y cuando usted me diga antes, claro, qué es lo que está acostumbrada a hacer y sobre todo qué sabe hacer.

Habíamos terminado de tomar el té, y aquella bebida me había estimulado como el vino a un gigante. Se me tonificaron los nervios alterados, y noté que era capaz de contestar correctamente a mi joven e insobornable juez.

—Señor Rivers —dije, mirándole de plano y sin doblez a la cara como él lo había hecho—, tanto usted como sus hermanas me han prestado una ayuda impagable, la mayor que se puede brindar a un semejante, puesto que con su generosa hospitalidad me han rescatado de la muerte. Ese beneficio al que solo puedo corresponder con mi ilimitada gratitud les da derecho a exigir cierta confianza por mi parte. Les contaré, pues, algo de la historia de esta vagabunda a quien han dado albergue, llegando hasta

donde me sea posible sin poner en juego mi tranquilidad de espíritu ni atentar contra la salud moral y física tanto mía como de otras personas.

»Soy huérfana, hija de un clérigo. Mis padres murieron tan pronto que no tengo memoria de ellos. Fui recogida y criada por unos familiares y luego enviada a un asilo benéfico. Incluso puedo decirles el nombre de aquella institución, donde pasé seis años como alumna y dos como profesora. El orfanato Lowood, se llamaba, en el condado de… No sé si habrá oído hablar de él, señor Rivers. La tesorería corría a cargo del reverendo Robert Brocklehurst.

—Sí, he oído hablar del señor Brocklehurst, y conozco esa institución.

—Bien. Salí de Lowood aproximadamente hace un año para entrar de institutriz en una casa particular. Me pagaban bien y estaba muy a gusto. Me vi obligada a abandonar este puesto cuatro días antes de llegar aquí. Los motivos de mi marcha ni puedo ni debo revelarlos. No solo sería inútil y arriesgado, sino que además les sonarían a cuento urdido por mi fantasía. No soy culpable de ningún delito, y estoy tan limpia de responsabilidades como cualquiera de ustedes tres. Desgraciada sí lo soy, y seguiré siéndolo por mucho tiempo, porque la calamidad que me arrancó de una casa donde creí haber encontrado el paraíso tuvo extraños visos de terror. Mi huida solo obedeció a dos propósitos: la velocidad y el sigilo. Para cumplirlos, tuve que dejar a mis espaldas cuanto tenía, excepto un pequeño paquete que, con las prisas y la perturbación de mi ánimo, olvidé en la diligencia que me trajo hasta Whitcross. Llegué, pues, a este lugar absolutamente desvalida. Dormí dos noches a la intemperie, y anduve deambulando por el día de acá para allá, sin trasponer ningún umbral. Solamente dos veces a lo largo de ese tiempo conseguí llevarme algo a la boca. En ese estado de extenuación y desesperanza, cuando estaba a punto de entregar mi último aliento, llegué a sus puertas, señor Rivers, y usted me impidió morir fuera de ellas y me acogió bajo su techo. Estos días pasados, aunque aparentemente sumida en el sopor, me he enterado de cuanto han hecho por mí sus hermanas, con cuya espontánea y genuina compasión tengo una deuda solo comparable a la contraída con la evangélica caridad de usted.

—Por favor, St. John, no dejes que siga hablando —exclamó Diana cuando hice una pausa—. Es evidente que no le conviene excitarse, aún

está muy débil. Venga aquí, señorita Elliot, y siéntese a mi lado en el sofá.

Me sobrecogí involuntariamente al oír aquel apellido ficticio; me había olvidado de su invención. Pero el señor Rivers, a quien no se le escapaba ni una, se dio cuenta enseguida.

—Dijo usted que se llama Jane Elliot, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, fue lo que dije. Y conviene que siga respondiendo a ese nombre por ahora. Pero no es mi nombre verdadero, por eso me suena raro cuando lo oigo.

—¿No piensa decirnos su auténtico nombre?

—No. Tengo miedo, por encima de todo, a que se conozca mi paradero, así que evito cualquier pista que pueda contribuir a que alguien me descubra.

—Seguramente hace usted muy bien —dijo Diana—. Y ahora, hermano, ¿la quieres dejar un rato en paz?

Pero St. John, tras unos minutos de silencio, reemprendió impasible su interrogatorio con el mismo ahínco de antes.

—No le gustaría, por lo que veo, depender de nosotros mucho tiempo, querría prescindir de la compasión de mis hermanas y de mi «caridad»; no crea que he sido insensible a esa diferencia de matiz, y no me ofende porque es justo. En fin, ¿desea usted independizarse?

—Así es, ya se lo he dicho. Búsqueme un empleo o dígame dónde puedo encontrarlo; es todo lo que pido. Luego me iré, aunque sea a la más miserable casucha. Pero hasta entonces, si me lo permiten, seguiré abusando de su hospitalidad. Me horroriza un nuevo ensayo de vida a la intemperie.

—Claro que se quedará aquí —dijo Diana acariciando mi cabeza con su blanca mano.

—Se quedará —repitió Mary en el tono de sinceridad, sin alharacas, que era consustancial a su manera de ser.

—Ya ve que a mis hermanas les complace que se albergue aquí —dijo St. John—, igual que les gustaría albergar y cuidar a un pájaro aterido de frío que el viento invernal trajese a su ventana. Yo me siento más inclinado a proporcionarle los medios para que se mantenga por sí misma, y es lo que voy a intentar, pero debe tener en cuenta que mi radio de

acción es limitado. No soy más que el encargado de una humilde parroquia rural, así que mi ayuda tendrá que ser igualmente modesta. Y si tiende usted a despreciar lo cotidiano, el valor de las cosas pequeñas, mejor será que se busque algún socorro más eficaz que el mío.

—Pero ¿no te ha dicho ya que está dispuesta a aceptar cualquier trabajo honrado que sepa desempeñar? —contestó Diana por mí—. Y bien sabes, St. John, que no puede elegir entre varios protectores, así que tendrá que aguantar a uno tan arisco como tú.

—No me importa ser costurera, obrera de una fábrica, ponerme a servir o a cuidar niños, si no aparece nada mejor —contesté.

—De acuerdo —dijo fríamente el señor Rivers—. Si se conforma con cualquier cosa, prometo ayudarla cuando pueda, y a mi modo.

Volvió a enfrascarse en la lectura que había interrumpido para tomar el té. Yo me retiré enseguida, porque había hablado tanto y había aguantado levantada tanto tiempo, que ya empezaban a fallarme las fuerzas.

Capítulo IV

Cuanto más conocía a los moradores de Moor House, más me iba aficionando a su trato. En pocos días me restablecí lo bastante para dejar la cama definitivamente y hasta para salir a dar un paseo de vez en cuando. Compartía todas las ocupaciones de Diana y Mary, charlaba con ellas siempre que les apetecía hacerlo y las ayudaba cuando y hasta donde me lo permitían. En aquella relación hallaba un placer vivificante, que brota del intercambio de gustos, sentimientos y principios afines, un tipo de placer desconocido para mí hasta entonces.

Me gustaba leer los mismos libros que a ellas, disfrutábamos con las mismas cosas, y todo lo que ellas daban por bueno era sagrado para mí. Amaban el retiro de su casa escondida, y yo también empezaba a sentirme hechizada por el arraigado encanto de aquella vieja edificación pequeña y gris con sus techos bajos, sus ventanas enrejadas, sus paredes deterioradas, su avenida de viejos abetos azotados por el viento de la montaña, su jardín con oscuras manchas de tejos y acebos, donde solo crecían las flores de especie resistente. Diana y Mary amaban los páramos amoratados por el brezo que rodeaban su casa y la hondonada del valle al que conducía, traspasada la verja, aquel sendero en cuesta lleno de guijarros. Un valle herido entre bancos de helechos y algún pasto pequeño de los más agrestes que jamás bordearon un páramo salvaje ni ofrecieron alimento a un rebaño como aquel de ovejas grises con sus crías con el morro manchado de musgo. Sentían un apego entusiasta por aquel lugar, ya digo, y yo compartía la fuerza y la legitimidad de su sentimiento, también a mí me fascinaba el paisaje, consagrado por su misma soledad. Era una fiesta para

mis ojos contemplar los perfiles ondulantes que se extendían ante ellos, regodearse en los colores bravíos que iban propagando por riscos y cañadas el musgo, las campánulas, la turba florecida, los helechos brillantes y las peñas. Eran detalles que captaba tan placenteramente como ellas y también como ellas me dejaba embriagar al unísono por el viento enfurecido y la dulce brisa, por los días borrascosos y los apacibles, por la aurora y el ocaso, por las noches de luna y las tupidas de nubarrones. Accidentes de la naturaleza que, en aquel paraje, herían mis potencias mentales, cautivándome con su hechizo, como a Diana y Mary les ocurría.

También dentro de casa estábamos muy a gusto juntas. Ellas eran más cultas que yo y habían leído mucho más; pero me dejé encauzar, entusiasmada por el camino hacia el saber que ellas ya habían recorrido. Devoraba los libros que me prestaban y que luego me encantaba comentar con ellas por la noche. Sus opiniones y sus gustos respaldaban los míos, coincidíamos en casi todo.

Si alguien destacaba como capitán del trío, esa era Diana. En el aspecto físico me aventajaba con creces por belleza y vigor y, en cuanto a ánimos, era un chorro de energía y su vitalidad me admiraba, al tiempo que rebosaba los límites de mi comprensión. Yo era capaz de hablar un buen rato al principio de la tarde, pero luego aquellos primeros conatos de elocuencia y vivacidad se agotaban, me bastaba con sentarme en una banqueta a los pies de Diana, apoyar mi frente en sus rodillas y escucharlas hablar por turno a Mary y a ella, cuando se ponían a profundizar en temas que yo apenas había rozado. Diana se ofreció a darme clases de alemán y me gustó dejarme enseñar por ella, a quien el papel de profesora cuadraba y gustaba tanto como a mí el de alumna. Nuestras naturalezas se complementaban y aquella experiencia dio por resultado un cariño mutuo de los más sólidos. Ambas hermanas descubrieron mis dotes para la pintura y enseguida pusieron a mi disposición lápices y cajas de acuarela. Mi destreza en aquel campo —el único en que las aventajaba— causó en ellas asombro y deleite. Mary solía sentarse a mi lado y se pasaba las horas muertas mirándome trabajar. Luego quiso que le diera clase y se convirtió en una discípula inteligente,

dócil y asidua. Entregadas a tales entretenimientos y tareas compartidos, los días pasaban como horas y las semanas como días.

En cuanto a mi trato con St. John, nunca se contagió de la intimidad que había brotado tan espontáneamente entre sus hermanas y yo. Una de las razones de la distancia que siguió manteniendo para conmigo podría encontrarse en lo poco que aparecía por la casa. La mayor parte de su tiempo lo consagraba, al parecer, a visitar a los feligreses pobres y enfermos dispersos por los diferentes lugares que abarcaba su parroquia.

Ningún cambio de clima lograba disuadirle de estas excursiones pastorales; en cuanto acababa con sus estudios de por la mañana, aunque lloviera o amenazara tormenta, se ponía el sombrero y, escoltado por *Carlo*, el viejo perro perdiguero de su padre, emprendía su misión. Si lo hacía por amor o por obligación, no pude aclararlo. A veces, cuando el tiempo era demasiado inclemente, sus hermanas le sermoneaban. Y entonces asomaba a su rostro una sonrisa rara, más solemne que cordial, y decía:

—Si permitiera que una racha de viento o un chaparrón dieran al traste con el cumplimiento de mis elementales tareas, ¿cómo queréis que esa abulia me ejercitase en los propósitos que me he marcado para el futuro?

Diana y Mary solían contestar con un suspiro, seguido por unos instantes de apesadumbrada meditación.

Pero, además de sus habituales ausencias, existía otra barrera que dificultaba su amistad conmigo: su carácter reservado y dado al ensimismamiento, en el que me pareció adivinar incluso atisbos de obsesión. Tan celoso para el desempeño de su cometido como intachable en su conducta y hábitos, no daba la impresión, sin embargo, de un ser capacitado para gozar de esa serenidad mental e íntimo contento que se atribuyen como recompensa a los leales cristianos y practicantes de la filantropía. Muchas veces, cuando estaba sentado por las tardes en su escritorio junto a la ventana, apartaba la vista de los papeles que tenía ante sí, dejaba de escribir y, con la barbilla apoyada en las manos, se abandonaba a cavilaciones cuya índole desconozco pero que, a juzgar por el fulgor y dilatación de sus pupilas, parecían excitarle de manera turbadora.

Creo, a pesar de todo, que la naturaleza no le deparaba aquel tesoro de delicias que tanto disfrute proporcionaba a sus hermanas. Solamente una vez manifestó delante de mí la intensa sensación de tosco encanto que le producía la vista de las colinas y el innato apego que tenía a las paredes encaladas y el oscuro tejado de lo que llamó su hogar. Pero había más tristeza que placer en el tono de las palabras con que expresó tal sentimiento. Y nunca vagaba por los páramos en busca de sosiego y silencio, nunca los buscó para disfrutar de sus apacibles delicias.

Como era tan poco comunicativo, pasó bastante tiempo antes de que me diera ocasión para calibrar su inteligencia. Capté el primer indicio de su calidad la primera vez que le oí predicar en la iglesia de Morton, que él regentaba. Me gustaría poder describir aquel sermón, pero está por encima de mis capacidades; ni siquiera acertaría a transmitir fielmente el efecto que me produjo oírlo.

Empezó en un tono apaciguado que se mantuvo hasta el final en cuanto a exposición y acento se refiere. Pero un profundo fervor, aunque reprimido escrupulosamente, alentó pronto en su pronunciación nítida y acarreó un lenguaje más apasionado. Fue creciendo con vigor contenido pero con un poder que zarandeaba el corazón y estimulaba la mente atónita; y, sin embargo, no conmovía. Una peculiar amargura, una ausencia total de consuelo, fluía por aquel discurso plagado de severas alusiones a la doctrina calvinista, a la predestinación, a la elección y al castigo. Y cada referencia a estos temas sonaba a sentencia de condena eterna. Cuando acabó de hablar, en lugar de sentirme mejor, alentada y reconfortada por su discurso, experimenté una tristeza indescriptible. Porque me pareció (no sé si a los demás les parecería lo mismo) que aquella elocuencia había brotado de un pozo donde yacían turbios residuos de descontento, donde serpenteaban turbadores impulsos de anhelos insaciados y aspiraciones inquietantes. Estaba segura de que St. John, a despecho de su intachable conducta, de sus escrúpulos y de su celo, aún no había encontrado esa paz espiritual que sobrepasa todo entendimiento; que no estaba más cerca de hallarla que yo con todas mis escondidas penas a cuestas, con toda mi añoranza por el paraíso perdido y el ídolo roto que seguía atormentándome implacable y tirana, aunque últimamente haya evitado referirme a ella.

A todo esto, había pasado ya un mes. Diana y Mary estaban a punto de dejar Moor House, para reincorporarse al trabajo como institutrices en una gran ciudad de moda al sur de Inglaterra. Desempeñarían su cometido en sendas familias, cuyos acaudalados y altivos moradores las considerarían como humildes asalariadas, ignorando su innato talento, y sin tener mayor aprecio por sus tareas que el que despierta el guiso de una cocinera o el buen gusto de una doncella. St. John seguía sin decirme nada acerca de aquel empleo que había prometido buscarme, y sin embargo estaba claro que yo necesitaba un empleo y cada día me urgía más buscarlo.

Una mañana, en que me había quedado a solas con él en el gabinete durante unos minutos, me atreví a acercarme a aquel rincón de la ventana donde su escritorio, su silla y su mesa formaban un conjunto a modo de despacho. Iba con la intención de hablarle, aunque sin saber en qué términos formular lo que quería pedirle, porque siempre resulta difícil romper el hielo con gente de naturaleza tan reservada como era la suya. Pero me ahorró la molestia, al ser él mismo quien inició la conversación cuando me vio llegar.

—¿Quiere preguntarme algo? —dijo alzando la vista.

—Sí. Quiero saber si ha hecho gestiones para buscarme empleo, si sabe ya de alguno que pudiera desempeñar.

—Encontré o se me ocurrió algo hace tres semanas, pero, como la he visto contenta y ocupada aquí, y me ha parecido que a mis hermanas les gustaba su compañía y le han tomado afecto, no creí oportuno interrumpir su mutuo bienestar hasta que la fecha ya cercana de la partida de Diana y Mary hiciera necesario que dejara Marsh End.

—Se marchan dentro de tres días, ¿verdad?

—Sí. Y cuando se vayan yo volveré a la rectoría de Morton, me llevaré a Hannah conmigo, y cerraremos esta casa.

Esperé unos instantes, confiando en que volviera a reanudar el tema que había insinuado, pero el hilo de sus reflexiones había tomado otro rumbo, al parecer; su rostro abstraído denotaba un absoluto olvido de mi asunto. Y yo no tenía más remedio que recordárselo, era demasiado importante para mí.

—¿Cuál es el empleo que se le había ocurrido para mí, señor Rivers? Espero que la demora no haya aumentado las dificultades que puedan existir para conseguirlo.

—Oh, por eso no se preocupe. Se trata de un empleo que solo depende de que yo se lo ofrezca y de que usted lo acepte.

Volvió a guardar silencio, como si ahora le costara trabajo continuar. Empezaba a impacientarme. Un movimiento o dos de inquietud y una mirada ansiosa y perentoria dirigida a su rostro le transmitieron mi nerviosismo con mayor eficacia y menos rodeos que hubieran podido acertar a hacerlo mis palabras.

—No hace falta que tenga tanta prisa por saberlo —dijo—; le diré de antemano y con toda sinceridad que no se trata de una proposición demasiado adecuada ni provechosa para usted. Pero antes de exponérsela recuerde, por favor, lo que ya le advertí claramente: que mi ayuda, de dársela, sería parecida a la que un ciego puede brindar a un cojo. Soy pobre; cuando acabe de pagar las deudas de mi padre, por todo patrimonio me quedará esta finca ruinosa, con la hilera de abetos y los campos yermos detrás y en la parte de delante unos cuantos tejos y arbustos. Soy insignificante: Rivers es un apellido antiguo, pero de los tres descendientes de esa rama dos se ganan la vida trabajando para extraños, y el tercero se tiene a sí mismo por un extraño en su propia tierra, no solo en vida sino también cuando muera. Se considera afortunado, a pesar de todo, y tiene a gala considerarse así, porque anhela el día en que la disolución de la carne desate de sus hombros la cruz de vivir y el capitán de la iglesia militante, a la cual pertenece como humilde miembro, le curse el mandato: «¡Levántate y sígueme!». —St. John había pronunciado este párrafo igual que cuando predicaba, con voz profunda y serena, pálidas las mejillas y una mirada resplandeciente—. Y como soy pobre e insignificante —prosiguió luego—, solamente puedo ofrecerle una prestación precaria y modesta. Incluso podrá parecerle degradante, porque me he dado cuenta de que ha cultivado sus costumbres en el seno de lo que el mundo llama refinamiento. Sus gustos se orientan hacia un ideal y se ha criado entre gente educada; pero yo no considero una degradación ninguna tarea que pueda mejorar nuestra raza. Creo que cuanto más árido y desatendido sea

el suelo donde mete el arado el labrador cristiano, cuanto menos recompensada vea su labor, más honrado debe sentirse. Tales circunstancias son las que marcan el destino del pionero, y los primeros pioneros del Evangelio fueron los apóstoles, los cuales tuvieron por capitán nada menos que a Jesús Redentor.

—Bueno —dije, en vista de que hacía otra pausa—. Continúe.

Me miró antes de obedecerme, como si en realidad las líneas de mi rostro fueran las escritas en un libro y él se gozara en leerlas. Las consecuencias que sacó de su escrutinio vino a expresarlas parcialmente en la frase que pronunció a continuación.

—Creo que aceptará el puesto que voy a ofrecerle —dijo—, es provisional y no perpetuo. Yo tampoco podría desempeñar perpetuamente el cometido estrecho y empobrecedor de regentar la parroquia de una aldea perdida en la campiña inglesa. En su naturaleza se trasluce un elemento tan reñido con el reposo como en la mía, aunque de otra clase.

—Explíquese mejor —le insté impaciente, al ver que se detenía de nuevo.

—Lo voy a hacer, y cuando escuche mi propuesta comprenderá lo trivial y limitada que es. No pienso quedarme mucho tiempo más en Morton, ahora que mi padre ha muerto, y soy dueño de mi destino. Seguramente dejaré este lugar en el plazo de un año, pero mientras permanezca aquí, pondré de mi parte todo lo posible por mejorarlo. Morton, cuando llegué aquí hace dos años, no tenía escuela; los hijos de la gente pobre no tenían la más leve esperanza de progreso. Yo inauguré una escuela para niños y ahora me propongo abrir otra para niñas. He alquilado un local con dos habitaciones anejas para que viva en ellas la maestra, la cual percibirá un salario de treinta libras anuales. Ya están amuebladas esas habitaciones, con toda sencillez pero con la decencia suficiente. La señorita Oliver ha tenido la gentileza de contribuir económicamente; es hija del único feligrés rico de Morton, dueño de una fábrica de agujas y de una fundición situadas en el valle. La señorita Oliver paga también la educación y el vestido de una huérfana del asilo, a condición de que esta ayude a la maestra en el desempeño de las tareas domésticas y escolares,

porque ella, ocupada en las clases, no tendrá tiempo libre para hacerlo todo. ¿Quiere usted ser esa maestra?

Me lo preguntó con cierta precipitación, como si temiera un rechazo iracundo o al menos desdeñoso por mi parte. Como no conocía a fondo mis pensamientos, aunque algunos pudiera adivinarlos, era incapaz de calibrar bajo qué prisma enfocaría yo aquella proposición. Realmente era muy poca cosa, pero brindaba un asilo seguro, algo que yo necesitaba. Y aunque el trabajo era arduo, se me antojaba también independiente en comparación con el de institutriz en una casa de ricos, sometida al temible trato con desconocidos, una idea que se infiltraba en mi alma como hierro candente. No era indigno, no atentaba contra la decencia, ni me degradaba. Formulé mi decisión.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, señor Rivers; lo acepto de todo corazón.

—No sé si me ha entendido —dijo él—. Se trata de una escuela rural, y las alumnas que van a entrar a su cargo son chicas pobres, hijas de jornaleros o, todo lo más, de agricultores. Tendrá que enseñarles a hacer punto, a coser, a leer y escribir, y unas nociones elementales de aritmética. A eso se reducirá todo. ¿De qué le van a servir sus conocimientos? ¿En qué va a ocupar la parte más importante de su cerebro, de su sensibilidad, de sus aficiones?

—Los guardaré para cuando hagan falta. Se conservarán íntegros.

—Entonces, ¿sabe con lo que va a enfrentarse?

—Lo sé.

Sonrió. Y esta vez su sonrisa no era amarga ni triste, sino complacida.

—¿Y cuándo empezará a desempeñar su cometido?

—Mañana iré a ocupar mi nueva casa y a la semana que viene, si le parece bien, abriremos la escuela.

—Muy bien. Ojalá.

Se levantó y se puso a pasear por la habitación. Luego se detuvo y volvió a mirarme fijamente, al tiempo que movía la cabeza.

—¿Puedo saber qué es lo que no aprueba usted, señor Rivers? —pregunté.

—No se quedará mucho tiempo en Morton, ya lo verá.

—¿Por qué? ¿En qué se funda para decir eso?

—Lo leo en sus ojos. Lo que ellos expresan no asegura fidelidad a un solo propósito al que atenerse para siempre en la vida.

—Yo no soy ambiciosa —dije.

Y aquella palabra pareció sobresaltarle.

—¿Quién ha hablado de ambición? ¿A quién se refiere? Yo sí me tengo por ambicioso, pero ¿cómo lo ha adivinado usted?

—Yo estaba refiriéndome a mí.

—Bueno; pues si no es ambiciosa, es…

Hizo una pausa.

—¿Qué soy?

—Iba a decir que apasionada, pero tal vez lo interpretase usted mal y pudiera ofenderse. Quiero decir que las simpatías y los afectos hermanos ejercen un dominio preponderante en su alma. Estoy seguro de que no soportará con gusto durante mucho tiempo pasar en soledad tantas horas de ocio, dedicando las de trabajo a una labor tan monótona y poco estimulante. Tampoco crea usted que a mí me gusta —añadió con énfasis — vivir confinado aquí en los páramos, encarcelado entre montañas, contraviniendo la naturaleza que Dios me dio y desperdiciando los dones que recibí del cielo. Se dará cuenta de que me contradigo. Yo, que predico la conformidad con la vida humilde y justifico la vocación de servicio incluso en los leñadores del bosque y los que acarrean el agua, a mayor gloria de Dios; aquí me tiene usted consagrado al sacerdocio y casi rabiando de impaciencia. En fin, de alguna manera hay que reconciliar los principios con las apetencias.

Salió de la habitación. En aquella breve conversación con él había aprendido más sobre su carácter que a lo largo de todo el mes anterior. Pero, a pesar de todo, me seguía desconcertando.

Diana y Mary Rivers se iban poniendo cada vez más tristes y silenciosas a medida que se acercaba el día en que tendrían que abandonar a su hermano y dejar aquella casa. Trataban de fingir normalidad, pero no podían dominar la pesadumbre contra la que estaban luchando ni lograban esconderla del todo. Diana insinuó que esta separación iba a ser distinta a

todas porque en el caso de St. John el viaje que proyectaba duraría probablemente muchos años, tal vez incluso toda la vida.

—Lo sacrificará todo en nombre de la determinación que tomó hace mucho tiempo —comentó Diana—, incluso prescindirá de sus sentimientos y ataduras más fuertes. Mi hermano parece tranquilo, Jane, pero esconde fuego en sus entrañas. Puede parecerle a usted apacible, pero en algunos aspectos es tan inexorable como la muerte. Y lo peor de todo es que en conciencia yo no puedo disuadirle de su rígida decisión. La verdad es que no se me ocurre ni por un momento reprochársela porque es recta y cristiana. Y, sin embargo, se me parte el corazón.

Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas, mientras Mary inclinaba la cabeza sobre su labor de costura.

—Nos hemos quedado sin padre —murmuró—. Pronto perderemos también nuestra casa y a nuestro hermano.

En ese momento sobrevino un pequeño incidente, al parecer decretado por el destino para confirmar la verdad de aquel refrán que dice: «Las desgracias nunca vienen solas», y para añadir un poso que apurar en la copa de la amargura. Vimos pasar a St. John a través de la ventana. Venía leyendo una carta. Entró.

—Nuestro tío John acaba de morir —dijo.

Las dos hermanas se quedaron paralizadas, pero no me pareció que se afligieran mucho. La noticia, creo, les causó más sorpresa que emoción.

—¿Que se ha muerto? —repitió Diana.

—Sí.

Dirigió una mirada escrutadora hacia el rostro de su hermano.

—¿Y ahora qué? —preguntó en voz baja.

—¿Ahora, Diana? —replicó él con semblante impasible—. Pues nada, ahora nada. Lee…

Le tiró la carta al regazo. Diana la leyó y luego se la pasó a Mary, quien asimismo la leyó en silencio. Luego se la devolvieron a su hermano. Se miraron los tres e intercambiaron una sonrisa pensativa y melancólica.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo Diana por fin—. A pesar de todo saldremos adelante.

—Por lo menos —dijo Mary—, no nos quedamos más pobres de lo que estábamos.

—De todas maneras, es algo que trae al entendimiento con mucha fuerza el cuadro de lo que pudo haber sido, en vivo contraste con lo que es —dijo el señor Rivers.

Plegó la carta, la guardó en su escritorio y volvió a salir.

Durante algunos momentos nadie dijo nada. Luego Diana se volvió hacia mí:

—Te extrañarán nuestros misterios, Jane, y tal vez nos juzgues duros de corazón, al ver que no nos conmueve demasiado la muerte de un pariente tan cercano. Pero es que a nuestro tío nunca lo hemos visto ni lo hemos conocido. Era hermano de mi madre, y mi padre y él rompieron sus relaciones hace muchos años; por culpa de sus consejos mi padre arriesgó la mayor parte de su patrimonio en especulaciones que le llevaron a la ruina. Se produjeron recriminaciones mutuas, acabaron querellándose seriamente y jamás se volvieron a reconciliar. Luego mi tío se embarcó en empresas más rentables y según parece llegó a reunir una fortuna de veinte mil libras. No se casó nunca ni tenía parientes más cercanos que nosotros, excepto otro familiar que también lleva su apellido. Mi padre siempre acarició la esperanza de que reparase su equivocación legándonos su fortuna. Pero esta carta nos informa de que se lo ha dejado todo, hasta el último penique, al otro pariente, excepto treinta guineas para repartir entre nosotros tres y dedicadas a comprar tres anillos de luto. Estaba en su perfecto derecho, por supuesto, de hacer lo que le diera la gana. Pero de momento la noticia nos ha desilusionado. Con mil libras para cada una, Mary y yo nos hubiéramos considerado ricas y St. John, con semejante suma, hubiera podido hacer mucho bien.

Después de esta explicación, pasaron a otro tema y ni el señor Rivers ni ellas volvieron a mencionarlo. Al día siguiente, abandoné Marsh End y pasé a Morton. Al otro, Diana y Mary partieron hacia la lejana ciudad de B. Una semana más tarde el señor Rivers y Hannah se dirigieron a la rectoría, y la vieja granja quedó cerrada.

Capítulo V

Mi casa, ya que al fin tengo una casa mía, es pequeña y rústica. Tiene un cuartito de paredes encaladas y piso de tierra, cuyo mobiliario lo constituyen cuatro sillas pintadas, una mesa, un reloj y una alacena donde se guardan unos pocos platos y fuentes y un juego de té. Arriba hay un dormitorio del mismo tamaño que la cocina, con una cama de pino y una cómoda chica, aunque más que suficiente para guardar mis escasas prendas de ropa. Y eso que ahora mis amables y generosas amigas han aumentado este ajuar con la modesta aportación de todo lo necesario.

Es por la tarde y acabo de despedir, con la propina de una naranja, a la huerfanita que viene a ayudarme en las tareas domésticas. Estoy sentada yo sola ante la chimenea. Esta mañana se inauguró la escuela y vinieron veinte alumnas, de las cuales solamente tres saben leer, pero ninguna escribir ni hacer cuentas. Varias han aprendido a hacer punto y pocas a coser. Se expresan con el acento rudo de esta región, así que de momento no me resulta fácil entenderme con ellas. Algunas son maleducadas, toscas y tan hurañas como ignorantes, pero hay otras más dóciles que muestran una voluntad de aprender y una buena disposición que me gusta. No debo olvidar que estas burdas aldeanitas son tan de carne y hueso como los vástagos de las mejores familias, y que pueden albergar en su corazón los mismos gérmenes de innata bondad, inteligencia y buen gusto que los nacidos en mejor cuna. No espero grandes satisfacciones de la vida que se abre ante mí, pero seguramente, si controlo mis pensamientos y administro bien mis capacidades, me bastará para sentirme conforme un día tras otro.

¿Me he notado contenta, centrada y a gusto durante las horas pasadas esta mañana y esta tarde en la humilde y desnuda escuela de ahí abajo? Si no quiero hacerme trampas a mí misma, tengo que contestar que no. Me he sentido desolada y también —aunque comprendo que es estúpido— como degradada. Al considerar el paso que he dado, sospechaba que me estaba hundiendo en la escala social de valores, en vez de elevarme. Mis ánimos flaqueaban ante la vulgaridad, la ignorancia y la miseria de todo cuanto estaba viendo y oyendo. Pero no debo despreciarme a mí misma por haber sentido eso, sé que no tengo razón y ya es un paso adelante superarlo. Seguiré intentando salir de mi error. Confío en que mañana dominaré parcialmente esas emociones y dentro de unas semanas tal vez haya logrado desterrarlas. Y hasta es posible que, dentro de pocos meses, la satisfacción de ver progresar y mejorar a mis alumnas convierta en gratificación mi rechazo.

Pero mientras llega ese día, me pregunto qué es mejor: ¿ceder a la tentación y abandonar la lucha, siguiendo los dictados de la pasión y renegando de dolorosos esfuerzos, o caer, por el contrario, en una trampa de seda y echarme a dormir sobre las flores que la recubren para despertar en un país meridional rodeada de lujo? Podría estar viviendo en una villa de recreo del sur de Francia, como amante del señor Rochester, entregada a delirios de pasión, porque él me habría amado, sí, durante algún tiempo me habría amado. De hecho me quiso, me ha querido como nadie volverá a hacerlo. No volveré a conocer nunca ese tributo que se ofrece a la belleza, a la juventud y a la gracia, ni yo, que carezco de tales encantos, puedo esperar tenerlos a los ojos de nadie más. Me quería y estaba orgulloso de mí, no encontraré a otro hombre igual. Pero estoy desvariando, no sé lo que digo y menos aún lo que siento. ¿Preferiría —me pregunto— ser esclava de un paraíso ficticio en Marsella, cediendo al éxtasis de una hora para ahogarme de vergüenza a la siguiente, o vivir retirada como maestra rural, honrada y libre, en el corazón de Inglaterra entre saludables y oreadas montañas?

Ahora me doy cuenta de que hice bien al obedecer los principios y las leyes y rechazar los morbosos impulsos de un súbito frenesí. Dios me indicó el camino acertado y le doy las gracias por haberme guiado en él.

Al llegar a este punto de mis reflexiones vespertinas, me levanté, abrí la puerta y me puse a contemplar los campos silenciosos que se extendían ante mí bajo el crepúsculo. Mi casa y la escuela estaban a media milla del pueblo. Y los pájaros entonaban sus últimos trinos.

El aire era sereno y el rocío balsámico.[92]

Me sentía feliz ante aquel paisaje y de pronto me di cuenta con sorpresa de que estaba llorando. ¿Por qué? Por la condena que significaba verme apartada de mi señor; porque nunca iba a volver a verlo; por la desesperación y la furia que, como consecuencia de mi partida, hubieran podido desencadenarse en él y desviarlo tanto del recto camino que se dieran por perdidas las esperanzas de salvación. Al pensar esto, aparté la vista del maravilloso cielo crepuscular y del solitario valle de Morton. Lo llamo solitario porque en toda la extensión que mis ojos abarcaban no se veían más edificios que la iglesia y la rectoría, medio escondidas entre los árboles, y al otro extremo, el tejado de Vale Hall, la finca donde vivían el rico señor Oliver y su hija. Apoyé la cabeza contra el quicio de piedra de la puerta, con los ojos cerrados; pero enseguida volví a abrirlos alertada por un tenue ruido en la valla que separaba mi jardincito del prado. *Carlo*, el viejo perro perdiguero del señor Rivers, estaba empujando el portillo con el hocico, y su amo en persona apareció tras él con los brazos cruzados y aquella mirada seria, casi airada, clavada en mí bajo el entrecejo fruncido. Le invité a pasar.

—No, no puedo quedarme. Solo venía a traerle este paquete que mis hermanas han dejado para usted. Creo que contiene lápices, papel y una caja de acuarelas.

Me acerqué para cogerlo, era un regalo que me hacía mucha ilusión. Cuando llegué a su lado examinó mi rostro con cierta severidad. Tal vez aún eran visibles en él las huellas del llanto reciente.

—¿Qué tal el primer día de trabajo? —preguntó—. ¿Ha sido más duro de lo que se imaginaba?

—No, no, ni mucho menos. Creo que acabaré llevándome muy bien con mis alumnas.

—¿Entonces no siente ningún tipo de decepción por la casa ni por los muebles? Comprendo que son poca cosa, pero…

—Es una casa muy limpia —le interrumpí—. Y me protege de las inclemencias del tiempo. En cuanto a los muebles, son cómodos y me basta con los que hay. Todo lo que veo a mi alrededor me anima en vez de desalentarme. No soy tan vana ni tan sibarita como para echar de menos una alfombra, un sofá y cubiertos de plata. Además, hace cinco semanas no tenía absolutamente nada, era una desheredada de la fortuna, una vagabunda obligada a mendigar, y ahora tengo amigos, un hogar y un trabajo. Me maravilla la bondad de Dios, la generosidad de mis amigos y mi buena suerte. ¿Cómo me voy a quejar?

—¿Pero no se siente abrumada por la soledad? ¿No le parece vacía y oscura su casa?

—Mire, casi no he tenido tiempo ni para disfrutar de mi tranquilidad, conque menos todavía para dejarme invadir por la sensación de que estoy sola.

—Está bien. Confío en que se sienta tan a gusto como dice. De todas maneras, su sentido común le hará comprender que es muy pronto todavía para ceder a las dudas y miedos que perdieron a la mujer de Lot. Claro que yo no sé lo que dejó usted atrás, antes de llegar aquí, pero le aconsejo que resista firmemente a la tentación de volver la cabeza. Persevere sin desmayo en su trabajo, al menos durante algunos meses.

—Es lo que pienso hacer —contesté.

—Es un ejercicio muy duro el de controlar el embate de las propias inclinaciones y doblegar a la naturaleza, pero tenemos que hacerlo, lo sé por experiencia. Dios nos ha concedido, en alguna medida, el poder de forjar nuestro propio destino. Si alguna vez nuestras energías son incapaces de alcanzar el alimento que exigen y nuestra voluntad pugna por seguir un camino inconveniente, no por eso vamos a desfallecer ni a morirnos de hambre sin remedio. Busquemos otro alimento para la mente, tan fuerte como las viandas prohibidas que añorábamos, quizá más puro, y labremos para los pies aventureros una ruta tan ancha y recta, aunque más escabrosa, como aquella que la Fortuna nos bloqueó.

»Hace un año, yo mismo me hallaba sumido en la miseria, porque creía haberme equivocado al entrar en la religión. Las obligaciones del sacerdocio me parecían monótonas y me aburrían mortalmente. Ardía en ansias de iniciar una vida más activa, entregarme al desempeño más estimulante de una carrera de escritor, de artista, de orador, de autor teatral; cualquier cosa antes que párroco. Bajo mis ropas talares latía el corazón de un político, un soldado, un ser ansioso de gloria, un amante de leyenda, un escalador del poder. Esta vida mía tan mezquina (pensaba) tiene que dar un vuelco, o moriré. Tras un periodo de combate interior y oscuridad, estalló la luz y sobrevino el consuelo. Mi existencia amurallada se derramó de pronto por ilimitadas llanuras, todas mis potencias escucharon una llamada del cielo pidiéndome que me levantara, que hiciera acopio de fuerzas, desplegara las alas y alzara el vuelo por encima de lo conocido. Dios me tenía reservada una misión y para llevarla a cabo necesitaba destreza, energía, valor y elocuencia, dotes imprescindibles para un soldado, un político o un orador, las mismas que se requerían para llegar a ser un buen misionero.

»Decidí hacerme misionero. Desde ese momento cambió mi estado de ánimo; se rompieron los grilletes que atenazaban todas mis facultades y las dejaron libres, sin más huellas que el dolor de una rozadura, que solo el tiempo logrará atenuar. Mi padre se opuso a mi determinación, es cierto, pero desde que murió no existe ningún obstáculo importante a superar. En cuanto resuelva unos cuantos asuntos, encuentre un sucesor para la parroquia de Morton y corte los nudos de una atadura sentimental (el último conflicto de humana debilidad, que superaré, porque he jurado superarlo) saldré de Europa camino de Oriente.

Dijo todo esto con aquel tono tan peculiar suyo, contenido pero enfático, y cuando acabó de hablar, no me miró a mí sino al sol poniente, al cual yo también tenía vueltos mis ojos. Los dos estábamos de espaldas al sendero, que iba del jardín a la valla. No habíamos oído pasos en el camino de fuera cubierto de hierba; el único sonido apaciguante a aquellas horas y en aquel escenario era el susurro del agua en el valle. Por eso nos sobresaltamos cuando una voz alegre que resonó dulcemente como una campana de plata saludó:

—Buenas tardes, señor Rivers, y a ti también, viejo *Carlo*. Su perro reconoce a los amigos más pronto que usted, señor. Cuando estaba todavía en aquel extremo, ya se puso a mover la cola y a aguzar las orejas; y usted sigue dándome la espalda.

Era verdad. Aunque el señor Rivers se sobresaltó al principio ante aquel acento musical, como si un trueno hubiera rajado una nube sobre su cabeza, cuando acabó de oír la frase seguía en la misma postura en que el hablante le sorprendió, con un brazo descansando en la valla y el rostro dirigido hacia el oeste. Por fin se volvió con deliberada mesura.

Había surgido a unos tres pies de él lo que tomé por una aparición: una figura vestida de blanco inmaculado, joven, graciosa y esbelta. Cuando se incorporó, después de haber acariciado a *Carlo*, y sacudió su cabeza echando hacia atrás su largo velo, quedó al descubierto un rostro de belleza perfecta. Parece exagerado decir esto pero no me retracto ni corrijo el término, justificado en este caso por unas facciones tan dulces como pocas veces han florecido bajo el templado clima de Albión y por un tono de tez entre lirio y rosa que no suele darse bajo sus brumosos cielos y tormentosas lluvias. Poseía todos los encantos y no se encontraba ningún defecto en aquellos rasgos delicados y regulares. Los ojos, por su forma y color, podrían compararse a los del cuadro más hermoso, profundos y oscuros, sombreados por largas pestañas que le daban una expresión fascinante. Tenía las cejas bien dibujadas, contrastando con la claridad de la frente blanca y lisa, irradiando serenidad entre tantos delicados colores, las mejillas frescas y ovaladas. Los labios rojos y suavemente moldeados, los dientes brillantes y sin mácula, la barbilla con un hoyuelo en el centro, las trenzas abundantes y espesas. En resumen, una combinación de elementos que, reunidos en ella, se acercaban al canon ideal de belleza. Yo la miraba sorprendida, transida de profunda admiración. La Naturaleza debía de estar de un humor especial cuando la creó, puesto que, olvidando su habitual tacañería de madrastra, la había dotado con la generosidad de una abuela.

¿Qué pensaría el señor Rivers de este ángel terrenal? De forma espontánea me formulé esta pregunta cuando vi cómo se volvía hacia ella, y también espontáneamente busqué la respuesta en su semblante. Pero él

ya había apartado sus ojos de la aparición y estaba observando unas sencillas margaritas que crecían junto a la valla.

—Hace una tarde hermosa, pero ya no son horas para que ande usted paseando sola por ahí —dijo, mientras aplastaba las blancas cabezas de las flores con el pie.

—Es que acabo de llegar de S. —y mencionó el nombre de una gran ciudad que estaba a unas veinte millas—; he llegado esta misma tarde. Me dijo papá que había abierto usted la escuela y que ya estaba aquí la maestra nueva, así que en cuanto terminé de tomar el té me puse el sombrero y vine a toda prisa para conocerla. ¿Es ella, verdad? —preguntó, señalándome.

—Sí, es ella —dijo St. John.

—¿Cree que le gustará Morton? —me preguntó en un tono ingenuo y directo, que me gustó por su espontaneidad infantil.

—Creo que me gustará, cuenta con muchos alicientes para conseguirlo.

—¿Ha encontrado a sus alumnas tan aplicadas como cabía esperar?

—Bastante.

—¿Le gusta su casa?

—Mucho.

—¿Se la he amueblado a su gusto?

—Sí, sí, está todo muy bien.

—¿Y le parece que acerté al elegir a Alice Wood como ayudante?

—Totalmente. Está deseando aprender y es muy servicial.

Y mientras hablaba, la seguía mirando. Así que esta debe ser la señorita Oliver —pensaba—, la rica heredera tan favorecida por la fortuna como por la Naturaleza. Y no dejaba de preguntarme qué planeta reinaría el día en que nació.

—Vendré a veces para ayudarla a dar clases —añadió—. Visitarla de vez en cuando supondrá un cambio en mis rutinas, y a mí me encantan los cambios. No sabe usted, señor Rivers, lo bien que lo he pasado en S. Anoche, o mejor dicho esta mañana, estuve bailando hasta las dos. El regimiento está acampado allí desde los últimos disturbios, y los oficiales son los hombres más agradables que he visto; ya podrían aprender nuestros jóvenes afiladores y vendedores de cuchillos.

Me pareció que los labios del señor Rivers se contrajeron en una mueca. Apretó la boca y adoptó una expresión más severa que de costumbre al escuchar aquellas noticias por boca de la sonriente joven. Apartó su mirada de las margaritas y la miró a ella con ojos serios e inquisitivos, que hablaban por sí mismos. Ella contestó con una nueva risa que realzaba su juventud, su tez rosada, sus ojos brillantes y sus hoyuelos.

Al ver que él seguía callado y serio, se puso a acariciar otra vez al perro.

—*Carlo* me quiere, el pobrecito —dijo—. Él no es tan antipático ni distante con sus amigos; y si pudiera hablar, me diría algo.

Cuando se agachó para acariciar la cabeza del perro, inclinada con su innata elegancia ante la mirada austera del joven amo, vi cómo a este se le subía el rubor al rostro y sus ojos serios se iluminaban con fuego intempestivo, agitado por una emoción irreprimible. Encendido y arrebolado de aquella manera ostentaba una belleza varonil casi comparable a los encantos femeninos de ella. El pecho se le ensanchó como si el corazón, ansioso por alcanzar la libertad y harto de represiones despóticas, se le hubiera dilatado a su pesar. Acabó controlándolo, sin embargo, como dominaría un jinete experto a un caballo encabritado. Ni se movió ni pronunció una sola palabra para contestar a las mimosas insinuaciones de ella.

—Dice papá que ahora no viene usted nunca a vernos —prosiguió la señorita Oliver sin dejar de mirarle—. Es usted casi un extraño en Vale Hall. Esta noche está solo y no se encuentra muy bien. ¿Por qué no vuelve conmigo y le visita un rato?

—No son horas para molestar al señor Oliver —contestó St. John.

—¿Que no son horas? Pues le aseguro que se equivoca. Precisamente es la hora en que papá necesita más una compañía, cuando cierra la fábrica y ya no tiene que atender a ningún asunto. Así que venga conmigo, se lo ruego, señor Rivers. ¿Por qué está siempre tan taciturno y se muestra tan tímido?

Como quiera que recibiese la callada por respuesta, fue ella misma quien llenó aquel vacío con sus palabras. Sacudió su preciosa cabeza llena de rizos y exclamó, como reprendiéndose a sí misma:

—¡Qué inconsciente soy y qué atolondrada! Me tiene que perdonar. Se me olvidaba que tiene usted muchos motivos para no seguirle la corriente a una charlatana como yo. Se me había borrado de la memoria que Diana y Mary le acaban de abandonar, que se ha cerrado Moor House y que debe usted sentirse muy solo. Créame que lo siento. Venga conmigo a ver a papá.

—Esta noche no, señorita Rosamond, esta noche no.

El señor Rivers hablaba casi como un autómata. Posiblemente solo él mismo sabía el esfuerzo que le estaba costando rehusar.

—En fin, si es usted tan terco, no tendré más remedio que dejarle. No me atrevo a demorarme más, porque ya ha empezado a caer el rocío vespertino. ¡Buenas tardes!

Le tendió la mano que él apenas rozó.

—¡Buenas tardes! —repitió en voz baja, que resonó hueca como si se tratase de un eco.

Ella, que había hecho ademán de marcharse, volvió sobre sus pasos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

Y no era ociosa la pregunta porque el rostro del señor Rivers estaba tan blanco como el vestido de la señorita Oliver.

—Muy bien —dijo.

Se inclinó levemente y se alejó de la valla. Ella, mientras echaba a andar cuesta abajo por la pradera, se volvió a mirarlo un par de veces. Él, en cambio, caminaba firme y no volvió la cabeza.

Aquel espectáculo de dolores y sacrificios ajenos había distraído mi pensamiento de la rumia de mis propias penas. Diana Rivers había calificado a su hermano de «inexorable como la muerte». No exageraba.

Capítulo VI

Seguí desempeñando mi tarea de maestra rural con toda la energía y tesón de que era capaz. Al principio, la verdad, el trabajo se me hizo muy arduo. Tuvo que transcurrir algún tiempo, a pesar de mi empeño, para ponerme al nivel de mis alumnas y entender un poco su manera de ser. Como no habían recibido educación alguna, tenían las facultades entumecidas y no parecía tener remedio su cerrazón. Al principio creí que todas eran igual de obtusas, pero pronto descubrí que me equivocaba. Había tantas diferencias entre unas y otras como en un grupo de chicas instruidas y, a medida que iba conociéndolas mejor, y ellas a mí, tal diferenciación crecía de forma rápida y natural. Una vez que superaron el desconcierto provocado por mi persona, mi forma de hablar, mis normas y mis hábitos, me di cuenta de que algunas de aquellas aldeanas de aspecto tosco se iban convirtiendo en chicas despiertas y con bastante agudeza mental. Muchas se revelaron como personas serviciales y afectuosas, y no pocas dieron muestras tanto de cortesía innata y de amor propio como de una excelente predisposición, con lo que se granjearon mi admiración y mi querencia. No tardaron en sacarle gusto a hacer sus deberes esmeradamente, en presentarse aseadas, en aplicarse con constancia al estudio y en ir adquiriendo otros modales más serenos y normales. En algunos casos, la rapidez de este progreso llegaba a asombrarme, y me producía una especie de orgullo gozoso y modesto. Además empecé a encariñarme con algunas de las mejores y ellas también se sentían apegadas a mí. Entre mis alumnas había varias hijas de granjeros, casi mujeres ya. Estas ya sabían leer, escribir y coser, y fue a las que enseñé rudimentos de gramática,

geografía e historia, así como labores más finas de aguja. Encontré ejemplos notables de personalidad, caracteres ansiosos de aprender cosas nuevas y de perfeccionarse, y pasé con ellas muy buenos ratos cuando fui a visitarlas a sus casas. Sus padres, el granjero y su mujer, me colmaban de sencillas atenciones; y era para mí un gozo aceptarlas y corresponder con escrupulosa consideración a sus sentimientos. No estaban, sin duda, acostumbrados a este respeto, que les encantaba y servía de provecho, porque al tiempo que los engrandecía ante sus propios ojos, estimulaba su deseo de estar a la altura del trato deferente que recibían.

Me convertí, creo, en un personaje bastante popular. Siempre que iba al pueblo, me recibían cordialmente por doquier y todo el mundo me saludaba dedicándome sonrisas amistosas. Vivir rodeada de general consideración, aunque esta provenga de la clase obrera, es como sentarse serena y gozosamente al sol y dejar que bajo sus rayos broten y den flor las más íntimas y apacibles sensaciones. Durante este periodo de mi vida, la tendencia de mi corazón a sentirse transido de gratitud era mucho más frecuente que la de hundirse en el desánimo. Pero a pesar de todo, lector, faltaría a la verdad si no te dijese que en el seno de esta calma y de esta existencia provechosa, tras un día dedicado al honrado ejercicio de enseñar, hacer dibujos o sumirme en la lectura solitaria, muchas noches me precipitaba en sueños inquietantes, extraños y multicolores, plagados de aspiraciones, conmociones y borrascas, sueños que tenían lugar en escenarios absurdos, atiborrados de aventuras y riesgos novelescos. Y a lo largo de ellos me encontraba una vez y otra con el señor Rochester, siempre en trance crítico. Entonces reverdecía en mí con toda la pujanza y el fuego iniciales la sensación de hallarme entre sus brazos, de escuchar su voz, de fundir mi mirada con la suya, de acariciar sus manos y su rostro, en una palabra, el deseo de amarle y ser amada por él, de pasar a su lado el resto de mi vida. Y de pronto me despertaba, me acordaba de dónde vivía y cuál era mi situación, me incorporaba en aquella cama sin dosel alguno, y me entregaba, temblando, a los estremecimientos de la pasión y la desesperanza, sin tener por testigo más que a la noche oscura. A la mañana siguiente, a eso de las nueve, ya estaba de pie y acudía puntualmente a

abrir la escuela, dispuesta a llevar a cabo mis tareas cotidianas de manera firme y apaciguada.

Rosamond Oliver mantuvo su promesa de venir a verme. Solía visitarme haciendo un alto en su paseo a caballo por las mañanas. Llegaba galopando hasta la puerta, escoltada por un criado de librea, que montaba a caballo también. Nada más delicioso que su aparición, vestida de amazona en tonos morados, con su gorra de terciopelo negro graciosamente ladeada sobre los largos tirabuzones que enmarcaban sus mejillas y le caían por los hombros. De esta guisa entraba en el rústico edificio y se deslizaba entre los pupitres de las aldeanas fascinadas. Casi siempre venía a la hora en que el señor Rivers estaba dando su clase de catecismo; pero mucho me temo que los ojos de la visitante eran dardos que atravesaban el corazón del joven pastor. Una especie de instinto parecía anunciarle su llegada, aunque no alcanzase a verla, y hasta cuando estaba de espaldas a la puerta por donde ella aparecía, se encendían sus mejillas y, aun en contra de su voluntad, el mármol de sus facciones sufría una mudanza inexpresable, delatando en su misma inmovilidad un fervor contenido, más intenso y revelador de lo que podrían serlo la contracción de un músculo o una mirada de reojo.

Resultaba evidente que la señorita Oliver era consciente de ejercer un poder, cuyas huellas sobre sí mismo él no sabía ocultar. A despecho de su estoicismo cristiano, cuando ella se le acercaba y le dirigía la palabra sonriendo alegre, animada e incluso mimosa, mirándole a la cara, le temblaban las manos y se le encendían los ojos. Aunque sus labios callasen, la mirada triste y convencida hablaba en su nombre, como diciendo: «Te quiero y sé que te gusto. No guardo silencio por miedo al fracaso. Si te ofreciera mi amor, creo que lo aceptarías. Pero mi corazón ya está consagrado a un altar secreto y el fuego está dispuesto a arder en torno a él. El sacrificio no tardará en consumarse».

Y ella entonces ponía un gesto de niña contrariada, y una nube de pesadumbre atenuaba su deslumbrante vivacidad habitual; retiraba rápidamente la mano que le había tendido y se alejaba de él con cara de mártir o de heroína. Seguramente St. John habría dado cualquier cosa por seguirla, por llamarla, por retenerla, cuando se apartaba de él de aquella

manera. Pero no iba a desbaratar la oportunidad ofrecida por el cielo, ni a permutar por los caminos elíseos de su amor, la esperanza de alcanzar el auténtico y eterno Paraíso. A mayor abundamiento, no podía ni quería encerrar todas las facetas de su naturaleza —las de trotamundos, aspirante, poeta y sacerdote— dentro de los límites de una simple pasión. No estaba dispuesto a cambiar el ancho campo de su peligrosa misión por los salones y la quietud de Vale Hall. Supe luego más cosas acerca de él, a través de una incursión que, a pesar de su reserva, me atreví a emprender un día, para sonsacarle confidencias.

Cuando la señorita Oliver empezó a dignarse visitar también mi casita, su carácter ya no tenía misterios para mí, carecía de doblez y retorcimientos. Era coqueta, pero no cruel, exigente pero no redomadamente egoísta. La habían mimado desde su primera infancia, pero no echado a perder sin remedio. Era impaciente, pero tenía buen carácter y en cuanto a su vanidad —bastante justificada si cada ojeada al espejo le devolvía una belleza como aquella— se veía compensada por su falta de afectación. Generosa, no contaminada por el orgullo de los ricos, a su ingenuidad y alegría irreflexiva se oponía una inteligencia bastante notable. Total, que resultaba encantadora incluso para alguien de su mismo sexo, como yo. Y, sin embargo, no dejaba una impresión indeleble porque carecía de ese interés profundo que despierta lo extraordinario. Su inteligencia era de índole totalmente opuesta, por ejemplo, a la de las hermanas Rivers. Yo la comparaba más bien con Adèle, mi antigua alumna, y me gustaba por eso. Pero, como es natural, el cariño que despierta una criatura a quien hemos cuidado y dado clase es mucho más vinculante que el apego a un adulto, aunque sea igual de atractivo.

Había tomado un verdadero capricho conmigo. Decía que le recordaba al señor Rivers, aunque no dejaba de puntualizar que él era diez veces más guapo, un verdadero ángel. A mí me encontraba agradable, bondadosa, serena y segura de mí misma, en eso sí me parecía a él. Aseguraba que era un lujo para aquella aldea tenerme como profesora, y estaba convencida de que mi vida anterior, si la contara, compondría una novela interesantísima.

Una tarde en que, a impulsos del desasosiego infantil y la curiosidad desconsiderada habituales en ella, se había puesto a revolver mi armario y

a fisgar en los cajones de la cocina, encontró dos libros en francés, un tomo de obras de Schiller, una gramática alemana y un diccionario. Siguió hurgando y aparecieron luego mis útiles de dibujo y algunos esbozos, por ejemplo la cabeza de una alumna mía que parecía un querubín y varios paisajes de Morton y de los páramos que lo cercaban. Primero quedó muda de asombro, y luego transportada de entusiasmo. ¿Pero era yo quien había dibujado aquello? ¿Sabía francés y alemán? ¡Qué maravilla, qué milagro! Dibujaba mucho mejor que su profesor en el colegio más importante de S. ¿Podría hacerle a ella un boceto de retrato para enseñárselo a su padre?

—Con mucho gusto —le contesté.

Y el artista que se esconde dentro de mí se estremeció de placer ante la idea de tener como modelo a un ser tan deslumbrante y de rasgos tan perfectos. Llevaba puesto aquel día un vestido de seda azul oscuro que dejaba al descubierto los brazos y el cuello. Su único adorno eran los tirabuzones de color castaño que caían ondulantes sobre sus hombros con el salvaje encanto del rizo natural. Cogí un pliego de cartulina y dibujé con esmero una silueta. Me las prometía muy felices ante la idea de colorearla y, como ya se estaba haciendo tarde, le pedí que volviera otro día y posara de nuevo para mí.

Debió de alabarme tanto ante su padre, que el señor Oliver en persona la acompañó a la tarde siguiente. Era un hombre alto, de mediana edad, facciones muy acusadas y pelo gris, a cuyo lado la encantadora joven semejaba una flor de vivos colores junto a un torreón venerable. Me pareció un personaje taciturno y tal vez altivo, aunque conmigo estuvo muy simpático. El boceto que había hecho para el retrato de Rosamond le entusiasmó y dijo que tenía que convertirlo en un retrato con todas las de la ley. También insistía en que la tarde siguiente fuera a pasarla con ellos en Vale Hall.

Y fui. Me encontré con una residencia grande y lujosa que hablaba con elocuencia de la riqueza de su amo. Rosamond se mostró expresiva y alegre durante todo el rato que duró mi visita. Su padre estuvo amable, y cuando entablamos conversación después de tomar el té manifestó con encomio su aprobación por mi trabajo como maestra en Morton. Añadió que por todo lo que había visto y oído solamente abrigaba un temor: el de

que me considerara demasiado buena para un puesto como aquel y abandonara la aldea en busca de un destino más adecuado.

—Desde luego —intervino Rosamond—, tiene talla más que suficiente, papá, para entrar de institutriz en una familia de gran categoría.

Y en ese momento me di cuenta de que prefería estar donde estaba que al servicio de una de las mejores familias del condado. El señor Oliver se puso a hablar del señor Rivers y de su familia en términos de gran respeto. Dijo que era uno de los apellidos más ilustres de la zona, que antaño los Rivers fueron gente muy acaudalada y llegaron a ser dueños de todo Morton. Incluso el actual heredero de la estirpe, añadió, podía aliarse, si quisiera, con la mejor familia. Comentó que le parecía una lástima la decisión de hacerse misionero por parte de un joven tan educado e inteligente, lo veía como un desperdicio de esas dotes y de todo un porvenir. Entendí que el padre de Rosamond no iba a ser quien pusiera impedimentos al posible matrimonio de su hija con el señor Rivers. Saltaba a la vista que los orígenes, el apellido y profesión del joven clérigo compensaban con creces, a sus ojos, la ausencia de fortuna.

El cinco de noviembre cayó en fiesta. Mi joven asistenta, después de ayudarme a adecentar la casa, se había ido tan contenta con el penique que recibía por su tarea. Todo había quedado fregado, el suelo, la chimenea, las sillas, y relucía de puro limpio. Yo también me había lavado y arreglado, y tenía la tarde por delante para dedicarme a lo que me apeteciera.

Dediqué una hora a traducir algunas páginas de alemán, y luego cogí mis lápices y mi paleta para entregarme a un cometido mucho más fácil y reconfortante: el de rematar la miniatura de Rosamond Oliver. Ya estaba concluida la cabeza y solo me faltaba colorear el fondo, difuminar los tejidos, dar un toque de carmín a los labios en sazón, añadir algún ricito escapado de los tirabuzones y oscurecer un poco la sombra dejada por las pestañas en las azuladas ojeras. Estaba embebida en la ejecución de tan lindos detalles cuando, tras una llamada rápida, se abrió la puerta de casa y entró en ella el señor Rivers.

—He venido para saber cómo está pasando su día libre —dijo—, y espero que no lo consuma en rumiar pensamientos. ¿No, verdad? Menos

mal. Mientras se entregue al dibujo, no sentirá la soledad. Ya ve que sigo sin fiarme de usted, a pesar de que por ahora sale adelante a las mil maravillas. Le he traído un libro para que se entretenga por la noche.

Y puso sobre la mesa la reedición de cierto poema, una de aquellas creaciones genuinas que con frecuencia se ofrecían al público afortunado de antes, la edad de oro de la literatura moderna. Los lectores de hoy, por desventura, tienen menos suerte. En fin, que no decaigan los ánimos. No pienso perder el tiempo en críticas ni lamentaciones. Sé que la poesía no ha muerto ni el genio puede darse por perdido y que tampoco Mammon[93] es capaz de matarlos, esclavizarlos o doblegar su cerviz. Sé que ellos algún día reivindicarán su ser y su presencia e impondrán de nuevo el imperio de la libertad. ¡Salve a los ángeles poderosos y seguros! Ellos sonríen en lo alto, y los débiles lloran en su exterminio, mientras triunfan las almas mezquinas. ¿Exterminados la poesía y el genio? ¡Nunca! No dejéis que la envidia fomente esa idea, ¡abajo la mediocridad! No solo viven, sino que os redimen al reinar y, si no fuera por su divino influjo desperdigado por doquier, estaríais hundidos en el infierno de vuestra propia sordidez.

Mientras hojeaba ávidamente las brillantes páginas de *Marmion*[94][a], porque no era otro que *Marmion* el poema, el señor Rivers se detuvo para mirar mi dibujo. Su alta figura se irguió inmediatamente, presa de sobresalto, aunque no dijo nada. Alcé mi mirada hacia él, pero la rehuyó. Fui capaz de penetrar sus pensamientos y de leer en su corazón como en un libro abierto. En aquel momento me sentía más tranquila que él, enfocaba más fríamente la situación, y en eso le sacaba una ventaja que decidí aprovechar para brindarle ayuda, si me lo permitía.

«La tarea de mantener firmemente el control de sí mismo —pensé— excede sus propias fuerzas. Guarda con llave su pena y su pasión en lo más hondo, no se desahoga ni comparte nada con nadie. Estoy segura de que hablar un poco de la dulce Rosamond, con quien se empeña en no casarse, le vendría muy bien. Voy a ver si le hago hablar».

—Tome asiento, señor Rivers —empecé diciendo.

Pero él me contestó, como siempre, que no, que tenía prisa.

«Está bien —le contesté mentalmente—, pues quédate de pie, si quieres. Pero no pienso dejarte ir, porque la soledad te está haciendo tanto daño como a mí. Voy a intentar buscar el resorte escondido de tu confianza, y a descubrir en tu pecho de mármol alguna grieta por donde consiga verter una gota balsámica de simpatía».

—¿Encuentra parecido el retrato? —le pregunté a bocajarro.

—¿Parecido? ¿Parecido a quién? No me he fijado mucho.

—Sí, señor Rivers, sí se ha fijado.

Le cogió de sorpresa mi abrupta y repentina afirmación, y me miró atónito.

«Pues espérate, que estamos empezando —murmuré para mis adentros —. No voy a dejarme vencer por un amago de rigidez. Quiero llegar bastante más allá».

—Lo ha estado observando detenidamente —proseguí—, pero no me importa que siga mirándolo.

Y diciendo estas palabras, me acerqué a coger el retrato y lo puse en sus manos.

—Está muy bien acabado —dijo—, los colores son tenues y transparentes y el dibujo está delineado con gracia y acierto.

—Ya, pero yo hablaba del parecido. ¿A quién se parece?

Dudó unos instantes antes de contestar.

—A la señorita Oliver, supongo.

—Exactamente. Y ahora, señor, como premio por haberlo adivinado, le prometo hacerle una copia exacta de esta miniatura, siempre y cuando admita que le gustaría recibir tal obsequio. No estoy dispuesta a malgastar mi tiempo y mi trabajo regalándole algo que le pueda resultar indiferente.

Seguía mirando el dibujo. Cuanto más lo miraba y más lo apretaba entre sus dedos, más codicioso de poseerlo parecía.

—Es igual a ella —murmuró—. ¡Qué bien delineados están los ojos! Y luego el color, la luz, la expresión. ¡Está sonriendo!

—¿Le serviría de consuelo o de tormento tener una copia del retrato? Es lo que le pregunto. Cuando se encuentre usted en Madagascar, en la República de Sudáfrica o en la India, ¿le confortaría llevar consigo este

recuerdo? ¿O su visión le evocaría imágenes tristes que le provocarían flaqueza de ánimo?

Levantó furtivamente los ojos, que se fijaron en mí turbados y dubitativos. Luego los volvió nuevamente hacia el retrato.

—La verdad es que me gustaría tenerlo. Que me conviniera o fuera sensato, esa ya es otra cuestión.

Desde que me había dado cuenta de que el señor Rivers era para Rosamond el pretendiente ideal y de que su padre no pondría obstáculos a aquel matrimonio, yo —de ideas menos exaltadas que St. John— había decidido firmemente abogar por tales amores. Pensaba que, si él pudiera contar con una fortuna como la de los Oliver, la causa del bien saldría ganando en eficacia tanto o más que mediante un viaje a lejanas tierras donde vigor y talento pudieran acaso malgastarse bajo un sol tropical.

—Por lo que a mí se me alcanza —repliqué en tono seguro—, lo que le convendría y sería más sensato es apropiarse cuanto antes del original de esa pintura.

Él ya se había sentado ante la mesa donde había puesto el retrato y, con la cabeza apoyada entre las manos, se dedicaba a examinarlo apasionadamente. No se le notaba ofendido ni enfadado por mi atrevimiento; es más, me dio la impresión de que empezaba a suponer un alivio inesperado y placentero para él ver abierta la puerta para hablar con franqueza de un tema que tenía por inabordable, para discutirlo sin trabas. La gente reservada suele necesitar más que la expansiva dar rienda suelta a sus penas y sentimientos. El estoico más redomado es un ser humano, a fin de cuentas, y muchas veces se le hace un gran favor irrumpiendo con audacia y buena voluntad en el mar silencioso de su alma.

—Estoy segura de que usted a ella le gusta —dije, apoyándome en el respaldo de su silla—, y también de que el señor Oliver le respeta. Ella es una joven encantadora, aunque algo inconsciente. Pero usted tiene sensatez de sobra para los dos. Lo mejor que puede hacer es casarse con ella.

—¿De verdad que yo le gusto? —preguntó.

—Y tan de verdad. Le prefiere a cualquier otro pretendiente. Habla sin parar de usted, no hay tema de conversación que saque más a relucir ni que tanto le guste.

—Es muy agradable oír eso —dijo—, muy agradable. Siga hablándome de eso durante otro cuarto de hora.

Sacó el reloj, en efecto, y lo puso encima de la mesa, como dispuesto a medir aquel lapso de tiempo.

—¿Y de qué me sirve seguir —pregunté— cuando es probable que esté preparando una defensa férrea o inventando una nueva condena para aherrojar su corazón?

—No me atribuya un comportamiento tan duro, imagíneme cediendo y ablandándome, como empiezo a hacerlo; el amor humano brota como un manantial fresco en mi mente y empieza a inundar dulcemente el campo que con tanto esmero y trabajo preparé, sembrándolo a diario con semillas de buena intención y proyectos contradictorios. Y de pronto todo queda anegado por el néctar de esta riada, los jóvenes brotes se encharcan y se dejan contaminar por un delicioso veneno. Me estoy viendo a mí mismo tumbado en una otomana en el salón de Vale Hall, a los pies de mi esposa Rosamond Oliver; ella me está hablando con su voz meliflua, y me mira con esos ojos que la mano de usted ha sabido plasmar con tanto acierto; sus labios de coral me sonríen. Nos pertenecemos uno a otro y tanto la vida que llevamos como el mundo que gira en torno al nuestro me resultan suficientes. Silencio, por favor, no diga nada; mi corazón está en pleno embeleso y tengo los sentidos arrobados. Déjeme pensar en paz el tiempo que me he marcado.

Le obedecí, mientras en el reloj transcurrían los minutos y él respiraba agitadamente. Yo guardaba silencio. Cuando hubo concluido el cuarto de hora sin que se produjera ruido alguno, el señor Rivers guardó el reloj, dejó el retrato, se levantó y se acercó.

—Ya está —dijo—; se consumió este lapso de tiempo dedicado al delirio y a la ilusión. He dejado descansar las sienes en el pecho de la tentación y he puesto deliberadamente mi cuello bajo su yugo de flores. He apurado esa copa. La almohada estaba incandescente, había un áspid entre las guirnaldas y el vino sabía amargo. Sus promesas son tan vanas como falso es aquello que brinda. Todo esto lo veo y lo sé.

Le miré con pasmo.

—Es curioso —continuó— que por una parte ame a Rosamond tan locamente, con toda la intensidad de las pasiones primeras, cuyo objeto se nos antoja exquisito, gracioso y fascinante, y que al mismo tiempo experimente el convencimiento sereno e insobornable de que no sería una buena esposa para mí, que la unión con ella no me conviene, que me daría cuenta de ello al año de casarnos y que tras doce meses de éxtasis sobrevendría una vida entera de remordimiento. Lo sé.

—¡Qué cosa más rara! —no pude por menos de exclamar.

—Mientras algo dentro de mí —prosiguió— es profundamente sensible a sus encantos, otra parte de mi ser penetra y calibra sus defectos, y estos son tantos que jamás podría simpatizar con mis aspiraciones ni servirme de colaboradora en ninguna tarea que emprendiese. ¿Se imagina a Rosamond sacrificándose, trabajando duramente, convertida en apóstol femenino? ¿Rosamond casada con un misionero? ¡No!

—Pero no es imprescindible que se haga usted misionero. Puede renunciar a ese proyecto.

—¿Renunciar? ¡Qué dice! ¿Renunciar a mi vocación, a mi gran obra, a poner los cimientos sobre la tierra para conquistar una mansión en el cielo? ¿A mis esperanzas de poderme contar entre los que han descartado toda ambición menos aquella más gloriosa de mejorar la raza, de introducir el saber en el reino de la ignorancia, de sustituir la guerra por la paz y el miedo al infierno por la esperanza del cielo? ¿Quiere que renuncie a eso? Me importa más que la sangre que corre por mis venas, es a lo que aspiro y por lo que vivo.

Después de una larga pausa, dije:

—¿Y la señorita Oliver? ¿No ha pensado en su desazón y en su disgusto?

—La señorita Oliver está siempre rodeada de pretendientes y aduladores; en menos de un mes mi imagen se habrá borrado de su corazón. Me olvidará y seguramente contraerá matrimonio con alguien que pueda hacerla más feliz que yo.

—Habla usted con mucha frialdad, pero es un conflicto que le hace sufrir. Se está usted consumiendo.

—No lo crea. He adelgazado un poco, pero es a causa de la ansiedad que me produce pensar en mi futuro, aún incierto, en mi viaje continuamente aplazado. Esta misma mañana me he enterado de que mi sucesor, cuya llegada espero desde hace tanto tiempo, todavía tardará tres meses en venir a sustituirme, y quién sabe si esos tres meses no se convertirán en seis.

—Usted se estremece y el rubor sube a sus mejillas cada vez que la señorita Oliver viene por la escuela.

De nuevo una expresión de asombro se pintó en su rostro. No contaba con que una mujer pudiera atreverse a hablar a un hombre en aquellos términos. Yo en cambio me encontraba a mis anchas en una polémica de ese tipo. En mi trato con la gente de inteligencia enérgica, discreta y refinada, ya fueran hombres o mujeres, nunca me había contentado con una comunicación que no traspasase las barreras de la reserva convencional, y luchaba por cruzar el umbral de la confianza hasta ganarme un puesto en lo más intrincado de sus corazones.

—Es usted muy peculiar —dijo él—, y nada tímida. Hay bravura en su espíritu y perspicacia en su mirada. Pero permítame asegurarle que tergiversa en parte mis emociones, juzgándolas más profundas y fuertes de lo que son en realidad. Me concede mayor compasión de la que mi situación reclama. Cuando me ruborizo o tiemblo ante la señorita Oliver, no siento piedad por mí mismo sino desprecio por mi debilidad. Porque soy víctima de algo indigno, de una simple fiebre de la carne, no de una conmoción del alma. El alma permanece sólida como una roca firmemente asentada en las profundidades de un mar inquieto. Conózcame por lo que realmente soy: un hombre duro y frío.

Sonreí incrédula.

—Ha tomado usted por asalto mi intimidad —prosiguió—, y ahora la tiene más a su merced. Despojado del cándido ropaje con que la cristiandad cubre las deformidades humanas, mi condición original es simplemente la de un hombre frío, inflexible y ambicioso. De todos los sentimientos el único que tiene una influencia permanente y poderosa sobre mí es el mero afecto. Mi guía es más la Razón que el Sentimiento; mi ambición no tiene límites, como tampoco el deseo insaciable de llegar

más arriba que los demás y aventajarlos. Siento veneración por la perseverancia, la capacidad de resistir, el trabajo y el talento, porque no hay medios mejores para que un hombre lleve a cabo grandes propósitos y ascienda a cumbres eminentes. Si me intereso por su porvenir, es porque la considero un espécimen de mujer enérgica, diligente y metódica, no porque me despierte profunda compasión lo que haya sufrido o aún le quede por sufrir.

—Se describe usted a sí mismo como si fuera un mero filósofo pagano —dije.

—No, entre los filósofos deístas y yo hay una diferencia. Yo creo, y creo en el evangelio. Se ha equivocado usted en el adjetivo: no soy un pagano sino un filósofo cristiano, y no sigo más secta que la de Jesús. Como discípulo suyo he adoptado sus clementes y piadosas doctrinas y abogo por su pureza, que he jurado propagar. La religión me cautivó desde la primera juventud y ha fomentado mis cualidades más genuinas. De un minúsculo germen, mi tendencia al afecto, la religión ha hecho crecer el árbol preponderante a cuya sombra reposa la filantropía. De la raíz salvaje y correosa de la verticalidad humana ha creado una noción recta de la justicia divina. De la ambición por acumular poder y renombre para mi miserable ser ha extraído la de extender el reino de mi Señor y lograr victorias llevando la cruz por estandarte. Aunque ha hecho tanto por mí la religión, y ha sacado tan excelente partido de mi materia prima amaestrando y podando mi naturaleza, no ha conseguido erradicarla por completo, ni lo conseguirá hasta que llegue la hora de la inmortalidad a este pobre mortal.

Una vez dichas estas palabras, cogió su sombrero, que reposaba junto a mi paleta, y volvió a mirar el retrato.

—Es una preciosidad —murmuró—. Le va bien el nombre de Rosa del Mundo, desde luego.

—¿Y quiere que le pinte otro retrato igual?

—¿De qué serviría? No.

Tapó el retrato con el pliego de papel de seda donde solía apoyar la mano para no manchar la cartulina. No pude saber lo que había visto de pronto en aquella hoja en blanco, pero hubo algo que llamó su atención. La

cogió en un arrebato y examinó el borde. Luego me dirigió una mirada tan rara como indescriptible, que no pude entender, una mirada que parecía detallar todas las minucias de mi cuerpo, de mi cara y mi vestido, porque me traspasaba por entero, afilada y veloz como un rayo. Sus labios se separaron como a punto de decir algo, pero frenó la frase, que no sé cuál sería.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Absolutamente nada —replicó.

Y al volver a colocar el papel en su sitio, me di cuenta de que arrancaba una tira estrecha del margen, que escondió dentro de su guante. Acto seguido desapareció tras una breve inclinación de cabeza, acompañada por un «Buenas tardes».

—Bueno —exclamé, usando a continuación una expresión popular—. ¡Esto pasa de castaño oscuro, se mire por donde se mire!

Yo, a mi vez, examiné el papel, pero no vi nada más que unas manchas pardas de pintura, donde había estado haciendo pruebas de color. Me quedé extrañada durante unos minutos rumiando aquel enigma. Pero luego pensé que no tendría la menor importancia, aparté la idea de mi cabeza y no tardé en olvidarla.

Capítulo VII

Cuando se fue el señor Rivers, estaba empezando a nevar, y la tormenta se espesó durante toda la noche. Al día siguiente un viento incisivo trajo heladas e intempestivas rachas de nevisca, de tal manera que al atardecer el valle quedó tupido y casi intransitable. Cerré las contraventanas, puse una alfombra pegada a la puerta para evitar que la nieve se colara por la rendija inferior, aticé la lumbre y me senté junto a la chimenea durante cerca de una hora, escuchando la furia amortiguada de la tormenta. Luego encendí una vela, cogí el *Marmion* y empecé a leer aquellos versos cuya música borraba los rigores del vendaval:

Se puso el sol tras el escarpado castillo de Norham
sobre el caudaloso y profundo río Tweed
y las solitarias montañas de Cheviot.
La fortaleza con sus sólidas torres
y el cerco de murallas que la abrazan
despedía un amarillo fulgor.

De repente oí un ruido. «Será el viento —pensé— que sacude la puerta». Pero no. Lo que se presentó ante mis ojos, surgiendo de la ululante oscuridad y del huracán helado, fue la alta figura del señor Rivers, envuelto en su capa, blanca como un glaciar. Había bajado el pestillo y estaba allí en el hueco de la puerta. Nada más lejos de mi imaginación que esperar una visita aquella noche, con el valle bloqueado por la nieve.

—¿Alguna mala noticia? —pregunté sobresaltada—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Veo que es usted muy fácil de asustar —contestó.

Se quitó la capa y la colgó detrás de la puerta, tras haber cerrado esta y vuelto a colocar la alfombra que su entrada había desplazado. Luego se puso a patalear para quitarse la nieve de las botas.

—Siento ensuciar su suelo inmaculado, pero por una vez tiene que perdonarme —dijo, mientras se acercaba a la chimenea—. Me ha costado trabajo llegar, puede creerlo. En uno de los tramos del camino, me hundí hasta la cintura, menos mal que la nieve está todavía bastante blanda.

Ahora estaba extendiendo las manos, para calentárselas, hacia las llamas de la chimenea.

—Pero ¿por qué ha venido? —no pude por menos de preguntarle.

—Es una pregunta poco acogedora para un visitante —contestó—, pero ya que la ha formulado, le diré que tenía ganas de charlar un rato con usted, eso es todo. Me he aburrido de tanto libro mudo y tanta estancia vacía. Además desde ayer ando intrigado, como cuando ha oído uno la mitad de un cuento y arde en ansias por conocer la otra mitad.

Mientras el señor Rivers tomaba asiento, se me vino al recuerdo su extraña conducta de la tarde anterior, y empecé a tener miedo de que hubiera perdido el juicio. Pero de todas maneras, caso de estar loco, se trataba de una locura fría y bajo control. Su hermoso rostro pálido nunca se me había parecido tanto a una talla de mármol como en aquel momento, a la luz del fuego que iluminaba su ceño y sus mejillas mientras él apartaba de la frente un mechón de pelo con rastros de nieve. Me conturbó descubrir huellas de pesadumbre claramente grabadas en aquellos rasgos, y me mantuve a la expectativa de alguna frase que pudiera resultarme comprensible. Pero no decía nada, se mantenía pensativo, con la barbilla entre las manos y un dedo sobre los labios. Aquellas manos, igual que el rostro, me llamaron la atención porque parecían cansadas, y un amago de compasión, tal vez inoportuno pero que brotaba del fondo del alma, me impulsó a decir:

—¡Cómo me gustaría que Diana y Mary se vinieran a vivir con usted! Está demasiado solo y no se cuida, juega temerariamente con su salud.

—No es verdad —dijo—. Me cuido cuando hace falta, y ahora me encuentro muy bien. ¿Qué ve de malo en mi aspecto?

Lo dijo con aire abstraído e indiferente, como dando a entender que mi preocupación no tenía, según él, consistencia alguna. Yo guardé silencio.

Siguió frotándose ligeramente con el dedo su labio superior y dejando resbalar sus ojos soñadores por las llamas resplandecientes. Movida por la urgencia de decir algo, le pregunté que si notaba un poco de frío colándose por la ranura de la puerta, que tenía a sus espaldas.

—No, no —contestó algo cortante y malhumorado.

«Pues bueno —pensé—, si no quieres hablar no hables. Yo me pongo a leer de nuevo, y ahí te quedas».

Así que encendí la vela y reanudé mi lectura del *Marmion*. Poco después dio alguna señal de agitación y me fijé en sus movimientos. Había sacado un billetero de tafilete y extrajo de él una carta que se puso a leer en silencio. Después la dobló y volvió a guardarla, tras lo cual cayó de nuevo en su ensimismamiento. Era inútil tratar de concentrarse en la lectura, teniendo cerca aquella figura indescifrable y, por otra parte, la impaciencia no me dejaba seguir callada; así que, aun a riesgo de que le sentara mal, decidí romper el silencio.

—¿Ha tenido noticias recientes de sus hermanas? —le pregunté.

—No, ninguna desde la carta que le enseñé hace una semana.

—¿Y sus planes no han sufrido ningún cambio? ¿No tendrá que dejar Inglaterra antes de lo previsto?

—Me temo que no. Ojalá tuviera esa suerte. Pero es mucho pedir.

Me sentía bastante desconcertada. Pensé que sería mejor cambiar de tema y hablarle de la escuela y de mis alumnas.

—La madre de Mary Garrett está mejor —dije—, y Mary ya vino a clase esta mañana. La semana próxima tendré además otras cuatro chicas nuevas, de Foundry Close. Iban a haber venido hoy, pero como ha nevado tanto…

—Sí, realmente.

—El señor Oliver corre con los gastos de dos de ellas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Piensa dar una fiesta en Navidades para toda la escuela.

—Ya lo sé.

—¿Ha partido de usted la sugerencia?

—De mí no.

—¿Pues de quién?

—De su hija, creo.

—Muy característico de ella, es tan buena persona.

—Sí.

Y se produjo el vacío de otra pausa. El sonido de las ocho en el reloj pareció espabilarlo. Descruzó las piernas, se irguió en su asiento y volvió la cabeza hacía mí.

—Deje el libro un momento, ¿quiere?, y acérquese un poco al fuego —dijo.

Le obedecí perpleja, mientras mi desconcierto iba en aumento.

—Hace media hora —prosiguió— le hablé a usted de mi impaciencia por conocer el final de cierto relato. Pero, después de pensarlo bien, me parece que la cosa saldrá mejor si adopto yo mismo el papel de narrador y usted el de oyente. Antes de empezar, considero correcto advertirle que la historia le va a sonar a algo de sobra conocido; pero los detalles muy trillados a veces ganan frescura cuando son emitidos por labios nuevos. Por lo demás, consabido o inédito, mi cuento va a ser corto.

»Hace veinte años, un pobre párroco, cuyo nombre no viene al caso, se enamoró de la hija de un hombre rico, ella también se enamoró de él y contrajeron matrimonio, en contra de la voluntad de la familia, que la desheredó inmediatamente. No habían pasado ni dos años, cuando la díscola pareja murió y yacen cubiertos por la misma lápida. Yo he visto su tumba, forma parte del pavimento de un amplio cementerio que rodea la sombría catedral, sucia de hollín, en una populosa ciudad industrial del condado de… Dejaron una hija, la cual, casi recién nacida, fue recibida por la Beneficencia en su regazo, un regazo tan gélido como los montículos de nieve que han estado a punto de atraparme esta noche. La Beneficencia transfirió luego su amorosa carga a casa de unos parientes ricos de la madre, que la adoptaron. Y allí fue educada por una tía política que se llamaba (pues ya hemos llegado a los nombres) señora Reed de Gateshead. Veo que se sobresalta. ¿Ha oído algún ruido? No se preocupe, debe de ser

alguna rata que corretea por las vigas de la escuela, porque antes de que yo mandara reformarla era un granero, ¿sabe?, y los graneros suelen ser buen albergue para las ratas. En fin, sigamos. La señora Reed dio asilo a la huérfana durante diez años; si consiguió hacerla feliz o no, de eso no sé nada. Pero el caso es que, al cabo de estos diez años, la mandó a un lugar que usted conoce bien por haber residido en él largo tiempo, me refiero a la escuela de Lowood. Según tengo entendido, su paso por la institución fue irreprochable y de alumna se convirtió (como usted) en profesora. Llama la atención la serie de concomitancias que existen entre la vida de esa chica y la suya, pues también ella salió de Lowood para trabajar de institutriz. A ella le tocó en suerte educar a la pupila de un tal señor Rochester.

—¡Señor Rivers! —interrumpí.

—Adivino su estado de ánimo —dijo—, pero contrólese y aguante un poco más. Estoy casi terminando, escuche el final. Del carácter del señor Rochester no sé nada, excepto que pidió en matrimonio a la joven huérfana, y que a punto de celebrarse la honrada ceremonia ella se enteró ante las mismas gradas del altar de que el señor Rochester se había casado anteriormente con otra mujer que aún vivía, aunque estaba loca. La conducta posterior de Rochester o las proposiciones que pudiera hacer pertenecen al reino de la conjetura. Lo único cierto es que, cuando tuvo lugar un acontecimiento que hacía preciso localizar a aquella institutriz, se descubrió que había desaparecido y nadie pudo dar razón de cuándo ni adónde se había ido. Salió de Thornfield de noche, y todas las tentativas que se han emprendido para encontrarla han resultado en vano. Se ha rastreado toda la región sin hallar vestigios ni informes acerca de su paradero. Y sin embargo, es urgente encontrarla; han aparecido anuncios en todos los periódicos, y yo mismo he recibido una carta de cierto abogado apellidado Briggs donde me da cuenta de todos estos detalles que acabo de exponerle. ¿No le parece una historia curiosa?

—No le voy a preguntar más que una cosa —dije—. Y en vista de lo mucho que sabe, estoy segura de que me podrá responder. ¿Qué ha sido del señor Rochester? ¿Cómo y dónde se encuentra? ¿A qué se dedica? ¿Está bien de salud?

—Del señor Rochester no sé absolutamente nada. La carta simplemente lo menciona al aludir a ese episodio ilegal de la boda. Pero sería más lógico que me preguntara usted por el nombre de la institutriz y la índole de los motivos que han provocado su búsqueda.

—Entonces, ¿no ha ido nadie a Thornfield? ¿Nadie ha visto al señor Rochester?

—No, que yo sepa.

—Pero le escribirían.

—Por supuesto.

—¿Y qué contestó él? ¿Quién ha recibido su carta?

—El señor Briggs da a entender que quien contestó a su solicitud no fue el señor Rochester sino una señora que firma Alice Fairfax.

Me quedé helada y el desánimo hizo presa en mí. Mis peores sospechas quedaban casi confirmadas, seguramente había abandonado Inglaterra para precipitarse, temerario y desesperado, en algún antiguo cobijo del continente. ¿Y qué clase de opio buscaría allí para atenuar los crueles sufrimientos derivados de su pasión? No me atrevía a imaginar la respuesta. ¡Ay, mi infeliz amo, a quien tantas veces llamé querido Edward y que estuvo a punto de convertirse en mi esposo!

—Debe de ser un hombre muy malo —comentó el señor Rivers.

—No tiene usted derecho a juzgarlo —dije—, porque no lo conoce.

—Está bien —contestó tranquilamente—, y además tengo preocupaciones de sobra como para pensar en él. Déjeme acabar mi cuento. Ya que no parece interesada en preguntarme por la identidad de esa institutriz, yo mismo se lo diré. Espere, tengo su nombre aquí apuntado. Siempre conviene que los detalles queden por escrito, claramente grabados en negro sobre blanco.

Y volvió a sacar del bolsillo el billetero y a abrirlo con deliberada lentitud. De uno de sus compartimentos extrajo un trozo sucio de papel, arrancado de algún sitio. Reconocí por su textura y sus manchas azul marino, bermellón y carmesí la esquina que cortó del papel que cubría el retrato de la señorita Oliver. Se levantó, me lo puso ante los ojos y allí pude leer escritas con tinta china de mi puño y letra las palabras «Jane Eyre», indudable consecuencia de algún momento mío de distracción.

—Cuando me escribió Briggs, me hablaba de una tal Jane Eyre —continuó el señor Rivers—: era la persona sobre la que pedía informes el anuncio de los periódicos. Yo a quien había conocido era a Jane Elliot. Debo confesarle que abrigaba mis sospechas, pero hasta ayer por la tarde no se vieron confirmadas. ¿Está dispuesta a reconocer su nombre y renunciar al pseudónimo?

—Sí, sí. ¿Pero dónde está el señor Briggs? Tal vez él sepa más cosas sobre el señor Rochester que las que le ha dicho a usted.

—Briggs vive en Londres, y no creo que sepa nada más sobre el señor Rochester, porque no es él quien le interesa. Pero a todo esto, con tanto indagar sobre nimiedades, se está olvidando usted de lo principal. ¿No se le ocurre preguntarme por qué la está buscando el señor Briggs o qué tiene que comunicarle?

—Está bien. ¿Qué tiene que comunicarme?

—Pues sencillamente que su tío, el señor Eyre, ha muerto en Madeira, que la ha nombrado única heredera de sus bienes y que ahora es usted rica, ni más ni menos.

—¿Que soy rica yo?

—Sí, usted. Rica, una rica heredera.

Se produjo un silencio.

—Naturalmente, tiene usted que identificarse —siguió el señor Rivers —, pero es un trámite que no entraña la menor dificultad. E inmediatamente podrá hacerse cargo de su herencia. La fortuna de su tío está invertida en acciones inglesas. El testamento obra en poder del señor Briggs, así como todos los documentos pertinentes.

¡El destino había echado un naipe inesperado sobre la mesa! Pasar en unos instantes de la más absoluta pobreza a la opulencia es maravilloso, lector, pero también algo a lo que tarda uno en acostumbrarse y cuyo disfrute no se aprecia de buenas a primeras. Y además hay otros lances en la vida mucho más apasionantes y conmovedores; la riqueza es un asunto concreto, perteneciente al mundo real, pero carece de ingredientes ideales tanto en su forma de imponerse como en las evocaciones que despierta. Ni saltamos de júbilo ni gritamos «¡hurra!» al enterarnos de que nos ha caído una herencia; más bien empezamos a considerar las responsabilidades del

negocio y a hacer números. Sobre una base de sólida satisfacción crecen también preocupaciones graves que la frenan y nos inducen a reflexionar con ceño solemne sobre nuestro privilegio.

Hay que tener en cuenta, por añadidura, que las palabras legado y herencia van asociadas con las palabras muerte y entierro. Acababa de enterarme de que mi tío, el único pariente que me quedaba en el mundo, había fallecido. Desde que tuve noticia de su existencia, nunca había dejado de acariciar la esperanza de llegar a conocerlo algún día, probabilidad que ahora quedaba descartada. Y además aquel dinero era solo para mí, no para compartir su disfrute con alguien de la familia, pues no tenía más parientes que mi propio ser desarraigado. Claro que era una bendición, y me daba perfecta cuenta, por otra parte, de que la independencia económica sería algo glorioso, sí, me daba cuenta, y aquella idea me ensanchaba el corazón.

—Menos mal que desarruga el ceño —comentó el señor Rivers—. Creí que la había mirado Medusa y estaba a punto de convertirse en piedra. Tal vez ahora se digne preguntarme a cuánto asciende la cantidad que ha heredado.

—¿A cuánto?

—Una bagatela, nada del otro mundo. Creo que ha hablado de veinte mil libras. Poca cosa, ¿verdad?

—¿Veinte mil libras?

Aumentó mi aturdimiento, porque mis cálculos no sobrepasaban las cuatro o cinco mil. Aquella noticia me dejaba sin aliento. El señor Rivers se echó a reír. Era la primera vez que le oía reírse.

—Vaya, mujer —dijo—, si hubiera cometido un crimen y viniera yo a notificarle que la habían descubierto, no creo que se pintase en su rostro un espanto mayor.

—Es que es mucho. ¿Seguro que no hay algún error?

—En absoluto, ningún error.

—Puede haberse equivocado al leer la cifra, ¿no serán dos en vez de veinte?

—Viene consignado en letras, no en números, y dice veinte, veinte mil.

Volví a sentirme como un individuo de poco comer sentado solo ante una mesa donde se ha preparado un festín para cien comensales. El señor Rivers se levantó y se puso la capa.

—Si no hiciera una noche tan inclemente —dijo—, le mandaría a Hannah para que viniera a hacerle compañía, la veo demasiado alterada para que se quede sola. Pero Hannah, la pobre mujer, no tiene las piernas tan largas como yo y no sería capaz de atravesar los montículos de nieve que me he encontrado al venir. Así que, sintiéndolo mucho, tengo que dejarla a solas con su pesadumbre. En fin, buenas noches.

Ya estaba llegando a la puerta, cuando me asaltó un pensamiento súbito.

—¡Espere un momento! —exclamé.

—Diga.

—Me intriga que el señor Briggs le escribiera hablándole de mí y quisiera saber por qué lo hizo. ¿De qué lo conocía a usted y cómo se le ocurrió imaginar que, viviendo como vive en este lugar tan apartado, iba a poder ayudarle en su pesquisa?

—Bueno, soy un clérigo —dijo—, y la gente acude muchas veces a los clérigos con las encomiendas más extrañas.

Había agarrado el pestillo de la puerta con intención de abrirla.

—No. ¡Lo siento, pero no me convence usted! —exclamé.

Y es que había percibido en su apresurada y ambigua réplica algo que en vez de aplacar mi curiosidad la redoblaba.

—Es un caso demasiado embrollado —dije—. Y quiero conocer todos los detalles.

—Otro día.

—¡No, esta noche! ¡Tiene que ser esta noche!

Me había interpuesto entre la puerta y él y lo noté algo violento.

—¡No pienso dejarle marchar hasta que me lo aclare todo! —dije.

—Preferiría no hacerlo ahora.

—Pues tiene que ser ahora, y será ahora.

—Preferiría que fueran Mary o Diana quienes la pusieran al tanto.

Aquellos reparos colmaron mi nerviosismo, tenía que enterarme enseguida de lo que fuera, y así se lo dije.

—Ya le advertí —objetó— que soy un hombre duro, nada fácil de persuadir.

—Y yo una mujer igual de dura, muy difícil de disuadir.

—Y además frío —añadió—, la vehemencia no me inmuta.

—Pues yo, en cambio, soy vehemente, y el fuego derrite el hielo. La nieve que cubría su capa se fundió al calor de las llamas y el agua ha encharcado tanto el suelo de mi cocina que parece una calle por la que no ha parado de pasar gente. Si quiere usted, señor Rivers, que le perdone el grave delito de inundarme la cocina, contésteme a lo que le he preguntado.

—Está bien —dijo—, me rindo. Pero no ante su vehemencia. Me rindo por cansancio, porque su porfía es gota de agua que cae insistente hasta horadar la roca. De todas maneras da igual, al fin y al cabo tendría usted que enterarse más tarde o más temprano. ¿Se llama Jane Eyre, verdad?

—Por supuesto, creí que eso ya había quedado claro.

—¿A que no sabe una cosa? Somos tocayos. A mí me bautizaron como St. John Eyre Rivers[95].

—Por supuesto que no lo sabía. Recuerdo, ahora que lo dice, haber visto la letra E. intercalada entre sus iniciales en alguno de los libros que me ha prestado a veces, pero nunca me pregunté a qué nombre correspondería. Pero ¿qué me quiere decir con eso…? No será que…

Me detuve en seco. No lograba dar crédito a la sospecha que acababa de surgir en mi mente y mucho menos expresarla, a medida que tomaba cuerpo y llegaba a convertirse en sólida certeza. Las circunstancias se anudaban unas con otras, iban encajando y armonizándose, hasta que los eslabones de la cadena que yacían sin orden ni concierto quebraron aquel caos para enlazarse y ocupar cada cual su sitio, en una perfecta conexión. Antes de que St. John reanudase su discurso, ya me había yo hecho cargo intuitivamente de todo lo ocurrido. Pero por si acaso el lector no tiene el mismo olfato, transcribiré la explicación que me dio el señor Rivers:

—Mi madre se apellidaba Eyre y tuvo dos hermanos: el primero, que era clérigo, contrajo matrimonio con la señorita Jane Reed, de Gateshead; el segundo, de nombre John, se dedicó a los negocios y vivía en Funchal, Madeira, donde acaba de morir el pasado mes de agosto. El señor Briggs, su abogado, nos escribió para comunicarnos la noticia y para decirnos que

el tío John había legado toda su fortuna a la huérfana de su difunto hermano, el clérigo, y que a nosotros (a consecuencia de una querella nunca dirimida entre él y mi padre) no nos dejaba absolutamente nada. Volvió a escribirme hace unas semanas para decirme que la heredera se hallaba en paradero desconocido y para preguntar si yo tenía alguna noticia acerca de ella. Un nombre escrito al azar en la esquina de un papel ha venido en mi ayuda para localizarla a usted. Eso es todo. El resto ya lo conoce.

Volvió a hacer ademán de marcharse, pero apoyé mi espalda contra la puerta para cerrarle el paso.

—Eso no es todo, déjeme hablar —dije—. Necesito un momento para recuperar el aliento y volver en mí.

Hice una pausa. Él seguía ante mí, con el sombrero en la mano. Ofrecía un aspecto sereno.

—O sea —resumí— que su madre era hermana de mi padre.

—Sí.

—Y mi tía, por consiguiente.

Asintió sin palabras.

—Y si usted, Diana y Mary son Eyre por parte de madre, como yo lo soy por parte de padre, quiere decir que ese tío John era el mismo tío John para los cuatro.

—No hay duda alguna.

—Pero bueno, ¡entonces es que somos primos, que la mitad de nuestra sangre viene de la misma fuente!

—Sí, somos primos.

No podía apartar los ojos de él. Había encontrado —parecía evidente— una especie de hermano, alguien a quien amar y de quien podía enorgullecerme. Y además a dos hermanas, de tan excelentes prendas que incluso cuando las creí unas desconocidas despertaron en mí espontáneo afecto e inmediata admiración. ¿Quién me iba a decir a mí que aquellas dos jóvenes a quienes cierta noche vislumbré a través de una ventana, con una amarga mezcla de curiosidad y desesperación, de rodillas sobre un suelo mojado, eran primas carnales mías, como el joven y apuesto caballero que luego me recogió medio muerta en el umbral? Para un alma

solitaria aquello sí que era un hallazgo glorioso, una riqueza auténtica. Una mina preciosa para el corazón, una bendición jubilosa y estimulante, incomparable con el oro, cuyo peso agobia aunque se acepte de buen grado. Me bullía la sangre, el pulso se me había acelerado y me puse a batir palmas.

—¡Estoy tan contenta! —exclamé—. ¡Tan contenta!

St. John esbozó una sonrisa.

—Ya le dije que tiende usted a desdeñar lo fundamental y a parar mientes en lo superfluo —comentó—. Se puso seria cuando le notifiqué que había heredado una fortuna, y ahora se alborota por un asunto baladí.

—¿Qué dice? Puede que el asunto sea baladí para usted, que ya tiene dos hermanas y no necesita para nada una prima. Pero es que yo nunca he tenido parientes y de pronto me aparecen tres, ya adultos, irrumpen tres primos en vida, o bueno, dos, si usted rechaza formar parte del lote. ¿Cómo no voy a expresar mi alegría? ¡Qué contenta estoy, sí, vuelvo a decirlo!

Me había puesto a pasear aprisa de un lado a otro de la habitación, pero me detuve sofocada por mis propios pensamientos. Surgían en tan rápida sucesión que no alcanzaba a ponerlos en orden, a entenderlos ni siquiera a seguirlos; versaban sobre lo que iba a pasar de aquel momento en adelante, lo que podría y debería pasar. Miré a la pared blanca y me pareció un cielo cuajado de estrellas que se elevaban. Cada una de ellas me sugería un propósito o una satisfacción. Ya podía ayudar a los que me habían salvado la vida, beneficio solamente correspondido hasta ahora con un cariño infructuoso. Estaban bajo un yugo del que yo podía liberarlos, vivían separados y yo los podía reunir, aquella independencia y bienestar que da el dinero los compartiría con ellos. ¿No éramos cuatro? Si repartía entre cuatro las veinte mil libras, tocábamos a cinco mil cada uno, y había de sobra. Era de justicia asegurar la felicidad mutua. Y de repente la riqueza había dejado de ser un peso y una mera transmisión de dinero para convertirse en legado de vida, gozo y esperanza.

No sé qué cara tendría cuando estaba rumiando a solas el torbellino de estas ideas, pero caí en la cuenta de que el señor Rivers me había puesto una silla detrás y me estaba instando amablemente a que tomara asiento.

También me aconsejó que me serenase, sugiriendo que me encontraba desorientada y como ausente. Desdeñé su insinuación, esquivé su mano y seguí paseando por el cuarto.

—Escriba usted mañana mismo a Diana y a Mary —le dije—, pidiéndoles que vengan enseguida. A Diana le oí decir una vez que con mil libras se considerarían ricas, así que fíjese con cinco mil.

—Tiene que hacer un esfuerzo por apaciguarse —replicó St. John—. Dígame dónde puedo encontrar un vaso para traerle agua.

—Déjese de tonterías. Y hablemos de usted, a quien tampoco vendrá mal el reparto. ¿Influirá para que se quede aquí, se case con la señorita Oliver y eche raíces como cualquier persona normal?

—Delira usted, se extravían las ideas en su cabeza. Le he dado la noticia de forma demasiado repentina, sin pensar que iba a alterarla tanto…

—¡No agote mi paciencia, señor Rivers! —exclamé—. Estoy absolutamente en mis cabales. Es usted quien no me entiende, o tal vez finge no entenderme.

—Si se explica usted algo mejor, puede que la entienda.

—¿Explicarme? ¿Y qué hay que explicar? Está bien claro que veinte mil libras, la suma en cuestión, divididas a partes iguales entre el sobrino y las tres sobrinas del difunto arrojan un saldo de cinco mil por cabeza. Lo que le estoy pidiendo es que escriba usted a sus hermanas para ponerlas al corriente de la parte de herencia que a cada una le corresponde.

—Querrá decir que le corresponde a usted.

—Mire, yo ya le he participado mi opinión sobre este asunto y no pienso apearme de ella. Mi egoísmo nunca ha llegado a la crueldad, nada me nubla el sentido de la justicia ni se me puede tachar de ingrata. Y por si fuera poco, me va mucho en el empeño de tener un hogar y una familia. Me encanta la idea de quedarme en Moor House con Diana y Mary, sentirme ligada a ella de por vida. Tener cinco mil libras me viene muy bien, pero tener veinte mil sería un agobio y un tormento. Además, ese dinero, aunque legalmente sea mío, no lo es en justicia. Por consiguiente, les cedo a ustedes lo que para mí es absolutamente superfluo. Por favor, no

se oponga ni me lo discuta. Vamos a ponernos de acuerdo y que este asunto quede solventado de una vez.

—Se trata de un impulso irreflexivo —dijo él—. Necesita algunos días de plazo antes de tomar una decisión de esa categoría, así tendrá más peso su palabra.

—Si todo el problema reside en que duda usted de mi palabra, no hay problema. Pero dígame, ¿no le parece de justicia lo que digo?

—Hay cierta justicia en ello, sí. Pero es una decisión insólita. Además legalmente le corresponde a usted toda la herencia; es una fortuna que mi tío amasó con el sudor de su frente, estaba en su derecho de dejársela a quien le diera la gana y su voluntad ha sido dejársela a usted. Es enteramente suya y puede disfrutar de ella con la conciencia tranquila.

—Para mí no se trata de una cuestión de conciencia —dije—, sino de sentimientos. Y yo voy a ceder a los míos, ya que se me presentan tan pocas oportunidades de hacerlo. Aunque se pasara usted un año argumentando lo contrario y poniendo objeciones a mi decisión, no conseguiría hacerme renunciar a las dulzuras de la doble satisfacción que proyecto: por una parte cancelar una importante deuda y por otra ganarme una amistad para toda la vida.

—Ahora le parece así —replicó St. John—, pero es porque no conoce el disfrute de la posesión, porque no tiene ni idea del prestigio que adquiriría con las rentas de veinte mil libras, ni de la posición y las oportunidades que le brindarían en sociedad, no puede imaginarse…

—Y usted —le interrumpí— no puede imaginarse tampoco lo que he añorado a lo largo de toda mi vida un cariño fraternal. Nunca tuve un hogar, ni hermanos, ni hermanas. Ahora puedo y quiero tenerlos, ¿o es que se niega a admitirme como miembro de su familia?

—Yo seré su hermano, Jane, y mis hermanas lo mismo, pero no hace falta que se vea obligada a sacrificar sus derechos.

—¿Un hermano a mil leguas de distancia y unas hermanas esclavas en casa ajena? ¿Yo rica, nadando en una abundancia que ni gané ni me merezco, y ustedes sin un penique? ¡Pues vaya una igualdad y una fraternidad! ¡Vaya lazos de unión tan familiares!

—Pero Jane, sus ansias de crear una familia y de gozar de la felicidad de un hogar pueden encontrar otra salida que no sea esa. Puede usted casarse.

—¿Casarme? No siga diciendo tonterías. No me quiero casar, no pienso hacerlo.

—Eso es mucho decir. Una afirmación tan arriesgada como la que acaba de hacer da pruebas de la agitación a que está sometida su alma.

—No se trata de una afirmación a humo de pajas. Sé muy bien lo que digo y conozco mi escasa inclinación al matrimonio. Nadie se casará conmigo por amor, y me niego a ser considerada como un negocio. No quiero verme unida a un extraño de mentalidad y gustos ajenos a los míos, sino a mis familiares, con los que experimento total afinidad. Me sentí feliz cuando dijo que sería mi hermano, vuelva a decirlo, si puede, si le sale del alma.

—Sí, creo poder decirlo. A mis hermanas las he querido siempre y conozco los fundamentos sobre los que se asienta ese cariño: el respeto y la admiración que me merecen sus virtudes. Usted también las tiene, es inteligente y sus gustos y costumbres se parecen a los de Diana y Mary, su presencia siempre me agrada y desde hace algún tiempo conversar con usted me sirve de lenitivo y solaz. No creo que me sea difícil encontrar para usted, la tercera y menor de mis hermanas, un hueco en mi corazón.

—Gracias. Con eso me basta por esta noche. Ahora, mejor que se vaya. Porque si se queda más, igual sale con otro inconveniente y me tengo que volver a enfadar.

—¿Y la escuela, señorita Eyre? Ahora la tendremos que cerrar, ¿no?

—No. Seguiré de maestra hasta que encuentre usted una sustituta.

Sonrió complacido, nos estrechamos la mano y se marchó.

No viene a cuento entrar en detalles sobre las luchas que hube de sostener y las argucias de que eché mano para dejar arreglado aquel asunto de la herencia conforme a mis deseos. Fue una tarea difícil, pero, como estaba irrevocablemente decidida, y mis primos se dieron cuenta de la firmeza de mi propósito y de las justas razones que me asistían, tal vez pensaron en su fuero interno que ellos en mi lugar habrían hecho ese mismo reparto. Total, que al cabo de algún tiempo accedieron a que el

asunto se sometiera a arbitraje. Los jueces elegidos, que fueron el señor Oliver y un abogado ducho en la materia, coincidieron en dar el visto bueno a mi propósito, y de esa manera conseguí que saliera adelante. Se expidieron los pertinentes documentos de transferencia, y los hermanos Rivers y yo entramos en posesión de nuestras respectivas fortunas.

Capítulo VIII

Se acercaban las Navidades, y cuando llegaron ya estaba arreglado todo. Cerré la escuela de Morton, no sin antes asegurarme de que mis esfuerzos no habían sido estériles. Lo maravilloso de la suerte es que abre la mano si nosotros le abrimos el corazón, y dar un poco cuando hemos recibido en abundancia no es más que un desahogo que concedemos a la ebullición inusitada de nuestras emociones. Ya hacía tiempo que venía dándome cuenta con gran placer de que muchas de mis rústicas alumnas me querían, pero esa impresión quedó confirmada con creces cuando nos despedimos y ellas me expresaron abiertamente su afecto. Saber que ocupaba un lugar en sus sencillos corazones supuso una gratificación intensa, y les prometí que de allí en adelante todas las semanas las iría a ver a la escuela para darles una hora de clase.

El señor Rivers se había quedado vigilando la salida de las chicas en fila delante de mí. Cada aula contaba con sesenta alumnas. Cerré la puerta y, aún con la llave en la mano, me entretuve despidiéndome con especial cariño de las mejores, una media docena. Pocas veces se habrán dado entre las campesinas británicas unas jóvenes tan honradas, discretas e instruidas; y es bastante decir porque el campesinado inglés es uno de los más educados de Europa, digno de todo respeto. Desde entonces acá he conocido a muchas *paysannes* y *Bäuerinnen*[96] que me parecieron ignorantes y toscas —incluso las mejores— en comparación con aquellas chicas de Morton.

El señor Rivers se acercó a mí cuando se fueron.

—¿Cree que le han merecido la pena estos meses de esfuerzo? —me preguntó—. ¿No le satisface saber que ha hecho el bien y ha dado un poco de alegría?

—Por supuesto que sí.

—Y eso que han sido solo unos meses. ¿No le parece que consagrar la vida a la tarea de mejorar la raza podría ser maravilloso?

—Sí —dije—. Pero yo no soy capaz de dedicar a eso toda mi vida. Quiero disfrutar de mis propias capacidades, además de cultivar las ajenas, y es ahora cuando me ha llegado el tiempo de ese disfrute. Así que no me recuerde la escuela, porque se acabó, y tanto mi cuerpo como mi alma necesitan vacaciones.

Pareció ensombrecerse.

—¿Gozar ahora de qué? ¿A qué viene ese entusiasmo repentino? ¿A qué piensa dedicarse?

—A desplegar la mayor actividad que me sea posible. Lo primero que quiero pedirle es que me preste a Hannah, y se busque otra criada para usted.

—¿Y para qué necesita a Hannah?

—Para que venga conmigo a Moor House. Dentro de una semana llegan Diana y Mary, y quiero tenerlo todo dispuesto para recibirlas.

—Ya entiendo. Creí que planeaba algún viaje. Mejor así. Puede contar con Hannah.

—Dígale entonces que esté preparada para mañana. Aquí tiene la llave de la escuela. La de casa mañana se la daré a primera hora.

Cogió la llave.

—La veo a usted muy contenta de dejar esto —dijo—. No acabo de entender su júbilo, no se me alcanza qué tareas va a emprender para sustituir la que abandona. ¿Qué meta persigue ahora, en qué consisten sus ambiciosos propósitos?

—Mi primer propósito es llevar a cabo una limpieza general, no sé si conoce el alcance de esta expresión, limpiar Moor House de arriba abajo, desde las alcobas hasta el sótano. El segundo, emplear todas las bayetas que hagan falta para darle cera a los suelos para que reluzcan como nuevos. El tercero, colocar con precisión matemática sillas, mesas, camas

y alfombras. Luego haré todo lo que esté en mi mano para arruinarle a usted encargando turba y carbón porque me propongo que en cada habitación arda un fuego hermoso. Y por último, dos días antes de que lleguen sus hermanas, Hannah y yo nos dedicaremos de lleno a batir huevos, rallar especias, escoger frutos secos y picar fruta para hacer pasteles y tartas de Navidad, aparte de celebrar otros variados ritos culinarios, cada uno de los cuales podría describirse con palabras; pero a un profano en la materia como usted no le dirían nada. Mi objetivo, en resumen, es el de tenerlo todo completamente a punto para cuando lleguen Mary y Diana el jueves próximo; lo único que ambiciono es que la bienvenida a su casa les parezca ideal.

St. John sonrió levemente; pero seguía insatisfecho.

—Bueno —dijo—, todo eso está muy bien de momento. Pero espero que una vez pasado el primer embate de euforia, y se lo digo en serio, mire un poco más allá de esos trajines domésticos y ambicione algo más elevado que los goces del hogar.

—Los goces del hogar —interrumpí— son los más dulces del mundo.

—No, Jane, se equivoca. Este mundo no es un escenario para el disfrute, ni intente convertirlo en tal. Tampoco es un lugar de reposo, no se me vuelva indolente, Jane.

—Todo lo contrario, lo que intento es estar todo el día ocupada.

—Está bien, Jane, por ahora pase. Le concedo dos meses para que disfrute a sus anchas de la nueva situación y saboree los encantos de la convivencia con una familia hallada tardíamente. Pero luego espero que sus miras se eleven por encima de Moor House, de Morton y del entorno fraternal, con sus comodidades sensuales y su paz egoísta derivadas de una refinada civilización. Espero que vuelva a sentirse sacudida por las energías de su alma inquieta.

Le miré con asombro.

—St. John —le dije—, es una perversidad que me hable así. Me dispongo a ser feliz como una reina, y usted se empeña sin tregua en echarme abajo la alegría. ¿A santo de qué?

—A santo de que saque partido del talento con que Dios la dotó, y del cual vendrá a pedirle cuentas algún día, no lo dude. La vigilaré de cerca y

con todo celo, Jane, se lo aviso, para intentar contrarrestar el desmedido entusiasmo con que se entrega a los vulgares placeres domésticos. No se aferre con tanta contumacia a las ataduras de la carne. Reserve su tenacidad y su fervor para causas más dignas y no los despilfarre en metas triviales y efímeras. ¿Me está oyendo, Jane?

—Sí, como si me hablara en griego. Creo tener motivos suficientes para ser feliz, y me propongo serlo. ¡Hasta la vista!

Fui feliz en Moor House y tanto Hannah como yo pasamos unos días muy atareados. Ella estaba encantada al verme de tan buen humor, en medio de aquel jaleo de casa, con todo patas arriba, cocinando, barriendo, fregando y cepillando. Poco a poco, tras un par de días inmersa en la mayor confusión, empezamos a poner orden paulatinamente en el caos que nosotras mismas habíamos armado, y nos complacía irlo logrando. Yo antes de emprender la tarea había viajado a S. para comprar muebles nuevos, aprovechando que mis primos me habían autorizado a hacer todos los cambios que me diera la gana. Y de hecho, habíamos apartado una suma de dinero destinada a ello. Las salas y los dormitorios los dejé más o menos como estaban, porque me pareció que a Diana y Mary les gustaría más encontrarse con sus camas, mesas y sillas de siempre, que verlas sustituidas por espectaculares innovaciones. Pero hacía falta introducir algún detalle a la moda como ingrediente para conmemorar aquel regreso, así que compré unas cortinas oscuras, unas alfombras preciosas, así como nuevas tapicerías, y elegí cuidadosamente unas cuantas figuras de bronce y porcelana, espejos y un neceser para cada coqueta, lo cual daba a las estancias un aire rejuvenecedor, sin resultar chillón. Cambié enteramente los muebles de un gabinete y un dormitorio de invitados, sustituyéndolos por otros de caoba antigua y tapicería carmesí. Puse una estera en el pasillo, alfombré la escalera y, cuando quedó todo rematado, me pareció Moor House por dentro tal ejemplo de acogedor bienestar como por fuera de desolación invernal y de triste aislamiento.

Por fin llegó el jueves.

Esperábamos a Diana y Mary hacia el anochecer, así que antes de la puesta de sol ya estaban encendidas las chimeneas de arriba y las de abajo, la cocina reluciente, Hannah y yo bien arregladas y todo en orden.

Primero llegó St. John. Le había pedido yo que nos dejara en paz hasta que estuviera todo preparado, y así lo hizo. La sola idea del barullo, sórdido y trivial, que iba a conmocionar la casa fue suficiente para mantenerlo alejado. Me encontró en la cocina, vigilando el horno, donde se estaban haciendo unos pastelillos para el té.

—¿Está contenta, por fin, con su trabajo de criada? —me preguntó acercándose.

Y yo, por toda contestación, le invité a que inspeccionara conmigo todos los trabajos que había llevado a cabo. Tras insistir un poco, conseguí que me acompañara a dar una vuelta por la casa. Se limitó a echar una mirada dentro de las habitaciones, a medida que yo le iba abriendo las puertas. Luego, después de aquel recorrido subiendo y bajando escaleras, dijo que tenía que haberme afanado y fatigado mucho para hacer tantos cambios en tan poco tiempo, pero no pronunció una sola frase que dejara traslucir su complacencia ante la transformación del hogar.

Su silencio me desazonó. Tal vez —pensé— aquellas alteraciones habían atentado contra recuerdos preciosos para él. Le pregunté que si era eso lo que le pasaba, en un tono de evidente decepción.

Dijo que no, que de ninguna manera. Le parecía, por el contrario, que había sido escrupulosamente fiel a los recuerdos. Lo que le preocupaba, en realidad, era que hubiera consagrado a aquel asunto más tiempo y cavilaciones de lo que se merecía. Me preguntó que cuántos minutos me había llevado, por ejemplo, estudiar la distribución del cuarto donde estábamos. Y ya que venía a cuento, ¿podía decirle dónde estaba tal libro?

Le señalé enseguida el tomo que había mencionado, lo sacó de la estantería, se retiró a su rincón de siempre y se puso a leer.

Me desagradó mucho aquello, a decir verdad. Y empecé a pensar, lector, que St. John sería muy bueno, pero que había acertado al describirse a sí mismo como egoísta y frío. Era incapaz de apreciar los pequeños placeres de la vida; ni las relaciones humanas ni las comodidades tenían el menor atractivo para él. No concebía otra aspiración que la de perseguir lo perfecto y lo elevado y a esa persecución dedicaba literalmente su vida. Pero jamás se permitía el descanso ni estaba dispuesto a permitírselo a quienes le rodeaban. Al contemplar su frente

altiva, pálida e inmóvil como una piedra blanca, y los bellos rasgos de su rostro absorto en la lectura, comprendí de repente que nunca podría ser un buen marido y me imaginé lo difícil que le resultaría a cualquier mujer aguantar su compañía. Y una especie de inspiración me llevó a entender la naturaleza de su amor por la señorita Oliver; tenía razón él al decir que no pasaba de ser una pasión sensual. Y era comprensible que se despreciara a sí mismo al constatar la excitación febril a que ella lo sometía, y también que luchara por sofocar y destruir tal influjo, y que desconfiara de que pudiera conducirlos, a ella y a él, a una dicha duradera. Me di cuenta de que St. John estaba hecho del material con que la naturaleza esculpe a sus héroes, ya sean cristianos o paganos, a sus legisladores, estadistas y conquistadores, una peana sólida para edificar sobre ella los grandes intereses. Pero fría y agobiante columna, tan triste como anacrónica, colocada junto al fuego hogareño de una chimenea.

«Este cuarto de estar no es su mundo —reflexioné—; le irían mucho mejor la cordillera del Himalaya, las selvas de los cafres o incluso los pantanos insalubres de las costas de Guinea. En el seno de la vida doméstica no se encuentra en su elemento, y por eso lo evita. Sus facultades se empantanan aquí, no pueden desarrollarse ni experimentar mejora. Es en los escenarios de batalla y riesgo, aquellos donde se pone a prueba el valor y se requieren energía y fortaleza, donde necesita moverse y pronunciarse como caudillo. Aquí, en casa, cualquier niño feliz le dejaría sin atributos. Su elección como misionero ha sido acertadísima; acabo de verlo claro».

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —gritó Hannah, irrumpiendo en el salón, cuya puerta había abierto de golpe.

En aquel mismo momento, el viejo *Carlo* se puso a ladrar de alegría. Salí corriendo. Ya era de noche, pero se oía claramente un retumbar de ruedas. Hannah se apresuró a encender una linterna. El vehículo se paró ante la verja, el cochero abrió la portezuela y se apearon, una tras otra, las dos figuras familiares. Al minuto siguiente ya estaba yo acariciando, bajo sus respectivos sombreros, primero las suaves mejillas de Mary y luego los abundantes rizos de Diana. Se reían, nos besaban a mí y a Hannah, le hacían mimos a *Carlo*, que se agitaba loco de contento, y preguntaban

ansiosamente qué tal iba todo. Cuando les dijimos que muy bien, se apresuraron a entrar en la casa.

Venían entumecidas del traqueteo del coche, después de tantas horas de viaje desde Whitcross, y además heladas de frío, pero enseguida volvió el color y la animación a sus dulces rostros al calor del fuego luminoso. Mientras el cochero y Hannah acarreaban el equipaje, me preguntaron por St. John, que en ese mismo momento salía del cuarto de estar y avanzaba hacia ellas. Las dos le echaron los brazos al cuello al mismo tiempo. Él las besó por orden, serenamente, y les dio la bienvenida en voz queda. Se quedó un rato hablando con ellas y luego se volvió al cuarto de estar, como buscando refugio, aunque suponía —dijo— que enseguida nos reuniríamos todos allí.

Yo tenía velas encendidas para acompañarlas a sus respectivos dormitorios, pero antes Diana quiso ofrecer hospitalidad al cochero. Al fin me siguieron al piso de arriba. Se mostraron encantadas con los cambios y celebraron tan expansiva como generosamente mi elección de tapicerías, alfombras y jarrones coloreados de porcelana. Me hicieron sentir el placer de haber acertado exactamente con sus gustos, y eso añadió aún mayor encanto a la alegría que me causaba su regreso.

Fue una velada muy grata. La elocuencia que mis primas, presas de entusiasmo, desplegaron en sus comentarios contrarrestó la actitud taciturna de St. John. No cabía duda de que la llegada de sus hermanas le había alegrado, pero era incapaz de expresarlo con el fervor y arrebato de que ellas hacían gala. El acontecimiento en sí —la llegada de sus hermanas— le bastaba para sentirse bien, pero le apabullaban los comentarios accesorios, aquel alboroto que desataban las lenguas. Comprendí que estaba deseando que llegara el día siguiente para que la vida volviera a encarrilarse. Una hora después de haber tomado el té, un aldabonazo intempestivo en la puerta vino a interrumpir nuestra eclosión de júbilo. Enseguida entró Hannah.

—Ha venido un pobre chico, ya ve usted a qué horas quiere que el señor Rivers vaya a ver a su madre, dice que se está muriendo.

—¿Dónde vive, Hannah?

—Pues en Whitcross Brow nada menos, ya ve. Casi cinco millas. Y pantanos y musgo por todo el camino.

—Dígale que ahora mismo voy.

—Yo no se lo aconsejo, señor —dijo Hannah—, no hay peor camino que ese en cuanto cae la noche, es pura ciénaga, no tiene ni rodadas. Y luego con una noche tan inclemente como la que hace, que pocas veces he visto un viento que corte la cara así. No vaya, señor, que el chico lleve recado de que irá usted mañana.

Pero él ya estaba en el pasillo poniéndose la capa y se marchó sin poner la menor objeción. Eran las nueve y hasta medianoche no volvió. A pesar de llegar helado y cansadísimo, traía un aspecto más feliz que cuando nos dejó. Había cumplido con su deber, se había exigido algo a sí mismo, y se sentía satisfecho de haber ejercitado su capacidad de decir que sí cuando pudo decir que no.

Mucho me temo que toda la semana que siguió a la llegada de sus hermanas exasperó a St. John y puso a prueba su paciencia. Era la semana de la Navidad y ni ellas ni yo nos entregamos a otra cosa que a aquella especie de febril disipación que nos proporcionaba la actividad doméstica. El aire de los páramos, la libertad de estar en casa y el regodeo ante la incipiente prosperidad actuaron como un elixir vivificante sobre el ánimo de mis primas. Estaban alegres de la mañana a la noche, siempre locuaces y dispuestas a pegar la hebra. Para mí su conversación rápida, ingeniosa y siempre original tenía tal atractivo que la prefería sin comparación a cualquier otra cosa. St. John no nos reprochaba aquella animación, pero la rehuía. Paraba poco en casa. Su parroquia era extensa y abarcaba varios lugares dispersos, así que tenía tarea de sobra con sus visitas cotidianas a los feligreses enfermos o menesterosos que requerían su ayuda.

Una mañana, a la hora del desayuno, Diana, tras permanecer unos instantes pensativa, le preguntó si había cambiado de proyectos.

—No, mis proyectos ni han cambiado ni admiten variación —dijo.

Y luego notificó a sus hermanas que su partida de Inglaterra estaba definitivamente fijada para el año siguiente.

—¿Y Rosamond Oliver? —preguntó Mary.

Era como si las palabras se le hubieran escapado de los labios sin querer, y me di cuenta porque hizo un gesto con la mano como si quisiera borrarlas. St. John, que tenía la mala costumbre de leer durante las comidas, cerró el libro que estaba mirando y levantó los ojos.

—Rosamond Oliver —dijo— está a punto de casarse con el señor Granby, uno de los más ilustres y mejor relacionados habitantes de la ciudad de S. Es nieto y heredero directo de *sir* Frederic Granby. Me lo notificó ayer el señor Oliver.

Sus hermanas intercambiaron una mirada de la que también a mí me hicieron partícipe. Luego las tres le miramos a él. Estaba impasible, como si fuera de cristal.

—Pues será un asunto que haya ido a toda prisa —dijo Diana—. No creo que se conozcan desde hace mucho.

—Dos meses. Se conocieron en octubre, en un baile celebrado en S. Pero cuando un compromiso no encuentra impedimentos, como en este caso, y se trata de una unión apetecible desde todos los puntos de vista, no tiene sentido aplazar la boda. Se casarán en cuanto tengan arreglada la casa de la plaza S. que les regala *sir* Frederic.

La primera vez que me encontré a solas con St. John después de aquella noticia, sentí la tentación de preguntarle si le había afligido recibirla, pero lo veía tan poco necesitado de compasión que, en vez de atreverme a brindársela, lo que sentí fue vergüenza al recordar mi atrevimiento de otras veces. Además, había ido perdiendo la costumbre de dirigirme a él, porque la escarcha de su reserva había vuelto a hacer acto de presencia y mi franqueza se congelaba a su contacto. No había mantenido la promesa que me hizo de tratarme como a una hermana más. Las constantes diferencias que, por el contrario, hacía entre nosotras me descorazonaban, por nimias que fuesen, y no ayudaban en absoluto a fomentar los intentos de cordialidad. Total, que ahora que vivíamos bajo el mismo techo, conscientes de nuestro parentesco, yo lo notaba a mucha más distancia de mí que cuando me trataba como a una maestra de escuela. Al rememorar la confianza a que en ese tiempo me dio pie, se me hacía duro admitir la frialdad de ahora.

Por eso me sorprendió, y no poco, que de repente levantara la cabeza del escritorio e interrumpiera su trabajo para dirigirme la siguiente frase:

—Ya ve usted, Jane, la batalla se libró y he salido victorioso.

No contesté enseguida, sumida como estaba en el asombro causado por aquella súbita interpelación. Pero, tras unos instantes de duda, reaccioné y dije:

—Me pregunto, sin embargo, si no se hallará en la misma situación de algunos conquistadores que han tenido que pagar demasiado caro su triunfo. ¿Cree que estaría en condiciones de soportar otro semejante?

—Creo que sí —dijo—. Pero de todas maneras, da igual, porque nunca tendré que volver a pelear por una conquista de ese calibre. La resolución del conflicto es definitiva, tengo ahora el camino expedito, y le doy gracias a Dios.

Y una vez dichas estas palabras, volvió a sumirse silenciosamente en sus papeles.

A medida que el gusto mío y de mis primas por estar juntas se iba asentando, reemprendíamos el estudio y se regularizaban nuestras costumbres, también St. John empezó a quedarse más tiempo en casa. A veces pasábamos bastantes horas los cuatro juntos en la misma habitación. Mary solía dibujar, Diana estaba siguiendo —con gran admiración por mi parte— un curso de lecturas enciclopédicas, yo peleaba con el alemán y él se doctoraba por su cuenta en una erudición de tipo místico: el aprendizaje de una lengua oriental, cuyo dominio consideraba imprescindible para sus proyectos.

Se le veía embebido en aquella ocupación, sentado inmóvil y absorto en su rincón de siempre. Y sin embargo, de vez en cuando sus ojos azules solían abandonar aquella extravagante gramática para volar hacia nosotras y quedar fijos en el grupo de colegas que formábamos, con una mirada curiosa, penetrante e intensa, ahuyentada en cuanto la sorprendíamos, pero que no tardaba en volver a revolotear sobre nuestra mesa. Me intrigaba aquello. Y otra cosa que no dejaba de llamarme la atención era el contento que infaliblemente demostraba ante un hecho de escasa relevancia para mí. Me refiero a mis visitas una vez por semana a la escuela de Morton. Lo que más me extrañaba era que, si había amanecido mal día por culpa de

la nieve, la lluvia o la ventisca, y sus hermanas trataban de quitarme de la cabeza la idea de salir, él se burlase indefectiblemente de su solicitud y me animase a cumplir con mi tarea, desafiando los elementos.

—Jane no es el alfeñique que os empeñáis en hacer de ella —decía—: aguanta las ráfagas de viento, los chaparrones y los copos de nieve lo mismo que cualquiera de nosotros. Las constituciones firmes y elásticas soportan mejor las inclemencias variables del tiempo que muchas aparentemente más robustas.

Y cuando volvía a casa, por mucho que me hubieran zarandeado los elementos y por cansada que viniera, nunca me atreví a quejarme, consciente de que le hubiera molestado. Le gustaba la fortaleza desplegada ante cualquier situación, y lo contrario le provocaba una irritación especial.

Una tarde, no obstante, me dio permiso para quedarme en casa, porque estaba francamente acatarrada, y sus hermanas fueron a Morton en sustitución mía. Yo estaba sentada leyendo a Schiller y él descifrando unos enrevesados pergaminos orientales. Cuando levanté los ojos de la traducción para hacer un ejercicio, miré casualmente hacia allá y me percaté de que tenía fijos en mí sus ojos azules siempre al acecho. No sé cuánto tiempo llevaría vigilándome, pero era una mirada tan penetrante y fría que me entró una aprensión supersticiosa, como si estuviera sola en la habitación con un ser de otro mundo.

—Jane, ¿qué está haciendo?

—Estoy estudiando alemán.

—Deje usted el alemán, quiero que aprenda indostaní.

—No estará hablando en serio.

—Tan en serio que lo pienso lograr. Y le diré por qué.

Se puso a explicarme que el indostaní era el idioma que estaba aprendiendo él, pero que a medida que iba haciendo progresos tendía a olvidarse de los principios, y que le vendría muy bien tener una alumna para repasar con ella las nociones básicas, y de esa manera fijarlo a conciencia en su mente. Dijo que había estado dudando por algún tiempo entre proponérmelo a mí o a sus hermanas, pero que había acabado inclinándose por la primera opción, porque de las tres era yo quien más

constancia y aguante demostraba para dedicar tiempo a una misma tarea. Me pidió que le hiciera ese favor. Al fin y al cabo no duraría mucho el sacrificio, puesto que faltaban solamente tres meses para su partida.

St. John no era un hombre a quien pudiera negársele una cosa así como así. Daba la sensación de que en él se grababan a fuego y para siempre todas las impresiones que recibía, ya fueran de placer o de desagrado. Así que di mi consentimiento. Cuando volvieron Diana y Mary, y la primera se enteró de que su hermano le había birlado la alumna, se echó a reír. Tanto ella como Mary comentaron que a ninguna de ellas habría logrado persuadirlas St. John para tomar una decisión semejante.

—Ya lo sabía —contestó él en voz baja.

Resultó ser un maestro muy tolerante, pero también muy exigente. Esperaba mucho de mí, y cuando colmaba sus expectativas no dejaba nunca, aunque a su manera, de manifestar su plena aprobación. Paulatinamente fue adquiriendo sobre mí un influjo que alicortaba mi libertad de pensamiento. Sus alabanzas me coaccionaban más que su indiferencia. Cuando lo tenía cerca ya no era capaz de hablar o reírme espontáneamente, porque una traba instintiva e inoportuna venía a recordarme que a él la vivacidad le molestaba, o al menos cuando era yo quien la exhibía. Sabía de sobra que solamente daba el visto bueno a las tareas serias y al humor equilibrado, y que todo esfuerzo por agradarle sosteniendo o siguiendo una dirección contraria era inútil. Me sentía como bajo un hechizo represivo. Cuando me decía «vete», me iba; «ven», venía, o «haz tal cosa», la hacía. Pero era una servidumbre contraria a mi gusto y a mi voluntad. Muchas veces pensaba que ojalá hubiera seguido ignorándome.

Una noche, a la hora de acostarnos, cuando sus hermanas y yo nos acercamos para desearle un buen descanso, las besó a ellas dos, como solía, y a mí me dio la mano, como hacía siempre. Diana, que no se sentía penosamente cohibida por el control de la voluntad fraterna, ya que la suya era también de hierro, le dijo en tono bromista, porque aquel día estaba de muy buen humor:

—¡Vaya, St. John! ¿Y tú eras el que llamabas a Jane «mi tercera hermana»? Pues no veo que la trates como a una hermana. ¿Por qué no le

das un beso igual que a nosotras?

Me empujó hacia él, una actitud que encontré provocadora y que me hizo sentirme insegura y a disgusto por considerarlo así y por notar aquella incomodidad. St. John inclinó la cabeza, puso su rostro de rasgos griegos al nivel del mío y me besó, no sin antes haberme traspasado con sus ojos interrogantes. Si existieran besos de mármol o besos de hielo, diría que el saludo de mi sacerdotal primo había sido de esa clase. Pero como no los hay, llamaré a aquel un beso de tanteo, porque ese cariz de experimento tuvo. Después de besarme, se quedó mirándome, como para evaluar el resultado, aunque debió de sacar poco en limpio. Estoy segura de no haberme ruborizado, aunque tal vez palideciera un poco, porque sentía que aquel beso era como un precinto para sellar mis cadenas. A partir de entonces, nunca omitió aquella ceremonia. Y la gravedad y aquiescencia con que yo me sometía a ella parecía proporcionarle una especie de encanto.

En cuanto a mí, la verdad es que cada vez tenía más ganas de agradarle, pero me veía precisada, para conseguirlo, a renegar de la mitad de mi naturaleza, sofocar la mitad de mis facultades y desviar mis gustos de su cauce habitual para verme forzada a emprender actividades a las que no me sentía inclinada por naturaleza. St. John se había propuesto elevarme a unas alturas que rebasaban mi alcance, y continuamente me sentía atormentada por la aspiración de llegar a un nivel señalado por otro. Era un empeño tan absurdo como lo habría sido el intento de moldear mis facciones irregulares con arreglo a un canon de perfección clásica, o teñir mis ojos verdes de aquel azul marino brillante y solemne que tenían los suyos.

De todas maneras, no era solamente su influjo lo que esclavizaba mi alma en aquel tiempo. Últimamente lo que me resultaba más natural era poner cara triste. Un mal corrosivo había anidado en mi corazón e iba desecando mi alegría en sus mismos orígenes: el mal de la incertidumbre.

Puede que supongas, lector, que en el transcurso de tantas mudanzas de lugar y de suerte había desterrado de mi memoria al señor Rochester. Pues no, ni por un momento. Su recuerdo seguía acompañándome, ya que no se trataba de un vaho que el sol dispersa ni de una huella en la arena que las

tormentas borran. Era nombre grabado sobre una lápida y condenado a durar tanto como el mármol donde se inscribió. El ardiente anhelo por saber lo que habría sido de Edward Rochester no me abandonaba nunca en ninguna parte. Cuando vivía en Morton, todas las tardes me encerraba en casa para pensar en él, y ahora ocurría en Moor House: me refugiaba en mi dormitorio por las noches otro tanto ansiosa de sumirme en conjeturas sobre su suerte.

A lo largo de la correspondencia que me vi obligada a mantener con el señor Briggs acerca del testamento, le había preguntado por el paradero actual y el estado de salud del señor Rochester, pero mi abogado, como acertadamente había imaginado St. John, no sabía nada referente a tal persona. Luego escribí a la señora Fairfax pidiéndole noticias sobre el particular. Estaba segura de que aquel paso me llevaría a buen puerto, y contaba, por supuesto, con una respuesta inmediata. Por eso me sorprendió mucho que pasaran quince días sin recibir contestación, y a los dos meses, en vista de que el correo seguía viniendo sin traerme nada, una ansiedad aguda se apoderó de todo mi ser.

Volví a escribir, por si acaso la primera carta hubiera podido extraviarse, y aquella nueva tentativa renovó mis esperanzas. Luminosas durante las primeras semanas, acabaron no obstante por languidecer como la vez primera, al no merecer ni una línea de respuesta. De una decepción en otra, la vanidad de mi intento se hizo tan patente como para extinguir toda esperanza. Y me hundí en el pesimismo.

Habíamos tenido una primavera espléndida, que yo me sentía incapaz de saborear, y se estaba acercando el verano. Diana procuraba darme ánimos, decía que me veía mal aspecto y que por qué no nos íbamos algunos días al mar. A este proyecto se opuso St. John, alegando que lo que yo necesitaba eran ocupaciones, no diversiones, que mi vida actual no tenía mucho sentido y que lo que me hacía falta era buscar una meta. Y supongo que fue para suplir tales deficiencias por lo que intensificó sus lecciones de indostaní y se volvió más exigente en pedirme cuentas de la tarea. Y yo, como una tonta, cedí a sus instancias, no era capaz de oponerle resistencia.

Cierto día me puse a estudiar con la moral más baja que de costumbre, con una desgana que tenía sus orígenes en una aguda decepción. Por la mañana, Hannah me había dicho que tenía carta, y, cuando acudí a recogerla, convencida de que al fin me traería las noticias anheladas durante tanto tiempo, encontré simplemente una nota irrelevante sobre asuntos de dinero remitida por el señor Briggs. La amarga desilusión hizo asomar lágrimas a mis ojos, y luego, cuando estaba descifrando los signos enrevesados y las recargadas metáforas de un escriba indio, se me saltaron de nuevo.

St. John me requirió para llevar a cabo una lectura, y al intentarlo se me quebró la voz, ahogada en llanto. Estábamos solos en el cuarto de estar; Diana estaba tocando el piano en el salón y Mary trabajando en el jardín, porque era una mañana espléndida de mayo despejada, radiante de sol y oreada por una dulce brisa. Mi compañero no dejó traslucir sorpresa alguna ante mi emoción, ni me preguntó por sus causas. Se limitó a decir:

—Esperaremos un poco, Jane, hasta que se calme.

Y mientras yo procuraba atajar mi estallido de emoción lo antes posible, él se quedó apoyado en la mesa de trabajo con gesto tranquilo y sin mostrar impaciencia, como un médico que examina con ojo clínico una sintomática crisis sobrevenida en la enfermedad de un paciente. Tras ahogar mis sollozos, enjugar mis lágrimas y susurrar algo acerca de que no me encontraba bien aquella mañana, conseguí reanudar mi trabajo y acabarlo. St. John guardó sus libros y los míos en un cajón que dejó cerrado.

—Ahora, Jane —dijo luego—, tiene que dar un paseo. Conmigo.

—Llamaré a Diana y a Mary.

—No. Prefiero una sola compañía esta mañana, y he elegido la suya. Arréglese, salga por la puerta de la cocina y tome el camino que va a Marsh Glen. Yo la alcanzaré enseguida.

Yo soy incapaz del término medio. En mi trato con la gente de personalidad categórica y firme, de opinión opuesta a la mía, nunca he sabido mantener una postura a medio camino entre la total sumisión y la abierta rebeldía. Me he atenido, por lo general, a la primera opción hasta que las circunstancias me han hecho estallar y desembocar en la segunda,

a veces con tumultuosa violencia. Y comoquiera que la situación de aquel día no daba pie a amotinarse ni mi humor me inducía a ello, obedecí estrictamente las instrucciones de St. John, y a los diez minutos ya estábamos caminando uno junto al otro por el tosco camino que las ruedas de carro marcaran en el valle.

Soplaba un ligero viento del oeste que bajaba de las colinas trayendo dulces aromas de brezo y junco, el cielo era de un azul brillante y sin tacha, y el regato que se precipitaba barranco abajo abultado por las recientes lluvias, fluía ancho y transparente, despidiendo los reflejos dorados y destellos de zafiro que le enviaban el sol y el firmamento. Después de caminar un rato, salimos del camino rodado y echamos a andar sobre la suave turba cubierta de musgo color esmeralda, delicadamente esmaltada por pequeñas flores blancas y espolvoreada de capullos amarillos que brotaban como estrellas. Los vericuetos iban adentrándonos hasta el corazón mismo del valle y en un determinado momento nos encontramos rodeados de montañas por todas partes.

—Vamos a descansar un rato aquí —dijo St. John.

Habíamos llegado a las primeras estribaciones de un ejército de rocas, a modo de guardianes de cierto desfiladero, al otro lado del cual se despeñaba una cascada. Un poco más allá la montaña se mostraba desnuda de césped y flores, solo la maleza la vestía y tenía los riscos por único ornamento. Lo bravío había dado paso a lo torvo y la frescura tomaba tintes salvajes en aquel lugar que encerraba una remota esperanza de soledad, último refugio para el silencio.

Me senté, y St. John se quedó de pie a mi lado. Miraba el desfiladero a lo lejos y el valle a sus pies, tan pronto dejaba de vagar la vista sobre el regato como la alzaba al cielo sin nubes que en él se reflejaba. Se quitó el sombrero y dejó que la brisa le alborotase el pelo y le acariciara la frente. Parecía haber entrado en comunión con el espíritu del lugar, estarle diciendo adiós a algo con la mirada.

—Volveré a verlo de nuevo en mis sueños —dijo en voz alta—, cuando esté durmiendo junto al Ganges. Y también más tarde, cuando me llegue el momento de sumirme en un sueño más profundo, a orillas de otro río más oscuro.

¡Qué palabras tan raras y qué extraño amor por su país el que dejaban traslucir en boca de tan austero patriota! Tomó asiento y durante media hora ambos guardamos silencio. Al cabo, dijo él:

—Jane, me voy dentro de seis semanas. He reservado pasaje para un barco de la Compañía de las Indias Orientales que zarpa el veinte de junio.

—Que Dios le proteja —contesté—, ya que se ha consagrado a enaltecer su obra.

—Sí —dijo—, y en eso consiste mi gloria y mi alegría. He entrado al servicio de un amo que no defrauda. No me he alistado a las órdenes de un jefe humano, sujeto a leyes falibles, ni al erróneo control de viles gusanos tan desdichados como yo. Mi rey, mi abogado y mi capitán es Todopoderoso. Me asombra que cuantos me rodean no compartan mi ardiente afán por unirse a tal empresa y enrolarse bajo su bandera.

—No todos tenemos sus capacidades. Sería absurdo exigir a los débiles que marchasen codo con codo con los fuertes.

—No hablo de los débiles, no estaba pensando en ellos. Me refiero a los que están capacitados para esta tarea y son dignos de ella.

—Pocos habrá y no serán tan fáciles de hallar.

—Eso es verdad. Pero por eso mismo, cuando aparecen, hay que exhortarlos para que se esfuercen, inflamar su alma, mostrarles sus propios dones y explicarles para qué los han recibido, verter en su oído el mensaje divino, y ofrecerles, en nombre de Dios, un puesto entre las filas de los elegidos.

—Si están realmente dotados para esa tarea, ¿no cree que será su propio corazón quien se lo notifique?

Empecé a notar que nacía y me iba envolviendo un terrible hechizo, y me sobrecogí a la espera de la frase fatal que formulara el maleficio y me cautivara.

—¿Y qué es lo que le dice a usted su corazón? —preguntó.

—Mi corazón ha enmudecido —contesté temblando—, no dice nada.

—Entonces me toca hablar a mí por él —continuó aquella voz profunda e irreductible—. Jane, véngase conmigo a la India, sírvame de compañera y de colaboradora.

El valle y el cielo empezaron a dar vueltas, estallaron las colinas. Era como si hubiera escuchado un requerimiento del cielo, como si el visionario mensajero llegado de Macedonia[97] me hubiera dicho: «¡Ven en nuestra ayuda!». Pero yo no era un apóstol, no era capaz de mirar a la cara al heraldo ni hacerme cargo de su petición.

—¡Por favor, St. John! —exclamé—. ¡No me atormente!

Pero estaba apelando a una persona que, en lo referente a cuanto consideraba su deber, no conocía ni la compasión ni la misericordia.

—Dios y la Naturaleza —prosiguió— la han creado para esposa de un misionero. No la han adornado con prendas personales sino intelectuales. Está usted hecha para el trabajo, no para el amor. Así tiene que ser la esposa de un misionero, como tiene que ser la mía. Y lo será usted; no se lo reclamo por mi propio placer sino para mejor servir a mi Rey.

—No estoy capacitada para eso. No tengo vocación —dije.

Se ve que había contado con estas primeras objeciones, así que no se irritó. Me di cuenta, al verlo apoyarse contra la roca que tenía a sus espaldas, cruzar los brazos y endurecer su expresión, de que estaba preparado para enfrentarse a una oposición penosa y prolongada, y comprendí que se había armado de paciencia para emprender la lucha hacia una meta cuya consecución suponía, por supuesto, un triunfo personal.

—La humildad, Jane, es el sustento de todas las virtudes cristianas —dijo—. Tiene razón cuando dice que no está capacitada para este trabajo. ¿Pero quién lo está? O dicho con otras palabras, ¿quién se cree digno de recibir esa llamada, aun cuando tenga verdadera vocación? Yo mismo, por ejemplo, no soy más que un puñado de polvo y de ceniza, y me declaro, como hizo san Pablo, el mayor de los pecadores. Y sin embargo no puedo permitir que la conciencia de mi miseria personal me desaliente. Conozco a mi Señor, sé que además de poderoso es justiciero y que, cuando ha elegido un instrumento tan pobre para llevar a cabo tan ingente labor, es porque espera sacar del infinito almacén de su providencia recursos que suplan mi ineficacia y que desemboquen en un buen fin. Imíteme, Jane, piense como yo y tenga confianza. Le estoy pidiendo que se recueste

contra la Roca de los Tiempos, que sin duda le servirá de soporte para aguantar el peso de su debilidad humana.

—No concibo la vida de un misionero, nunca he estudiado en qué consisten sus tareas.

—Con respecto a eso, a pesar de mi insignificancia, puedo suministrarle todo el apoyo que necesite, le puedo dirigir el trabajo hora tras hora, sostenerla y ayudarla en todo momento. Me refiero al principio, porque conozco sus capacidades y sé que no tardará mucho en dejar de precisar guía y alcanzar mi nivel de eficacia.

—¿Pero dónde están mis capacidades para esa empresa? Yo no las encuentro. Mientras le estoy oyendo hablar, noto que sus palabras no me emocionan ni me evocan nada, que ninguna luz se enciende en mi interior, ninguna voz me anima ni el pulso se me acelera. Ojalá pudiera hacerle entender hasta qué punto se parece mi mente ahora mismo a una celda oscura y cómo late el miedo encadenado en sus profundidades, miedo a que su obstinación logre persuadirme para emprender algo que no puedo llevar a cabo.

—Escuche, tengo una respuesta para eso. Vengo examinándola desde el primer día en que nos conocimos, diez meses de estudio, la he sometido durante ese periodo a las pruebas más diversas. ¿Y qué es lo que he sacado en consecuencia? En la escuela me di cuenta de que era usted capaz de desempeñar disciplinada y rigurosamente un trabajo reñido con sus costumbres e inclinaciones. Vi que sabía llevar las riendas de él, controlarlo mientras iba ganando terreno. Luego en la serenidad con que recibió la noticia de que se había hecho rica de la noche a la mañana, vislumbré una mente no contaminada por el vicio de Demas[98] y comprendí que la garra del lucro no hacía presa en usted. A través de la rápida decisión con que repartió su fortuna entre cuatro, quedándose solo con una de las partes y renunciando al resto en nombre de una idea abstracta, reconocí un alma que se abrasa en la llama de la abnegación; y en la docilidad con que abandonó, a petición mía, un estudio que le interesaba por otro que me interesaba a mí, en la tenacidad con que ha perseverado en ello, en la infatigable energía que ha puesto en allanar sus dificultades, he reconocido el complemento que busco. Jane, es usted

obediente, eficaz, desinteresada, leal, valiente, dulce y con tendencia al heroísmo. Deje de desconfiar de sí misma, yo confío en usted incondicionalmente. Como directora de una escuela india y para ayudarme en los problemas que surjan con las mujeres de allí, su colaboración me será inapreciable.

Se estrechaba en torno a mí una especie de mortaja de hierro a medida que la persuasión se abría camino a paso lento pero seguro. Las últimas palabras de St. John, por mucho que quisiera cerrar los ojos, avanzaban hacia mí, despejando de obstáculos una ruta que antes me parecía infranqueable. Mi tarea en la India, que hasta entonces me había parecido imprecisa e inviable, se iba definiendo, a medida que él hablaba, como si sus manos le fueran dando forma. Estaba allí, esperando mi respuesta. Le pedí que me concediera un cuarto de hora para pensarlo, antes de aventurarme a decir nada.

—Con mucho gusto —dijo.

Se levantó y se alejó unos pasos en dirección al desfiladero. Allí se tumbó sobre un lecho de brezo y se quedó inmóvil.

«Puedo hacer lo que me pide —pensé—, soy capaz, y tengo que reconocerlo. Es decir, si la salud me lo permite. Pero no me parece que tenga tanta como para exponerla prolongadamente bajo el implacable sol de la India. ¿Y entonces qué? A él no le importará mucho. Cuando me llegue la hora de la muerte, me abandonará con toda serenidad y espíritu resignado en brazos del Creador, es como si lo estuviera viendo. Yéndome de Inglaterra, abandonaría un país que amo, pero vacío para mí ya que Rochester queda excluido. Pero aunque él estuviera, nada variaría para mí. Mi sino es vivir sin su compañía a partir de ahora; nada más absurdo ni más ineficaz que arrastrar día tras día la baldía esperanza de un cambio de suerte que me llevara a reunirme de nuevo con él. Por supuesto —y en eso tiene razón St. John— que necesito encontrar un sentido a mi vida para reemplazar el que perdí. Y la tarea que ahora se me ofrece ¿no es la más gloriosa que puede desempeñar un ser humano o asignarle Dios? ¿No es la más apropiada, por sus nobles miras y sublimes consecuencias, para llenar el vacío que dejan los afectos perdidos y las esperanzas rotas? Tengo que reconocer que sí, pero me estremezco. Al unirme a St. John, renuncio, ay, a

la mitad de mí misma, y al marchar a la India, me dirijo a una muerte prematura. ¿Y cómo llenar el intervalo entre Inglaterra y la India y luego entre la India y el sepulcro? Lo sé, lo tengo claro, de sobra. Si me esfuerzo en satisfacer a St. John con todo el dolor de mis entrañas, conseguiré satisfacerlo colmadamente hasta el centro mismo de sus expectativas. Si me voy con él, llevando a cabo el sacrificio que requiere de mí, lo haré de forma absoluta, entregando mi corazón y mis vísceras ante el altar, como víctima incondicional. Él no me amará nunca, pero mereceré su aprobación. Le mostraré energías que no sospecha, recursos inesperados. Sí. Puedo trabajar tanto como él. Y sin emitir una queja.

»Me es posible, por lo tanto, atender a su requerimiento menos en un punto, y bastante peliagudo por cierto. Me ha pedido que me case con él, pero siente hacia mí el mismo afecto marital que hacia aquel risco con ceño de gigante por el cual se despeña un arroyo hacia el desfiladero. Me considera un soldado, una herramienta que puede servirle, y nada más. Si no nos casamos, esto no tiene por qué herirme, pero ¿cómo voy a consentir que lleve adelante sus cálculos con toda frialdad, mediando una boda? ¿Cómo voy a aceptar que me ponga un anillo de novia y someterme a unas manifestaciones obligatorias de amor (que cumplirá, no me cabe duda, escrupulosamente), sabiendo que brilla por su ausencia el espíritu del amor, y que cada caricia sería un sacrificio ofrecido en nombre de sus principios? No, no, ese tormento me resultaría monstruoso. Jamás podría resistirlo. Como hermana, si quiere, le puedo acompañar. Como esposa nunca. Y se lo voy a decir».

Miré hacia el cerro donde se había tumbado y seguía cual columna derribada. Volvió la cara para mirarme y sus ojos brillaban intrigados y ansiosos. Se puso en pie y vino hacia mí.

—Estoy dispuesta a ir a la India, si voy libre de vínculos —dije.

—Su respuesta no está clara —dijo—. Explíquese mejor.

—Hasta ahora hemos sido hermanos adoptivos, ¿no? Pues quiero que sigamos igual. Sin casarnos. Es mejor así.

Movió negativamente la cabeza.

—La fraternidad adoptiva no nos sirve para este caso. Si fuera usted mi hermana de verdad, entonces bueno. La llevaría conmigo y no

necesitaría buscar esposa. Pero no siéndolo, hace falta una unión santificada y sellada por el matrimonio, cualquier otra opción obstaculizaría mi propósito. ¿Cómo no lo entiende, Jane? Tiene usted sentido común de sobra para verlo, piénselo un momento.

Lo pensé y mi sentido común, fuera grande o pequeño, solo ponía el acento sobre la evidencia de que no nos amábamos como deben amarse un hombre y una mujer. Y que, por consiguiente, la boda no era viable. Y así se lo dije.

—Le considero a usted como a un hermano, St. John, y usted a mí como a una hermana. Así seguiremos.

—No puede ser, no puede ser —repetía con férrea insistencia—, no estaría bien visto. Y además usted ha dicho que vendría conmigo a la India, recuérdelo, lo ha dicho.

—Sí, pero poniendo mis condiciones.

—De acuerdo, de acuerdo. Vamos a ver, a la cuestión primordial, la de salir de Inglaterra en mi compañía y colaborar en mis futuros planes, no ha puesto reparos. Pues con eso hay medio camino andado, y la juzgo demasiado coherente para echarse atrás. Ahora solo tiene que pensar en cuál puede ser la manera más adecuada para llevar a cabo la obra emprendida. Prescinda de las complicaciones que pueden depararle sus sentimientos, deseos, pensamientos y aspiraciones. Funda todas estas consideraciones en un solo propósito: el de rematar, con eficacia y fuerza de voluntad, la misión que el gran Dios le encomienda. Tiene usted aquí a su coadjutor. No le hace falta un hermano, vínculo que carece de fuerza, sino un marido. Tampoco yo quiero una hermana, que otro pudiera arrebatarme el día menos pensado, quiero una esposa, la única compañera sobre la que puedo mantener mi ascendente mientras viva y retener a mi lado hasta la muerte.

Me estremecía oyéndole hablar, hasta tal punto me llegaban su influjo y su dominio, los sentía en la médula, me agarrotaban las extremidades.

—Busque por otro lado, St. John, busque a una persona más idónea.

—¿Más idónea para mis planes, quiere decir, para mi vocación? Vuelvo a insistir en que no es un individuo particular quien formula la

petición, ni está dictada por las apetencias sensuales y egoístas de un hombre. Quien quiere casarse no es el hombre, es el misionero.

—Y yo le daré al misionero todas mis energías, todas las que me pida. Pero mi persona no, eso sería como añadir al grano la cáscara. Al misionero no le sirve de nada la cáscara, la desprecia. Yo, en cambio, la quiero conservar.

—No puede conservarla, no debe. ¿Le parece que Dios se conformaría con una ofrenda a medias, que iba a aceptar un sacrificio mutilado? Estoy abogando, Jane, por la causa de Dios, y trato de alistarla bajo su bandera. Me veo obligado a rechazar, en nombre de Dios, una lealtad dividida. Tiene que ser entera.

—Mi corazón es mío y se lo daré a Dios —dije—, usted no lo quiere para nada.

No puedo negar, lector, que tanto en el tono de aquella frase como en los sentimientos que la hicieron brotar hubo cierto sarcasmo. Hasta aquel momento, aunque sin decir nada, le tenía miedo a St. John porque no lo entendía. Me había tenido en ascuas, inmersa en un mar de dudas. No discernía hasta qué punto era un santo o un simple mortal, pero al cabo de aquella conversación su naturaleza empezó a revelarse ante mis ojos como objeto de análisis. Se me hicieron patentes sus flaquezas y las entendí. Allí sentada en un verde ribazo, con aquella hermosa figura masculina de pie ante mis ojos, me di cuenta de encontrarme a los pies de un hombre tan propenso como yo al error. Se descorrió el velo de su inflexibilidad y su autoritarismo y, al ponerse de manifiesto la existencia de estos atributos, supe que no era perfecto. Eso me envalentonó. Estaba ante alguien a quien podía dirigirme de igual a igual, con quien podía discutir y enfrentarme, si llegaba el caso.

Él se había quedado silencioso después de oír mi última frase, y pasado un rato me atreví a mirarle a la cara. Sus ojos, inclinados hacia mí, expresaban una mezcla de serenidad, asombro y profunda intriga. Era como si se estuviera preguntando: «¿Se ha puesto sarcástica? ¿Es posible que me haya hablado con sarcasmo? ¿Qué significa esto?».

—No debemos olvidar que estamos tratando de un asunto grave —dijo por fin—, del que sería pecado hablar a la ligera. Confío, Jane, en que

estará hablando usted sinceramente cuando dice que le va a entregar a Dios su corazón. Yo con eso me conformo, conque arranque su corazón de los hombres y se lo entregue al Creador. A partir de ahí, la expansión del reino espiritual sobre la tierra constituirá la prioridad más deliciosa de su tarea. Tiene que estar dispuesta a hacer todo lo que se encamine a ese fin. Y ya verá, el impulso que dará a esta tarea el que juntemos nuestras energías físicas y mentales por medio de la unión matrimonial, la única unión que imprime carácter de conformidad permanente a los destinos y designios de los seres humanos. Y pasando por encima de nimios caprichos, apuros triviales y quintaesencias del sentimiento (todos esos escrúpulos relacionados con el grado, modalidad, fuerza o ternura de apetencias meramente personales), se apresurará a aceptar enseguida nuestra unión.

—¿Ah, sí? ¿Eso cree? —dije brevemente.

Y seguí contemplando sus rasgos tan armoniosos como extrañamente temibles a causa de su inmutable severidad. Miré su frente, dominante pero no acogedora, sus ojos profundos, relucientes e inquisitivos, pero nunca clementes, su figura alta e impotente, y me imaginé casada con él. ¡Era absurdo, nunca podría ser su esposa! Su ayudante y su camarada sí. En calidad de tal, cruzaría con él el océano, trabajaría como misionera bajo los soles de Oriente y en los desiertos asiáticos, lo seguiría con admiración procurando emular su coraje, su devoción y energía, me sometería sin rechistar a su magisterio, sonreiría impasible ante su irremediable ambición y discriminaría al hombre del cristiano, perdonando al primero y estimando profundamente al segundo. Seguramente me tocaría sufrir muchas veces, echaría de menos vínculos afectivos de otra índole. Mi cuerpo estaría sometido a su opresivo yugo, pero mi alma y mi corazón no tendrían dueño. Me quedaba el recurso de refugiarme en mi propio ser incorrupto y comunicarme en los momentos de mayor soledad con mi libre sentir. Conservaría en mi alma escondrijos solamente míos a los que jamás podría acceder, y allí nacerían a buen recaudo sentimientos espontáneos que su austeridad no sofocaría ni su obsesión evangelizadora alcanzaría a pisotear. Pero sería insoportable convertirme en su esposa, siempre a su lado y refrenada bajo su control,

forzada a rebajar continuamente el fuego de mi naturaleza para que ardiese solo internamente sin manifestarse a gritos, a expensas de que la llama cautiva llegara a abrasarme las entrañas.

—¡St. John! —exclamé, al llegar a este punto de mis meditaciones.

—¿Qué hay? —preguntó, con helado acento.

—Digo y repito que accedo a viajar con usted como misionera y ayudante, pero como esposa nunca. Convertirme en una parte de usted, eso no puedo hacerlo.

—Pues tendrá que hacerlo —replicó con firmeza—. Sin convertirse en una parte de mi propio ser, lo demás huelga. ¿Cómo puede un hombre que aún no ha cumplido treinta años llevar con él a una chica de diecinueve sin haberla hecho antes su esposa? ¿Cómo podemos estar siempre juntos, y muchas veces solos, en medio de las tribus salvajes, manteniéndonos solteros?

—Sin ningún inconveniente —respondí cortante—. Tal como están las cosas, será tan fácil como si yo fuera hermana suya o un clérigo de su sexo.

—Todo el mundo sabe que no es mi hermana, y yo no puedo presentarla como tal. Intentarlo acarrearía críticas perniciosas para usted y para mí. Además no sería justo, pues aunque posee usted el cerebro vigoroso de un hombre, su corazón es de mujer.

—Pero no hay de qué preocuparse —afirmé con cierto desdén—, porque aunque tengo un corazón de mujer, usted no me lo despierta. Ante usted solo siento la constancia del camarada, la lealtad, sinceridad y fraternidad del recluta, y si quiere, la sumisión y el respeto del neófito ante su hierofante[99]; pero eso es todo, no se preocupe.

—Y precisamente eso es lo que le pido —dijo como hablando para sí mismo—, no quiero otra cosa. Tenemos que eliminar todos los obstáculos, porque hay obstáculos en el camino, Jane. Pero no se arrepentirá de casarse conmigo, se lo aseguro, y nos tenemos que casar, convénzase. Le repito que no hay otra salida. Y ya verá cómo después de la boda nacerá un poco de amor, suficiente sin duda incluso para satisfacer sus apetencias.

Me levanté y me quedé frente a él con la espalda apoyada en la roca.

—Desprecio su noción del amor —no pude por menos de decirle—. Desprecio el sentimiento adulterado que me ofrece. Y le desprecio a usted por ofrecérmelo.

Se me quedó mirando fijamente, mientras apretaba aquellos labios tan bien dibujados. Si estaba exasperado o sorprendido no era fácil de adivinar, a causa del control que ejercía sobre su semblante.

—No esperaba escuchar esas palabras de sus labios —dijo—; no creo que haya dicho o hecho nada merecedor de ese desprecio.

Me conmovía su tono dolido, pero la altivez y calma de su aspecto me intimidaban.

—Perdóneme, St. John, pero la culpa de mi alteración y de mis palabras incontinentes la tiene usted, por sacar a relucir un tema sobre el que mantenemos opiniones diametralmente opuestas; un tema que debe estar ausente de nuestras discusiones. La simple palabra «amor» es la manzana de la discordia interpuesta entre nosotros, así que ¿qué íbamos a hacer cuando se presentara no solo la palabra? ¿Cómo nos íbamos a sentir? Abandone, pues, sus planes matrimoniales, querido primo, olvídese de ellos.

—No —dijo—, es un plan acariciado a lo largo de mucho tiempo y el único que me garantizaría llegar al gran final. Pero de momento, no voy a insistir más. Mañana salgo para Cambridge. Tengo allí varios amigos de los que me quiero despedir. Estaré fuera quince días, y le doy ese plazo de tiempo para que reconsidere mi proposición. Pero no olvide que, si la rechaza, no es a mí a quien está rechazando, sino a Dios. Por mediación mía, Él le está brindando un camino de perfección, al que solo podrá acceder convirtiéndose en mi esposa. Si se niega a serlo, se verá reducida a caminar para siempre por una senda de cómodo egoísmo e infecunda vulgaridad. Tiemble, en este caso, porque bien podría llegar a engrosar el grupo de quienes renegaron de la fe, una categoría peor que la de infieles.

Miró una vez más el río y la colina, y me volvió la espalda. Ya había acabado.

A partir de ahora debió de considerar que yo no era digna de compartir sus sentimientos, y los confinó en su corazón. Mientras caminábamos juntos de vuelta a casa, supe leer claramente en su férreo silencio la

contrariedad que sentía. Se trataba del disgusto de una naturaleza austera y despótica como la suya, cuando encuentra resistencia donde contaba con hallar sumisión, mezclado con la condena de un criterio inflexible y frío al detectar en otro opiniones y sentimientos con los que no logra estar de acuerdo. En una palabra, como hombre hubiera deseado forzarme a la obediencia; solamente como cristiano convencido aguantaba paciente mi rebelión y me concedía un plazo para reflexionar y arrepentirme.

Aquella noche, después de dar el beso habitual a sus hermanas, decidió no despedirse de mí ni siquiera tendiéndome la mano. Cuando abandonó la habitación en silencio, noté la herida de su desvío y se me saltaron las lágrimas, porque aunque no le amaba, le tenía cariño.

—Veo, Jane, que durante el paseo con St. John has reñido con él —dijo Diana—. Anda, sal al pasillo, se ha quedado ahí. Yo creo que te está esperando para hacer las paces.

Mi amor propio brilla por su ausencia en casos así, siempre prefiero quedar a gusto que hacerme la ofendida, así que salí corriendo tras él y me lo encontré al pie de la escalera.

—Buenas noches, St. John —dije.

—Buenas noches, Jane —contestó, como si no hubiera pasado nada.

—¿Nos damos la mano, entonces? —pregunté.

¡Qué apretón de manos tan frío y tan flojo me ofreció como respuesta! Seguía profundamente contrariado por los acontecimientos de aquella tarde, y no había cordialidad ni lágrimas capaces de enternecerlo. Era inútil esperar ningún amago de reconciliación, ninguna sonrisa o palabra de aliento. Pero el cristiano que latía en su interior se mantenía paciente y equilibrado. Así que cuando le pregunté que si me perdonaba, replicó que no tenía por costumbre alimentar el recuerdo de las ofensas, y que no tenía nada que perdonarme puesto que no le había ofendido.

Y se retiró, tras decir aquellas palabras. Hubiera preferido que me tirara al suelo de un puñetazo.

Capítulo IX

No salió para Cambridge al día siguiente, como había dicho. Aplazó su partida una semana entera, a lo largo de la cual me demostró hasta qué punto puede un hombre bueno pero rígido e implacable castigar severamente a quien le ofende. Sin una manifestación de hostilidad ni una palabra de reproche, logró comunicarme certeramente lo mucho que yo había bajado en su opinión.

Y no es que latiera en él un espíritu de rencor, tan reñido con sus convicciones cristianas, ni que le juzgara capaz de tocarme un pelo de la ropa, aunque hubiera tenido la posibilidad de hacerlo. Tanto por inclinación como por principios, estaba por encima de la mezquina gratificación que depara la venganza. Me había perdonado que me mostrara despectiva ante el amor que me ofreció; lo que pasa es que no había olvidado las palabras con que se lo manifesté, ni podría olvidarlas mientras ambos viviéramos. Su mirada, cada vez que se dirigía a mí, me estaba indicando que aquellas palabras seguían escritas en el aire que nos separaba. Cada vez que yo le decía algo, mi voz se las estaba recordando y el eco que dejaban repercutía indefectiblemente en sus respuestas.

No interrumpió la costumbre de charlar conmigo; me llamaba, como siempre, para que acudiera a su escritorio. Pero me daba la impresión de que la parte miserable de su ser se regodeaba (con un placer no compartido por su mitad de buen cristiano) en erradicar de cada acto y cada frase con redomada habilidad el espíritu de interés y concordia que antes dotaba a sus modales y palabras de un sobrio encanto. Aunque, eso sí, se esforzaba por aparentar que nada había cambiado. Para mí había dejado de ser de

carne y hueso. Era de mármol. Sus ojos brillaban azules y fríos como gemas, y su lengua se había convertido en un instrumento para emitir palabras. Nada más.

Aquello me servía de continua y refinada tortura, a cuyo fuego lento se incubaban la ira, la pena y un estremecimiento de malestar, sentimientos que me hostigaban y me hundían al mismo tiempo. Me daba cuenta de que, si llegara a convertirme en su esposa, este individuo recto, puro como las aguas de un manantial hondo y sombrío, iba a ser capaz de acabar pronto con mi vida. Eso sí, me mataría sin extraer de mis venas una sola gota de sangre ni salpicar su conciencia cristalina con la más ligera mancha de culpa. Lo sentía así especialmente cuando intentaba mostrarme contemporizadora con él. Era como sonreír a la pared. A él no le dolía nuestro distanciamiento ni ansiaba la reconciliación. Algunas lágrimas mías que más de una vez cayeron sobre la página que examinábamos juntos no le impresionaron más que si su corazón hubiera sido realmente de piedra o bronce. En cambio, para acentuar el contraste, se mostraba más amable que nunca con sus hermanas. Era como si temiese que su simple frialdad no bastara para persuadirme de hasta qué punto me había condenado al destierro de los proscritos. Eran sus principios los que le empujaban a obrar así; no lo hacía por maldad, estoy segura.

La noche anterior a su partida, quiso la casualidad que lo viera paseando por el jardín al atardecer. Y recordando, al mirarlo, que aquel hombre, por distante que se mostrase ahora, en una ocasión me salvó la vida y además era mi primo, sentí el impulso de hacer una última tentativa por recuperar su amistad. Salí de casa, me acerqué a él —que se apoyaba en la pequeña verja de entrada— y entré en materia sin rodeos:

—St. John —le dije—, estoy muy disgustada porque veo que sigue enfadado conmigo. Quiero que seamos amigos.

—Yo creo que ya somos amigos —dijo impasible, mientras seguía espiando la salida de la luna, igual que antes de llegar yo.

—No, St. John, no somos amigos como lo éramos antes. Y usted lo sabe de sobra.

—¿Cómo que no? Está equivocada. Yo por mi parte no le deseo mal alguno, sino todo lo mejor.

—Lo sé, St. John, porque usted no es capaz de desearle mal a nadie. Pero como prima suya que soy, me gustaría recibir un poco de cariño de otra especie, algo más que esa genérica filantropía que dedica usted a los extraños.

—Es un deseo legítimo, por supuesto —dijo—. Pero nada más lejos de mi ánimo que considerarla como una extraña.

El tono mesurado y frío con que afirmaba aquello me desconcertó y me pareció humillante. De haber obrado según lo que me sugería el amor propio, le habría dejado plantado allí con la palabra en la boca. Pero me corroía por dentro algo más fuerte: la admiración por su talento y su criterio. Tenía en alta consideración la amistad de mi primo, la idea de perderla se me hacía insoportable. ¿Iba a darme por vencida tan pronto en mis afanes por reconquistarla?

—¿Pero nos vamos a despedir así, St. John? ¿Es que cuando se vaya a la India me va a dejar así, sin una palabra más dulce de las que me dice ahora?

Dio la espalda a la luna, y se volvió para mirarme.

—Cuando me vaya a la India, Jane, ¿cree que voy a dejarla aquí? ¿O qué pasa? ¿Qué ya no quiere venir a la India?

—Como dijo usted que si no nos casábamos no me podía llevar…

—¡Ah! ¿Y no se va a casar conmigo? ¿Se mantiene en lo mismo?

Yo no sé si conoces, lector, el terror que las personas frías pueden provocar cuando infiltran el hielo en sus preguntas. Su contrariedad recuerda el despeñarse de un alud de nieve, y su disgusto se parece a un mar helado.

—Sí, St. John, me mantengo en lo mismo. No me pienso casar con usted.

El alud de nieve se estremeció y se deslizó un poco hacia adelante, pero aún no se despeñaba.

—¿Por qué sigue tan firme en su rechazo?

—La otra vez le dije que porque usted no me ama —contesté—. Pero ahora añado que porque casi me odia. Si nos casáramos, usted me mataría. Ya me está matando.

Sus labios y su rostro se volvieron blancos como el papel.

—¿Que la mataría? ¿Que la estoy matando? Sus palabras son absolutamente impertinentes. Por violentas, falsas y poco femeninas delatan un estado mental calamitoso. Merecen la más severa censura y debiera considerarlas imperdonables. Pero un hombre tiene la obligación de perdonar a su prójimo hasta setenta veces siete.

¡Ahora sí que la había hecho buena! En mi intento de borrar la huella de una ofensa anterior, había grabado a fuego en la superficie tenaz de su alma una impresión mucho más profunda.

—Ahora sí que me va a odiar de verdad —dije—. Es inútil que intente hacer las paces. Ya veo que lo he convertido a usted para siempre en enemigo mortal.

Aquellas palabras le infligieron una nueva herida. Y esta vez más dolorosa, porque rozaba la verdad. Sus labios exangües acusaron un momentáneo espasmo de temblor. Me di cuenta de la acerada exasperación que había ocasionado y el corazón se me rompía de pena.

—Ha interpretado torcidamente mis palabras —dije, cogiéndole la mano en un impulso repentino—. Nunca he querido hacerle daño, nunca, se lo aseguro.

Retiró la mano, mientras una sonrisa amarga se dibujaba en su rostro.

—Supongo —dijo, tras una larga pausa— que ahora habrá dado por rota su promesa, y ya no pensará venir a la India.

—Como ayudante suya —contesté—, le he dicho que sí.

El silencio que siguió fue muy largo. No sé qué combate se estaría librando en su interior entre la Naturaleza y la Gracia en aquel lapso de tiempo. Solamente ráfagas de un resplandor singular centelleaban en sus ojos, mientras que por su rostro cruzaban extrañas sombras. Por fin habló:

—Le demostraré, Jane, lo absurdo que sería para una muchacha soltera viajar al extranjero sola con un hombre de mi edad, soltero también. Creí que lo había entendido, porque lo expuse en unos términos que excluían la posibilidad de volver a aludir a ese plan. Pero me temo que está insistiendo en ello, y lo siento por usted.

Le interrumpí, porque en aquel momento cualquier cosa que rozase el reproche me enardecía sin más.

—Lo que usted dice, St. John, sí que raya con el absurdo, apele al sentido común. Finge escandalizarse ante mis argumentos, pero no está realmente escandalizado. Porque, teniendo en cuenta su inteligencia superior, no puedo imaginar que sea tan torpe o tan pagado de sí mismo como para malinterpretar lo que le he dicho y le repito: que estoy dispuesta a ayudarle pero que no quiero ser su esposa.

Otra vez palideció, pero también de nuevo volvió a controlar sus emociones.

—Un vicario femenino que no fuera mi esposa —reanudó con una mezcla de énfasis y calma— no me serviría para nada. Como por lo visto, no puede venir conmigo a la India, si su ofrecimiento es sincero, le hablaré de usted a un misionero casado, cuya esposa necesita una ayudante. Será una suerte, porque no tendrá usted que depender de la ayuda de la Sociedad; y de esa manera, por lo menos, evitará el deshonor de romper su promesa y abandonar el batallón al que pretendió alistarse.

Yo nunca había hecho una promesa formal ni me había comprometido a nada, como bien sabe el lector, y aquel tono me pareció tan inadecuado como brusco y despótico.

—No existe en mi caso —repliqué— deshonra, deserción ni ruptura de promesa alguna. No tengo la menor obligación de ir a la India, y menos con extraños. En compañía de usted, me hubiera arriesgado a ir, por la admiración que le profeso, porque confío en usted y porque le quiero como a un hermano. Pero de todas maneras, estoy convencida de que, fuese con quien fuese, mi salud no resistiría por mucho tiempo aquel clima.

—¡Ah! ¡Está usted pensando en su salud, en sí misma, y eso la acobarda!

—Claro que me acobarda. Dios no me ha otorgado la vida para que la tire por la ventana. Y hacer lo que usted me pide empiezo a creer que equivaldría casi a un suicidio. Además hay otra cosa. Antes de decidirme a dejar para siempre Inglaterra tengo que estar segura de si no haría más falta aquí que en otro sitio.

—¿Qué quiere decir?

—Sería inútil intentar explicárselo. Pero hay un asunto sobre el que llevo mucho tiempo abrigando inquietantes dudas, y hasta que logre

disiparlas como sea, no puedo marcharme.

—Ya, ya sé hacia dónde se inclina su corazón y a qué se aferra. La ilusión que acaricia es ilegal y pecaminosa, y hace mucho que debiera haberla descastado de su alma. Y no sé cómo no le da vergüenza aludir a eso. ¿Sigue pensando en el señor Rochester?

Como era verdad, mi silencio confirmó sus sospechas.

—¿Y piensa ir a buscarlo?

—Lo que necesito es averiguar qué ha sido de él.

—Entonces —dijo—, no puedo hacer por usted otra cosa que tenerla presente en mis oraciones, y pedirle a Dios con todo fervor que la libre de irse a pique. Me pareció haber reconocido en usted a uno de sus elegidos, pero Él ve las cosas desde otro punto de vista que el de los hombres. Hágase, pues, su voluntad.

Dichas estas palabras, abrió la cancela y se alejó paseando por el valle. No tardé en perderlo de vista.

Al entrar de nuevo en el cuarto de estar, encontré a Diana junto a la ventana, de pie, con aire de preocupación. Puso la mano en mi hombro y se inclinó para escudriñar mi rostro, porque era mucho más alta que yo.

—Últimamente, Jane, te veo más pálida y estás siempre nerviosa —me dijo—. No me digas que no te pasa algo, algo que os traéis entre manos St. John y tú. Llevo media hora mirando por la ventana cómo hablabas con él. Perdóname por espiaros, pero hace tiempo que vengo imaginándome cosas raras. St. John es tan difícil de entender.

Hizo una pausa. Yo no dije nada.

—Este hermano mío no sé qué extrañas miras tiene con respecto a ti. Te trata de una manera y te dedica un interés que nunca he visto que le despierte nadie, te lo aseguro. ¿Pero cuál es su propósito? Ojalá se hubiera enamorado de ti, Jane. Dime, ¿es eso lo que pasa?

Puse su mano fría sobre mi frente ardorosa.

—No, Die —le dije—, no se ha enamorado de mí en absoluto.

—Entonces, ¿por qué te sigue continuamente con la mirada, se queda tantos ratos a solas contigo y te requiere a su lado sin cesar? Mary y yo hemos llegado a sacar en consecuencia que lo que quiere es casarse contigo.

—Sí, eso es lo que quiere. Me ha pedido en matrimonio.

Diana se puso a aplaudir.

—¡Eso es exactamente lo que pensábamos nosotras, y nos encanta la idea! ¿Verdad, Jane, que te casarás con él? Será la manera de que se quede en Inglaterra.

—Todo lo contrario, Diana, te equivocas. Lo único que persigue, al pedirme que nos casemos, es asegurarse una colaboradora para llevar a cabo su misión en la India.

—¿Cómo? ¿Pretende que te vayas con él a la India?

—Sí.

—¡Pero es un disparate! —exclamó ella—. No aguantarías ni tres meses allí sin caer enferma, estoy segura. No vayas. No le habrás dicho que sí, ¿verdad, Jane?

—Lo que le he dicho es que no me pienso casar con él.

—Pues eso le habrá sentado mal —insinuó.

—Le ha sentado fatal. Me temo que jamás va a perdonármelo. A pesar de todo, me he brindado a acompañarle, como si fuera una hermana suya.

—Estás loca de remate, Jane. Piensa en las duras e incesantes tareas que comporta ese compromiso, faenas a destajo capaces de acabar con la salud incluso de gente muy robusta, y tú eres débil. Ya conoces a St. John y sabes que te pediría imposibles, no te daría tregua ni en las horas de más calor, y he venido observando que, por desgracia, te desvives por cumplir todo lo que él te exige. Me asombra que hayas tenido el valor de negarte a su propuesta de matrimonio. ¿Es que no le quieres?

—Como marido desde luego no.

—¿No? Pues es un hombre muy guapo.

—Ya lo sé, y yo soy fea. Tú misma puedes comprender, Die, que no haríamos buena pareja.

—¿Fea? Tú no eres fea. Al contrario, vales demasiado y eres demasiado buena para asarte viva en Calcuta. Te lo digo en serio, olvídate de la idea de seguir a mi hermano allí.

—Creo que es lo que voy a hacer, en efecto —dije—, porque cuando hace un momento he reiterado mi propósito de acompañarle como simple diácono, se ha mostrado escandalizado por mi falta de pudor. Le parece

una incorrección que se me ocurra siquiera viajar con él sin que medie una boda. Pero yo le he mirado como a un hermano desde el primer momento y no puede esperar que de pronto le mire de otro modo.

—¿En qué te basas, Jane, para asegurar que no te ama?

—Si le hubieras oído hablar sobre el asunto, no me lo preguntarías. No para de repetir que no me pide en matrimonio por deseo propio sino en nombre de servir mejor a su ministerio. Dice que estoy hecha para el trabajo, no para el amor. Y tal vez tenga razón. Pero yo creo que, si no he nacido para amar, tampoco debo casarme. ¿No sería absurdo, Die, encadenarme para toda la vida a un hombre que no es capaz de considerarme más que como una herramienta eficaz?

—¡Sería algo insoportable, contrario a la naturaleza, inconcebible!

—Por si fuera poco —continué—, aunque de momento St. John solamente me despierte un afecto fraternal, quién te dice que, una vez casados, no pudiera llegar a enamorarme de él, incluso en contra de mi voluntad, porque tiene talento y a veces hay algo en su aspecto, su manera de ser y su voz que le hacen adquirir una grandeza heroica. Y si llegara el caso, sería para mí un tormento, una desgracia indescriptible. Él rechazaría mi amor, y si no pudiera por menos de mostrárselo, me haría ver la inconsistencia de un sentimiento que él no me había pedido ni a mí me cuadraba. Sé que sería capaz.

—Y es una pena —dijo Diana—, porque en el fondo es bueno.

—Bueno y de miras elevadas, sí, pero a fuerza de mirar tan alto se olvida despiadadamente de los sentimientos y los anhelos de la gente corriente. Por lo tanto, lo mejor que podemos hacer los seres insignificantes es apartarnos de su camino para que no nos atropelle al pasar. En fin, Diana, te dejo, porque allí llega —añadí al darme cuenta de que entraba del jardín.

Y subí a toda prisa las escaleras que llevaban al piso de arriba.

No tuve más remedio, sin embargo, que volver a verlo durante la cena. Como se mostró tan correcto y tranquilo como de costumbre, y yo había esperado que ni me dirigiera la palabra, me figuré que lo del matrimonio ya se le habría quitado de la cabeza. Pero me equivocaba en ambas conjeturas, como pronto se vio. Habló normalmente conmigo, es decir con

la cortesía escrupulosa con que se dirigía últimamente a mí. Seguramente habría invocado al Espíritu Santo para que le ayudase a dominar la ira que pude desatar en él. Y pensé una vez más que me había perdonado.

Como lectura vespertina de oración eligió el capítulo veintiuno del Apocalipsis. Oír las palabras bíblicas emitidas por sus labios siempre me había gustado, nunca se dulcificaba tanto su voz ni su figura se volvía tan impresionante, noble y sencilla como recitando los divinos oráculos; y aquella noche, rodeado de su familia, su tono me pareció más solemne y sus ademanes más emocionantes que nunca, con la luna de mayo colándose por la ventana sin cortinas, tan brillante que ni vela necesitábamos. Sentado allí, inclinado sobre su vieja Biblia, nos iba describiendo la visión del nuevo cielo y de la nueva tierra, diciendo cómo Dios vendría a habitar entre los hombres para enjugarles las lágrimas, prometiendo que se acabarían la muerte, las tribulaciones, el llanto y el dolor, porque todo lo anterior quedaba atrás.

Las palabras que siguieron me conmovieron de forma muy especial cuando se las oí pronunciar, sobre todo porque me pareció notar, a través de un quiebro leve e indescriptible en el tono, que me las estaba dedicando a mí.

—El que salga vencedor recogerá la herencia de todo esto: será mi hijo y yo seré su Dios. Sin embargo —prosiguió, leyendo claro y despacio—, los cobardes y los incrédulos tendrán lo que les corresponde en el lago ardiente de fuego y azufre donde está la segunda muerte.

A partir de esa frase, me di cuenta de que ese era el destino que St. John temía para mí.

Los últimos versículos gloriosos del capítulo fueron recitados en un tono donde se mezclaban el manso triunfo y una ansiosa vehemencia. El lector veía ya su nombre escrito en el libro del Cordero, marcando su destino, y ansiaba el momento de ser admitido en la ciudad hacia donde ponen proa la gloria y el honor de los reyes terrenales, una ciudad que no necesita de sol ni de la luna para ser iluminada, porque los resplandores divinos del Cordero la alumbran.

En la plegaria que cerró aquel capítulo se concentró toda su energía y afloró lo más profundo de su celo. Estaba luchando en serio en el bando de

Dios y resuelto a ganar. Pedía fortaleza para los débiles de corazón, guía para los descarriados del redil, conversión —aunque fuese a última hora— para aquellos a quienes las tentaciones del mundo y de la carne hubieran extraviado del recto camino. Imploraba, clamaba por el don de una ascua redimida del incendio. El ardor siempre resulta solemne, y el suyo al iniciar la plegaria me asombró. Un asombro que se fue acentuando, a medida que avanzaba, y llegó a convertirse en emoción. La inmensidad y excelsitud de su misión estaban expresadas con fervor tan sincero que los que le escuchábamos no podíamos hacer otra cosa que compartir su sentimiento.

Tras las oraciones, nos despedimos de él, ya que emprendía viaje al día siguiente muy temprano. Diana y Mary le dieron sendos besos y salieron del cuarto de estar, obedeciendo, según me pareció, una indicación susurrada por él. Al quedarnos solos, le tendí la mano y le deseé feliz viaje.

—Gracias, Jane. Volveré de Cambridge dentro de quince días, como ya he dicho, así que le queda ese plazo de tiempo para reflexionar. Si me dejara llevar por el amor propio, no volvería a proponerle que se case conmigo, pero tengo que dar oídos al deber y no perder de vista mi meta, que consiste en hacer todo lo que haga a mayor gloria de Dios. Mi Señor aguantó el sufrimiento, yo también lo aguantaré. No puedo dejarla, Jane, abandonada a la perdición como un buque a punto de naufragio. Arrepiéntase y decida, que aún está a tiempo. Recuerde que se nos manda trabajar mientras luce el día, y se nos avisa de que al llegar la noche ya no se puede. Recuerde el destino de Dives[100], que de tantos bienes y tantas riquezas disfrutó en vida. Y que el señor le dé fuerzas para elegir la parte mejor, que esa, Jane, no se la arrebatará nadie.

Al pronunciar las últimas palabras posó la mano sobre mi cabeza. Había hablado con una mezcla de convicción y mansedumbre. No parecía un enamorado que se mira en los ojos de su amada, sino un pastor que llama a una oveja descarriada, o mejor todavía un ángel de la guarda vigilando al alma encomendada a su cuidado. Todos los hombres de talento, sean sensibles o no, fanáticos, ambiciosos o tiranos, con tal de que lo sean con convicción, tienen algún momento sublime: aquel en que

subyugan y dominan. Me sentí fascinada por St. John, tanto que la fuerza de esa fascinación me arrastraba hacia el punto que más había intentado esquivar. Me asaltó la tentación de dejar de oponer resistencia a mi primo y abandonarme al torrente de su voluntad para desembocar en el golfo de su existencia, a costa de perder la mía. Me sentí tan sitiada por él como de otro modo lo fui por otro hombre tiempo atrás. En ambas ocasiones me comporté como una tonta. Haber cedido en la primera hubiera significado un error de principios, en la segunda, un error de criterio. Así lo considero ahora, volviendo la vista hacia aquella situación crítica, a través del tranquilo puente del tiempo. En aquel momento no creía estar a punto de cometer una locura.

Me quedé inmóvil bajo el contacto de mi hierofante. Olvidé mis rechazos, superé mis miedos, hice un alto en mi lucha. Lo imposible —o sea mi boda con St. John— empezaba a entrar rápidamente en la órbita de lo posible. Todo estaba cambiando radicalmente y en un santiamén. La religión me reclamaba, los ángeles me requerían, Dios me cursaba una orden. La vida se enrollaba como un pergamino, las puertas de la muerte se abrían para mostrarme la eternidad al otro lado. Me pareció que, a cambio de lograr la salvación y el éxtasis del más allá, todo valía la pena de ser sacrificado en unos segundos. El cuarto oscurecido se llenó de visiones.

—¿Podría darme la respuesta ahora? —preguntó el misionero.

Había hecho la pregunta en un tono dulce, y también dulcemente me atrajo hacia sí. ¡Oh, qué poderosa ventaja le sacaba la ternura a la fuerza! A la cólera de St. John era capar de oponerle resistencia; ante su amabilidad, en cambio, me plegaba como un junco. Y sin embargo, mi conciencia no dejaba de percibir que, si cedía ahora, algún día él acabaría por echarme en cara mi rebeldía anterior. Una naturaleza como la suya no iba a cambiar por una hora de plegarias solemnes; simplemente se había exaltado.

—Le daría una contestación, si estuviera convencida —contesté—; si no dudara de que nuestro matrimonio es una orden emanada de la voluntad divina, me prometería a usted ahora mismo, aquí; y luego Dios diría.

—¡Mis plegarias han sido escuchadas! —exclamó St. John.

La presión de su mano sobre mi cabeza se hizo más firme, como si me reclamara para sí, y me rodeó con sus brazos casi como si me amara. Digo «como si» ya que conocía la diferencia, por haber probado lo que era ser amada de verdad. Pero ya había descartado, como él, la noción de amor, y solamente pensaba en el deber. Luché contra el ofuscamiento de mi visión interior, antes de que las nubes lo ensombrecieran más. Ansiaba con sincera y ferviente intensidad hacer lo que estuviera mandado, y solo eso. «¡Muéstrame el camino, muéstramelo!», imploré al cielo. Nunca en mi vida me había sentido tan exaltada. Y dejo al arbitrio del lector dilucidar si lo que ocurrió a continuación fue o no consecuencia de tal exaltación.

La casa estaba sumida en total silencio, porque todos sus ocupantes, excepto St. John y yo, se habían retirado a dormir. La única vela encendida se estaba consumiendo y la luz de la luna alumbraba la habitación. Mi corazón latía tan aprisa que podía escuchar su golpeteo. De repente se detuvo, embargado por una emoción inefable que me estremeció de pies a cabeza. No era exactamente una descarga eléctrica, pero algo parecido: una sensación aguda, extraña y sobrecogedora que activó y alertó al máximo todas mis potencias, hasta ese momento aletargadas. Ahora se despertaban, se incorporaban bruscamente, a la expectativa. Mis ojos y mis oídos montaban guardia y notaba un temblor que recorría mi carne hasta la médula.

—¿Qué es lo que ha oído, Jane? —preguntó St. John—. ¿Qué está viendo?

Yo no había visto nada, pero había percibido claramente una voz que gritaba desde algún sitio:

—¡Jane! ¡Jane! ¡Jane!

Y eso era todo.

—¡Oh, Dios mío! —balbuceé—. ¿Qué pasa, qué es eso?

Debía haber preguntado «¿dónde?» en lugar de «¿qué?», porque la verdad es que aquella voz no sonaba en el cuarto, ni dentro de la casa, ni en el jardín. Tampoco venía por el aire, ni surgía de las profundidades de la tierra, ni bajaba del cielo. La había oído, pero de dónde procedía jamás llegaría a saberlo. Era la voz de un ser humano, una voz conocida y amada

que recordaba bien, la voz de Edward Rochester. Y me llamaba, rota, urgente, penetrada de un dolor salvaje y pavoroso.

—¡Voy! —grité—. ¡Espérame, que ya voy!

Corrí a la puerta y escudriñé el pasillo, pero estaba totalmente a oscuras. Corrí al jardín, pero estaba vacío.

—¿Dónde estás? —exclamé.

Desde las colinas del otro lado de Marsh Glen el eco me respondió tenuemente: «¿Dónde estás?», y escuché el ligero suspiro del viento entre los abetos. Aparte de eso, todo era silencio y soledad sobre los páramos en el seno de la medianoche.

—¡Aléjate de mí, superstición! —grité para conjurar su espectro negro alzándose entre los arbustos negros de la entrada—. Esto no ha sido un espejismo ni un hechizo de los tuyos, sino un fenómeno de la naturaleza. La naturaleza se ha despertado no para hacer un milagro sino para llevar a cabo su tarea lo mejor que sabe.

Le corté el paso a St. John, que me había seguido y trataba de detenerme. Ahora me tocaba a mí tomar las riendas, mis poderes estaban en juego con toda pujanza. Le dije que se abstuviera de cualquier pregunta o comentario y le pedí que me dejara en paz, que quería y necesitaba estar sola. Obedeció inmediatamente. Cuando se tiene energía suficiente para mandar, nunca se es desobedecido.

Subí a mi habitación, me hinqué de rodillas y me puse a rezar a mi manera, una manera que no tenía nada que ver con los estilos de St. John, pero igual de eficaz. Me pareció adivinar muy cerca el aliento de un Espíritu Poderoso, y mi alma desplegó su gratitud para ponerla a sus pies. Me levanté tras aquella acción de gracias, tomé una decisión y me tumbé en la cama. No tenía miedo, me sentía muy lúcida y estaba deseando que amaneciera el día siguiente.

Capítulo X

Amaneció el día siguiente. Yo me levanté con el alba y dediqué un par de horas a la tarea de poner en orden mis cosas, arreglar el armario y los cajones, para dejar el cuarto como es debido durante el breve lapso de mi ausencia. Mientras me afanaba en aquello, oí que St. John salía de su cuarto. Se paró delante de mi puerta y temí que se le ocurriera llamar. Pero no; se limitó a deslizar un papel por debajo de la puerta. Me agaché a recogerlo. Decía:

> Me dejó usted anoche de un modo demasiado brusco. Con un poco más que se hubiera quedado hubiera empuñado la cruz cristiana y habría sido coronada por los ángeles. Cuando regrese dentro de quince días espero que haya madurado definitivamente su decisión. Mientras tanto no deje de velar y rezar para resistir a la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Yo me pasaré las horas rezando por usted. Suyo,
>
> ST. JOHN

«Mi espíritu —respondí mentalmente— está pronto para no desviarse del bien; y mi carne espero que sea lo bastante fuerte para obedecer la voluntad del cielo, cuando se me haga evidente. De todas maneras, tendrá la fortaleza suficiente para indagar e inquirir a tientas una salida de esta maraña de indecisiones, y encontrar la luz radiante de la certidumbre».

Era el primero de junio, pero la mañana estaba nublada y fría, y la lluvia azotaba mi ventana. Oí que se abría la puerta de abajo y que St. John se marchaba. Desde la ventana le vi cruzar el jardín e internarse por los brumosos páramos en dirección a Whitcross, donde paraba el coche.

«Dentro de unas horas —pensé— seguiré sus pasos, primo. Yo también tengo que tomar un coche en Whitcross. Yo también tengo que buscar a una persona en Inglaterra y despedirme de ella antes de abandonar el país para siempre».

Faltaban todavía dos horas para el desayuno. Me las pasé dando vueltas en silencio por mi cuarto, pensando en el aviso del cielo que había dado un giro tan imprevisto a mis planes. Rememoré la sensación que me había sobresaltado por dentro, porque me acordaba perfectamente de ella, a pesar de ser tan rara y difícil de explicar. Evoqué la voz que había escuchado y volví a preguntarme en vano de dónde pudo llegar; me pareció que había sonado dentro de mí, que no vino del mundo exterior. Me preguntaba si no habría sido un espejismo, una impresión nerviosa, pero no acababa de creérmelo, lo sentí más bien como una inspiración. La asombrosa sacudida que sublevó mis sentidos llegó como aquel terremoto que hiciera tambalearse los cimientos de la cárcel donde estaban Pablo y Silas[101]; había abierto las puertas de mi alma y soltado sus ligaduras, despertándola de un sueño del que salió temblando, asustada y alerta; luego aquel grito resonó por tres veces en mis oídos asustados, atravesando mi corazón estremecido. Pero mi espíritu no se estremeció ni tuvo miedo, sino que vibró de alegría, exultante ante el privilegio de haber logrado triunfar sobre el agobiante cuerpo, independizándose de él.

«Dentro de unos días —me dije al cabo de mi reflexión— sabré algo de aquel cuya voz parecía llamarme anoche. Ha quedado patente que las cartas no sirvieron para nada; las sustituiré por una pesquisa personal».

Durante el desayuno les comuniqué a Mary y a Diana mi intención de emprender un viaje que me obligaría a estar fuera por lo menos cuatro días.

—¿Vas sola, Jane? —me preguntaron.

—Sola, sí. Necesito tener noticias de un amigo que me tiene preocupada hace mucho tiempo. O verlo, si puede ser.

Habrían podido replicar —y tal vez se les pasara por la cabeza— que, según mis reiterados informes, yo no tenía en el mundo más amigos que ellos tres. Pero su discreción natural les impidió hacer ningún comentario. Lo único que me preguntó Diana fue si estaba segura de encontrarme con salud suficiente para viajar, ella me veía muy pálida, dijo. Yo le contesté que estaba inquieta de tanto pensar, que eso es lo que me pasaba, pero que esperaba ponerle remedio pronto.

Me resultó muy fácil continuar con mis preparativos, porque ellas no me volvieron a molestar con más preguntas ni conjeturas. En cuanto les dije que no me era posible, de momento, ser más explícita sobre mis planes, hicieron gala de bondad e inteligencia al aceptar mi reserva, y me concedieron el mismo margen de confianza y libertad que yo les habría dado a ellas, si se hallaran en mi caso.

Salí de Moor House a las tres de la tarde y poco después de las cuatro ya estaba parada junto al poste indicador de Whitcross, esperando la aparición del coche que me habría de conducir a un Thornfield remoto. En medio del silencio de aquellos caminos solitarios rodeados de desiertas colinas, lo oí aproximarse desde muy lejos. Era el mismo vehículo del que me había bajado una tarde de verano, desesperada, sin saber dónde ir, en aquel mismo sitio, un año atrás. Le hice una seña, se paró y subí. Pero esta vez no me fue preciso quedarme sin dinero para pagar mi asiento. Volvía a poner rumbo a Thornfield, y me sentía como una paloma mensajera volando hacia su palomar.

El viaje duró treinta y seis horas. Había salido de Whitcross un martes por la tarde y el jueves a primera hora de la mañana el coche se detuvo para que abrevaran los caballos en una posada al borde de la carretera. Estaba situada en medio de un paisaje cuyos verdes setos, extensas praderas y bajas colinas de pastoreo me saltaron a los ojos como los rasgos de un rostro antaño familiar. ¡Qué suaves perfiles en comparación con los austeros páramos al norte de Morton! Sí, reconocía el rostro y el carácter de aquel panorama. Estaba llegando a mi destino.

—¿A qué distancia queda Thornfield de aquí? —le pregunté al posadero.

—A dos millas, señora, a campo través.

«Aquí concluye mi travesía», me dije. Una vez fuera del coche, le dejé mi maleta al posadero con el encargo de que me la guardase hasta que mandara por ella, pagué al cochero con buena propina y me puse en camino. El día iba madurando y a su luz creciente brillaba el rótulo dorado de la posada, que decía: «Rochester Arms». Se me aceleró el corazón, ya estaba pisando las tierras de mi señor. Pero enseguida me invadió el desánimo.

«Quién sabe si tu señor —me susurró el pensamiento— no estará al otro lado del Canal de la Mancha, y sabes bien que puede ser así. Además, caso de que esté en Thornfield Hall, ¿quién más vive allí? Su esposa, la loca, y tú no tienes nada que ver con él, ¿cómo vas a osar dirigirle la palabra, ni siquiera a presentarte ante sus ojos? Es un paseo en balde. Lo mejor que puedes hacer es desistir —continuaba mi consejero interior—. Pide información al personal de la posada; ellos tienen que saber todo lo que indagas y disiparán tus dudas inmediatamente. Dirígete al posadero y pregúntale que si el señor Rochester vive o no en la casa».

La sugerencia era sensata, y sin embargo no logré hacer el esfuerzo necesario para obedecerla, hasta tal punto temía una respuesta que aplastara mis expectativas. Prolongar la incertidumbre era prolongar la esperanza. Necesitaba ver una vez más la mansión bajo el haz luminoso de su estrella. Vi ante mí la valla y los mismos campos que recorriera desolada, ciega, sorda y enajenada la mañana en que escapé de Thornfield, acosada por una furia vengativa que me pisaba los talones. Antes de haber aclarado la resolución que iba a tomar, ya estaba en medio de ellos, caminando a toda prisa, casi corriendo. En algunos tramos, ¡cómo ansiaba volver a mirar aquellos bosques conocidos! ¡Qué emoción me embargaba al saludar uno por uno aquellos árboles y pasar fugazmente la vista por las praderas y colinas que se veían entre ellos!

Por fin surgía el bosque ante mí, con aquella bandada de grajos arracimados, cuyo graznido estridente rompía el silencio de la mañana. Apresuré el paso, imbuida de un extraño deleite. Atravesé otro campo, dejé atrás otro camino, y allí estaban los muros del patio y las dependencias de la parte trasera, pero la casa y los nidos de los grajos aún no se veían.

«Lo primero que quiero ver es la fachada principal —decidí—, con sus nobles almenas que saltan a la vista inmediatamente, desde algún punto donde pueda divisar la ventana del cuarto de mi señor. Puede que esté paseando por el huerto o sobre las losas de la entrada. Ojalá pudiera verlo aunque solo fuera durante unos instantes. Pero en tal caso, ¿estoy segura de poder conservar la serenidad y no salir corriendo a su encuentro? No lo sé, no respondo de ello. Y si lo hiciera, ¿qué sucedería, Dios mío? ¿Luego qué? Tampoco iba a hacer daño a nadie por probar una vez más la vida que me inyectaba una mirada suya. Pero estoy delirando. Quizá en este mismo momento esté mirando salir el sol sobre los Pirineos o contemplando el manso mar de alguna playa del Sur».

Había bordeado el muro bajo del huerto y doblado la esquina, hasta la portezuela que daba al prado entre dos columnas rematadas por bolas de piedra. Escondida detrás de una de las columnas, podría mirar furtivamente y tranquilamente la fachada principal de la casa. Asomé la cabeza con cuidado, deseosa de comprobar si estaba ya levantada la persiana de algún dormitorio.

Desde aquel escondite se abarcaba todo: almenas, ventanas y fachada.

Mientras me preparaba para aquella pesquisa es muy posible que me estuvieran contemplando los grajos que volaban sobre mi cabeza, y me pregunto lo que pensarían. Se debieron de dar cuenta de que mi cautela y timidez del principio fueron dando paso gradualmente a una actitud más audaz y temeraria. Me asomé, eché una larga mirada al conjunto, y de repente salí de mi escondite, me adentré en la pradera, y me quedé allí quieta ante la gran mansión, dedicándole una mirada intensa y demorada. «¿Por qué mostraba tanta cautela al principio —se debieron de preguntar los grajos—, y ahora parece que le da lo mismo?».

Te voy a poner un ejemplo, lector, para que lo entiendas.

Imagínate que un amante encuentra a su amada dormida en el césped y quiere contemplar de cerca su hermoso rostro sin despertarla. Avanza cauteloso sobre la hierba cuidando de no hacer ruido y, como le parece que ella se mueve, se retira porque no desea ser visto. Pero todo sigue inmóvil y avanza de nuevo. Entonces se inclina sobre su rostro, que conserva una luz velada. Lo incorpora y se inclina aún más. Ahora sus ojos gozan de

antemano de la belleza de tal visión, cálida, fresca, embellecida por el sueño. Su primera inspección ha sido demasiado rápida, pero al fijarse mejor se estremece. De repente toma entre sus brazos con vehemencia aquel cuerpo que hace un momento no se atrevía a rozar ni con un dedo. Dice su nombre a gritos, deja caer aquel peso y lo contempla enajenado. Llora, agarrándose a su amada, y la mira sin temer ya despertarla, porque ningún ruido ni movimiento que haga pueden despertarla. ¡Había imaginado que estaba dulcemente dormida, pero está yerta e inmóvil como una piedra!

Yo había buscado con cautelosa alegría una majestuosa casa, y lo que veía ante mis ojos era una ruina calcinada.

No necesitaba ocultarme tras una columna ni lanzar furtivas miradas a las persianas, con el temor de que alguien se moviese detrás de ellas. Tampoco hacía falta aguzar el oído por si alguna puerta se abría ni imaginar pasos en la explanada o en los caminos de gravilla. Porque el césped y todo el suelo de delante de la casa estaban pisoteados y arrasados, y el vestíbulo desierto. La fachada presentaba un aspecto parecido al que una vez vi en sueños[102], una pared alta y frágil a modo de cáscara, agujereada por ventanas sin cristales, sin tejado, sin chimeneas ni almenas, y detrás nada; una pura destrucción.

Todo estaba envuelto en mortal silencio y reinaba la desolación más absoluta. No me extrañaba que mis cartas no hubieran obtenido respuesta, era como haberlas mandado a un panteón. El torvo ennegrecimiento de las piedras desvelaba la causa de aquel derrumbamiento: un incendio. Pero ¿cómo se produjo? ¿Cuál era la historia que se ocultaba tras aquel desastre? ¿Qué pérdidas pudo causar además de las relativas al mármol, el cemento y la madera? ¿Habría muerto alguien, igual que sucumbió la casa? ¿Y en ese caso, quién? Tremenda pregunta, y no había nadie allí que pudiera contestarla, ni una señal por muda que fuera.

Tras deambular ante los muros destrozados y el interior en ruinas, llegué a la conclusión de que no se trataba de un desastre reciente. Me di cuenta de que aquel arco vacío había sido azotado por las nieves invernales y de que las frías lluvias habían zarandeado los huecos de las ventanas. Porque la primavera, entre el húmedo amontonamiento de

chatarra, había estimulado la vegetación silvestre, de tal manera que los brotes de hierba y musgo crecían acá y allá entre las piedras y vigas derrumbadas. Pero ¿dónde, ay de mí, estaría a todas estas el desventurado dueño de tanta ruina? ¿A qué tierras habría ido a parar y condicionado por qué designios? Mis ojos volaron sin querer hacia la torre gris de la iglesia, más allá de la verja, y me pregunté si no estaría compartiendo escondite con Damer de Rochester en su angosto habitáculo de mármol.

Tenía que existir alguna respuesta a todas aquellas preguntas y no podía encontrarla más que acudiendo a la posada. Así que desanduve lo andado y volví allí.

El posadero en persona me trajo el desayuno a la sala de abajo, y le pedí que hiciera el favor de cerrar la puerta y de sentarse conmigo porque tenía que hacerle algunas preguntas. Pero cuando accedió a ello, no sabía por dónde empezar, tal era el horror que me inspiraba imaginar sus posibles revelaciones. Y, sin embargo, el espectáculo catastrófico que acababa de contemplar me daba pie en gran medida para disponerme a escuchar una historia desgraciada. El posadero era un hombre de mediana edad y con aspecto de persona decente.

—Me figuro, naturalmente, que conoce usted Thornfield Hall —acerté por fin a decir.

—Sí, señora. En tiempos viví allí.

—¿De verdad?

«No en mis tiempos —pensaba mientras tanto—, porque yo no te conozco de nada».

—Sí, claro, fui mayordomo del difunto señor Rochester.

La palabra «difunto» me asestó el golpe contundente que estaba tratando de esquivar.

—¿Difunto? —jadeé—. ¿Se ha muerto?

—Me refiero —aclaró— al padre de Edward Rochester, el actual señor.

Noté que podía volver a respirar normalmente y que la sangre reanudaba su curso interrumpido. Enterada por aquellas venturosas palabras de que Edward, el actual señor, mi señor, seguía con vida, estaba preparada para oír el resto, por tremendo que fuera, con relativa tranquilidad. Que Dios lo bendijera donde quisiera que se hallase.

Sabiendo que no estaba sepultado bajo tierra, creí que podría soportar cualquier noticia acerca de su paradero, aunque estuviera en las Antípodas. Y sin embargo necesitaba dar largas a la pregunta directa sobre tal paradero.

—¿El señor Rochester reside ahora en Thornfield? —pregunté, pues, aun a sabiendas de cuál sería la respuesta.

—¿En Thornfield? ¡No, señora! Allí no vive nadie. Se nota que debe de venir usted de lejos porque, de lo contrario, estaría al tanto del desastre ocurrido allí el otoño pasado. Thornfield Hall es una pura ruina. Se quemó la casa por completo en la época de la cosecha. ¡Con todas las cosas de valor que había allí, qué pena, Dios mío! Apenas si pudieron salvarse unos cuantos muebles. Estalló el incendio ya bien entrada la noche, y antes de que les diera tiempo de llegar a los bomberos de Millcote, ya estaba toda la mansión ardiendo como una tea. ¡Fue un espectáculo terrorífico! Lo vi con mis propios ojos.

«¡Ya bien entrada la noche! —musité—. Sí, claro, justamente la hora que siempre resultaba fatídica para Thornfield».

—¿Y se sabe —pregunté— cuál fue el origen del incendio?

—Se sospecha, señora, aunque las suposiciones alcanzaron luego una comprobación que no deja lugar a dudas. —Acercó un poco más su asiento a la mesa y continuó en voz más baja—: No sé si usted sabe que había una señora encerrada en la casa, una señora que tenía perdido el juicio.

—Sí, he oído contar algo de eso.

—Pues bien, la tenían encerrada allí, en el ático. Durante mucho tiempo, la gente no sabía con certeza si existía realmente o no. Nadie la había visto nunca, pero corrían rumores de que vivía allí semejante persona. Decían que el señor Edward la trajo cuando vino del extranjero, y algunos supusieron que había sido su amante. Pero en fin, hace un año tuvo lugar un suceso muy raro, rarísimo.

Temí que estuviera a punto de desviarse para contarme mi propia historia, así que traté de enderezar el relato hacia el tramo principal.

—¿Y qué pasó con esa señora?

—Pues esa señora resultó que era la esposa de Edward Rochester. Y se descubrió de una manera francamente curiosa. Había en Thornfield Hall

una joven institutriz de la cual el señor Rochester…

—¿Pero y el incendio?

—Ahora llegaremos a eso, señora. Le iba a decir que el señor Rochester se enamoró de aquella joven institutriz. Los criados dicen que nunca han visto a un hombre tan enamorado, loco por ella; la perseguía constantemente. Ellos lo acechaban, ya sabe usted, señora, cómo son los criados, y había reservado para ella lo mejor de su pasado, a pesar de que nadie más que él le encontrara particulares encantos. Dicen que era insignificante, que parecía una niña, yo nunca la llegué a ver. Leah la quería mucho. El señor Rochester andaba por los cuarenta años y la institutriz no tenía ni veinte. Ya sabe usted que, cuando los hombres de esa edad se encaprichan de una jovencita, es como si les dieran un bebedizo. Total, que se le metió en la cabeza casarse con ella.

—Puede contarme esa parte de la historia otro día, si no le importa —le interrumpí—, porque lo que ahora me interesa conocer, por razones muy particulares, es todo lo relativo al incendio. ¿Se sospechó tal vez que la demente señora Rochester pudiera haberlo provocado?

—Ha dado usted en la diana, señora. Existe la certeza casi absoluta de que ella y solamente ella fue quien lo provocó. Habían contratado para cuidarla a la señora Poole, una mujer muy capacitada para este servicio y de toda confianza. Su único defecto, bastante frecuente entre las matronas y las enfermeras, es que siempre tenía a mano una botella de ginebra; y de vez en cuando bebía más de la cuenta. Se puede encontrar disculpa pensando en la dureza de su cometido, pero indudablemente entrañaba peligro. Porque cuando la señora Poole caía amodorrada, a causa de los tragos de ginebra, la enloquecida señora, que era astuta como una bruja, le robaba las llaves del bolsillo, se escapaba de su encierro y se ponía a deambular por la casa, llevando a cabo todos los despropósitos que se le ocurrían. Dicen que una vez estuvo a punto de abrasar vivo a su marido mientras dormía, pero yo eso no lo sé. Lo que sé es que esa noche del otoño pasado parece que primero prendió fuego a los cortinajes del cuarto que lindaba con el suyo y luego se deslizó al piso de abajo y entró en el dormitorio que había ocupado la institutriz, como si supiera algo de lo que había pasado, una especie de venganza, y también prendió fuego a la cama.

Menos mal que ya no dormía nadie allí. La institutriz había desaparecido dos meses antes y, por mucho que el señor Rochester la había buscado, como si se tratara del más preciado tesoro del mundo, no logró volver a saber ni palabra de ella. Se puso como loco, del disgusto, nunca se había caracterizado por su mansedumbre, pero desde que ella se fue, su furia se volvió peligrosa. Además quiso quedarse solo. A la señora Fairfax, el ama de llaves, la mandó a vivir lejos, con unos parientes que ella tenía, aunque tuvo la consideración de asignarle una pensión vitalicia. Era una mujer muy buena. En cuanto a la señorita Adèle, una pupila del señor Rochester, fue internada en un colegio. Rompió relaciones con todos los amigos de su clase social, no volvió a hablar con nadie y se encerró en Thornfield Hall como un ermitaño.

—¿Cómo? ¿No abandonó Inglaterra?

—¿Abandonar Inglaterra? ¡No, por Dios! No volvió a traspasar los umbrales de su casa. Solamente de noche, algunas veces, salía a pasear por el huerto o por la explanada, como un fantasma, como si hubiera perdido la cabeza. Que yo creo que realmente la había perdido, porque no puede usted imaginarse, señora, lo que era Edward Rochester antes de que se cruzara en su camino la sabandija de la institutriz, un caballero más ingenioso, intrépido y despierto pocas veces se ha visto. No era jugador ni borracho ni aficionado a las carreras de caballos, como tantos de su clase. No era muy guapo, pero valor, amor propio y fuerza de voluntad le sobraban. Yo le conozco desde que era niño, fíjese, y muchas veces he pensado que ojalá la tal señorita Eyre se hubiera ahogado en el mar antes de aparecer en Thornfield.

—¿Y el señor Rochester estaba en casa cuando se declaró el incendio?

—Claro que estaba. Y subió al ático cuando todo por arriba y por abajo era una pura llama. Y sacó a los criados de la cama y los puso a salvo él mismo. Y luego entró en la celda de su enloquecida esposa, con el propósito de sacarla también a ella de allí. Pero le gritaron que ella se había encaramado al tejado. Y estaba efectivamente allí, agitando los brazos sobre las almenas y chillando en un tono tan agudo que se la oía desde varias millas a la redonda. Yo la oí y la vi con mis propios ojos. Era muy corpulenta, con el pelo negro, larguísimo, ondulando contra el

resplandor de las llamas. Yo fui testigo, y más gente. La vimos, y vimos salir por la claraboya al señor Rochester, gritando «¡Bertha!» y acercarse a ella por el tejado. Pero ella de repente pegó un salto desde el alero y se precipitó al vacío sin dejar de chillar. Un minuto más tarde estaba aplastada contra el suelo.

—¿Muerta?

—Y tan muerta. Como las piedras salpicadas de su sangre y su masa encefálica.

—¡Dios mío, qué horror!

—Y que lo diga, señora. Fue algo espantoso —concluyó estremecido.

—¿Y luego? —le apremié.

—Luego nada, señora. La casa ardió hasta sus cimientos. Ya no quedan más que unos fragmentos de pared.

—Quiero decir que si se perdieron más vidas.

—No. Aunque tal vez hubiera sido preferible.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Pobre señor Edward! —exclamó—. Nunca pensé que pudiera quedarse como se ha quedado. Algunos dicen que fue un castigo de Dios por haber mantenido en secreto su primer matrimonio y querer casarse con otra, teniendo ya mujer, como tenía. Pero a mí me da mucha pena de él.

—Pero ha dicho usted que vive —exclamé.

—Sí, sí, vive. Aunque muchos opinan que lo mejor que le pudo pasar era haberse muerto.

—¿Pero por qué? —pregunté, notando que se me volvía a helar la sangre—. ¿Cómo está? ¿Y dónde? ¿Sigue en Inglaterra?

—Aquí sigue, sí, clavado para siempre en Inglaterra, de donde temo, ay, que ya no pueda moverse nunca. —Aquello era una agonía, y el posadero parecía decidido a prolongarla—. Está ciego como ventana tapiada —dijo al fin—, totalmente ciego, sí, el pobre señor Rochester.

Había temido algo todavía peor. Por ejemplo, que se hubiera vuelto loco. Saqué fuerzas de flaqueza para indagar la causa de aquella desgracia.

—La causa la tuvo su valentía, señora, y también en cierto modo su bondad, no creo que nadie pueda discutir eso. Se negó a abandonar la casa hasta asegurarse de que todos estaban a salvo. Al bajar, finalmente, por la

gran escalera, después de que la loca se hubiera arrojado al vacío desde el tejado, se produjo un inmenso chasquido y se vino abajo todo. Al señor Rochester lo sacaron de entre los escombros, vivo aún, pero muy mal herido. Había caído sobre él una viga que le sirvió, en parte, de dique protector, pero había perdido un ojo y tenía la mano derecha tan destrozada que el señor Carter, el médico, no tuvo más remedio que amputársela cuanto antes. El otro ojo se le infectó también y acabó perdiendo la visión. Ahora está ciego y mutilado, se ha convertido en un ser indefenso.

—¿Pero dónde está ahora? ¿Dónde vive?

—En Ferndean, un caserío con granja de su propiedad. Es un lugar bastante desolado, queda a unas treinta millas de aquí.

—¿Y quién vive con él?

—El viejo John, un criado, y su mujer. No ha querido junto a él a nadie más. Dicen que está muy deprimido.

—¿Tiene usted algún tipo de vehículo para llegar allí?

—Tenemos una silla de posta, señora. Es bastante buena, muy buena.

—Pues que me la preparen inmediatamente. Y si su cochero me puede llevar hoy hasta Ferndean antes de que el sol se ponga, les pagaré el doble de lo que cobren habitualmente por este viaje.

Capítulo XI

El caserío de Ferndean, medio enterrado en el seno de un bosque, era un edificio de regular tamaño, sin pretensiones arquitectónicas y cuya antigüedad saltaba a la vista. Ya lo había oído mencionar en alguna ocasión, porque el señor Rochester hablaba de aquel sitio con frecuencia y a veces solía visitarlo. Su padre había comprado la finca para organizar partidas de caza, y luego quiso alquilarla, pero nunca encontró inquilino ya que su emplazamiento insalubre no invitaba a vivir allí. Así que Ferndean se había quedado vacío y casi no tenía muebles, a excepción de una o dos habitaciones preparadas para albergar al propietario, cuando venía en la temporada de caza.

Llegué al anochecer, en una tarde caracterizada por la tristeza del cielo, la frialdad del viento y una llovizna penetrante y pertinaz. Después de despedir al cochero y pagarle el doble, como le había prometido, recorrí a pie el último tramo, una milla. Incluso cuando ya quedaba muy poco para llegar a la casa, seguía sin atisbarse, tan espeso era el oscuro bosque que la rodeaba y escondía. Una verja doble de hierro, entre pilares de granito, me señaló la entrada, y una vez traspasado aquel umbral me vi sumida de repente en la penumbra de una tupida arboleda. Un sendero hollado en la maleza descendía por el bosque a manera de pasillo flanqueado por nudosos troncos y sombreado por las ramas que formaban una bóveda. Seguí aquel camino, con la esperanza de que condujera inmediatamente al edificio, pero se alargaba dando vueltas sin fin, y no se veían atisbos de fachada ni jardín alguno.

Creí que me habría equivocado de camino y me sentí perdida. Las sombras propias del crepúsculo unidas a la silvestre oscuridad me iban envolviendo y, por mucho que la busqué, no encontré otra senda. Todo eran raíces entrelazadas, troncos como columnas y aquel denso follaje veraniego que no abría brecha hacia ninguna parte.

Seguí andando, y por fin el camino se ensanchó, los árboles se despejaron un poco y pude atisbar primero una barandilla y luego la fachada, apenas perceptible entre los árboles a causa del moho que verdeaba sobre sus deteriorados muros. Atravesé una puerta que solo estaba cerrada con pestillo y me encontré en medio de un patio rodeado por un semicírculo de árboles. No había arriates ni flores, simplemente un amplio paseo de grava ciñendo una pradera con el frondoso bosque al fondo. El tejado de la casa tenía dos vertientes rematadas por aleros puntiagudos en la parte frontal, y las ventanas enrejadas eran estrechas, lo mismo que la puerta de entrada, a la que se accedía subiendo un escalón. El conjunto, como ya me advirtió el posadero de Rochester Arms, presentaba un aspecto bastante desolado. Estaba todo tan silencioso como una iglesia en día de diario, no se escuchaba más ruido en torno que el repiqueteo de la lluvia al caer sobre las hojas de los árboles.

«¿Cómo puede haber algo de vida aquí?», me estaba preguntando, cuando oí moverse algo. Pues, sí, cierto tipo de vida parecía haber. La estrecha puerta principal estaba entreabierta y dentro de ella se vislumbró un bulto humano que parecía disponerse a salir.

Se abrió del todo despacito y dio paso a una figura que se dibujó a la luz del crepúsculo. Se detuvo en el escalón. Era un hombre con la cabeza descubierta y extendió la mano, como para cerciorarse de si seguía lloviendo. A pesar de la oscuridad reinante, lo reconocí. No era otro que Edward Fairfax Rochester: tenía ante los ojos a mi señor.

Me detuve paralizada, casi sin aliento, y le escudriñé a conciencia desde donde no podía ser vista, aunque para él —¡qué pena!— siempre sería invisible. Era un encuentro inesperado, pero el entusiasmo de la sorpresa quedaba contrarrestado por el dolor. No me fue difícil contener un grito de júbilo ni frenar mi impulso de avanzar a su encuentro.

Su silueta seguía siendo tan contundente y fornida como siempre, conservaba el pelo negro como el azabache y aún caminaba erguido. Tampoco se apreciaba deterioro ni mudanza en los rasgos de su semblante. Ninguno de sus infortunios a lo largo de un año habían conseguido mitigar su vigor atlético ni marchitar su plenitud. Pero observé un cambio en su expresión. Aquella triste y desoladora mirada que se pintaba en su rostro me recordó la de ciertos animales salvajes o aves de presa, encadenados y acosados, cuyo peligro para quienes se acercan tiene origen en su siniestro destino. Un águila enjaulada cuyos ojos dorados hubieran sido cruelmente privados de luz podría parecerse a aquel Sansón invidente.

Pero me conoces poco, lector, si crees que tuve miedo de su ciega ferocidad. Vino a mezclarse con mi pena un dulce amago de esperanza: la de atreverme a besar aquella frente de roca y aquellos labios herméticamente cerrados. Sin embargo, no era el momento; por ahora mejor no acercarse.

Bajó el escalón y avanzó a tientas, lentamente hacia la pradera. ¿Qué había sido de su paso seguro y provocativo? Se quedó inmóvil, como si no supiera en qué dirección avanzar. Alzó la cabeza y abrió los párpados. Miraba sin ver hacia el cielo y el anfiteatro de árboles, evidentemente desgarrado por el inútil esfuerzo. Se notaba que todo era vacío y tiniebla para él. Extendió la mano derecha, mientras el otro brazo, el mutilado, lo mantenía oculto. Parecía ansioso por palpar y reconocer todo lo que había a su alrededor, pero los árboles quedaban a algunas yardas de distancia y no logró tocarlos. Renunció por fin al intento y se quedó quieto y mudo bajo la lluvia que no dejaba de caer y empapaba su cabeza descubierta.

De pronto, no sé por dónde, apareció John y se acercó a él.

—¿Quiere cogerse de mi brazo, señor? —preguntó—. Va a llover cada vez más. ¿No sería mejor que se metiera en casa?

—Déjame en paz —contestó él.

John se retiró sin haber llegado a verme, y el señor Rochester trató en vano de iniciar un paseo. Sus andares eran demasiado inseguros. Así que acabó dando la vuelta y metiéndose de nuevo en la casa, cuya puerta cerró.

Ahora ya me atreví yo a acercarme. Llamé con los nudillos y abrió la mujer de John.

—Hola, Mary —la saludé—. ¿Cómo está usted?

Se sobresaltó como si acabara de aparecérsele un fantasma.

—¿De verdad es usted, señorita? ¿Qué ha venido a hacer a estas horas aquí, a este yermo?

Traté de tranquilizar su agitación, acaricié sus manos y la seguí a la cocina. John estaba allí, sentado junto al fuego. Les puse al tanto, en pocas palabras, de cómo me había enterado de lo ocurrido a partir de mi ausencia de Thornfield y que había venido con la pretensión de visitar al amo. Le pedí a John que fuera al lugar donde me había dejado la silla de posta para recoger mi equipaje. Luego me quité el sombrero y el chal y le pregunté a Mary si podrían darme albergue por una noche. Era difícil, dijo, pero no imposible preparar una habitación. Decidí, pues, quedarme y se lo hice saber. En aquel momento se oyó la campanilla que llamaba desde el salón.

—Si va usted para allá —le dije— comuníquele al amo que hay una persona que quiere verlo. Pero no le diga quién soy.

—No creo que esté dispuesto a recibirla —contestó—. No tiene ganas de ver a nadie; se niega.

Cuando volvió, indagué cuál había sido su reacción.

—Que diga usted quién es y lo que quiere —contestó Mary, mientras llenaba un vaso de agua, que colocó sobre una bandeja, junto con algunas velas.

—¿Es eso lo que le ha pedido? —pregunté.

—Sí, cuando anochece siempre me pide que le lleve luz, aunque está ciego.

—Deme la bandeja, Mary. Yo se la llevaré.

Se la quité de las manos, y me indicó cuál era la puerta del salón. La bandeja se me tambaleó y el agua del vaso se derramó en parte. El corazón me golpeaba las costillas, acelerado y furioso. Mary me abrió la puerta y la cerró cuando entré.

El salón presentaba un aspecto deprimente. Ardía en la chimenea un fuego mezquino y, un poco agachado hacia él, con la cabeza apoyada contra la anticuada y alta repisa de la chimenea, se veía al ocupante ciego de la habitación. *Pilot*, su viejo compañero, estaba echado sobre uno de sus lomos, un poco apartado y cohibido, como si tuviera miedo de recibir por

descuido algún pisotón. Enderezó las orejas al oírme entrar y se levantó de un salto ladrando. Se me echó encima con tal ímpetu que casi me derriba la bandeja. La puse sobre la mesa, y luego le acaricié y le dije bajito: «¡Siéntate!». El señor Rochester se dio la vuelta para ver lo que estaba pasando pero, como no podía ver nada, se limitó a suspirar.

—Dame el agua, Mary —dijo.

Me acerqué y le alargué el vaso lleno solo a medias, perseguida por *Pilot*, que seguía dando muestras de agitación.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Rochester.

—¡Siéntate, *Pilot*! —repetí.

Antes de llevarse el vaso a los labios, comprobó el agua que tenía, mientras hacía ademán de escuchar. Luego bebió y dejó el vaso.

—¿Eres Mary, verdad?

—Mary se ha quedado en la cocina —contesté.

Alargó la mano súbitamente pero, como no podía ver dónde estaba yo, no consiguió rozarme.

—¿Quién es? ¿Quién eres? —preguntó, haciendo un vano y angustioso esfuerzo por mirar con aquellos ojos ciegos—. ¡Contésteme! ¡Vuelva a decir algo! —ordenó en tono enérgico e imperioso.

—¿Quiere un poco más de agua, señor? Se me ha caído la mitad de la que traía el vaso —dije.

—Pero ¿quién es? ¿Qué pasa? ¿Quién me está hablando?

—*Pilot* me conoce y John y Mary saben que he venido. Acabo de llegar esta misma tarde —respondí.

—¡Dios mío! ¿Qué espejismo me invade? ¿Qué dulce locura está haciendo presa en mí?

—No es ningún espejismo, ni ninguna locura. Su mente, señor, está demasiado lúcida para albergar espejismos, y usted demasiado sano para volverse loco.

—Pero ¿dónde está la persona que me habla? ¿Se trata simplemente de una voz? ¡Ay, Dios mío! Aunque no puedo ver, se me parará el corazón y me estallará el cerebro si no siento a esa persona. Quien quiera que sea, ¡déjeme tocarla o no podré vivir!

Me buscaba a tientas, y yo cogí su mano vacilante, que estreché entre las mías.

—¡Son sus dedos, los mismos! —exclamó—. ¡Sus dedos menudos y frágiles! Si estoy en lo cierto, también lo demás tiene que existir.

Su mano musculosa se escapó de las mías y sentí que agarraba mi brazo, mis hombros y mi cuello, hasta que me cogió por la cintura y me estrechó contra él en un apretado abrazo.

—¿Esto es Jane? ¿O qué es esto? Tiene la misma forma, tiene el mismo tamaño…

—Y tiene la misma voz —añadí—. Está entera, señor, incluido el corazón. Dios le bendiga. No sabe cuánto me alegro de volver a tenerle cerca.

—¡Jane Eyre, Jane Eyre! —era lo único que acertaba a decir.

—Sí, mi querido señor, soy Jane Eyre en persona —contesté—. Al fin lo he encontrado y he vuelto junto a usted.

—¿Pero de verdad? ¿En carne y hueso? ¿Una Jane viva?

—Me está usted tocando, señor, me está estrechando entre sus brazos, ¿no? No soy un cadáver ni me evaporo en el aire, ¿o me evaporo?

—¡Mi amor vive! Son estos los miembros de su cuerpo y los rasgos de su cara; pero no puede invadirme esta felicidad al cabo de tanta desgracia. Es un sueño. Muchas noches he soñado que la estrechaba contra mi corazón, como lo estoy haciendo, que la cubría de besos, igual que ahora, he soñado que me quería y estaba seguro de que ya nunca jamás me iba a abandonar.

—Y desde este momento, señor, ya nunca le abandonaré.

—Que nunca me abandonará, eso dice la aparición. Pero después siempre me despierto para comprobar que era una burla inconsistente. Y la desolación y el abandono vuelven a presidir mi vida solitaria y desesperanzada. Me quedo en tinieblas, con un alma sedienta a la que se prohíbe beber y un corazón hambriento que no sabe dónde alimentarse. Tú también te desvanecerás, oh, dulce y gentil quimera que ahora buscas nido entre mis brazos, huirás como huyeron todas tus hermanas. Pero, Jane, antes de irte, vuelve a abrazarme y a besarme.

—¿Así, señor, o así?

Iba posando mis labios sobre sus ojos antaño luminosos y ahora opacos. Luego aparté el mechón de pelo que cubría su frente y se la besé también. De repente pareció despertar, como si estuviera dándose cuenta de que lo que ocurría era verdad.

—¿Eres tú, eres Jane? ¿Quiere decir entonces que has vuelto?

—He vuelto, sí.

—¿Entonces no has caído muerta en alguna zanja o arrastrada por algún arroyo? ¿No eres la sombra lánguida de algún emigrante?

—No, señor. Ahora soy una mujer independiente.

—¿Cómo que independiente? ¿Qué quieres decir, Jane?

—Pues que mi tío de Madeira se murió y me ha dejado una herencia de cinco mil libras.

—Pues eso parece contundente, ¡suena a cosa real! —exclamó—. Nunca hubiera imaginado tal cosa. Y también parece real esa voz tan peculiar tuya, estimulante y provocativa, sin perder su dulzura. Una voz que anima mi corazón moribundo y le inyecta vida. O sea, Jane, que eres una mujer independiente, una mujer rica.

—Pues bastante rica, sí, señor. Si no me deja que me quede a vivir con usted, puedo mandar construir una casa ahí al lado, y de esa manera, si alguna tarde le apetece tener compañía, le dejo que venga a visitarme y a pasar un rato conmigo en el salón.

—Pero, Jane, si eres rica, seguramente tendrás muchos amigos que se ocupen de ti, y no van a consentir que consagres tu vida a un ciego inválido.

—Ya le he dicho, señor, que además de rica soy independiente. No tengo amo a quien obedecer.

—¿Y te vas a quedar aquí conmigo?

—Desde luego, a no ser que le moleste. Seré su vecina, su enfermera, su ama de llaves. Encuentro que está demasiado solo. Yo le serviré de compañía, le leeré libros, pasearemos juntos, haremos tertulia, lo que usted quiera. Estoy dispuesta a ser sus ojos y sus manos. Destierre la melancolía, mi querido señor; mientras yo viva, no quiero volver a verle triste.

No contestó nada. Se quedó serio y abstraído. Se limitó a suspirar y a abrir la boca como si quisiera decir algo, pero la cerró de nuevo. Yo me sentía un poco violenta. Tal vez había hecho demasiada ostentación de solicitud. Y al saltarme de golpe tantos convencionalismos, él acaso juzgase incorrecta mi actitud. A St. John le ocurrió algo parecido. En este caso yo le había hecho aquellas sugerencias al señor Rochester bajo el supuesto de que siguiera pensando en casarse conmigo, animada por la esperanza —no por inexpresada menos firme— de que volviera a pedirme en matrimonio. Pero, como no insinuaba nada al respecto y su semblante se ensombrecía cada vez más, pensé de pronto que pudiera estar totalmente equivocada y haciendo el ridículo. Así que empecé a desasirme suavemente de sus brazos. Pero él me estrechó aún con más ardor.

—No, Jane, por favor, no te vayas. Ya te he palpado, te he oído y me he sentido confortado por tu presencia, por el consuelo que emana tu dulzura. No voy a renunciar a esta dicha. De mí ya puedo esperar poco; te necesito. Aunque se burle de mí el mundo entero y tú me consideres absurdo y egoísta, me da igual. Toda mi alma te reclama y he de satisfacer sus pretensiones o se vengará sin piedad de mi cuerpo.

—Pero, señor, si ya le he dicho que me voy a quedar con usted.

—Sí, pero por quedarte conmigo tú entiendes una cosa y yo otra diferente. Tú seguramente te conformarás con quedarte al alcance de mi mano y ocuparte de mí como enfermera solícita, porque tu corazón es afectuoso y la generosidad de tu alma tiende a sacrificarse por todos los seres dignos de lástima. Ya sé que con eso yo también debería tener bastante. Supongo que los únicos sentimientos que me corresponderían albergar hacia ti son de tipo paternal. ¿No te parece? Anda, dime lo que te parece.

—Me parece lo que usted quiera, señor. Yo me conformo con ser su enfermera, si es lo que considera usted más adecuado.

—Pero, Jane, no te puedes pasar la vida siendo mi enfermera. Eres joven, algún día te casarás.

—No me pienso casar, es algo que no me importa.

—Pues debería importarte, Jane. Si yo fuera el que fui antaño, procuraría hacerte cambiar de opinión. Pero así, ya ves, ¡un pedazo de leño

ciego!

Volvió a sumirse en la pesadumbre. Pero yo, en cambio, me sentí más estimulada, como si me hubieran insuflado una bocanada de coraje. Las últimas palabras de Rochester me hicieron comprender dónde residía para él el escollo. Pero, como yo no lo consideraba tal, me vi libre de la timidez que al principio me había cohibido. Así que reanudé la conversación en un tono más animado.

—Ya es hora de que alguien se tome la molestia de adecentarlo a usted —dije, agarrando un mechón de su abundante pelambrera—, porque veo que se está transformando en un león o cosa parecida. Se da usted un aire a Nabucodonosor en el campo de batalla, no me diga que no. Tiene una melena que recuerda al plumaje de las águilas, y a saber si las uñas no las tendrá también crecidas como garras de pájaro. No me he fijado todavía.

—En este brazo no tengo ni mano ni uñas —dijo sacando el izquierdo para enseñarme su muñón—. ¿No te parece, Jane, una mutilación siniestra, horrible de ver?

—Da mucha pena verlo, sí, y también ver sus ojos y esa cicatriz que le cruza la frente. Pero lo peor es el peligro que corro de amarlo demasiado, precisamente por eso, y no querer otra cosa que dedicarle mi vida entera.

—Creí, Jane, que no podrías resistir la repugnante visión de mi muñón y mis cicatrices.

—¿Eso creyó? Pues no me lo repita, o tendré que decirle yo el desprecio que me produce un juicio como ese. Ahora le voy a dejar un momento para que vengan a limpiar un poco la chimenea y a prepararle un fuego mejor. ¿Cuando arde un buen fuego lo nota usted?

—Sí, con el ojo derecho consigo ver un resplandor rojizo, como entre brumas.

—¿Y las velas las ve?

—Muy borrosas, veo como una especie de nube con algo de luz.

—¿Y a mí me puede ver?

—No, mi dulce hada. Pero bastante privilegio es poder oírte y sentirte cerca.

—¿A qué hora cena usted?

—Nunca ceno.

—Pues esta noche va a cenar. Yo tengo hambre y seguro que usted también, aunque no se haya dado cuenta.

Llamé a Mary y al poco rato la habitación había adquirido un aspecto más acogedor. Mientras tanto, yo preparé una cena apetitosa. Me sentía muy exaltada y, tanto a lo largo de la cena como durante la sobremesa, mantuvimos una tertulia fluida y grata. Nada obstaculizaba mi alegría ni reprimía mi espontaneidad, junto a él me encontraba como pez en el agua, porque notaba que le encantaba oírme. ¡Qué complicidad tan deliciosa! Conseguía reavivar y sacar a flote lo mejor de mi naturaleza; cada uno de nosotros vivía intensamente en presencia del otro. Y a pesar de estar ciego, el rostro se le iluminaba al sonreír, se le borraba el ceño y sus rasgos se suavizaban y emitían calor.

Después de cenar, empezó a hacerme varias preguntas sobre lo que había hecho, dónde había estado y cómo me enteré de su paradero. Pero no le aclaré a fondo mi historia, porque ya era tarde para entrar en detalles. Además no quería pulsar sus cuerdas más sensibles ni hurgar en su pozo para que afloraran nuevas emociones. Lo más importante, de momento, era animarlo; y un poco lo estaba consiguiendo, pero la suya era una animación que decaía a ratos. Si la conversación se veía interrumpida por algún tramo de silencio, se le notaba inquieto, alargaba el brazo para tocarme y murmuraba mi nombre.

—Jane, ¿eres humana por completo? ¿Estás segura de que lo eres, Jane?

—Yo lo creo a conciencia, señor Rochester.

—Entonces, ¿cómo has logrado en esta doliente y sombría tarde aparecer aquí, en mi desolada vivienda? Alargué el brazo para tomar de manos de una criada un poco de agua y fuiste tú quien me dio de beber. Hice una pregunta a la mujer de John y fue tu voz la que resonó en mis oídos.

—Claro, porque entré en sustitución de Mary, y traje yo la bandeja.

—Y me sigues hechizando ahora mismo, y durante todo el rato que llevas aquí. Nadie puede hacerse una idea de la vida tan desgraciada, desolada y tenebrosa que llevo aquí desde hace meses. Es horrible no tener nada que hacer, no esperar nada, no sentir más que frío cuando se apaga el

fuego y hambre cuando me olvido de comer, traspasado por una pena sorda y continua, solamente interrumpida a veces por el delirante anhelo de volver a ver a mi Jane. Sí, Jane, la añoranza de recuperarte ha sido más fuerte que la de recobrar la vista perdida. ¿Cómo es posible que ahora Jane esté a mi lado, que me hable, que diga que me quiere? ¿No desaparecerá tan bruscamente como llegó a mi lado? Me da miedo no encontrarla ya aquí mañana.

Me di cuenta de que el modo más seguro de atenuar sus temores era iniciar alguna cuestión práctica y banal, en vez de darle coba al hilo desasosegante de su obsesión. Así que le pasé un dedo por las cejas y comenté que las tenía chamuscadas. Algún remedio había que poner para que le crecieran vigorosas y negras como antes.

—¿De qué sirve, oh, espíritu benéfico, que te pongas a mejorar mi aspecto, si en cualquier momento fatal desaparecerás de nuevo, como una sombra, hacia un lugar confuso y lejano que nunca seré capaz de descubrir?

—Vamos a ver, señor, ¿tiene un peine?

—¿Para qué, Jane?

—Para peinarle esa melena hirsuta y negra. Cuando se le mira de cerca, la verdad es que asusta un poco. Dice que yo soy un hada, pero usted parece un trasgo.

—Estoy horrible, ¿verdad, Jane?

—Bueno, siempre ha estado horrible.

—¡Vaya! La vena sarcástica, donde quiera que hayas estado, no te la han conseguido quitar.

—He estado con gente buena, cien veces más buena que usted. Gente cultivada y de altas miras, con unos ideales y criterios que para usted los quisiera.

—¿Qué gente? ¿Con quién diablos has estado viviendo?

—Si se agita de esa manera, va a conseguir que le arranque el pelo. Sería la única manera de que dejara de tener dudas sobre mi sustancia corporal.

—De verdad, Jane, ¿con quién has vivido?

—Esta noche, señor, no me lo va a sonsacar. Tendrá que esperar a mañana. Dejar el cuento a medias es una garantía, y usted lo sabe, de que apareceré mañana a la hora del desayuno para acabarlo. Por cierto, tengo que acordarme de no traer solo un vaso de agua. Por lo menos un huevo y unas lonchas de jamón frito, de eso no se libra.

—¡Cómo cambia de conversación y se burla de mí el hada a quien los hombres dieron alimento! Me pones, Jane, de un humor que no probaba desde hace un año. Si Saúl te hubiera tenido a su lado en sustitución de David, no habría hecho falta el arpa para exorcizar el mal.

—Bueno, señor, ya le he puesto un poco más decente. Ahora le voy a dejar, porque llevo tres días de viaje y estoy derrengada. Buenas noches.

—Solo una cosa, Jane. En la casa donde has vivido, ¿había solo mujeres o no?

Me eché a reír sin contestarle, y salí de la habitación. Luego, cuando subía corriendo las escaleras, me seguía riendo yo sola. «¡Estupendo! —me dije encantada—. Es una idea excelente para apartar de su horizonte la melancolía durante algún tiempo».

A la mañana siguiente muy temprano le vi dar vueltas por la casa, escaleras abajo y escaleras arriba. En cuanto Mary se levantó, oí las preguntas sucesivas y ansiosas que le dirigía:

—¿Sigue aquí la señorita Eyre? ¿En qué cuarto la habéis puesto? ¿Estaba ventilado? ¿Se ha despertado ya? Sube a preguntarle si necesita algo y que cuánto va a tardar en levantarse.

Bajé cuando calculé que ya estaría dispuesto el desayuno. Entré de puntillas en el salón para poder contemplar a Rochester antes de que él se diera cuenta de que estaba allí. Era muy triste, desde luego, darse cuenta de cómo sus distintas dolencias abatían aquel espíritu vigoroso. Se había sentado en una silla y, aunque estaba quieto, se le veía intranquilo, a la expectativa, y los rasgos del semblante contagiados por el desconsuelo que ahora le era habitual. Su rostro recordaba una lámpara apagada, a la espera de que alguien volviera a encenderla. Porque por desgracia hacer brotar la chispa de la animación no estaba en su mano, necesitaba que otro le prestara ese servicio. A pesar de que yo me había propuesto mostrarme alegre y despreocupada, la impotencia de aquel hombre tan fuerte me

encogió el corazón. Me acerqué a él, sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza.

—Hace una mañana preciosa de sol, señor —le dije con la mayor vivacidad que pude—. Ya no llueve, ¡y se ha quedado una luz tan suave! Debería salir a dar un paseo cuanto antes.

Había conseguido prender la chispa; se le iluminó el rostro.

—¡Ah, vuelves a estar ahí de verdad, alondra de la mañana! Acércate para que compruebe que no has levantado el vuelo ni te has desvanecido. Hace un rato oí cantar en el bosque a uno de tus congéneres, pero su canción no me resultó musical, y tampoco el sol emitía rayos. Toda la melodía del mundo se concentra en la lengua de mi Jane, y esa es la que recogen mis oídos, menos mal que no nació muda, y solamente junto a ella se me meten en el alma los rayos del sol.

Se me saltaron las lágrimas ante aquella confesión de la propia dependencia, como si un águila real encadenada a su pértiga se viera obligada a recibir su sustento de un gorrión. Pero, como no quería caer en la compasión lacrimosa, me enjugué las lágrimas y me entregué a la tarea de preparar un buen desayuno.

Pasamos casi todo el día al aire libre. Lo saqué del bosque tupido y húmedo para conducirle hacia pasajes más alegres cuyo brillante verdor le iba descubriendo; le hablaba del frescor de las flores y los setos, del limpio azul del cielo. Le busqué asiento sobre un tocón de árbol, en un lugar recóndito y, cuando me lo pidió, no me negué a sentarme en sus rodillas. ¿Por qué iba a rechazar hacerlo, si tanto él como yo nos encontrábamos más a gusto cuanto más cerca estábamos el uno del otro? *Pilot* se había tendido a nuestros pies, todo era quietud. Al poco rato de tenerme abrazada, de repente saltó:

—¡Oh, Jane, cruel desertora! No te imaginas lo mal que lo pasé cuando me di cuenta de que te habías escapado de Thornfield y no te pude encontrar por ninguna parte. Revolví en tu habitación y comprobé que no te habías llevado nada, ni dinero ni un solo objeto de valor. Allí estaba, intacto en su estuche, el collar de perlas que te regalé, allí estaban tus baúles cerrados y atados tal como los habías preparado para nuestro viaje de novios. «¿Qué va a ser de mi dulce Jane (pensaba) sin dinero y

abandonada a sus fuerzas? ¿Cómo se las va a arreglar?». Así que cuéntamelo ahora, cuéntame lo que hiciste.

Ante su insistencia, empecé la narración de mis peripecias. Suavicé mucho los tramos relativos a mi vagabundeo de los tres días primeros, al hambre y extenuación que padecí, porque sería añadir un dolor inútil a los que ya sentía. Lo poco que le dije, sin embargo, le hirió más de lo que yo esperaba.

No debí abandonarlo de aquella manera (adujo) sin contar con algún medio para emprender mi nueva andadura. Debí aclararle mis intenciones, haber confiado en él, que jamás me hubiera obligado a ser su amante si yo no quería. Por muy violento que se hubiera mostrado a causa del despecho, me amaba demasiado para someterme a tiranía, estaba lejos de sospechar yo la ternura de sus sentimientos. Me habría dado la mitad de su fortuna sin pedir ni un beso a cambio, con tal de no permitir que me arrojara sin recurso alguno en brazos del despiadado mundo. Estaba seguro de que había pasado por muchas más pruebas de las que confesaba.

—Bueno, mis sufrimientos (fueran como fueran) la verdad es que duraron poco —le dije.

Y acto seguido pasé a relatarle lo bien recibida que había sido en Moor House, cómo había conseguido el puesto de maestra y todo lo demás. Luego llegaron uno por uno los episodios de la herencia y de cómo descubrí que los habitantes de Moor House eran primos míos por parte de padre. A lo largo del relato el nombre de St. John salió a relucir con frecuencia, como es natural, y, en cuanto hice una pausa, Edward Rochester se apresuró a preguntarme cosas sobre él.

—Ese St. John, entonces, ¿es tu primo?

—Mi primo, sí.

—Hablas mucho de él. ¿Te gustaba?

—Es muy bueno, señor, un hombre cabal. ¿Cómo no iba a gustarme?

—¿Un hombre cabal? Supongo que quieres decir respetable, ¿no?, decente, de unos cincuenta años. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Cincuenta años no. Solo tiene veintinueve, señor.

—*Jeune encore*[103], como dicen en Francia. ¿Es de baja estatura, flemático, insignificante? ¿Consiste su bondad más bien en la carencia de

vicios que en la abundancia de virtudes?

—Despliega una actividad infatigable. Y dedica su vida a la consecución de exaltadas y admirables proezas.

—Pero ¿y su inteligencia? ¿No será un poco ñoña? Sus intenciones serán excelsas, pero ¿a que te aburre oírle perorar?

—No habla mucho, señor. Pero lo que dice da siempre en la diana. Tiene una inteligencia privilegiada, no sentimental sino vigorosa.

—O sea que es un hombre de una pieza.

—Exactamente.

—¿Y de educación cómo anda?

—Tiene mucho talento y no para de estudiar.

—Pero dijiste, me parece, que sus modales te gustaban poco. ¿No será un pedante, pagado de sí mismo?

—No dije nada de sus modales. Pero si no los aprobara estaría dando pruebas de mal gusto. Es elegante, tranquilo y caballeroso.

—Lo que no recuerdo, Jane, es la descripción que me hiciste de su aspecto. Yo me lo figuro como una especie de vicario sin cuajar, medio sofocado por el alzacuello, y aupado en unas botas de suela gruesa.

—Pues no. St. John viste muy bien. Es un hombre guapo, alto, rubio, con ojos azules. Y un perfil griego.

—¡Maldito sea! —farfulló el señor Rochester en un aparte.

Y luego, dirigiéndose a mí, preguntó:

—¿A ti te gustaba, Jane?

—Sí, señor Rochester. Pero eso ya me lo ha preguntado antes.

Había percibido, por supuesto, la dirección que estaba tomando la pesquisa de mi interlocutor. Los celos habían hecho presa en él y era víctima de sus mordiscos. Pero aquella picadura de los celos era salutífera, porque suponía una escapatoria del colmillo retorcido de la melancolía. Así que me propuse no espantar enseguida a esta otra serpiente.

—Quizá no tenga ganas, señorita Eyre, de seguir sentada en mis rodillas —fue su siguiente observación, que me pilló de improviso.

—¿Por qué no, señor Rochester?

—El cuadro que acaba de describirme aporta un contraste demasiado agobiante. Sus palabras han dibujado certeramente a un bellísimo Apolo,

que no es capaz de desterrar de su memoria, alto, rubio, de ojos azules y perfil griego. Y ahora está usted contemplando a un Vulcano, un auténtico herrero ancho de hombros, de tez oscura, tosco y, por más señas, tullido y ciego.

—Pues nunca se me había ocurrido, señor, pero es verdad que se parece usted a Vulcano, el dios del fuego.

—Muy bien, señora, pues ya puede usted marcharse. —Pero me estrechó con más fuerza, y añadió—: Quiero, sin embargo, que tenga la bondad, antes de irse, de contestarme a un par de preguntas.

Hizo una pausa.

—¿Qué preguntas, señor Rochester?

Y el interrogatorio continuó en estos términos:

—¿Te ofreció el puesto de maestra ese St. John antes de saber que erais primos?

—Sí.

—¿Y le veías con frecuencia? ¿Solía visitar la escuela?

—A diario.

—¿Les daba el visto bueno a tus tareas, Jane? Seguro que lo harías todo con acierto, porque tienes mucho talento.

—Le parecía bien lo que hacía, sí.

—¿Descubrió en ti muchas cosas que le sorprendieron? Algunas de tus ideas se salen de lo corriente.

—A eso no sé qué contestar.

—Dices que vivías en una casita junto a la escuela. ¿Iba él a visitarte?

—De vez en cuando.

—¿De noche?

—Sí, vino una o dos veces por la noche.

Se hizo una pausa.

—¿Cuánto tiempo viviste con él y sus hermanas después de descubrir el parentesco que os unía?

—Cinco meses.

—¿Dedicaba Rivers mucho tiempo a estar con las mujeres de la familia?

—Sí. El salón de atrás nos servía de despacho a los cuatro. Él solía sentarse cerca de la ventana, y nosotras a la mesa.

—¿Estudiaba mucho él?

—Sin parar.

—¿Y qué estudiaba?

—Indostaní.

—¿Y tú qué hacías mientras tanto?

—Al principio me puse a aprender alemán.

—¿Te daba clase él?

—No. Él no sabe alemán.

—¿Entonces, no te enseñó nada?

—Sí, unas nociones de indostaní.

—¿Rivers te enseñaba indostaní?

—Sí, señor.

—¿Y a sus hermanas también?

—A ellas no.

—O sea que solo a ti.

—Solo a mí.

—¿Le pediste tú que te lo enseñara?

—No.

—Entonces es que él tenía ganas de darte clase.

—Pues sí.

Hubo otra pausa.

—¿Y cómo se le ocurrió eso? ¿De qué puede servirte a ti aprender indostaní?

—Bueno, es que pretendía llevarme con él a la India.

—¡Acabáramos! Ya apareció el quid de la cuestión. ¿Pensaba casarse contigo?

—Me pidió que nos casáramos, sí.

—¿No lo estarás inventando con el mayor descaro para hacerme rabiar?

—Lo siento, pero es la pura verdad. Me lo pidió varias veces y con tanta insistencia y terquedad como usted lo hiciera antaño.

—Le repito, señorita Eyre, que se vaya y me deje en paz. ¿Cuántas veces tendré que decírselo? ¿Por qué ese empeño de seguir sentada en mis rodillas, cuando le he dicho que se levante?

—Porque me encuentro muy a gusto así.

—No, Jane, no puedes sentirte a gusto. Tu corazón no está conmigo, sino con tu primo, con ese St. John. Hasta hace unos instantes, ¡ay de mí!, creía que mi Janet era solo mía. Pensaba que incluso cuando me abandonó me seguía amando, y eso era echar un poco de azúcar sobre tanta amargura. Todo el tiempo que ha durado nuestra separación, y a despecho de las ardientes lágrimas que he vertido, nunca pensé que ella, mientras yo la echaba continuamente de menos, se estaba enamorando de otro. Pero quejarse no sirve de nada, Jane. Vete, por favor, y cásate con Rivers.

—Me tendría que echar de su lado a golpes y a empujones, señor, porque yo por mi propia voluntad no me pienso mover de aquí.

—Me sigue encantando tu tono de voz, Jane, tan sincero que enciende la esperanza. Oírte me hace retroceder al año pasado. Me haces olvidar que ahora estás atada por otro compromiso; pero no he perdido la razón, así que vete.

—¿Que me vaya adónde, señor?

—A seguir tu propio camino, junto al hombre que has elegido por esposo.

—¿Y quién es?

—Lo sabes de sobra, ese señor Rivers.

—Ni es mi esposo ni lo será nunca. No me ama. Ni yo a él. Está enamorado de una señorita muy guapa que se llama Rosamond, en fin, si puede llamarse amor a eso, no es del tipo que usted concibe. Ha querido casarse conmigo solo porque se le ha metido en la cabeza que doy la talla como esposa de un misionero, y la otra señorita no. Tiene buenos sentimientos y es un gran hombre, pero demasiado rígido. Y en lo que respecta a su relación conmigo, frío como el hielo. No se parece en nada a usted, señor. No soy feliz a su lado, ni me gusta tenerlo cerca. No es indulgente ni cariñoso conmigo, no me encuentra atractivo alguno, ni siquiera el de mi juventud. Solamente aprecia alguna de mis aptitudes

intelectuales que pueden servirle. ¿Y le voy a dejar a usted, señor, por una persona como esa?

Me había estremecido sin querer, e instintivamente me abracé más estrechamente a mi ciego y querido señor. Él sonrió.

—¿Es verdad eso, Jane? ¿Es así como han quedado las relaciones entre tu primo y tú?

—Exactamente así, señor. No tiene motivo alguno para estar celoso. He querido bromear un poco sobre este asunto para distraerle de sus penas, porque creo que la ira le sienta mejor que el dolor. Pero, si lo que pretende es que le quiera, no puede imaginarse hasta qué punto le quiero, si lo supiera estaría contento y orgulloso. Mi corazón le pertenece por entero, y puede quedarse con él, aunque dispusiera el destino que el resto de mi ser hubiera de exiliarse para siempre.

Cuando volvió a besarme, noté que su rostro se ensombrecía, víctima de penosos pensamientos.

—¡Mi vista perdida! ¡Mi fortaleza desmantelada! —murmuró con voz doliente.

Procuré serenar su ánimo con mis caricias, porque sabía lo que estaba sintiendo. Hubiera querido hablar por él, pero no me atrevía. Volvió un momento el rostro y vi cómo una lágrima escapaba de su párpado cerrado y se deslizaba mejilla abajo. Se me partía el corazón.

—No valgo más que aquel viejo castaño fulminado por el rayo en el huerto de Thornfield —dijo al cabo de un rato—. ¿Y con qué derecho va a solicitar esta ruina que una fresca y primorosa enredadera venga a cubrir su decrepitud?

—No es usted ninguna ruina, señor, ni ningún árbol partido por el rayo; conserva su vigor y su lozanía. Aunque usted no quiera, múltiples plantas vendrán a crecer en torno a sus raíces, buscando la delicia de su abundante sombra, y a medida que vayan creciendo se abrazarán a su tronco y le darán su aliento, porque considerarán su fuerza como el sostén más seguro.

Sonrió de nuevo. Había logrado confortarlo.

—¿Te refieres a nuestra amistad, verdad, Jane? —preguntó.

—Claro, de eso estoy hablando.

Lo dije con cierta vacilación, porque me daba cuenta de que mis palabras encerraban algo más que amistad. Pero no sabía cómo expresarme. Menos mal que él vino en mi ayuda.

—Pero yo, Jane, necesito una esposa.

—¿De verdad, señor?

—Sí, ¿te extraña?

—Un poco. Nunca me había dicho nada de eso.

—¿Y cómo recibes una noticia de este tipo?

—Depende de las circunstancias, señor, según la elección que haga.

—Pues elige por mí, Jane. Lo que tú decidas, bien decidido estará.

—Mi consejo, entonces, es que elija a la mujer que más le quiera.

—Mira, voy a elegir, por lo menos, a la que yo más quiero. ¿Aceptas casarte conmigo, Jane?

—Sí, señor.

—¿Con un pobre ciego al que tendrás que llevar de la mano?

—Sí, señor.

—¿Con un hombre mutilado, veinte años más viejo que tú, y al que tendrás que cuidar?

—Sí, señor.

—¿De verdad, Jane?

—Completamente de verdad.

—Que Dios te bendiga y te recompense, amor mío.

—Si alguna vez en mi vida, señor Rochester, llevé a cabo una buena acción, si tuve algún buen pensamiento o recé de corazón y sin insidia, si deseé algo justo, ahora recibo mi recompensa. Casarme con usted es la felicidad mayor a que puedo aspirar en este mundo.

—Porque te encantan los sacrificios.

—¡Sacrificio! ¿Dónde está el sacrificio? ¿En cambiar el hambre por la comida y la incertidumbre por la satisfacción? Si el privilegio de tener entre mis brazos al ser que prefiero, besar a quien amo y apoyarme en quien me inspira confianza lo considera un sacrificio, entonces, desde luego, me encantan los sacrificios.

—Y además aguantar mis enfermedades y pasar por alto mis defectos.

—Que para mí no existen, señor. Le quiero más ahora que puedo serle útil que cuando se mostraba orgulloso de su independencia y odiaba desempeñar cualquier papel que no fuera el de dadivoso protector.

—Hasta ahora odiaba que nadie me ayudase o me sirviera de guía, pero a partir de tu retorno me parece que eso va a cambiar. No me gustaba poner mi mano en la de un servidor a sueldo, pero sentirla rodeada por los pequeños dedos de mi Jane es algo delicioso. Preferiría la más completa soledad a las incesantes atenciones de los criados, pero la dulce ayuda de Jane será fuente perenne de alegría. Jane me sienta bien. ¿Y yo a ella?

—Hasta la más delicada fibra de mi cuerpo, señor.

—Si están así las cosas, no hay motivo alguno de demora. Tenemos que casarnos enseguida.

Lo había dicho con la misma vehemencia que se traslucía en su aspecto. Estaba recuperando su ímpetu de antaño.

—Tenemos que hacer uno de nuestros dos cuerpos, Jane, y además sin tardanza. El tiempo que lleve arreglar los papeles.

—Acabo de darme cuenta, señor Rochester, de que el sol ya va bajando y de que *Pilot* se ha ido a casa a cenar. ¿Me deja ver su reloj?

—Ponlo en tu cintura, Jane, y a partir de ahora llévalo, porque a mí no me sirve de nada.

—Son cerca de las cuatro de la tarde, señor. ¿No tiene hambre?

—Dentro de tres días nos casamos, Jane. Nada de ajuar ni de joyas esta vez. Todo eso es hojarasca.

—El sol ha secado las gotas de lluvia, señor. No sopla nada de brisa y hace bochorno.

—¿Sabes, Jane, que llevo tu collar de perlas anudado a mi cetrino cuello por debajo de la corbata? Desde el día en que perdí a mi tesoro, lo llevo siempre en memoria suya.

—Volveremos cruzando el bosque. Es el camino más fresco.

Él, sin hacerme caso, continuó dando rienda suelta a sus pensamientos.

—Seguro, Jane, que me consideras más ateo que un perro. Pero en este momento mi corazón estalla de gratitud por la merced de Dios. Él no ve como ven los hombres, sino mucho más claro, ni juzga como los hombres, sino con mayor sabiduría. Me equivoqué: pensaba mancillar una flor

inocente y cubrir de culpa su pureza. Y el Omnipotente me la arrancó. Yo, empecinado en mi rebeldía, casi maldije su designio; en lugar de postergarme ante su decreto, lo desafié. La justicia divina siguió su curso, y los desastres llovieron sobre mí. Me vi obligado a bordear el valle sombrío de la muerte. Los castigos divinos son severos y a mí me tocó uno que me ha humillado para siempre. Sabes lo jactancioso que era de mis capacidades físicas, y ya ves a lo que he quedado reducido, tengo que depender de la colaboración ajena, como un niño vulnerable. Hasta hace poco, Jane, muy poco, no he empezado a reconocer la mano de Dios en mi desventura. He empezado a sentir remordimientos y propósito de enmienda: un deseo de reconciliarme con mi Creador. Y a veces he rezado; aunque se tratara de plegarias breves, me salían del corazón.

»Hace unos días, no sé cuántos, sí, cuatro, porque fue el lunes por la noche, me entró un humor muy raro, el dolor dio paso al frenesí y la pena a la irritación. Llevaba ya mucho tiempo creyendo que jamás volvería a encontrarte y que probablemente habrías muerto. Esa noche, ya tarde, serían entre las once y las doce, antes de retirarme para iniciar mi temido descanso, supliqué a Dios que, si lo tenía a bien, abreviara cuanto antes mi vida y me permitiera acceder al reino donde aún me quedaban esperanzas de reunirme con mi Jane.

»Estaba en mi cuarto, sentado junto a la ventana abierta. Me serenó sentir el aire balsámico de la noche, a pesar de que no puedo ver las estrellas y de la luna solo percibo un vago vislumbre luminoso. ¡Con qué intensidad te echaba de menos, Jane! Añoraba tu cuerpo y tu alma al mismo tiempo. Le pregunté a Dios, con una mezcla de angustia y humildad, que si no juzgaba ya suficientes mis tormentos, aflicción y desesperanza, y si nunca me dejaría volver a probar el bienaventurado sabor de la paz, al menos por una vez. Reconocía merecer todo lo que estaba padeciendo, pero me iba a ser difícil aguantar por mucho más tiempo. Intercedí por mi caso, y el alfa y omega de mis anhelos ocultos de mi corazón brotaron sin querer de mis labios materializados en las palabras "¡Jane! ¡Jane! ¡Jane!".

—¿Pronunció en voz alta esas palabras?

—Sí, Jane. Si me hubiera escuchado alguien, me habría tenido por loco. Hasta tal punto puse energía y frenesí en aquella exclamación.

—¿Y eso ocurrió el lunes pasado, alrededor de medianoche?

—Sí. Pero la hora no tiene importancia. Lo más raro es lo que pasó luego. Si te lo cuento, me vas a tomar por supersticioso, aunque algo supersticioso he sido siempre; pero es verdad, lo que voy a contarte es la pura verdad.

»Cuando dije "¡Jane, Jane, Jane!" oí una voz que no sé de dónde pudo llegarme, pero sí de quién era. Y esa voz me dijo: "¡Voy, espérame!". Y un momento después, el murmullo del viento me trajo la pregunta: "¿Dónde estás?".

»Te voy a transmitir, si soy capaz, la idea, la imagen que esas palabras suscitaron en mi mente, aunque no es fácil de expresar. Ferndean está sepultado, como has visto en un tupido bosque, que apaga todos los sonidos, y los hace morir sin eco. Aquel "¿Dónde estás?" parecía venir de lejos por entre las montañas, porque sonaba vibrando como si chocara en las cumbres. En aquel momento también la tibia brisa refrescó mi frente y me puse a imaginar que estaba en un paraje agreste y desierto donde me encontraba con mi Jane. Dentro de mi alma me pareció que nos encontrábamos de verdad. A esas horas tú estarías seguramente sumida en la inconsistencia del sueño; quién sabe si tu alma saldría de la celda donde se encierra para venir a consolarme. Y te lo digo porque aquel acento era el de tu voz; tan verdad es como que estoy vivo.

Había sido el lunes por la noche, querido lector, alrededor de la medianoche, a la misma hora en que yo recibí aquella extraña llamada, y las palabras que Rochester había oído son exactamente las que yo pronuncié como respuesta. Escuché atentamente la narración de mi señor, pero no quise revelarle mi versión. Aquella coincidencia me aturdió de forma tan inexplicable y turbadora que no me sentí capaz de comentar nada acerca de ella. Si le decía algo, mi relato habría impresionado sin remedio y de forma demasiado intensa aquella mente aún tan propensa a la depresión. Con ahondar en los detalles de esta experiencia sobrenatural no iba a beneficiarse el talante ya sombrío de mi interlocutor. Así que me guardé el cuento para mí y lo rumié a solas.

—Por eso no te extrañará —continuó mi señor— que anoche cuando llegaste tan de repente me costase trabajo creer que no eras una mera aparición, una voz sin cuerpo, algo que podría esfumarse desleído en el silencio, igual que el susurro de días atrás resonando como un eco entre montañas se desvaneció también. Lo de ahora, gracias al cielo, veo que es diferente. ¡Alabado sea Dios!

Me apartó de sus rodillas, se levantó, se quitó solemnemente el sombrero, dirigió sus ojos ciegos hacia la tierra y quedó embebido en una muda plegaria. Solamente pude oír las últimas palabras de aquella oración.

—Le doy gracias a mi Creador por haberme regalado la piedad en el curso de su sentencia. Pido humildemente a mi Redentor que me dé fuerzas para llevar de ahora en adelante una vida más cabal.

Alargó la mano para dejarse guiar por mí. Estreché entre las mías aquella mano amada y la mantuve unos instantes contra mis labios antes de pasarla alrededor de mis hombros. Como era mucho más baja que él, le servía al mismo tiempo de guía y de bastón. Nos adentramos en el bosque y emprendimos el camino de vuelta a casa.

Capítulo XII

Conclusión

Me casé con él, lector. Celebramos una boda sencilla, a la cual aparte de nosotros solo acudieron el párroco y el sacristán. Cuando volvimos de la iglesia, me dirigí a la cocina, donde Mary estaba preparando la comida y John abrillantando los cuchillos, y dije:

—Mary, me he casado esta mañana con el señor Rochester.

Tanto el ama de llaves como su marido pertenecían a ese tipo de personas flemáticas a las que puedes comunicar la noticia más llamativa con toda tranquilidad y sin miedo de que te aturdan los oídos con comentarios estridentes ni una lluvia de palabrería admirativa. Mary levantó la vista y se me quedó mirando; el cucharón con el que estaba sazonando un par de pollos que asaba en la lumbre quedó suspendido en el aire durante unos minutos, el mismo tiempo que John interrumpió su tarea de abrillantar los cuchillos. Luego Mary, inclinándose nuevamente hacia el asado, se limitó a decir:

—¿De verdad, señorita? Pues qué bien.

Y al poco rato dijo:

—La vi salir con el señor, pero no sabía que fueran a la iglesia para casarse.

Y siguió dándole vueltas al asado. De pronto miré a John, que se reía de oreja a oreja.

—Ya le decía yo a Mary que eso acabaría por pasar —dijo—. Conozco bien al señor Edward.

John, por ser criado antiguo, trataba al amo desde pequeño, y por eso se permitía llamarle por su nombre de pila.

—Sabía bien —continuó— lo que el señor Edward se proponía, y estaba seguro de que no tardaría en llevarlo a cabo. Y ha hecho muy bien, ya lo creo. ¡Le deseo toda clase de felicidades, señorita! —concluyó, quitándose cortésmente la gorra.

—Gracias, John. El señor Rochester me ha dado esto para ustedes.

Le entregué un billete de cinco libras y salí de la cocina. Al poco rato, cuando volví a cruzar ante la puerta de aquel recinto, pesqué al vuelo estas palabras:

—Mejor le irá que con ninguna de esas señoritingas.

Y luego:

—Podría haber encontrado otra más guapa, pero no más honrada ni de mejor carácter. Y además que, por lo que se ve, a él le parece guapísima.

Escribí enseguida a Moor House y a Cambridge para notificar a mis primos lo ocurrido. Y también para explicarles las razones de mi decisión. Mary y Diana la aprobaron incondicionalmente. Diana me anunció que, en cuanto pasara nuestra luna de miel, haría un viaje a Ferndean para visitarnos.

—No debe esperar tanto para venir —dijo Edward cuando le leí la carta de Diana—. Se expone a no venir nunca, porque nuestra luna de miel va a durar la vida entera, y solo tu muerte o la mía podrán ponerle fin.

No tengo ni idea, en cambio, de cómo reaccionaría St. John ante aquella noticia, porque nunca contestó a la carta donde se la comunicaba. Seis meses más tarde, no obstante, me escribió una carta serena y amable, aunque seria, en la cual no se mencionaba para nada al señor Rochester ni mi boda con él. Desde entonces mantenemos una correspondencia regular, aunque esporádica, y siempre expresa en sus misivas la esperanza de que sea feliz y la confianza en que no me cuente entre los seres que pasan por este mundo olvidados de Dios y exclusivamente inmersos en asuntos terrenales.

Supongo, lector, que no te habrás olvidado de la pequeña Adèle. Yo, que tampoco la había olvidado, un día le pedí permiso a mi marido para ir a verla al internado donde se estaba educando. Mi visita le produjo una

alegría tan desenfrenada que me conmovió. Estaba pálida y desmejorada y me dijo que no era feliz. Las normas de aquella escuela me parecieron demasiado rígidas, como desproporcionada la exigencia en el estudio para una niña de tan corta edad. Así que la saqué de allí y me la llevé a casa, con la pretensión de volver a servirle de institutriz. Pero resultó imposible porque ahora había otra persona que reclamaba todo mi tiempo y mis cuidados, aquella a quien me había unido en matrimonio. Así que busqué para Adèle un colegio menos intransigente y que estuviera lo bastante cerca de nosotros para poder ir a verla a menudo y traerla a casa algunas veces. Me preocupé de que no le faltase nada que pudiera contribuir a su bienestar y no tardó en adaptarse a su nueva vida, sentirse más feliz y hacer progresos en sus estudios. A medida que iba creciendo, la sólida educación inglesa corrigió en gran medida sus defectos de origen. Y cuando abandonó la escuela, se había convertido, para mí, en una compañera dócil, bien educada y de dulce carácter. Con sus atenciones para conmigo y mi familia, hace tiempo que me viene recompensando con creces cualquier bondad que en el pasado yo pudiera tener para con ella.

Mi historia va tocando a su fin. Solamente para rematarla querría añadir un breve comentario sobre mi experiencia matrimonial y sobre la suerte corrida por aquellos personajes cuyos nombres han salido a relucir a lo largo de esta narración.

Llevo casada diez años y he aprendido a fondo lo que significa vivir entregada en cuerpo y alma al ser que más se ama. Me considero más privilegiada de cuanto mis palabras pudieran expresar, porque Edward es la vida para mí, igual que yo soy su vida. Ninguna mujer se habrá sentido con respecto a su marido tan carne de su carne como yo, tan alma de su alma. No nos aburrimos nunca ni él de mí ni yo de él, igual que no nos cansamos de que siga latiendo el corazón de cada uno en el pecho del otro. Estar juntos contiene al mismo tiempo la independencia de la soledad y el gozo de la compañía. Podría decir que nos pasábamos el día entero hablando, porque para nosotros hablar es simplemente una modalidad de pensamiento más estimulante y a veces audible. Tengo una completa confianza en él y él me corresponde, compenetración que da como resultado una concordia excelente.

El señor Rochester siguió ciego durante dos años, y eso contribuyó a unirnos tanto, porque yo me había convertido en sus ojos, como sigo siendo su mano izquierda. Era literalmente la niña de sus ojos, porque a través de los míos veía la naturaleza y leía los libros que yo incansablemente le leía. Tampoco me cansaba de llevarle a donde le apeteciera ni de prestarle cualquier servicio que requiriera de mí. Me los pedía sin sentirse avergonzado y eso convertía mi ayuda en placer exquisito. Mediaba tanto amor por ambas partes que ni él dudaba en pedir ni yo en dar.

Al cabo de dos años de nuestra boda, cuando estaba escribiendo una carta dictada por él, lo vi inclinarse hacia mí.

—Jane —preguntó—, ¿llevas algo brillante en el cuello?

Llevaba, en efecto, una cadena de oro de la que colgaba un reloj. Se lo dije.

—¿Y el vestido que llevas es azul celeste?

Lo era. Me confesó que desde hacía algún tiempo tenía la impresión de que la nube que cubría uno de sus ojos se hacía menos tupida. Pero que no se atrevía a asegurarlo.

Viajamos a Londres para que lo reconociera allí un especialista muy afamado, y acabó por recuperar la vista de ese ojo, aunque no de forma total. No puede leer ni escribir durante mucho rato, pero ha logrado moverse de acá para allá sin que nadie tenga que llevarlo de la mano. El cielo ha dejado de ser para él una página en blanco y la tierra un yermo. Cuando le pusieron entre los brazos a su hijo primogénito, pudo apreciar que había heredado el tamaño y la forma de sus ojos, tan negros y brillantes como los tuvo él una vez. También aquel día volvió a dar las gracias más conmovidas a Dios por haber suavizado piadosamente su castigo.

La felicidad mía y la de Edward se ve acrecentada al saber que también disfrutan de ella mis primas, a quienes queremos tanto. Diana y Mary se casaron y no pasa año sin que vengan a visitarnos o nosotros a ellas, según el turno que toque. El marido de Diana es capitán del ejército, distinguido por sus méritos y una bellísima persona. Mary se casó con un clérigo compañero de estudios de su hermano, de arraigadas virtudes y digno de

ella. Tanto el capitán Fitzjames como el reverendo Wharton son esposos modelo y ellas los aman tiernamente.

En cuanto a St. John Rivers, dejó Inglaterra y se marchó a la India, de acuerdo con el plan preconcebido. Allí sigue y pocas veces se habrá dado un misionero más resuelto a luchar incansable contra todo tipo de obstáculos. Tenaz, leal y devoto, se desvive por sus semejantes haciendo alarde de energía y celo, roturando el estrecho sendero que lleva a la perfección, y erradicando con titánico esfuerzo todos los perjuicios y supersticiones que proliferan como la mala yerba. Puede que siga siendo ambicioso, intransigente y demasiado austero. Pero su austeridad es la del guerrero Greatheart, que protege a sus peregrinos del ataque de Apollyon[104]. Su exigencia es la del apóstol que habla en nombre de Cristo cuando exclama: «Quien quiera venir en pos mío, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Su ambición es la del espíritu puro que ansía ocupar un puesto en la primera fila de los elegidos por el Redentor y que se han presentado ante su trono libres de todo pecado, aquellos que comparten las últimas excelsas victorias del Cordero, de los llamados a su presencia por haber conseguido mantenerse fieles.

St. John no se ha casado ni se casará nunca. Hasta ahora él se ha bastado solo para la lucha, pero el combate se acerca a su fin y su glorioso astro se precipita hacia el ocaso. La última carta que recibí de él hizo afluir las lágrimas a mis ojos mortales, aunque por otra parte me colmó de celestial júbilo. Sugiere que ya está a la espera de su recompensa, de su corona incorruptible. Y sé que la próxima carta puede venir escrita por una caligrafía desconocida para comunicarme que el excelente y fiel siervo del Señor ha sido llamado por fin a disfrutar de su presencia. ¿Y hay motivos para llorar? La última hora de St. John no se verá oscurecida por el miedo, ni su muerte ofuscada. Su corazón se mantendrá impasible, firme su esperanza e inmutable su fe. Las propias palabras escritas por él así lo indican.

«Mi Señor me ha cursado un aviso. Cada día me anuncia su llegada con mayor claridad. “Estate seguro, que no tardaré”. Y yo siempre le contesto con la misma ansiosa presteza: “Así sea, ¡ven enseguida, pues, mi Señor!”».

Es lo que dice su última carta.

FIN

CHARLOTTE BRONTË nació en 1816 en Thornton (Yorkshire), tercera hija de Patrick Brontë y Maria Branwell. En 1820 el padre fue nombrado vicario perpetuo de la pequeña aldea de Haworth, en los páramos de Yorkshire, y allí pasaría Charlotte casi toda su vida. Huérfanos de madre a muy corta edad, los cinco hermanos Brontë fueron educados por una tía. En 1824, Charlotte, junto con sus hermanas Emily, Elizabeth y Maria, acudió a una escuela para hijas de clérigos. Elizabeth y Maria murieron ese mismo año, y Charlotte siempre lo atribuyó a las malas condiciones del internado. Estudiaría posteriormente un año en una escuela privada, donde ejerció asimismo como maestra; fue luego institutriz, y maestra de nuevo en un pensionado de Bruselas, donde en 1842 estuvo interna con Emily. De vuelta a Haworth, en 1846 consiguió publicar un volumen de *Poesías* con sus hermanas Emily y Anne, con el pseudónimo, respectivamente, de Currer, Ellis y Acton Bell. Su primera novela, *El profesor*, no encontró editor, y no sería publicada hasta 1857. Pero, como Currer Bell, publicó con éxito *Jane Eyre* (1847). En 1848, mientras morían

a su alrededor Emily y Anne y su hermano Branwell, escribió *Shirley*, que se publicaría al año siguiente. Su última novela fue *Villette* (1853). Charlotte se casó con el reverendo A. B. Nicholls un año antes de morir en 1855.

Notas

[1] Ver 2 Crónicas, 18, para las alusiones bíblicas de este párrafo y del siguiente. *(N. del E.)*. <<

[2] Como se verá a continuación, se refiere a W. M. Thackeray. Charlotte Brontë no sabía entonces que Thackeray estaba casado con una demente. Esta circunstancia —y el hecho de que le dedicara esta segunda edición de la novela— dio pábulo al rumor de que se había inspirado en él para su personaje del señor Rochester. Una crítica conjunta de *Jane Eyre* y de *La feria de las vanidades* publicada en la *Quarterly Review* en diciembre de 1848 sugería que la novela de Currer Bell era obra «de la institutriz del señor Thackeray, a la que este había elegido a su vez como modelo para su Becky, y ella, en una mezcla de amor y venganza, había personificado al escritor en el señor Rochester». *(N. del E.)*. <<

[3] El primer título corresponde a una novela de Richardson y el segundo a una versión del libro de Henry Brooke *The Fool of Quality*. *(Esta nota, como las siguientes, es de la traductora)*. <<

[4] Conspirador de la época de Jaime I de Inglaterra, a principios del siglo XVII. <<

[5] Se refiere a *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia* publicada en 1759 por Samuel Johnson (1709-84), y que narra las andanzas de este personaje con su hermana Nekayah para escapar del placer aparente en busca de un reino donde el espíritu se libere de sus ataduras. <<

[6] Muchas de las alusiones cultas de esta novela evidencian la afición de las hermanas Brontë a las lecturas bíblicas, así como su convicción de que sus posibles lectores se habían formado en idéntica escuela. Aquí se refiere al personaje al que se le dio un plazo para castigar a san Pablo cuando le oyó proclamar su fe en Cristo. <<

[7] Aquí queda de relieve la ironía de Charlotte Brönte: Etico se quedó dormido escuchando un sermón de san Pablo, se cayó de un balcón al suelo y murió de un golpe en la cabeza. <<

[8] Los judíos a veces traían atado al brazo izquierdo o ceñido en la frente un pedazo de piel o pergamino donde estaban escritos algunos pasajes de la Escritura. <<

[9] Sinónimo de espejismo, es una metáfora derivada de un episodio de *Las mil y una noches*. Los Barmecidas fueron una familia de musulmanes que gozó de alto favor en tiempos de los últimos Omeyas, y luego cayó en el infortunio y en el descrédito. <<

[10] Alberto Cuyp, pintor holandés del siglo XVIII que se especializó en paisajes. Uno de sus cuadros más conocidos, *Paisaje montañoso* (Museo de Amsterdam), donde aparecen las ruinas de un castillo y dos pastores que suben hacia él con sendos rebaños de vacas y ovejas, pudo haber sido conocido por Charlotte Brontë gracias a alguna reproducción. <<

[11] Aquí probablemente alude al nombre del lugar, ya que Thornfield significa «campo de espinos». Con esta metáfora volverá a jugar más tarde. <<

[12] Véase la nota anterior. <<

[13] ¿Es esa mi institutriz? <<

[14] Sí, efectivamente. <<

[15] «La alianza de las ratas» *(Fables)*, fábula de La Fontaine. <<

[16] ¿Qué es lo que te pasa? —dijo una de las ratas—. ¡Habla! <<

[17] A Charlotte Brontë le gustaba exhibir sus conocimientos de literatura. Es una frase del acto III del *Macbeth* de Shakespeare, y alude Macbeth al rey de Escocia, Duncan, recién asesinado por él. <<

[18] Las señoras están servidas. Yo tengo muchísima hambre. <<

[19] Dicho sea de paso. <<

[20] Aquí, como en otros pasajes de la novela, Charlotte Brontë se embarulla un poco con las horas y parece olvidarse de que ha dicho que era por la mañana. Son contradicciones frecuentes incluso en escritores de gran talla, como Cervantes mismo. <<

[21] Vuelva pronto, mi buena amiga, mi querida señorita Jeanette. <<

[22] Y eso debe de querer decir que allí dentro viene un regalo para mí; y puede que también para usted, señorita. El señor Rochester la mencionó, me preguntó que cómo se llamaba mi institutriz, y que si no era pequeñita, bastante delgada y algo pálida. Yo le contesté que sí, porque es verdad, ¿no, señorita? <<

[23] ¿Verdad, señor, que en su cajita viene un regalo para la señorita Eyre? <<

[24] Seguramente se refiere a los gnomos y trasgos, de los que, en un capítulo anterior, Jane dice que habían abandonado Inglaterra. <<

[25] Aquí hay una alusión al *Paraíso perdido* de Milton. Tanto Milton como Byron eran los escritores predilectos de Charlotte Brontë, a quien fascinaban sus personajes rebeldes en perpetuo desafío con el destino. <<

[26] Pequeño baúl. <<

[27] ¡Mi caja, mi caja! <<

[28] No te pongas nerviosa, niña, ¿entiendes? <<

[29] ¡Oh, cielos! ¡Qué bonito es! <<

[30] Y lo mantengo. <<

[31] ¡Tengo que probármelo! ¡Y ahora mismo! <<

[32] ¿Me sienta bien el vestido? ¿Y los zapatos? ¿Y las medias? Miren, me parece que voy a bailar. <<

[33] Señor, le doy mil gracias por su bondad. <<

[34] ¿Es así como hacía mamá, verdad, señor? <<

[35] Tipo atlético. <<

[36] Gabinete. <<

[37] «Masticando con ruido», se trata de un neologismo de la época, que dio nombre a ciertos bombones. <<

[38] Carruaje. <<

[39] Ángel mío. <<

[40] Puerta cochera. <<

[41] En la Biblia el Leviatán es un monstruo que conviene no despertar. Evocado frecuentemente en Job, los Salmos y el Apocalipsis, se describe como un monstruo marino, entre dragón y ballena, siempre adormecido en las profundidades del océano, si no se le excita. Evoca las fuerzas misteriosas de lo inconsciente y simboliza el caos. <<

[42] Belleza varonil. <<

[43] Ver Isaías 62, 4. «Beulah» significa «casada», y Milton describe esas colinas como el lugar donde se renueva el contrato entre los cónyuges. <<

[44] Comida preparada a base de los hidratos de carbono extraídos del tallo de una palma que crece en lugares pantanosos. Procede de Indonesia. <<

[45] ¿Qué le pasa, señorita? Le tiemblan los dedos, como una hoja, y tiene las mejillas coloradas igual que las cerezas. <<

[46] Fuego fatuo. En la balada que Bessie canta a Jane en el cap. III de la primera parte, ya se menciona este fenómeno de la luz errante que a veces creía verse sobre los pantanos, metáfora muy usada en toda la literatura romántica. <<

[47] Anticuadas, pasadas de moda. <<

[48] Ver Salmos 46, 1. <<

[49] En esta frase aparentemente banal, se retrata no solo Jane Eyre como personaje de ficción, sino que también se desvela uno de los credos literarios de la propia Charlotte Brontë; observadora encarnizada «entre visillos». <<

[50] Se están cambiando de vestido. En casa de mamá, cuando venía gente, yo los seguía a todos lados, al salón y a sus habitaciones. A veces miraba a las doncellas peinando y vistiendo a sus señoras, y era muy divertido. Es así como se aprende. <<

[51] Claro que sí, señorita, hace cinco o seis horas que no comemos. <<

[52] Entonces, ¡qué pena! <<

[53] ¿No puedo coger una sola de esas magníficas flores, señorita? Simplemente como complemento de mi vestido. <<

[54] Gracioso, dado a hacer muecas. <<

[55] Galán maduro de teatro. <<

[56] ¡Peor para ella! <<

[57] Pasión fogosa. <<

[58] Por otra parte. <<

[59] Blanche y Edward empiezan a llamarse mutuamente Bianca y Eduardo porque, sin duda, son canciones italianas las que van a cantar. <<

[60] Se refiere al músico David Rizzio, amante de María Estuardo, y a esta misma. <<

[61] James Hepburn, conde de Bothwell, se convirtió en el tercer marido de María Estuardo, tras haber asesinado al segundo. <<

[62] Con inspiración. <<

[63] Guárdese bien de ello. <<

[64] Es la estrella principal de las Pléyades. Se refiere, pues, a una noche despejada. <<

[65] En el texto dice *Paynim*, o sea «al estilo Payne», refiriéndose a John Payne (Nueva York 1781-Túnez 1852), actor y dramaturgo muy famoso en la época, algunas de cuyas piezas influyeron en autores franceses como Victor Hugo. Las más conocidas son *Brutus* y *Julia, la vagabunda*. <<

[66] Esta frase del Génesis no la pronunció Rochester, puesto que se trataba de un juego mudo, sino que se le vino a Jane a la cabeza al contemplar la escena. Una vez más (y muchas no lo anoto) queda patente la pasión de Charlotte Brontë por las citas bíblicas. <<

[67] Lo que dice en realidad en el texto es «Bridewell», que es el nombre de una prisión inglesa. <<

[68] ¡Ahí viene el señor Rochester! <<

[69] El original dice en francés que era *le cas*. <<

[70] En inglés *Much ado abut nothing* es el título de una comedia de Shakespeare. <<

[71] Personaje que simboliza la encarnación del viento. Aparece, por ejemplo, en *La tempestad* de William Shakespeare. <<

[72] Supongo que se refiere al segundo apellido de la madre, porque el primero, que se reseña en otro lugar, es Gibson. <<

[73] En el original dice: *prête à croquer sa petite maman Anglaise*. También podría traducirse *croquer* por «engullir» o «comerse a besos». <<

[74] En *El sueño de una noche de verano* de Shakespeare, una de las hadas al servicio de Titania se llama Mustard-seed, que en traducciones al castellano suele figurar como «Mostacilla». <<

[75] Se refiere al aprovechamiento que la reina de Lidia y Dalila, respectivamente, hicieron al conocer dónde residía el punto débil de sus enamorados. <<

[76] Rey persa inmensamente rico que prometió a su mujer entregarle cuanto pidiera. <<

[77] ¡Ay, qué mal va a estar… qué incómoda! <<

[78] Moneda de oro equivalente a una libra. <<

[79] Un auténtico mentiroso. <<

[80] Cuentos de hadas. <<

[81] Las hadas no existen, y aunque existieran… <<

[82] Dánae, hija de Acrisio, rey de Argos, que la encerró siendo doncella en una torre para evitar las previsiones del Oráculo, según las cuales un hijo de ella mataría a su abuelo; Júpiter, enamorado de ella, se transformó en lluvia de oro que entró en la torre y fecundó a Dánae. <<

[83] Este título de dignatario turco, solo ostentado por los príncipes de sangre, pasó a ser luego puramente militar. Podían ser pachás (o bajás) de una cola de caballo, de dos o de tres. Este último era el generalísimo del ejército, y llevaba las tres colas de caballo en su estandarte. <<

[84] Para recobrar mi compostura. <<

[85] Por primera vez, en toda mi versión en castellano, me he permitido licencias que incluso traicionan un poco el sentido; en primer lugar para hacer más fluida la rima y además porque el poema de Charlotte Brönte no resplandece precisamente por su calidad ni está a la altura de su prosa. <<

[86] Capital de Madeira. <<

[87] En toda esta frase, de resonancias claramente bíblicas, queda patente el horror al pecado de adulterio que se respiraba en la época de Charlotte Brontë, y que ella misma comparte. <<

[88] Personaje israelita que, en la toma de Jericó, se apoderó de doscientas monedas de plata, un manto de escarlata y una regla de oro que escondió en su tienda, por cuya infracción sufrió implacable castigo. <<

[89] En el texto en latín: *ignis fatuus*. Ya en la canción que en el capítulo III de la Primera parte, Bessie le canta a Jane se menciona por primera vez esta llama errante que a veces se ve en lugares pantanosos, y que atrae de forma sobrenatural a los seres extraviados. En el folklore y literatura gallegos también se hace frecuente alusión a este fulgor inquietante atribuido a almas en pena. <<

[90] Entonces se adelantó alguien, en apariencia como el cielo estrellado. <<

[91] Peso ideas según la medida de mi ira, y hechos con el peso de mi cólera. (Esta cita, como la anterior, procede de *Los bandidos* de Schiller). <<

[92] Del poema de Walter Scott *The Lay of the Last Minstrel*. <<

[93] Dios fenicio de las riquezas y de las minas de metal precioso. <<

[94] Poeta y autor teatral inglés (1602-1639), muy apreciado en su época y también por Emily Brontë, dos siglos más tarde, aunque minoritariamente. <<

[95] El apellido de la madre va antepuesto al del padre, práctica no infrecuente entre los anglosajones y absolutamente admitida en los países de habla portuguesa. <<

[96] «Campesinas», en francés y alemán respectivamente. <<

[97] Se refiere al que se le apareció a san Pablo pidiéndole que viajara a Macedonia. <<

[98] Platero contemporáneo de san Pablo, que consideró que las doctrinas de este estorbaban el desarrollo de su negocio. <<

[99] Sacerdote griego. <<

[100] *Dives*, aunque Charlotte Brontë lo cita como nombre propio, en latín quiere decir rico. Se refiere a un sibarita adinerado mencionado en el Evangelio en la parábola *divitis epulonis*, por contraposición al pobre Lázaro, que recogía las migajas del festín de los poderosos, mientras los perros lamían sus úlceras. Cuando les llegó la hora de la muerte, el rico despilfarrador fue al infierno, y Lázaro directo al cielo. <<

[101] Se refiere a san Pablo y a su discípulo. <<

[102] Se refiere al sueño que tuvo Jane la noche antes de su boda frustrada con el señor Rochester, en el que vio Thornfield como una ruina, por donde ella vagaba con un niño en brazos. <<

[103] Joven aún. <<

[104] Son referencias a *The Pilgrim's progress* (1678), de John Bunyam. Se trata de uno de los libros más leídos en Inglaterra durante centurias, y expresa una visión decididamente puritana como forma de comportamiento. En los párrafos que siguen, Charlotte Brontë parece aprobar esa noción, ya latente en otras opiniones anteriores sobre su primo. <<

[a] Error en la traducción. El original dice: «Mientras hojeaba ávidamente las brillantes páginas de Marmion, porque no era otro que Marmion su autor…». En realidad, Marmion no es aquí el apellido de Shackerley Marmion (dramaturgo al que la traductora se refiere), sino el título del poema épico de Walter Scott sobre la batalla de Flodden Field (1513), publicado en 1808. *(Nota del editor digital)*. <<